
DONDE CANTA LA OSCURIDAD
BELÉN MARTÍNEZ
AUTORA BEST SELLER DE *PLACERES MORTALES*

DONDE CANTA LA OSCURIDAD

DONDE CANTA LA OSCURIDAD



BELÉN MARTÍNEZ

UMBRIEL

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: mayo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Belén Martínez
© del *dramatis personae* y el mapa 2026 *by* Andrés Aguirre
© ilustración de la retiración de cubierta 2026 *by* Sandra Moya
All Rights Reserved
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 979-13-88011-03-0

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todas a las que les dijeron que, si seguían las normas,
alcanzarían sus sueños.

Para todas aquellas que descubrieron
que aquello no era más que una puta mentira.

En los muros del deseo, donde el alma se desangra,
crece una flor en silencio. Ella tiembla, él la llama.

No nació para el olvido ni para la luz;

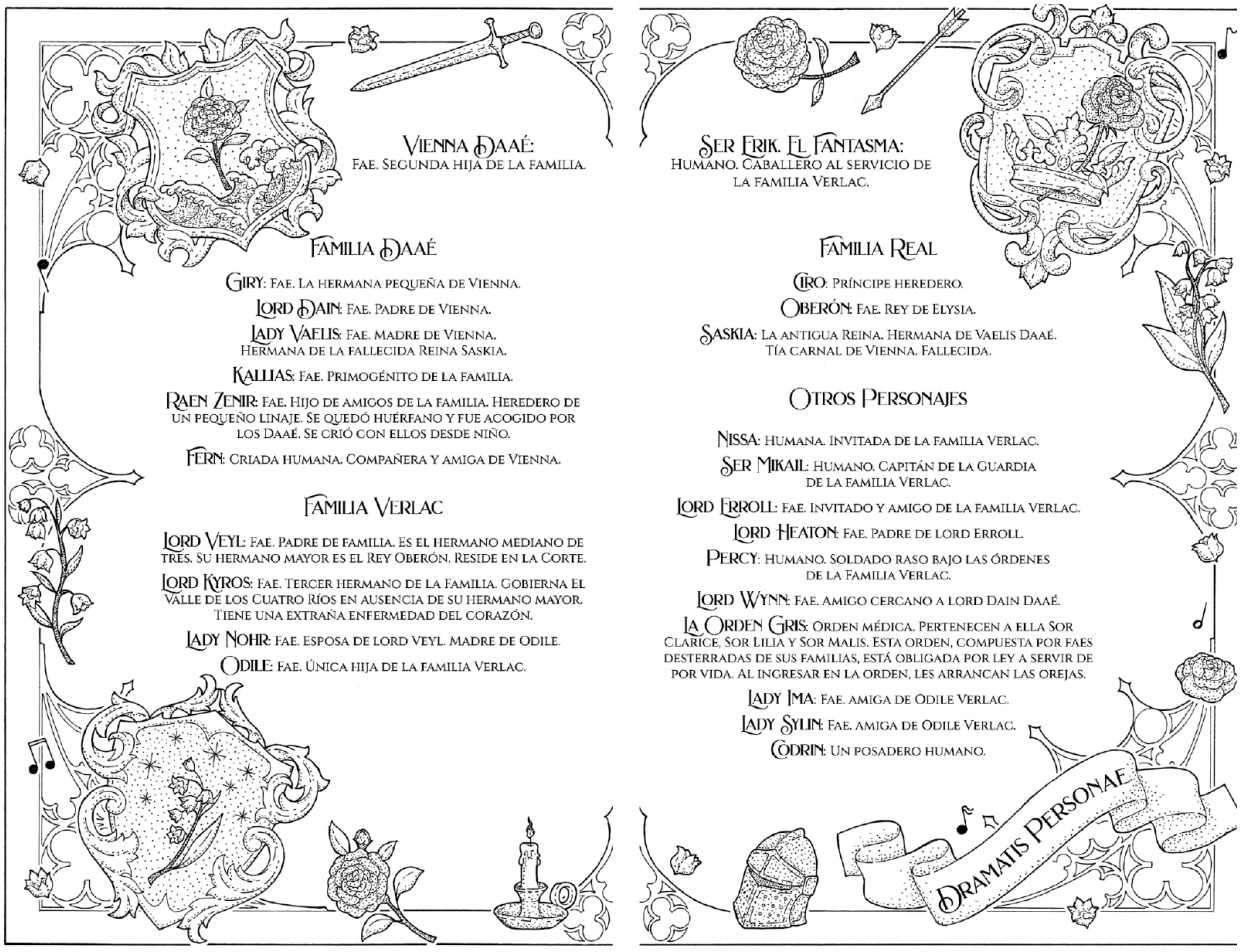
abre pétalos de sombra cuando el fantasma la reclama.

Su mirar es fuego antiguo; su caricia, tempestad.

Él la nombra y ella arde; él es niebla, ella sangre.

Y al alba, entre la bruma, cuando el mundo amaneció,

el fantasma quedó en ceniza, el fuego se hizo recuerdo,
pero en los muros del deseo algo sigue vivo…
y hambriento.



Vienna Daaé:
Fae. Segunda hija de la familia.

Familia Daaé

Giry: Fae. La hermana pequeña de Vienna.

Lord Dain: Fae. Padre de Vienna.

Lady Vaelis: Fae. Madre de Vienna. Hermana de la fallecida Reina Saskia.

Kallias: Fae. Primogénito de la familia.

Raen Zenir: Fae. Hijo de amigos de la familia. Heredero de un pequeño linaje. Se quedó huérfano y fue acogido por los Daaé. Se crió con ellos desde niño.

Fern: Criada humana. Compañera y amiga de Vienna.

Familia Verlac

Lord Veyl: Fae. Padre de familia. Es el hermano mediano de tres. Su hermano mayor es el Rey Oberón. Reside en la Corte.

Lord Kyros: Fae. Tercer hermano de la familia. Gobierna el Valle de los Cuatro Ríos en ausencia de su hermano mayor. Tiene una extraña enfermedad del corazón.

Lady Nohir: Fae. Esposa de lord Veyl. Madre de Odile.

Odile: Fae. Única hija de la familia Verlac.

Ser Erik. El Fantasma:
Humano. Caballero al servicio de la familia Verlac.

Familia Real

Ciro: Príncipe heredero.

Oberón: Fae. Rey de Elysia.

Saskia: La antigua Reina. Hermana de Vaelis Daaé. Tía carnal de Vienna. Fallecida.

Otros Personajes

Nissa: Humana. Invitada de la familia Verlac.

Ser Mikail: Humano. Capitán de la Guardia de la familia Verlac.

Lord Erroll: Fae. Invitado y amigo de la familia Verlac.

Lord Heaton: Fae. Padre de lord Erroll.

Percy: Humano. Soldado raso bajo las órdenes de la Familia Verlac.

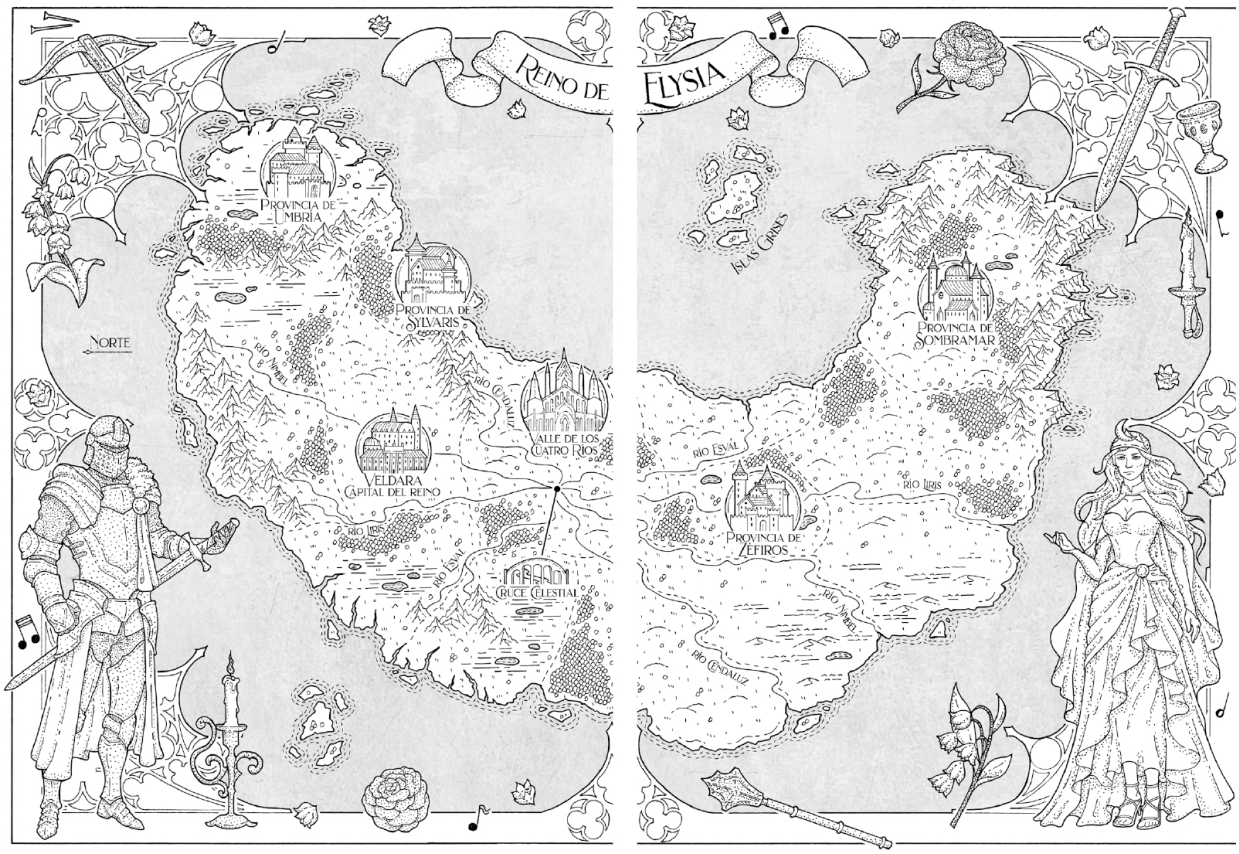
Lord Wynn: Fae. Amigo cercano a lord Dain Daaé.

La Orden Gris: Orden médica. Pertenecen a ella Sor Clarice, Sor Lilia y Sor Malis. Esta orden, compuesta por faes desterradas de sus familias, está obligada por ley a servir de por vida. Al ingresar en la orden, les arrancan las orejas.

Lady Ima: Fae. amiga de Odile Verlac.

Lady Sylin: Fae. amiga de Odile Verlac.

Codrin: Un posadero humano.


REINO DE
ELYSIA
PROVINCIA DE
UMBRIA
PROVINCIA DE
SILVARIS
NORTE
RÍO UMBRA
RÍO CENDALUZ
VALLE DE LOS
CUATRO RÍOS
VELDARA
CAPITAL DEL REINO
RÍO IRIS
RÍO ESVAL
CRUCE CELESTIAL
ISLAS GRISES
PROVINCIA DE
SOMBRAMAR
RÍO ESVAL
RÍO IRIS
PROVINCIA DE
ZEFIROS
RÍO NIMEA
RÍO CENDALUZ



PRIMERA PARTE

Fuego

Las jóvenes faes son flores tempranas,
de tallo fino y raíz delicada.
No crecen solas, no eligen el viento,
se las amarra antes de que se quiebren.

Hay que podarlas, darles la sombra,
decirles cuándo abrir los pétalos al sol,
porque una flor que aprende a decidir
acaba marchita… o fuera del jardín.

Canción popular fae sobre la educación
de las damas jóvenes

1

Cuando descubrí que una segunda hija a lo máximo que podía aspirar en la vida era a un buen matrimonio, no era más que una niña.

No luché contra mi destino. Era algo que mi madre me había hecho entender desde que había aprendido a caminar. Una tradición que cumplían todas las hijas faes de las familias nobles del reino. Sí, había oído habladurías sobre jóvenes que habían tratado de escapar o se habían fugado con amantes que sus padres no habían elegido. Pero nunca más se volvía a saber de ellas. A la mayoría las encerraban en sus hogares de mármol y oro, y a otras les arrancaban las orejas y las obligaban a formar parte de la Orden Gris.

Yo nunca había tenido intención de ser una de ellas.

Para nosotros, el matrimonio tenía un matiz sagrado. La unión estaba estrechamente ligada con la creación de futuros herederos. Por ello, siempre nos casábamos jóvenes, poco después de haber cumplido la mayoría de edad. Éramos más longevos que cualquier humano, más fuertes, más hábiles, más hermosos, pero no éramos tan fértiles como ellos. Mi madre solía arrugar la nariz y comentar que procreaban «como ratas». Por eso eran tan débiles y su vida apenas duraba un tercio de las nuestras.

Tener un hijo se consideraba una bendición de La Plateada. Un primogénito aseguraba tu legado, aunque solo si era varón. Como mi hermano Kallias. Una segunda hija, como yo, era un regalo de los Inmortales. Así que cuando mi hermana Giry nació, su llegada fue como un milagro. Era la tercera.

Sabía cuál era mi lugar y lo que se esperaba de mí. Y estaba deseosa por demostrarlo.

Sin embargo, temblé cuando Fern, mi doncella, anudó las últimas lazadas de mi vestido, encargado especialmente para aquella noche. Las costureras reales, las mismas que una vez habían vestido con

sedas a la reina antes de que muriera, habían sido las encargadas de confeccionarlo.

Había sido un regalo especial de mi tío, el rey Oberón.

—Deberíais sonreír, lady Vienna —comentó Fern, en voz alta, mientras una de las doncellas de mi madre terminaba de aplicar rubor a mis mejillas—. Sois hermosa, pero esta noche…

Nuestros ojos se encontraron en el espejo, y se mordió los labios para que una risita no escapara de ellos.

—Raen no podrá parpadear cuando te vea —añadió, cambiando el tono para que solo yo pudiera oírla—. Se le secarán esos bonitos ojos que tiene y le terminarán resbalando de las cuencas.

Le dediqué una mirada desorbitada, mientras la otra doncella le daba un empujón y le chistaba: «Cuida esa lengua, niña».

Todo el mundo sabía qué ocurriría en apenas unas horas. Desde el propio rey, que era el invitado de honor a mi Ceremonia de Mayoría de Edad, hasta el más humilde de nuestros sirvientes.

Esta noche conocería el nombre de mi pretendiente. En circunstancias normales, yo no sabría cuál había sido el elegido. La revelación formaba parte del regalo. Pero La Plateada, que protegía a las novias y al amor, me había bendecido hacía mucho, trayendo a Raen a nuestro palacio cuando ambos éramos solo unos niños.

Su nombre completo era Raen Zenir. Era el único heredero de su familia, que había sido masacrada mucho tiempo atrás por los humanos que poblaban sus tierras. No había sido el primer levantamiento de los humanos, mi propio padre había luchado contra rebeliones así durante toda su vida. Pero aquel fue el más terrible; jamás se había registrado nada parecido en la historia del reino. Lo ocurrido nunca había estado claro, las habladurías y las historias se mezclaban de tal forma que nadie sabía lo que había sucedido realmente.

Cuando Raen llegó a nuestro hogar, escuché murmurar a la servidumbre sobre la crueldad de sus padres, y sobre las vejaciones y los maltratos que habían tenido que soportar los humanos bajo su mando. Más de una vez, las pesadillas me despertaron por la noche, imaginando que era yo la que moría por orden del padre de Raen. Pero aquel niño que llegó al Palacio de los Vientos, mi hogar, era

tímido y educado, y era gentil con todos los criados humanos que empezaron a servirle a regañadientes.

Con el paso de las semanas no solo se ganó el respeto y el cariño de la servidumbre, también la amistad de Kallias y el aprecio de mis propios padres, que lo criaron como a un hijo más.

Al principio lo rehuía. Siempre estaba junto a mi hermano y, por aquella época, Kallias disfrutaba de hacerme rabiar. Una vez, encontró varias coronas de flores que había estado haciendo durante todo un día y las destrozó con la espada de prácticas. Cuando Raen me vio junto a ellas, llorando, me limpió las lágrimas con los pulgares y se colocó una de las coronas destrozadas sobre sus ensortijados cabellos negros.

No se la quitó durante toda la jornada y, cuando llegó la hora de acostarse, Kallias acudió a mi dormitorio para disculparse. Aunque solo abrí un poco la puerta, pude ver tras su sombra la figura de Raen, sonriente, con las flores marchitas en su cabeza.

Desde aquel momento fui incapaz de apartar la vista de él.

Cada vez que Raen cumplía años, le regalaba una nueva corona de flores que él llevaba hasta terminar el día. Fern me había contado en secreto que, una vez, mientras limpiaba sus dependencias, las había encontrado todas, envueltas en papel de seda para protegerlas de la luz y la humedad.

Él sabía que lo quería, tanto como yo estaba segura de que estaba enamorado de mí. Pero, aun así, siempre mantuvimos las distancias, siempre nos comportamos. Algún roce furtivo de manos desnudas o un baile cuando se celebraban fiestas en el palacio. Pero nada más. Solo miradas escondidas, palabras veladas. Esperaríamos hasta que llegara nuestro momento.

Yo conocía mi lugar tanto como él era consciente del suyo. Debía honrar a mi familia, y para ello debía controlar mis deseos, aunque, a veces, estar cerca de Raen y limitarme a contemplarlo era peor que sentir cualquier dolor físico.

Pero aquella agonía terminaría esa misma noche, cuando mi padre me comunicase formalmente el nombre de mi prometido.

De pronto, la puerta de mi dormitorio se abrió y, tras ella, apareció mi madre.

Lady Vaelis era hermosa. Todos los faes lo éramos, formaba parte de nuestra naturaleza. Pero ella lo era de una forma afilada, especial. Era como una noche helada, brillaba como estacas de hielo en los bordes de los tejados. Su larga melena era negra como la brea, y su piel, tan pálida y suave como el terciopelo. Lo único que había heredado de ella era el color del cabello. Azabache. Mis ojos, aunque también azules, eran diferentes. Los de ella eran como una mañana clara, los míos ocultaban nubes de tormenta.

Inclinó la cabeza al verme y una ligera sonrisa estiró sus labios rosados. Sus pupilas recorrieron desde mi cabello suelto —como todos los faes lo debíamos llevar—, que casi acariciaba mis rodillas, hasta el borde del vestido blanco. Asintió solo una vez.

Sabía que era la máxima muestra de reconocimiento que recibiría de ella.

Pero, entonces, unas manitas se aferraron a sus piernas y la apartaron con cierta brusquedad. Tras la cadera estrecha de mi madre apareció la figura rolliza de mi hermana Giry.

Solo fui capaz de atisbar el borrón rojizo de su cabello antes de que se abalanzara sobre mí. Apenas me llegaba a la cintura, pero estuvo a punto de arrojarme al suelo. A Fern se le escapó una carcajada.

—Pareces una princesa —me murmuró al oído. Sus ojitos celestes destellaron bajo la luz de los candelabros.

El carraspeo de mi madre sonó cerca.

—Compórtate, Giry —ordenó, con los labios apretados—. Es un día importante para tu hermana.

La doncella que había ayudado a Fern a vestirme se apresuró a apartar a mi hermana de mí. Ella se resistió un poco, con el cabello revuelto sobre su rostro. Llevaba un vestido de gala, como yo, de un precioso tono esmeralda, pero no se me escapó la rasgadura que partía una de sus mangas en dos y la mancha oscura que decoraba el borde de su falda. Comida que habría probado a escondidas, en las cocinas.

Cuando desaparecía, siempre terminabas encontrándola allí. Entre fogones y calderos. Y sobre el regazo de alguna cocinera.

—Si aprendes a comportarte, quizá en unos años puedas verte en

su misma posición —continuó mi madre.

Giry manoteó y se deshizo de las manos de la criada. Frunció el ceño y bufó como un animal acorralado.

—Yo no voy a casarme jamás —replicó.

Mi madre ni siquiera se molestó en contestar. Alzó durante un instante los ojos y después volvió a clavarlos en mí, que permanecía quieta y en silencio, con las manos unidas sobre el regazo.

—Acompáñame, Vienna. Tu padre quiere hablar contigo antes de que comience la ceremonia.

Asentí, sonriendo.

Le dediqué una mirada rápida a Fern y pasé al lado de mi hermana. Cuando mi madre nos dio la espalda para internarse en la galería, aproveché para revolverle más el cabello. Ella ahogó una risita.

La galería estaba desierta, pero el silencio no la llenaba. A lo lejos, podía oír los murmullos de los criados que corrían para ultimar los preparativos.

Voces susurradas. El sonido de algún cristal al romperse.

Las antorchas enclavadas en los muros derramaban su color dorado por las paredes blancas. Las enredaderas que se colaban por los arcos abiertos trepaban por ellas y cubrían el techo de flores. Camelias de decenas de colores.

A lo lejos, un guardia humano que vigilaba la entrada al ala familiar giró ligeramente la cabeza cuando nos escuchó. Sus ojos se cruzaron un instante con los míos antes de que un rubor violento coloreara sus mejillas. Con cierta torpeza, se inclinó cuando pasamos por su lado.

Mi madre le dedicó una mirada de desprecio.

—A veces es inoportuno tener tantos invitados —susurró, casi para sí misma—. No me agrada tener soldados y servidumbre que no nos pertenecen. Casi me siento una extranjera en mi propio hogar.

Podría haberle recordado que habían sido mi padre y ella los que habían insistido en invitar a la mayor parte de las familias faes del reino, además de haber extendido la invitación al rey. Yo deseaba una fiesta pequeña, pero ni ellos me habían dado la opción ni yo lo había exigido. Y aunque mi familia contaba con una gran cantidad

de criados, soldados y caballeros a su disposición, hubo que contratar a muchos más. Sobre todo, ante la presencia del rey. Su seguridad era primordial.

Guardé silencio y me limité a seguirla hasta la puerta de madera que había al fondo. Estaba entreabierta y, a través de ella, pude ver parte del escritorio de mi padre. La madera robusta y oscura; la vela encendida en una esquina, derramando cera caliente.

La respiración se me entrecortó y mis manos unidas se crisparon.

Aunque sabía lo que ocurriría a continuación, cuáles serían sus palabras, un sudor helado se deslizó entre mis hombros. El corazón hizo eco en mis oídos con golpes de tambor.

Mi vida —mi futuro— pendía sobre aquel escritorio de caoba.

Cuando alcanzamos la puerta, mi madre rozó sus nudillos con la madera antes de abrirla por completo.

Tras ella, lord Dain Daaé alzó la mirada. La pluma que sujetaba su mano cayó sobre el pergamino a medio escribir cuando sus ojos se clavaron en mí.

—Hija mía —murmuró, antes de ponerse en pie. Se había ataviado con sus mejores galas. El jubón de su pecho estaba bordado con hilos en tonos rojo y oro. Lo hacían resplandecer.

Rodeó la mesa con un par de zancadas y abrió los brazos para estrecharme contra él. Yo me dejé acunar y el tacto cálido y suave de su chaleco borró los nervios que me habían hecho temblar.

No era un secreto la relación especial que manteníamos. Desde pequeña había merodeado cerca de él. Lograba escaparme de mis cuidadoras humanas y siempre terminaba en este mismo despacho, sobre sus rodillas, mientras mapas y pergaminos se extendían bajo mi mirada curiosa. A mi madre no le gustaba que me involucrara en sus asuntos. «El gobierno no es cosa de mujeres», solía decirle, con un suspiro, cuando me veía pintarrajear sobre las últimas recaudaciones de impuestos que había pedido el rey. Mi padre se reía, aunque decidió expulsarme de su despacho cuando crecí y empecé a hacer demasiadas preguntas. Sin embargo, nos quedaron nuestros paseos alrededor del castillo, cerca del acantilado sobre el que se asentaba nuestro hogar. A pesar de que era un fae ocupado, podía pasar horas junto a mí, hablando, riéndose o simplemente

observándome.

Alguna vez, Kallias me había siseado entre dientes: «Si la ley lo permitiera, padre te elegiría a ti como heredera». No había luna llena en la que no paseáramos y habláramos hasta bien cerrada la noche. Aquellas veces, siempre me acostaba tarde.

—Cuánto has crecido, Vienna —suspiró él, cuando se separó de mí.

Me sentí orgullosa en aquel vestido blanco, vaporoso y brillante, con el cabello suelto, repleto de perlas y diamantes. Capas y capas de gasa y seda me envolvían como el halo que rodeaba a los Inmortales. Era la primera vez que me maquillaba, y ahora mis ojos, rodeados de polvos dorados, parecían tan inmensos como las estrellas que brillaban en aquella noche de principios de otoño.

—Ven, siéntate. —Mi padre señaló la butaca de madera que reposaba frente a su escritorio—. Es hora de hablar de tu futuro.

Asentí con una sonrisa débil antes de obedecerle. Mi madre cerró la puerta con suavidad y permaneció junto a ella, con las manos unidas sobre el regazo y en silencio.

—Hoy alcanzas tu mayoría de edad, hija mía. —Su voz adquirió un tono solemne, serio—. Y ha sido mi deber como padre buscarte un pretendiente. —Una pequeña sonrisa tiró de sus labios—. Ya te lo he dicho en muchas ocasiones. Siempre he querido para ti alguien fuerte, generoso, cálido, que pueda cuidarte y protegerte. Que te elija a ti antes que al mundo.

Asentí, mientras en el interior de mi mente Raen me devolvía la mirada. Mis manos arrugaron sin querer la falda que me cubría las piernas trémulas.

—Alguien que merezca estar a tu lado y te proporcione toda la verdad que mereces.

La respiración se me entrecortó de camino a los pulmones. De pronto, toda la seguridad que había sentido se hizo pedazos. Y la angustia poseyó mi cuerpo y mi alma.

—Teniendo en cuenta todos esos detalles y contando con la aprobación del rey Oberón, he encontrado un candidato digno de ti.

Por favor, susurró un fragmento agónico de mi interior. *Dime que mi prometido será Raen Zenir. Por favor. Por favor. Júrame que su nombre es Raen Zenir.*

El corazón me dolía con cada latido. Las uñas hundidas en mi vestido atravesaban la tela y dejaban marcas de lunas partidas en mis piernas.

—Te casarás con el príncipe heredero Ciro, el futuro monarca del Reino de Elysia.

Los labios de mi padre se movieron unos instantes más, pero mis oídos no oyeron más que un zumbido intenso, que rugía.

2

De pronto, ese sendero que siempre había visto trazado frente a mí había desaparecido. Como si hubiera estado marcado en la tierra y, tras un tifón, el agua torrencial lo hubiese desdibujado, dejándome varada en mitad de ninguna parte.

—¿Qué? —fue lo único que mis labios pudieron pronunciar.

Volví la cabeza para mirar a mi madre, pero ella permanecía inmóvil, con los ojos fijos en algún lugar, pero no en mí. Su rostro no mostraba emoción alguna.

—No… No puedo casarme con el príncipe —balbuceé, de pronto.

La expresión de mi padre cambió. Parpadeó y se irguió sobre el asiento. Sus ojos cayeron sobre mí como aquella vez que había enfermado de niña. La misma mirada de preocupación brillaba en sus pupilas.

—Comprendo que estés alterada —comenzó, tras una pausa.

—No, *no* —repetí. Fui incapaz de mantenerme sentada un instante más. Me puse en pie y me alejé de sus manos, que se extendían hacia mí en un gesto de paz—. Ciro no puede ser el candidato. Ni siquiera… *ni siquiera lo conozco*.

—Ya basta, Vienna —me interrumpió mi madre. Avanzó un solo paso, pero bajo la suela exquisita de su zapato plateado todo el despacho pareció temblar—. Cuando te refieras al heredero de la corona, hazlo con un título adecuado.

—Por supuesto que conoces al príncipe heredero —añadió mi padre. Bajó las manos hasta apoyarlas sobre el escritorio, pero la sonrisa tentativa no desapareció de sus labios—. Es tu primo, al fin y al cabo. Sois parientes. Habéis compartido incluso juegos, cuando erais unos niños.

—Pero… —La voz se extinguió en algún hueco de mi garganta. Una parte de mí quería gritar, pero otra no tenía fuerzas para ello.

Sí, era cierto. Había coincidido con el príncipe en varias ocasiones. Pero no era cierto que hubiese compartido juegos con él; mi

hermano y mis padres nunca me habrían permitido tocar una espada, aunque fuera de madera. Era atractivo, como todos los faes, y amable conmigo, pero jamás había logrado intercambiar más de dos palabras seguidas antes de que un silencio incómodo nos interrumpiera.

—Mi hermana, antes de morir, me susurró que la haría feliz en el Alto Jardín si unía tu mano a la de su hijo.

Negué con la cabeza, mientras el rostro de mi tía, la reina Saskia, aparecía desdibujado en mis recuerdos. Solo la había visto un par de veces cuando era muy pequeña y, para entonces, ya estaba tan enferma que jamás abandonaba sus dependencias. No dejaba que nadie contemplara su cuerpo esquelético, su rostro demacrado. Éramos faes y debíamos ser bellos hasta el momento de nuestra muerte.

—Serás reina algún día, Vienna —insistió mi padre. Sonreía, ignoraba cómo mis pupilas se movían de un lado a otro, descontroladas—. Y llevarás en tu vientre al futuro rey.

Desesperada, clavé las rodillas en el suelo y crispé los dedos sobre la piedra helada. Me postré hasta que mi frente rozó su aspereza.

—¡Álzate, Vienna! —masculló mi madre, con los dientes apretados —. No seas ridícula.

Pero yo me mantuve con la barbilla pegada al pecho, las rodillas juntas y la mirada clavada en las piedras grises. Me habían enseñado bien a arrodillarme desde niña.

—*Lord Dain* —pronuncié, con la voz rota y temblorosa. Le hablé de la misma forma en la que se dirigían a él los sirvientes humanos—. Os pido formalmente reconsiderar la decisión del príncipe heredero Ciro como mi futuro consorte.

Levanté ligeramente la cabeza y lo espié entre mis dedos. Tenía la esperanza de que recapacitara. Por los Inmortales, era mi padre. Mi *querido* padre. El que había dejado que me sentase sobre sus piernas en las reuniones y junto al que caminaba por las noches. El que siempre me observaba con el orgullo resplandeciendo en su mirada. El que siempre me había prometido felicidad.

Recapacitaría. No me obligaría a contraer matrimonio con alguien indeseado. Era lo más valioso para él, me lo había susurrado cientos

de veces.

Él torció los labios y lanzó un largo suspiro, antes de ponerse en pie y sortearme de la misma forma en la que se esquiva a una cucaracha que ha muerto bocarriba.

—*No*.

El mundo volvió a tambalearse bajo mis piernas dobladas, pero ya no escuché aquel rugido que llenaba mi cabeza, solo el sonido de mi respiración, cada vez más rápida y superficial.

Me sentí pendiendo sobre el Abismo, el lugar adonde caían las almas de los difuntos rechazadas por los Inmortales.

La punta de sus botas se detuvo a apenas unos centímetros de la tela de mi vestido. Ya no veía los resplandores bordados en ella. Aquella falda no tenía más que un tono apagado, frío, como el de la piel de los muertos, como la leche cortada que a veces tenían que beber los humanos.

El frío y el calor me azotaban. Sentía cómo mis mejillas comenzaban a hervir mientras por mis venas corría la sangre como la nieve tras el deshielo. Separé los labios, pero mis cuerdas vocales no vibraron, mi lengua no se movió.

—Raen Zenir nunca fue una posibilidad para ti, hija —añadió, antes de desviar la mirada hacia el pergamino que reposaba sobre su escritorio, el mismo que había estado leyendo antes de mi llegada. De pronto, resultaba mucho más interesante que yo—. Planeo adoptarlo. El rey ha dado su consentimiento. No puedes contraer matrimonio con un hermano, aunque este no sea de sangre.

La respiración se me entrecortó en los pulmones y fue incapaz de escapar de ellos. Sentía el cuerpo demasiado pesado. Cada latido contra mis costillas era una puñalada.

La falda de mi madre me abofeteó el rostro cuando se acercó a mí abruptamente.

—*Basta ya*, Vienna —siseó—. Hoy es un día de celebración.

—Has alcanzado la mayoría de edad —añadió mi padre. Había escuchado aquel tono de voz antes, pero nunca dirigido a mí. Cada palabra era una pedrada que me golpeaba sin piedad—. Podía esperar este comportamiento de Giry, incluso de tu hermano Kallias, pero no de ti.

Volví el rostro con violencia, como si me hubiese abofeteado. A decir verdad, lo hubiese preferido. Prefería sentir el dolor concentrado en la mejilla, y no extendido por cada centímetro de mi piel.

—Levántate de una vez. Son los humanos los que se postran, no los faes.

Mi cabeza y mi corazón querían que permaneciera donde estaba, pero mis músculos me desobedecieron. Arrastré el pie por el suelo y me erguí, con la mirada todavía gacha. Las perlas y las horquillas que decoraban mi cabello pesaban de pronto. Las sentía como cuchillos, clavándose y arañando mi cuero cabelludo.

—Siento mucho mi comportamiento. —La voz ni siquiera era mía. Jamás había sonado tan débil, tan quebrada. Aun así, recité las palabras que había aprendido hacía semanas con exactitud—: Acepto con gusto a mi prometido, el príncipe heredero Ciro.

—Y yo bendigo vuestra futura unión, hija mía. Mañana el rey y yo anunciaremos el compromiso.

Aquellas palabras eran aprendidas también, pero la mano que se apoyó en mi hombro era cálida y me dio la fuerza para alzar la mirada de nuevo. La expresión amable había vuelto a los rasgos de mi padre.

—Deberíamos marcharnos —intervino mi madre. No sonreía, pero su tono sonó menos crispado—. Todos nos esperan.

Mis padres enlazaron sus brazos y yo caminé tras ellos, siguiendo la estela que dejaban sus pasos. Cruzamos la galería de la última planta, donde se encontraban las dependencias familiares. Un par de guardias que vigilaban las esquinas bajaron la cabeza a nuestro paso.

Uno de nuestros siervos más antiguos, Malthus, tropezó con sus propios pies cuando se inclinó hacia delante. Una nube de vapor alcohólico lo rodeaba. Arrugué la nariz cuando pasé frente a su cuerpo tembloroso.

—Deberías deshacerte de él —le masculló mi madre a mi padre, cuando empezamos a bajar los peldaños—. Pasa los días y las noches ebrio.

—Por eso le he ordenado que permaneciera en el ala familiar —

repuso él con afabilidad—. No haría buen trabajo protegiendo al rey y aquí no molestará a los invitados.

—No me refiero solo a ellos… —suspiró mi madre, haciendo una mueca de desagrado.

—Solo es un humano triste que no sabe cómo ahogar sus penas. ¿Qué daño puede hacer?

No pude evitar mirar por encima del hombro hacia aquel hombre. Me sonreía y en sus ojos húmedos brillaba una mirada de orgullo. Asintió, como si respondiera a una pregunta que le había formulado, pero yo giré la cabeza, incómoda, y clavé los ojos en las dos cabelleras perfectas que me precedían.

Antes de perder a su familia en un incendio, nunca había probado una gota de alcohol. Era hábil con el cuchillo y solía tallar figuras de madera con las que luego me obsequiaba. Pero de aquello ya solo quedaba el recuerdo.

Continuamos el camino hasta llegar a la primera planta, donde estaban los salones principales. La Ceremonia de mi Mayoría de Edad se celebraría en el Pabellón de las Estrellas. Era la mayor estancia de todo el palacio y mi preferida. Mi padre no había tenido dudas al elegirla.

Ahora, las puertas del color de la medianoche estaban cerradas, pero tras ellas podía oír los murmullos de cientos de invitados, así como el rasgueo contenido de los instrumentos de cuerda que más tarde sonarían en el baile.

A ambos lados, los guardias esperaban. Sus dedos envolvían los inmensos picaportes dorados, en forma de dos medialunas partidas.

Mis padres se ubicaron primero y yo me puse a sus espaldas.

Tomé aire en el instante en que mi padre hacía un asentimiento seco a los humanos.

Con una sincronicidad perfecta, los dos hombres tiraron de las inmensas puertas de madera y, tras ellas, un océano dorado de candelabros, flores y estandartes se derramó ante mí.

—¡Lord Dain y lady Vaelis Daaé! —proclamó en voz alta el Custodio del Nombre, el encargado de anunciar los títulos de los recién llegados. Después, el hombre, vestido de rojo, se volvió hacia mí y volvió a alzar la voz—: ¡Su hija, lady Vienna Daaé!

Un largo camino se extendía ante mí. Una alfombra de hierba real atravesaba el pabellón, partiéndolo en dos hemisferios perfectos. Sobre ella, flotaban luciérnagas.

Los inmensos ventanales abiertos al exterior dejaban pasar el aire de la noche, tibio y salado, que hacía oscilar con dulzura las enredaderas con flores que caían de los grandes candelabros. Los estandartes con el escudo de mi familia, donde una camelia roja abría sus pétalos frente a un océano azul, se agitaban como las olas del mar.

A ambos lados de aquel sendero verde se encontraban todos los invitados. Decenas de rostros hermosos me observaban con curiosidad, recorrían con las pupilas las puntas afiladas de mis orejas y bajaban por el vestido de color madreperla. De soslayo, vi rostros inclinarse entre sí, susurros al oído.

No pude evitar que un escalofrío se deslizase por mi espalda.

Mis padres comenzaron a caminar delante de mí, y yo los seguí, con las manos a la altura del pecho, apoyadas una en la otra. De esa forma, las largas mangas de mi vestido se agitaban y se movían como las alas delicadas de una mariposa.

Una ligera exclamación de asombro me hizo sonreír.

No debía apartar la mirada de la espalda de mis padres, o de quien aguardaba al otro extremo del camino. El rey Oberón esperaba sentado en un trono que mis padres habían construido especialmente para su visita. Vestido de rojo y dorado, con la corona enclavada en su frente, parecía un arce antiguo, repleto de memorias ancestrales. En su pecho podía ver enhebrado con hilos de oro el escudo real: una rosa encarnada atravesando una corona.

Su visión siempre me había resultado imponente, a pesar de que formaba parte de mi familia política. Sin embargo, no pude evitar que mis ojos volvieran a deslizarse hacia los lados.

En la estancia estaban representadas todas las provincias del Reino de Elysia. Algunos rostros los reconocí, sobre todo los de los varones faes. Amigos, aliados de mi padre, que alguna vez había contemplado, risueña, mientras jugaba cerca de la chimenea en su despacho. A otros era la primera vez que los veía. La mayoría venían acompañados por sus esposas y por algún hijo o hija, vestidos con

sus mejores galas.

De pronto, mis pupilas se quedaron atascadas en un punto. Tras el rostro hermoso de un fae de cabello oscuro, una figura masculina me llamó la atención. No era más alta que aquellos que lo rodeaban, pero el brillo de su armadura atraía la luz de los inmensos candelabros hacia él. Parpadeé, confundida. Aquel tipo de vestimenta estaba prohibido en aquella sala, cuando se estaba celebrando una Ceremonia de Mayoría de Edad. Alcé la vista un poco más, y solo capté un resplandor plateado y la sombra de una mirada muy oscura, de unos ojos que se clavaban en mí, antes de que otros rostros ocultaran su visión.

No podía mirar atrás, eso se consideraría una afrenta contra el rey, así que continué caminando con la barbilla alzada, sin girar de nuevo el rostro, a pesar de la extraña quemazón que me aguijoneaba la nuca.

Por desgracia, mis ojos abarcaban más de lo que deseaba, y por mucho que no quisiera mirarlo, el rostro de Raen, de mi *querido* Raen, apareció frente a mí, muy cerca de donde se encontraban mi hermano Kallias y mi hermana Giry.

Debía estar al tanto de la decisión de mi padre. A esas alturas, si hubiera sido elegido mi prometido, lo sabría. Quizá, estaría situado junto a mi familia, y no en la primera fila, con los invitados. Pero él me sonreía y me observaba como si yo fuera la reencarnación de La Plateada. Noté el ardor crecer tras mis párpados, y tuve que apretar los dientes hasta que el dolor físico superó al dolor que me provocaban los recuerdos deshechos. No podía derramar ni una lágrima. En el momento en que lo hiciera, no podría detenerme.

Mis padres llegaron ante el rey Oberón y realizaron la reverencia protocolaria. Después, ocuparon su lugar a la derecha del trono, frente a mis hermanos.

Ahora, solo quedaba yo.

El rey asintió con una sonrisa cuando posó sus ojos dorados sobre mí. A pesar del afecto que sentía por él, me estremecí cuando sus pupilas se escurrieron desde mi rostro a mis pies, muy juntos. No me miraba como habría contemplado a su sobrina. Me observaba de la misma forma en la que podría mirar una flor hermosa que

acababa de desplegarse solo para que la admirase.

Me obligué a esbozar una pequeña sonrisa y coloqué una mano encima de la otra, al nivel del pecho, antes de hacer la reverencia. Después, me giré hacia mis padres y repetí el gesto. Tras esto, di medio giro y volví a reclinarme ante mis hermanos. Kallias me dedicó un guiño rápido y Giry me lanzó una sonrisa desdentada.

Por último, encaré a los invitados, cuyos ojos se deslizaban por mí como la lluvia al correr por los árboles. No había ni un centímetro de mi piel, cubierta o no, sin analizar, sin comentar, sin juzgar.

La sonrisa me tembló, pero logré sujetarla en mis labios cuando me postré por última vez. Era un gesto de agradecimiento hacia ellos, pero en mi cabeza solo apareció el rostro de Raen cuando me incliné por completo.

Aquella reverencia me recordó a la de un condenado a muerte que ofrecía su cuello desnudo al verdugo que sujetaba el hacha.

3

Llevaba lunas imaginando el discurso que me dedicarían en mi Ceremonia de Mayoría de Edad. Pero en aquel momento apenas pude entender más que palabras sueltas. Desde que supe que Raen nunca sería mi prometido, todo dejó de tener sentido.

Mi cuerpo había memorizado el ritual, así que no me equivoqué en ninguno de mis gestos. Y, a pesar de que había soñado mucho con probar por primera vez la Sangre de Aurora, el elixir alcohólico que se ingería en ocasiones especiales, el dulzor espeso me decepcionó cuando empapó mi lengua y se deslizó por la garganta. No me resultó demasiado distinto al vino de los humanos, que una vez Kallias había robado de las cocinas.

La ceremonia terminó antes incluso de que fuera consciente de ello. No me percaté de que todo había finalizado hasta que mi padre me ofreció su brazo y los invitados se acercaron en tropel para felicitarnos.

A algunos viejos conocidos, como lord Myrr, me fue más sencillo devolverles la sonrisa y asentir ante sus palabras. Sin embargo, cuando se trataba de desconocidos, como la pareja de faes que acababa de acercarse a nosotros, me era más difícil mantener la compostura. No hallaba ningún consuelo. Aquellos rostros hermosos, pero vacíos, me recordaban demasiado a la expresión del que sería mi futuro esposo.

—Es un honor recibiros en mis tierras, lord Veyl —saludó mi padre.

—Sí, es agradable abandonar la corte de vez en cuando y arrancar a mi esposa del Valle de los Cuatro Ríos —coincidió el fae, antes de volverse en mi dirección—. Sobre todo, para ocasiones que lo merecen, sin duda.

Bajé un poco la mirada y murmuré por décima vez en aquella velada:

—Os doy las gracias por viajar desde vuestro hogar para honrarme con vuestra visita.

Sabía quién era lord Veyl Verlac. No solo lo conocía cualquier fae, todo humano con una educación mínima había escuchado alguna vez el nombre del hermano del rey Oberón. No era el más pequeño; por lo que tenía entendido, había otro hermano Verlac, que solía residir y gobernar sus tierras, ya que lord Veyl pasaba la mayor parte del tiempo en la corte, como consejero.

Era el dueño de la provincia más extensa de todo el reino: el Valle de los Cuatro Ríos, donde los cauces del Cendaluz, el Esval, el Liris y el Nimbel se unían en una cruz perfecta en el Cruce Celestial, un inmenso puente de cuatro caminos.

Era el lord fae más poderoso después del propio monarca. Y su aspecto lo proclamaba a gritos. El rey Oberón era hermoso de una forma antigua, ancestral, pero la belleza de aquel fae era devoradora. Por lo que había oído, tenía la edad de mi padre, pero ni una sola cana ensombrecía su cabello rubio y bien peinado. Ni una sola arruga estropeaba un rostro de piel pálida y perfecta, esquinas angulosas y ojos grandes y húmedos. Y de un verde que recordaba a la hierba tras la tormenta.

La fae que se encontraba a su lado debía ser su esposa, lady Nohr. Al contrario que él, tenía un cabello castaño que caía en una cascada de rizos que llegaba a rozar sus rodillas. Su rostro me recordó al de La Plateada, marmóreo y perfecto. El iris de sus ojos tenía el mismo tono que la luz dorada que invadía el salón. Era la representación misma de la belleza y la salud. Sabía que tenían una hija de una edad similar a la mía. Mis padres habían acudido a su Ceremonia de Mayoría de Edad hacía solo un par de lunas.

—Os felicitamos de corazón en vuestra Ceremonia de Mayoría de Edad —dijo ella, con una sonrisa.

De pronto algo me golpeó por detrás, a la altura de la cintura. Giré ligeramente la mirada, mientras mi padre volvía a intercambiar unas palabras con lord Veyl.

Mi hermana Giry alzó el rostro hacia mí, acelerada por la carrera. Tenía los labios tiznados de rojo, lo que significaba que debía haber robado los frutos rojos de algunos de los platos que esperaban a ser servidos.

Sus dedos arrugaron la falda de mi vestido. Parecía asustada.

—Vienna —me susurró—. ¿Quién es *ese*?

Fruncí el ceño, confusa, y seguí la mirada de mi hermana pequeña. Entreabrí los labios cuando me topé con el rostro de aquel que había logrado arrancarle un estremecimiento. No sabía quién era, pero estaba segura de que no podía ser miembro de la familia Verlac.

La sombra que mis ojos habían captado en mi camino hacia el trono había sido un borrón blanco y negro. No era un fae, sus orejas redondeadas lo afirmaban. Lo cual no tenía ningún sentido, porque aquella ceremonia estaba prohibida para cualquiera que no perteneciese a nuestra raza. Aunque era solo un humano, era indiscutiblemente alto, casi tanto como lord Veyl. Su cuerpo, esbelto, estaba vestido con una armadura negra, mellada en algunas zonas. En su cinto portaba una espada que podía doblar en tamaño a todas las que había visto en mi vida. Nada tenía que ver con las que había visto portar a los guardias, ni tampoco con las armas que a veces llevaban mi padre, Raen o mi hermano Kallias, afiladas pero magníficas. No había nada hermoso en las manchas de sangre seca que se adivinaban en la vieja vaina.

Durante un instante pensé que se trataba de un anciano. Su cabello, completamente blanco, caía sobre su rostro, ocultándolo. Ni siquiera lo llevaba bien sujeto. Apenas un cordel anudaba una parte en su nuca. Los humanos debían llevar el cabello siempre firmemente recogido, éramos los faes los que apenas lo recortábamos y lo dejábamos libre, suelto, como una muestra de nuestro estatus, de nuestro poder.

Debió presentir el peso de mi mirada, porque bajó con brusquedad la barbilla y hundió sus pupilas en las mías.

Era ridículo que un fae pudiera sentir miedo de un humano, pero no pude evitar dar un paso atrás y arrastrar a Giry conmigo.

Me había equivocado por completo. No era un anciano. Si fuera un fae, sería unos años mayor que yo, nada más. Jamás había visto un aspecto como el suyo. Su melena blanca le acariciaba un rostro afilado y pálido. La nariz era delgada y, bajo ella, sus labios finos, rosados, se estiraban en una mueca apretada y desagradable. Parecían rotos por una media sonrisa, y no porque los tuviera estirados. Una leve cicatriz rompía la comisura izquierda en dos.

Todo en él parecía hecho de niebla, pero sus ojos… Tragué saliva, sintiéndome de golpe sin aliento. Jamás había visto una mirada así. Tan negra, que no era capaz de distinguir el iris de la pupila. Pura brea, puro azabache.

Pura oscuridad.

Mi padre percibió su presencia cuando advirtió mi expresión pálida. Sus ojos relampaguearon al encarar a aquel hombre que aguardaba tras lord Veyl y lady Nohr, cuyas orejas redondas se mostraban sin tapujos.

La voz le tembló un poco cuando pronunció:

—No está permitida la entrada de humanos. Y menos, armados. —Sus ojos se entrecerraron al caer sobre la empuñadura de la espada —. Se les han preparado unas dependencias anexas. Deberán aguardar allí.

La sonrisa de lord Veyl vaciló durante un instante, antes de regresar a sus labios con seguridad.

—Sé que no es lo indicado. Lo entiendo, de verdad. Pero se trata… de una medida especial. Es uno de los mejores soldados del Valle de los Cuatro Ríos, sair Erik. Ha venido como guardián de mi esposa.

Sair, repetí. Aquel era el título oficial con el que se les designaba a los caballeros. El más alto que podían recibir los humanos.

No había muchos que recibieran un honor así.

—En la Ceremonia de Mayoría de Edad de mi hija también nos acompañó —añadió, con suavidad.

Un resplandor de hierro iluminó la mirada de mi padre.

—Pero no nos encontramos en el Valle de los Cuatro Ríos. Estamos en Sombramar, la provincia sobre la que gobierno.

—Lo sé, lord Dain. —El fae avanzó un paso, lo suficiente para poder inclinarse sobre el oído de mi padre y murmurar—: Es solo una medida de seguridad ante la presencia del rey Oberón. Este humano es nuestro mejor guerrero. El más fiel. El más capaz.

—Los humanos que responden a mi mando…

—Temo por la seguridad del rey desde hace varias lunas. Los humanos… Después de la ceremonia os lo podré explicar con calma —lo interrumpió lord Veyl—. Oberón es mi hermano, lord Dain. No lo hago para molestaros. Os juro que su presencia no sería necesaria

aquí si no lo creyera urgente.

—Debo insistir yo también —añadió lady Nohr, con una sonrisa a la que era imposible negar nada.

Vi una tormenta estallar tras los ojos de mi padre. Pude sentir cómo paladeaba aquellas palabras tras sus labios firmemente apretados. Pude sentir cómo sus brazos se contraían antes de sisear:

—Hablaremos mañana. —Sus pupilas se dirigieron de nuevo hacia el humano, que esperaba convertido en una sombra silenciosa—. Que vuestro caballero aguarde en un rincón.

—Así se hará, lord Dain.

Lord Veyl y lady Nohr hicieron una reverencia antes de que mi padre correspondiera con otra inclinación y me arrastrara hacia el resto de invitados que deseaban presentar sus respetos. Giry soltó mi falda y se marchó corriendo, siguiendo el camino opuesto al de aquel humano.

Me perdí entre las felicitaciones y las buenas palabras. No tardé en confundir rostros, títulos y nombres, y terminé asintiendo y sonriendo a todo aquel que se cruzaba en nuestro camino. Hubo un momento en el que mi padre alargó la conversación con lord Myrr, uno de sus mejores amigos y aliados, y yo aproveché para estirar los hombros y observar a mi alrededor. A aquellas alturas, sentía el cuerpo rígido, y los preciosos zapatos de cristal que me había regalado mi madre para aquella noche comenzaban a hacerme daño en los pies.

Unos dedos tiraron ligeramente de las lazadas en mi espalda y eché un vistazo por encima del hombro, esperando ver a Giry de nuevo. Sin embargo, mis ojos se tropezaron con unos ojos castaños y unos labios que me cortaron la respiración, al moverse tan cerca de mí.

—Si sigo esperando a felicitarte, llegará el amanecer.

—Buenas noches, Raen —acerté a decir, con la voz hecha pedazos. Me obligué a estirar los labios, pero estos amenazaron con partirse. Mis ojos se plagaron de llamas mientras trataba de contener las lágrimas.

Había soñado demasiado el estar junto a él, y no podía despertarme ahora. *No quería.*

Su sonrisa se pronunció y, a pesar de todos los que nos rodeaban, se acercó un poco más a mí. Sus nudillos rozaron el dorso de mi mano, y yo me estremecí.

—Veo que ya has conocido al Fantasma.

—¿El Fantasma? —repetí, confundida.

Sus pupilas se alzaron por encima del mar de cabelleras que nos rodeaban y se clavaron en una esquina del salón.

—El humano vestido con armadura —dijo, con una nota de tensión flotando en sus palabras—. El que parece incomodar a todos.

—Oh.

No seguí su mirada. No quería cruzarme de nuevo con aquel rostro y aquellos ojos.

—¿Por qué lo llaman así? —pregunté, con un susurro.

—Quizá por su cabello blanco, como el de un anciano. Quizá sea sigiloso matando. Quién sabe. Muchos ponen apodos sin sentido. —Se encogió de hombros y sus ojos bajaron bruscamente hasta mí—. Necesito hablar contigo. *En privado*. —Echó un vistazo a mi padre. Parecía que la conversación con lord Myrr estaba a punto de llegar a su fin—. Después del primer baile. Te espero en el Claustro de las Camelias.

Apenas asentí antes de que se alejara de mí. Cuando el resto de los cuerpos lo engulló, miré a un lado y a otro, pero nadie más parecía habernos prestado atención durante aquel intercambio.

La ceremonia continuó. Era tradición abrir el baile con el cabeza de familia, pero con la presencia del rey aquello cambiaba. Así que cuando los instrumentos de cuerda comenzaron a ser afinados y la melodía de las flautas dulces llegó hasta mis oídos, el rey Oberón ya se había acercado a mí.

Me conocía cada una de las danzas que se llevaban a cabo en la corte y en las grandes fiestas, así que ejecuté los pasos con seguridad, mientras la multitud nos rodeaba y los faes cuchicheaban entre sí.

El rey no me dirigió la palabra durante todo el baile, pero cuando los últimos acordes llegaron a su fin, me murmuró en tono cercano, como siempre que estábamos a solas:

—Estoy seguro de que serás muy dichosa en Veldara. —Su sonrisa

se acentuó—. Tu tía se sentiría muy feliz de saber que su sobrina será la próxima soberana del Reino de Elysia.

La mueca de mis labios se quebró, así que me apresuré a dedicarle la reverencia de rigor para esconder mi expresión. Con el cambio de melodía, varias parejas nos rodearon y yo aproveché para escapar.

Si alguien me llamó, no lo oí. Con toda la elegancia que fui capaz de reunir, me deslicé entre la seda y las capas de terciopelo, y abandoné el Pabellón de las Estrellas.

Por fortuna, los corredores estaban vacíos, a excepción de los guardias. Aunque eran más de los habituales, ninguno se dirigió a mí cuando caminé a paso rápido frente a ellos. Sabía que aquella incursión nocturna me condenaría a ser la comidilla entre la servidumbre y que, irremediablemente, llegaría a los oídos de mi madre.

Por suerte o por desgracia, quizá, para entonces, yo me encontraría ya en Veldara, la capital, encerrada en el Palacio de Sangreal, lejos de sus sermones.

A medida que la fiesta quedaba atrás, los soldados se dispersaban. Cuando apenas me quedaban unos metros para llegar, todos aquellos ojos vigilantes habían quedado atrás.

El Claustro de las Camelias formaba parte del ala este del palacio, en su extremo, cerca de donde comenzaba el acantilado. Tras los muros de piedra clara podía escuchar el rugir del océano.

Di una vuelta sobre mí misma, pero no encontré a mi alrededor más que los arcos de piedra, mudos, y la fuente del jardín, encendida, dejando que el agua resbalara por ella para llegar a los arriates.

De pronto, un siseo me hizo volverme con brusquedad. Vi de soslayo el resplandor de unos hilos plateados bordados en un jubón de cuello alto, y la sombra de una capa roja al alzarse, antes de que unas manos se apoyaran en mis hombros y me empujaran hacia atrás.

Mi espalda golpeó contra una de las columnas del claustro. Los bajorrelieves se enterraron entre mis omóplatos. Unas piernas vestidas con terciopelo oscuro se apoyaron en las mías.

—Raen —mascullé, con el aliento atragantado.

Las pupilas parecían haberle devorado el iris. Apenas quedaba una corona parda rodeándolas, como en un eclipse total.

—Sé que lo que estoy haciendo no está bien —soltó a trompicones, antes de que yo volviera a separar los labios. Todo el sosiego que había gobernado su voz en el Pabellón de las Estrellas había desaparecido. Su voz sonó ronca, ligeramente desafinada—. Pero debíamos hablar. *A solas.*

Hundí los dientes en el labio inferior y desvié la mirada. No quería alejarme de él, no cuando por fin estaba tan cerca de mí, pero mi destino ya había sido marcado. Sabía quién sería mi prometido, y cualquier instante que pasara con él, más cerca de lo que el decoro permitía, estaría mal visto a los ojos de los demás, de los Inmortales que nos contemplaban desde el Alto Jardín.

—Mi padre… —comencé.

—Sé lo que te ha dicho tu padre —me interrumpió Raen. Alcé la mirada de golpe. Sus dedos me apretaron con más fuerza. Las uñas atravesaron la gasa y la seda que me envolvían—. Kallias me habló de sus planes… y de su deseo de prometerte con el príncipe Ciro.

Me quedé sin palabras. Aquello era casi una traición. Mi hermano mayor participaba en todas las reuniones de mi padre, lo acompañaba a donde fuera necesario. Sería el próximo cabeza de familia, el futuro señor de Sombramar. Por supuesto que debía saber todo. Era su deber. Pero eso no significaba que pudiese hablar de más.

—Yo no quiero unirme a él —balbuceé, aunque sentí al instante un sabor amargo en mi lengua. Aquello era casi una blasfemia, iba en contra de los deseos de mi padre.

—Lo sé. —Raen asintió, un brillo nervioso resplandeció en su mirada. Se acercó un poco más a mí. Su aliento me acarició los labios—. Por eso te he pedido que vengas aquí. Porque puedo darte una solución.

—¿Una solución?

Los ojos volvieron a quemarme. Por los Inmortales, no existía ninguna. Cuando los padres faes tomaban una decisión, los hijos y, sobre todo, *las hijas*, acatarlo. No había finales felices para quienes se atrevían a desobedecerlas. Las canciones que recitábamos desde

la infancia nos lo enseñaban bien.

Raen se acercó un poco más. Sus ojos se emborronaron por la cercanía. Las puntas de su flequillo castaño acariciaron mis mejillas cuando se inclinó sobre mi oído.

—Huye conmigo. —Las palabras resonaron como las campanas de los templos que llamaban a la oración—. Esta misma noche.

4

Debía alejarme de él.

Apartarlo a manotazos, incluso, a pesar de que una dama fae no debía usar la violencia. Tenía que darle la espalda y correr hacia el Pabellón de las Estrellas para contarle a mi padre lo que acababa de sugerirme.

Pero, en vez de ello, permanecí inmóvil. Ni siquiera fui capaz de respirar.

—Quiero a tu familia y les estaré eternamente agradecido por el trato que me han dispensado durante todos estos años, pero mi apellido es Zenir. Y quiero que siga siéndolo. Deseo ocupar el lugar que ocupó mi padre antes de que lo asesinaran —dijo, con lentitud. Paladeaba cuidosamente las palabras, sin pestañear, con los ojos quietos en los míos.

—Lo comprendo —susurré.

—Mi Mayoría de Edad se cumplirá dentro de una semana. Un par de días antes, sé que tu padre anunciará mi adopción, y yo no podré hacer nada para negarme. El rey aprobará su decisión. —Sus brazos temblaban, y los dedos se hundían más en mis hombros, allá donde la tela no los cubría. Mi piel se había convertido en nieve, la suya ardía—. Si nos marchamos y conseguimos escondernos hasta que la cumpla, podremos casarnos. Y permanecer juntos. Ambos seremos mayores de edad, faes de la nobleza, y no necesitaremos la aprobación del rey Oberón.

Si lo lográbamos, si Raen y yo nos uníamos en sagrado matrimonio bajo la luz de los Inmortales, del Radiante y de La Plateada, ni siquiera el rey podría disolver nuestro matrimonio. Nuestras uniones eran sagradas. Irrompibles. No se disolvían sino hasta la muerte de uno de los cónyuges.

Raen respiró hondo y su agarre se suavizó. Sentía las huellas de sus dedos mí, como un hierro al rojo vivo sobre mí.

No añadió nada más. Tanto él como yo sabíamos que estaba

proponiéndome una locura. Un absoluto desafío a todas nuestras costumbres y obligaciones. Si nos encontraban antes de que Raen cumpliera la Mayoría de Edad, ambos estaríamos perdidos. Quizá, él perdería la provincia de Sylvaris; la tierra que siempre había pertenecido a su familia. Pero a mí… me cortarían las orejas y me obligarían a formar parte de la Orden Gris.

Cuando era una niña, mis pesadillas siempre habían estado relacionadas con aquellas carnes mutiladas. A veces me despertaba gritando.

Ahora pocas veces me fijaba en algún miembro con mis propios ojos, aunque siempre se había tratado de damas. Era extraño que hubiera algún varón entre sus filas. Generalmente éramos nosotras las que soportábamos castigos más severos. Al fin y al cabo, eran ellos los que recibían títulos, los que debían gobernar.

La Orden Gris estaba compuesta por los faes. Una vez que vestían el hábito gris, dejaban de considerarse uno de los nuestros, aunque tampoco se las consideraba humanos. Permanecían en un limbo extraño, silencioso, en el que solo podían transitar hacia la muerte sirviendo sin exigencias a los nobles faes. Generalmente se encargaban de servir en los templos de los Inmortales y de cuidar y sanar a los enfermos más graves.

Raen me pedía demasiado.

Le devolví la mirada. Escuchaba un eco ensordecedor en mis oídos, un corazón que latía errático, pero no sabía si era el suyo o el mío.

—Sí —susurré de pronto—. Me marcharé contigo.

La corona de iris que bordeaba las pupilas de Raen desapareció cuando estas devoraron los últimos restos. Así que no vi más que oscuridad antes de que sus labios cayeran sobre los míos.

La espalda se me enterró más en aquella columna y mi cuerpo se arqueó cuando sus brazos me rodearon.

Nadie me había besado jamás. Hacerlo a escondidas antes del matrimonio era un juego sucio reservado a la servidumbre humana. Algo que La Plateada no aprobaría y que El Radiante castigaría. Más de una vez, durante algún paseo nocturno, había oído risas ahogadas y jadeos escapando de algunas puertas entreabiertas. Y yo siempre había apretado el paso y no había mirado atrás.

Sin embargo, había soñado demasiadas veces con aquel momento.

Y ahora, mis huesos, mis músculos, mis labios, se habían disociado de mi mente; sabían perfectamente qué hacer, sabían cómo moverse.

La lengua de Raen acarició mi labio inferior y yo jadeé, dejándolo entrar. Él gruñó algo ininteligible contra mi boca y mis dedos se aferraron a sus hombros, apretando sin piedad.

La oscuridad me engulló cuando dejé caer los párpados, subyugada. Y yo me dejé mecer por ella. Él pasó sus dedos por mis mejillas, recorrió mi frente y comenzó a bajar con una lentitud tortuosa por mi largo cabello ondulado. Las puntas morían cerca de mis rodillas, pero sus yemas se retrasaron en mis caderas.

Un estremecimiento violento me sacudió.

Me besaba como si aquello no estuviese mal, como si tuviéramos a nuestros pies todo el tiempo del mundo.

Yo quería creerlo, pensar que así era. Que aquella danza lenta entre nuestras lenguas era solo el preámbulo de lo que nos esperaba.

Pero entonces un ligero canturreo, las palabras de una vieja canción, hizo que nuestros labios se separaran con un resuello.

En los muros del deseo, donde el alma se desangra,
crece una flor en silencio. Ella tiembla, él la llama.

Raen giró la cabeza y su cuerpo se volvió rígido bajo mis manos trémulas. Seguí el camino que trazaban sus ojos y mis pupilas se dilataron de súbito.

Me separé de él abruptamente, ahogando un alarido.

El humano de cabello blanco, *el Fantasma*, como lo había llamado Raen, nos dedicó una larga y silenciosa mirada que logró apartar de una bofetada toda la sangre de mi rostro. Se había quedado quieto en el centro del claustro, como si hubiésemos sido nosotros los que lo hubiéramos interrumpido a él en mitad de su paseo.

Raen temblaba a mi lado de rabia.

—No era mi intención molestaros —dijo, torciendo ligeramente los labios. Su voz se arrastraba como el siseo de una serpiente.

Sin añadir ni una palabra ni esperar a que alguno de nosotros separara los labios, nos dio la espalda y desapareció por la galería adyacente, silbando lo que restaba de canción, hasta que la melodía se perdió entre sus pasos.

Raen y yo permanecimos paralizados, incapaces de mirarnos a los ojos y sin saber qué decir. Él carraspeó, incómodo, y se separó un paso de mí.

Sus labios hinchados y húmedos debían ser un reflejo de los míos. Tenía las mejillas salpicadas de rubor y el pecho aún le subía y le bajaba a toda velocidad.

Nuestras miradas se cruzaron, pero fuimos incapaces de decir nada. Apenas un momento antes me había sentido tan maleable como un trozo de arcilla entre las manos de un artesano; ahora mi cuerpo se había vuelto rígido, frío. Casi extraño.

Fue un milagro de los Inmortales que Giry llegase en aquel instante corriendo, con la falda del vestido alzada hasta las rodillas.

Se detuvo frente a nosotros, jadeando ligeramente.

—Madre te está buscando, Vienna. —Nos observó durante un momento con el ceño arrugado, sin comprender muy bien qué hacíamos los dos en aquel lugar oscuro—. Creo que está enfadada.

Esbocé una mueca, entendiendo, y la tomé de la mano para volver con ella al Pabellón de las Estrellas. Miré por encima del hombro a Raen, que se había cruzado de brazos y se había dejado caer sobre la columna en la que antes se había hundido mi espalda. Yo todavía podía sentir las muescas de la piedra clavadas en mi piel.

Nos examinó con el ceño fruncido.

—¿Nos acompañas? —le pregunté, intentando que mi voz no sonase temblorosa.

—Id adelantándoos —repuso, apartando la mirada—. Os seguiré más tarde.

Ahogué un suspiro en lo profundo de la garganta, pero, antes de que pudiese avanzar más de cinco pasos, su voz llegó de nuevo a mí.

—A la hora del Caballero, en las puertas del templo.

Me detuve y lo miré por encima del hombro. Todo el calor que me había sacudido terminó de desaparecer tras aquellas palabras.

Entendí lo que quería decir.

Con paso rápido, me alejé de él. Giry, a mi lado, miraba de vez en cuando hacia atrás, para desviar después sus pupilas hasta mí.

—¿Por qué está Raen tan enfadado? —preguntó, al cabo de unos minutos.

—Quizá no le gusten los invitados —mentí, encogiéndome de hombros.

—Está celoso de quien te observa tanto.

—Giry, me guste o no, esta noche todos me miran. Cumplo la Mayoría de Edad —repliqué, sonriendo con burla—. Cuando llegue tu turno, sucederá igual.

Ella añadió algo más, pero no pude oírla cuando entramos en el Pabellón de las Estrellas, y la música de los instrumentos de viento y cuerda, las conversaciones y las risas ahogaron la cuestión en mi cabeza.

A unos metros de distancia, mi madre me lanzó una mirada letal. Tuve la decencia de palidecer y bajar un poco la cabeza. Sabía que no le gustaba que me esfumara así, y menos cuando el otro desaparecido era Raen. Había dicho alguna vez que estaba transitando una edad peligrosa, y que los jóvenes en edades peligrosas hacían cosas peligrosas.

Ella no quería que yo fuera víctima de aquel peligro. Y mucho menos en mitad de una fiesta en la que muchos ojos estaban clavados en nosotros como anfitriones. Y, sobre todo, en mí.

Le di la espalda y busqué desesperadamente un lugar donde posar mi mirada. Tenía la sensación de que, si continuaba presa de sus ojos de hielo, ella adivinaría lo que había ocurrido bajo esos arcos oscuros.

Por suerte, mis pupilas se toparon de pronto con la sonrisa amplia de mi padre.

—Te estaba buscando, Vienna. Me gustaría que me concedieras un baile, hija mía. Será uno de los últimos, antes de que te marches a la capital.

Su mano, amplia y suave, se extendió bajo mis ojos.

La miré, estremecida, y recordé los labios de Raen sobre mi propia boca, sus manos deslizándose por mis costados; su voz, sonando

clara en el claustro:

A la hora del Caballero, en las puertas del templo.

Mi padre deseaba bailar con una traidora, con alguien que abandonaría su hogar en unas horas y no lo volvería a pisar hasta tener un título distinto.

Él nunca me había golpeado, pero me pregunté si me abofetearía de saber la verdad.

Aun así, le dediqué una reverencia y esbocé una pequeña sonrisa mientras le susurraba:

—Por supuesto, padre.



Pasada la medianoche, creí haber cumplido mi deber con creces, y pedí permiso para retirarme, a pesar de que no notaba ni el más leve ápice de sueño.

Hice las inclinaciones pertinentes, deseando apartar la cara ante la sonrisa de los invitados y los ojos atentos del rey Oberón.

Cuando abandoné el Pabellón de las Estrellas me sentí como una fugitiva, huyendo de algo, o de alguien.

La fiesta no se prolongaría mucho más. La mayoría de lores invitados se despertarían temprano al día siguiente para regresar a sus tierras o para reunirse con mi padre o con el rey. Desde mi dormitorio a oscuras, en el que se escuchaba el eco de la fiesta, fui consciente de cómo la música se iba apagando, de cómo las voces se convertían en susurros hasta finalmente desaparecer.

En ningún momento me dormí. Ni siquiera fui capaz de tumbarme sobre el lecho. Cuando Fern acudió para ayudarme a desvestirme, la despaché y le pedí que se acostara temprano. Ella obedeció, aunque una expresión de sospecha brilló en su mirada clara. En vez de ponerme el camisón que esperaba doblado sobre la cama, elegí un vestido sencillo para el que no necesitaría ayuda y una capa de color pardo. Me cepillé tantas veces el pelo que dejé mi cuero cabelludo palpitante, casi en carne viva.

Raen me había dicho que me esperaría en el templo a la hora del Caballero. El Palacio de los Vientos albergaba junto a las murallas los dos templos dedicados a los Inmortales, pero yo siempre me dirigía al mismo. Y él lo sabía. El templo de La Plateada era el más alejado, fuera de los muros de mi hogar, aunque estaba lo suficientemente cerca como para ser seguro. Allí corría el río Aguasrosas, un afluente del Cendaluz, que comunicaba nuestro hogar con Verdemar, la capital de nuestro territorio, a apenas unos kilómetros de distancia.

La hora del Caballero era la más oscura de la noche, a eso debía su nombre. El momento en que los soldados despertaban en sus campamentos y se preparaban para la batalla que librarían al alba.

Mis zapatos solían ser delicados, repletos de bordados y apliques dorados, pero elegí unas botas que apenas me había puesto alguna vez, en las escasas ocasiones en las que no había tenido más remedio que montar a caballo.

Extraje una sola vela del único candelabro que no había apagado de mi dormitorio, y abandoné la habitación, con el corazón martilleando errático en mis extremidades. El fuego que sostenía se agitaba por culpa de mis temblores.

La galería de piedra se encontraba en penumbras. Todas las luces estaban apagadas. Yo arrastraba el único resplandor. Las puertas estaban cerradas y no asomaba ni un atisbo de dorado tras ellas. Todos debían dormir.

Me detuve durante un instante junto a la puerta de Raen, la última. Estuve a punto de llamar, pero decidí seguir el plan. Aunque no había guardias cerca, ya que la mayoría se encargaba de velar el sueño del rey Oberón y de los invitados más ilustres en un palacete anexo que mis padres habían arreglado especialmente para la ocasión, no quería llamar la atención.

Al girar la esquina, me detuve en seco. Al final de la galería, junto a las escaleras principales que descendían, el despacho de mi padre estaba entreabierto y, la luz tras la puerta, encendida.

Lancé una plegaria a El Radiante, y contuve la respiración mientras trataba de oír algo. Agucé un poco más la vista y, junto a la entrada que daba a la escalera, en el mismo lugar donde lo había visto horas atrás, dormitaba Malthus, el viejo guardia al que mi madre le

desagradaba incluso mirar.

No se oía nada más.

Solté el aire con suavidad y me obligué a seguir adelante. Los latidos de mi corazón hacían tanto eco en mis oídos que era incapaz de escuchar mis propios pasos.

Contuve el aire cuando pasé junto a la puerta entreabierta del despacho. No oí nada tras ella, ni siquiera el susurro de una respiración. Me imaginé a mi padre leyendo, concentrado, como tantas veces lo había espiado a escondidas, o quizá, descansando sobre su sillón. A veces se quedaba dormido mientras revisaba los documentos del reino.

Estuve a punto de abrir un poco más esa puerta. De mirarlo por última vez. Pero cuando mis dedos apenas rozaron el pomo dorado, aparté la extremidad de golpe.

Había tomado una decisión y no podía echarme atrás. No podía arriesgarme. Tendría que conformarme con el último vistazo que le había dedicado aquella noche, antes de escabullirme hasta el dormitorio.

Sabía que, cuando descubriese mi traición, nada volvería a ser igual.

Me deslicé hacia las escaleras sin mirar ni una vez atrás. Malthus parecía inconsciente, con la espalda apoyada en uno de los pilares y la cabeza gacha. Se había vomitado encima. Podía ver el rastro pastoso que habían dejado la comida mal digerida y el alcohol en su ropa.

Tragué saliva, y miré los peldaños que descendían antes de observarlo de nuevo. La oscuridad que reinaba me impedía ver si su pecho subía y bajaba. Entre las manos sujetaba una botella que debía haber robado de la celebración. La Sangre de Aurora era una bebida demasiado fuerte para los humanos. Estaba prácticamente vacía; lo poco que quedaba del líquido interior se había derramado a su alrededor, en un charco sangriento. Él no sería consciente de mi presencia aunque hubiese caminado a su alrededor dando saltos y palmas.

Estuve a punto de descender el primer escalón, pero entonces recordé las figuras de madera que me había regalado hacía años. Su

mirada amable antes de que perdiera todo.

—Por los Inmortales —mascullé, antes de arrodillarme a su lado.

Con cuidado, apoyé la mano en su pecho, intentando esquivar el vómito gris que comenzaba a secarse. Durante un instante me quedé paralizada, pero entonces sentí sus pulmones expandirse.

Con un suspiro, le acomodé el mechón sangriento que caía por su frente.

—Cuídate mucho, Malthus —susurré, antes de darle la espalda.

Caminé más aprisa. Sabía que, si apenas había guardias en nuestros corredores, menos encontraría en el resto del palacio.

Fui hasta la planta baja y me dirigí hacia las cocinas, que comunicaban con el exterior por una pequeña puerta escondida.

Doblé una de las esquinas de la galería con rapidez y tropecé de lleno contra algo frío y duro, e inmenso. Estremeciéndome por el tremendo impacto, retrocedí, perdiendo el equilibrio. Me habría dado de bruces contra el suelo de no haber sido por una mano que se enredó en mi brazo y logró enderezarme a tiempo.

La vela, no obstante, resbaló de mis dedos y cayó al suelo.

El fuego se apagó, y solo quedó la luz de la luna que entraba por las ventanas abovedadas del corredor.

Levanté la mirada, pero la voz se extinguió en algún lugar recóndito de mi garganta cuando descubrí de quién se trataba.

Él.

Su armadura resplandecía como la piel de un fantasma.

—Es un poco tarde para pasear —comentó, con una expresión impertérrita.

Era mi fortaleza, mi palacio, mi hogar. Podría haber alzado la voz y alguien habría acudido en mi ayuda. Simplemente por aquel tono violento y aquel sarcasmo, podía exigir que lo encerrasen una noche en las mazmorras. Mi padre ordenaría que lo azotasen. Que lo decapitasen, incluso, por muy valioso que resultara para la familia Verlac.

Sin embargo, no era capaz de hablar, ni mucho menos de gritar. Solo pude guardar silencio y contemplarlo con ojos espantados.

A él pareció divertirle mi mutismo.

—¿Tienes problemas para dormir?

Jamás un humano se había dirigido de una forma tan directa a mí. No solo estaba prohibido, nadie se hubiera atrevido a hacerlo, perteneciese a mis tierras o fuese un forastero como él.

Debía haber escuchado mal. Aquello no tenía sentido.

Necesité varios instantes para reunir las palabras en mi cabeza, y otros más para convencer a mi lengua de que se moviera.

—No.

Me sentía estúpida por responderle y, a la vez, por no ser capaz de añadir nada. Él no era nadie, solo un soldado que guardaba las espaldas a una familia fae, como la mía. Aun así, tenía la sensación de que, de haber mentido, él lo habría adivinado.

—Entonces eres un ave nocturna —susurró—. Te dejo que sigas volando.

Se inclinó para recoger la vela que había caído de mis manos y me la tendió. Cuando la acepté con dedos temblorosos, él pasó por mi lado, rozándome con el frío metal de su armadura.

Se perdió en la oscuridad del pasillo, sin mirar ni una sola vez atrás.

5

Solo mis pasos quebraban el silencio que se había adueñado de aquella noche. No había luna llena, pero las estrellas brillaban tanto en el cielo que ni siquiera necesité una antorcha para seguir adelante. Los insectos parecían haber perdido la voz y no corría ni una ráfaga de viento.

En algunas almenas había luz, y por las murallas veía caminar a los soldados que estaban de guardia. Por si acaso, tuve cuidado en colocar el cabello tras mis orejas, para que fueran bien visibles.

Hice bien, porque cuando pasé junto al palacete donde descansaba la mayoría de los invitados, los ojos de los hombres armados se clavaron en mí. Aunque, tras una rápida ojeada, nadie se atrevió a detenerme. Solo un joven pareció dubitativo, antes de que su compañero le propinara un empujón nada disimulado y negara con la cabeza. Cuando nuestros ojos se cruzaron, se apresuró a inclinarse y a bajar los hombros.

No me sonaba su rostro. Debía ser uno de los jóvenes guardias contratados para esta noche. Me reconociera o no, al día siguiente sería la protagonista de los rumores, y estos llegarían tarde o temprano a oídos de mi familia. No obstante, ya no podía echarme atrás.

No quería hacerlo.

El olor a algas y a sal, mezclado con la humedad de la tierra, me golpeó cuando atravesé los establos, en dirección a una de las salidas más discretas de las murallas, la que solían usar los sirvientes cuando acudían al mercado a por provisiones. Un par de mozos dormitaban tumbados sobre el heno, pero cuando levantaron las cabezas al escuchar mis pasos, yo ya había pasado al otro lado, fuera de los muros del palacio.

Una antorcha estaba encendida en el umbral del templo de La Plateada. Era un edificio de piedra gris, recogido, y su tejado curvo de tono madreperla se fundía con las ramas más bajas de los

árboles que lo rodeaban. En vez de entrar, rodeé la construcción por su lateral, hasta dar con el pequeño embarcadero.

En los días de estío me había sentado en el borde decenas de veces con Giry a mi lado, con los pies descalzos chapoteando en el agua. Mi hermano Kallias solía observarnos de lejos, con una media sonrisa dibujada en los labios. Cuando éramos pequeños, acostumbrábamos a bañarnos juntos.

Pero esta vez me encontraba sola, estábamos en otoño, y Raen todavía no había llegado. Junto al pequeño muelle había una barca preparada. Se mecía con la corriente y el casco chocaba con la madera con suavidad. Un pequeño saco de arpillera se escondía bajo los asientos. Provisiones, quizá.

Miré a mi alrededor, pero no oí ni un solo paso. Tal vez fuera pronto, así que decidí esperar.

Al principio me quedé quieta, con las manos unidas sobre el regazo. Después, cuando las piernas comenzaron a hormiguearme, empecé a caminar en círculos. Rodeaba el templo vacío, pero siempre, al doblar la última esquina, aceleraba el paso, esperando encontrarme a Raen con una capa de viaje y una sonrisa junto al embarcadero.

Pero el tiempo fue pasando, la luna se movió en el cielo y las estrellas la acompañaron. Pensé en descalzarme e introducir los pies en el agua, pero aparté la idea de mi cabeza cuando me arrodillé para tocar el río helado.

El corazón comenzaba a descontrolarse en mi pecho, así que me escurrí hasta la barca y me dejé caer sobre los asientos. Después, me arrebujé en la capa de viaje y me recliné, apoyando la mejilla sobre el borde de madera.

Mis ojos estaban fijos en el sendero que traería a Raen hasta mí.

A lo mejor fue el susurro del agua que mecía la embarcación, quizá el canto de las aves nocturnas, pero hubo un momento en que dejé caer los párpados y no volví a separarlos.

No sé cuánto tiempo pasó. Pero entonces me erguí con tanta brusquedad que estuve a punto de volcar la barca. Me sostuve de la borda, con las manos temblando, y miré a mi alrededor, de pronto sin resuello.

Creía haber oído un grito.

Sin embargo, a mi alrededor la noche continuaba tan en calma como antes de quedarme dormida. Aún estaba oscuro, pero no debía faltar demasiado para el amanecer. La hora del Caballero debía haber pasado hacía mucho.

Entonces, la brisa me trajo un susurro.

Voces.

Decenas de ellas que se mezclaban en la distancia.

Fruncí el ceño. Salté al embarcadero y me quedé un instante escuchando. No había duda. Eran voces, gritos, exclamaciones, que se mezclaban a lo lejos creando una cacofonía, un zumbido intenso que me recordó al del enjambre de abejas del que escapé cuando era pequeña, después de que Kallias golpeara la colmena con su espada de madera.

De Raen no había ni rastro. Sabía que le había prometido esperar, pero aquellas voces me hicieron alejarme del embarcadero, del templo de La Plateada. Lo dejé atrás.

Mis pies desanduvieron el camino que había recorrido. Cuando vi las murallas del palacio, me detuve en seco. Parecía que estaba a punto de amanecer. Una corona dorada rodeaba las almenas y los torreones más altos. Pero aquello no tenía sentido, porque el sol nacía en el este, y el Palacio de los Vientos se erigía en el oeste.

Ni siquiera gasté saliva ni garganta en chillar. Eché a correr hacia los muros.

No vi a ningún soldado patrullarlos, tampoco había mozos dormitando en las cuadras. Las atravesé a toda prisa, con la falda enredándose en mis piernas, mientras los gritos, las voces, crecían, y un extraño crepitar que jamás había oído se superponía a todo ello, mareándome.

Cuando llegué al patio, me detuve en seco.

Mis ojos se clavaron en el edificio principal. En mi hogar. De la primera planta a la última salían despedidas llamas anaranjadas y largas como basiliscos, que teñían de negro la piedra gris. No solo el palacio estaba en llamas. Parte del bosque que lo precedía y llevaba hasta el acantilado por el que tantas veces había paseado junto a mi padre se había unido a aquella fogata infernal.

Fuego. Lo que más temían los faes. Nuestro mayor enemigo.

Si nosotros éramos la propia reencarnación de la vida, de la naturaleza, el fuego lo era de la muerte.

No había nada tras él, no había nada que salvar cuando él llegaba.

Solo cenizas.

Mi instinto me ordenó quedarme allí, o darme la vuelta y regresar al embarcadero, junto al agua, pero mis piernas se movieron y corrí como no lo había hecho nunca.

Tropecé con varios sirvientes, que me lanzaron una mirada desorbitada al reconocerme. La mayoría corrían de un lado a otro; algunos seguían órdenes, portando cubos de agua, mientras otros tan solo chillaban y se dejaban llevar por el pánico. Algunos, incluso, abandonaban el recinto por la entrada principal de las murallas.

No muy lejos, a una distancia considerable de las llamas, vi al rey Oberón, rodeado por un muro de soldados. Llevaba la túnica para dormir y una capa de viaje sobre sus hombros, tiznada de polvo y humo. No era el único que parecía haber escapado a salvo del palacio. Atisbé a otros invitados, como lord Myrr y el matrimonio Verlac, que observaban con mirada desorbitada el Abismo de los Inmortales en el que se había transformado mi hogar. Lady Nohr tenía las largas uñas clavadas en sus mejillas.

Vi algunas cabezas más asomarse por las ventanas de la residencia anexa, con expresiones horrorizadas, pero no se atrevían a bajar.

De mi familia no había ni rastro.

No sabía dónde se había originado el fuego, pero el rey Oberón había tenido tiempo para escapar de las llamas antes de que lo alcanzaran. Pero no mis padres, ni mi hermano Kallias, ni Giry, ni siquiera… Raen. No había acudido al embarcadero del templo de La Plateada porque no había podido abandonar el palacio.

Sus habitaciones se encontraban en la Torre Norte. En la misma que debía estar yo, fundiéndome con la madera y los velos de mi cama… aquella misma que ahora se había convertido en una forja de gritos y llamas.

—¡NO! —aullé. Eché a correr en dirección a la fortaleza—. *¡No! ¡No! ¡NO!*

Lord y lady Verlac me lanzaron una mirada aterrorizada cuando

avistaron mi figura. El rey Oberón alzó la mano y me señaló con un dedo; tenía el rostro completamente deshecho, tintado por el humo y la ceniza. Sus ojos verdes resaltaban como dos faros salvajes. Me pareció oír cómo ordenaba algo a los soldados que lo rodeaban. Los rostros asomados a las ventanas volvieron a aullar, descontrolados.

Me lancé contra la puerta de entrada, medio abierta y carcomida por el fuego, pero un brazo férreo me sujetó por la cintura y me hizo retroceder con rudeza. Me debatí, furiosa, y golpeé a diestro y siniestro una armadura cálida por las altas temperaturas que despedían las llamas.

Levanté la vista y el Fantasma me devolvió la mirada. No obstante, aquella vez no sentí miedo, y volví a mi fiero ataque. No me importaba que él me abrazase con tanta fuerza, cuando solo era la débil capa del vestido la que me cubría. Ahora el decoro no importaba. Absolutamente nada. Solo quería que me soltase y me dejase encaminarme hacia ese mundo en llamas que se parecía demasiado al Abismo de los Inmortales.

Sin embargo, él consiguió sujetar mis muñecas con una sola mano. Con la otra, me obligó a levantar la mirada, apoyando el dedo índice en la barbilla.

—No seas *tonta* —dijo, con voz seca y sin rastro de compasión. En sus ojos se reflejaban las rojas lenguas del fuego. Parecía un auténtico monstruo—. Si te metes ahí dentro, morirás.

—¡Suéltame! ¡SUÉLTAME! —chillé, sin dejar de debatirme.

No pensaba. El interior de mi cabeza ardía tanto como mi hogar. Estiré las manos y traté de arrebatarle la espada que llevaba a su espalda, asomando del cinto.

Aquello le hizo arquear las cejas, pero su lazo prieto no disminuyó.

De pronto, una voz conocida atravesó toda aquella cacofonía atroz que llenaba mi cabeza. Apagó gritos que no eran míos y el crujido de la madera al derrumbarse.

Era un aullido agudo, infantil. Las pupilas se me dilataron al reconocerlo. Aquella voz… *¡Aquella voz!*

—Giry… —musité. Estaba viva. Aún estaba viva a pesar del fuego que debía rodearla—. ¡Giry! ¡GIRY!

—Tu hermana ha muerto —replicó el humano, implacable—. Ni

siquiera un fae puede sobrevivir a eso.

—¡No! ¡No! —bramé. Señalé con el brazo tembloroso aquellas puertas devoradas por el fuego—. ¡Suele ir a las cocinas de madrugada! ¡Está viva! ¡La estoy escuchando gritar! —Él frunció el ceño y sus manos disminuyeron la fuerza con la que me apretaban —. ¡Déjame ir!

—¿Dónde están las cocinas?

—En la planta inferior, detrás la escalera principal. La puerta que conduce a ellas está escondida tras un tapiz que cuelga de la pared. ¡Sé muy bien dónde se encuentran! ¡Suéltame, *por favor*! ¡Yo podría…!

Él me liberó, dejándome caer de cara contra el suelo, hecha un nudo de brazos y piernas. Con los ojos llorosos, sin apenas fuerzas, vi entre el humo denso cómo el humano se daba la vuelta y desaparecía en aquel averno de llamas y alaridos.

El rey Oberón se acercó a mí y me echó su capa sobre los hombros. Me aferró los brazos con fuerza, mientras los soldados se acercaban. Me murmuraba palabras que no conseguía entender.

—*Tranquila* —me instó—. Tienes que tranquilizarte.

Hasta aquel momento, no me había percatado de que estaba jadeando con violencia.

El calor que producía el incendio me azotaba la cara, arrancándome ríos de sudor que corrían libres por la piel. En mis oídos hacía eco un insoportable pitido monocorde y agudo, que parecía dispuesto a destrozarme los tímpanos.

¿Cómo…? ¿Cómo había llegado a desatarse aquella locura…?

De pronto, creí ver una figura surgir entre las llamas, totalmente intacta, como si formase parte de aquel ambiente abrasador. Pestañeé, y reconocí de pronto la figura del Fantasma. Entre sus brazos llevaba un cuerpo pequeño, envuelto en la capa que debía haberse arrancado de la armadura.

—¡Giry! —chillé.

Corrí hacia él, desembarazándome ásperamente de las manos del rey.

El caballero se colocó de rodillas y depositó a mi hermana en el suelo con una delicadeza que parecía impropia de esas manos.

Estaba viva, aunque respiraba con cierta dificultad, y parte de su preciosa y larga cabellera rojiza había desaparecido. Por desgracia, no era lo único. Una quemadura, granulosa y brillante, se derramaba desde la sien hasta su delgado brazo, terminando en la muñeca. Había arrasado con sus cejas y sus pestañas. Una marca que le quedaría de por vida y que le recordaría siempre lo sucedido.

Alcé la mirada hacia aquella masa crepitante, naranja, roja y dorada, que seguía despidiendo chillidos agonizantes y moribundos. Los últimos alaridos de faes y humanos que lo último que sentirían antes de abandonar el mundo sería el dolor lancinante que producía el fuego arrasando su piel quemada.

Me quedé sin respiración y me doblé sobre mí misma. Sentía una terrible opresión en el estómago. Un dolor sordo y extraño recorría cada centímetro de mi cuerpo.

Alcé las palmas de mis manos y, tras contemplarlas un instante infinito, escondí mi cara en ellas. Unos sollozos violentos escaparon de mis labios entreabiertos. Traté de calmar la respiración, pero antes de que pudiera lograrlo, unas voces me hicieron alzar la mirada.

Uno de los guardias de mi familia arrojó frente a mí un cuerpo desmadejado que apestaba a alcohol y a sudor.

Entorné la mirada a duras penas y una expresión trastornada y conocida me golpeó de lleno.

Era Malthus, el guardia borracho que había custodiado nuestras dependencias. Recordé su reverencia torpe de aquella noche, cuando pasé frente a él, junto a mis padres.

A su lado había varios soldados, así como el rey Oberón y lord Veyl. Las llamas que danzaban a apenas unos metros de nosotros creaban largas sombras en sus rostros, tiznados de ceniza y sudor.

—Ha confesado ser el autor del desastre, mi señora —dijo uno de ellos. Había desenvainado la espada y la punta se balanceaba peligrosamente cerca del rostro del borracho.

—Estaba bebiendo a escondidas en la biblioteca del segundo piso, y derramó la jarra de vino sobre el candil encendido y un par de libros —añadió el otro, arreando un puntapié al hombre que yacía en el suelo—. Cuando el fuego empezó, el muy cobarde huyó, en vez

de dar la voz de alarma.

—¿Es eso cierto? —preguntó con brusquedad el rey. Se inclinó hasta tener la cara del presunto culpable a la altura de los ojos.

Malthus se retorció y gateó hasta mí. Me sorprendía que todavía pudiera moverse, después de haber acabado él solo con una botella de Sangre de Aurora. Sus manos se estiraron y sujetaron, temblorosas, el borde de mi falda. Las tenía en carne viva, repletas de quemaduras brillantes.

Lo observé paralizada, sin aliento.

—Yo… yo… —El hombre estaba tan ebrio que no era capaz de hablar—. Lady Vienna…

El rey Oberón se incorporó de pronto, sin dedicarle otro vistazo.

—Matadlo —ladró.

Debería haber sido yo quien ordenase aquello, pero las palabras se habían enredado en mis cuerdas vocales y no parecían capaces de salir de allí.

No entreabrí ni siquiera los labios cuando uno de los soldados sujetó al hombre por el pelo, obligándolo a erguirse.

El aullido de terror que lanzó apenas fue un murmullo comparado con el alarido destrozado que profirió cuando la espada de uno de los caballeros le atravesó la garganta. La sangre se derramó como una cascada y la cabeza cayó hacia un lado, solo sujeta por un poco de tendón y músculo.

Con un ruido sordo, Malthus cayó frente a mis pies.

Tardó unos momentos en dejar de retorcerse.

Me llevé las manos a la boca, horripilada, y retrocedí, arrastrándome, alejándome de aquel charco sanguinolento que cada vez crecía más y del cuerpo quemado e inmóvil de mi hermana pequeña.

Me detuve cuando mi espalda golpeó contra unas piernas fuertes y firmes. Cuando volví los ojos, aquel humano, el Fantasma, me ofreció una mirada negra.

—Pobre florecilla —creí oírle susurrar, antes de desviar la vista hacia el estandarte de mi familia que, como todo, ardía sin control. Las llamas habían engullido la camelia roja—. No ha quedado ni un solo pétalo.



SEGUNDA PARTE

Cenizas

Duerme, flor, duerme ya,
el jardín te cuidará.
No preguntes, no mires atrás,
las flores no deben pensar.

Duerme, flor, cierra bien,
el suelo sabe qué hacer.
Si la raíz se quiere marchar,
se corta y vuelve a empezar.

Uno, dos, pétalos no,
tres, cuatro, baja la voz.
El viento manda, tú no,
así la flor crece mejor.

Duerme, flor, duerme más,
Elysia te verá crecer.
Si no sueñas con escapar,
no te dolerá después.

Duerme, flor, canción de cuna fae

6

De aquella noche solo me quedó un recuerdo confuso de dolor, brasas y humo.

Alguien me había conducido hasta una tienda que habían montado de forma provisional en los límites del castillo, pero no recordaba quién. Antes de acostarme, una de las criadas me había proporcionado una infusión de amapola que me adormeció enseguida. No tuve sueños, pero tampoco descansé. Cuando abrí los ojos, los sentí hinchados y aletargados. Había estado llorando mientras dormía.

No encontré a nadie a mi lado. En las telas verdes de la tienda se reflejaban las sombras de las personas del exterior, y las voces y órdenes dadas a gritos las atravesaban.

Me incorporé y una ola de mareo me obligó a permanecer sentada antes de intentar levantarme. Junto a la cama, sobre una pequeña mesa de madera, habían dejado un bonito vestido, un cepillo y una palangana llena de agua para que me aseara.

En silencio, con la mente completamente en blanco, me vestí, arrojando el atuendo de la otra noche, sucio de barro y ceniza, a una esquina. Fern era siempre la que me ayudaba a arreglarme, por lo que la lazada de los cordeles no quedó bien hecha, pero por primera vez me trajo sin cuidado.

Fern… ¿Qué habría sido de ella? No la había vuelto a ver desde que había abandonado mi habitación, antes de la fiesta. Quizá ahora sus cenizas decoraran los suelos del Palacio de los Vientos.

Sumergí la cara en la palangana hasta que me quedé sin aire en los pulmones. Cuando me aparté, jadeaba, y las gotas de agua que resbalaban por mi barbilla mojaron el pecho del vestido.

Busqué el peine y comencé a cepillarme el pelo con ímpetu, con tirones violentos, sin emitir ni un sonido. Solo me detuve cuando vi un mechón grueso entre las cerdas. El cuero cabelludo me palpitaba.

Ahogué un grito en el fondo de la garganta y lancé el peine contra

las paredes de la tienda, deseando romperlo en mil pedazos.

Arreé una patada a la mesa y esta se volcó, arrojando su contenido al suelo. Hubiese deseado tener la fuerza suficiente como para reducir todo aquello a fragmentos minúsculos. Los mismos fragmentos minúsculos en los que me había convertido yo.

Chillé, golpeé y pateé todo lo que pude y quise. Nadie se asomó, nadie acudió al escuchar mis berridos desesperados. En mi cabeza, imaginaba a mi madre, ceñuda, observándome con los brazos cruzados: «Una dama fae nunca se comportaría así».

Solo cuando me detuve, agotada, con los músculos doloridos, tuve fuerzas para apartar la tela que conformaba la precaria entrada de la tienda y enfrentarme al exterior. La habían orientado hacia el este, por lo que fue el muro y los árboles asomando sobre él lo primero que avisté. El castillo se hallaba a mis espaldas.

—El rey Oberón desea verla, lady Vienna —dijo una voz a mi derecha, sobresaltándome.

Me volví. Un joven guardia apostado en la entrada de la tienda me contemplaba con los ojos llenos de cautela. Estaba segura de que me había escuchado aullar.

—¿Dónde está mi hermana? —pregunté, con la voz rota.

—No… no lo sé, mi señora. —El rostro del guardia se tensó—. Mis órdenes son llevaros hasta el rey.

Asentí, sin fuerzas, y seguí la espalda estrecha del joven. No había tomado una nueva bocanada de aire cuando me enfrenté a la montaña ennegrecida que antes había sido mi hogar, del que ya no quedaba nada.

Las banderas con el escudo habían desaparecido al ser engullidas por el fuego, solo permanecían sus mástiles ennegrecidos. Las piedras grises se habían transformado en azabache y todo adorno de madera había sido reducido a polvo. Los detalles dorados se camuflaban ahora con la fachada.

Bajé la mirada, sin ser capaz de mantenerla en aquella horrible visión y, a unos metros, vi la figura esbelta del rey Oberón. Se encontraba frente a la fachada principal, discutiendo acaloradamente junto a otros nobles faes. Reconocí a lord Veyl y a lord Myrr, nadie más. La mayoría de los aliados más cercanos a mis padres se habían

alojado en el propio castillo, en las plantas superiores.

Eché un vistazo hacia aquellas ventanas ennegrecidas que ahora parecían cuencas sin ojos, y cerré los párpados con fuerza. Imaginaba cuál había sido su suerte.

Me detuve a un par de metros de los señores faes, mientras el guardia que me acompañaba se adelantaba para anunciarme. Mi madre siempre me había recalcado que no era de buena educación interrumpir a los varones, aunque una voz en mi cabeza me susurró que, de no haber sido por una desobediencia, por una huida en mitad de la noche, yo sería lo que era ella ahora, un puñado de cenizas grises sin vida.

Mi título flotó en el aire y, al instante, aquella decena de rostros se volvió de inmediato en mi dirección. Las palabras que escapaban de sus labios se cortaron en el acto.

—Lady Vienna… —pronunció el rey Oberón, en tono formal. Tras él, los faes se dispersaron. El único que permaneció a su lado fue su hermano, lord Veyl—. Me alegra veros despierta. Acompañadme, os lo ruego. He pedido que preparen comida y bebida.

—No quisiera ofenderos —musité, esbozando una sonrisa moribunda—, pero creo que no soy capaz de probar bocado.

—Comprendo, comprendo. —Oteó a su alrededor, como si se estuviera asegurando de que nadie nos vigilaba, y acto seguido se acercó a mí, quedando a pocas pulgadas de distancia. Sus manos se posaron sobre mis hombros cuando habló—: Mi muy querida sobrina, no sabes cuánto siento esta horrible desgracia.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, pero me obligué a tragármelas. Se convirtieron en un ácido que se deslizó por mi garganta y me corroyó desde el interior. Solo fui capaz de permanecer en silencio. De haber entreabierto los labios, habría comenzado a gritar.

—Sé que necesitarás muchas lunas para asimilar todo lo sucedido, pero solo quiero que sepas que me tienes aquí. Como tu rey, y como tu tío. —Sus dedos apretaron mi hombro encogido. Sabía que era una muestra de afecto, pero yo solo quería sacudirme aquellos dedos largos—. Estaré para lo que desees. No estáis solas. Ni tu hermana ni tú.

—Giry —murmuré de pronto—. ¿Dónde está?

Su mano se apartó por fin de mí y sentí cómo una cadena de hierro se deslizaba por mis hombros y me dejaba libre.

—Venid conmigo —dijo, en voz alta, volviendo a su tono formal—. Os conduciré hasta ella.

El rey Oberón caminó con paso firme. Su hermano, aunque no había pronunciado palabra, lo siguió en silencio. Caminé a sus espaldas, con el corazón latiéndome en la garganta.

Lord Myrr me contemplaba desde la distancia con los labios torcidos en una mueca de dolor. No era el único que me observaba; era objeto de todas las miradas. A mi paso, los ojos de todo ser vivo se centraban en mí y, a continuación, los susurros se alzaban como aves al vuelo. Desde criados, a guardias, y también algunos de los invitados que habían escapado de las llamas. Hundí las uñas en las palmas de mis manos y me encogí. Clavé las pupilas en el suelo y no me atreví a levantar la cabeza durante el camino.

Habían llenado el patio de decenas de tiendas de campaña. Nosotros nos encaminamos hacia una de tela roja, situada en uno de los extremos. Un par de guardias custodiaban la entrada. Inclinaron la cabeza a nuestro paso.

En su interior, una figura se encontraba arrodillada junto a un camastro estrecho. Giró la cabeza al oír nuestros pasos. Era lady Nohr, la mujer de lord Veyl. Sus manos delicadas acunaban las de mi hermana.

Le dediqué una reverencia rápida antes de acercarme a aquel lecho improvisado.

El aspecto de Giry no había mejorado respecto a la noche anterior. Tenía los ojos cerrados y respiraba pesadamente.

Bajo la luz diurna, sus quemaduras podían apreciarse mejor. El tejido granulado que se extendía desde su sien hasta el final de la muñeca estaba ennegrecido, casi putrefacto. Era como si su cara se hubiera convertido en un dibujo trazado con ceniza y alguien hubiera borrado la mitad de un manotazo. No había facciones claras tras aquellas quemaduras.

Apreté los dientes para sofocar las náuseas.

—¿Giry? —musité, con un hilo de voz.

—Intentamos que permanezca dormida el mayor tiempo posible, lady Vienna —me informó la fae, alzando sus ojos atigrados hasta mí —. Por el dolor.

Volví a asentir, porque era lo único que era capaz de hacer. Aquella última palabra me había arrancado el corazón. Temblorosa, extendí las yemas de los dedos hasta su mejilla sana, pero fui incapaz de tocarla. Bajé la extremidad con brusquedad, mientras sentía cómo las lágrimas volvían a llenar mis ojos.

—No puede quedarse aquí, en una tienda, rodeada de polvo y soldados —dijo entonces el rey Oberón que, junto a su hermano menor, se había quedado un par de pasos por detrás—. Necesitará cuidados y supervisión constante hasta que sane y el peligro de infección cese.

—Podríamos trasladarla hasta uno de los edificios anexos al castillo, algunos de los que no se han visto afectados por las llamas —me oí decir, con voz queda—. Nuestro capitán de la guardia…

—Tengo entendido que ha perecido en el incendio.

Tragué saliva, y me obligué a hablar de nuevo.

—Entonces yo misma me encargaré de llamar a las hermanas de la Orden Gris.

Las palabras que escaparon de mis labios parecieron hacer eco en aquellas paredes de tela. Nadie respondió de inmediato, pero, a mi espalda, casi sentí cómo el aire se agitaba, cargado de avispas invisibles que zumbaban sin piedad.

—Querida sobrina…

Me volví hacia el rey. No me había percatado, pero lady Nohr se había alejado unos pasos para colocarse a la izquierda del monarca. A su derecha permanecía lord Veyl, silencioso. Los tres me examinaban con una mezcla de tristeza y frustración.

La distancia que nos separaba era corta, pero tuve la sensación de que era un abismo lo que se abría entre nosotros, no el suelo terroso de la tienda.

—No os podéis quedar aquí.

—*¿Aquí?* —repetí, confundida—. ¿En esta tienda, decís?

El silencio se volvió eterno antes de que el rey articulara:

—En Sombramar.

Parpadeé y no pude evitar dar un paso en su dirección. Lo observé, perpleja, segura de que había oído mal.

—La provincia de Sombramar es mi hogar —musité.

—Lo sé, querida sobrina —contestó él, con una sonrisa conciliadora —. Pero piensa en las consecuencias de lo que podría ocurrir si permanecieras aquí. En los peligros que tendrías que enfrentar. Sola.

No estoy sola, estuve a punto de murmurar, antes de que él continuara hablando. Podía nombrar a otro capitán de la guardia. Tenía soldados a mi servicio, criados, familias nobles leales a la mía, como la de lord Wynn, pero por la expresión incómoda que mostraba mi tío, aquello distaba mucho de ser suficiente.

—Te conozco desde que eras una niña. Sé que harías un trabajo extraordinario, pero… no está tu padre ni tu hermano. Si estuvieses prometida oficialmente, quizá…

El rey continuó hablando, pero mis oídos se cerraron. Entorné la mirada, buscando algún signo de error en sus palabras, algún titubeo, pero no encontré nada en su tono conciliador y en la media sonrisa tensa que no abandonaba sus labios.

Mi padre me había dicho la noche anterior que el príncipe heredero Ciro sería mi futuro marido. Jamás se habría atrevido a decir nada así de no haber sido oficial. Pero ¿entonces…? Sacudí la cabeza y volví a mirar a mi tío, cuyos labios seguían moviéndose a pesar de que ya las palabras no tenían sentido para mí.

Una parte de mí lo entendía, sin embargo. El valor de una mujer fae dependía de su familia, de *los varones* de su familia. Yo los había perdido, no había ninguna figura de autoridad, de sangre, que me respaldara. «Tu tío es el rey, no debe guiarse por el corazón, sino por el deber», me pareció que siseaba la voz de mi madre en mis oídos. «¿Cómo podría casar a su único hijo con alguien cuyas posesiones están en peligro?».

No había gobernadoras en el Reino de Elysia. Aquello solo era propio de países con leyes salvajes. Las hijas únicas estaban destinadas a casarse con segundos y terceros hijos de otras familias faes. Nunca llegaban a ser señoras de las tierras que pisaban desde el nacimiento.

—Contigo como única gobernadora de Sombramar, las tierras, Giry,

tú misma… estaríais en peligro. Sé que has recibido una educación exquisita, pero ¿cómo podrías administrar Sombramar? ¿Cómo la defenderías, si jamás has recibido una clase de estrategia de batalla? Sobre todo ahora, cuando las revueltas humanas son cada vez más numerosas.

Tragué saliva y asentí, con la barbilla pegada al pecho, para que nadie pudiera observar las lágrimas agolpándose en mis ojos. El rey Oberón suspiró y recortó la distancia que nos separaba. Su mano se alzó y se apoyó en mi cabeza, de la misma forma en que mis dedos se entrelazaban en el cabello de Giry cuando ella comenzaba a sollozar.

—No te voy a abandonar, Vienna —susurró, acercándose a mí con lentitud—. Ni a ti, ni a tu hermana. Os brindaré los mejores cuidados, encargaré la administración de estas tierras en quien más confío hasta que te comprometas con un fae digno, que cuide de ti y sea merecedor del gobierno de Sombramar.

Alcé ligeramente la cabeza, pero el rey no me miraba a mí. Sus ojos claros estaban puestos en su hermano menor, lord Veyl, que esperaba serio y con la mano apoyada en el cinturón. Su esposa, a su lado, bajó el rostro en gesto de sumisión, con ambas manos unidas en el regazo.

Entendí de pronto lo que sugería, pero no fui capaz de reaccionar.

—Mientras descansabas, he dispuesto todo con lord Veyl. Se redactará un Contrato Real en el que se estipularán sus poderes sobre estas tierras hasta que contraigas matrimonio y regreses con tu esposo. La provincia de Sombramar no podría estar en mejores manos. A él le confiaría mi vida —añadió, con una sonrisa sincera.

El aludido se volvió hacia mí y me dedicó una reverencia profunda. Me había quedado paralizada.

—Prometo cuidar de vuestras tierras con mi vida, lady Vienna. —No había un atisbo de duda en su voz. Cada palabra que escapaba de sus labios parecía firmada con sangre—. Mientras tanto, seréis una invitada en el Valle de los Cuatro Ríos y os alojaréis con mi familia en el castillo de Brumaverde. Allí, vuestra hermana Giry recibirá los mejores cuidados. Además, tengo una hija de una edad similar a la vuestra. Estoy segura de que seréis para ella una

hermana.

—Te llevaría conmigo a la capital, pero la corte es un nido de víboras. Una huérfana dueña de un territorio tan extenso… —intervino el rey, con una mueca incómoda tirando de sus labios—. Temo que estés más segura lejos de ella.

Miré a mi Giry, que seguía dormida sobre el camastro con aquella horrible herida tiznando su rostro, ignorante de todo lo que habíamos perdido y de todo lo que nos quedaba por perder.

Sabía que era una oferta generosa. La mejor que podía recibir. El Valle de los Cuatro Ríos era la provincia más rica y poderosa del reino. Nunca había caído ante ninguna invasión, nunca había sufrido una rebelión humana, como sí había sucedido en otras en las que mi padre había participado para mitigarlas. Al ser Verlac el apellido del rey Oberón, pocos nobles osarían enfrentarse a ellos. Eran intocables.

—Gracias… —murmuré, devolviendo la reverencia. Mi cabello suelto casi acarició el suelo cuando me incliné—. Por vuestra generosidad.

El rey Oberón asintió, con una sonrisa más amplia y segura en su boca. Alzó una de sus manos y señaló la puerta cerrada de la tienda.

—Podemos discutir los detalles mientras comes algo. Estás muy pálida, y…

—¿Qué ocurrirá con las tierras de Raen Zenir?

Mi pregunta abrupta hizo desaparecer la voz del rey. Se quedó inmóvil durante un momento, observándome con cierta perplejidad. Como si hubiese olvidado que yo poseía la capacidad de hablar. Y de preguntar.

—Mi familia acogió a Raen hace años. Mi padre se encargaba de gestionar la provincia de Sylvaris hasta que él cumpliera la mayoría de edad. —Cerré los ojos un instante al recordar sus palabras, su promesa, lo que hubiera ocurrido si hubiésemos llegado a huir juntos. Tuve que respirar hondo para impedir que mi voz se rompiera—. ¿Qué ocurrirá con ella?

—Sylvaris es una tierra pequeña, colindante a la capital. Por esa razón, y ya que no hay ningún heredero vivo que pueda reclamarla, se anexará a ella —contestó mi tío, sin dudar.

Era la opción más razonable. No era la primera vez que algo así ocurría. Cuando una familia fae desaparecía sin dejar una descendencia clara, las tierras terminaban formando parte de la provincia de Veldara, la capital. Pero, aun así, mis manos se convirtieron en puños al oírlo. Jamás había pisado Sylvaris, Raen apenas me había hablado de su hogar, pero cuando él me había ofrecido escapar, me había imaginado paseando a su lado junto a un río, recorriendo su pequeño castillo de la mano, sentada en el suelo, apoyada en él, frente a la chimenea.

Pero ya nunca existirían caminos junto a una ribera, no habría hogares de piedra que imaginar, y el fuego en esa chimenea que recortaba nuestros cuerpos en mi imaginación creció y creció, hasta engullirlo todo.

7

Redactaron el Contrato Real aquella misma mañana, mientras yo velaba a mi hermana Giry y un par de criadas se turnaban para cambiarle las cataplasmas que cubrían sus quemaduras.

Antes del almuerzo (al que no acudí), firmé el documento bajo la mirada de lord Veyl y otros nobles faes invitados a mi Ceremonia de Mayoría de Edad.

Cuando clavé la punta de la pluma sobre el pergamino, entrecerré los ojos, dolorida, como si fuera mi propia piel la que arañase.

A pesar de ello, sabía que no tenía alternativa. No solo había perdido a casi toda mi familia, también los invitados más cercanos a ellos, los amigos íntimos de mis padres, aquellos que eran más leales. El único que había salido indemne había sido lord Myrr. Me ofreció hospedaje en sus tierras, como tributo a la larga amistad con mi padre, pero cuando le hablé de la oferta del rey, se limitó a asentir y a retirarse. Ni él ni ninguna otra familia, por mucha lealtad que me profesaran, se opondrían a la idea del monarca. Nadie nos acogería a Giry y a mí en sus tierras si con ello desafiaban la propuesta del rey de Elysia.

Mi padre, de haber estado vivo, tampoco lo habría hecho.

El funeral se celebraría al amanecer. Sabía que los cuerpos que habían encontrado habían sido transportados a una tienda de campaña de color negro, situada cerca de las murallas de la fortaleza. Nadie me había invitado a reconocerlos, aunque yo tampoco me había atrevido a poner un pie en su interior.

Alguien a quien había escuchado a medias me había asegurado que se habían recuperado los cuerpos completos de mis padres, mi hermano Kallias y Raen, pero tras las delgadas paredes de tela de la tienda de campaña había escuchado los murmullos de los criados y los guardias. De cómo los cadáveres calcinados se habían deshecho en cenizas cuando los habían tratado de mover, de cómo los rasgos se habían convertido en máscaras negras sin forma, de cómo

muchas de las familias cercanas a mis padres solo podrían llorar frente a una sepultura vacía, porque no había quedado más que un puñado de hollín y joyas ennegrecidas.

Solo me alejé de Giry cuando acudieron a asearla. En el momento en que comenzaron a movilizarla, mi hermana empezó a sollozar en sueños y a gemir de dolor. No lo soporté. Prácticamente salí huyendo, con las manos aferradas entre sí para no apretarlas contra mis oídos.

Había pasado varias horas arrodillada junto a su lecho. Al salir al exterior, los rayos de sol que caían sobre el castillo ennegrecido eran anaranjados y no lucían con la misma fuerza.

La actividad en el patio de armas era escasa, al contrario que aquella misma mañana. Criados y soldados se agrupaban en torno a tiendas u hogueras improvisadas, comiendo algo, o simplemente hablando. Escuché incluso alguna carcajada aislada.

No vi al matrimonio Verlac, tampoco al rey ni a ninguno de sus allegados, lo cual agradecí. No era capaz de fingir de nuevo, ni siquiera un leve entusiasmo, ante la idea de abandonar mi hogar y convertirme en huésped de otra tierra.

Volví el rostro y mis ojos se quedaron quietos en las puertas del palacio. O, más bien, en lo que quedaba. Un par de bisagras ennegrecidas y un montón de cenizas frías junto a ellas. Nadie las vigilaba.

Miré a ambos lados, como si esperara encontrarme alguna mirada de advertencia y, tras un instante de vacilación, me dirigí hacia lo que quedaba de la entrada de mi antiguo hogar.

Con la respiración contenida y, a punto de echar a correr, me adentré en la fortaleza. Mis ojos entrecerrados no fueron capaces de abrirse por completo hasta que atravesé parte del vestíbulo y me detuve junto a la gran escalera que ascendía, con las camelias de mármol entrelazadas en los pasamanos. Esa misma que había bajado corriendo muchas veces, perseguida por Kallias, mientras mi madre nos contemplaba con ojos censores y los criados hacían todo lo posible por contener las carcajadas.

No quedaba nada de los enormes tapices bordados ni de las alfombras gruesas ni de los estandartes y las banderas… Solo roca

desnuda cubierta de hollín. Aunque habían realizado un buen trabajo de limpieza, parte de las enormes arañas colgantes yacían ahora sobre el suelo, destrozadas, y la cera de las velas se había convertido en masas blanquecinas aquí y allá, adornando la superficie con su color lechoso. La piedra no ardía, pero el interior del palacio estaba repleto de tela y de madera. El incendio se había propagado a la velocidad del relámpago, devorando hasta las astillas de los muebles.

Me encontraba en el interior de una sepultura.

Con una mano temblorosa, acaricié la flor de mármol del pasamanos y comencé a ascender hacia el origen de aquella pesadilla. Cuando llegué a la planta donde yo debería haber ardido con el resto de mi familia, mis dedos se habían tiznado de negro.

A mi derecha se abría un ancho pasillo, vacío, tan silencioso como una tumba. Conducía a la Torre Norte, donde se hallaba el ala familiar. Allí no habían quedado puertas que cubrieran los huecos que conducían a los antiguos dormitorios, pero sí pude ver los restos de lo que había sido la enorme puerta labrada del despacho de mi padre.

Una mano invisible me aferró por la garganta.

No pude evitar preguntarme qué habría ocurrido si hubiese tomado otra decisión, si hubiese abierto aquella puerta entrecerrada del despacho, si me hubiese despedido de alguna forma de mi padre. Quizá, la conversación habría sido suficiente como para ganar tiempo y detener de alguna forma el origen del incendio. Quizá, él podría haber averiguado lo que me proponía, y el revuelo posterior habría impedido que Malthus comenzara el fuego.

Entrecerré los ojos mientras las lágrimas recorrían mis mejillas, y empujé la puerta con suavidad.

El crujido que hizo al moverse reverberó hasta en mis huesos.

Como había imaginado, poco quedaba en pie del magnífico despacho de mi padre. El incendio había reducido todo a hollín y a astillas de madera ennegrecidas. Lo único que permanecía en el centro de la estancia, ladeado porque una de las patas había colapsado, era el sillón de cuero donde solía sentarse. Donde yo misma lo hacía cuando era pequeña y jugaba a ser la gobernadora

de la provincia de Sombramar.

Parpadeé, de pronto. Me aparté las lágrimas y avancé, con los ojos clavados en el respaldo del sillón. Milagrosamente, estaba prácticamente intacto. El único daño que había sufrido había sido una laceración en su mismo centro. Un orificio desgarrado. Los bordes estaban ennegrecidos.

Avancé otro paso más y, con cuidado, alisé los fragmentos caídos de cuero.

—Subir hasta aquí solo puede ocasionar un tormento innecesario —dijo de pronto una voz a mi espalda—. Hasta una niña tonta lo sabría.

Me volví, sobresaltada. Apoyado en lo que antes había sido el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada, el Fantasma me contemplaba con cierto aburrimiento.

—No soy una niña —musité, con la voz entrecortada.

El humano se separó de la pared con parsimonia y caminó con pasos lentos y largos hasta situarse frente a mí. Visto tan de cerca, con aquella inmensa armadura que era una segunda piel en él, su altura parecía infinita. Apenas llegaba a alcanzarle el hombro, a pesar de que los faes éramos más esbeltos que los humanos.

—He oído por ahí que la nueva huésped de los Verlac grita «fuego» mientras duerme, y que, cuando despierta, se dedica a destrozar todo lo que encuentra —dijo, consiguiendo que me sonrojara de vergüenza al recordar lo que había ocurrido en mi tienda aquella mañana—. ¿Disfrutas revolcándote en algo que jamás podrás solucionar? —Me mordí los labios y di un paso atrás instintivamente, intimidada por su cercanía—. ¿No contestas? —Sus labios se torcieron en una mueca burlona.

—No puedes tratarme así, humano —murmuré súbitamente, retrocediendo otro poco. Mis piernas rozaron el sillón de cuero y este temblequeó, inestable sobre sus tres patas—. Eres solo un soldado, y yo soy una señora fae del Reino de Elysia, tu superior. Deberías hablarme con más respeto.

—¿Mi *superior*? —repuso él, sin borrar aquella expresión gélida de su rostro. Avanzó otro paso. Con las cejas arqueadas, clavó la barbilla en el pecho para poder mirarme a los ojos.

El calor abrasó mi cara, los dientes crujieron en el interior de mi boca.

Con otro paso más el Fantasma acortó en un suspiro la escasa distancia que nos separaba. Su aliento cálido abofeteó mi cabello. No pude evitar un estremecimiento cuando aquellas enormes pupilas de animal acuchillaron las mías.

—Sigues sin responder, ¿eh? —Meneó ligeramente la cabeza y un mechón blanco que había escapado de su recogido me azotó la frente—. Como una noble dama fae debe hacer.

—Déjame en paz —susurré, sin ser capaz de controlar mis cuerdas vocales.

El humano se separó por fin de mí, obsequiándome con una mirada turbia que me recorrió de arriba abajo. Sentí cómo tras aquel escrutinio la temperatura de mi cara ascendía hasta límites imposibles.

—Lástima que no pueda hacerlo. Tengo órdenes que cumplir.

A pesar de que el miedo me atenazaba por dentro, estreché los ojos, y la rabia y la impotencia lo fulminaron. Al menos, en la medida en que yo era capaz de hacerlo. Él torció los labios, aburrido.

No añadió nada más. Simplemente, me dio la espalda y echó a caminar con lentitud calculada hasta llegar a la puerta medio deshecha, tras la que desapareció dejando una pequeña nube de ceniza levantada por sus botas.

Me quedé un instante más allí, paralizada por lo que acababa de ocurrir. Jamás un humano me había tratado así. Nunca me había sentido tan humillada. Debía acudir a lord Veyl y a lady Nohr, y denunciar a su caballero… Si es que aquel hombre podía merecer un título así.

Pero entonces, recordé lo ocurrido aquella mañana. La negativa que había recibido para gobernar mis propias tierras, la disposición de lord Veyl para reconstruir mi hogar, su ofrecimiento de permanecer junto a su familia hasta entonces. Una queja hacia un caballero que le pertenecía no sería la forma más adecuada de darle las gracias.

Negué y, tras lanzar un último vistazo a aquella sala fría y desolada, abandoné el despacho a paso rápido.

No visité el resto del palacio. Bajé de nuevo por las grandes escaleras y salí al patio de armas. Con las uñas clavadas en las palmas de mis manos, sin mirar a nadie, me dirigí a la tienda de mi hermana.

En el ambiente flotaba un hedor a humo y a hierbas húmedas. La penumbra recordaba a la de los templos de los Inmortales, brillaba un silencio tan denso que solo el susurro de unas manos se atrevía a romperlo.

Giry no estaba sola. A su lado, arrodillada, Fern mojaba jirones de tela blanca en una palangana llena de un líquido viscoso, para después colocarlos sobre su larga quemadura.

Se volvió al escuchar mis pasos.

—¡Vienna! —Fern se incorporó de golpe, casi a punto de abrazarme. Se contuvo en el último instante. Retrocedió, nerviosa—. Te he buscado durante todo el día, pero los Verlac me han tenido tan ocupada que…

—No pasa nada —la interrumpí. La voz me sonó áspera, como si llevara siglos sin hablar—. ¿Cómo está?

—No siente dolor —contestó enseguida—. Cada tres horas, cuando las hierbas comienzan a perder efecto, le damos infusión de lúpulo y amapola. Vuelve a dormir sin ser consciente de lo que ocurre. —Su mirada se nubló un instante—. Lo siento tanto, Vienna…

—Lo sé —susurré, dejando caer los ojos.

Fern vaciló, antes de avanzar un paso hacia mí.

—¿Qué…? —empezó.

—¿Qué voy a hacer ahora? —terminé yo, con una sonrisa rota—. He firmado un contrato con lord Veyl Verlac. Se ocupará de las tierras, de la reconstrucción del castillo, del comercio marítimo… Mientras tanto, me hospedaré en el Valle de los Cuatro Ríos. Promete criarme como a una hija y encontrarme un esposo con buenos dominios. —Mis manos, entrelazadas, se crisparon de golpe —. Cuando esta última instancia se cumpla… podré regresar.

Fern asintió en silencio, aunque su expresión se deshacía a medida que las palabras escapaban de mi boca.

—No tengo otra opción. Giry necesita cuidados especiales. —Me desplomé a los pies del camastro y escondí el rostro entre los brazos

—. ¿Quién seguiría a alguien como yo? Si al menos fuera un varón… —La voz se me quebró antes de convertirse en un sollozo ahogado —. Si Kallias hubiese sido el superviviente…

—¡No digas eso! —exclamó Fern, arrodillándose frente a mí—. Giry y tú seguís vivas.

—¿Has visto su cara? —repliqué con dureza—. ¿Quién querrá casarse con ella cuando crezca? La cicatriz nunca desaparecerá. En este mundo, fae o no, si una mujer no es hermosa, no existe.

—Giry es mucho más que eso —susurró Fern, con una ternura que me dolió.

—Lo sé —contesté, con un hilo de voz—. Pero no el resto del mundo.

Cerré los ojos y dejé que las lágrimas resbalaran sin resistencia. Lloré por mi padre, por todos los recuerdos felices que nunca regresarían; por mi madre y su voz de acero; por Kallias, por sus sonrisas burlonas y sus jugarretas; por Raen y el beso que jamás se repetiría. Lloré por Giry y por la carne que el fuego le había robado.

Lloré por los días que vendrían, vacíos y helados, como las ruinas del palacio que había sido mi hogar.

8

El amanecer llegó demasiado pronto. El sol partía el cielo como una herida sangrante.

Desperté empapada en sudor, a pesar de que los días de verano habían acabado, atrapada entre sábanas que pesaban como el acero.

Junto a la cama, doblado sobre una butaca, se encontraba el vestido rojo que Fern había dejado la noche anterior. El traje para el funeral. Para los humanos, el color de la muerte era el negro, pero para nosotros lo era el carmesí. Como el fuego que devoraba. Nuestro mayor enemigo. Aunque también como la camelia roja que relucía en nuestro escudo, la que destacaba contra un océano oscuro.

Cuando era un niño, Kallias me guiñaba un ojo, mientras jugaba con su capa roja y decía: «Es como si fuéramos los señores de la muerte. Como si fuéramos los que decidiésemos quién entra en el Alto Jardín de los Inmortales y quiénes son enviados al Abismo». Cuando mi madre nos descubrió jugando a algo así, nos castigó a ambos, mientras mi padre apretaba los labios para no echarse a reír.

Tuve que sacudir la cabeza cuando el recuerdo de sus rostros se convirtió en unas manos invisibles que estuvieron a punto de arrancarme el corazón.

Fern me ayudó a vestirme en medio de un silencio sepulcral. Yo no la miraba; hacía todo lo posible por contener las lágrimas.

Cuando salí al exterior, el campamento bullía con una energía frenética. Soldados, guardias, criados, todos corrían de un lado a otro cargando maderas, piedras, armas y cuerdas. Algunos desmontaban tiendas, otros levantaban nuevas. El aire olía a esfuerzo y a resignación. No quedaba nada de nuestro antiguo patio de armas. Parecía un lugar distinto. Las fuentes no echaban agua; alguien había apartado los maniquíes de entrenamiento que Giry, a veces, decoraba con flores, y Kallias y Raen reducían a astillas. Los

setos, los matorrales y la hiedra salvaje habían ardido como tantas otras cosas.

—Es la hora, mi señora —dijo una voz grave.

Giré la cabeza. Lord Veyl estaba de pie junto a la entrada de mi tienda, y a su lado, como una sombra viva, aguardaba el Fantasma. Su presencia llenaba el espacio como una amenaza muda. Sus pupilas me atravesaron, antes de apartar la vista.

Lord Veyl me ofreció el brazo y yo lo tomé con manos trémulas.

El funeral de mi familia y de todos los invitados que habían muerto la noche anterior se llevó a cabo en un pequeño patio trasero, que las llamas no habían alcanzado. No hubo ceremonia para los humanos que habían perecido; por lo que escuché, se vertieron los cuerpos a una fosa común que habían excavado en el límite del bosque y los supervivientes recitaron una oración en su honor, antes de volver al trabajo.

«Su tristeza es diferente a la nuestra», solía decir mi padre, aunque vi los rostros de muchos criados tan demacrados como el mío.

La ceremonia fue corta. No se contó con el apoyo de las hermanas de la Orden Gris ni hubo sacerdote que la oficiara, sino que fue conducida por el propio rey Oberón. Frente a él se colocaron más de una docena de ataúdes. Cajones de madera sencillos, lejos de los féretros de mármol en los que solían reposar nuestros cuerpos después de la muerte.

Tres de ellos estaban cubiertos con un estandarte de mi familia que habían podido salvar de las llamas. Los que pertenecían a mi padre, mi madre y Kallias. El de Raen no estaba marcado de ninguna forma; podía ser cualquiera. Así que yo clavaba la mirada en cada ataúd, susurrando con la mente rota todo lo que me hubiese gustado confesarle cuando vivía.

Pero daba igual cuántas plegarias en nombre de él y de mi familia elevara a los Inmortales. Nunca volvería a verlos. Jamás recibiría una mirada severa de mi madre, mi padre no volvería a ofrecerme sus paseos, mi hermano no se burlaría con cariño de mí, Raen no me miraría a escondidas. Nuestras manos no volverían a rozarse de casualidad cuando nos cruzásemos por las galerías, y solo las flores

labradas en la piedra seguirían siendo las únicas testigos de aquel roce prohibido.

Apenas oí nada de lo que pronunció el rey. Los recuerdos y la pena lo devoraban todo; sentía la mente partida por la mitad.

De no haber sido por lord Wynn, que se percató del violento temblor de mis piernas y me ofreció su brazo, habría caído de rodillas allí mismo, entre los muertos. Aquel simple contacto logró derrumbar la barrera frágil que guardaba las lágrimas tras mis ojos. Cuando se rompió, dejé de ver los ataúdes, al rey, a los Verlac, incluso a los recuerdos que habían destellado en mi memoria.

Me convertí en un despojo encogido y sollozante que no veía más que un mundo turbulento y desdibujado, en el que ya no había lugar para mí.

«Cuando reconstruyamos el castillo y todo lo que ha destrozado el fuego, les proporcionaremos la sepultura que merecen», me prometió mi tío, tras la ceremonia. «Hasta entonces, reforzaremos las fronteras de Sombramar para evitar las rebeliones humanas oportunistas. Te prometo, querida sobrina, que haremos del Palacio de los Vientos un lugar seguro de nuevo».

Juró quedarse los primeros días allí, supervisando los trabajos de reconstrucción. Lo dijo con una sonrisa tierna en sus labios, aunque a mí no me proporcionó ningún consuelo.

Todo parecía ir demasiado rápido. El ajetreo me engulló. Había demasiado que hacer, y yo, al no poder ayudar en nada, no era más que un estorbo lloroso al que había que sonreír y frente al que inclinarse.

Los invitados se marcharon con sus muertos y, pronto, me vi sola junto a la puerta del carruaje en el que viajaría junto a mi hermana.

Lord Veyl me había ofrecido ocupar un lugar en el vehículo de su esposa, más amplio y cómodo, pero yo había rechazado la oferta con voz temblorosa.

El viaje duraría varios días, no podría mantener una sonrisa falsa y conversaciones incómodas durante tanto tiempo. Necesitaba estar junto a Giry. Tocarla, para saber que seguía ahí. Malherida, sufriendo, pero *viva*. Ella era lo único que me quedaba de lo que había sido mi vida antes de las llamas.

Los caballos empezaron a resoplar, impacientes, mientras los criados terminaban de asegurar las cargas: montones de provisiones, barriles de agua, cofres con armas y las cajas que contenían los restos de lo que alguna vez fue mi hogar. Los estandartes de los Verlac ondeaban sobre los carruajes oscuros: lirios del valle, blancos, superpuestos a una noche estrellada.

De la camelia roja de mi familia ya no quedaba ni rastro.

Todo estaba dispuesto para la partida.

Cuando subí al carruaje, ocupé mi lugar sobre el incómodo banco de madera, con la vista fija en el rostro dormido de Giry. Su respiración era débil, pero constante.

La quemadura tenía un brillo sanguinolento y parecía haberse extendido con el paso de las horas. La piel cercana al borde herido estaba roja e inflamada. Supurante.

Me apresuré a apartar la mirada.

—Es la primera vez que abandonarás Sombramar —susurró Fern, mientras acomodaba una manta sobre mi hermana.

Aunque hacían falta manos y toda la ayuda posible en el Palacio de los Vientos, había conseguido traerla conmigo. Sabía que en el Valle de los Cuatro Ríos habría doncellas a puñados, pero la necesitaba a ella. Era la única frente a la que podía llorar sin vergüenza.

Asentí en silencio. Miraba a través de la ventana, pero no veía nada en realidad. Pude haber asomado la cabeza para ver cómo desaparecía mi hogar en la lejanía, pero no lo hice. Habría dado igual. Las lágrimas lo emborronaban todo.

—He oído decir que el Valle de los Cuatro Ríos es un lugar encantador —continuó, con suavidad. Alzó su mano, como si quisiera tocarme, pero la apartó en el último instante. Pareció obligarse a sonreír—. Su fortaleza es enorme y siempre está llena de invitados y nobles de otras provincias de Elysia. Será muy distinto a Sombramar.

—Sí —murmuré—. Lo será.

9

El camino hacia el Valle de los Cuatro Ríos se extendía como una herida interminable.

Amanecíamos antes que el sol, con los ojos aún presos del sueño y el cuerpo cubierto de polvo. Después de un desayuno que siempre duraba demasiado, volvía al carromato junto a Giry y Fern, y allí permanecía, inmóvil, hasta el mediodía. Almorzaba con lady Nohr, fingiendo interés mientras ella se quejaba de los baches, del calor, a pesar de que ya estábamos en otoño, de la dureza del viaje sobre sus huesos delicados. Después, la jornada continuaba hasta que el cielo se rendía al anochecer.

Las posadas que regentábamos parecían madrigueras. Los techos eran húmedos, las paredes parecían combadas y las habitaciones resultaban tan estrechas que había que respirar con cuidado para no chocar con los sueños de los demás.

Apenas descansaba, lloraba hasta caer rendida, pero no podía quejarme. Al menos, Giry y yo dormíamos sobre colchones de paja. Fern se acomodaba en el suelo, sobre mantas agujereadas que olían a moho.

Era una rutina silenciosa, mecánica, como si estuviéramos atravesando el purgatorio de los Inmortales una y otra vez, que siempre terminaba con una oración a La Plateada. Le suplicaba por mi hermana, por su recuperación, pero si ella me escuchaba, hacía oídos sordos, porque la quemadura que se extendía por su rostro empeoraba con cada día que transcurría.

El Fantasma, sair Erik, iba siempre al frente de la caravana, abriendo paso sobre un caballo blanco como una luna llena en una noche profunda. A veces pasaba junto a nuestro carruaje; otras, lo veía de lejos, con su cabello níveo resaltando entre las armaduras negras.

Era una presencia constante que no se alejaba demasiado. Nunca se detenía. Nunca hablaba. Pero siempre aparecía precedido de un

ligero tarareo, de aquella vieja canción que le había escuchado susurrar la noche en que mi palacio había ardido.

Los soldados le obedecían sin discutir, a pesar de que, si fuese fae, no sería mucho mayor que yo.

Lo espiaba tras las cortinillas del carruaje, cuando los ataques de llanto me daban tregua, o cuando la vista se me perdía durante las comidas con lady Nohr.

—Le oí decir a un soldado que el blanco de su cabello no es natural —me susurró Fern una tarde, cuando me vio observándolo a través de la ventana—. Son canas, como las de un anciano.

—Eso no tiene sentido —respondí, mientras me apresuraba a desviar la mirada hacia mi hermana, sumida en un sueño intranquilo.

—He visto a campesinos más jóvenes que yo con el pelo ralo de un anciano —dijo ella, antes de encogerse de hombros—. El sufrimiento, el dolor, transforma a todos.

Como hará conmigo, susurró una voz en un rincón de mi cabeza.

Aquel día no pude apartar la vista del Fantasma. Cada movimiento, cada sombra que proyectaba, cada destello del acero en la vaina que llevaba a su espalda… Pero si notó el peso de mis ojos, no dio muestra alguna.



El amanecer fue un murmullo gris. La niebla parecía devorarlo todo, hasta el propio aire.

Viajaba encogida, pegada al cuerpo de Fern, tratando de compartir un calor que ya no existía. Hasta Giry temblaba, a pesar de que permanecía en un estado de duermevela.

El carruaje avanzaba con un traqueteo agotado. Apenas había dormido la noche anterior. La cama de la posada apestaba y en mi descanso había visto a mis padres derretirse ante mis ojos. Una y otra, y otra vez.

Me removí en el asiento y me quedé adormilada hasta que, de pronto, desperté con un golpe seco. El cielo seguía igual, gris,

inmóvil. La niebla se había vuelto incluso más densa.

—¿Por qué nos detenemos? —murmuró Fern.

Se asomó y, al instante, su cuerpo se volvió de piedra. Retrocedió tan abruptamente, que estuvo a punto de caer encima de mí.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

El silencio apenas duró un momento. De pronto, oí gritos a lo lejos: órdenes confusas, acero golpeando acero, el relincho de un caballo herido.

—Creo que nos atacan —susurró.

El aliento se me atragantó mientras apartaba con cuidado las cortinillas de mi ventana. La niebla se había vuelto más opaca que nunca. Entre los jirones blancos, pude avistar las sombras de los soldados de la familia Verlac aparecer y desaparecer, como engullidos por ella.

Una súbita corriente de aire helado me azotó el rostro, antes de que un ramalazo caliente me recorriera la mejilla.

Alcé los dedos, temblorosa.

Sangre.

Giré la cabeza.

Una flecha se había clavado en el árbol más cercano.

—No es hora de jugar, florecilla.

Me volví con brusquedad. Me encontré con el rostro afilado del Fantasma a apenas unos centímetros de distancia. Sus ojos negros apuñalaron los míos.

—Si quieres llegar viva al Valle de los Cuatro Ríos, no vuelvas a asomarte. No encontrarás nada agradable que ver.

Espoleó su caballo y se marchó sin mirar atrás. Por la hoja de su espada desenvainada resbalaba algo más oscuro que la niebla.

Me apresuré a obedecerle. Las lágrimas que antes había derramado parecían haberse congelado en mis mejillas y se mezclaban con la sangre que goteaba desde mi barbilla.

Fern y yo permanecimos inmóviles. El silencio dentro del carruaje pesaba más que los gritos de fuera. Me quité la capa y cubrí a Giry por completo.

Mi doncella rebuscó algo, temblando. De un bolsillo escondido en su falda extrajo un largo cuchillo, todavía envainado.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté, aterrada.

—Se lo robé a un soldado en Sombramar —contestó con una mueca—. Por si acaso.

El carruaje se sacudió con una violencia brutal. Los gritos del exterior se mezclaban con un sonido nuevo, húmedo. Apreté los puños cuando imaginé que era sangre salpicando la madera.

Otra embestida. Fern y yo caímos una sobre otra, y la capa resbaló, dejando el rostro de Giry al descubierto. Alguien intentó forzar la puerta. A través de la ventana vi unos ojos pálidos, desconocidos, llenos de hambre.

—¡Eh! ¡He hallado un precioso botín!

La puerta del carruaje cedió con un chasquido seco, casi arrancada de las bisagras.

El aire helado se coló en el interior junto con un hombre de mirada encendida. Era un humano alto, de hombros anchos, cubierto por un chaleco de cuero endurecido por la mugre. Las botas, agrietadas, dejaron tras de sí huellas de barro fresco.

—¿Me acompañan, mis *nobles* damas? —preguntó, con una sonrisa torcida.

Fern, temblando, desenvainó el cuchillo y lo esgrimió sin fuerza mientras yo me apresuraba a cubrir de nuevo el rostro de mi hermana.

El asaltante resopló y, con un golpe sordo, la daga cayó al suelo. Después, agarró a Fern por la muñeca y la lanzó fuera, al alcance de otros humanos que aguardaban en la niebla.

Me encogí en el fondo del carruaje, con los brazos alzados frente al rostro.

Él se rio con un sonido casi animal y me arrastró con violencia, dejando a Giry sola y escondida en el interior del vehículo.

Caí contra otro asaltante. Su mano, ennegrecida por la suciedad, me cubrió la boca. El filo de su espada rozó mi cuello, tan frío que me cortó el aliento.

—Vaya, vaya… ¿qué tenemos aquí? —murmuró con diversión cruel —. Una fae… pelo negro, piel blanca, ojos azules. Y una bonita camelia bordada en su vestido. No me digas que hemos tenido la maldita suerte de cruzarnos con una Daaé.

Tragué saliva, intentando apartar la mirada. La clavé en Fern, que se debatía entre los brazos de otro bandido.

—¡Eh, Raff! —gritó el hombre que me sujetaba—. ¡He atrapado a una Daaé!

—¿Una Daaé? ¿No se habían asado todos en su castillo? —respondió otra voz.

El hombre soltó una carcajada mientras me acercaba más el filo a la garganta. Pude ver mi reflejo temblando en el acero.

Ahora que la niebla empezaba a despejarse, pude divisar a los soldados de los Verlac. Se miraban entre sí, exhaustos, cubiertos de sudor y fango. El choque de espadas resonaba aún entre los árboles, ocultos en los jirones neblinosos que todavía quedaban.

De pronto, una voz grave ordenó el alto; las hojas de acero se detuvieron un instante en el aire. Lady Nohr estaba a salvo. Un grupo de guardias rodeaba su carruaje como un muro de hierro, impidiendo que una decena de asaltantes lo alcanzaran. La vi pálida de horror a través de su ventanilla. Sus ojos brillaban al contemplar mi cuello atrapado bajo la espada de aquel bandido.

Entonces, tras el vehículo, apareció el Fantasma.

Montaba en su caballo blanco, su silueta se fundía con la niebla. No miraba a los asaltantes, me miraba a mí. Su armadura, manchada de sangre ajena, relucía con un brillo sombrío.

Se detuvo a apenas unos pasos, desmontó de un salto y cayó con firmeza. Ni una herida cruzaba su piel, ni un solo cabello había escapado de la cuerda de cuero que lo sujetaba.

—Vaya, ¿eres tú el mandamás? —se burló el asaltante, apretando más la hoja contra mi piel. Un centímetro más, y cortaría—. Bonito pelo. Pareces una damisela.

El Fantasma se limitó a señalarme con el mentón.

—Suéltala.

—No estás en posición de dar órdenes, bastardo —rugió otro de los humanos.

El hombre que me sujetaba soltó un bufido.

—¡Es una zorra fae! Deberías estar en nuestro bando, no en el de ellos, maldita sea. ¡Eres un traidor a tu propia especie! —Su voz era un veneno vivo destrozándome el oído—. No pienso dejar libre a

esta puta hasta que le arranque esas bonitas orejas puntiagudas y le regale el mismo trato que ellos nos dispensan. ¿Qué opinas, *lady Daaé*?

No respondí. Mis piernas parecían de agua, pero los pulmones los tenía llenos de piedras. Miraba al Fantasma sin verlo, tratando de respirar.

Él no apartó la vista de mí.

—Suéltala —repitió. Su voz sonó más grave, más áspera.

—Quizá en tus sueños, bastardo.

El asaltante me arrastró hacia atrás. Yo clavé los talones en la tierra, pero dejé de resistirme cuando los dedos que me sujetaban se clavaron en mi cuello como advertencia.

Sin aliento, vi cómo el Fantasma extendía el brazo con un gesto casi de hastío y un soldado se acercaba para dejarle un arco y una sola flecha.

Mi corazón golpeó contra las costillas. Una, y otra vez.

—No acertarás —siseó el humano, con una risotada. Me ubicó frente a él y se apretó contra mi espalda, arrancándome un escalofrío de repulsión. No era alto; tras mi hombro, solo asomaba un fragmento de su rostro. Mi cuerpo cubría el suyo por completo.

El Fantasma apoyó el extremo de la flecha en la cuerda.

Negué, con las uñas del humano clavadas en la piel. No podía disparar. Me movía demasiado. Me alejaba sin remedio.

—Te haré lo mismo que hicieron los tuyos con mi familia —me siseó el humano. Salivaba de placer—. Lo que ha ocurrido en tu bonito palacio será un sueño de una noche de estío comparado con…

La flecha cruzó la distancia como un rayo de plata.

Un sonido seco me sobresaltó, y las palabras murieron en el acto.

Giré la cabeza, solo un poco, y se me escapó un gemido cuando vi las plumas ensangrentadas de la flecha asomando por el ojo izquierdo del humano. Casi le había atravesado el cráneo. El párpado había quedado partido en dos mitades perfectas.

El asaltante se derrumbó a mi espalda.

Los soldados de los Verlac no se detuvieron a pensar. Ninguno pareció sorprendido tras aquella maniobra, apenas necesitaron una

mirada antes de lanzarse contra el enemigo.

El desconcierto de los asaltantes duró apenas un instante, pero suficiente para que se abrieran paso entre ellos. El humano que sujetaba a Fern tiró de ella en dirección al bosque, aunque parte de los guardias lo siguieron.

El combate rugió a mi alrededor. Las espadas chocaban, los cuerpos se empujaban, y yo no sabía a dónde huir. Huracanes de acero me cercaban cuando unos dedos férreos me agarraron por el cuello del vestido. Sentí el tirón, brusco, y antes de poder gritar, el Fantasma me devolvió al interior del carruaje de un violento empellón.

—Po… podrías haberme matado —susurré con la voz quebrada, casi sin aire.

—Ha sido un placer, florecilla —fue su respuesta.

Cerró dando un portazo y desapareció. El ruido del combate volvió a llenar el silencio.

No sabía dónde estaba Fern, pero tampoco me quedaban fuerzas para averiguarlo. Me agazapé junto a Giry, en una esquina, e introduje la mano bajo la capa hasta aferrar con fuerza sus dedos helados.

Solo podía esperar a que todo terminara.

Por la ventana, contemplaba el caos exterior. Los rostros tensos y sudorosos de los humanos. Los soldados de los Verlac eran más lentos que sus enemigos, pesados bajo el metal de las armaduras, pero sus golpes eran precisos, mortales.

Mientras otros podían morir para defendernos, yo solo podía esconderme, tapándome los oídos para no escuchar los gritos ni el estruendo del metal.

Si alguien abría la puerta del carruaje y veía a Giry, no podría detenerlo.

El Fantasma podía no aparecer esa vez, y yo moriría sin oponer resistencia… o, peor, viviría para desear no haberlo hecho.

Mi deber era mantenerme hermosa. Eso me habían enseñado desde pequeña: hablar con dulzura, sonreír siempre, producir herederos como si fueran flores. Pero la belleza no te salvaba. No te libraba del chasquido seco del cuello cuando se quebraba como una

rama podrida.

Había tardado demasiado en entenderlo. Media vida y muchos silencios tragados.

—¡Retirada! —rugió de pronto una voz entre los árboles—. ¡Retirada!

El grito se propagó como un eco de liberación. A través de la ventana vi a decenas de humanos correr junto al carruaje, deshechos, derrotados, perdiéndose entre la espesura del bosque. Algunos me miraron de reojo al pasar, con resentimiento, como si mi vida intacta fuese una ofensa, pero ninguno se atrevió a atacarme de nuevo.

De rodillas, con la espalda contra el fondo del carruaje y la mano de Giry entre las mías, los observé desaparecer.

Pasaron apenas unos momentos antes de que alguien golpeara suavemente la puerta.

Esta se abrió despacio, como si quien lo hacía temiera lo que podría encontrar.

Un soldado de los Verlac asomó la cabeza. Al vernos, dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Están vivas, mi señora! —gritó hacia el exterior.

Escuché entonces la voz de lady Nohr, cargada de un alivio impaciente.

—¡Gracias a los Inmortales!

El soldado se hizo a un lado y, tras unos instantes, fue su rostro hermoso, impecable, el que se asomó.

—¿Os encontráis bien, lady Vienna? —preguntó.

—Creo que sí —respondí, mientras me incorporaba despacio. Las piernas todavía me temblaban con violencia.

Su hombre me ayudó a bajar del carruaje, pero cuando mi calzado embarrado tocó el suelo, ella me sujetó de la muñeca y me obligó a girar sobre mí misma para asegurarse de que estaba ilesa.

—La mejilla —murmuró al percatarse de la mancha de sangre seca en mi rostro.

—Ha sido una flecha, mi señora. Solo me ha rozado.

Lady Nohr suspiró.

—Es una lástima —dijo al fin—. Espero que no os deje marca,

tenéis una piel preciosa.

Prefería mil veces una piel menos preciosa y seguir viva. Aun así, recordé al instante el rostro dormido de Giry y apreté los labios; quizá no fuera tan distinta a lady Nohr como deseaba creer. Otra mujer habría recogido el cuchillo caído y se habría lanzado contra un bandido; yo me había encogido y había esperado que alguien viniera a salvarme.

—Cuando lleguemos a la posada pediremos ungüento de eucalipto. Seguro que os vendrá bien. —Se volvió, dándome la espalda—. ¡Sair Erik!

El caballero acudió al instante. Lady Nohr lanzó una mirada despectiva a su gorguera rota y a la armadura maltrecha.

—Quiero que se le escriba a mi marido de inmediato, relatándole lo sucedido —ordenó, deteniéndose un instante para mirar los cuerpos tendidos—. Comprobad si ha habido muertos entre los nuestros y notificádselo también. —Sus ojos se posaron en mi mejilla herida y volvió a suspirar con cierto resentimiento—. Quiero que nos detengamos en la primera posada que encontremos. Necesito un descanso después de lo ocurrido.

—Así se hará —respondió él con un gesto seco, antes de alejarse a zancadas.

—¿Cómo deseáis que procedamos con los bandidos? —preguntó el soldado que me había encontrado en el carruaje, incapaz de apartar la vista de un muchacho caído, que debía tener su misma edad.

—Los amontonaremos a un lado del camino —dijo lady Nohr—. Así servirá de ejemplo.

El soldado asintió con un gesto seco, pero sus ojos permanecieron un poco más en el joven caído, antes de alejarse con los brazos un tanto rígidos.

—Los animales los devorarán —musité.

—Lo sé —contestó lady Nohr, antes de volverse hacia mí—. Puede parecer cruel, pero los humanos deben aprender. Deseaban arrancaros las orejas, querida. ¿Sabéis qué es lo que habrían hecho con ellas? Las habrían vendido y habrían ganado mucho oro, mientras vos habríais sido condenada a engrosar la Orden Gris.

—¿La Orden Gris? —repetí—. ¿Por qué dejaría de ser una fae si no

he cometido ningún crimen? —pregunté, con voz trémula—. Vos lo habéis recalcado, habría sido una víctima.

Lady Nohr no contestó, pero sus labios se torcieron en una sonrisa condescendiente. Me miró de la misma forma en que mi madre observaba a Giry cuando estaba a punto de perder la paciencia.

Aparté la vista, incómoda por aquel extraño silencio, y, al hacerlo, vi a Fern más allá, inclinada sobre un soldado herido. Murmuré una disculpa sin pensar y caminé hacia ella. A cada paso, notaba la mirada de lady Nohr hiriéndome la espalda, inquisitiva, como si quisiera asegurarse de que yo sabía cuál era mi lugar. No me atreví a volverme.

—¡Vienna! —exclamó Fern en cuanto me vio, aunque se apresuró a cambiar el tono. No estábamos solas para que pudiéramos hablar con tanta familiaridad—. Por los Inmortales, pensé… —Su voz se extinguió en un resuello ahogado.

El soldado sobre el que permanecía inclinada levantó la vista hacia mí. Tenía la frente abierta por una herida y la manga empapada de rojo. De alguna forma, su rostro me resultó familiar. Quizá, demasiado parecido a aquel joven asaltante que se pudriría a un lado del camino.

Su voz sonó fatigada cuando me habló:

—Supongo que es la primera batalla que presenciáis.

Lo observé unos instantes.

—Y espero que sea la última —respondí. El temblor en mi voz me traicionó.

El soldado sonrió un poco, con una mueca, más de dolor que de cortesía.

Fern, sin apartar los ojos de él, murmuró:

—Ha sido una suerte que ese caballero estuviera aquí.

Seguí la dirección de su mirada.

A unos metros, el Fantasma se erguía junto al cuerpo de un enemigo caído. Apoyaba una mano enguantada sobre la empuñadura de su mandoble, mientras observaba en silencio la escena. Había en su quietud una violencia aún más peligrosa que la de la batalla. Sus ojos parecían relampaguear de un modo extraño.

—Es uno de los mejores caballeros de los Verlac —murmuró el

joven.

—¿Lleva muchos años bajo sus órdenes? —preguntó Fern, sin poder ocultar su curiosidad.

—Desde que era un niño. Lord Veyl lo encontró durante una cacería, en el linde del Valle de los Cuatro Ríos. Hambriento y malherido. —El soldado tragó saliva. Las palabras escaparon trabadas de sus labios—. Dicen que sus canas son consecuencia de las terribles heridas que escondían sus ropas.

Abrí los ojos de golpe.

—¿Quién podría maltratar así a un niño? —dije, con apenas un hilo de voz.

No obtuve respuesta. El silencio respondió por él.

Una súbita brisa me trajo el tarareo que había oído aquella noche en el Palacio de los Vientos. Giré la cabeza y mis pupilas se hundieron en el Fantasma. En lo que debía esconder la armadura negra que lo cubría.

La idea de un niño marcado de ese modo me resultaba insoportable. Yo también había recibido castigos, pero mis faltas se saldaban con el postre que me negaban o con un vestido que no llegaba. Los de los humanos, como él, siempre estaban relacionados con la violencia. Sobre todo, si éramos los faes quienes los imponíamos.

Sin embargo, lo que ese soldado había descrito sobre el Fantasma no encajaba en nada de lo que pudiera imaginar. ¿Qué clase de furia o salvajismo cubriría de canas la cabeza de un niño?

—No digáis que os lo he contado yo —susurró de pronto él, con miedo pegado a las palabras—. Os lo ruego. No soporta la compasión.

Como si nos hubiese oído, el aludido volvió la mirada hacia nosotros. Frunció el ceño y avanzó con paso rápido hasta alcanzarnos. Su presencia estrechó el aire.

—Tú —ladró, cuando estuvo frente al soldado—. Deja de jugar y ponte a trabajar; tenemos que amontonar los cuerpos.

—Como ordenéis —musitó el hombre, poniéndose en pie de inmediato.

El Fantasma estuvo a punto de darse la vuelta, pero sus pupilas

tropezaron con las mías. Algo lo contuvo de apartar la mirada. Quizá, el hecho de que por primera vez no bajé la vista; sostuve su peso sin pestañear.

Fern nos contempló, inquieta, y carraspeó, rompiendo el silencio.

—Deberíamos volver al carruaje, *mi señora* —comentó, marcando mi título con los dientes.

—Vamos —respondí, apartando los ojos por fin.

Caminamos hacia el carruaje con rapidez evitando mirar a los lados, donde los hombres de los Verlac arrastraban los cuerpos sin ceremonia hasta un montículo al borde del camino.

Aquellas manos ahora frías y sin vida parecieron sujetarme el rostro y obligarme a mirar de nuevo. Las palabras del humano que me había amenazado hicieron eco, mordiéndome de una forma extraña.

Te haré lo mismo que hicieron los tuyos con mi familia.

—¿Crees que seguimos todavía en la provincia de Sombramar?

—Por los Inmortales, espero que no. Llevamos demasiados días de camino —respondió ella, con un ligero resoplido. Frunció el ceño cuando me miró—: ¿Por qué lo preguntas?

Sacudí la cabeza y me acerqué al carruaje. Apoyé la mano en la portezuela, pero no llegué a abrirla.

—Me preguntaba qué habrán hecho los señores faes de estas tierras para que los humanos actúen así.

Las cejas de Fern se arquearon durante un instante, antes de que sus labios se apretaran en una mueca que no supe interpretar.

—Quién sabe —fue su respuesta. Después, miró por encima de su hombro hacia la figura alta de cabello blanco que resaltaba entre todas las armaduras—. Vamos, entremos de una vez. No quiero estar cerca de ese caballero. No me gusta cómo te mira.

—¿Y cómo me mira? —pregunté, con una sonrisa burlona que se quedó en un patético intento.

—Con demasiada hambre en sus pupilas.

10

Llegamos a los aledaños del castillo de Brumaverde unas horas después de haber atravesado el Cruce Celestial, un inmenso puente de cuatro brazos bajo los que corrían cuatro ríos.

Desde entonces, El Cendaluz, el Esval, el Liris y el Nimbel nos habían acompañado con el rugir de sus aguas durante el trayecto. Aun así, aquel sonido refrescante no disminuyó el calor que nos empapaba desde que habíamos cruzado la frontera de la provincia. El sol caía a plomo sobre las tierras de los Verlac y el aire parecía hervir sobre los caminos de piedra, a pesar de la época en la que nos encontrábamos.

Las murallas blancas del castillo, altas como acantilados, relucían bajo la luz como si cada piedra hubiera sido bañada en oro.

—Mira por la ventana, Vienna —dijo Fern, con los ojos abiertos de par en par—. Jamás… jamás había visto nada así.

No miré.

Preferí fijar los ojos en el rostro de Giry, pálido y sudoroso, tan frágil que parecía tallado en cera.

No quería ver los jardines interminables sembrados de lirios del valle ni los muros cubiertos de hiedra ni a los nobles faes que detenían sus pasos para observar el carruaje que avanzaba lentamente entre ellos.

Ya habría tiempo para conocer cada recoveco, cada sombra, cada esquina donde la belleza fuera asfixiante.

—He oído que es uno de los castillos más grandes del reino —susurró Fern, incapaz de apartar la vista del exterior.

—Un calabozo de oro sigue siendo un calabozo —respondí, con los dientes apretados.

Fern dejó escapar un suspiro triste, antes de sobresaltarse e inclinarse aún más hacia delante. Medio cuerpo asomaba por la pequeña ventana. Sus ojos claros se abrieron de par en par.

—Han convocado una comitiva de bienvenida —dijo. De pronto, le

costaba controlar la emoción—. Deben de ser por lo menos un centenar.

Alcé los ojos hasta el techo del carruaje, en silencio, segura de que exageraba. Pero cuando el vehículo se detuvo y un lacayo abrió la puerta con una reverencia impecable, comprendí que no mentía.

A ambos lados del camino, una hilera de guardias uniformados con los colores de los Verlac, blanco y negro, formaba un pasillo perfecto, con las espadas alzadas sobre sus cabezas, los rostros serios y los ojos fijos en el vacío. Más allá, una multitud de faes elegantemente vestidos aguardaban en un silencio expectante.

De pronto, atrapada en aquel carruaje que olía a madera, perfume y enfermedad, comprendí que cuando posara un pie sobre el castillo de Brumaverde, ya no habría retorno.

Levanté la vista hacia el edificio que se alzaba ante mí y el aire se me atascó en la garganta.

Era demasiado.

Demasiado vasto, demasiado ostentoso, como si su arquitecto hubiese intentado construir no un hogar, sino un desafío a los Inmortales.

Los arcos ojivales se alzaban con arrogancia, apuntando al cielo como lanzas de piedra; las torres, abovedadas y pintadas en plata y negro, parecían arañar las nubes. Los contrafuertes, anchos como siete faes hombro con hombro, sostenían un edificio que no necesitaba apoyo alguno, y de ellos colgaban varillas cubiertas de enredaderas que trepaban hasta fundirse con aquel cielo limpio de nubes. Los rosetones parecían ojos inmensos de cristal y brillaban como soles ahora que la luz se reflejaba en ellos. Por encima de los tejados afilados de la primera planta, asomaban árboles y matorrales repletos de flores blancas.

Aquello no era arquitectura, sino *exceso*.

Cada tramo de la fachada era un tapiz de piedra. Desde donde me encontraba podía ver a La Plateada bailar con El Radiante en una danza eterna. Pero no solo los Inmortales estaban ilustrados en aquellas paredes de piedra. Soldados de rostro severo, faes hermosas, bestias de leyenda de bocas abiertas, todos tallados con un detalle enfermizo, como si el castillo de Brumaverde quisiera

recordarme que estaba lleno de belleza… y de monstruos.

Descendí del carruaje, incómoda bajo el peso de las miradas.

El vestido arrugado y la capa manchada de barro me parecían una afrenta en medio de tanta perfección.

Al final del pasillo de espadas alzadas me aguardaba un fae pequeño, pálido, con tantas joyas que apenas podía ver un resquicio de la piel de su cuello y sus manos. Su rostro era la imagen desdibujada de lord Veyl y del rey Oberón. Su cabello rubio era más ralo, más pegajoso, y no tenía la altura de sus hermanos mayores.

Fern me había recordado su nombre poco antes de llegar: lord Kyros Verlac.

Caminó hacia mí con rapidez, parecía deseoso por llegar antes que su sombra.

Cuando se detuvo a un paso de distancia, descubrí que apenas me superaba en altura. Su sonrisa era una mueca apretada, tensa.

—Es un honor recibiros, lady Vienna —dijo, inclinándose para besar mi mano—. Soy Kyros Verlac, señor del Valle de los Cuatro Ríos en ausencia de mi hermano. Vuestro servidor.

—El honor es mío —respondí, intentando no apartar la mano antes de tiempo.

Su sonrisa se ensanchó y ganó seguridad. No debía haber mucha diferencia de edad entre los hermanos, pero de alguna forma él parecía más joven, más vulnerable.

—Mi hermana… —murmuré, echando la vista atrás, hacia la puerta del carruaje.

—Las hermanas de la Orden Gris la esperan en sus aposentos —respondió—. Veyl insistió en que se le proporcionaran los mejores cuidados.

Dos criadas se adelantaron. Tras una breve reverencia, se dirigieron hacia el vehículo, donde Fern trataba de cubrir a Giry con la capa de viaje.

El pequeño brazo de mi hermana colgaba sin fuerzas hacia un lado, mostrando la piel enrojecida, herida, como una flor marchita.

El murmullo se propagó entre los presentes como una ola. Algunas mujeres se cubrieron la boca con abanicos de encaje mientras devoraban el espectáculo con los ojos.

Lady Nohr descendió entonces del carruaje, tan impecable que parecía una figura de porcelana recién esmaltada. Se había empolvado tanto que el sol resbalaba sobre su piel como sobre el mármol.

Kyros se volvió hacia ella con tanta rapidez, que la capa negra que lo cubría me azotó las piernas. Fue a su encuentro con los brazos extendidos. Yo aparté la mirada hasta mi hermana, que desaparecía con discreción entre la multitud, sujeta entre los brazos de las criadas.

—¡Sair Erik! —La voz de lord Kyros se alzó, nerviosa, cortando el murmullo de la muchedumbre.

El Fantasma apareció a nuestro lado. Su cabello blanco caía medio suelto y enredado sobre el rostro. En la armadura todavía tenía perlas de sangre seca.

—Mi señor.

—Acompañad a lady Giry a su dormitorio —ordenó, sin mirarlo—. Después, reuníos conmigo en mis aposentos. Quiero saber exactamente qué ocurrió en el viaje.

El Fantasma asintió una sola vez y se apartó, seco, sin emoción. Las criadas que sostenían la camilla de Giry lo siguieron con los ojos bajos y en un silencio sepulcral.

—Lo que os ha sucedido es terrible, lady Vienna —dijo lord Kyros, girándose hacia mí con una expresión que oscilaba entre la lástima y la curiosidad malsana—. Recé a El Radiante cuando conocí la noticia. —Quise responder, pero su voz atropellada me lo impidió—. Aquí encontraréis paz. El castillo de Brumaverde será vuestro nuevo hogar. Yo me ocuparé de vos hasta que mi hermano regrese de Sombramar. —Hablaba deprisa, demasiado, como si no pudiera soportar un instante de silencio.

—Querido —intervino lady Nohr, en tono meloso—, ¿podríamos retirarnos? El viaje ha sido largo.

—Por supuesto, por supuesto —respondió lord Kyros de inmediato, girándose hacia ella con algo que parecía entusiasmo—. Mandaré traer agua fresca y fruta.

Ella asintió y posó levemente sus ojos atigrados sobre mí.

—Esta noche conoceréis a mi hija. Ahora mismo debe estar

inmersa en sus quehaceres diarios.

Cabeceé, pero ella ya me había dado la espalda. Parte de los faes que se habían apostado cerca de las enormes puertas del castillo la siguieron. Solo unos pocos permanecieron observándome de soslayo.

A mí nadie me ofreció descanso.

Antes de que pudiera excusarme, lord Kyros me tomó del brazo.

—Permitidme mostraros el castillo de Brumaverde.

No pude negarme.

El edificio era un laberinto. Cada galería olía a piedra húmeda y a flores. Las paredes estaban cubiertas de tapices blancos, y el suelo reflejaba la luz de los ventanales como si la piedra estuviera viva.

A su lado, el palacio de mi infancia parecía unas ruinas abandonadas desde hace décadas.

Mientras avanzábamos, lord Kyros no dejaba de hablar. Describía jardines, salones, bibliotecas…, cada rincón con el mismo fervor con el que Kallias recitaba la lección frente a mi padre.

Me estremecí cuando su sonrisa burlona brilló en el centro de mi mente.

Había guardias relucientes en cada esquina, faes cubiertos de joyas imposibles, segundos hijos e hijas, viudas de familias nobles del reino, algunos herederos de pequeñas provincias. Todo parecía brillar demasiado y yo sentía como si no pudiera ver bien entre tanta claridad.

Nos detuvimos decenas de veces. Todos querían presentarse, decir su nombre, expresar su pena por mi «terrible pérdida».

Escuché mi tragedia repetida con una precisión enfermiza. A la décima vez, dejé de oírla.

Solo movía los labios y asentía.

Entre aquella procesión de títulos y rostros, algunos nombres se me quedaron grabados: sor Clarice, de la Orden Gris, una fae anciana, a la que le habían arrancado las orejas hacía mucho. Cuando se reclinó, hice todo lo posible por no mirar aquellos agujeros oscuros que el velo que sujetaba su cabello no ocultaba. Lady Ima y lady Sylin, amigas de la única hija de los Verlac, a quien conocería esa noche. Y lord Erroll, un fae mayor que mi padre, que

no apartó los ojos de mí mientras hablaba de la piedad que los Inmortales habían mostrado con mi hermana y conmigo. Era el heredero sempiterno de su padre, que había acudido a mi Ceremonia de Mayoría de Edad, y al que no recordaba. Por lo que entendí, llevaba esperando muchos años a que muriera para disponer del gobierno de su provincia.

Finalmente, un guardia se acercó y susurró algo al oído de lord Kyros.

—Me temo que debemos interrumpir nuestra visita. Sair Erik me espera.

Me invitó a seguirle con un gesto. Caminaba deprisa, con pasos cortos, y tuve que acelerar el ritmo para no quedarme atrás.

—Imagino que ya sabréis lo del baile —comentó sin mirarme.

—¿El baile? —pregunté, desconcertada.

—Oh, ¿no os lo habían dicho? —Se detuvo durante un momento—. Se celebrará dentro de una semana. Un baile en vuestro honor.

Me detuve un momento.

—Mi señor, mi hermana necesita cuidados constantes. No puedo…

No terminé la frase. Él había retomado la marcha.

—Oh, no seáis tímida —repuso, con aquella sonrisa nerviosa—. Vuestra hermana está en buenas manos. Ahora mismo no podéis hacer más por ella. Disfrutad del castillo de Brumaverde mientras dure vuestra visita. Muchas jóvenes faes como vos morirían por estar aquí. —Su risa, breve y sin brillo, resonó como un chasquido seco—. Sería una ofensa si la anfitriona de honor no acudiese al baile. Además, deberíais acostumbraros. En este castillo, todas las noches hay música y danza.

Mis manos se tensaron. Sabía que no podía negarme.

—Iré encantada, mi señor —murmuré.

Él no añadió nada más. Caminamos en silencio el resto del trayecto, con el sonido de sus pasos arrastrando el aire del pasillo.

Mi habitación se encontraba en el tercer piso, orientada hacia los jardines de la primera planta del castillo. Frente a la puerta de al lado, una hermana de la Orden Gris permanecía inmóvil, cubierta hasta el cuello con un hábito gris perla. Su sola presencia imponía una calma violenta.

—Están examinando a vuestra hermana —me informó lord Kyros, al reparar en mi mirada—. Lo mejor será que esperéis hasta mañana para verla.

Reprimí un suspiro y asentí en silencio.

—Espero que os agrade la habitación —añadió, empujando la puerta.

Fern ya estaba dentro, inclinada sobre el arcón abierto. Su rostro trataba de contener a duras penas la emoción. Me bastó su sonrisa para entender que había inspeccionado cada rincón y cada prenda antes de mi llegada.

La estancia era excesiva, mayor incluso que la que habían ocupado mis padres en Sombramar. La cama estaba vestida con sábanas tan blancas que hasta dolía mirarlas. Los doseles de gasa descendían hasta el suelo como un velo de humo. Había jarrones llenos de flores blancas: lirios del valle, jazmines, orquídeas. Pero ninguna camelia. Una cómoda clara, una alfombra espesa donde mis pasos se hundieron sin ruido. Sobre el tocador, un estuche de cristal rebosaba de collares, tiaras, broches y horquillas que parecían olvidados por reinas muertas.

Me volví hacia lord Kyros, sin saber qué decir.

—Todo esto es vuestro —explicó, con un gesto teatral—. Regalos que os llevaréis a Sombramar, cuando podáis volver.

—No… no sé cómo agradecerlo, mi señor —murmuré.

—Con vuestra expresión me basta —replicó él y, con una ligera reverencia añadió—: La cena se servirá a las siete. Un guardia os conducirá al comedor.

Se alejó de mí con pasos menudos y nerviosos, que se extinguieron antes incluso de que su figura desapareciera en el pasillo.

Fern se volvió hacia mí. Sus ojos devoraban toda la habitación.

—Sí, lo sé. Es un castillo maravilloso —respondí, dejándome caer sobre la cama. El colchón era tan blando que casi me engulló—. ¿Qué has averiguado? Sé que te mueres por decírmelo.

Sus ojos chispearon con una mezcla de orgullo y picardía.

—Tengo buenos oídos. —Se sentó a mi lado, bajando la voz—. Dicen que lord Kyros nunca se casó por culpa de su enfermedad.

Desde niño toma infusiones de lirio del valle.

Así que aquella planta diminuta no solo era el símbolo de la familia Verlac. Era algo extraño, porque los faes solían gozar de buena salud y se sanaban con mayor rapidez que los humanos. Del arañazo de mi mejilla apenas quedaba rastro.

Recordé la flor: blanca, delicada, con un veneno dulce. Los hijos de unos criados de mi castillo perecieron después de haber jugado con ella. No hubo ceremonia por ellos, pero sí se arrancaron todas las que había en los jardines.

—También he visto la cantidad de faes solteros que rondan por los pasillos —añadió Fern, observándome de reojo—. Quieren que estés contenta.

—Mientras cuiden bien de Giry, me bastará —respondí, antes de respirar hondo—. Fern —añadí con calma—, necesito que me hagas un favor.

—Ah, no. Ya conozco ese tono. —Se volvió hacia mí, derrotada—. ¿Qué necesitas?

—Una espada.

La palabra cayó entre nosotras como un golpe seco. Fern se quedó inmóvil, pálida, con los labios entreabiertos.

—Dime que no te he escuchado bien.

—No te pido una espada de verdad —aclaré mientras me sentaba en el borde de la cama—. Me valdría una de madera, de las que usan los aprendices.

—¡Por La Plateada! ¿Para qué quieres *eso*?

—Para aprender a usarla —contesté, antes de mirarla a los ojos—. La próxima vez que alguien intente matarme, quiero poder devolver el golpe.

Vi el miedo cruzarle el rostro. No miedo a mí, sino a la idea misma. Las damas faes no empuñaban espadas. Estaba prohibido. Aquello era trabajo de los varones… y de los humanos. Nosotras no necesitábamos hacerlo. Nuestra única defensa era la obediencia. Si seguíamos las normas, estaríamos a salvo. Siempre había sido así. Pero yo ya había sentido un filo rozarme la garganta. Había sufrido el terror de ver a Giry indefensa. Había escuchado el sonido de la muerte tan cerca que nunca podría olvidarlo.

—No volverán a atacarte, Vienna. Aquí estás a salvo. Y… y si lo ocurrido se repite tendrás una docena de hombres frente a ti —replicó, casi suplicante.

—¿Y si no llegan? —musité.

—Llegarán —insistió, clavando los ojos en los míos—. Siempre llegan.

—No, Fern. —Mi voz tembló—. No lo sabes.

Ella retrocedió un paso. Me miraba como si no me reconociera.

—Pedid a lord Kyros que os busque un maestro de esgrima.

—Sabes perfectamente que no lo hará. —Negué con lentitud, obligándome a no apartar la mirada de ella—. Ningún varón fae permitiría que alguien como yo use un arma.

El silencio se tensó entre nosotras.

—No quiero traerte una espada —dijo por fin, bajando la mirada.

—Lo harás.

—No.

—Eres mi doncella. No lo olvides.

Fern frunció el ceño, y entonces me dedicó la reverencia más prolongada que había realizado en su vida.

—Como ordenéis, *mi señora* —siseó.

No llegué a responder. La puerta se cerró con un estruendo que dejó temblando el aire.

Me quedé sola, en mitad de aquel dormitorio perfecto, rodeada de flores que olían a encierro.

11

Cuando las criadas de los Verlac se marcharon, me giré sobre mí misma y el vestido susurró.

Era el más sobrio del armario, pero me parecía que los bordados plateados brillaban como cicatrices y el escote, con su ribete de hilo blanco, dejaba expuesta demasiada piel. La cintura me apretaba tanto que respiraba a pequeñas bocanadas. Los cordones del corpiño parecían de hierro contra mi espalda.

Llevaba toda la tarde sola en mi habitación. Fern no había regresado, y una aguja de preocupación me atravesaba el estómago. Creía que una espada de madera, mal guardada por los aprendices, podía desaparecer sin levantar sospechas. Pero el castigo por robar a los humanos era la amputación de ambas manos. Para los faes no existía nada parecido; jamás habían tenido la necesidad de robar.

Sacudí la cabeza, enterrando la imagen de unos muñones sangrantes en el interior de mi mente, y abrí la puerta con demasiada brusquedad.

Tras la madera, muy cerca del umbral, aguardaba una figura con la que estuve a punto de golpearme.

Retrocedí instintivamente cuando unos ojos negros descendieron hasta mí.

—Me han ordenado que te acompañe al comedor.

—No necesito escolta.

El Fantasma esbozó una media sonrisa. No llevaba armadura; vestía con un traje de cuero y tela recia de color medianoche, el tono de fondo del escudo de los Verlac. Su cabello, medio recogido en la nuca, era tan blanco como los lirios del valle que plagaban todos los recodos del castillo.

—¿De veras? —inclinó la cabeza—. Como habrás observado, el castillo de Brumaverde es inmenso. Y te aseguro que no todos los rincones están llenos de florecillas. Podrías acabar en uno de ellos.

Alcé una mano. Deseaba golpearlo, pero en vez de ello apreté los

dedos temblorosos contra el marco de la puerta.

—Te denunciaré ante lord Kyros —dije, luchando por que mi voz escapara con fuerza de mi garganta—. La forma en la que me hablas es injustificable.

—Lord Kyros tiene cosas más importantes que hacer que buscarme un castigo, créeme. Y yo también —añadió, extendiendo una mano enguantada hacia la galería desierta.

Bajé la mirada, como una dama fae debía hacer, y pasé por delante de él. El Fantasma me siguió, con los brazos a su espalda y a unos pasos de distancia que me resultaban escasos. Después de haberlo visto luchar, de ver su armadura empapada en sangre, no habría distancia suficiente que me hiciera sentirme segura.

Su mirada en la nuca se me clavaba más adentro que los cordeles apretados contra mi piel.

Bajé por la escalera central, una ancha espiral de piedra que descendía como una lengua de dragón. El pasamanos estaba cubierto por sobrerrelieves de hiedras y pétalos afilados. Aparté la mano cuando me arañé.

Cuando llegamos al vestíbulo, él tuvo que encabezar la marcha para guiarme hasta el comedor a través de galerías anchas de piedra, que comunicaban con los jardines a través de ventanales de doble punta. El olor dulce a flores que se colaba desde el exterior era demasiado penetrante. Me mareaba. Por encima de nuestras pisadas y de mi respiración entrecortada, un rumor creció con pasos hasta convertirse en un tambor: voces, saludos, utensilios, la pequeña maquinaria de una ceremonia que conocía bien.

—Es suficiente —dije, maldiciéndome porque mi voz sonara tan débil—. Creo que sabré llegar desde aquí.

Él se volvió hacia mí con las cejas arqueadas. Aun así, miró más allá, hacia las puertas de hierro que parecían contener un incendio en su interior. La luz se derramaba con fuerza a través de las rendijas.

—Como desees, florecilla. —Se giró con algo que parecía hastío y, al pasar por mi lado, se detuvo un instante para inclinarse hacia mí y sisearme—: Pero no deberías tener tanto miedo de los fantasmas. Los vivos son mucho peores.

Se quedó un instante quieto, con su mirada a la altura de la mía y sus labios formando una sonrisa torcida. Mantuve la mirada. Él era todo aristas. De una forma extraña, hermosa y cruel. Como las espinas de una rosa, que acaricias aunque su tacto te haga sangrar.

Después, todo su cuerpo se movió con brusquedad y se alejó de mí a paso rápido, arrastrando las sombras de la galería con él.

Llegué a las puertas del comedor con el cosquilleo de un estremecimiento. Dos guardias se inclinaron ante mí a la vez y empujaron las hojas de madera. Cuando estas se abrieron, el Custodio del Nombre de los Verlac apenas me echó un vistazo antes de exclamar:

—¡Lady Vienna Daaé, señora de la provincia de Sombramar!

La forma en que pronunció el título me dejó sin aire. Hasta hacía unos días, aquel título había pertenecido a mi padre; ahora reposaba sobre mí como una pesada armadura. Los faes presentes volvieron la cabeza, pero yo aparté la vista y avancé. Me obligué a no temblar. Aun así, no pude evitar sorprenderme ante aquella multitud. No es que no hubiese invitados de vez en cuando en el Palacio de los Vientos, pero jamás una cantidad así, y nunca sin un motivo especial. Debía encontrarme rodeada de todos los segundos y terceros hijos e hijas de la gran mayoría de las familias faes del reino.

Caminé entre mesas largas hasta la cabecera, donde la familia Verlac ocupaba su trono de manteles y servilletas: negros, blancos y plateados, impecables. Lord Kyros se incorporó al verme.

—Buenas noches, lady Vienna. —Su voz sonó ligeramente arrastrada. Mis ojos se desviaron hacia la copa llena de Sangre de Aurora—. Envié a sair Erik para que os guiara, pero temía que os hubieseis extraviado.

—Siento la tardanza —dije, realizando la reverencia que me exigía la etiqueta.

Mis ojos vagaron más allá de su rostro enrojecido, y se quedaron clavados en la joven que estaba junto a lady Nohr. Había un hueco a su lado que debían haber elegido para mí.

Supe quién era antes de que se pusiera de pie y me dedicara una larga reverencia, tan perfecta como la curvatura de sus orejas.

—Buenas noches —saludó lady Nohr, sin incorporarse. Iba vestida de un blanco tan perlado, que parecía la reencarnación de La Plateada—. Os presento a mi hija: Odile Verlac.

La joven era una mezcla perfecta de sus padres. Tenía el cabello rubio de lord Veyl y los ojos atigrados de su madre. Llevaba un vestido blanco y negro de mangas abullonadas, amplio, que dejaba sus hombros delicados al descubierto. La falda caía con más gracia que la mía y estaba repleta de pequeñas piedras preciosas que la hacían resplandecer aún más. La única mota de color era el tono rosado de sus mejillas.

Me incliné ante ella y ocupé mi lugar.

—Siento mucho la pérdida de vuestra familia —murmuró Odile, con los labios apretados, en cuanto me senté a su lado—. Conocí a vuestro padre, lord Dain, en mi fiesta de Mayoría de Edad. Me pareció un fae muy honorable.

Esbocé una sonrisa rota, tratando de que la imagen sonriente de mi padre no aflorara en mi mente. No podía llorar con tantas miradas sobre mí.

—Entonces imagino que ya estaréis comprometida —comenté, deseosa por alejarme del recuerdo de las llamas.

—Al parecer, mis padres no han encontrado todavía a alguien digno de mí —contestó, con el rostro tirante, mientras se llevaba la copa de Sangre de Aurora a los labios—. ¿Y vos?

Apreté los dientes y clavé la espalda en el asiento. Una parte de mí quería aferrar el cuchillo y clavármelo en la mano, deseaba que el dolor físico borrara el horrible tormento que de pronto me atravesó. Mi padre me había prometido al príncipe Ciro, pero fueron los ojos de Raen los que me devolvieron la mirada.

—Lo *estaba*.

Odile posó con cuidado la copa plateada sobre la mesa, antes de inclinarse en mi dirección.

—He oído que sufristeis un ataque durante el camino —dijo, bajando la voz.

Asentí, mientras removía la carne especiada que me esperaba en el plato. Estaba poco hecha. Cuando la rocé, sangró, y recordé los cuerpos de los humanos amontonados a ambos lados del camino.

—Sair Erik hizo un buen trabajo —intervino lord Kyros, que la había oído—. Apenas tuvimos alguna baja entre nuestros hombres.

—¿Dónde se encuentra ese perro guardián? —preguntó Odile mientras echaba un vistazo a su alrededor.

—Esta noche descansará —contestó su tío.

—Gracias a los Inmortales —suspiró ella, con los labios doblados en una mueca—. Podré cenar sin sentir a ese maldito espectro asomando por mi espalda.

Lord Kyros dejó escapar una carcajada que me sonó hueca.

—Probablemente se ahogue en vino o en el regazo de alguna mujer —añadió Odile—. Es lo que hacen todos los humanos.

No pude evitar estremecerme al escuchar aquello. Era de saber popular lo que hacía la mayoría de los caballeros solteros cuando caía la noche, pero era una visión extraña imaginar sus brazos de hierro envolviendo la figura de una mujer vestida con colores brillantes.

No dije nada. La comida continuó, las conversaciones volvieron a su danza vacía, y yo permanecí quieta, con la garganta apretada, contando los instantes para salir de allí.

—Joven dama, es un honor daros la bienvenida al Valle de los Cuatro Ríos. —Una voz melódica interrumpió mis pensamientos.

Levanté la mirada, sorprendida. Frente a mí se inclinaba una humana de piel tostada, con una melena negra recogida en una larga trenza que caía hasta besar sus caderas. Llevaba una túnica del color del mar al anochecer y, en su nariz, dos diminutas perlas brillaban como estrellas.

—Permitidme presentaros a Nissa, invitada de las Islas Grises —anunció lord Kyros con una sonrisa ceremonial. A su lado, lady Nohr frunció el ceño y sus dedos se tensaron alrededor del cuchillo que sostenía.

—Una invitada bajo las mismas condiciones que vos, mi señora —añadió la aludida. Su acento era como una canción.

Alcé la mirada hasta sus orejas, redondeadas, que asomaban entre las ondas negras de su cabello. No conocía ningún humano que fuese un invitado formal de una familia fae.

—Nissa es una mujer fascinante —añadió lord Kyros—. Muchas

damas faes acuden a ella para conocer su destino. Dicen que jamás se equivoca. —Se inclinó en su dirección, con una sonrisa divertida —. Estoy seguro de que ya habréis vislumbrado algo sobre el de lady Vienna.

Nissa me sostuvo la mirada. En sus pupilas se reflejaban las llamas de los candelabros como si ardieran dentro de su cráneo.

—Por supuesto —susurró.

Sentí un nudo en la garganta.

—No me interesa el futuro. Solo quiero saber si mi hermana sanará —respondí, esforzándome por mantener la voz firme.

—Ah, pero el futuro no siempre pregunta si estáis interesada. Habla, aunque vos no queráis escuchar —dijo ella, entornando los ojos—. Vuestra hermana se recuperará, sí. Volverá a ser la de antes… —Sus labios se curvaron en una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. Pero vos no.

Una corriente helada me atravesó. Las conversaciones de la mesa más próxima bajaron de tono mientras las miradas se clavaban en mí.

—He visto vuestro porvenir cubierto de escarlata —continuó Nissa, con su acento melódico y arrastrado—. Rojo como el fuego, rojo como la sangre, rojo como el amor, rojo como la vida y la muerte mezcladas. Sois una Dama Roja, mi señora.

No supe responder.

—¿Amor? —repitió la única hija de los Verlac, con una sonrisa incrédula.

—Sí. —Nissa no la miró—. Y quien os aguarda también es rojo. No será lo que se espera de vos. Será lo que necesitáis.

Un murmullo recorrió la mesa. Odile, con la voz ligeramente entrecortada, comentó:

—Vaya, parece que vais a encontrar marido antes de lo que pensábamos, lady Vienna.

—El amor y el matrimonio no siempre comparten destino. A veces, el color del amor es demasiado oscuro para distinguirlo. Pero, como os he dicho, sois una Dama Roja —replicó Nissa.

—Ese título no significa nada —intervino lady Nohr, sin esconder un suspiro de hastío.

—Una Dama Roja está cubierta de vida, de muerte y de amor. En sus manos, los destinos cambian. Por eso nacisteis en la familia Daaé, vuestro símbolo es una camelia roja: romance, caída y esperanza. Para vos, y quizá para nosotros. Es como la estrofa de una canción prohibida.

Sus ojos permanecían en mí mientras en mis oídos empezó a hacer eco la canción que había oído tararear al Fantasma. Empecé a marearme, había algo en sus pupilas que tiraba de mí de una forma extraña, como si quisieran arrancarme el alma.

—Tenéis buen instinto. Conservadlo. Os protegerá… o lo destruirá todo.

—¿Quién es él? —insistió Odile.

La sonrisa de Nissa se acentuó y esta vez alcanzó su mirada felina. Siguió sin observar a la hija de mis anfitriones cuando contestó:

—Sonreíd, lady Vienna. A veces, el incendio que más tememos es el único que puede salvarnos.

—¡Basta ya! —La voz de lady Nohr retumbó como un látigo. Los murmullos enmudecieron—. Estáis asustando a la muchacha con vuestras supersticiones.

Nissa se inclinó profundamente ante mí.

—Si alguna vez deseáis respuestas, buscadme —susurró—. La noche siempre escucha.

Y, como un espejismo, se deslizó entre la multitud hasta desaparecer.

Durante unos instantes nadie habló. Lady Nohr permaneció rígida mientras lord Kyros jugueteaba con el borde de su copa.

—Creo que es la premonición más entretenida que he oído jamás —bromeó Odile, con la mirada entornada—. Parece que nuestra invitada encontrará marido antes que yo, madre.

No respondí. Ni a ella ni a nadie. Las palabras de Nissa seguían latiendo en mi cabeza, enredándose en cada pensamiento como un presagio que se negaba a morir.

Rojo. Fuego. Vida. Amor. Muerte.

No supe si aquello había sido una advertencia o una maldición.

La cena continuó sin mí, aunque mi cuerpo permaneció sentado entre los Verlac, tan inmóvil como la figura de piedra de un Inmortal.

Cuando por fin pedí permiso para retirarme, nadie me detuvo, a pesar de que la música comenzó a hacer eco en aquellos techos altos y los demás invitados se incorporaron para bailar.

Esta vez, nadie me acompañó a mi dormitorio. El pasillo estaba vacío y las antorchas, casi consumidas. Caminé despacio, intentando despejarme, pero cada paso resonaba como si el castillo entero escuchara.

Al llegar a mi habitación, encontré a Fern junto a la chimenea. La luz del fuego le doraba el rostro, pero su mirada estaba fija en las llamas.

Sentí una punzada en el pecho al recordar la forma en la que la había tratado.

—Yo… —empecé, con voz quebrada.

Ella se levantó antes de que pudiera continuar. Sin pronunciar palabra, metió la mano bajo el delantal y sacó algo que relució un instante a la luz del fuego.

Una espada.

Pero no era de madera.

La sostuvo entre sus dedos con firmeza, sin apartar los ojos de los míos.

—Espero que no te equivoques con esto —susurró.

Las palabras de Nissa regresaron a mí, nítidas, como si las murmurara en aquel mismo instante.

Tenéis buen instinto. Conservadlo. Os protegerá… o lo destruirá todo.

Asentí.

El fuego crepitó detrás de nosotras, lanzando un destello rojo sobre la hoja desnuda.

—No lo haré.

12

Durante los primeros días en el castillo de Brumaverde me convertí en una sombra de Odile Verlac, arrastrada por la inercia.

Despertaba temprano, tomaba el desayuno con Fern en silencio y, después, me vestía para acudir al Salón de los Niños. Allí, un grupo de jóvenes faes de mi edad (amigas de Odile, algunas de los innumerables invitados de la familia) se sentaba en círculo bajo la mirada implacable de lady Nohr y otras faes casadas o viudas, que se deslizaban entre nosotras como espectros al acecho. Bordábamos, recitábamos versos o repasábamos las historias sobre la conquista de Elysia y el sometimiento de los humanos. Una vez, sin darme cuenta, empecé a tararear la melodía que había escuchado escapar de los labios del Fantasma, pero una de las faes que nos vigilaba me mandó callar con un siseo cortante, como si el sonido la ofendiera.

Los recuerdos de aquella noche no desaparecían. A veces, me despertaba llorando. Otras, a gritos. En esas ocasiones, cuando vivía en el Palacio de los Vientos, siempre había alguien que acudía. Kallias o Giry. Cuando era más pequeña, mi madre. Pero ahora, la puerta nunca se abría. Y, cuando me asomaba a las ventanas para calmarme, la fragancia de las flores me abofeteaba.

Echaba mucho de menos el olor del mar, de las algas, incluso del viento.

Las noticias que llegaban sobre Sombramar no me causaban ninguna alegría, a pesar de que todas hablaban de mejoras, de un comercio que seguía vivo. Pero solo conseguían que la añoranza creciera.

Antes del almuerzo que solía compartir con los Verlac en uno de los tantos salones inmensos del castillo, visitaba a Giry. Las hermanas de la Orden Gris me permitían quedarme un tiempo, siempre bajo su vigilancia. Eran tres: sor Clarice, sor Lilia y sor Malis.

Las tres vestían con hábitos grises y un velo que recogía sus cabelleras, pero no los agujeros horribles que habían quedado después de que les hubiesen arrancado las orejas. Sus labios y sus ceños siempre estaban fruncidos.

Giry resistía, aunque la piel se le iba inflamando alrededor de la herida, como si la negrura quisiera tragársela.

—La quemadura se oscurecerá aún más —me explicó sor Clarice una mañana, con esa voz que parecía hecha de piedra—. Cuando sane, tendrá el color del vino. No os hagáis ilusiones, lady Vienna. No quedará como antes.

Aquella noche desenvainé la espada que Fern había robado para mí.

La hoja pesaba más de lo que imaginaba. Intenté blandirla, cortar el aire, controlar el temblor de mis brazos. Solo di un par de estocadas torpes antes de rendirme, empapada en sudor y furiosa. Y cuando el arma resbaló de mis manos al suelo, sentí que algo dentro de mí se rompía.

Los Verlac eran los anfitriones perfectos. Quien más se esforzaba era, sin duda, lord Kyros. Representaba su papel a la perfección. Siempre solícito, siempre sonriente. Me invitaba a cabalgar, a leer en sus jardines. Rechazaba sus ofrecimientos con la suavidad debida y las manos tensas sobre el regazo. El tiempo que no podía pasar junto a Giry, lo hacía perdida en los templos erigidos en honor a El Radiante y a La Plateada, con las rodillas clavadas en la piedra, los dedos entrelazados y los ojos hundidos en las estatuas de los Inmortales.

Pero las negativas tenían un límite. Y yo había alcanzado el mío.

Así que, cuando dos días antes del baile que celebraría mi llegada lord Kyros me propuso un paseo a caballo, no tuve escapatoria.

Sonreí.

Y acepté.



El amanecer llegó cargado de tormenta. Mientras desayunaba con los Verlac, recé en silencio a La Plateada para que la borrasca llegase de una vez y arruinase el paseo. Pero no tuve suerte.

Como no era apropiado que una dama cabalgara sola entre hombres, lord Kyros mandó llamar a Fern para que me acompañara. La pobre no dejó de murmurar oraciones desde el momento en que cruzamos las puertas del castillo. Su yegua avanzaba con torpeza y sus manos corcoveaban sobre las riendas. Al final, se quedó tan rezagada que terminamos por perderla de vista. Nadie pareció preocupado; ellos no tenían intención de esperar y yo no podía apartarme de lord Kyros, que no callaba ni un instante.

Éramos pocos: lord Kyros, lord Erroll y yo. Detrás, a cierta distancia, cabalgaba el Fantasma, con los labios partidos por el aburrimiento.

A veces, mis ojos volaban por encima del hombro y se clavaban en él.

—Era un día como este cuando vi marchar a mi hermano a la última rebelión humana —comentó de pronto lord Kyros, melancólico —. Se dio en vuestras tierras, lady Vienna. ¿Lo recordáis?

Asentí sin mucho interés. Aquello había sucedido hacía unos años. Un grupo bien organizado de humanos, asentados en los límites de mi provincia, había originado una revuelta que obligó a mi padre a acudir a aplacarla. Algunos nobles faes habían ofrecido su auxilio, aunque la escaramuza apenas duró unos pocos días.

—Tenemos la suerte de ser el único territorio que permanece libre de revueltas —continuó él, sin poder esconder su orgullo.

—Siempre me he preguntado cuál es vuestro secreto —intervino lord Erroll, mientras se apartaba un mechón grisáceo de los ojos—. Yo tengo problemas en mi territorio cada año.

—Mano de hierro, amigo mío. Y cortar de raíz cualquier voz que se alce demasiado. Hay que darles el trabajo suficiente para que no tengan tiempo de levantar la cabeza. Si caen agotados cada noche, no tienen oportunidad de pensar en algo que requiere tiempo y energía.

—¿Y eso no ocasiona más problemas que soluciones? —pregunté, de pronto.

Los dos faes volvieron su rostro hacia mí, sorprendidos, como si se les hubiese olvidado que habían sido ellos los que me habían invitado a aquel paseo.

—Debemos buscar un equilibrio, por supuesto. No podemos matarlos de agotamiento y luego pedir que trabajen. Los necesitamos —lord Kyros esbozó una media sonrisa—. ¿Quién, si no, cosecharía nuestros campos? ¿Quién limpiaría nuestros suelos?

No pude evitar mirar atrás de nuevo. El Fantasma debía escuchar nuestra conversación, no había duda, aunque su expresión era inmutable.

—La gestión de los humanos es un problema. Si eres demasiado duro, algún noble fae te denuncia ante el rey. Si no lo eres, esos bastardos te creen débil y se levantan contra ti. —Lord Errol sacudió la cabeza—. No debería repetirse lo que ocurrió en la provincia de Sylvaris.

Fue como si unas zarpas invisibles me desgarraran por dentro. La sonrisa de Raen apareció de golpe en mi memoria y el dolor me atravesó el cuerpo con la precisión de una hoja bien afilada.

—Ese pobre joven… pereció en el incendio de vuestro hogar, ¿verdad? —me preguntó lord Kyros. Yo asentí a duras penas—. Qué injusticia. Debía haber ocupado su lugar por nacimiento. Cobrarse justicia con los descendientes de aquellos humanos que arrasaron con su familia.

—Raen jamás habría hecho algo así —murmuré, de pronto.

Lord Erroll arqueó una ceja.

El aire me ardía en los ojos y apreté las riendas hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

—Era el fae más compasivo que he conocido nunca —expliqué, con la voz temblorosa—. Jamás quiso buscar venganza. Sabía que aquello no haría más que crear un círculo que se repetiría una y otra vez, que no tendría final. Quería ser apreciado por los demás, no temido.

—El miedo provoca respeto —intervino lord Kyros.

—El miedo solo provoca miedo —repliqué, antes de que mi cabeza detuviera mi lengua—. Y no hay nada más peligroso que eso.

El silencio que siguió fue tan denso que solo se oyó el golpeteo de

los cascos hundiéndose en la hierba húmeda.

Los dos faes intercambiaron miradas tensas. Sentí una súbita vergüenza quemándome la piel. Bajé la cabeza un instante, mordiéndome la lengua para no disculparme.

—Aunque, claro, ya nada de eso importa —añadí en un hilo de voz —. Raen Zenir está muerto.

Lord Kyros carraspeó, incómodo.

—Mi hermano erigirá monumentos funerarios en su memoria. Es lo menos que podemos hacer.

—Os lo agradezco —alcancé a decir, con una sonrisa desvaída.

De pronto, la voz del Fantasma cortó el aire como un golpe seco.

—Deberíamos regresar.

Levanté la vista. El cielo se había cerrado por completo y había adquirido un tinte amoratado. El aire apestaba a tormenta.

—Sair Erik tiene razón —admitió lord Kyros, lanzando una mirada a las nubes—. Volvamos.

No habíamos dado más que media vuelta cuando las primeras gotas comenzaron a caer. En apenas unos instantes, la llovizna se volvió torrencial.

El sonido del agua golpeando los árboles y la tierra era tan fuerte que apenas se oía otra cosa. Entre aquel estruendo, distinguí la voz irritada de lord Erroll, maldiciendo porque el agua estropearía su nueva capa.

De golpe, un rayo desgarró el cielo.

Fue tan blanco y violento que, durante un instante, el mundo desapareció. Luego el trueno nos desolló los oídos.

Mi caballo se encabritó. Sentí el tirón brusco del cuerpo del animal, los músculos tensos, su terror. Me aferré a las crines, clavando las uñas mientras todo se movía demasiado rápido.

—¡Agarraos bien, lady Vienna! —gritó lord Kyros, aunque no hizo amago de acercarse.

Otro relámpago descendió, tan cerca que el aire olió a quemado. Golpeó un árbol, que ardió en un espasmo de luz.

Mi caballo relinchó, descontrolado.

—¡Tirad de las riendas! —oí, aunque ya no importaba.

El animal giró sobre sí mismo y se alzó en dos patas. Intenté

enderezarme, pero me balanceé peligrosamente, sintiendo el vacío bajo mis botas. Busqué ayuda con desesperación. Ninguno de los faes se movió. Todos me miraban con los ojos muy abiertos, petrificados, conscientes de lo que podría significar un golpe con aquellos cascos.

—A tu izquierda, florecilla.

La voz me llegó entre la tormenta.

Me volví y vi la mano del Fantasma extendida hacia mí. Estaba tan cerca que casi podía tocarlo. Estiré el brazo, rozando sus dedos enguantados por un instante antes de que mi montura volviera a alzarse, desbocada.

Emprendió un galope desesperado y todos desaparecieron.

El mundo se volvió una masa de barro, nubes y agua. Tiré de las riendas, le hablé al caballo, lo golpeé, le supliqué. Nada. Corría ciego, frenético, atravesando charcos y espinas que se clavaban en sus patas. El bosque que envolvía el castillo de Brumaverde nos engulló.

Las ramas cayeron sobre mí como látigos. Algunas me arañaron la cara. Apenas podía ver, apenas podía respirar. Solo la lluvia, los truenos y la oscuridad.

Miré hacia atrás, desesperada. Y entonces, el golpe seco contra un árbol me dejó sin respiración.

La caída fue tan violenta que el terreno pareció temblar bajo mi cuerpo y, antes de que pudiese incorporarme siquiera, una enorme masa de barro se desprendió de pronto, arrastrándome consigo. Di vueltas sobre mí misma, cayendo por un pequeño barranco plagado de matorrales que hicieron trizas mi vestido y la capa que me cubría.

Grité despavorida, pero el sonido de los truenos escondió mi voz.

Cuando al fin me detuve, estaba boca abajo, en una pequeña explanada, con el cuerpo enterrado en el fango. Todo me dolía. La lluvia seguía cayendo. No podía moverme. Ni siquiera estaba segura de poder seguir respirando.

Todo era un ruido lejano, disonante.

Cuando por fin el mareo empezó a ceder, me incorporé a medias. El mundo oscilaba. Sentía un latido sordo en la cabeza, como si el dolor marcara el pulso de la tormenta. No sangraba, pero la piel me

ardía y sentía los músculos rígidos y helados.

No sabía cuánto tiempo había pasado. Minutos. Horas, tal vez. Todo mi ser corcoveaba sin piedad. Cerré las manos en puños, intentando ignorar el tono amoratado de mis uñas.

Recé a los Inmortales, pero el cielo respondió con un trueno que desgarró el ambiente.

Y entonces, entre el rugido de la tormenta, la oí.

Una voz.

Volví la cabeza hacia la ladera embarrada por la que había caído.

—¡A-ayudadme! —grité, aunque mi súplica se perdió entre los truenos.

El corazón me golpeó el pecho cuando una silueta se movió entre los árboles.

—Aquí está la florecilla perdida.

El Fantasma emergió de la espesura como un espectro. La lluvia lo envolvía en un halo extraño, y los mechones de su cabello mojado se pegaban a sus mejillas afiladas. Parecía una criatura forjada por la tormenta.

Un relámpago lo recortó contra el cielo y reveló su sonrisa torcida. Su caballo, al contrario que el mío, permaneció inmóvil bajo sus piernas de hierro.

—Ahora mismo das asco —comentó, echando un vistazo a mi vestido roto y sucio.

—Me he caído del caballo —siseé, sin saber muy bien qué responder a semejante grosería—. Y he resbalado por un terraplén embarrado.

—Qué lástima.

Apretó los talones contra el lomo de su montura y ambos bajaron la ladera con habilidad. Tuve que retroceder para evitar que los cascos me pisaran.

Extendió una mano.

—Sube. —Fue lo único que me dijo.

Sentí la sangre arderme bajo la piel. Jamás había montado con un varón que no fuera de mi familia. Aquello estaba mal visto, era indecente. Mi madre incluso me había prohibido colocarme en la silla de montar junto a Raen cuando no éramos más que unos críos.

Demasiada proximidad física estaba mal vista.

Mi madre me lo había repetido mil veces. Me pareció verla junto al caballo blanco, impertérrita, mientras la lluvia la atravesaba.

—Puedes volver al castillo montada o a pie —me advirtió el Fantasma, con el ceño fruncido—. Tú eliges.

Fruncí los labios, dubitativa, y, tras una nueva explosión en el cielo que estremeció todas y cada una de las hojas de los árboles, decidí acercarme a él. El guantelete que cubría su mano estaba áspero y frío, y las melladuras del acero se clavaron en mi piel cuando sus dedos se doblaron, apresando los míos con una fuerza demoledora. De un solo impulso logró alzarme hasta la silla de montar, colocándome de lado, tras su espalda. Y cerca. Demasiado cerca.

—Sujétate.

Asentí, colocando con precaución las manos mojadas y trémulas sobre sus hombros cubiertos de metal. Lo escuché chascar la lengua con fastidio y, tras un movimiento brusco, atrapó mis muñecas y me obligó a colocar los brazos en torno a su cintura.

Mi pecho se apoyó en la armadura. Las piernas apretaron las suyas.

—Agárrate bien —gruñó el Fantasma, sin mirarme—. Si caes, no pienso detenerme.

No tuve tiempo de replicar. Tiró de las riendas y el caballo arrancó con un trote áspero que me sacudió entera. Me aferré a su cuerpo por instinto, sintiendo el golpe helado de la lluvia contra mi cara y el olor metálico de la armadura mojada.

Cuando no quedó espacio entre él y yo, dejó escapar una risa oscura y burlona.

El viaje de regreso al castillo de Brumaverde me resultó eterno. La lluvia no amainó durante toda la marcha, y él no cabalgó al galope en ningún instante. Tampoco se molestó en añadir ni una palabra en el tiempo que duró el trayecto.

Desde aquella cercanía forzada, podía sentir su cabello rozarme las mejillas. Sin duda, eran canas, idénticas a las de un anciano. Gruesas y fuertes. El viento agitaba los mechones con violencia, y por encima de su gorguera me pareció ver el extremo de una cicatriz ancha y profunda, que se perdía bajo el metal de su armadura.

Los dedos me ardieron, como si deseasen tocarla.

Recordé lo que el joven soldado nos había contado días atrás, y una náusea me subió por la garganta.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, sin volverse.

Sentí el calor subir a mis mejillas y desvié la mirada. Aquel gesto pareció hacerle gracia, porque dejó escapar una carcajada ronca.

—No, claro que no. Cómo podría gustarte —dijo con una voz que helaba más que la tormenta—. Alegra esa cara, florecilla. Tu suplicio terminará pronto. Estamos muy cerca del castillo.

Y tenía razón. A lo lejos, los muros de Brumaverde emergían como un gigante dormido, entre la niebla y la lluvia.

Cuando por fin atravesamos el puente levadizo y llegamos al patio de armas, nos aguardaba una pequeña comitiva. Las antorchas chisporroteaban bajo el aguacero, y lord Kyros se adelantó, con unas pupilas que no se quedaban quietas.

—Oh, lady Vienna… Gracias a los Inmortales. Qué desgracia tan terrible —exclamó, con angustia—. ¿Os habéis hecho daño? Estáis empapada. Deberíais cambiaros enseguida.

Si tanto os angustiaba mi suerte, podríais haberme buscado vos mismo, pensé, mientras lord Erroll me ayudaba a bajar de la montura.

—Estoy bien, mi señor —mentí.

—No, no lo estáis —insistió lord Kyros, llevándose la mano al pecho —. He ordenado a las criadas que os preparen un baño caliente.

Lord Erroll se quitó su capa púrpura, distinta a la que le había visto durante el paseo, y la colocó sobre mis hombros. Sus manos se quedaron quietas sobre ellos un instante más de lo que hubiese deseado.

—Pronto olvidaréis el susto —me dijo.

Lord Erroll me tomó del brazo con familiaridad y tuve que contener el impulso de apartarme.

Entre palabrería recargada y disculpas vacías, me vi arrastrada hacia el interior del vestíbulo, dejando un rastro húmedo a mis espaldas.

Entonces escuché los cascos alejándose.

Me detuve y giré la cabeza.

El Fantasma se marchaba solo, a través del patio encharcado, bajo el aguacero. La lluvia caía sobre él como una maldición, resbalando por su armadura negra. Su figura se fue desdibujando poco a poco, hasta quedar reducida a un punto oscuro en la cortina de agua.

—¿Qué miráis, lady Vienna? —preguntó lord Kyros, inclinándose hacia mí.

Parpadeé, apartando la vista del patio vacío.

—Nada—susurré—. Supongo que nada.

13

—Te envidio —farfulló Fern la noche anterior al baile mientras extendía sobre la silla el vestido que usaría—. Tan cerca de tantos señores y jóvenes faes… vuestro Hombre Rojo se pondrá celoso.

Comencé a lamentar haberle contado aquellas malditas palabras que me había susurrado Nissa, la estrafalaria mujer de ojos turquesas. Lo recordaba con demasiada frecuencia como para que fuera una simple casualidad.

—Estoy cansada —comenté, cortante.

Ella lo comprendió al momento y soltó un bufido resignado antes de marcharse, arrastrando los pies y mascullando algo entre dientes. No me molesté en comprobar si había cerrado la puerta.

Esperé unos instantes. Luego me incliné sobre la cama y levanté el jergón con esfuerzo. La vaina verdosa de la espada robada brilló al reflejo de las velas.

La desenvainé con cuidado y la alcé ligeramente, observándola con atención. La hoja era perfecta, pulida, sin una sola muesca. La sostuve con ambas manos, fascinada y asustada al mismo tiempo.

Me pregunté si alguna vez se habría usado para matar a un hombre.

Aquella idea me produjo tal estremecimiento que la mano me tembló y el arma cayó al suelo, produciendo un sonido gélido.

—Las florecillas acaban hechas pedazos por culpa de tan afiladas —dijo de pronto una voz a mis espaldas.

Ahogué un grito y me giré en redondo.

El Fantasma estaba apoyado en el marco de la puerta entreabierta, medio en sombras, con esa sonrisa torcida que parecía una cicatriz. Solo llevaba parte de la armadura, aunque eso no lo hacía menos amenazador.

Hacía tres días que no lo veía, desde la tormenta. Me sorprendí al descubrir que los había contado.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, avanzando un paso.

No contesté. Había apretado tanto la mandíbula que me sentía incapaz de soltar palabra.

—Las grandes señoras como tú no roban espadas, les ordenan a sus doncellas que lo hagan, ¿verdad? —Su tono era una burla lenta, y eso lo hacía aún peor.

Alzó una comisura cuando vio cuánto palidecía.

—No se lo digáis a nadie, sair Erik—rogué, con un hilo de voz—. Por favor.

—*Sair Erik* —repitió él, con un destello de ironía—. ¿Desde cuándo las damas faes hablan con respeto a los humanos?

Retrocedí un paso. La punta del arma rozó el suelo.

—¿Vas…? ¿Vas a decírselo a lord Kyros? —susurré, incapaz de sostenerle la mirada.

El Fantasma rio. No fue una carcajada sin más, sino que soltó un sonido grave, un rugido apagado que llenó toda la habitación.

—¿Debería? —preguntó—. Tal vez merezca saber que su nueva invitada es una ladrona.

—¡Por favor! —exclamé, dando un paso en su dirección sin pensarlo.

Él no se movió, solo bajó la mirada. El brillo de sus ojos era el de una fiera calibrando a su presa. Después, despacio, empujó la puerta con el talón hasta cerrarla.

El crujido me estremeció.

No respiré.

No me moví.

Él avanzó con una calma venenosa hasta quedar a un paso de mí, tan cerca que podía sentir el calor que emanaba su cuerpo, el olor al cuero y el metal que lo cubría.

—¿Qué estarías dispuesta a darme a cambio de mi silencio? —me preguntó, con un susurro.

La pregunta quedó suspendida entre ambos, tan pesada como la espada que aún sostenía.

Su aliento me golpeó el rostro, tibio y áspero. Estaba tan cerca que podía distinguir el pulso en su cuello, la fina cicatriz que partía la comisura de su boca en dos.

—Lo que sea —murmuré.

El Fantasma entrecerró los ojos. El gesto endureció su rostro hasta volverlo de piedra. Pareció meditar un instante, pero enseguida soltó un resoplido, hondo, casi animal, y se apartó de golpe.

—No deberías venderte por tan poco —dijo con la acritud grabada en cada una de las sílabas—. Podrías acabar peor de lo que imaginas.

Asentí, muda. Él permaneció un segundo más sobre mí, con aquellos ojos azabache, de bestia, hundidos en los míos, antes de darme la espalda. Cuando lo hizo, tomé aire de golpe. No sabía cuánto llevaba sin respirar.

Caminó hasta la chimenea y apoyó un brazo sobre el mármol blanco antes de mirarme de nuevo.

—¿Para qué quieres una espada?

Tragué saliva, sin atreverme a bajar la vista.

—Para defenderme.

—¿De quién?

Tenía muchas respuestas a esa pregunta, pero la única que recibió fue mi silencio, y su sonrisa fue suave, retorcida.

—Entonces, sujétala; con firmeza —dijo de pronto, separándose de la chimenea—. Y levántala.

—¿Qué…? —balbuceé, desconcertada.

—¿Ni siquiera entiendes eso? —Sus labios se doblaron en una mueca divertida que mostró todos y cada uno de sus dientes—. *Pobre florecilla*.

Apreté la mandíbula y la empuñadura del arma. La alcé como pude. La hoja tembló en el aire, igual que mis brazos.

—Bien. —Su voz se volvió grave.

Desenvainó el mandoble, en el que me vi reflejada a un paso del desmayo. Lo elevó con elegancia y avanzó hacia mí. El filo relampagueaba a la luz de las velas.

—¿Qué haces? —musité, retrocediendo—. ¡Atrás!

—Defiéndete.

No tuve tiempo de reaccionar. Su espada cayó sobre la mía con un rugido de metal. El impacto me sacudió hasta los hombros, arrancándome un grito. Las manos me ardieron, los dedos se me

abrieron por reflejo, y mi arma salió disparada al otro extremo de la habitación. Completamente fuera de mi alcance.

El Fantasma se movió antes de que pudiera respirar. En un jadeo me alcanzó. La hoja rasgó el aire y se apoyó en mi cuello, fría como la nieve. Retrocedí abruptamente, pero el arma no abandonó mi piel. Sus pasos acompañaron mis tropiezos, hasta que acabé con la espalda enterrada en la pared.

—Ya estarías muerta —susurró.

Ni siquiera fui capaz de tragar saliva. Solo podía devolverle la mirada. El fuego de las velas danzaba en sus ojos. El brillo de sus pupilas no era blanco, era escarlata.

Vuestro hombre también es rojo.

Acercó todavía más su rostro al mío. La mandíbula afilada estuvo a punto de acariciar mi sien. Me tambaleé, con el corazón desbocado. No podía apartarme, pero, una parte oscura de mí, una parte que quemaba, estaba segura de que tampoco lo habría deseado.

Entonces, él retiró la espada y retrocedió con una lentitud calculada, sin dejar de observarme. Su mirada era la de un cazador evaluando el alcance de su herida.

—¿De verdad quieres aprender a usarla? —me preguntó, hosco.

Asentí a duras penas, incapaz de apartar la vista de aquella negrura que me empapaba.

—Muy bien.

El Fantasma se dio la vuelta y, con un movimiento seco, abrió la puerta.

—La próxima vez que levante la espada contra ti, Espero que hagas algo más que gritar y temblar.

Después, cerró tras de sí con un portazo que sacudió la estancia.



Mis piernas, escondidas bajo la falda vaporosa del vestido que había elegido para la ocasión, temblaban desde que había dejado la habitación de Giry.

Había pasado allí la tarde entera, siendo testigo de cómo una fiebre que había empezado hacía solo unas horas devoraba su cuerpo pequeño, sin que los cuidados de sor Clarice y del resto de las hermanas surtieran efecto.

El sudor le perlaba la piel, y la quemadura, ennegrecida y húmeda, parecía latir por sí sola. A veces murmuraba palabras sin sentido, tan ajenas que daban miedo.

—No sé si ese vestido es una buena elección —comentó Fern, sacándome de mis pensamientos.

La miré. Apoyada contra el dosel de la cama, fruncía el ceño con sus ojos sobre mí. Había cambiado el traje que los propios Verlac me habían propuesto, aunque ni yo misma sabía por qué. Ahora, en vez del negro, un rojo escarlata me abrasaba. Flores bordadas con hilos de sangre decoraban la tela, que caía, brillante y pesada, y se abría hasta mostrar parte de mis piernas. Mi cabello suelto lo había decorado con pequeñas joyas de oro y rubí, que formaban una constelación de fuego sobre la negrura.

—Es como si le dieras la razón a esa… *vidente*. Y no sé si es algo correcto o nefasto.

—Es solo un vestido, Fern —repliqué, aunque su advertencia pesaba más de lo que quería admitir—. Lo que dijo esa humana fueron desvaríos.

—He oído que todo lo que predice se cumple —masculló.

Contuve la respuesta y desvié la mirada hacia el tocador. Sobre él, Fern había dispuesto todas las joyas que los Verlac me habían regalado. Entre los collares y las pulseras, acerté a ver una tiara dorada, ornamentada con varias flores rojas.

Parecían camelias.

La tomé y la coloqué sobre mi larga melena suelta. Su reflejo brilló un instante sobre el cristal de la ventana, como una herida fresca.

Los labios se me doblaron en una pequeña sonrisa.

Fern me observaba de reojo. Parecía a punto de decir algo, pero terminó sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada. Solo pareces… distinta —dijo.

—¿Y eso es malo?

—Depende de para quién —murmuró, mirando el jergón bajo el cual dormía la espada robada.

Abandoné el dormitorio poco después. Esperé encontrar junto a mi puerta la mirada afilada del Fantasma, pero solo hallé al mismo guardia con el que había hablado durante el viaje, después del ataque de los humanos a la comitiva.

Sus ojos se demoraron demasiado en mi vestido, pero terminó inclinando la cabeza y susurrando: «Me han pedido que os acompañe al comedor».

Asentí, siguiéndolo en silencio. Sin embargo, cuando pasé junto a la puerta cerrada de la habitación de Giry, no pude evitar que mis ojos se quedaran en ella durante mucho tiempo.

Junto a la entrada del Comedor Real, me crucé con lord Erroll. Conversaba con una fae de aspecto marchito, una viuda de una provincia del norte. Al verme, sin embargo, sus palabras se apagaron y se volvió hacia mí con una sonrisa empalagosa.

—Lady Vienna —me saludó, inclinándose—. Estáis espléndida esta noche.

—Gracias —respondí con una sonrisa forzada.

—¿Os importaría entrar conmigo? —Su brazo se alzó hasta mí.

Prefería cruzar el umbral junto a la fae anciana que me fulminaba con la mirada. Pero rechazarlo sería un desaire. Así que acepté, rozando con la yema de los dedos el satén perlado de su manga.

—¡Lord Erroll, heredero de Umbría, y lady Vienna, señora de Sombramar! —anunció el Custodio del Nombre.

Sentí todas las miradas clavarse en mí. Busqué entre los rostros empolvados y las orejas curvadas una cabellera plateada. Pero solo vi sonrisas, copas, y ojos brillantes de interés. Durante todas las noches, el Comedor Real siempre estaba a rebosar, pero en aquella ocasión resultaba difícil avanzar entre la multitud.

Cuando alcanzamos la mesa de los Verlac, me apresuré a soltar el brazo de lord Erroll y a ocupar mi sitio junto a Odile. La familia al completo me esperaba vestida de negro y plata, como un enjambre de sombras bajo la luz de las lámparas.

—Parecéis decepcionada —observó la primogénita de los Verlac, haciendo girar su copa con una lentitud estudiada—. ¿Buscáis a

alguien? ¿A vuestro Hombre Rojo, quizá? —Sus pupilas recorrieron con lentitud la falda de mi vestido—. ¿A eso se debe *ese* atuendo?

Me envaré. Mis dedos estaban a punto de tomar la copa, pero la mano se quedó paralizada en el aire.

—Querida —intervino lady Nohr. Se volvió hacia nosotras con una sonrisa, pero en su mirada flotaba una advertencia helada—. Hoy celebramos este baile en honor a lady Vienna y a su hermana. Por favor, *compórtate*.

—Disculpadme, madre —murmuró Odile. La mueca de suficiencia había desaparecido de sus rasgos y solo había quedado inseguridad.

La cena comenzó oficialmente poco después. Desde que había llegado, todas las noches parecían de celebración en el palacio de Brumaverde. Siempre había música sonando en cada esquina, Sangre de Aurora y banquetes que podían alargarse todo lo que desearan los invitados perpetuos. Pero aquella noche el festín era obsceno: carnes sangrantes y dulces empapados en miel, panes de decenas de clases recién horneados, pescados adobados, dulces de clases que jamás había visto y copas que se llenaban antes de vaciarse.

No tenía hambre, así que apenas probé bocado. Sin embargo, bebí sin medida. Así, el recuerdo de la puerta cerrada del dormitorio de Giry, de la fiebre que se ocultaba tras ella, era más sencillo de olvidar.

Al menos durante unas horas.

Cuando los Verlac se pusieron en pie, yo los imité. Mi pulso se desbocó. Todo giraba a mi alrededor: los candelabros, las cortinas plateadas, los rostros difusos.

—Lady Vienna —dijo la voz empalagosa de lord Kyros. Parecía llegarme de muy lejos, aunque lo sentía incómodamente cerca—. Es hora de inaugurar el baile. ¿Me concedéis este honor?

Su mano húmeda se posó sobre la mía. Apreté los dientes y acepté. Cuando nos dirigimos al centro del salón de baile anexo al comedor, las conversaciones se apagaron. Todos observaban. Todos esperaban algo.

El primer acorde escapó como un suspiro de un grupo de músicos humanos que tocaban en un rincón del amplio salón. Lord Kyros me

aferró por la cintura con demasiada fuerza. Sudaba tanto como yo, y sus pasos eran torpes. Más que bailar, parecía luchar por llevar el compás.

En mitad de un giro en el que estuvo a punto de hacerme tropezar, se alzó un murmullo. Desvié la mirada de las sienes empapadas de mi anfitrión y la clavé en las puertas, que acababan de abrirse lo suficiente para que un humano entrara por ellas. Iba armado, y la humedad de su armadura era testigo del mal tiempo que hacía fuera, y de lo extraño que parecía aquí, entre el mármol, la música y las flores.

La mirada de lord Kyros se ensombreció.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Nada, mi querida dama. —Sonrió con rigidez—. Es sair Mikail, capitán de la guardia. Ha regresado antes de lo previsto.

Intentó seguir el paso, pero su atención ya no estaba en mí. Cuando la música terminó, me soltó con cierta brusquedad y se precipitó hacia el recién llegado. Alcancé a ver cómo el soldado le murmuraba algo antes de desaparecer tras las puertas entreabiertas.

Sentí que el mundo se inclinaba. El aire olía a Sangre de Aurora y a demasiadas flores. Las risas me golpeaban los oídos como olas.

Lord Erroll se abrió paso entre los invitados, sonriente.

—Lady Vienna, ¿me concederíais el próximo baile?

—Lo siento, mi señor. No me encuentro bien.

Giré sobre los talones, sin darle tiempo a reaccionar, y escapé entre los cuerpos perfumados y las telas de seda. Nadie intentó detenerme. Tal vez ni siquiera se percataron de mi huida.

Los guardias cerraron las puertas del Comedor Real tras de mí, encerrando el calor y el delirio tras ellas. El pasillo estaba vacío. No había rastro de lord Kyros ni de su capitán de la guardia.

Una súbita corriente helada me hizo reaccionar. Subí las escaleras con torpeza, los escalones parecían retorcerse bajo mis pies. La tiara que llevaba sobre la cabeza daba la impresión de pesar más que nunca.

Cuando llegué a la planta donde estaban mis dependencias, una figura se recortó entre las sombras. El fuego de las antorchas dibujaba parte de su contorno, la otra mitad la devoraban las

sombras.

Reduje el paso, intentando conservar la compostura, pero al reconocerlo, el aire se me atragantó. Tuve que apoyar la espalda en la pared de piedra para no perder el equilibrio.

—¿Qué hace vagando sola la anfitriona del baile? —La voz rasgó el silencio con esa crudeza suya, casi animal, que empezaba a serme conocida—. Qué expresión, florecilla. Pareces haber visto a un fantasma.

Guardó silencio durante un instante. La chispa que cruzó su mirada no fue compasiva.

—O quizás acabas de encontrarte con uno.

—Solo necesito aire —logré responder. Las palabras se me enredaban en la lengua—. Estoy bien.

—Y, sin embargo, hueles a bodega —murmuró, acercándose con pasos medidos—. Diría que alguien ha bebido más de lo que el decoro permite.

—No soy la única que lo hace —repliqué, forzando firmeza en una voz que apenas me obedecía.

El Fantasma arqueó una ceja, con esa media sonrisa surcándole el rostro como una herida vieja.

—La señora de Sombramar se parece cada vez más a un perro salvaje —comentó, divertido—. Primero roba espadas, luego se emborracha… ¿Sabes lo que suele venir después?

No respondí. El muro a mi espalda parecía más frío que antes. Intenté separarme de él, pero el humano se movió a la vez que yo, bloqueándome el paso.

Su mirada descendió con lentitud, deteniéndose en mi cabello, en las flores rojas que adornaban la tiara.

—Deberías regresar —murmuró, con una voz que sonó más baja, más humana—. Si deseas volver cuanto antes a tus tierras, un marido es la única forma de conseguirlo. Y un baile en tu honor es la mejor manera de conocer a posibles candidatos.

—¿Qué podría saber un humano de las fiestas de los faes? —pregunté, irritada, aunque mi respiración se había acelerado.

El Fantasma inclinó ligeramente el rostro y las sombras engulleron parte de él. La luz que iluminaba la otra mitad convertía sus labios

en un tajo cruel.

—He estado presente en más de las que desearía, créeme.

—¿Y por qué no estás en esta? —siseé, antes de que pudiera detener mi lengua. Él parpadeó con lentitud y entornó la mirada. Su respiración, lenta, hizo revolotear un mechón que había escapado de la tiara—. Lord Kyros dio a entender que vigilabas en todas las cenas; incluso lord Veyl, en mi hogar, dijo que habías estado presente en la ceremonia de la Mayoría de Edad de su hija Odile. Sin embargo, desde que puse un pie en este castillo, no has acudido ni una sola vez.

Sus pupilas se dilataron tanto, que el iris desapareció tras ellas.

—*Vaya* —musitó, con la voz más ronca de lo normal.

—¿Qué? —le espeté, sintiéndome de pronto incómoda.

—No conocía tu deseo de que estuviera presente. —No había ni una sola nota de interrogación en su voz—. ¿Para qué, exactamente? ¿Para vigilar que no haya otro incendio? ¿Para protegerte? ¿Para que compartamos un baile?

Sus palabras me encendieron las mejillas. No supe si era vergüenza, ira, o algo más lo que me quemaba por dentro. Pero él ya lo sabía. Lo vi reflejado en la curva oscura de sus ojos, donde la burla y algo distinto, algo que no me atrevía a nombrar, se mezclaban con un brillo casi febril.

—¿Qu… qué? —balbuceé.

—Te pregunto si deseas bailar conmigo. —No respondí, pero el labio inferior me tembló—. ¿Quieres bailar con sair Erik? ¿Con *el Fantasma*? ¿Eh? —Su mano se apoyó con brusquedad junto a mi sien; tan cerca, que solo tendría que girar el rostro ligeramente para que mi mejilla acariciase sus dedos. Cuando inclinó la cabeza, mechones blancos de su cabello cayeron sobre su mirada, enturbiándola. Uno de ellos me rozó las pestañas—. ¿Quieres que nos encontremos así de cerca? ¿Quieres levantar la vista y ver mi rostro a tan solo un palmo de distancia?

Pero ni siquiera había un palmo entre nosotros. Yo respiraba el aire que escapaba de sus pulmones, y él inspiraba el que brotaba de mis labios entreabiertos. Estaba tan cerca que una de las empuñaduras de los cuchillos que portaba en el cinto se clavaba en mi talle.

Pero, de alguna extraña manera, mi cuerpo no se hundía en la piedra de la pared. Una parte de mí, honda y oscura, quería separarse de ella con desesperación.

Sin embargo, no me moví. Solo fui capaz de devolverle la mirada a duras penas.

—No desees cosas peligrosas, porque puede que se acaben cumpliendo —siseó contra mi oído. Sin que pudiera evitarlo, mis ojos se cerraron con fuerza—. Soy un humano, recuerda. No soy tan puro como vosotros, a mí ningún Inmortal me bendijo cuando llegué al mundo. No desciendo de ellos. Soy peligroso y un buen asesino, por eso los Verlac me mantienen a su lado. Que no te engañe mi título de caballero. Detrás de las bonitas armaduras solo hay sangre y muerte. Mucha muerte. He matado a tantos, que podría bañarme en la sangre de todos ellos.—Abrí los ojos, horrorizada, y esta vez clavé los omóplatos en las piedras—. Ni se te debería haber ocurrido la posibilidad de bailar conmigo. Es un grave error.

—Yo… yo jamás he dicho que desease algo así —logré articular por fin.

El Fantasma esbozó una mueca y sus manos me soltaron. Trastabillé, ya está pegada a la pared, lo suficiente para ponerme fuera del alcance.

—Cierto. No lo has dicho —susurró, con cada sílaba cargada de toneladas de sarcasmo. Lanzó una mirada a mi vestido rojo, como si tuviese deseos de arrancármelo—. No juegues con fuego, florecilla —añadió, con una voz baja, grave, cargada de amenaza—. Podrías acabar ardiendo. Deberías saberlo mejor que nadie.

Me dio la espalda sin añadir nada más, y el sonido de sus pasos se fue apagando hasta que la oscuridad lo engulló por completo.



TERCERA PARTE

La flor y el caballero

No llegaron con ejércitos ni fuego,
llegaron con canciones y ley.
Traían flores bordadas en los blasones
y sonrisas que pedían fe.

Nos pidieron un asiento en la mesa,
una palabra, un gesto cordial,
y cuando aprendimos sus nombres
ya no quedaba nada que reclamar.

Elysia no cayó en batalla,
Elysia se dejó tomar.
Nos quitaron el mundo despacio
hasta no dejarnos lugar.

Primero fueron cargos y sellos,
después la voz, después la razón.
Nos llamaron salvajes sin saberlo
y aprendimos a agachar la cabeza en su honor.

Las flores crecieron en cada estandarte,
pero el suelo olía a metal.
Porque no hay conquista más limpia
que la que no se atreve a sangrar.

Elysia no cayó en batalla,
Elysia se dejó tomar.
Cuando quisimos volver a ser sus dueños,
ya no quedaba hogar.

Elysia no cayó, antigua canción humana.
Actualmente prohibida desde
la coronación del primer rey fae

14

—¿Vienna?

La voz llegó tan repentina como una cascada de agua helada. Me di la vuelta con los ojos desorbitados y el pulso a punto de reventar. Apoyé la espalda contra la piedra para no desplomarme. Fern estaba frente a mí con el ceño fruncido.

—¿Sí? —respondí, tratando de mantener la compostura.

Ella me miró unos instantes más antes de negar ligeramente. Preguntar si estaba ebria sobraba, dado que ni siquiera era capaz de erguirme por completo.

—Te… te estaba buscando —empezó, con la voz trémula—. Es Giry. Las hermanas de la Orden Gris me han pedido que viniera a por ti.

—¿Qué? —jadeé, mientras me separaba de la pared, trastabillando —. ¿Por qué?

Fern se mordió el labio.

—Su estado ha empeorado. *Mucho*.

La frase se clavó en mi pecho como un puñal helado. La calidez asfixiante que la Sangre de Aurora me había regalado se desvaneció de golpe, mientras el frío saturaba mis venas.

—Necesito verla —susurré.

Di media vuelta y eché a correr. Avancé bamboleante por las galerías, tropezando con algunos guardias y con invitados que ya habían abandonado el baile. No les dediqué ni una reverencia.

Abrí con violencia la puerta de la habitación de Giry y esta impactó contra la pared. Sor Lilia y sor Malis, junto a los pies de la cama, se volvieron para mirarme. El cansancio cubría de sudor sus expresiones preocupadas.

No saludé. Crucé la estancia de un salto y me arrodillé junto a la cama. Giry tenía los ojos abiertos por primera vez en días, aunque no parecía ver nada. Estaban fijos en el techo, empañados. La piel le brillaba de sudor y el cabello rojizo, apelmazado, se le pegaba a las sienes. La larga quemadura se había transformado en una costra

violácea que rezumaba un pus amarillento y denso.

Un súbito miedo me estremeció.

—Giry… —musité.

—No puede oíros, lady Vienna —dijo sor Lilia a mi espalda—. Si mañana sigue así, tendremos que llevárnosla.

Aquellas palabras fueron peores que una bofetada. Me volví hacia ella, con las manos arrugando las sábanas de la cama. Negué varias veces. No podía perderla. No a ella. Era lo último que me quedaba del mundo que se había quemado.

—¿Llevárosla? —repetí, con la voz quebrada—. ¿A dónde?

—Aquí no contamos con los remedios adecuados para los pacientes críticos, mi señora —intervino sor Malis, con gravedad—. En nuestro convento podremos cuidarla día y noche.

—Traed entonces esos remedios aquí —respondí, más brusca de lo que quería.

Las dos hermanas intercambiaron una mirada sombría.

—No es tan sencillo, lady Vienna —suspiró sor Lilia—. Vuestra hermana…

—¡¿Cómo ha podido empeorar tanto?! —grité de pronto. Me volví con brusquedad hacia ellas y el mundo dio un giro delirante a mi alrededor.

—La ira no servirá de nada, mi señora —replicó sor Malis, glacial—. La decisión ya está tomada. Lord Kyros ha dado su consentimiento.

—Las quemaduras son heridas traicioneras —añadió sor Lilia, más suave—. Vuestra hermana es joven, pero la fiebre la devora. Si la infección llega a la sangre… no habrá remedio. Incluso para los faes resultaría letal. Lo comprendéis, ¿verdad?

Sentí la garganta cerrarse. Sí, lo comprendía, esa era la verdad, pero esa certeza me atravesaba como un hierro ardiendo. Las lágrimas me ardían en los ojos, empapadas aún en Sangre de Aurora y rabia.

Me puse en pie con lentitud. Las rodillas estuvieron a punto de cederme y una arcada me explotó en la garganta. Logré contenerla a duras penas.

—Vi… Vienna…

El sonido de su voz me detuvo en seco. Me arrancó las náuseas.

Caí de nuevo sobre un lado de la cama. Mi hermana tenía los ojos abiertos, opacos, y movía los labios con un esfuerzo que me desgarró.

—Giry —susurré, tomándole la mano—. Estoy aquí.

Su piel ardía como si guardara fuego debajo.

—¿Y… ma…dre? —balbuceó, con la voz rota—. ¿Mi… habitación?

Unos dedos invisibles me arrancaron el corazón. Por los Inmortales. No lo sabía. No recordaba nada. Para ella, todo seguía en pie: nuestro castillo, Kallias, Raen, nuestros padres… Para ella, aquella última noche no había existido.

Apreté la mandíbula y traté de que la voz no me temblara.

—Madre no está aquí ahora —mentí con dulzura—. Pero ellas —señalé a las hermanas de la Orden Gris— te cuidarán hasta que vuelva.

—¿Por qué? —murmuró.

—Porque estás enferma, y ellas saben cómo curarte.

Giry asintió, débil. Intentó moverse y su cuerpo se contrajo con un espasmo. De su garganta escapó un gemido agudo, descontrolado.

—Me duele… —musitó—. Todo me duele.

Movió la cabeza y la compresa de su frente cayó al suelo. Volvió a sacudirse, pero yo la sujeté por la barbilla. Un espejo reposaba en el tocador cercano. No podía permitir que viera lo que el fuego le había hecho.

—No te muevas —le pedí, empapando otro jirón de tela y apoyándolo con cuidado sobre su frente abrasada—. Duerme un poco. Vas a ponerte bien, te lo prometo.

Sus ojos, tan parecidos a los míos, me buscaron entre el calor y el delirio.

—¿Dónde… está él?

—*¿Él?* —repetí, con un escalofrío que me atravesó el pecho—. ¿Hablas de padre?

Pero algo en su mirada me hizo pensar que no.

—Él… —susurró Giry, con la voz hecha jirones— cantaba…

Sentí una presión en el hombro. Sor Malis intentó apartarme de la cama, pero yo me resistí, lanzándole una mirada fulminante por encima del hombro.

—Vuestra hermana delira —dijo, sin inmutarse—. No sabe lo que dice.

Quizá. Pero escucharla hablar, aunque fuese entre sombras, era mejor que el silencio muerto que me había ofrecido durante días.

—Cantaba… —masculló Giry, respirando con dificultad—. Cantaba bien. Su voz era… bonita. —Tragó saliva, el pecho le subía y bajaba con espasmos—. Yo estaba asustada… y me tranquilizó. Su canción…

Cerró los ojos y de sus labios temblorosos brotó una melodía débil, quebrada. Jadeé. Ya había escuchado esa canción, ese ritmo ondulante e hipnótico. La tonada terminó con un ataque de tos que sacudió su diminuto cuerpo.

—Era rojo.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué has dicho, Giry? —pregunté, inclinándome sobre ella.

—Quién me sacó del fuego… *era rojo* —susurró, entre jadeos—. Me dijo que no tuviera miedo… y me cantó.

Volvió a tararear la misma melodía, pero esta vez el tono subió, áspero, hasta convertirse en un aullido descontrolado. De pronto, su cuerpo se arqueó y comenzó a convulsionar. Sus ojos se cubrieron de blanco y un hilo de sangre escapó de sus labios tensos cuando se mordió la lengua. Sus manos se convirtieron en dos garras rígidas que tiraron sin piedad de las sábanas. La cadera se le elevó hacia el techo.

—¡Sácala de aquí! —vociferó sor Malis—. ¡Largo!

Sor Lilia tiró de mi brazo, pero mis pies se negaron a moverse. Miraba, horrorizada, cómo el cuerpo de mi hermana se retorcía con una fuerza imposible, mientras su cabeza golpeaba el cabecero de la cama una y otra vez.

Sor Malis se abalanzó sobre ella y consiguió inmovilizarla unos instantes, mientras introducía una pequeña ramita entre los dientes de Giry antes de que terminara arrancándose la lengua.

—*¡FUERA!*

Esta vez no pude resistirme. Sor Lilia me arrastró hasta el pasillo y cerró la puerta con un golpe seco a su espalda.

—Deberíais descansar, mi señora —dijo, con la voz entrecortada—.

Si al amanecer sigue con vida, veremos si es prudente trasladarla al convento de Veldara.

—No… —empecé a decir, pero ella ya había desaparecido en el interior de la habitación de mi hermana.

El cerrojo del dormitorio de Giry chirrió al cerrarse y un silencio denso se instaló en el pasillo. Los gritos se habían desvanecido.

Me quedé allí quieta durante tanto tiempo, que cuando volví a moverme sentí las piernas entumecidas.

Entré en mi habitación y cerré la puerta tras de mí. El fuego ardía en la chimenea, la luz danzaba sobre las paredes, pero todo me resultaba extraño, ajeno.

Me acerqué a la cama, pero no me dejé caer sobre ella.

Levanté el colchón y saqué la espada.

Con las manos temblorosas aferradas a la empuñadura del arma, me coloqué en el centro de la habitación, y la alcé por encima de mi cabeza.

Maldita sea.

El filo descendió, cortando el aire con un silbido.

Maldita sea.

El sonido metálico resonó contra las paredes cuando la punta arañó el suelo.

Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea. Maldita…

Destrocé y maté rostros convertidos en cenizas, y otros llenos de vida. Ensarté el vacío con estocadas torpes. Una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez.

Cuando por fin dejé caer la espada, no fue el silencio el que me envolvió, sino aquella extraña melodía que Giry había aullado hasta que su cuerpo se había partido en dos.

15

Me despertó un roce metálico.

Parpadeé, somnolienta, mientras me incorporaba. Esperé encontrar a Fern, pero en vez de ver su largo delantal blanco, me topé con el brillo frío de una armadura que reflejaba las brasas de la chimenea.

El sueño desapareció de golpe y jadeé.

—Perdonad la intromisión —dijo el humano, sin cortesías innecesarias—. Es la única hora en la que podemos hablar sin testigos.

La luna brillaba con fuerza, no debía de haber pasado mucho tiempo desde que me había acostado. Entorné la mirada, confusa, y de pronto lo reconocí. Era sair Mikail, el capitán de la guardia. Lo había visto antes esa noche, mientras compartía un baile con lord Kyros. Pero no entendía qué hacía aquí, de madrugada, en mi dormitorio.

Giry, murmuró una voz oscura en mi cabeza.

—¿Qué… ocurre? —pregunté, con un hilo de voz.

—No voy a andarme con rodeos —contestó—. Sair Erik me ha dicho que queréis aprender a luchar. Y que debajo de vuestro colchón escondéis la espada que le falta a uno de mis soldados.

Una arcada de miedo ascendió por mi garganta, pero no hablé, incapaz de mentir o de decir la verdad.

Él esbozó una pequeña sonrisa.

—No he informado a lord Kyros. Ni le informaré —añadió.

—¿Por qué? —pregunté, sin poder evitarlo.

—Cuentas pendientes —respondió él, lacónicamente—. Que uno a veces se ve obligado a devolver.

Entre las sombras de mi dormitorio me pareció ver al Fantasma, a la forma en la que me había desarmado y había apoyado el filo de su propia espada contra mi cuello.

La próxima vez que levante la espada contra ti... susurró el

recuerdo de su voz, demasiado cerca de mi oído.

—¿Deseáis aprender, entonces?

—Con toda mi alma.

Sair Mikail me dedicó una larga mirada. Sus pupilas me evaluaron en silencio mientras se detenía demasiado en mi largo cabello negro y en la falda del camisón que escapaba bajo las sábanas.

—He sido maestro de esgrima durante muchos años, antes de ser capitán de la guardia —dijo—. Formé a muchos: caballeros, guardias, e incluso a hijos de señores faes. No prometo indulgencias. Si os entreno, será como a cualquiera, con disciplina y sin contemplaciones. Y lo que ocurra aquí, dentro de esta habitación, quedará entre nosotros. Nunca he visto a una fae blandiendo nada más peligroso que una aguja para bordar y, por tanto, no sé cómo podríais desenvolveros con una espada en las manos. —Tomó aire y pareció dudar durante un momento, como si pensase en el fondo que aquello no era más que una locura—. No esperéis un trato especial. Yo os ofrezco mis servicios, pero vos debéis guardarme el mismo respeto que yo os guardo de puertas para fuera de estas cuatro paredes. ¿Aceptáis?

Ni siquiera dudé.

—Acepto.

El humano sacudió la cabeza y caminó unos pasos hacia mí, para contemplarme más de cerca. Frunció ligeramente el ceño al entrever mis brazos delgados bajo la tela del camisón.

—Entrenaremos aquí, en vuestro dormitorio —dijo al fin, recorriendo la habitación con la mirada—. Hay espacio suficiente para los primeros movimientos. Las lecciones comenzarán mañana. Serán al amanecer, antes del desayuno. Ni una palabra a nadie, ¿entendido?

Asentí.

—Haré que mi doncella consiga un uniforme apropiado.

Él negó despacio, y el reflejo de la lumbre recorrió las líneas de su rostro.

—No. Lucharéis con lo que lleváis siempre. Sin pantalones, sin prendas de varón. Si alguna vez tenéis la necesidad de empuñar una espada, será vestida como una dama. Es mejor que aprendáis a

moveros entre telas y corsés aquí dentro antes de que tropecéis con vuestra falda cuando sea demasiado tarde.

Tragué saliva. Tenía razón.

—Practicaremos todos los días —continuó—. Será agotador. Os dolerán los músculos, los brazos, incluso el orgullo.

La voz se le enronqueció.

—Aprovechad las lecciones mientras podáis. No sé de cuánto tiempo dispondré. Hay problemas en la frontera del Valle de los Cuatro Ríos. Puede que tenga que regresar pronto.

—¿Una revuelta humana? —pregunté.

Su mirada se ensombreció. Tardó un instante de más en responder.

—Sí, así es. —Dio media vuelta con un ademán seco—. Descansad, mi señora. Mañana empezaremos antes del alba.

—Buenas noches, sair Mikail.

Sin embargo, cuando sus dedos estuvieron a punto de rozar la puerta, se detuvo. Me observó por encima del hombro, y su voz descendió un tono.

—No le deis las gracias a sair Erik.

—¿Por qué no?

—Creedme, lady Vienna —contestó, y en sus ojos se encendió una chispa de advertencia—. Os lo digo por vuestro bien. Para vos, para él, para todos, será mejor que no os involucréis.

No añadió nada más. Tampoco me dio oportunidad de preguntar a qué se estaba refiriendo. Se inclinó brevemente y salió, cerrando la puerta sin hacer ruido.

Me dejé caer sobre el colchón, con el corazón latiendo con la misma desesperación con la que un pajarillo intenta huir de su jaula. Las brasas de la chimenea todavía temblaban, extendiendo siluetas rojas por las paredes. Una se parecía demasiado a una figura humana.

Fuego, murmuró una voz en mi cabeza, y me pareció tan sinuosa y susurrante como la de Nissa.

Fuego.

Ardiente.

Voraz.

Imparable.

Asesino.

Purificador.

Y en el centro de esas llamas, como aquella noche en la que había sostenido a Giry entre sus manos, vi el rostro de sair Erik, con su cabello flotando alrededor como el halo que envolvía siempre a los Inmortales.

16

Mi hermana no mejoró durante la noche, aunque tampoco empeoró. Las convulsiones habían cesado pero su cuerpo seguía ardiendo, empapado en fiebre. Al amanecer, las hermanas de la Orden Gris y lord Kyros tomaron la decisión que tanto temía: trasladarla al convento de Veldara.

Por más que insistí, por más que supliqué, lord Kyros no cedió. Se mantuvo erguido, sereno, mientras me arrebataba lo único que me quedaba.

—Comprendo vuestro dolor —dijo, evitando mi mirada—, pero debéis aceptar lo mejor para ella. No lo mejor para vos.

Me limité a apretar los dientes, a escuchar sus palabras huecas, mientras a mis espaldas Giry era llevada al carruaje, tan gris como había despertado aquella mañana.

El aire olía a las infusiones de amapola que le habían administrado para dormirla. A través de la cortina del vehículo, vi su rostro pálido, aletargado por los sedantes.

—Volverá sana y salva, ya lo veréis —dijo lord Kyros. Ni él mismo parecía seguro de sus palabras.

No le respondí. Me quedé quieta, observando cómo el carruaje se alejaba levantando tras de sí una nube de polvo.

Vuelve a mí, Giry, le supliqué, cuando desapareció tras los muros. *Sin ti, aunque reconstruyan el palacio, no habrá un hogar al que regresar.*

—Deberíais desayunar algo, lady Vienna —dijo lord Kyros, posando una mano en mi hombro—. Estáis pálida.

—No tengo apetito. Me gustaría pasear.

—Como gustéis.

Me incliné en una reverencia mecánica y me alejé en dirección a mis dependencias. Quería encerrar mi rabia, mi impotencia, mi miedo. No quedaba espacio para nadie más.

O, al menos, eso creía.

Un súbito llanto me hizo detenerme. Agucé el oído, intentando identificar de dónde provenían los gemidos entrecortados y jadeantes que llegaban hasta mí. Sin embargo, fueron las ruidosas carcajadas que escuché después, las que me hicieron internarme por un pequeño pasillo, cercano al Claustro de las Rosas, en uno de los jardines exteriores de la primera planta del castillo.

Al fondo vi una figura arrodillada, rodeada por tres damas faes que casi la ocultaban con sus faldas abultadas. El reflejo de las telas rosas, verdes y plateadas hería la vista.

La reconocí con un jadeo.

—Fern —susurré, y sentí un tirón en el pecho.

Ella levantó la cabeza y enseguida la bajó, avergonzada. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. En sus manos sostenía una pluma que aún goteaba tinta, y sobre su delantal un borrón negro se extendía como una herida. El tintero, volcado a sus pies, había empapado la tela.

Y frente a ella, como tres buitres, estaban Odile Verlac y sus compañeras inseparables: lady Ima y lady Sylin. Las carcajadas se apagaron en cuanto me vieron.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunté, con la garganta súbitamente seca.

El silencio que siguió fue más cruel que las burlas.

—Tenéis una criada con aire de señora y manos de cerdo —comentó lady Odile, con un suspiro—. Le pedimos que copiase unas líneas y ha salido esto.

Lady Ima dio un paso adelante y le arrebató el pergamino a Fern con un gesto brusco.

—Solo le propusimos unas pocas correcciones, y se echó a llorar —añadió, apuntándome con su nariz ganchuda.

Pude ver unos cuantos garabatos de aspecto infantil y algún que otro manchurrón oscuro.

No solo sentí un pinchazo de rabia. Fern apenas sabía escribir. Una vez, hacía tiempo, me había preguntado si podría prestarle algún libro que la ayudase, pero la observé con tanta incredulidad que se apresuró a pedir disculpas, con las mejillas enrojecidas.

Los faes no enseñaban a los humanos. Leer no era algo propio de

sirvientes, era algo que había oído más de una vez de los labios de mi madre, pero de pronto la culpabilidad me dejó seca la garganta.

¿Por qué no la había ayudado entonces? ¿Por qué ni siquiera le había prestado el libro que me había pedido? Ella siempre me lo había dado todo. Más de lo que se le exigía. ¿Por qué no le había dedicado ni un solo instante de mi tiempo?

Me acerqué para inclinarme a su lado. Fern me miró desde el suelo, derrotada, con la pluma todavía temblando entre los dedos.

—¿Por qué está manchada la falda de tinta? —pregunté en voz baja.

—Tiene manos torpes. Nosotras nos limitábamos a sostenerle el tintero, pero ella lo tiró —contestó lady Sylin.

Fern había dejado de llorar, pero podía ver los surcos que habían formado las lágrimas en su rostro al atravesarlo de norte a sur. Mi ceño se arrugó aún más cuando me recliné y la sujeté para levantarla. Ella asió mi mano y se dejó guiar, colocándose justo detrás de mí.

Lady Odile y sus acompañantes me contemplaban en un silencio expectante.

—Sabéis muy bien que gran parte de la servidumbre no sabe escribir —dije, en voz baja y ronca—. La gran mayoría ni siquiera habría sido capaz de sostener correctamente la pluma con los dedos. Fern ha conseguido escribir algo sin necesidad de tener maestros que le enseñasen desde niña, como nosotras.

El silencio mordió el pasillo. Las sonrisas se desdibujaron mientras las miradas se cerraban como puertas.

—No volváis a reíros de ella. Os lo advierto.

Lady Ima y lady Sylin intercambiaron una mirada escandalizada, mientras la única hija de los Verlac inclinaba la cabeza hacia atrás para reírse suavemente.

—Lady Vienna, recordad que este es mi castillo y que vos solo sois una invitada —me dijo, con voz melosa—. Si quisiera, solo tendría que chascar los dedos para que encerrasen a esa criada vuestra en la celda más mohosa.

—No seríais capaz —siseé, estrechando la mirada.

—Una palabra mía contra la patética doncella sin apellido de una

invitada lejos de sus tierras, decidme ¿a quién creéis que obedecerían? —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. Aguardo vuestra respuesta.

—Podéis quedaros esperando —le repliqué, con los brazos rígidos y las manos convertidas en puños—. Hablad todo lo que queráis, pero recordad que escapé de las llamas de un castillo que engulló más de cien vidas. Yo que vos, recapacitaría antes de pronunciar una amenaza.

Volvió a reírse, mientras lady Ima y lady Sylin la acompañaban.

—¿Qué os creéis que sois? ¿Un fantasma vengador?

—Desde luego, algo más que una zorra de noble cuna.

Las carcajadas se cortaron de un tajo. Me percaté demasiado tarde de lo que acababa de decir, de lo que conllevaba. Sin embargo, me tragué la disculpa, manteniendo la expresión glacial, tensa.

Muy lentamente les di la espalda, tirando de Fern para que me siguiera. Hasta que no doblamos la esquina y nos alejamos lo suficiente, no pude volver a respirar.

—¿Qué has hecho? —balbuceó, asustada, echando un vistazo por encima de su hombro.

—Lo que debía. No dejar que te pisotearan —contesté, con la voz quebrada—. Te vertieron el tintero por completo, ¿verdad?

—¿Y qué más da? —murmuró Fern—. Habría preferido que me vaciaran cien encima antes de que dijeras algo así.

Enrojecí por la vergüenza y el súbito enojo. Aún no sabía cómo había sido capaz de pronunciar aquellas palabras. Las pupilas de Odile Verlac se habían dilatado cuando había escuchado el insulto. Estaba segura de que más de una mujer, fae o humana, lo había susurrado a sus espaldas, pero yo había sido la primera en decírselo a bocajarro.

—Se lo merecía —insistí, con un fuerte amargor en la lengua.

—Se merecía eso y más, pero tú no eras la indicada para decírselo —suspiró Fern, meneando la cabeza—. Estoy segura de que tratará de hacerte daño. Se lo he visto en los ojos. —Se mordió el labio con fuerza—. Es una fae, Vienna. Puede hacer lo que desee conmigo.

—Eso es una estupidez, Fern. Yo también lo soy, y…

—¿Viste alguna vez el dormitorio en el que descansaba en el

Palacio de los Vientos? —me interrumpió. Una chispa de rabia devoró su mirada clara—. No, ¿verdad? Era una habitación húmeda y minúscula, donde dormía hacinada con otras criadas. Aunque era mejor que el sótano que ocupo aquí —añadió, con voz sombría.

—No… no sabía… —La voz se me volvió de cristal. La vergüenza hizo un nudo con mi lengua—. Hablaré con lord Kyros para que te busquen un lugar mejor.

—No, no quiero que lo hagas, Vienna. Estoy acostumbrada a estos tratos. Soy humana, y ellos son faes. Es lo habitual. Lloro, sufro, pero me vuelvo a levantar. Es lo que hacemos los humanos, una y otra vez. Hasta que decimos *basta*. —La miré, muda, y no pude evitar preguntarme dolorosamente cuánto tiempo llevaban esas palabras dentro de ella, arañándola sin piedad—. Lo que has hecho hoy no nos traerá ningún bien. Ni a ti ni a mí.

No fui capaz de responder. La dejé marcharse a su habitación para que se cambiara de vestido y pudiera lavarse la cara. Estaba asustada y sus palabras se habían extendido como sogas invisibles para envolverme por completo.

Hasta que no abandonó el dormitorio, no pude respirar hondo y dejar que un escalofrío me recorriera de arriba abajo la columna vertebral.

Me mantuve recluida en mis aposentos, sentada sobre el sillón de terciopelo, pensativa y mirando por la ventana. Una parte de mí decía que debía disculparme y suplicar su perdón sin importar lo que costase. Su padre era ahora el responsable de mis tierras y, aunque me había prometido cuidarlas, debía tener cuidado. Sin embargo, otra se negaba en rotundo.

Muchas faes nobles se disculpaban en falso. Pero yo no quería ser otra más, como Odile Verlac, como lady Ima y lady Sylin, o como mi propia madre. Yo quería ser algo distinto.

No sé cuánto tiempo estuve sumida en mis pensamientos, pero cuando llamaron a la puerta de mi habitación el sol se encontraba en lo más alto del cielo. Sin embargo, apenas calentaba.

—Pasad —dije, poniéndome en pie.

Un guardia de los Verlac abrió la puerta y asomó la cabeza por ella.

—Mi señora, lord Kyros me ha mandado buscaros —me comunicó

—. Ha ordenado que acudáis al Patio de los Naranjos.

Odile se lo ha contado, pensé al instante, palideciendo.

Me apresuré a abandonar el dormitorio, mientras la angustia comenzaba a corroerme la conciencia.

Apenas tardé en llegar al lugar indicado, un patio hermoso, repleto de árboles con sus frutos verdes, incipientes. La fragancia era tan intensa que arrugué la nariz. Di una vuelta alrededor, pero no encontré a nadie. El señor de Brumaverde no había llegado.

Suspiré, impaciente, y me apoyé en uno de los muros con los brazos cruzados.

El primer golpe fue el sonido del cubo al vaciarse.

El segundo, mi propio aliento, cortado por el frío repentino que me envolvió como una garra.

Una mezcla viscosa cayó sobre mi cabeza con la violencia de una ola podrida. Resbaló por mi cuello, me empapó el corsé, se filtró entre los pliegues de la falda hasta llegar a la ropa interior. El hedor era insoportable, ácido y dulce, olía a carne descompuesta y a vísceras fermentadas.

Me llevé las manos a la cara, frotando a ciegas, intentando arrancar aquella capa gelatinosa que me cegaba.

Cuando al fin conseguí abrir los párpados, vislumbré tres rostros recortados contra el cielo, antes de que desaparecieran de golpe y solo dejaran un cubo de madera que cayó sobre mí. Tuve que apartarme de un salto para que no me golpeara la cabeza.

El líquido seguía cayendo por mis manos, goteando al suelo en lentas hebras de fango rosado.

Permanecí quieta. Muy quieta.

Lord Kyros nunca me había mandado llamar.

Mis pies se movieron antes que mi mente, avanzando entre los árboles frutales para después internarme en la oscuridad del castillo. Sentía la sangre golpearme el cuello, los brazos, los dedos. Me abrasaba.

Cuando subí por una de las escaleras de caracol, me crucé con varios criados que se apartaron de mi camino con miradas desorbitadas. Aun así, nadie me detuvo. Yo caminé entre ellos con el vestido todavía chorreando, sin mirarlos siquiera, con los puños tan

tensos, que las uñas se clavaban en las palmas de mis manos.

Entonces lo vi.

El Fantasma.

Se había detenido en mitad del corredor en el que desembocaba la escalera. Su mirada descendió por mi cuerpo y la expresión se le endureció, pero no dijo nada. Aun así, algo debió de ver en mis ojos, porque echó a andar tras de mí, en silencio. Como una sombra.

Solo tuve que avanzar un poco más antes de ver a tres figuras que se perfilaban contra la luz. El sonido de una burla que aún flotaba en el aire.

La sangre que corría por mis venas se transformó en un grito ensordecedor.

Antes de llegar a ellas, en una esquina, había un soldado montando guardia. El joven me miró con incredulidad, contemplando con ojos muy abiertos mi aspecto deplorable. Durante un instante, su cara me resultó conocida. Como si la hubiera visto en otro momento y en otro lugar.

—Mi señora, ¿qué os ha ocurrido? Si queréis, puedo llamar a…

—No quiero que llames a nadie —le repliqué con brusquedad—. Dame tu espada.

El guardia palideció y me miró, parpadeando. Retrocedió un paso y pegó su espalda a la pared.

—¿Cómo decís?

—Tu espada, maldita sea. —El Fantasma estaba detrás de mí. Podía sentir su presencia—. ¡Dame tu espada!

El joven humano no sabía qué hacer. Miró al caballero, buscando ayuda, pero al no encontrarla se llevó las manos al cinto, donde guardaba el arma.

—Pero…

—¡Es una orden!

No tuvo otra opción que entregármela. Un humano no podía negarse a una petición así de una noble fae. Casi se la arrancó de la vaina y me la tendió con cautela. Masculló algo entre dientes cuando cerré los dedos en torno a la empuñadura.

—Lo… lo siento mucho, mi señora. Pero debo informar a lord Kyros de esto. —Antes de que pudiera detenerle, echó a correr.

No me importó. Tenía tiempo más que suficiente hasta que llegara el señor de Brumaverde.

Sin dudar, con el arma pobremente esgrimida por mis brazos delgados, me dirigí hacia Odile Verlac y sus compañeras, que alzaron la vista hacia mí cuando me vieron.

El sonido de sus murmullos se extinguió.

—¿Qué piensas hacer? —escuché que me susurraba el Fantasma. A pesar de que caminaba muy cerca de mí, oía su voz muy lejos—. Deberías respirar hondo y serenarte. Estás tan enfadada que no ves la estupidez que estás a punto de cometer.

Lo sabía. Una parte de mí, pequeña, casi invisible, aullaba en mi interior, suplicándome que me detuviera. Pero no podía, *no quería*. Era demasiado. Más que demasiado. Me sentía tan sola, tan triste, tan humillada, tan ninguneada, tan llena de rabia, que debía vomitar el fuego que me consumía el pecho.

No podía guardar más silencio.

—Detenme entonces.

Pero él no me sujetó ni hizo amago siquiera. Se colocó a un lado, cerca de mí, con una de sus manos posadas sobre la empuñadura de su gruesa y mortífera espada.

—¿Qué estáis…? —empezó Odile, pero la voz se le quebró antes de terminar la pregunta.

—¡Disculpaos! —la interrumpí, con un grito.

Unos pasos se oyeron al otro lado del corredor y se acercaron a nosotros. Una sombra vestida de seda azul, de cabello negro como la noche, pasó a mi lado y se colocó frente a las tres figuras, con las manos alzadas.

Nissa, la extraña humana, negó varias veces antes de susurrar:

—Dama Roja, os lo suplico. Bajad esa espada.

La punta del acero tembló, pero no retrocedí.

—Debe pedir perdón —siseé.

Odile alzó el mentón, esbozando una sonrisa que no le alcanzó los ojos. Lady Ima y lady Sylin habían retrocedido hasta fundirse con las sombras.

—¿Por qué iba a disculparme? Si lady Vienna habla como las porquerizas, debería oler como ellas.

Los ojos turquesas de Nissa se hundían en los míos. Sus brazos alzados, el muro que creaba su cuerpo frente a la primogénita de los Verlac, rogaban que me detuviera. Pero en sus pupilas bailaban unas sombras que parecían suplicar algo distinto.

—Dama Roja —insistió, en calma—. Lord Kyros viene hacia aquí.

—Las hijas de grandes señores no arrojan cubos de vísceras a sus invitados —siseé, mientras avanzaba un paso más.

—Ni las invitadas devuelven el agradecimiento con insultos —replicó Odile, clavando los ojos en el filo que cada vez se acercaba más.

Yo no parpadeé. El acero reflejaba su rostro perfecto, torcido por el miedo.

—Dama Roja, por favor.

—¡Debe disculparse! —bramé. La mano comenzaba a temblarme. Aún no había recibido ninguna clase de sair Mikail, y la espada era incluso más pesada que la que guardaba bajo el colchón de mi dormitorio—. ¡Hazlo, maldita sea!

Odile volvió a retroceder. Lady Ima y lady Sylin dieron con la espalda en la pared de piedra y emitieron unos quejidos antes de huir por el pasillo adyacente.

Nissa volvió a negar, mientras la única hija de los Verlac desviaba la mirada de las amigas que la habían abandonado hasta mí. Una sonrisa demasiado estirada se extendió por sus labios.

—Debería haber sido a ti a la que hubiese alcanzado el fuego, y no a tu pobre hermana —susurró—. Una bonita quemadura descomponiendo tu cara te haría saber cuál es tu lugar.

No pensé. Con una fuerza de la que no era consciente, aparté a Nissa de un manotazo. Después, hundí la mano en el pecho de Odile y le clavé la espalda en la pared.

A pesar de que sentía su corazón completamente desbocado bajo la palma de la mano, ella logró sujetar aquella maldita sonrisa en los labios.

Una voz que se parecía demasiado a la de mi madre me aullaba desesperada, escandalizada, preguntándome qué estaba haciendo. Ni yo misma lo sabía, pero no era capaz de detener mis manos, mi cuerpo. Era como si toda la tristeza, toda la frustración, toda la ira

que había acumulado no solo desde el incendio, sino desde que tenía memoria, se hubiesen hecho nervios y músculos.

O quizá así era yo desde siempre, escondida bajo un par de orejas puntiagudas y vestidos bordados.

Aferré la tela de su vestido y la arrugué con rabia. Sentí cómo su estómago se encogía cuando apoyé la punta de la espada en él.

El aire se me escapó a resuellos.

—Nunca vuelvas a…

—*¡BASTA!*

Unas manos de hierro me desarmaron. La espada resbaló y cayó al suelo con un golpe seco. Intenté recuperarla, pero el Fantasma pasó el brazo por mi pecho y me inmovilizó. Sentí la dureza de su armadura contra mi espalda.

—Ahora deberías ser una florecilla, y no una loba salvaje —me siseó al oído, mientras lord Kyros se acercaba a nosotros a paso rápido, lívido.

La cólera estaba tallada en cada gesto. Sudaba, como siempre. Tras él, el joven guardia que me había entregado el arma jadeaba, todavía pálido.

—¡¿Qué ocurre aquí?! —exclamó lord Kyros, con la voz desafinada por el enfado.

—Nada que justifique tal comportamiento —replicó Odile con desdén, mientras se apartaba de la pared y se colocaba junto a él. Se sacudió el vestido con desprecio, aunque las manos le temblaban.

—¡Me habéis arrojado un cubo de tripas podridas! —grité.

Las manos del Fantasma me apretaron más, en una advertencia muda.

Lord Kyros me contempló con los labios entreabiertos, de la misma forma en la que contemplaría a una fiera que había huido de su jaula. Debía tener un aspecto verdaderamente deplorable. Sentía el vestido y el pelo pegados a mi cuerpo, húmedo y viscoso, y las mejillas calientes hasta extremos inimaginables. Mi corazón, con su frenético ritmo, parecía que iba a partirse en dos.

—Sois damas faes. Las damas no se arrojan restos de la cocina ni amenazan con un arma —dijo él, relajando súbitamente el tono. Una capa de hielo enfrió su rostro—. Ambas tenéis edad para estar

prometidas. No debéis comportaros como crías humanas. —Apretó los labios con asco y meneó la cabeza—. No me dejáis otra opción.

Un escalofrío me sacudió. El fuego que me había encendido se apagó de pronto, dejando unas brasas heladas.

—Sair Erik, acompañad a lady Vienna a su dormitorio. Que se asee y se cambie de ropa. Con premura. —Miró con desprecio mi falda, antes de añadir—: La quiero de inmediato en mi salón privado, esté vestida o no.

Palidecí al oírle. El Fantasma asintió y me hizo un gesto para que lo siguiera. No encontré en su rostro piedad ni reproche, parecía haberse vuelto de piedra.

Mantuve la cabeza baja, arrastrando los pies, mientras las miradas de los Verlac me atravesaban como agujas.

Cuando llegamos al dormitorio me detuve frente a la puerta, exasperada. Antes de posar la mano sobre el picaporte me volví hacia él. Había sentido su mirada honda y lacerante clavada en la nuca durante todo el camino de regreso.

No la soportaba más.

—Habla de una vez.

Alcé las pupilas hasta él, clavando mis ojos en los suyos. Me parecieron más penetrantes y hondos que de costumbre, mucho más oscuros.

—No sabes lo que has hecho. —Su voz era seca, sin rastro de sentimiento.

—Tú sí. Podrías haberme detenido —repliqué. Forcé la voz para que sonase con una calma que no sentía.

—No conviene que los hagas enfadar. Y creo que, en el fondo, lo sabes tan bien como yo. —Ladeó la cabeza y su mirada pareció atravesarme de parte a parte.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia. Aprende a usar una espada, si así lo quieres. Pero no seas tan estúpida como para esgrimirla en el momento equivocado. —Su expresión torva pareció acentuarse de pronto—. Recuerda que, a los ojos del mundo, eres una florecilla. Y no hay nada que arda con más facilidad.

Me mordí los labios, sin apartar la mirada de él.

El Fantasma suspiró y se quitó uno de sus gruesos guantes de cuero. No entendí su gesto hasta que lo vi acercarse. Su sombra se cernió sobre mí.

Torció los labios en una mueca extraña y, con cuidado, me apartó de los ojos un largo mechón aceitoso que me emborronaba la visión.

Su piel, áspera y caliente, rozó mi mejilla.

Y fue como si me tocase directamente el corazón.

El roce fue mínimo, pero me dejó sin aire.

No había ternura en su gesto, solo una calma extraña, feroz, contenida, y, aun así, mi garganta se cerró.

Sus dedos permanecieron ahí, inmóviles, en un instante que pareció eterno.

—Deberías cambiarte ya —susurró, antes de apartarse bruscamente de mí.

17

Fern me ayudó a lavarme y a vestirme.

Con sus manos, me arrancó de la piel aquel olor pegajoso y arregló mi cabello, que se había convertido en una masa pastosa. Después, eligió un vestido sencillo, negro y con hilos plateados, que representaba los colores de la familia Verlac.

No pronunció palabra, pero se mordía tanto el labio que no supe cómo no lo hizo sangrar.

En la galería me esperaba el Fantasma, envuelto otra vez en sus guantes y en su silencio. Sus ojos cayeron sobre mí, pero yo me obligué a no mirar, a no responder a esa palabra muda que de pronto flotaba entre nosotros.

Me condujo en silencio hasta la zona más alta del castillo de Brumaverde, donde se encontraban las dependencias de la familia. Si todo el edificio era una representación del Alto Jardín de los Inmortales, aquella zona era tan exquisita que sentí lástima de pisar los suelos alfombrados con hierba viva y flores. A pesar de estar aseada, de que ni una sola gota de grasa resbalaba ahora por mi cuerpo, me sentí sucia, manchada entre toda aquella pureza.

Las paredes estaban recubiertas de enredaderas con pétalos de colores. Sobre ellas podía ver algunos retratos sobre la familia Verlac. Ojos verdes y atigrados me persiguieron durante todo el camino.

Los aposentos de lord Kyros estaban en la torre en la que desembocaba aquella galería celestial.

Cuando el Fantasma abrió la puerta, coronada con el escudo de la familia, me azotó una bocanada de calor. En el interior, el aire parecía arder.

Se trataba de un despacho amplio, mayor que con el que contaba mi padre en Sombramar, pero estaba tan abarrotado de cuadros, armaduras ornamentales, tapices y muebles que resultaba asfixiante. Las ventanas apenas eran cuchilladas contra las piedras.

La escasa luz que iluminaba el ambiente provenía de la chimenea que ardía con una rabia descontrolada en uno de los extremos.

Junto al escritorio, de pie, esperaban lord Kyros, con rostro tenso, y Odile, que parecía a punto de vomitar. También había una criada, que aguardaba en un rincón con las manos unidas y gesto incómodo.

Sobre la mesa había una copa dorada, vacía, que todavía humeaba y regalaba al ambiente un olor dulzón. A su lado, todavía con alguna flor prendida en ellas, varias ramas de espino blanco.

Las largas púas volvieron el aire más espeso.

Lord Kyros no me devolvió el saludo cuando me incliné.

—Ambas sois mayores de edad, pero habéis decidido comportaros como crías humanas y, como tales, recibiréis el castigo que os merecéis.

La garganta se me cerró. Mis padres nunca habían usado castigos físicos contra mis hermanos o contra mí.

—Mi madre no lo permitirá —susurró Odile, asustada—. Quiero hablar con ella.

—Lady Nohr lo aprueba mientras no se os vean las marcas que, de todas formas, desaparecerán —contestó él, mientras se apartaba un par de gotas de sudor que resbalaban por su rostro. Miró de soslayo la copa que había dejado de humear—. Ambas habéis cometido un acto grave que requiere un castigo igual de severo. Odile, tú serás la primera.

—Pero…

—¿Me vas a hacer repetirlo?

Ella se acercó con pasos cortos y las manos convertidas en puños convulsos.

—Descúbrete.

Fruncí el ceño, sin entender, hasta que la criada que aguardaba en la esquina se acercó y comenzó a desanudarle los cordeles que sujetaban su vestido. Su espalda blanca quedó al aire, solo cubierta con la tela fina de la ropa interior. Había girado el rostro, pero podía ver sus mejillas encendidas por la vergüenza.

Di un paso adelante instintivamente, pero la mano del Fantasma se movió rápida y sus dedos se cerraron en mi codo. Lo miré por

encima del hombro, horrorizada. Él no me observaba, mantenía las pupilas bajas, pero negó con un gesto seco.

Lord Kyros tomó las ramas de espino y se acercó a su sobrina.

—Pide disculpas por tu conducta infantil —ordenó.

Pero antes de que ella pudiera separar los labios, con un ademán frío golpeó con las ramas la espalda de su sobrina. Odile dejó escapar un grito de dolor y se alejó de él. Una decena de arañazos floreció en su piel.

Me eché a temblar cuando escuché cómo comenzaba a sollozar. No solo por culpa del miedo. Había algo de vergüenza en esas lágrimas. E impotencia. Y mucha frustración.

Aquel castigo no era solo para ella y para mí, sino para cualquiera que tuviera la osadía de salirse del papel que le habían asignado.

Como si fuera una burla, recordé aquella canción infantil que recitaba cuando solo era una niña. Había sido una de las primeras canciones que mi madre le había enseñado a Giry.

Uno, dos, pétalos no,
tres, cuatro, baja la voz.
El viento manda, tú no,
así crece mejor la flor.

Lord Kyros, con el ceño fruncido y la respiración agitada, levantó la rama de nuevo.

—No te alejes —dijo, implacable.

Pero Odile negó y se volvió para encararlo. Sus manos se sujetaban la pechera del vestido para que no bajara más.

—Lo… lo siento, tío —balbuceó, casi sin voz—. Siento lo que hice. Perdonadme, lady Vienna… No se repetirá.

El fae suspiró y le hizo un gesto para que se apartara. Odile corrió a una esquina, con la cara bañada en lágrimas, mirándome con una mezcla de vergüenza y compasión.

—Lady Vienna —dijo él entonces—, venid aquí.

Obedecí. El suelo pareció inclinarse bajo mis pies, mientras la criada deshacía los cordeles que ajustaban el vestido a mi cintura. A pesar del calor que abrasaba aquel despacho, una corriente de aire

frío me estremeció cuando mi espalda quedó al aire.

Alcé ligeramente la mirada. Frente a mí, el Fantasma me la devolvió.

—Vuestro turno —dijo Kyros—. ¿Vais a disculparos?

Quizá lo hiciera, pero no en aquel momento. No quería mostrarme débil, no después del patético y cruel espectáculo que había presenciado. Quería demostrarle que era mucho más resistente de lo que creía, que tendría que ser él quien tuviese que ceder.

Mi silencio fue la única respuesta que obtuvo.

—Muy bien.

El golpe me arrebató el aire. Me doblé en dos, pero me negué a gritar. Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se hundieron en mi piel. Un segundo golpe me arrancó un gemido ahogado, pero me mantuve firme, clavando la mirada en un punto indeterminado de la armadura del Fantasma.

Aquellas espinas se clavaban y desollaban. Sentía cómo la carne se abría en finas líneas, marcando cientos de caminos ensangrentados que no llevaban a ningún lugar.

—¿Vais a pedir perdón?

Mi contestación fue un simple parpadeo.

El tercer golpe llegó sin aviso. Después, el cuarto. Cada uno más rápido, más duro que el anterior. La espalda me ardía; sentía cómo la piel se inflamaba y palpitaba al ritmo del corazón. Algo cálido, viscoso, resbaló entre mis omóplatos y recorrió toda la columna vertebral.

Sangre.

Una náusea me subió a la garganta, y por un instante creí que vomitaría.

—¡¿Es que no pensáis decir nada?! —exclamó de pronto lord Kyros, y el siguiente azote me arrancó un jadeo ahogado.

Abrí los ojos y vi cómo Odile, desde la esquina, me observaba espeluznada. Lloraba aún, con el rostro hinchado y enrojecido por tantas lágrimas. La criada que aguardaba a su lado tenía la vista clavada en su delantal blanco, pero la delataba el temblor de la tela.

El Fantasma me escudriñaba con los ojos vidriosos, tan abiertos y dilatados que parecían pozos infinitos. Sus labios se habían vuelto

del color de su cabello.

La rama volvió a caer. Una vez más. Y otra. Y otra. Quería arrojarme al suelo y suplicar clemencia, pero mi cuerpo se mantenía rígido, sin moverse ni un ápice cuando era golpeado.

No iba a llorar.

No iba a rogar.

No le daría aquella satisfacción.

Si el fuego me había dejado viva, nadie iba a poder apagarme.

El último latigazo cayó como una sentencia.

El aire se partió en dos, y con él, mi resistencia. Un grito seco, ahogado, escapó de mi garganta antes de que pudiera detenerlo. Sentí el ardor extenderse por todo mi cuerpo, una llamarada de sufrimiento que me devoró viva. Cuando bajé la mirada, vi cientos, miles de puntos carmesíes decorando el suelo de piedra.

Los brazos cayeron a ambos lados de mi torso, sin fuerza, y el vestido resbaló todavía más. Sin embargo, antes de que se deslizase por mi cintura, unas manos lo sujetaron contra ella, cubriéndome a medias.

Los dedos del Fantasma arrugaron la tela con fuerza.

Yo solo quería desaparecer. Salir corriendo.

Hundirme en cualquier rincón donde el dolor no existiera.

Pero no lloré.

Todavía no iba a hacerlo.

—Sair Erik, acompañadla a su dormitorio —ordenó lord Kyros, con una voz que sonaba más cansada que arrepentida—. Estáis dispensada de aparecer en el almuerzo y en la cena. Ordenaré que os sirvan la comida en vuestra habitación.

El Fantasma me rodeó, con una de sus manos enguantadas sujetando todavía la tela de mi vestido. La otra la tendió hacia mí. Me aferré a ella, temblando.

Pasamos junto a Odile Verlac. Sus ojos, desorbitados, se clavaban en mí como si acabara de ver algo que la perseguiría durante el resto de su vida. No dije nada.

El Fantasma cerró la puerta tras nosotros, y el crujido que reverberó en la galería fue un alivio y una condena a la vez.

El frío que corría por aquel pasillo de piedra me estremeció.

Semidesnuda y empapada en sangre, el camino a mi dormitorio sería un martirio. Atar los cordeles sobre la piel magullada, una tortura todavía mayor. Pero entonces el Fantasma se llevó las manos a la armadura y, con un pequeño chasquido, se deshizo de la capa negra que colgaba de sus hombros. Con suavidad, la colocó sobre mí y me envolvió con ella, sin apretar.

—Conozco un atajo —susurró.

Me llevó por caminos secundarios y estrechos hasta mi habitación, donde no había flores ni hierba, solo piedra gastada, techos bajos y antorchas que viciaban el aire. Nos cruzamos con varios guardias y criados, pero estos se limitaron a seguir su camino cuando los ojos negros del hombre se clavaron en ellos.

Fern abrió la puerta antes de que él llegase a llamar. Al verme, soltó un grito contenido.

—¡Por La Plateada! ¿Qué te han hecho? —exclamó, llevándose las manos a la boca.

—Necesito crema de lavanda y amapola —ordenó el Fantasma, cortante, antes de que yo llegase a pronunciar palabra.

—Sair Erik —balbuceó ella—, sería mejor que yo la atendiera. Vos… podríais traer…

—Largo —gruñó él, y su voz retumbó como un trueno.

Fern obedeció al instante, desapareciendo tras la puerta.

El Fantasma soltó una breve carcajada, amarga y baja.

—A veces tiene sus ventajas tener una fama tan horrible como la mía.

No supe si era una broma o una verdad. No supe qué responder.

Me guio con cuidado hasta la cama y se detuvo, todavía sosteniéndome, cuando mis rodillas tocaron el borde.

—Deberías colocarte boca abajo.

No tenía fuerzas para objetar nada. Me dejé caer sobre el colchón y enterré el rostro en la almohada para ahogar el gemido que escapó de mi pecho. La capa se posó sobre mis heridas, y aquel simple contacto me arrancó un jadeo entrecortado. El calor era insoportable; la carne me latía bajo la piel como si algo vivo y furioso se agitara en su interior.

De soslayo, vi al Fantasma acercarse. Solo alcancé a distinguir

parte de su armadura, el movimiento lento y calculado de sus manos. Había dejado los guantes sobre la cama, tan cerca que casi podía tocarlos.

En aquel preciso instante, Fern entró apresuradamente por la puerta, jadeando, con una pequeña vasija de barro en las manos. El líquido que contenía era espeso y grisáceo.

El Fantasma la observó un instante antes de tomar el recipiente.

—Muy bien —asintió—. Ahora fuera.

—Pero… —empezó Fern.

—*Fuera*.

Ella me miró, con los ojos brillando de angustia. Yo no respondí. Ni siquiera levanté la vista. Cuando la puerta se cerró tras ella, la habitación quedó sumergida en un silencio pesado, apenas roto por el crepitar del fuego en la chimenea.

—Apartaré la capa y deberé abrirte más el vestido para poder aplicarte la pomada —dijo él, tras un largo instante de silencio. La voz sonó más baja, más áspera.

Sus manos desnudas se acercaron.

El aliento caliente me acarició la nuca.

Las yemas, cálidas, rozaron el borde de la tela, mientras el corazón amenazaba con fundirse con mi piel.

El ambiente de la habitación se había vuelto irrespirable.

Sus dedos tiraron del borde de la capa. La tela comenzó a deslizarse. Lenta, deliberadamente lenta. Cada pliegue que ascendía sobre mi piel se llevaba un fragmento de mi razón consigo. El aire era una piedra en la garganta, pesada e inmóvil; no alcanzaba mis pulmones.

El roce del tejido era un rumor de terciopelo, una caricia que dolía más que los azotes. Las yemas de sus dedos, al tocar mi piel, parecían marcarme con un fuego invisible.

Apreté los puños. El silencio entre ambos era un abismo donde solo existían el calor, mis latidos descontrolados y la culpa.

La capa cayó de golpe, con un sonido seco, y el hechizo se quebró.

Un instante después, oí un siseo metálico. Lo miré por encima del hombro; había desenvainado uno de los puñales que llevaba en el cinto.

—Tengo que cortar la ropa interior —dijo, ronco—. No puede quedar adherida a las heridas.

Asentí, y volví a hundir el rostro en la almohada. Clavé las uñas en el colchón cuando sentí la punta, helada, deslizarse por mi piel, desgarrando con cuidado los jirones de tela blanca.

El Fantasma exhaló sobre mi piel desnuda y yo apreté los párpados con fuerza. El dolor se había convertido en una molestia lejana. Ahora, lo que llenaba mi cabeza era un zumbido intenso, que me envolvía y mareaba.

Cuando no hubo nada más que cortar, él introdujo sus manos entre la tela del vestido y mi cuerpo, y la apartó un poco más.

Sus yemas estaban a un suspiro de mi estómago. Bajo ellas, mi piel se había convertido en un montón de brasas.

Él se quedó paralizado y yo no me atreví a mirarlo de nuevo. Durante un momento que pareció no terminar nunca, pensé que seguiría abriendo el vestido, que cruzaría esa línea invisible que ninguno de los dos sabía cómo nombrar.

Pero no lo hizo.

Sin decir nada, el Fantasma sostuvo la vasija. Metió los dedos en la mezcla espesa y, con un cuidado que no parecía hecho para unas manos creadas para matar, comenzó a aplicarla sobre mis heridas.

El contacto fue un latigazo frío.

Me estremecí, pero no por el escozor.

—No te muevas —murmuró—. Tus heridas sanarán. Eres una fae —pronunció aquello último como si se lo estuviera recordando a sí mismo.

—Tienes manos de sanador —dije, luchando por que mi voz no sonara rota.

—Sí, quizá debería ponerme un hábito y unirme a la Orden Gris. —Soltó una carcajada amarga, antes de añadir—: He curado muchas heridas como estas. Aunque no lo creas, este es un castigo que los faes imponen a los humanos en tiempos de rebelión. Generalmente, a mujeres y niños. Con la diferencia de que nosotros quedamos señalados de por vida por las espinas. A los hombres nos prefieren marcar a cuchilladas.

—Lo siento —mascullé.

Él no respondió y siguió aplicando el ungüento, tan cerca de mí que su respiración no dejó de acariciarme.

—Deberás quedarte tumbada hasta que la piel absorba esto —dijo por fin, apartándose.

Me lanzó una larga mirada indescifrable, acompañada de una mueca aún más ambigua de sus labios. Sacudió la cabeza y dio un paso atrás, dispuesto a marcharse.

—Espera —susurré, antes de pensarlo.

Alcé la mano y mis dedos atraparon los suyos.

18

Sentí cómo su cuerpo se envaraba con aquel simple roce.

El Fantasma no volvió la cabeza para mirarme. Solo podía ver su perfil de piedra, su mandíbula marcada y parte del flequillo cayendo sobre sus ojos. Los instantes se convirtieron en algo eterno.

Debía apartarse, yo tenía que bajar la mano y disculparme por semejante osadía. Desde un rincón del dormitorio, no solo el recuerdo de mi madre me observaba con horror. A ella se unían mi padre, Kallias, Raen, con el rostro quebrado por la traición.

Pero, aun así, no lo dejé marchar.

Los labios del Fantasma no pronunciaron palabra, pero de pronto sus dedos se cerraron sobre los míos. Los estrecharon ferozmente, con una desesperación contenida.

Me pregunté quién se aferraba a quién.

Separé los labios, pero antes de que pudiera articular palabra, la puerta se abrió de golpe.

Lady Nohr apareció en el umbral, envuelta en una luz fría. Alta, impecable, parecía la estatua de La Plateada.

—Sair Erik —dijo, con el ceño fruncido. Él se había movido tan rápido que yo todavía mantenía la mano alzada y sentía la sombra de su tacto en mis dedos—. Deberíais marcharos.

El Fantasma juntó los talones, inclinó apenas la cabeza y, sin mirarme, salió de la habitación con pasos pesados. Cuando el golpe hizo temblar las paredes, la fae se volvió hacia mí, contemplándome con una mezcla de reproche y disgusto.

—No deberíais estar a solas con un humano como él. Y menos de esta guisa —añadió, con voz helada.

Si lord Kyros no me hubiese azotado como a un perro, mi guisa sería más decorosa, quise decirle.

—Disculpadme, lady Nohr —contesté, procurando que mi voz sonara suave, casi dócil.

Una curva gélida estiró sus labios. Se inclinó hacia mí y su mirada descendió por toda mi espalda descubierta. No vi preocupación, solo una curiosidad cruel, casi morbosa. Como si fuera testigo de un tapiz imperfecto.

Con lentitud calculada, se arrastró hacia el sillón de cuero que había junto a mi cama, y se dejó caer en él, encarándome.

—Parece que ya habéis recuperado la cordura —dijo, helada.

—Siento mucho mi comportamiento. Fue una locura y una estupidez. —Mientras hablaba, vi de reojo los guantes del Fantasma, medio ocultos entre las sábanas. Mi corazón se aceleró. Con un movimiento rápido, los cubrí con la colcha, rezando para que ella no se percatara—. Hoy mismo me disculparé con lord Kyros y con vuestra hija. Os lo prometo.

Lady Nohr entrelazó sus manos en el regazo. Los anillos de oro y diamante relampaguearon como colmillos de serpiente bajo la luz.

—No he venido a escuchar vuestras disculpas, lady Vienna —respondió con calma—. Cuando os vi por primera vez, pensé que erais una joven callada, seria, quizás incluso sensata. Pero después… descubrí que en vos hay algo más salvaje de lo que queréis admitir.

Cerró los ojos brevemente, como si estuviera saboreando un recuerdo.

—Aún pienso en aquella noche, en Sombramar. Os escabullisteis con un joven fae que no apartó los ojos de vos durante toda la fiesta. Creí que vuestra madre necesitaría la misma infusión de lirio del valle que toma mi cuñado para su corazón débil. —Rio con suavidad, mientras meneaba la cabeza—. Sois distinta. A Odile, a vuestro hermano, incluso a la pequeña Giry. Muy distinta.

—No os entiendo —murmuré, perpleja.

—Sí que lo hacéis —replicó, con una media sonrisa cargada de condescendencia—. Despreciáis todo lo que representamos. Odiáis lo que sois. Odiáis haber nacido fae… y odiáis, sobre todo, haber nacido mujer.

La miré sin parpadear. Intenté incorporarme, pero un relámpago de dolor me atravesó la espalda y tuve que morderme el labio para no gritar.

—Os he observado —continuó, impasible—. Aquella noche, cuando

Nissa se refirió a vos como la Dama Roja, vuestros ojos se encendieron. Parecían los de alguien que por fin había escuchado la verdad que llevaba esperando toda su vida.

—No sé de qué me estáis hablando —conseguí decir, con un hilo de voz.

Lady Nohr inclinó el rostro y parte de él se sumergió en sombras.

—Quiero demostraros que estáis equivocada, lady Vienna. Las batallas no se ganan con espadas ni con gritos. Las damas faes tenemos armas más poderosas. —Su sonrisa se torció, afilada—. Una mirada, una palabra… y algo más que aprenderéis cuando estéis casada.

—Una sonrisa —respondí, tras un largo instante de silencio— no me sirvió de nada cuando un bandido intentó matarme aquel día, durante el camino al Valle de los Cuatro Ríos. De no haber sido por sair Erik, yo…

—¿Creéis que sois la única a la que un harapiento ha amenazado? —me cortó, alzando la voz con repentina dureza—. Esa escoria es muy fácil de controlar. Sois hermosa. —Se inclinó hacia mí, como si quisiera cerciorarse—. Lo suficiente para que los varones pierdan el juicio por vos.

—¿Me estáis diciendo que me aproveche de ellos? —pregunté, desconcertada.

Su sonrisa se ensanchó, tan fría que dolía. El silencio entre ambas se tensó como una cuerda a punto de romperse.

—*Querida* —suspiró, con voz melosa—, ellos se aprovecharán de vos tarde o temprano… si es que no lo han hecho ya.

Sus ojos descendieron por mi piel, donde el ungüento aún brillaba bajo la luz mortecina. El gesto de su rostro se contrajo en una mueca extraña, llena de repulsión y deseo.

—Es una lástima que Odile sea su sobrina —añadió, alzando una ceja—. De no ser así, os aseguro que mi hija habría encontrado la manera de convencer a Kyros para que no la azotara.

Algo se me revolvió en el estómago.

—No podéis estar hablando en serio.

—Niña, no os escandalicéis tanto. Vuestra madre, de haber vivido, os habría enseñado lo mismo —dijo, agitando la mano casi con

aburrimiento—. Sé que sois más lista de lo que aparentáis.

—Ya me he disculpado —mascullé, tratando de controlar la furia que empezaba a corroerme—. No sé qué más queréis de mí.

—Estoy intentando mostraros la forma en la que podréis ser feliz aquí. —Ella dejó escapar un suspiro y negó, como si me diese por un caso perdido—. No queráis convertiros en lo que una dama fae no puede ser —añadió, mirándome directamente a los ojos.

—¿Es un consejo?

—Es una *amenaza*.

Su sonrisa fue un relámpago afilado y el mundo pareció encogerse a su alrededor.

Sentí la sangre retirarse de mis mejillas.

—La próxima vez que intentéis dañar a mi hija, no responderéis ante lord Kyros —prosiguió, levantándose del sillón con elegancia—. Lo haréis ante mí.

Sus pasos resonaron contra la piedra mientras avanzaba hacia la puerta. Sin embargo, cuando sus largos dedos rozaron el picaporte, se detuvo, sin abrirla.

—Es una pena que notenga vuestra confianza. Jamás he tocado ningún arma, pero ya he ganado muchas batallas. —Me dedicó una sonrisa ambigua—. Incluso os he ganado a vos.

—¿A mí? —pregunté, con el ceño fruncido.

No respondió. Se mantuvo un instante inmóvil, observándome con una serenidad inquietante. Luego, desviando la vista, añadió:

—Me han llegado rumores de que mantenéis buena relación con cierto varón.

Mi respiración se quebró. Un calor abrasador me subió por el cuello, mezclándose con un frío punzante que me heló el pecho. En mi mente apareció, inconfundible, la mirada negra del Fantasma.

—Lord Erroll parece apreciaros mucho… y pronto, si los Inmortales quieren, heredará la provincia de Umbría.

Me quedé en blanco durante un instante. Tenía que haber escuchado mal.

—¿Lord Erroll? —repetí, sintiendo la boca súbitamente seca.

—Esta misma mañana, antes de vuestra pequeña escena con la espada, ha hablado con Kyros. Ha preguntado por la disponibilidad

de vuestra mano —lo decía en tono indiferente, haciendo caso omiso de la expresión horrorizada que iba apoderándose poco a poco de mis rasgos.

Me quedé en blanco. Las palabras me resbalaron por la piel como cuchillas.

—Mi mano está ocupada —repliqué de inmediato.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es el afortunado? —preguntó, dejando que el sarcasmo gotease en cada sílaba.

—Raen Zenir —mentí sin pestañear—. Mi padre le entregó mi mano.

Ella arqueó una ceja.

—Pero tal unión no llegó a ser oficial. —Sus labios se curvaron en una sonrisa pálida—. Imagino que aún conserváis vuestra inocencia, ¿verdad?

El rubor me subió al rostro con violencia.

No hizo falta responder. Su sonrisa se ensanchó.

—Lo imaginaba —añadió, casi con dulzura.

Aparté la vista, clavando los ojos en la almohada. De pronto, el dolor había regresado a mí, más intenso que nunca.

—Vuestra hija Odile podría sentirse ofendida —dije, obligándome a hablar despacio para que la desesperación no asomara entre las palabras—. Es mayor que yo. Debería casarse antes.

—Sería lo lógico —admitió, alisándose una arruga invisible en la falda—. Pero, dadas las circunstancias, Kyros y yo hemos considerado que vos sois nuestra prioridad.

Las palabras me aplastaron.

—Yo no quiero casarme con él —susurré. La voz me tembló. Sentí las lágrimas asomar de mis ojos ardiendo.

—Afortunadamente, querida, eso no depende de vos.

Hubo en su mirada, por un instante, un destello que casi pareció compasión. Pero duró menos que un parpadeo.

—Yo fui obligada a casarme siendo una niña. Veyl me sacaba más años de los que quería contar. Lo odié al principio, pero luego aprendí a amarlo —prosiguió con voz ausente, casi nostálgica—. Yo obedecí la orden de mi padre —continuó ella, volviendo a clavar en mí sus ojos claros, duros como el cristal—. Y vos obedeceréis a

Kyros, porque estáis bajo su cuidado. No hay más que hablar.

—¡Lord Erroll tiene la edad de mi padre! —exclamé, ahogada.

Lady Nohr arqueó una ceja, divertida.

—Si seguís mis consejos, sabréis exactamente qué hacer con él. —Respondí con un silencio espeluznado—. Estoy segura de que seréis muy felices —añadió, con esa sonrisa perfecta que nunca parecía alcanzarle los ojos—. Y de que le daréis muchos hijos.

Tuve que apartar la mirada para que no viera la repulsión que había cruzado mi cara.

—Cuando os recuperéis del castigo—prosiguió—, mandaré a mi modista. Os tomará las medidas necesarias. Ahora que estaréis formalmente prometida, necesitaréis un vestuario de dama fae, no de niña. ¿Os parece bien?

Asentí, con el cuello rígido.

Que me pareciera bien o no, no le importaría en absoluto.

—Entonces descansad. Espero que os repongáis pronto —dijo, con una última sonrisa.

No respondí. Solo esperé, con los dientes apretados, a que la puerta se cerrara detrás de ella. Y cuando lo hizo, enterré el rostro en la almohada y dejé escapar un bramido que me quemaba por dentro.

No quería casarme con lord Erroll.

Tenía la edad de mi padre. No me gustaba la forma en la que me miraba, o cómo sus manos me tocaban cada vez que tenía ocasión. Aquella mañana, cuando mi caballo se había desbocado, ni siquiera se había molestado en buscarme. Había preferido esperar en la calidez del castillo a que alguien me encontrara.

Prefería que me azotaran mil veces más antes que compartir cama con aquel fae.

El resto del día lo pasé tumbada, con las uñas clavadas en las palmas, como si el dolor físico pudiera mantener a raya el otro, más profundo.

Fern intentó consolarme cuando le conté lo ocurrido, pero solo consiguió hacerme sentir más sola. Había pasado algo más de una luna desde que mi padre me había prometido al príncipe Ciro. Aquella vez, la noticia me había dolido. Esta… me había hecho

pedazos.

Conocía bien cuál era la tradición. Pero ahora que caía con todo su peso sobre mi espalda dolorida, la entendía menos que nunca. Yo no era un mero objeto del que opinar o al que regalar cuando se considerase oportuno. Mi cabeza no solo estaba destinada a amar ni mi cuerpo a gestar descendientes.

De pronto, entendí a las hermanas de la Orden Gris. Comprendí que fueran capaces de arriesgarse a sacrificar su naturaleza, su vida, antes que condenarse de aquella manera. Que prefiriesen servir a los demás antes que a alguien que solo las veía como una vasija. Hermosa para contemplar, y dura para embestir y rellenar.

Por un momento, pensé en huir. Buscar un caballo y desaparecer entre los bosques, como una sombra. Pero esta vez no tenía a Raen para acompañarme, y con Giry lejos de mí, temía las posibles consecuencias.

Desesperada, solo se me ocurrió escribir a mi tío, al rey Oberón. Si se lo suplicaba, él me ayudaría. Estaba segura. *Tenía* que estarlo.

—Al menos hoy no tendrás que asistir a la cena —dijo Fern, cuando la noche cayó—. Necesitarás tiempo para recuperarte. —Sus dientes se apretaron con furia—. Nadie tiene derecho a tratarte así.

—No pienso quedarme aquí encerrada —repuse, levantando la cabeza.

—¿Qué? —Me miró con los ojos abiertos de par en par—. ¿Por qué?

—Tengo que darle las gracias al Fantasma.

Fern puso los ojos en blanco.

—Lo que deberías hacer es mantenerte lejos de ese humano —me reprendió, con un tono tan severo que, por un instante, me recordó a mi madre.

—Necesito hacerlo, Fern.

Ella suspiró, derrotada.

—Sabes tan bien como yo que estás jugando con fuego.

—Entonces —murmuré, mirando hacia la ventana—, me arriesgaré a quemarme.

Cuando la luna asomó tras los torreones del castillo de Brumaverde, estaba ya en pie.

Cada paso era una punzada aguda, un recordatorio del castigo que aún ardía en mi espalda. Pero el dolor no era suficiente para detenerme. Al contrario, me sostenía, me empujaba. Quería que todos me vieran caminar. Quería contemplar la expresión de lord Kyros cuando me viera entrar en el Comedor Real. Quería demostrarle que yo era más fuerte que él. Quería demostrarle que no podía romperme por mucho que me golpeara.

Antes de salir, tomé los guantes del Fantasma que aún yacían sobre la cama, olvidados entre las sábanas. Los guardé con cuidado entre los pliegues de la amplia falda azul del vestido. Eran ásperos y parecían viejos, pero me gustó sostenerlos entre mis manos.

El castillo parecía contener la respiración cuando atravesé los corredores, buscando una cabellera blanca y una armadura negra. Los sirvientes bajaban la voz a mi paso mientras otros desviaban la mirada. Lo que había ocurrido en las dependencias de lord Kyros debía haber llegado a todos los rincones, pero, extrañamente, no me importó.

Doblé una esquina cuando, de pronto, una figura vestida con sedas vaporosas se interpuso en mi camino.

Los ojos de Nissa, la humana invitada de los Verlac, se hicieron más grandes cuando resbalaron por mí de la misma forma en que lo habían hecho aquellas carnes podridas esa mañana.

—Lady Vienna —susurró, sin molestarse en ocultar su sorpresa—. Pensé que no os vería después de…

Su voz se extinguió y mis labios se estiraron sin alegría.

—¿Después de *qué*?

Ella miró a un lado y a otro, y se acercó a mí. Contempló mis manos, como si deseara sostenerlas entre las suyas.

—Siento lo que os hizo lord Kyros. Lo siento, de verdad —murmuró. Su voz sonó como un quejido que trataba de contener—. Sé que algo así duele más de lo que nadie podría entender.

La observé durante un instante, desconcertada, antes de que la verdad me golpeara con la fuerza de una bofetada.

—¿A vos también…?

—Yo fui la que entregué la pomada a vuestra criada. Estaba muy preocupada cuando me encontró —me interrumpió, con una sonrisa

débil—. Aunque el dolor tardará en desaparecer un par de días, mañana ya no tendréis más que unas pocas marcas rosadas en la piel. Será como si nunca hubiese ocurrido —añadió, con una sonrisa amarga.

Estuve a punto de contestar, pero entonces una melodía llegó hasta mí. Giré el rostro hacia la negrura de la galería más próxima, donde a algún criado se le había olvidado encender los candelabros.

Reconocí la voz que ponía letra a aquella música oscura.

En los muros del deseo, donde el alma se desangra,
crece una flor en silencio. Ella tiembla, él la llama.

—Sair Erik —murmuró Nissa, que había seguido mi mirada—. Siempre canta cuando cree que nadie lo escucha. Pero, en este castillo, todos lo hacen.

Asentí, distraída, mientras la voz se acercaba poco a poco.

No nació para el olvido ni para la luz;
abre pétalos de sombra cuando el fantasma la reclama.

—Es una canción muy antigua, de cuando los faes llegaron a estas tierras y colonizaron a los humanos.

—Y los subyugamos —añadí, con un susurro.

—Supongo que es una forma de verlo —coincidió Nissa, con aquella media sonrisa, antes de volverse hacia mí. Yo no le devolví la mirada—. Hay quien cree que se trata de la historia de amor entre una fae y un humano que murió.

Su mirar es fuego antiguo; su caricia, tempestad.
Él la nombra y ella arde; él es niebla, ella sangre.

—Parece una historia triste —musité.

La voz del Fantasma pareció alejarse, y sentí como si un hilo invisible tirase de mi pecho hacia la melodía, hacia la oscuridad.

Hacia él.

—Las más bellas siempre lo son —suspiró Nissa—. Y están destinadas al fracaso. —Se separó unos pasos de mí y su mirada me recorrió de arriba abajo, antes de añadir—: Hoy habéis sido muy

fuerte. Ojalá todas lo fuéramos.

—Vos lo sois —me oí decir, pero ella ya me había dado la espalda y se marchaba como si huyera de mí.

El final de la canción llegó hasta mis oídos. Y, antes de que Nissa desapareciera por el recodo, eché a correr.

Y al alba, entre la bruma, cuando el mundo amaneció,
el fantasma quedó en ceniza, el fuego se hizo recuerdo,
pero en los muros del deseo algo sigue vivo…
y hambriento.

Lo vi enseguida, de espaldas, a pesar de que la única luz que lo iluminaba provenía de la luna que se colaba por el ventanal. Se dirigía a algún lugar, pero se detuvo cuando oyó mis pasos.

Y se volvió hacia mí.

Cuando me vio, su expresión cambió. Sus ojos se abrieron un poco más, al igual que los labios, aunque no llegó a pronunciar palabra. En mitad de aquella penumbra, con la luz plateada cayendo sobre él, parecía un ánima que había escapado del Abismo de los Inmortales.

Me acerqué con paso firme, sin apartar la mirada.

Me detuve frente a él a menos pasos de lo que permitía la decencia. Entre nosotros parecían flotar todavía las últimas notas de aquella canción.

Extendí las manos, con los guantes que él había dejado olvidados entre mis sábanas.

—Gracias —susurré—. *Erik*.

Durante un instante, nuestros dedos se rozaron. Sus yemas, callosas, acariciaron mi piel, que jamás tendría cicatrices. Y ahí permanecieron en contacto, arrancándome el aliento a bocajarro. Un hálito de fuego me bañó.

El Fantasma entornó la mirada y se inclinó levemente, arrastrando al mundo entero con él. Mis dedos lo apresaron con más fuerza, como si pendiese de un risco, y él fuera la piedra que no cedería.

O como si estuviese perdida en la negrura, y él fuera el único fuego que pudiese iluminarla.

—De nada, *Vienna* —susurró.

Retrocedió un paso y sus manos se separaron de las mías.

Se alejó con los guantes firmemente sujetos en un puño apretado, y desapareció allí donde pertenecía, donde canta la oscuridad.

19

Las lecciones de esgrima con sair Mikail comenzaron al día siguiente.

Aún me dolía la espalda, pero no pensaba mencionarlo. Si el capitán de la guardia había oído hablar de mis heridas, se cuidó muy bien de decirlo. Así que asistí a mi primera clase con el cuerpo magullado, los músculos ardiendo y una obstinación que era nueva para mí.

Sair Mikail era un maestro severo, pero más paciente de lo que había imaginado. Me llamaba «chico» cuando se olvidaba de mi nombre y «niña» cuando sus ojos descendían y descubrían la falda enredada en mis piernas. Su tono era seco, casi militar, pero tras la aspereza de sus órdenes había una leve contención, un respeto silencioso. Sabía que se moderaba conmigo, lo intuía en la forma en que apretaba los dientes para no gritar o en cómo desviaba la mirada cuando fallaba en exceso.

Aun así, progresaba. Lento, sí, pero avanzaba.

Dos lunas después, cuando el invierno llegó y las miles de flores que decoraban los jardines de los Verlac comenzaron a marchitarse, fui capaz de devolverle algunos golpes. Incluso llegué a rozarle el chaleco con el filo de la espada. Por un instante, creí que había logrado sorprenderlo, hasta que alzó el arma y, con un giro limpio, detuvo mi embestida y dejó la hoja a dos dedos de mi estómago.

Me quedé quieta, jadeando. Él sonrió.

Cuando no practicaba, me obligaba a llevar aros de plomo en las muñecas. Pesaban tanto que el dolor se me extendía hasta los hombros. Fortalecía mis brazos, aunque cada noche me dormía entre calambres, exhausta, sintiendo que mis manos ya no me pertenecían.

Las noticias llegaban desde todo el reino por palomas mensajeras. Las hermanas de la Orden Gris escribían poco, pero sus novedades eran alentadoras. Giry mejoraba. La fiebre había remitido por

completo y la piel comenzaba a cicatrizar. No mencionaban si preguntaba por mí o si recordaba a madre, pero bastaba con saber que vivía para que, aunque fuera por un instante, sonriera.

Lord Veyl, en sus cartas, afirmaba que la rehabilitación del castillo de Sombramar estaba pronta a terminar, aunque había retrasos por culpa de bandidos humanos que robaban y creaban alboroto. Algunas tardes me reunía con lord Kyros para revisar las cuentas y los impuestos que procedían de mi hogar. Las reuniones no solían prolongarse, porque desde que había alzado aquella rama de espino contra mí, el trato se había vuelto distante, incómodo. Más de lo que ya lo era antes.

Apenas me miraba, pero hablaba con corrección.

Yo escuchaba, tratando de absorber toda la información que pudiera, para cuando llegara el momento de retornar a casa.

Un regreso que no parecía ahora tan lejano. Mi tío, el rey, había contestado a mi carta en la que le explicaba mi compromiso indeseado. La respuesta no había sido positiva. Comprendía mis reservas sobre contraer matrimonio con un fae mucho mayor que yo, pero afirmaba que aquella unión me aportaría sabiduría y templanza. De aquel supuesto matrimonio con su hijo, el príncipe Ciro, no habló, como si nunca hubiera existido.

Cuando recibí aquella contestación, arrojé el pergamino al fuego.

Me había convertido en una moneda de cambio. Mi valor solo residía en el que me adjudicaban mis postores.

Y mientras tanto, lord Erroll me perseguía como una sombra.

Desde que lady Nohr había anunciado sus planes de casarme con él, el fae había perdido toda moderación. Cada noche me buscaba, me ofrecía su mano con un gesto teatral y me obligaba a bailar hasta el agotamiento en aquellas cenas eternas que organizaban cada día los Verlac. Su aliento a Sangre de Aurora, sus dedos húmedos rozando mi cintura… Todo en él me provocaba una repulsión que apenas lograba disimular.

A veces rezaba a los Inmortales para que algo ocurriera en sus tierras que lo obligase a volver, que me evitase su maldita presencia, pero ninguna plegaria era escuchada. Y así, noche tras noche, me dirigía al Comedor Real con la misma resignación con la que un

cordero avanzaba hacia el matadero.

Aquella noche era solo una más. Caminaba con la cabeza inclinada y los brazos ardiendo por culpa de las pulseras de acero que ocultaba bajo las mangas de terciopelo de mi vestido negro. Había estado a punto de quedarme encerrada en el dormitorio, después de que por la tarde me hubiera cruzado con Nissa, que se había acercado a mí para susurrarme: «Él no es el Hombre Rojo».

Cerca de las puertas del Comedor Real capté el resplandor de una cabellera blanca. Me sobresalté al verlo. Hacía varios días que no veía al Fantasma, o a Erik, como lo llamaba en mi mente cuando me encontraba a solas. Por lo que había escuchado, las rebeliones de los humanos en la frontera de la provincia de los Cuatro Ríos se habían recrudecido, y muchos bajo las órdenes de la familia habían perecido. Él había sido llamado como refuerzo, pero no sabía que había regresado.

Hasta hoy.

Todo su cuerpo parecía en tensión. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados en una mueca cruel. Aunque no había ningún enemigo cerca, su mano se posaba con fuerza en la empuñadura del mandoble.

Aceleré el paso, pero entonces él giró el rostro y me vio. Y, sin pronunciar palabra, me dio la espalda y se internó en el comedor.

Me quedé paralizada y sin aire, como si un puño invisible me hubiese golpeado en pleno estómago.

—¿Mi señora? —La voz de lord Erroll me sobresaltó. Se había acercado sigilosamente; su aliento rozaba mi mejilla.

Volví la cabeza y me topé con aquellos ojos pequeños, entrecerrados, brillando con un entusiasmo viscoso.

—Os estaba esperando —dijo, tendiéndome el brazo.

Resignada, lo acepté. Su mano, húmeda y tibia, se cerró sobre la mía con una familiaridad que me revolvió el estómago. Caminamos hacia el Comedor Real mientras mi mente se llenaba de un zumbido constante, tan agudo como el recuerdo del látigo de lord Kyros.

La cena me resultó insoportable.

Lord Erroll no dejó de hablar ni por un segundo. Su voz nasal se alzaba por encima de las conversaciones, y su risa, demasiado

aguda, hacía que incluso la Sangre de Aurora se volviera agria en la lengua.

Lady Odile estaba sentada a mi otro lado. Aunque no intercambiamos palabras, me observó durante toda la cena con una expresión imposible de descifrar. A veces creía ver en sus ojos un destello de diversión, pero en otras me parecía atisbar un ápice de compasión.

Ella sabía tan bien como yo que podía estar contemplando su futuro.

Cuando el banquete terminó, los músicos comenzaron a tocar y nos trasladamos al salón de baile. La melodía que llegó hasta mis oídos me recordó más a una marcha fúnebre que a una canción con la que se pudiera danzar.

Normalmente, aunque el Fantasma permanecía tras el asiento de lord Kyros, en guardia, se marchaba cuando la familia y los invitados pasaban al otro salón. Aquella noche, sin embargo, siguió a los Verlac de cerca.

Demasiado, porque cuando la multitud me empujó, mi cuerpo golpeó contra él. Durante un instante, cada uno de mis huesos estuvo incrustado en cada borde de su armadura. Sus manos, cubiertas con los guantes que le había entregado, me aferraron por los brazos, ocultas entre las otras extremidades que nos cercaban y nos aplastaban.

Cuando nuestros ojos se cruzaron, creí ver un ápice de dolor antes de que apartara la vista con hosquedad.

Se alejó de mí siguiendo la estela de lord Kyros, que se colocó en mitad de la inmensa estancia, con toda la multitud rodeándole.

Como si estuviese a punto de anunciar algo.

El estómago se me contrajo.

—Parece que ha llegado el momento —susurró lord Erroll junto en mi oído.

Clavé la mirada en el fae, que alzaba las manos pidiendo silencio. Su rostro brillaba de sudor.

Jadeé, me costaba respirar.

No, pensé. *No, por favor. No ahora.*

El murmullo en la sala se apagó hasta convertirse en un silencio

expectante.

El Fantasma no miraba a lord Kyros. Me miraba a mí.

—¡Amigos y huéspedes! —exclamó lord Kyros—. ¡Tengo el honor de anunciar una noticia que llenará de alegría a este castillo tanto como a mí me llena de orgullo!

Mis manos se crisparon sobre la falda.

No, no, no. ¡No!

—¡Nuestra invitada de honor, confiada a nuestro cuidado por el propio rey, lady Vienna Daaé, señora de la provincia de Sombramar, contraerá matrimonio con lord Erroll, heredero de la provincia de Umbría y querido amigo desde hace décadas!

El estallido de los aplausos fue inmediato.

El mundo pareció torcerse.

Ruborizada y tiritando de arriba abajo, no pude hacer otra cosa que dar un paso al frente junto a mi prometido e inclinarnos a la vez frente a todos. Temblaba sin control, mientras lord Erroll sonreía y saludaba como un maldito monarca.

Cuando alcé la vista, busqué desesperadamente entre los rostros de los nobles, las miradas de los criados, las risas y las copas alzadas. Pero el Fantasma ya no estaba allí.

Una fila comenzó a formarse ante nosotros. Felicitaciones, reverencias, sonrisas vacías.

Todo era una farsa.

Todo me recordaba demasiado a la noche de mi Ceremonia de Mayoría de Edad.

Lady Nissa, de pie en un extremo de la estancia, con una bebida en la mano, me observaba en silencio. Cuando notó que la miraba, esbozó una media sonrisa.

Alzó su copa, brindando hacia mí, y terminó con el contenido de un solo trago.

Su gesto fue tan lento, tan calculado, que sentí que cada gota de alcohol que caía por su garganta resbalaba también dentro de la mía.

—¡Que abran el baile los prometidos! —gritó alguien entre risas y copas. El clamor de aprobación fue inmediato, atronador.

Sentí una súbita náusea trepar por mi garganta, pero, aun así, no

tuve más remedio que seguir a lord Erroll hasta el centro del salón.

Los músicos comenzaron a tocar una melodía que me recordó demasiado a la canción que tarareaba Erik. Bailar aquella cadencia con aquel fae era algo parecido a una herejía, pero intenté esbozar la sonrisa más luminosa de todo mi repertorio durante el tiempo interminable que duró la danza.

Él me guio con cierta dureza. Demasiado cerca, demasiado ansioso. Su mano en mi cintura era una piedra; su respiración, un roce nauseabundo contra mi sien. Cuando la pieza terminó, intenté alejarme, pero su voz me detuvo.

—¿Ya me abandonáis? Tened piedad por vuestro futuro marido.

Aquella última palabra me heló los huesos.

No fueron uno ni dos bailes más. Fueron tres.

Y cada uno me resultó más largo, más asfixiante que el anterior. Mis brazos pesaban bajo las mangas y un sudor frío resbalaba por mi espalda.

Cuando una nueva canción arrancó, me aparté. No podía soportarlo más.

—Disculpadme —dije, procurando mantener la voz firme—. Necesito salir un momento. Me siento muy acalorada.

Los ojos del fae se entornaron y su sonrisa se torció en algo parecido a una mueca.

—Os acompañaré. —Antes de que pudiera responder, su mano ya se había enroscado alrededor de mi brazo, firme como un grillete.

Tiró de mí, arrastrándome por el Claustro de Seda, hasta casi llegar al otro extremo. El lugar estaba desierto, el helor de la noche cortaba la piel. No había nevado, aunque el hielo envolvía de cristal las rosas que cubrían los matorrales del jardín. Las espinas resplandecían como cuchillos bajo la luna. Los lirios del valle, salpicados aquí y allá, parecían fragmentos de estrellas caídas.

Nuestras respiraciones creaban nubes de tormenta entre nosotros.

La música había quedado demasiado atrás, ahogada por el rumor de las carcajadas.

—Me gustaría pasear sola, mi señor —protesté, tratando de detenerme—. Si no os…

—*Me importa* —me interrumpió él, sin soltarme. Sus dedos se

cerraron con tal fuerza que un dolor punzante me recorrió el antebrazo—. ¿Es así como piensas hablarle a tu futuro marido?

Su tono había cambiado. No daba opción a réplica.

Me arrastró unos pasos más hasta la pared norte del claustro y me empujó contra la piedra. Los sobrerrelieves de flores y espadas se clavaron en mi piel. El golpe me cortó la respiración.

Antes de que pudiera gritar, su mano cubrió mi boca.

—He oído lo que le hiciste a Odile Verlac —escupió, y su voz, grave y cargada de algo que no había escuchado hasta entonces, me erizó la piel—. No creas que disfrutarás de la misma libertad en Umbría. Si alguna vez tocas un arma o hablas fuera de turno, te cortaré las manos yo mismo. Y la lengua.

Sus palabras fueron cuchillos, clavándose una tras otra en mi cuerpo.

—Sol… soltadme… —jadeé entre dientes, luchando por respirar.

A regañadientes, aflojó la presión, pero no se apartó. Sus ojos seguían fijos en mí, tan llenos de deseo como de amenaza.

—Seré un buen marido —murmuró—, si aprendéis a ser una buena esposa.

Levantó la mano y por un momento pensé que me iba a abofetear. No obstante, lo único que hizo fue deslizar su dedo índice desde la mejilla hasta mi barbilla.

El contacto me revolvió el estómago.

Su aliento, caliente y espeso, me golpeó la cara mientras él me sujetaba contra la fría piedra del claustro. Las risas y la música se desvanecían a lo lejos. Solo quedábamos él y yo, y el miedo y el asco que amenazaban con sepultarme.

—Lo primero que haré será encargarte vestidos nuevos —murmuró, con los ojos clavados en mi escote—. Con esos cuellos tan altos pareces una hermana de la Orden Gris.

Intenté cubrirme con las manos, pero él me las apartó con un golpe seco y las sujetó con una sola palma. El pánico ascendió por mi garganta. Cuando su boca se abalanzó, entreabierta, supe que de nada serviría suplicar. Le golpeé sin pensar con la pulsera de acero de mis muñecas.

El impacto fue seco, y le arrancó una maldición y un diente.

Retrocedió unos pasos, con la sangre caliente resbalando de su boca.

Se quedó paralizado por la sorpresa durante un momento.

—Niña estúpida —graznó, antes de arrojarse contra mí.

Mi bofetada había incrementado su ira, su deseo y sus fuerzas. Aquella vez, por mucho que intenté zafarme, no logré desembarazarme de él. Mientras una de sus manos aferraba con fuerza mis extremidades, la otra se enredaba intencionadamente en el pelo y tiraba de él, alzándome el rostro. Hundió sus huesos en los míos, arrancándome una exclamación de dolor. Su perfume fuerte me mareaba.

Aquel segundo peso sobre mí no fue solo el de su cuerpo, también el de la impotencia que tantas veces había sentido sin siquiera haber sido consciente de ella. No sabía cuál de los dos me ahogaba más.

Tiró de las mangas de mi vestido con tanta insistencia, que logró rasgarlas y dejar mis hombros al descubierto. Aquello lo animó, porque la presión de sus manos se incrementó y me hizo soltar un alarido de dolor.

—¡Dejadme! —supliqué, con la voz entrecortada por el terror—. ¡Por favor! ¡Por favor! Dejadme marchar. No me toquéis más.

—Vuelve a abrir la boca, y te la parto —me amenazó él. El siseo de mi falda al romperse me provocó vértigo—. Deberías sentirte afortunada de que un fae como yo se haya fijado en una huérfana.

Giré la cara a tiempo y sus labios solo llegaron a rozarme la mejilla. Tenía fuerza para obligarme a hacer lo que él quisiera, pero no iba a permitirle que apretara su boca contra la mía.

Él, con un gruñido, hincó los dientes en mi hombro desnudo y me hizo chillar.

—¡Basta! —grité. La voz ya ni siquiera parecía mía—. Como no os apartéis, ¡os mataré! ¡Lo juro! ¡OS MATARÉ!

La violencia de la bofetada que me propinó me hizo volver el rostro y llenó mi cabeza de niebla. De mis ojos escaparon lágrimas de dolor. Sus dedos, repletos de anillos, dejaron huellas ardientes en mi cara.

Entre la oscuridad reinante y las lágrimas, creí avistar una figura borrosa. No tuve tiempo de abrir la boca y pedir ayuda, porque lord

Erroll me sujetó el cuello con ambas manos y me obligó a fijar la mirada en él. Parecía disfrutar lo que veía.

—Me gusta que se resistan, así que retuércete todo lo que quieras —me susurró al oído, gélido.

Una de sus manos sujetó mi antebrazo, mientras la otra descendía, apretando mi pecho, mi cintura, en el camino. Si notó el peso de las pulseras de acero bajo las mangas abullonadas, no dijo nada. O ni siquiera le importó. Su deseo lo cegaba.

Sus dedos apartaron a golpes los jirones en los que se había convertido mi falda. El tacto de su piel en mis piernas me produjo una poderosa arcada.

No podía hacer nada. Él tenía la fuerza necesaria para someterme, para hacer conmigo lo que quisiera, para rasgar cuantas faldas desease.

Respiré hondo y puse la mente en blanco, obligándome a volar lejos de él, a donde sus dedos no pudieran alcanzarme por muchas veces que me tocaran.

Pero, de golpe, unos ojos grandes, negros como la noche más oscura, aparecieron frente a mí, a apenas un suspiro de distancia. Brillaban con una incandescencia peligrosa.

Unas manos callosas aparecieron tras aquella mirada diabólica, anclándose en las mejillas de lord Erroll. Se hundieron en ellas, las arañaron, tirando del fae para apartarlo de mí.

Boqueé, en busca de orientación y aliento, mientras mi corazón parecía a punto de salirse del pecho de un momento a otro. Miré a un lado y a otro, confundida, antes de bajar la mirada.

Lord Erroll yacía sobre las frías piedras del claustro, sacudiéndose como un enfermo delirante. A horcajadas se hallaba el cuerpo del Fantasma, inmovilizándolo. Tenía las mejillas enrojecidas, jadeaba, y su cabello suelto volaba salvaje alrededor de su rostro.

Mi resuello llamó su atención. Desvió durante un instante sus ojos bestiales hasta mí, hacia el lugar en donde la falda se abría y mis hombros quedaban al descubierto.

Pagó cara su distracción, porque en el momento en que volvía a dirigir su mirada hacia el fae, lord Erroll se llevó la mano al chaleco, y desenvainó un puñal que debía tener escondido en un bolsillo

oculto.

Aunque Erik se apartó a tiempo, la hoja del arma le rozó la armadura. Produjo un sonido metálico que me estremeció.

—Humano, apártate —siseó lord Erroll, mientras se ponía en pie con lentitud. La rabia desorbitaba su mirada—. Esto no es asunto tuyo.

Erik gruñó una maldición que no alcancé a oír y se incorporó, aproximándose a mí. De nuevo, lanzó una mirada a mis hombros desnudos y la falda destrozada.

Me cubrí con los brazos todo lo que pude y aparté los ojos, avergonzada. Jamás había un visto un brillo tan sangriento y rabioso en sus pupilas. En las de nadie, en realidad.

—Yo creo que *sí* lo es.

Lord Erroll se deshizo del chaleco y se llevó las manos al cinto, del que pendía su espada. La desenvainó con presteza y la colocó frente a sí, haciendo oscilar su extremo afilado entre Erik y yo.

—¡Si intentáis atacarnos, lord Kyros os castigará! —dije, con voz entrecortada, mientras retrocedía.

Con los ojos a punto de saltar de mis órbitas, contemplé muda de terror cómo mi prometido se acercaba, sin dudar.

—No tiene por qué enterarse. Los cadáveres no pueden hablar —murmuró lord Erroll, ladeando ligeramente el rostro—. Y si lo hiciera… ¿qué importancia tendría? ¿Cuánto vale la palabra de un humano? ¿Y la de una huérfana desagradecida?

Un violento temblor me sacudió. Aquellas palabras me golpearon con más fuerza de la que me habían propinado sus manos.

—No gastes saliva, florecilla —me susurró Erik, sin apartar la mirada de él—. No te servirá de nada. Vete de aquí y enciérrate en tu dormitorio.

—Pero… —No podía dejarlo. No después de lo que había ocurrido.

El tiempo para dudar se terminó. Lord Erroll arremetió contra nosotros y el hombre tuvo que tirar bruscamente de mi hombro para apartarme de la trayectoria de la espada.

Sin mirarme, me colocó algo frío entre las manos. Era un puñal.

—Quédate a mi lado.

Lord Erroll cayó sobre nosotros, silencioso y oscuro como una

sombra. A pesar de que sujetaba una espada tan grande y pesada como la del Fantasma, la movía con agilidad, como si no se tratase más que de una simple aguja. Todos los faes aprendían esgrima desde el mismo momento en que sabían caminar. Por muy extraordinario que fuera Erik, aquella batalla no estaba ganada.

El Fantasma detuvo la embestida de lord Erroll, aunque sus pies derraparon contra la piedra, antes de alejarlo de una patada brutal. El fae trastabilló, envuelto en una sarta de maldiciones.

Retrocedí con los gritos ahogados en la garganta. Las espadas entrechocaban una y otra vez, cantando una melodía mortal que me ponía el vello de punta.

Noté cómo algo me estrujaba el corazón cuando lord Erroll se colocó de espaldas a mí, con toda su atención centrada en el Fantasma. Al fin y al cabo, no tenía por qué preocuparse de alguien como yo. Era simplemente una joven fae huérfana e indefensa.

¿No?

Una brazada de viento frío acarició mi espalda, desnuda por la tela rasgada del vestido que el fae había destrozado.

Bastardo.

Me abalancé sobre él.

Lord Erroll se giró a tiempo y me sujetó. Su cuerpo volvió a apretarse contra el mío, y aquel nuevo contacto me provocó otra náusea de asco y furia. Aullé, sin poder controlar aquel grito que crecía en mi interior, y con un giro brusco, logré desembarazarme de él.

De pronto, sus manos se alzaron, con la espada bien sujeta entre ellas. El brillo del metal, bajo la luna, me deslumbró durante un instante. No pensé. Mi instinto gritó y enterré el filo hasta la empuñadura.

El sonido fue húmedo. Brutal.

Un líquido caliente me empapó las manos.

Sangre.

El puñal no cayó. Permaneció clavado en su pecho, vibrando. Lord Erroll me miró con los ojos abiertos de par en par, como si aún no comprendiera lo que acababa de pasar.

—Tú... —balbuceó, alzando una mano temblorosa hacia mí.

No llegó a terminar. El estertor que brotó de su garganta fue espeso y ronco, y después su cuerpo se vino abajo, hundiéndose sobre la hoja. Produjo un crujido sordo, como el de los huesos al romperse.

Me cubrí la boca con las manos para no gritar, pero sentí la sangre pegándose a mis labios. Su sabor metálico me revolvió el estómago.

El Fantasma se giró con lentitud hacia mí. Envainó la espada, sin apartar sus ojos de los míos. Por un instante, el mundo se redujo al sonido de nuestras respiraciones entrecortadas.

—¿Está…? ¿Está muerto? —pregunté con la voz hecha trizas.

Él se inclinó, empujando el cuerpo con la punta de su bota hasta dejarlo boca arriba. Los ojos vacíos de lord Erroll se quedaron fijos en mí. Vidriosos, acusadores.

—Le has dado en el corazón —contestó con calma—. No ha tenido tiempo de sufrir.

Ojalá lo hubiera hecho, añadió una voz que siseaba en mi mente.

Erik frunció el ceño cuando descubrió el temblor de mis manos. Caminó hasta mí y, sin decir palabra, me sujetó de la barbilla, obligándome a levantar los ojos. Su mirada era tan honda, y estaba llena de tanta oscuridad, que consiguió detener las lágrimas tras mis pupilas.

—Si no lo hubieses hecho, ese fae que es descendiente de los Inmortales te habría… —Su gesto se endureció y cerró los ojos durante un instante, como si estuviese intentando calmarse—. Corre. Vuelve a tu habitación. Deshazte del vestido y no salgas hasta el amanecer. Tú no has visto nada. Tú no has hecho nada. ¿Entendido?

—¿Y…? ¿Y el cuerpo? —tartamudeé, mirando el cadáver y la sangre que se extendía en la piedra—. ¿Qué… qué vas a hacer con él?

—Lo mismo que harás tú con ese traje roto.

—¿Y si te…?

—Nadie me verá, Vienna. —Erik inclinó el rostro y una sonrisa horrible retorció sus labios—. Y si alguien lo hace, apartará la mirada. Soy el Fantasma.

El filo de su voz me atravesó más que el acero. Alzó una mano y la acercó a mí. Sin embargo, sus pupilas volvieron a caer sobre mi

hombro desnudo, y su mano se convirtió en un puño convulso antes de bajarla de golpe.

—Ahora, márchate.

Eché a correr. No miré atrás. Los pasillos me parecieron interminables, y el aire que corría por ellos, insuficiente. Cada paso resonaba como un golpe de tambor. Mi corazón deseaba reventar. Si alguien me veía, si alguien me detenía… estaría perdida.

Por primera vez, los Inmortales me escucharon. Llegué a mi dormitorio sin cruzarme con un alma. Cerré la puerta con un golpe e inspiré hondo, como si emergiera de aguas profundas.

El silencio, solo roto por los crujidos que provenían de la chimenea encendida, me envolvió. Me arranqué el vestido y lo arrojé a un rincón. La tela aún caliente de sangre ajena se pegaba a mis dedos.

Me quedé en ropa interior, temblando, y me acerqué a la palangana que siempre dejaba Fern junto al tocador.

El agua reflejó un rostro que no era el mío. Había sangre en mis labios, en mi cuello, en la piel de mis brazos. Una joven fae de ojos vacíos me miraba desde el fondo del recipiente, y comprendí, con una calma casi insoportable, que lo que quedaba de mi inocencia había muerto con el preciso golpe que me había salvado la vida.

Me lavé lo mejor que pude, rascando la sangre de mis manos y de mi cara hasta dejar la piel completamente limpia. Cuando terminé, el agua había adquirido un tinte rojizo que estuvo a punto de hacerme vomitar. La tiré por la ventana sin dudar.

Con el aliento contenido, me volví hacia el vestido arrugado. Era una simple masa informe de tela, pero su sola visión me resultaba escalofriante. Apreté los dientes y, sin dudar, lo arrojé a las llamas, dejando que se consumiera en ellas.

Lo observé con los ojos vidriosos, sintiendo el calor del fuego fustigar mi cara.

Ahí estaba la dama que debía haber ardido en el Palacio de los Vientos. Lo poco que quedaba de lady Vienna se encontraba ahora rodeado de llamas, quemándose como le había ocurrido a su familia.

Cerré los ojos y una lágrima corrió por mis mejillas.

Ahora solo era Vienna.

La huérfana.

La asesina.
La viuda.
La única que podía sobrevivir a esta locura.

20

Aquella noche ni siquiera me acosté en mi cama. Permanecí en ropa interior, frente a la chimenea encendida. Ni siquiera me quité las pulseras de acero.

Mi mirada se balanceaba entre el fuego y la puerta, esperando a que se abriese de golpe y apareciese lord Kyros, con una hueste de soldados a su espalda para matarme allí mismo.

Pero el cansancio me acabó sepultando, y mi sueño estuvo plagado de puñales que se clavaban y de sangre que salpicaba.

Cuando la puerta se abrió y yo me desperté con un grito, solo era sair Mikail, para su clase de esgrima diaria.

Aunque vio las manchas secas que decoraban las mangas de mi ropa interior, no pronunció ni una palabra al respecto. Me pidió que me vistiera y comenzó su lección como cada amanecer.

—No, así no, chico. —Una pausa, un bufido—. Quiero decir, chica. Tienes el brazo demasiado rígido. Suéltalo, ¡suéltalo!

Intenté relajar los músculos, pero mis brazos parecían ramas a punto de quebrarse, doloridas y secas tras el invierno.

—Creo que deberíamos dejarlo por hoy —gruñó sair Mikail, arrugando el ceño—. Es tarde. Pronto traerán el desayuno.

—Lo siento. —Bajé la espada. Sonó hueca cuando rozó el suelo de piedra—. Estoy distraída.

Tardó demasiado en responder.

—Sí, es algo evidente.

—Mañana lo haré mejor. Os lo prometo.

—Las promesas no son más que agua que escapa de las manos. Cuando lo compruebe, te creeré. —Envainó su arma y caminó hasta la puerta de mi dormitorio. Cuando se giró de nuevo hacia mí, volvía a ser el capitán de la guardia de los Verlac, y yo, una fae de alta cuna—. Que tengáis un buen día, lady Vienna.

—Os deseo lo mismo, sair Mikail.

La puerta se cerró con un sonido suave. Me dejé caer al suelo. El

aire olía a sudor y a metal.

Ayer habrías estado orgulloso de mí, pensé. *Fui precisa. Rápida. Tan rápida que lord Erroll no entendió que lo había apuñalado hasta que empezó a desangrarse.*

Aquella fue la razón por la que quise aprender a usar una espada. Para poder defenderme. Para no volver a ser una presa. Una flor que arrancar.

Pero aquel sentimiento se mezclaba con algo más oscuro. Una náusea constante.

Había matado a un fae.

A mi futuro marido.

Nunca había creído que quitar la vida a alguien en defensa propia pudiese resultar tan doloroso ni tan horrible.

Mi padre había matado a cientos. Ese mismo fae que me había sentado en sus rodillas tantas veces, o lord Wynn, su mejor aliado, que siempre nos había traído a mis hermanos y a mí dulces cuando acudía de visita.

Había oído que en la última revuelta humana habían asesinado a cientos de personas. Yo lo había admirado por su fuerza. Pero ahora comprendía lo que significaba tener las manos manchadas. Lo que pesaba esa sangre, cuando ya no se podía limpiar del todo.

Cerré los ojos. El estómago se me revolvía. Si seguía pensando, vomitaría.

—¡Vienna!

El grito me arrancó de mis pensamientos. La puerta se abrió de golpe. Fern apareció en el umbral, sudorosa y pálida.

Mis manos, cerradas en torno a la espada que había estado a punto de esconder, se crisparon.

—Lord Kyros y lady Nohr solicitan tu presencia urgente en el desayuno —continuó, un poco más serena.

—Voy enseguida —murmuré, y me obligué a incorporarme.

La sangre se me había helado en las venas. Notaba cómo el corazón me latía en las sienes. El suelo temblaba bajo mis pies.

—No… no quiero alarmarte, Vienna. Pero creo que se trata de tu prometido.

El aire se me atascó en la garganta.

Lo han encontrado, pensé. *Han hallado el cadáver.*

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté, con voz quebrada. No tuve que fingir el balbuceo.

—Dicen que lo han atacado. Lo escuché de un pinche de cocina. Pero… no debería haberte dicho nada —contestó Fern, bajando la mirada—. Debemos darnos prisa. Te esperan.

El sudor me pegaba el vestido al cuerpo y el cabello era un enredo de nudos y desesperación. Me cambié con torpeza. Fern me cepilló sin hacer preguntas, con las manos temblorosas.

Uno de los guardias de los Verlac me esperaba en la puerta de mis habitaciones. Por un instante recé a La Plateada para que se tratara del Fantasma.

No lo era.

Sentí un vacío helado abrirse en mi pecho. ¿Y si alguien lo había visto? ¿Y si habían decidido no apartar la mirada?

Lo decapitarán si descubren lo que hizo, pensé, despavorida.

—¿Lady Vienna? —la voz del soldado me devolvió al presente.

Al levantar la vista lo reconocí. Era el mismo joven al que le había arrebatado la espada aquella mañana, hacía ya varias lunas. Parecía incómodo, casi arrepentido de estar ahí.

—Si hacéis el favor de acompañarme… —murmuró.

Asentí. Comenzó a caminar delante de mí, rígido, con la mano sobre la empuñadura, como si temiera que se la arrebatara de nuevo.

—¿Os metí en problemas… cuando os pedí vuestra arma? —pregunté en voz baja.

—N… no, mi señora. Ninguno. —Era una mentira y ambos lo sabíamos.

Aceleré el paso para ponerme a su altura. Había algo en su rostro que me arañaba la memoria.

—¿Acompañasteis a lord Veyl y a lady Nohr a Eras? —pregunté.

—No, mi señora. Nunca he salido del Valle de los Cuatro Ríos.

—Entonces, debo confundiros con alguien.

—Tengo una cara muy común, lady Vienna.

Avanzamos en silencio hasta la puerta de las dependencias de lord Kyros, el mismo lugar donde había sentido las ramas de espino

contra mi espalda. Aunque las heridas habían desaparecido, todavía podía notar el escozor y la sangre caliente resbalando por mi cintura.

Me obligué a respirar hondo, a reprimir el escalofrío que luchaba por abrirse paso.

El guardia golpeó dos veces la puerta.

—¡Lady Vienna Daaé! —anunció.

Entré con cautela, como si temiese hallarme con el espectro de mi antiguo prometido allí. Sin embargo, no encontré más que la figura agarrotada de lord Kyros y a lady Nohr, que untaba miel en un panecillo con calma.

En el centro de la mesa de desayuno había un jarrón repleto de lirios del valle.

El olor dulzón de la infusión que el fae tomaba impregnaba el aire de la estancia hasta hacerlo irrespirable.

—Puedes retirarte —dijo lady Nohr, sin mirar al guardia.

Él asintió y cerró la puerta tras de mí.

—Lady Vienna —dijo lord Kyros, clavando sus ojos grises en los míos—. Acercaos. Desayunad con nosotros. Estáis pálida.

Hice lo que se me indicaba, y tomé asiento entre la fae y él. La mesa estaba cubierta de todo tipo de dulces, panes y bebidas frías, pero sentía el estómago demasiado cerrado como para intentar probar bocado. Me retorcí las manos sobre la falda y alcé la mirada para contemplarlos. No me anduve con rodeos.

—¿Qué ha pasado?

El silencio se extendió un instante.

—He oído… que ha ocurrido algo —insistí, apenas rozando el aire con la voz—. Con mi prometido.

Lady Nohr se detuvo a mitad del gesto. El cuchillo quedó suspendido entre sus dedos, chorreando miel dorada.

—¿Lord Erroll? —preguntó con una suavidad tan precisa que helaba.

Sentí las manos sucias otra vez. Calientes. Como si aún estuvieran manchadas de su sangre.

—Las criadas son un enjambre de lenguas —suspiró ella, dejando el panecillo intacto—. Contadme, Vienna, ¿qué es exactamente lo que habéis oído?

—Nada… Solo un rumor —mentí.

Lady Nohr se inclinó con los ojos fijos en mí.

—Al amanecer, nos ha llegado una paloma mensajera. Han… encontrado el cuerpo sin vida en las proximidades de un burdel, La Casa de Terciopelo. —Su voz era un hilo de seda tensa—. Lo han matado.

—¿Qué…? —murmuré, con un nudo en la garganta.

—Una puñalada, directa al corazón —añadió, casi con admiración —. Quien lo hizo, sabía lo que hacía.

Asentí, tragando saliva.

No te mires las manos. No las mires.

—No será esa la versión que se proporcione, por supuesto. Que un fae sea encontrado cerca de un prostíbulo humano sería… catastrófico. Imagino que lo lamentaréis mucho —añadió ella, alzando la copa. Sus ojos me sonrieron por encima del borde—. Aunque claro… ya no tendréis que casaros con él.

—¡Yo no quería que muriera! —La voz me salió rota, demasiado alta, aunque otra voz oscura hizo eco en mi cabeza: *¿De verdad?*

Lord Kyros me puso una de sus manos blancas y sudorosas en el hombro, intentando reconfortarme.

—Lo sabemos, querida —dijo, esbozando una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—¿Se… se ha averiguado quién…? —*No te mires las manos. ¡No te mires las manos!*

—Eso esperamos descubrir —intervino lady Nohr. Dejó la copa sobre la mesa y rozó el jarrón repleto de lirios del valle. El sonido que produjo me hizo temblar—. Con vuestra ayuda.

—¿Mi ayuda? —El corazón me dio un vuelco.

—Anoche —continuó ella, mientras se reclinaba hacia atrás—, muchos vieron cómo lord Erroll os arrastraba hacia el Claustro de Seda. ¿Os hizo algo?

Había habido testigos, pero ninguno se había molestado en socorrerme. Mis manos se convirtieron en puños.

El odio eclipsó por un segundo la culpa.

—Intentó… —dije, bajando la voz—. Intentó forzarme. Yo me defendí.

—Ya lo suponíamos —murmuró Kyros, con una calma que dolía—. Varias de nuestras criadas oyeron vuestros gritos.

Las manos se me cerraron en dos convulsos puños. ¿Por qué nadie trató de ayudarme? Si sabían lo que estaba ocurriendo, ¿por qué nadie había intentado detenerlo?

Me clavé las uñas en las palmas.

—Logré escapar —añadí con frialdad—. Corrí hasta mi dormitorio y no salí en toda la noche. Volví por un camino distinto al habitual porque… el vestido…

—Ya imaginamos en qué estado quedó —me cortó lady Nohr, moviendo una mano como si apartara un insecto.

El silencio que siguió fue largo, casi insoportable.

Sabía que no creían del todo aquella verdad. Lo vi en la forma en que lord Kyros bajó la mirada, y en la sonrisa que lady Nohr no terminó de borrar.

—¿Y no visteis a nadie más? —insistió.

—No… no tuve la oportunidad de fijarme —dije, sin entender la nota temblorosa que vibró en su voz—. Estaba… ocupada.

—Es comprensible, querida —dijo lord Kyros, procurando parecer sereno, aunque su mirada se desviaba una y otra vez hacia la fae sentada a mi lado. Había algo que se escondía tras esa calma impostada. Algo que hervía.

—¿Qué va a ocurrir conmigo? —pregunté. La voz me salió más baja de lo que pretendía—. ¿Se me buscará… un nuevo prometido?

—No. —El fae bajó los ojos hacia su copa, donde todavía humeaba la infusión de lirios del valle—. Hemos decidido que lo mejor será dejar el matrimonio a un lado por ahora. Sois joven. Quizá… nos hayamos precipitado con lord Erroll.

Respiré hondo. Por primera vez en mucho tiempo no sentí como si unas manos invisibles me apretasen el pecho.

—Deberíais guardar el luto con más recato —intervino lady Nohr, sin mirarme directamente—. Realizaremos una ceremonia en honor a lord Erroll, y su padre anciano acudirá. Y no creo que le complazca ver a su prometida tan… *serena*. —Esbozó una sonrisa gélida cuando palidecí—. Así está mejor.

Bajé la mirada. La calma se me escurrió de las manos.

—La ceremonia se llevará a cabo dentro de cuatro días, cuando lord Heaton llegue al castillo —dijo lord Kyros, observándome con cansancio—. Hasta entonces, os pediría que permanecierais en vuestra habitación. *Llorando* vuestra pérdida.

—Por supuesto, mi señor.

Lo vi alzar la copa para llevársela a los labios. Sus manos temblaban ligeramente y parte de la infusión se derramó sobre la mesa. El olor dulzón de los lirios del valle me revolvió el estómago.

—¿Os sabe bien? —pregunté, sin pensar.

Él alzó las cejas, sorprendido.

—¿Esto? Apenas noto ya el sabor. —Sonrió con cierta tristeza—. La tomo desde hace tantos años que es como beber aire. —Soltó un suspiro—. Últimamente la necesito más que nunca. Con todo lo que está… —Calló, de golpe, antes de añadir—. Pero no os preocupéis, querida. Solo son achaques de un viejo.

—Sé que hay problemas con humanos en las fronteras de la provincia—dije, despacio—. Espero que puedan solucionarse.

—Malditos criados —murmuró lady Nohr, moviendo la cabeza con desdén—. No escuchéis los rumores. Mientras estéis dentro de estos muros, nadie os hará daño. Ni a vos ni a nadie.

—He enviado a mis mejores soldados para contenerlos —añadió lord Kyros, sin percatarse de la mirada que le lanzó su cuñada—. Deberían bastar.

—¿Sus mejores hombres? —repetí, notando un nudo en el estómago.

El Fantasma, me susurró una voz.

—Mi señor —intervino lady Nohr, con su voz envuelta en terciopelo —. No deberíais inquietar a nuestra invitada con asuntos que no son propios de las damas. Hay noticias más… personales.

Me miró, midiendo cada palabra.

—Las hermanas de la Orden Gris han escrito —dijo, tras unos instantes de tenso silencio—. Vuestra hermana mejora. Ha superado la infección.

Mi respiración se detuvo. Por un instante, todo se desvaneció: el asesinato de lord Erroll, las manos manchadas de sangre, aquellos aposentos y sus recuerdos, y solo quedó el rostro redondo de Giry,

sin aquella horrible quemadura devorando su piel.

—¿Está… consciente? —pregunté.

—Sí —asintió—. Pasea ya por los claustros. Dicen que las hermanas le han tomado cariño. Aunque… —prosiguió lady Nohr, acariciando el borde de su copa, ya vacía—, ha visto su reflejo. Hubo que sujetarla entre tres hermanas para calmarla.

Sentí que la sangre se me helaba. La respiración se perdió de camino a mis pulmones.

—Desde entonces —añadió con suavidad—, suplica veros. A gritos.

Bajé la cabeza, con los dientes clavados en los labios. El dolor me ayudaba a controlar las lágrimas que estaban desesperadas por escapar de mis ojos.

—Si sigue mejorando —añadió lord Kyros, rompiendo el silencio—, pronto podréis verla. Y todo volverá a su lugar.

Sacudí la cabeza por toda respuesta. Aquello no era más que una promesa vacía. Nada volvería a ser como antes.

La normalidad había ardido entre los muros de mi castillo.

21

Al día siguiente, sair Mikail no acudió a nuestra lección de esgrima.

Había despejado el dormitorio para entrenar, como hacía siempre antes de que amaneciera. Enrollaba la alfombra, apartaba los sillones y recogía los doseles blancos de la cama. Ocultaba los jarrones repletos de flores frescas y extraía la espada, que Fern había robado, de debajo del jergón.

Pero el tiempo transcurría, y él no llegaba.

Suspiré, con los dedos alrededor de la empuñadura. Lord Kyros había dicho la mañana anterior que había enviado a sus mejores soldados a la frontera de la provincia. Había sido una estúpida al no pensar en aquel momento que sair Mikail debía ser uno de ellos.

Quizá el Fantasma fuera otro. No lo había visto desde que había regresado de aquel incómodo desayuno lleno de luces y sombras.

De pronto, la puerta tembló con un golpe. No un golpe delicado, como el que arrancaban las criadas con sus nudillos.

Me quedé paralizada. Si se trataba de lord Kyros y me veía de nuevo con una espada en la mano… Le di la espalda a la puerta y me apresuré a esconder el arma entre las sábanas.

—¿Quién es? —pregunté.

—He oído que tu maestro de esgrima no puede venir.

El fuego y el hielo se mezclaron en algún lugar entre mis costillas.

Recuperé la espada y abrí.

El Fantasma se encontraba frente a mí, ocupando el marco como si la puerta fuera demasiado estrecha para él. No llevaba armadura, sino un jubón sencillo y unos pantalones oscuros que se enterraban en unas botas altas de montar. El cabello blanco lo llevaba recogido en la nuca. Sin los mechones resbalando por sus mejillas, su mandíbula parecía más afilada que nunca.

En su cinto, sin embargo, permanecía su mandoble, sobre el que apoyaba una mano relajada.

—No deberías estar aquí —le dije, sin pensar.

Él bajó la mirada a mi espada, y luego a mis manos, que la sostenían con fuerza.

—No he venido a *estar*. He venido como sustituto.

Él avanzó un paso, recortando la distancia entre nosotros. Yo no me aparté de la puerta, pero no porque no desease dejarlo entrar.

—Creí que te descubrirían con el cadáver de lord Erroll.

—Te dije que nadie me vería, florecilla.

—Y que te habrían enviado lejos, como a sair Mikail, para combatir en la frontera —añadí, luchando porque mi tono sonase sereno.

Él esbozó una sonrisa torcida.

—Los Verlac me necesitan aquí, no lejos del castillo de Brumaverde. Y yo soy un perro obediente.

—Si realmente lo fueras, no estarías aquí —repliqué, sin desviar la mirada.

La comisura de su labio partido se alzó aún más y se inclinó sobre mí. Su piel pareció absorber la luz escasa que nos rodeaba.

—Si quieres que me marche, solo tienes que ordenármelo.

Me hice a un lado con cierta torpeza, esta vez con las pupilas hundidas en el borde de mi vestido.

—Pasa.

Erik atravesó la habitación y se detuvo a dos pasos de la cama. Yo tragué saliva con dificultad mientras le daba la espalda para cerrar la puerta. Casi sentí deseos de arrastrar uno de los sillones y apoyarlo contra ella.

La última vez que habíamos estado aquí los dos solos, yo llevaba el vestido a la altura de la cintura, y él tenía las yemas de sus dedos enterradas en mi piel. Tuve que sacudir la cabeza para alejar el recuerdo del peso de sus manos contra mi espalda.

Noté las mejillas en llamas cuando me volví hacia él. El Fantasma, sin embargo, se limitó a contemplar el espacio despejado como un general observa un campo de batalla improvisado.

—¿Vas a practicar con la espada envainada? —me preguntó de pronto, volviéndose hacia mí. Una leve burla encendió sus ojos.

No respondí. En vez de ello, desenvainé el arma con facilidad. Era un movimiento que había repetido decenas de veces.

—Muéstrame tu guardia.

Me coloqué. Los hombros hacia abajo, los pies firmes y la muñeca alineada. Su mirada se deslizó por mi postura con una lentitud exasperante. Luché para que el súbito estremecimiento que me recorrió no hiciera temblar mis manos.

—Bien —dijo, en voz baja—. Atácame.

Parpadeé.

—¿Así, sin más? —pregunté, confusa—. No es así como sair Mikail…

—Pero yo no soy él, florecilla.

—No me llames así —siseé, antes de abalanzarme sobre él.

El primer golpe lo lancé con rapidez hacia su hombro derecho. Él lo desvió con una soltura casi insultante y no retrocedió ni un palmo. El eco de las hojas me retumbó en el pecho.

Volví a atacar. Esa vez alcé más el arma, buscando su cuello. Lo esquivó con una inclinación mínima, elegante, y su hoja rozó la mía con una caricia fría.

—Te adelantas con el hombro —murmuró.

—No es cierto —contesté, sin pensar.

—Lo es. Lo veo antes de que te muevas.

Pero era difícil concentrarse con aquella mirada bestial posada en mí. Y su voz, su maldita voz, que se introducía bajo mi piel.

Ataqué otra vez, con rabia. Él paró, desvió el golpe, giró la muñeca, y con dos movimientos limpios su espada terminó apuntando a mi esternón.

Pero el extremo plateado no lo tocó.

—Si esto fuera una batalla real, ya estarías muerta.

—Gracias por el recordatorio.

Me aparté. Lo rodeé, alargando la distancia entre nosotros. A pesar del frío que inundaba la estancia, de la chimenea en la que solo quedaban ascuas, el sudor resbalaba bajo mi vestido, pegando la tela a mi piel.

—Otra vez —ordenó Erik.

Otra vez. Y otra vez. Y otra.

Me superaba casi con aburrimiento. Cada ataque mío era anticipado, desarmado, convertido en nada. No me humillaba, era

peor. Me corregía con una paciencia tranquila que me desesperaba. Prefería las indicaciones bruscas de sair Mikail. Cuanta más calma imprimía a su voz, más nerviosos eran mis movimientos, más me desconcentraba.

—No mires la hoja —dijo, cuando dejé escapar un resuello frustrado—. Mira mi pecho. Ahí empieza todo.

—¿Mi pecho? —repetí. No sabía qué corría más, si el corazón o mis pulmones.

—El mío, Vienna.

La forma en que pronunció mi nombre me llevó a un recuerdo no muy lejano, donde él y yo nos encontrábamos en mitad de una galería devorada por la negrura, en la que yo le entregaba unos guantes y sus manos tocaban las mías durante demasiado tiempo.

La melodía de su canción llenó de pronto mis oídos, acompañando a aquella memoria, y me hizo fallar la siguiente estocada. Él lo desvió y se acercó sin avisar. La distancia desapareció de repente.

Sentí su aliento en mi sien antes incluso de que su mano tocara mi codo.

—*Así* —susurró, ajustándome el brazo.

Fue un gesto técnico. Frío. Y, sin embargo, mi cuerpo reaccionó como si me hubiera tocado el alma.

No llevaba puestos los guantes. Su mano ardía. Encerraba mi codo con firmeza, sin apretar de más. Al corregirme, con su cuerpo pegado al mío, noté el relieve duro de su pecho contra mi espalda. Un contacto accidental, inevitable, que prendió en mi estómago un fuego más violento que aquel que había devorado mi hogar.

—No hagas esto —musité, con una voz débil, quebradiza, con la que me odié.

—*¿Esto?*

Él no se apartó. Pero yo tampoco.

Sentí su inhalación contra la curvatura de mi hombro.

—Acercarte así.

Lo miré. Durante un instante creí que se burlaría. Que daría un paso atrás y dejaría escapar algunas de sus frases, rematadas con «florecilla». Pero el Fantasma permaneció inmóvil, con su cuerpo acechando el mío. Sus ojos, tan negros que mareaban, bajaron por

mi cuello, por mi nuca húmeda de sudor, donde el cabello se pegaba a la piel.

—No puedo enseñarte sin corregirte —dijo, en un murmullo bajo.

—Puedes decirlo desde lejos.

—Desde lejos no aprendes a no morir.

Su respiración acarició mi cabello. Una voz oscura, dentro de mí, una que llevaba años dormida bajo los vestidos y los protocolos, deseaba que no se apartara.

Erik lo sintió. Lo vi en la forma en que sus dedos vacilaron antes de retirarse.

Dio un paso atrás, y yo sentí cómo el fuego se apagaba con violencia.

—Otra vez —me indicó. Su voz me arañó.

Fue un sentimiento distinto el que empapó mis extremidades, el que me hizo acometer contra él.

Entré por el lado izquierdo, una finta baja, uno de los primeros ataques que había aprendido. En el mismo movimiento subí hacia su hombro. Él lo bloqueó sin dificultad, pero yo ya había cambiado el peso a la pierna trasera. Giré la muñeca como me había enseñado sair Mikail.

El impacto lo tomó por sorpresa. Las hojas, unidas, relumbraron muy cerca de su rostro.

—*Oh* —dijo, casi divertido.

Apreté los dientes.

—Cállate.

No era una orden. Era una súplica.

Volvimos a levantar las armas. El dormitorio se llenó del siseo del metal al deslizarse por el metal, de respiraciones cada vez más cortas, más aceleradas. Aquella calma fría del Fantasma comenzaba a desestabilizarse, y eso me hizo presionar más, empujar más, acercarme más a él. Quería arrancarle el control a tajos.

Erik retrocedió un paso. Yo avancé. Me forzó a girar y esquivó mi golpe para atacarme el flanco. Pero, en lugar de apartarme, como hubiese sido lo lógico, recorté el espacio que nos separaba.

Su hoja se detuvo a un dedo de mi costado.

La mía, a un dedo de su garganta.

Ambos nos quedamos inmóviles.

El Fantasma parpadeó solo una vez. Pero lo vi. Lo había sorprendido.

Un silencio denso, casi líquido, nos envolvió.

De nuevo, estábamos demasiado cerca. Podía olerlo, podía sentirlo. El calor del combate subiéndole por el cuello, el pulso fuerte bajo la piel, mezclándose con el zumbido descontrolado en el que se había convertido el mío. Su respiración, profunda, entreverándose con la mía, acelerada, que escapaba de mis labios jadeantes.

Su garganta subía y bajaba a pulgadas de mi hoja.

—No aprietes —susurró.

Su voz sonó distinta. Más baja, más rota. Casi suplicante. Como si le hubiera herido con algo invisible.

Mi brazo tembló.

—¿He hecho algo mal?

Su mirada devoró la mía. Esa oscuridad que derramaban sus pupilas me rodeó y me llenó la mente de canciones fascinantes y siniestras.

—No.

Sus ojos descendieron hasta mi boca. Solo fue un instante. Lo suficiente para que el aire que quedaba entre nosotros ardiera y me quemara los labios.

Solté la espada de golpe. Él también dejó a un lado la suya. Ninguno de los dos se movió. Permaneció frente a mí, respirando más hondo. Casi parecía arrebatarme el aire que necesitaba para respirar. Seguíamos tan cerca que un movimiento mínimo nos haría chocar.

—Deberíamos parar —dijo.

—¿Por qué? —pregunté, con un hilo de voz.

Su mandíbula se tensó. Su mirada volvió a mis ojos con algo que pareció un esfuerzo atroz.

—Porque esto ya no se trata de esgrima.

Sentí el calor subir como enredaderas venenosas por mi cuello, por mis mejillas, pero esta vez dejé que las llamas me invadieran. Las abracé.

—Te he hecho arrojar la espada a un lado, ¿no? —susurré.

Una sombra de sonrisa le cruzó la boca.

Entre nosotros flotaban normas, muchas palabras para representar lo que estaba ocurriendo: herejía, prohibición, rebeldía, traición. Decenas de frases que había oído y que mi madre había repetido hasta la extenuación. Pero, de pronto, no me parecían más que cenizas heladas.

—Vienna…

Me incliné.

Él no retrocedió. Pero tampoco avanzó. Estaba quieto como un árbol a punto de partirse.

—No quiero obedecer hoy —mascullé.

Sus ojos se abrieron un poco más. En ellos había fuego oscuro. Hambre. Y una guerra entera.

—Eso es lo único que haces, incluso cuando crees que no —contestó, con un susurro.

El silencio volvió a tensarse. No apartaba la mirada de mí; parecía soportar la tentación de meter la mano en el fuego solo para comprobar que arde.

—Quiero continuar —dije, forzando a que mi voz sonara fuerte, segura.

Fracasé estrepitosamente.

Erik se inclinó para entregarme la espada. Cuando la sujeté, sus dedos subieron hasta mi muñeca. Me tomó la mano con firmeza y me la colocó para conformar la guardia correcta, como si esa fuera su manera de tocarme sin cruzar la línea que le estaba desgarrando.

—Continuemos, entonces.

Pero su mirada decía otra cosa.

Volvimos a la distancia del combate. El aire entre nosotros quemaba más que nunca, a pesar de que el vaho huía de nuestras bocas.

Atacamos. Me corrigió. Me desarmó. Yo insistí. Tropecé adrede una vez, buscándolo. Él me sostuvo por el antebrazo, rápido, firme, y me soltó pronto, demasiado pronto.

—Te vas a hacer daño si juegas así —me advirtió.

—No estoy jugando.

—Eso es lo que me preocupa —murmuró, casi para sí mismo,

antes de envainar su espada con un siseo que sonó a final.

Sin añadir nada más, me dio la espalda.

Quise decir algo que lo hiciera quedarse. Algo cruel, quizá. O valiente. Algo que no sonara a ruego, a esas frases aprendidas que recitaba desde pequeña. Pero la garganta no me respondió. Solo pude mirarlo mientras se alejaba de mí con pasos lentos pero seguros.

Cuando llegó junto a la puerta cerrada, se detuvo. No me miró cuando dijo:

—Has mejorado mucho desde aquel día.

Se me escapó una carcajada amarga.

—No te creo.

—Pues deberías. —Esta vez, sus ojos se clavaron en los míos. Las brasas de la chimenea tiñeron de rojo sus pupilas, y en un rincón de mi mente me pareció escuchar la risita juguetona de Nissa—. Yo siempre te he dicho la verdad.

Giró el pomo y yo di un paso adelante.

—¿Sustituirás a sair Mikail? —pregunté, odiándome un poco por sonar a todas las cosas que no quería ser—. Al menos, hasta que regrese de la frontera.

Se quedó inmóvil un instante, con la mano todavía apoyada en el picaporte medio girado.

—No debería.

Apreté la mandíbula y mi cuerpo avanzó un poco más. Apenas eran unos metros los que nos separaban, pero parecían crear un abismo entero.

—Eso es algo que ambos sabemos.

Oí su respiración escaparse como un resuello. Me dedicó una sonrisa torcida antes de darme la espalda y salir a la galería desierta.

—Que pases un buen día, florecilla.

La puerta se cerró.

Me quedé de pie, inmóvil, con la espada aún aferrada entre mis manos.

El dormitorio parecía de pronto demasiado grande, demasiado frío.

Y yo seguía ardiendo.

22

El Fantasma no regresó.

Aun así, cada día, antes del amanecer, me levantaba y practicaba hasta caer rendida, o hasta que Fern traía el desayuno. No le confesé lo que había ocurrido entre el humano y yo. Ella, por suerte, parecía extrañamente distraída, y no preguntaba cuando me encontraba empapada en sudor, con las mejillas ardiendo, cansada de esperar a quien no.

Dejando a un lado mis prácticas de esgrima, fui una dama fae obediente, y permanecí encerrada en mi dormitorio, llorando la muerte de mi prometido hasta que su padre, lord Heaten, un fae anciano a las puertas de la muerte, llegó al castillo de Brumaverde a recoger el cadáver de su hijo. Si sentía tristeza, no lo mostró. La demencia parecía haber engullido su mente hacía mucho.

Aquel día, fui incapaz de probar bocado durante el desayuno. No por falta de hambre, sino por miedo a tener el estómago lleno cuando me inclinara ante el cadáver de lord Erroll durante el funeral que los Verlac celebrarían en su honor. Solo imaginar su piel pálida, tirante, muerta, bastaba para revolverme el cuerpo.

Me vestí con un sencillo traje rojo y me cubrí el rostro con un velo del mismo tono. No me empolvé las mejillas. No me arreglé el cabello. Cuanto más deshecha pareciera, más creíble sería mi inocencia. Debía parecer una viuda devastada, no la asesina que le había arrebatado la vida.

No te mires las manos. No te mires las manos.

Me repetí esas palabras cuando crucé el último arco de piedra que llevaba al Jardín Blanco, uno de los espacios exteriores más grandes y magníficos con los que contaba el castillo de Brumaverde. El lugar estaba rodeado de estatuas de los Inmortales que nos escuchaban con sus orejas en pico, mayores que las nuestras, y nos observaban con sus ojos perfectos de piedra. A pesar del frío, habían vuelto a plantar lirios del valle en aquella hierba helada. Desde mi ventana

había visto a la servidumbre humana trabajar toda la noche a temperaturas terribles, mientras los soldados vigilaban. Más de uno había caído al suelo y lo habían arrastrado como un saco de inmundicia. De los surcos que había dejado el cuerpo en la hierba, no había rastro.

Entre las níveas figuras de los Inmortales se agolpaba la multitud. En su mayoría, invitados de los Verlac, aunque también avisté a Nissa, en una esquina, y a algunos criados y soldados. Muchos soldados. Y, en un extremo, cercano a la muralla norte, había un altar improvisado donde habían dispuesto el ataúd de piedra de lord Erroll. Las flores se multiplicaban a su alrededor.

Tanta blancura, tanta pureza rodeándolo, me provocó una náusea que tuve que tragar.

A su lado, sentado sobre un trono de madera, se hallaba su padre. Le habrían indicado esperar ahí para recibir las condolencias formales, pero él dejaba escapar unas risitas delirantes y meneaba los pies en el aire, como un niño. El sacerdote que aguardaba a su lado no sabía dónde posar la mirada.

Cuando avancé un poco más, las miradas se clavaron en mí como lanzas, pesadas, inquisitivas.

Todo el mundo me esperaba. Yo debía ser la primera en mostrar dolor. En ofrecer mis condolencias.

Las manos se me unieron sobre el regazo con la fuerza de un espasmo.

Sabía lo que tenía que hacer. Ya había caminado hacia los muertos antes. La última vez, había sido en dirección a una hilera de arcones de madera que contenía a mi familia. Entonces me había negado a alejarme de ellos, y había sido mi tío, el rey Oberón, el que casi me había arrastrado hacia los carruajes que me llevaron lejos de la provincia de Sombramar, de mi hogar.

Esta vez era distinto. No quería acercarme. Necesitaba que alguien me empujara.

Avancé temblorosa sobre la hierba, atravesando el pasillo que habían creado faes y humanos con sus cuerpos. El aire flotaba helado, una ligera escarcha crujía bajo mi calzado delicado y el cielo se había vuelto de un gris plomizo. Apestaba a flores y a humedad.

Las flores que rodeaban el ataúd del fae se apretaban unas contra otras, como si ellas también quisieran presenciar cómo me acercaba. Cada paso me oprimía un poco más el cuello, de la misma forma en que lo habían hecho las manos de lord Erroll cuando me había apresado contra la pared.

Me detuve frente al féretro de piedra. El cuerpo yacía sobre una cama de lirios del valle, pero alguien había tenido la idea de incluir camelias rojas, el símbolo de mi familia. Parecían salpicaduras de sangre entre tanta pureza.

Cuando me incliné, temblando, obligué a mis ojos a enfrentar lo que quedaba de él.

Su piel tenía un tono amarillento, casi ceroso. Las arrugas alrededor de los ojos y la boca parecían grietas secas de un viejo pergamino. Aunque lo habían vestido con sus mejores galas, el hedor de la muerte se insinuaba entre las flores. No soporté más de un instante mirándolo.

Me giré hacia su padre y balbuceé unas palabras torpes de pésame, a pesar de que él ni siquiera se inmutó. Le dediqué una reverencia mientras mi cabeza repetía una y otra vez: *No te mires las manos. No te mires las manos.*

Después de mí, siguieron los Verlac. Lady Nohr y su hija con el rostro cubierto por velos como el que llevaba yo, y lord Kyros, de un rojo casi negro. Todos ejecutaron reverencias perfectas. Cuando terminaron, lady Nohr y Odile se colocaron a mis costados. Odile me rozó durante un instante el codo y me dedicó, tras el velo, una media sonrisa. No supe si estaba llena de condolencia o de cierta burla.

El desfile de rostros se volvió interminable. La muchedumbre nos rodeó, pero yo sentí como si me aplastaran desde todas direcciones. A mi alrededor, el aire era una mezcla de perfume, incienso y sudor.

Me moví inquieta, buscando aire. Los guardias, inmóviles a los lados, parecían estatuas de acero, cubiertos de plumas rojas que se mecían apenas con la brisa. Y los Inmortales de piedra parecían reírse de nosotros con sus ojos sin vida.

El sacerdote, tras lo que me resultó una eternidad, se acercó por fin al cadáver y a lord Heaton, y comenzó a hablar sobre lord Erroll,

sobre sus virtudes, su valor, su fe. De cómo los Inmortales se alegrarían al dar la bienvenida en el Alto Jardín a un alma tan noble.

Alcé los ojos al cielo gris, mientras Odile se removía a mi lado.

—No hay nada mejor que morir para recibir tantas alabanzas —suspiró, con fastidio. Su media sonrisa, semioculta tras aquel velo que parecía una cortina de sangre, se acentuó—. Siempre me tocaba demasiado las caderas cuando bailaba con él.

Sentí sus ojos sobre mi rostro, pero no le devolví la mirada. Seguí contemplando aquella manta de nubes que volvía la atmósfera más pesada, más irrespirable.

De pronto, un punto negro captó mi atención. Parecía un pájaro, aunque volaba con una trayectoria extraña. Y demasiado rápida. Casi parecía dirigirse hacia nosotros.

Fruncí el ceño.

Aquello no era un ave. No tenía alas. Era de un tamaño mayor.

Y ardía.

Escuché un grito lejano antes de que aquel extraño proyectil golpeara de lleno el féretro de lord Erroll y lo destrozara en mil pedazos.

Fragmentos de piedra y brea encendida salpicaron la hierba. El torso partido del fae cayó solo a unos metros de distancia de mí. Solo el pecho y parte del abdomen. Sin brazos ni piernas. Allí donde debían estar las extremidades solo había una masa informe grisácea, descompuesta.

Antes de que retrocediera abruptamente, me percaté de que las diferencias entre los humanos y los faes terminaban con la muerte.

Todos nos pudríamos por igual.

Por encima de los gritos, que se extendieron con la misma rapidez que el fuego, lord Heaton comenzó a reír desde su asiento y a dar palmas. Sus pies se agitaron con más fuerza que nunca. Al menos, hasta que otro proyectil ardiente lo aplastó.

El caos estalló de golpe. Me vi arrastrada entre faldas, codos y alaridos. Lady Nohr retrocedió, mientras su única hija se quedaba paralizada. Lord Kyros comenzó a rugir órdenes con una voz estridente, casi desafinada.

Los guardias desenvainaron sus armas.

Miré a mi alrededor, pero no vi a sair Mikail ni al Fantasma cerca. Aun así, retrocedí hacia el mar de armaduras y espadas.

Pero, entonces, uno de ellos se volvió hacia uno de los invitados. Un fae obeso, consejero del rey, por lo que había oído, que llevaba en el castillo de Brumaverde el mismo tiempo que yo. Hizo amago de esconderse tras el guardia, aunque, antes de que diese dos pasos, la espada que debía protegerlo se hundió en su cuello y lo rebanó de un tajo.

Una cascada de sangre empapó su jubón abultado. Era un fae, pero cayó al suelo, arañando el aire entre gemidos roncos. De esa herida brutal no se recuperaría, pero sí tardaría en morir más que cualquier humano. Sufriría lo indecible.

El mundo pareció temblar bajo mis pies.

Debajo de los cascos y del escudo de lirios del valle no solo había soldados de los Verlac.

Recordé los rumores sobre los problemas en la frontera de la provincia. La marcha de sair Mikail. El nerviosismo creciente de lord Kyros.

Maldita sea.

—¡Tenemos que salir de aquí! —grité. Me volví hacia Odile, que se había quedado petrificada ante el fuego que ardía frente a ella.

Lady Nohr huía entre empujones junto a lord Kyros, rodeada de hombres con las insignias Verlac.

—¡Tienes que moverte! —Tiré del brazo de Odile.

La arrastré entre el gentío, esquivando cuerpos que se empujaban, que caían, que sangraban. A pesar del frío de aquella mañana tardía de invierno, el aire parecía arder.

De pronto, uno de los soldados se interpuso en nuestro camino. Dudé durante un instante. El yelmo ocultaba su rostro, pero la mirada que asomaba tras la fina rendija de metal no era amable.

Me clavó el guantelete en el hombro, pero apuntó con su espada a Odile.

Reaccioné por instinto. Alcé el brazo que tenía libre y golpeé con fuerza la garganta del humano, el único resquicio de carne que podía ver entre tanto metal. El impacto lo dejó sin aliento.

El hombre se tambaleó, soltó la espada y cayó de rodillas.

—¡Corre! —le grité a Odile—. ¡CORRE!

Ella me obedeció por fin. Se alejó hacia el castillo, tambaleándose y con los ojos llenos de lágrimas.

Antes de seguirla, me agaché y agarré la espada que yacía en el suelo, mientras el soldado, que aún seguía postrado y con las manos alrededor de su cuello, intentaba respirar.

Las llamas se habían extendido por todo el jardín y devoraban con hambre las delicadas flores que antes lo habían adornado. Creaban sombras en los rostros de El Radiante y La Plateada, convirtiendo sus sonrisas plácidas en muecas horrendas.

Era como si volviese al infierno de mi hogar, con la diferencia de que ahora no lo contemplaba, sino que estaba inmersa en su mismísimo corazón.

Pero, en aquella ocasión, el Fantasma no estaba a mi lado para salvarme de las llamas.

Un caballero de los Verlac se batía muy cerca de mí, resollando por el inmenso calor que crecía a nuestro alrededor. El guardia contra el que peleaba lo arrinconaba cada vez más contra el muro de piedra. Parecía que iba a caer de un momento a otro. Al pasar corriendo por su lado, intentó sujetarme, pero yo me zafé lanzándole una finta con la espada, que consiguió evitar justo a tiempo.

Seguí corriendo, mientras mi conciencia comenzaba a nublarse por el calor y la falta de aire.

Odile se alejaba entre la humareda. Grité, pero el sonido se perdió en la multitud que corría. Me cubrí la boca y la nariz con la mano. Una tos me rasgó la garganta cuando los ojos me comenzaron a lagrimear.

Medio cegada, tropecé con un cuerpo caído y vi ascender la hierba hasta golpearme de lleno contra ella. Me incorporé, jadeante. De súbito, una mano apareció en mi campo de visión, en un amago de ayuda. Guiñé los ojos, confundida. ¿Erik? Pero no se trataba de él. No era tan alto, ni tan robusto. Y, además, llevaba uno de los uniformes de la guardia de la familia Verlac. De la *falsa guardia*.

Levanté la espada a tanta velocidad, que estuve a punto de cortar de un tajo la mano del hombre. Él la apartó justo a tiempo y dio un paso atrás. Escuché algo parecido a una risa, pero no estaba segura;

había demasiado eco de gritos y siseos de metal.

Traté de huir, pero el falso guardia me cerró el paso. Levantó la espada y apuntó con ella a mi esternón. Sin embargo, no atacó. Esperó, con los ojos bien ocultos tras su yelmo.

Respiré hondo, mientras la voz de sair Mikail llenaba mi cabeza. Separé las piernas, flexioné ligeramente las rodillas. *Relaja el brazo*, me advirtió su recuerdo. *Te adelantas con el hombro*, añadió Erik, con su media sonrisa torcida.

La primera acometida me sorprendió. Detuve el golpe raspando el filo con la empuñadura, retrocedí y, cargando con toda la fuerza que tenía, devolví la estocada al cuello. Él la rechazó con un solo empujón. Me ofreció la mano otra vez, con impaciencia. Yo volví a atacarle, torpe y desesperada.

Sabía que no lograría acabar con él, ni siquiera podría noquearlo lo suficiente como para que me permitiese huir. Pero estaba segura de que lo había sorprendido. Debía ser la primera dama fae a la que veía sujetando una espada.

Me pareció que gritaba algo tras el metal de su casco, pero un chillido próximo lo distorsionó. No quería escuchar nada. Solo deseaba huir de él y del fuego que se cernía en torno a nosotros.

Con un movimiento limpio envainó el arma y yo fruncí el ceño, confusa. Mis manos no soltaron la empuñadura. Volvió a aproximarse y elevó ambas manos, en señal de rendición. Vacilé, cada vez más confusa. Pero entonces amagó con agarrarme.

Esta vez no fue tan rápido y el filo de mi espada rasgó uno de sus guantes de cuero. El soldado gritó y dio dos pasos atrás; un reguero escarlata salpicó la hierba.

Volví a alzar el arma. Mis brazos temblaban sin control.

—¡Déjame marchar! —supliqué, con la voz rota por el humo—. ¡Por favor!

Un guardia sin casco corrió junto a nosotros. Era un humano, aunque un tajo reciente le había arrebatado una de sus orejas redondeadas. La sangre le cubría toda la cara. Sus ojos se posaron sobre mí, antes de fijarse en el guardia que me cortaba el paso.

—¡Qué estáis haciendo, maldita sea! —gritó al soldado—. ¡Apresúrate! ¡Han vuelto los suyos!

Intenté echar a correr, pero mi oponente me siguió y volvió a colocarse delante de mí, entre el castillo de Brumaverde y el fuego.

Avanzó un paso. Luego otro. Los mismos que yo retrocedía. Tenía las manos alzadas, abiertas, una de ellas empapada en sangre.

Negué, cada vez más confusa. El humo me asfixiaba, me mareaba.

Y lenta, muy lentamente vi cómo se llevaba las manos al yelmo.

—¡Atrás, chica!

El cuerpo de sair Mikail irrumpió como una bestia, estrellándose contra el caballero desarmado. El golpe retumbó cuando ambas armaduras impactaron.

El guardia enemigo rodó por el suelo. Desenvainó a tiempo su espada para interceptar la estocada de mi profesor de esgrima.

—¡¿A qué esperas?! —bramó sair Mikail. Me echó un vistazo furioso por encima del hombro—. ¡Corre, maldita sea! ¡Dirígete al castillo!

La orden me perforó los huesos. No pensé. Les di la espalda a ambos y corrí.

Las llamas rugían detrás, vivas, hambrientas. A mi paso, los jinetes irrumpieron como un torrente de acero. Tuve que apartarme para no acabar bajo sus cascos. El aire estaba lleno de gritos, de humo, de órdenes gritadas en mil direcciones. Ya no sabía quién era aliado ni quién fingía serlo.

La desesperación olía a miedo y a piel quemada. El jardín, ese precioso paraíso de verde y blanco, desaparecía a mis espaldas.

El aire se me escapaba a borbotones. Las lágrimas y el sudor me nublaban la vista. Cuando alcancé la puerta del castillo, me desplomé. No podía respirar. No podía soltar la espada. Sentía los dedos rígidos, como los del cadáver de lord Erroll, negándose a dejarla ir.

Unas manos cálidas me tocaron, intentando incorporarme.

—Vienna… por todos los Inmortales…

La voz me llegaba de muy lejos, aunque acerté a ver dos figuras borrosas a mi lado. Una era Fern.

—Percy, por favor.

Otro rostro joven y humano apareció en mi campo de visión. Llevaba una espada en la mano, pero la envainó cuando Fern se dirigió a él.

—Acompáñala dentro.

Percy.

Mi cabeza cayó de lado, sin fuerzas. No recordaba si había escuchado antes ese nombre, pero reconocí aquella cara. El guardia al que había arrebatado la espada, el mismo que me había acompañado a las dependencias de lord Kyros hacía unos días. Pero había algo más. Lo sabía. Sin embargo, mi memoria se dio de golpe contra un muro tan denso como el humo que me había rodeado.

Cuando el joven me sostuvo entre sus manos, el mundo se quebró a mi alrededor, y todo lo que quedó fue el eco de aquella mano ensangrentada que se extendía hacia mí, ardiendo entre las llamas.



CUARTA PARTE

Todo quema

Y así se escriben las guerras más antiguas.
No con ejércitos,
sino con besos ocultos
y traiciones vestidas de devoción.

Fragmento de la canción humana *Lo prohibido*

23

No recordaba bien cómo había regresado a mi dormitorio tras el ataque. Lo último que recordaba era el fuego, los gritos, y luego… aquella mano flotando en el humo, esperando a que la aceptara.

Había despertado en mi cama, junto a Fern, que me abanicaba con manos temblorosas. Me había obligado a beber agua mientras susurraba que el incendio y el ataque habían dejado más de dos decenas de muertos. La mayoría, faes.

—Ha sido como una varilla de incienso ardiendo en los templos de los Inmortales —murmuró Nissa, girando la copa entre los dedos—. El olor a flores era tan dulce que empalagaba.

—A mí me resultó nauseabundo —respondí.

En ese instante, me arrepentí de haber acudido a la cena.

Lady Odile se había excusado. La mayoría de los invitados de los Verlac seguían tosiendo por el humo o se recuperaban de las heridas en sus aposentos. Otros, los que habían salido indemnes del ataque, regresarían a sus hogares al amanecer, cuando los Verlac pudieran asegurar que los caminos fueran seguros de nuevo.

El Comedor Real, normalmente bullicioso, parecía un mausoleo.

Solo Nissa conservaba el buen humor. Había pedido sentarse a mi lado, y yo no había tenido el valor de negarme. Desde entonces no había dejado de hablar; su voz fluía como un veneno lento.

A mi derecha, lord Kyros permanecía callado, con el rostro pálido y los ojos hundidos, girando la copa sin llevársela a los labios. Junto a él, lady Nohr desgarraba la carne del plato con furia contenida, aunque apenas la probaba.

—Una Dama Roja se siente en casa entre las llamas —canturreó Nissa, alzando su bebida hacia mí.

La Sangre de Aurora relució bajo la luz de las velas. Era tan roja que parecía una herida recién causada.

—Soy una fae, no lo olvidéis —repliqué, sin mirarla—. El fuego es

mi enemigo.

Lord Kyros había anunciado que los responsables del ataque habían sido los mismos humanos que llevaban asediando la frontera desde hacía varias lunas. No había hablado de un número exacto ni de sus razones. Solo había confirmado que habían escapado de la vigilancia de sus hombres y habían logrado infiltrarse en el castillo. Aun así, había prometido que los causantes habían perecido, bien por culpa del incendio que ellos mismos habían provocado, o bajo la espada de los hombres a su servicio.

—El fuego os trajo recuerdos, ¿verdad? —Nissa rio suavemente al ver cómo palidecía—. Uno puede ver muchas cosas cuando mira las llamas.

No respondí. Clavé los ojos en la carne asada de mi plato. No tenía hambre, pero prefería masticar ceniza antes que contestarle.

—Dicen que sair Erik combatió con un valor admirable —añadió, clavando sus ojos turquesas en mí.

El nombre me atravesó como una flecha. No lo había visto, pero sabía que había participado en la batalla. Tuve que dar varios tragos a la Sangre de Aurora para calmar mi garganta en llamas.

Dejé la copa sobre la mesa con tanta fuerza que los cubiertos tintinearon.

—Es un buen caballero —contesté, procurando mantener la voz firme.

—¿Fue él quien os salvó? —preguntó, ladeando la cabeza. Su mirada brillaba con una intensidad que me resultaba insoportable.

—N… no —mascullé—. Sair Mikail intervino cuando uno de los atacantes me cortó el paso.

—Ah, vuestro maestro de esgrima —susurró ella, casi en mi oído. La sonrisa que acompañó sus palabras me heló la sangre—. No os preocupéis, lady Vienna. Lo sabía. Soy observadora… y vos no sois tan discreta como creéis. Es fácil notar las pulseras en vuestras muñecas si se tiene la paciencia de miraros. *De verdad*. —El tridente del tenedor raspó el plato, produciendo un chirrido agudo—. Pero no temáis —añadió—, no pienso revelar vuestro secreto. Una Dama Roja debe aprender a defenderse.

Cada palabra suya me tensaba más el cuerpo. Sonreía, pero sus

ojos… sus ojos no lo hacían. Había en ellos un brillo casi depredador, algo que me siseaba que sabía demasiado.

—Nuestros anfitriones parecen más apagados de lo habitual, ¿no creéis? —continuó, todavía en voz baja. Señaló con la barbilla a lord Kyros y a lady Nohr—. Su castillo de naipes empieza a derrumbarse.

El sonido del cuchillo de la mujer rasgando la carne sonó como un augurio.

—Yo también me inquietaría si una rebelión se estuviera gestando en mis tierras —dije, sin volver la vista.

—¿Una rebelión? —Nissa dejó escapar una risa breve, cortante—. Para ellos, quizá. Para otros… algo todavía peor.

Me levanté de la mesa con un movimiento crispado. No podía soportar más aquellas frases ambiguas. Acudir a la cena había sido sin duda un gran error.

—¿Os marcháis ya? —preguntó Nissa con una voz demasiado suave, como si acariciara un cuchillo.

—Estoy agotada.

Su sonrisa creció un instante y se volvió voraz.

—Descansad, entonces. Pero tened cuidado cuando volváis a vuestro dormitorio. En los castillos antiguos hay más sombras despiertas de las que imagina cualquier alma sensata.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Ladeé la cabeza, hice una reverencia mecánica y me enderecé. Rodeé la mesa y pasé junto a lord Kyros y lady Nohr. Estaban inclinados, susurrando con un hilo de voz afilado.

—No puede echarse atrás ahora; está tan atrapado como…

El sonido de mis pasos los obligó a mirarme. La oscuridad en sus rostros se hizo más profunda. Lord Kyros no fue capaz de contemplarme durante más de un instante antes de apartar los ojos, más amarillento y sudoroso de lo habitual.

—¿Os marcháis ya? —preguntó lady Nohr, con su fino ceño fruncido—. He oído que el postre será delicioso.

—No me encuentro bien —respondí. Aquello al menos era cierto—. Después de lo ocurrido necesito recomponerme.

Asintió con un gesto seco y me regaló una ligera reverencia. Prácticamente hui del Comedor Real. Los pocos que habían optado

por acudir a la cena me siguieron con la mirada. El murmullo de sus voces me persiguió como un nido de avispas hasta que alcancé las galerías.

El frío me ayudó a respirar.

Mientras avanzaba por los pasillos, vigilados por más guardias de lo habitual, un recuerdo se clavó en mi cabeza como un alfiler.

Aquella mano.

Aquella maldita mano.

Aceleré el paso, con la falda arremolinándose en torno a mis piernas. La razón me ordenaba que olvidara aquella imagen, pero mi corazón cada vez latía más descontrolado.

Avanzaba demasiado rápido, girando la cabeza una y otra vez, convencida de que en cualquier esquina aparecería una figura con el brazo extendido, con los dedos estirados en un gesto imposible.

Cuando por fin divisé la puerta de mi dormitorio, el aire volvió a entrar en mis pulmones. Reduje el paso y crucé el umbral con un resuello de agradecimiento. El fuego ardía tranquilo en la chimenea, su luz anaranjada bañaba las paredes y me prometía calma y descanso.

Sonreí.

Y entonces una mano me cubrió la boca.

Un grito murió dentro de mí. Sentí como me empujaba, y un golpe brutal contra la pared me hizo doblarme en dos por el dolor. Pateé, arañé, pero el desconocido me sujetaba con una fuerza que no era humana.

—¡Maldita sea, Vienna! ¡Cálmate!

Esa voz.

El alma se me heló.

Me quedé inmóvil, temblando.

—Mírame.

Los dedos se apartaron lentamente de mis labios y mi vista se enfocó.

—Raen —susurré.

Pero no podía ser. Raen estaba muerto, al igual que toda mi familia. Había ardido hasta los huesos en el Palacio de los Vientos. Sin embargo, era su rostro dulce y pálido el que tenía frente a mí, y

eran sus grandes ojos castaños los que me observaban con atención. Aún tenía una de sus manos alzadas, y en una de ellas se veía dibujada una larga línea roja que partía la palma en dos.

—Tú… —murmuré, con la garganta seca—. Tú eras el soldado de esta mañana.

Él sonrió y retrocedió un paso.

Vestía como uno de los criados de los Verlac. Llevaba una cofia y el cabello recogido con esmero ocultaba la parte afilada de sus orejas. La servidumbre vestía con aquellos colores oscuros, pero no tenían espadas ocultas entre los pliegues, como la que portaba él.

—No… no puede ser —balbuceé, buscando algo a lo que aferrarme. Sentía que el suelo se movía bajo mis pies—. No… no acudiste al embarcadero. Te vi arder, y…

—Vienna. —Raen me sostuvo por los hombros. Su tacto era cálido, real—. Solo viste arder el castillo. Nosotros ya no estábamos allí.

—¿Nosotros? —jadeé, cerrando mis manos sobre sus muñecas—. ¿Mis padres? ¿Kallias?

—Tu padre murió. Pero tu madre y tu hermano están vivos y a salvo. A algo más de dos días de camino de aquí. —Sonrió, asintiendo con la cabeza—. Esperándote.

Debía haberme echado a reír, a llorar, o haberme puesto a gritar como una demente; sin embargo, permanecí rígida y quieta, tan envarada y quebradiza como la rama seca de un árbol. Había algo que no encajaba. Algo oscuro reptaba entre sus palabras.

—No entiendo nada —musité.

Sus ojos se ensombrecieron. Desvió la mirada y frunció el ceño, mientras se separaba de mí para sostenerme las manos. Ahora era él quien me aferraba con fuerza.

—¿De verdad no lo sabes? —preguntó, con una voz que jamás había oído en sus labios—. ¿No te has dado cuenta?

—¿Darme cuenta…?

No pude reprimir la ola de recuerdos que nubló mi vista durante un momento. El encuentro en el palacio con el Fantasma en mitad del pasillo, el rostro de aquel guarda junto al portón de entrada, a punto de detenerme cuando me había visto abandonar los muros. La negación de su compañero.

Aquella cara… aquella maldita cara…

Me aparté bruscamente, llevándome las manos al cuello, como si algo invisible lo estrangulara.

Esa cara.

Sentía una piedra en el interior, arañando, royendo mis cuerdas vocales. Por los Inmortales, sabía que había visto anteriormente el rostro de aquel guardia de los Verlac.

La de aquel soldado al que le había arrebatado la espada. El que me condujo a los aposentos de lord Kyros. El que me había acompañado aquella misma mañana después del ataque a mi dormitorio.

Lo comprendí, de golpe.

La mentira no había empezado con el fuego.

—Es… es imposible que…

—Yo mismo los vi, Vienna. —Su voz se quebró con un temblor reprimido—. Iba a tu encuentro cuando escuché gritos. Arrastraban los cuerpos de los guardias de tu familia, los amontonaban como si fueran despojos. —Apretó los puños; las venas se le marcaron en el cuello—. No pude moverme. Sabía que no debían descubrirme. Solo pude mirar cómo esos bastardos desnudaban a los tuyos y se ponían las ropas con el emblema de tu familia.

Tal y como había hecho él hoy.

Retrocedí hasta sentir el borde de la cama contra mis piernas. Me dejé caer. Mis dedos crispados apretaron la manta. La habitación daba vueltas a mi alrededor, sin incluirme en aquella danza delirante.

—Cuando los vi verter alcohol que debían haber robado de las bodegas, supe lo que planeaban. Salí de mi escondite para buscaros. No iba a dejar que os quemaran vivos. —Se acercó y me tomó el rostro entre las manos. Sus dedos cálidos me acariciaron las mejillas —. Fui primero a tu habitación, pero ya te habías marchado. Creí que me volvería loco. —Desvió la mirada hacia la espada que escondía en su ropa—. Tampoco encontré a Giry. Solo pude avisar a lady Vaelis y a Kallias. De camino, logramos también llevarnos a lord Wynn. Recogimos lo que pudimos y escapamos por el patio trasero. Cuando alcanzamos la muralla, el fuego ya devoraba parte de los muros.

—Me dijeron que había sido Malthus… —musité, casi sin aire—. Lo obligaron a confesar, pero estaba tan borracho que… Lo ejecutaron frente a mí. —Aún veía sus ojos vidriosos, su boca suplicante pronunciando mi nombre una y otra vez—. No lo defendí. No dije nada.

Raen negó despacio.

—No podías hacerlo. Creías que todos habíamos muerto. —Sus brazos me envolvieron con fuerza, y hundió el rostro en mi pelo—. Pero ahora sabes la verdad.

Me aparté un poco para mirarlo a los ojos.

—Si los Verlac fueron los responsables del incendio, ¿por qué nos acogieron a Giry y a mí como invitadas? ¿Por qué no terminaron lo que empezaron?

—Porque no podían. Había testigos, criados que sobrevivieron, guardias que no huyeron, invitados faes, el propio rey. No podían mataros sin levantar sospechas. —Su voz se volvió dura, amarga—. Os necesitaban vivas para legitimar lo que habían hecho. Así, lord Veyl podía gobernar la provincia de Sylvaris en nombre de una fae huérfana y sin desposar.

—Me buscaron un pretendiente… —murmuré.

—Te habrían casado con uno de los suyos, por supuesto, y tú deberías acompañar a tu marido a su hogar, como consorte. —Sus nudillos crujieron al cerrar la mano en un puño, y en mi mente restalló la imagen de lord Erroll—. Habrían hecho lo posible para que Giry, con el rostro marcado por el fuego, no encontrase con quien desposarse. Jamás podría gobernar la provincia de Sombramar sola. Vuestras tierras habrían acabado en poder de los Verlac. Todo estaba planeado.

Respiró hondo, y su voz pareció recrudecerse cuando escapó entre sus dientes apretados.

—Hay algo más.

El silencio se hizo espeso. Hundí mi mirada en sus ojos, sobresaltada.

—Lord Dain no pereció en el incendio, como los demás. Debía estar todavía despierto cuando lo causaron.

Una imagen extraña relumbró en la oscuridad que me envolvía, y

jadeé. Negué una y otra vez, mientras observaba el respaldo del sillón de su despacho, con la tela rasgada.

—Tuvieron que silenciarlo para que no diera la voz de alarma. Cuando fui a buscarlo… ya se había ido, Vienna. Lo habían apuñalado por la espalda.

Debía llorar, pero sentía mis ojos secos. No quería lágrimas, deseaba sangre. Quería sacar la espada que escondía bajo mi colchón y destripar a cada miembro de los Verlac. Destrozarlos a dentelladas, dejarlos desfigurados con las uñas de mis propias manos.

Cuando inspiré, el aire apestaba a sangre.

—¿Por… qué? —siseé. La furia me impedía articular las palabras. Cada una de ellas era una piedra que escupía—. ¿Por qué han intentado destruirnos? ¿Qué… qué les hicimos?

Raen se llevó la mano a un bolsillo oculto y extrajo un mapa arrugado que extendió frente a mis ojos. En él, podía ver resaltadas las provincias de Sombramar y Sylvaris. Esta última, convergía con la de los Verlac.

—Piénsalo, Vienna. Después del Valle de los Cuatro Ríos, tus tierras conforman la provincia de mayor tamaño. Por su situación, controla todo el gobierno marítimo del reino. Y, además, hasta mi mayoría de edad, tenía anexada las tierras de Sylvaris. *Mi* provincia. —Su tono se suavizó, casi con tristeza. Se guardó el mapa con rabia—. Territorios, poder, riqueza. Por motivos mucho menores han estallado guerras.

El nudo en mi garganta se rompió. Sentía las lágrimas arder tras los ojos, amargas como el hierro. No sabía si eran de rabia o de alivio. Quizá de ambas cosas.

—Siento haberte herido —susurré, volviendo la cabeza hacia él.

Raen esbozó una de sus sonrisas que tan bien conocía y que tanto me gustaba. La que solía lanzarme a escondidas, cuando mi madre no nos vigilaba.

—Fue una sorpresa, sí —dijo, inclinándose—. ¿Quién te enseñó a empuñar un arma? No sabía que los Verlac adiestraran a las damas faes.

—No lo hacen. —Mi voz fue un hilo afilado. Recordé las ramas de

espino golpeando mi espalda—. Fue un… favor especial.

—Eso será útil. —Una chispa brilló en su mirada—. Nos marchamos esta noche.

—¿Nos marchamos? —repetí, sintiendo cómo la garganta se me cerraba.

Raen me sostuvo la mirada. En sus pupilas había determinación, pero también algo más.

—¿A qué crees que he venido, Vienna? —dijo, sacudiendo la cabeza—. La incursión de esta mañana no ha sido únicamente para destrozar a algunos amigos de los Verlac, también era para liberarte y hacerte volver con nosotros. Esta noche vas a regresar a casa, con tu familia.

Me quedé muda durante un instante.

—*No* —salió de mis labios como un corte—. No puedo. No puedo marcharme contigo.

—¿Qué? —Sus cejas se fruncieron. Sacudió la cabeza, incrédulo—. ¿No puedes o no quieres?

—No puedo marcharme sin Giry. No la dejaré en manos de esos monstruos.

Sus ojos se volvieron de hielo.

—Creía que tu hermana estaba en el convento de Veldara de la Orden Gris, recuperándose.

—Lo está… por ahora. Lord Kyros me dijo que regresaría pronto, y ellos… —La frase se deshizo entre mis dientes.

Raen no parpadeó.

—Entonces la liberaremos. Atacaremos el convento. No encontraremos resistencia.

—¡No… no podéis hacer eso! —exclamé, horrorizada—. ¡Esas mujeres le han salvado la vida a Giry! Lord Kyros me dijo que le habían tomado mucho cari…

—¿Kyros? ¿El hermano de lord Veyl? —escupió Raen.

—Él no participó en el incendio. Estaba aquí, en este castillo —balbuceé—. Y está enfermo, es… débil.

Raen tensó la mandíbula.

—Es uno de ellos. Es un Verlac —terció Raen, agresivo—. Cuando ataquemos este castillo, caerá con él.

—¿Atacar el castillo? —repetí con ansiedad.

—Tu hermano piensa hacerlo arder hasta los cimientos, como ellos intentaron hacer con tu fortaleza.

—Pero no es la manera correcta, ¡no lo es! Morirán muchos inocentes, muchas personas que no tuvieron nada que ver con lo ocurrido.

—Intenté convencer a Kallias de que escribir una carta al rey relatándole la situación sería la mejor opción, habría menos derramamiento de sangre y se impartiría justicia —admitió Raen, a regañadientes—. Pero tu hermano hierve de rabia y desea venganza. Ahora, él es el señor de Sombramar y yo soy su aliado. Mi deber es obedecerlo.

Jadeé, asustada. Odiaba hasta lo más profundo de mi ser el castillo de Brumaverde, tanto como detestaba a aquellos que se habían hecho pasar por mis anfitriones y que habían sido los únicos culpables de mi desgracia, pero no deseaba ver arder la fortaleza. Ya había visto demasiado fuego y demasiadas muertes.

—No podéis quemarlo si yo permanezco dentro —susurré de pronto, levantando los ojos hasta él.

Raen se alejó abruptamente de mí. Dio una vuelta completa al dormitorio, con las manos enterradas en el cabello, antes de encararme de nuevo.

—¡No te comprendo, Vienna! Pensé que cuando me vieses te tirarías a mis brazos y me suplicarías que te sacase de aquí… a cualquier precio. —Respiró hondo, dándome la espalda con frialdad —. Está claro que me equivoqué.

—Solo quiero esperar a Giry —farfullé, tragando saliva.

Pero no era aquella la única razón por la que quería permanecer en el castillo, una sensación ponzoñosa arañando mi pecho me delataba.

—Solo te pido unos días más para que ella y yo nos reunamos con vosotros.

Raen asintió, hosco. Sabía que mi decisión lo destrozaba, pero no podía abandonar el castillo de Brumaverde. No aún.

—¿Conoces La Casa de Terciopelo? —Volvió a acercarse a mí, aunque su gesto permaneció crispado. Asentí, era donde

supuestamente habían encontrado el cadáver de lord Erroll—. Es un burdel humano que se encuentra a un par de horas de aquí, al oeste. Kallias tiene apostados allí a varios soldados, vigilantes. De vez en cuando, lo visitan humanos al servicio de los Verlac. —Me contempló, aún con el ceño firmemente arrugado—. Cuando estés lista para partir, dirígete hacia allí, te esperarán los hombres de Kallias. Te llevarán con nosotros sana y salva.

—En cuanto Giry regrese, nos marcharemos de aquí —aseguré, intentando esbozar algo más que no fuera una mueca torcida.

Raen asintió, con una media sonrisa que no le llegaba a los ojos. El brillo decepcionado de su mirada me atravesó.

—Debo irme ya. La guardia se releva a medianoche. Necesito ese cambio para poder escapar.

Caminé hacia él, con el corazón golpeando como un tambor de guerra.

—Ten cuidado, por favor. No dejes que te vean.

—Soy más escurridizo de lo que recuerdas. —De pronto, me guiñó un ojo y el Raen que conocía desde pequeña regresó de golpe—. El maestro de armas me enseñó bien. Soy incluso mejor que tu hermano.

Se mantuvo un instante en silencio, flotando en algo que parecía duda. Sus ojos relumbraron y dio un paso más hacia mí.

—Pero antes… necesito algo que solo tú puedes entregarme.

No tuve tiempo de preguntarle qué era aquello; lo adiviné cuando se cernió sobre mí y me acarició los labios con dedos temblorosos. Mi espalda se arqueó con un escalofrío. Lo observé con los ojos muy abiertos, completamente paralizada.

Raen me miraba como si no hubiera pasado el tiempo, como si el mundo no hubiese ardido entre nosotros.

Era lo lógico. Siempre nos habíamos pertenecido, ¿no? Si el fuego no nos hubiese robado la vida, habríamos huido juntos, nos habríamos casado. Él se habría convertido en el señor de la provincia de Sylvaris, y yo en su esposa.

Pero pestañeé, de pronto asustada. Algo en el aire cambió. Su aliento me resultó extraño.

—No sabes cuánto he esperado esto —susurró, sujetándome la

barbilla. Sus ojos, oscuros y febriles, me devoraban.

Yo también, quería decirle, pero la voz murió incluso antes de que escapara de mis labios.

El corazón me estalló en el pecho. Dejé caer los párpados… pero cuando su respiración rozó la mía, mis manos se movieron solas. Lo empujé con violencia.

Raen trastabilló, atónito, como si acabara de recibir una puñalada invisible.

Me contempló durante un instante. El silencio que cayó entre los dos me apretó sin piedad hacia el suelo, hacia el Abismo de los Inmortales.

—No… no puedo, Raen —dije, sin poder creer lo que decía—. Lo siento, pero no puedo.

El color se desvaneció de su rostro.

—¿Qué estás diciendo? Pensé que tú… —Sus palabras se quebraron, cargadas de dolor—. Pensé que tú me…

—Lo sé —lo interrumpí. La voz me sonó ahogada por la culpa—. Lo siento.

—¿Es por algo que te han hecho los Verlac? Oí que te habían prometido a un maldito viejo. Si, a su muerte, te han intentado casar con otro… —Se acercó a mí y me sacudió de los hombros con cierta rudeza—. Si es así, yo…

—No han sido ellos. —Me mordí el labio y tuve que apartar la mirada, sin ser capaz de soportar el dolor de sus ojos.

El silencio que se impuso fue un precipicio.

—Hay alguien —jadeó, y aquella palabra me golpeó como si fuera una bofetada—. Hay alguien más.

Mi pecho se hundió, como si lo estuvieran estrujando dos manos férreas con la intención de destrozarlo.

—No lo sé —gemí, sacudiendo la cabeza—. No lo sé, Raen.

Él retrocedió un paso. Su rostro, blanco, parecía tallado en piedra.

—Te he esperado años —dijo, con una voz que ya no temblaba, sino que cortaba—. Rechacé a las posibles pretendientes que tu padre me recomendó. Dormí con tu nombre en la boca mientras tú vivías aquí. Crucé medio reino para salvarte. Me jugué la vida para entrar en este maldito castillo… *por ti*.

—Raen… —Quise alcanzarlo, pero él dio un paso atrás.

Me contempló con ojos rebosantes de furia. Tiró de la cofia negra de la servidumbre hasta casi cubrir sus ojos oscuros. Sin decir palabra, se dirigió como una flecha hacia la ventana, por donde sacó medio cuerpo.

Hice amago de detenerle, pero él alzó el brazo para frenarme. Me quería lejos de él.

—Espero que seas muy feliz el corto tiempo que te queda aquí. No tardes mucho en venir, porque, si no, te juro que regresaré para traeros de vuelta a Giry y a ti, estéis o no sanas y salvas —me escupió. Cada palabra era una cuchillada—. Besa a ese fae, sea quien sea, todo lo que puedas… porque cuando te marches, él arderá junto a los demás hasta que no queden más que sus cenizas.

Desapareció de golpe, sin arrancar ni un solo susurro. Me precipité contra la ventana, asustada de que hubiese resbalado. Sin embargo, cuando me asomé, lo vi bajando con facilidad, sujeto en los rebordes que formaban las piedras de la pared al encajar entre sí. Cuando llegó al suelo, ni siquiera amagó con alzar la mirada una última vez hacia mí; se deslizó hacia la oscuridad, convirtiéndose en una sombra más.

De pronto, sentía mi dormitorio muy silencioso, casi muerto.

Dejé caer los párpados.

La verdad me quemaba, me ahogaba, me hacía sentir ganas de gritar y desgañitarme. Deseaba llorar hasta inundarme con mis propias lágrimas. Quería esconderme bajo las sábanas, soñar y despertarme al día siguiente con la certeza de que todo lo que me había contado Raen era mentira.

Una parte de mí ansiaba olvidar y continuar mi vida allí, a la espera de que Giry regresara. Podía fingir. Podía sonreír. Podía hacer cientos de reverencias.

Ese debería ser mi destino.

Eso era lo que una dama fae debería hacer.

Así me había educado mi madre.

Abrí los ojos con lentitud.

Lástima que lady Vienna Daaé ya no fuera más que cenizas.

24

Una súbita tormenta golpeaba el castillo de Brumaverde sin piedad. La lluvia caía con tanta violencia que se colaba por las juntas de piedra, empapando los muros, los suelos, los tapices, destrozando esas malditas flores blancas que había aprendido a odiar.

Era como si el cielo compartiera mi rabia y quisiera descargarla sobre el castillo.

Crucé las galerías a paso rápido, bajé las escaleras y salí al exterior, sin importarme que el agua me empapara. Las antorchas chisporroteaban, luchando contra el viento y la lluvia. Muchas ya se habían apagado.

En vez de dirigirme hacia los jardines, caminé directa al puente levadizo, que albergaba la armería, los barracones y el cuartel de la guardia. En contraste con el castillo, aquellas edificaciones se parecían a las posadas derruidas en las que había descansado de camino al Valle de los Cuatro Ríos. No sabía cómo podían mantenerse en pie, con la humedad rompiendo sus piedras con grietas más que visibles, con el verdín cubriendo cada recoveco, con el tejado demasiado combado.

A través de unas ventanas estrechas como cuchillos, podía escuchar los gritos de los soldados y de los caballeros que no estaban de servicio. Entrar en un lugar así estaba prohibido para mí; para cualquier dama en realidad, fuera humana o fae. Así que cuando crucé el umbral, el bullicio se apagó casi por completo. Las miradas se clavaron en mí con una mezcla de sorpresa y deseo.

Todos se encontraban a medio vestir. Había armas arrinconadas y capas empapadas por la lluvia.

La sala era amplia, pero parecía demasiado pequeña con tantos humanos apelotonados en ella. Solo había una chimenea, pero el calor resultaba asfixiante. Apestaba a sudor y a alcohol que nada tenía que ver con la Sangre de Aurora.

La mayoría rodeaba una vieja mesa de madera, en la que se apoyaban con manos sucias y jarras a medio beber. En el centro, atisbé un mapa del reino de Elysia antes de que uno de ellos se apresurara a recogerlo. El Valle de los Cuatro Ríos estaba rodeado con tinta. Había salpicaduras a su alrededor.

—¿Necesitáis algo, mi señora? —preguntó un soldado, con una sonrisa que no llegó a su mirada.

—Busco a uno de los guardias jóvenes —dije, con un tono ronco, duro, que no pareció mío. La voz de Fern hizo eco en mi mente—. Su nombre es Percy.

—Terminó su turno. No está de servicio.

—Es una orden —respondí sin pestañear—. Dime dónde puedo encontrarlo.

Sus labios se apretaron en una mueca. Intercambió una mirada con sus compañeros, que habían dado un paso al frente, en dirección a mí.

Ninguno se había llevado la mano a las armas, pero había algo extraño en aquel lugar. Casi amenazador.

El humano separó los labios, pero de pronto una voz a mi espalda me sobresaltó:

—Lady Vienna, ¿qué estáis haciendo aquí?

Me giré. Sair Mikail acababa de atravesar el umbral. El agua le corría por la cara y la armadura. Le habían remendado de mala manera un tajo que debía haber recibido en el enfrentamiento de aquella mañana.

—Busco a uno de vuestros hombres. Percy.

—Ya le he dicho que no estaba de servicio —bufó el soldado, volviendo a dejarse caer sobre su asiento—. Podría estar en cualquier parte. Puede que incluso haya abandonado el castillo.

Sair Mikail frunció el ceño y lo sentí dudar, antes de que sacudiera la mano con impaciencia.

Me acerqué a él y, antes de que lo alcanzara, se adentró de nuevo en la lluvia y en la oscuridad. No me ofreció resguardo bajo su capa, pero tampoco se lo pedí. Caminé a su lado, sin importarme que el barro salpicara los bajos de mi vestido.

Nos dirigimos hacia la zona más alejada del edificio principal, junto

a las murallas del castillo, donde había unos establos. Solo una antorcha iluminaba la estrecha puerta.

Sair Mikail chascó la lengua, antes de decir:

—Últimamente, pasa las noches ahí dentro. Yo que vos no permanecería mucho tiempo por aquí. Preguntadle lo que deseéis, y marcharos.

—Eso haré.

Sin embargo, permanecí un instante a su lado. Lo miré, con las gotas de lluvia corriendo por mi frente. Él no había acudido a Sombramar, no había acompañado a lord Veyl, pero me pregunté si sabría lo que había ocurrido realmente en mi hogar. Si había aceptado entrenarme porque alguna clase de culpa inconsciente lo obligaba a ello.

—¿Cuánto habéis visto? —me preguntó de pronto, cuando estaba a punto de dirigirme hacia el establo.

—¿Ver? —Fruncí el ceño, confusa.

—En los barracones. ¿Qué habéis visto? —insistió, dando un paso en mi dirección.

—A varios soldados bebiendo y haciendo demasiado ruido. Nada más.

Y un mapa, añadió una voz en mi mente, pero me callé. *Un mapa en el que estaba marcado el Valle de los Cuatro Ríos.*

Él apretó los labios y su mirada se zambulló en la mía, pero si buscaba algo en ella, no lo encontró. Se separó con cierta brusquedad, y de soslayo, me di cuenta de que se había llevado la mano a la empuñadura.

—Después de lo que ha ocurrido esta mañana, me temo que no podré seguir dándoos clases de esgrima —dijo, antes de separar la extremidad con lentitud del arma—. Sin embargo, os recomiendo que sigáis practicando. *Cada día.* —Su voz bajó hasta confundirse con el sonido de la lluvia—. Quizá lo necesitéis en un futuro.

No añadió nada más. Simplemente, se dio la vuelta y se marchó a paso rápido hacia los barracones que acabábamos de abandonar.

Me quedé durante un instante paralizada, sin entender nada. Pero cuando giré la cabeza y volví a ver aquella luz resaltando en la lluvia, la rabia volvió a ahogarme. Y dejé que corriera libre por mis venas.

Me dirigí hacia los establos, levantando agua y barro con cada paso que daba.

A la entrada, junto a varios sacos llenos a rebosar de paja, vi una hoz que algún sirviente debía haber dejado olvidada. Envolví los dedos en torno a su mango y la alcé, antes de abrir la puerta de un empellón.

Escuché antes el grito de sorpresa.

Después, los vi.

Entre hebras de heno que todavía flotaban en el aire, mis ojos hallaron primero a Percy, sin el uniforme, sin una camisa cubriéndolo. Solo llevaba unos pantalones medio desabrochados. Y, junto a él, con la blusa abierta y la falda arrugada, yacía Fern. Tenía el cuello cubierto de una cascada de marcas sonrosadas.

La hoz que sostenía comenzó a temblar.

De pronto, entendí por qué últimamente parecía tan perdida en sus pensamientos. Por qué Percy la había obedecido aquella mañana, cuando ella le había pedido que me llevara hasta mis aposentos. Un guardia, fuera cual fuere su posición, jamás obedecería a una simple criada.

Pero aquella chispa desapareció bajo una nube negra cuando el soldado se abalanzó sobre el cinto que tenía a su lado. Desenvainó la espada cuando yo caí sobre él.

Fern gritó.

Ataqué como me habían enseñado. Percy intentó detener el golpe, pero la hoja del arma se enredó en la curvatura de la hoz y esta salió despedida de sus manos. Retrocedió, arrastrándose, alejándose de Fern, pero yo caí a horcajadas sobre él, con el filo apoyado en el pulso que latía descontrolado en su garganta.

—Tú —siseé. Sentía cómo resbalaba el veneno por mi lengua—. Te había visto antes. *Lo sabía.*

Palideció de golpe. Las palabras se le atragantaron. En algún lugar del establo podía escuchar cómo resoplaban las bestias, nerviosas por la tormenta. El sonido de los cascos sobre la paja húmeda.

—¡Habla! —rugí—. ¿Sabías que iban a prender fuego a mi hogar? ¿Que iban a quemar viva a toda mi familia? ¡Mi hermana, maldita sea, es solo una niña! —La voz me tembló, se hizo trizas—. ¡HABLA!

—¡Vienna! —oí que aullaba Fern, a mi espalda—. Por los Inmortales, ¿qué estás…?

—La familia a la que sirve es culpable de lo que ocurrió en Sombramar —la interrumpí, con los dientes apretados, rechinando en el interior de mi boca. Mis pupilas atravesaron al joven guardia—. ¿No es así?

Percy permanecía helado bajo mi cuerpo, aterrado, con el rostro tan blanco como los rayos que cruzaban el cielo.

Parecía a punto de vomitar.

—¡Solo cumplía órdenes! —exclamó, desesperado—. Sa… sabía que estaban tramando algo, pero nadie me dijo nada. Mi… mi señora…, os juro que solo cumplía órdenes de mi superior.

—¿De tu superior? —repetí, sin separar el borde afilado de su piel — ¿Quién dio la orden?

El chico hundió la cabeza en la paja húmeda. Fern se acercó a mí, con las manos alzadas, pero sin tocarme.

Tenía el rostro roto por el dolor. Me contempló suplicante, pidiéndome algo a través de la mirada que no llegué a descifrar.

—No… no puedo… —farfulló Percy. Miró su espada, pero estaba demasiado lejos de su alcance.

—¡Dímelo! —aullé.

Un hilo de sangre resbaló y me manchó los nudillos. Las pupilas del joven se dilataron de golpe.

—Sair Erik —susurró, y aquel nombre pareció hacer eco en cada una de las paredes del establo—. Fue sair Erik quien dio la orden.

El mundo pareció detenerse durante un instante. Perdí el equilibrio y caí de rodillas, al lado del soldado, que se incorporó de inmediato y retrocedió.

La hoz resbaló de mi mano y el silencio me envolvió.

¿Por qué?, murmuró mi mente, deshecha. *¿Por qué él?*

Creía… Por los Inmortales, ¿qué creía?, ¿qué había querido creer? Me había carcomido una sensación insana cuando había estado demasiado cerca, había deseado que fueran sus manos las que me guiaran en cada maldito baile que había tenido que soportar, había confiado en él, había dejado que me tocara, había estado a punto de que él…

Él. Maldita sea, él había sido la única causa por la que no había sido capaz de besar a Raen.

—¿A dónde vas, Vienna? —La voz de Fern me llegó desde muy lejos.

No me había dado cuenta de que mis pies habían cobrado vida propia y de que me había alejado unos pasos de ellos.

—¿Dónde están los aposentos del Fantasma? —siseé, con las pupilas clavadas en Percy.

—En el piso superior de los barracones —esta vez contestó sin dudar—. Podéis acceder por una escalera que rodea el edificio.

No le contesté. Le di la espalda y me alejé de ellos. Pero cuando mis manos empujaron la puerta del establo, Fern corrió hacia mí y me sujetó por el hombro, obligándome a volverme hacia ella. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y de ruego. No sabía por qué lloraba, si por la horrible noticia que acababa de recibir, por nuestro incierto futuro, o por el humano medio desnudo que esperaba a su espalda.

—¿Qué… qué vas a hacer?

—Suéltame, Fern —musité, con la voz rota—. *Por favor.*

Ella apartó bruscamente la mano, como si mi hombro estuviese en llamas.

Aquella vez no corrí cuando atravesé el patio. Caminé con lentitud, dejando que la lluvia intentase borrar la rabia desolada que me abrasaba por dentro.

A pesar de la oscuridad, encontré la escalera a la que se había referido Percy. Subí por ella, sintiendo los peldaños húmedos crujir a mi paso.

Me introduje en el edificio a través de una pequeña galería al aire libre. Olía a humedad y a piedra vieja. Varias puertas aparecieron como manchas de sangre seca contra la pared. Todas estaban cerradas, menos una que permanecía entreabierta.

Me asomé, dejando que la luz que provenía del interior bañara mi rostro empapado.

Tomé aire y la abrí de un fuerte empujón.

El ruido que produjo al impactar contra la pared hizo volverse al único habitante que había en la habitación.

25

Durante un instante, el Fantasma me miró sin decir palabra, sin cambiar ni un ápice la expresión torcida de su rostro.

No llevaba armadura; esta descansaba en un extremo de aquella estancia amplia, pero prácticamente vacía. Lo único que lo cubría era una camisa amplia y unos pantalones oscuros de montar. El cabello lo llevaba suelto; algo prohibido para cualquier humano.

—Vas a enfermar con esa ropa mojada, florecilla —dijo con calma, cruzándose de brazos.

No respondí. Desvié la mirada y descubrí lo que estaba buscando. La vaina de su mandoble, con la espada guardada en su interior, se encontraba a menos de unos palmos de distancia, apoyada sobre los pies de una vieja cama de madera.

Él siguió mis ojos, pero cuando quiso reaccionar, yo ya me había abalanzado sobre ella.

Extraje el arma y la alcé a duras penas. Jamás había sostenido algo tan pesado y de un tamaño tan monstruoso. Pero la cólera que me mordía por dentro me hizo mantener el filo ondeando en el aire, sin descender ni un dedo.

—Suelta eso —ordenó con su voz ronca.

—Traidor. Traidor. ¡TRAIDOR! —rugí de súbito. Avancé en su dirección—. ¡Traidor! ¡MENTIROSO! ¡Bastardo!

Él arqueó las cejas y tuvo que dar un quiebro para esquivar la hoja de su propia espada.

Esta golpeó el suelo con fuerza; un chirrido arañó nuestros oídos. Apreté los dientes y volví a alzarla, sintiendo los músculos de mis brazos gritar de dolor.

—No me hagas arrebatártela a la fuerza —canturreó él, sacudiendo la cabeza.

—¡Inténtalo! —grité, golpeando inútilmente el aire—. ¡Antes te mataré! ¡Juro que te mataré!

—Los juramentos no deben hacerse en vano, y ya es la segunda

vez que prometes matarme —comentó él, haciéndose a un lado ante una nueva embestida.

—Pues esta vez será la última —siseé, antes de caer sobre su cuerpo.

Pero el golpe no llegó. Me agarró las muñecas antes de que el filo rozara su pecho, y de un tirón seco me desarmó. La espada cayó con un golpe hueco entre los dos. Me revolví, pero su fuerza era descomunal. Los brazos me dolían, mi cuerpo entero temblaba.

Lancé un aullido de rabia cuando me quedé inmóvil e indefensa, sin posibilidad de hacer nada.

El Fantasma no se inclinó para recoger su espada. Siguió manteniéndome sujeta por las muñecas, frente a mí, contemplándome con aquellos ojos negros como la noche.

—¡Lo sé! —grité, antes de que pudiera hablar—. ¡Sé lo que hiciste! ¡Sé que fuiste tú! ¡Tú ordenaste el fuego, tú cambiaste a los guardias, tú lo sabías! —La vista se me nubló. No fui capaz de contener las lágrimas y la cara de Erik se convirtió únicamente en un borrón desdibujado—. ¡Lo sabías! ¡LO SABÍAS!

Mis piernas cedieron. Caí de rodillas, con las manos atrapadas todavía en las suyas. El suelo estaba frío, húmedo, y yo temblaba sin control.

Todo se había quebrado en mí: el cuerpo, la mente, mi corazón. No era más que un despojo roto.

Lo sentí como una sombra que se inclinaba sobre mí, pesada y cálida. No me tocaba, pero su presencia me aplastaba. Mi visión era una cortina de niebla, apenas podía ver a través de ella. Las lágrimas me ardían en los ojos.

—¿Se lo has contado a alguien? —preguntó, en un susurro bajo.

Me froté los párpados con el dorso de la mano. A duras penas pude ver su expresión seria a algo más de un palmo de la mía.

—A… a… un guardia, su… nombre es Percy. Y… —Una nueva oleada de dolor me hizo cerrar los ojos—. A Fern, mi doncella. —No sabía ni por qué le respondía. Debía estar sobre él, arañándole la cara con las uñas.

El Fantasma gruñó algo entre dientes que no llegué a entender y se removió, buscando algo. Sin miramientos, tomó mi mano y puso

sobre ella un largo pañuelo blanco. Rabiosa, lo hice un guiñapo y se lo arrojé a la cara, o más bien, al borrón que debía ser.

—¡No quiero tu compasión! —escupí.

Él no contestó, aunque no se apartó de mi lado. Tampoco intentó consolarme, se limitó a permanecer quieto mientras las lágrimas seguían cayendo, vaciando la rabia y el dolor que aún me quedaba dentro.

No supe cuánto tiempo permanecí así, pero cuando los sollozos por fin se extinguieron notaba las piernas rígidas y adormecidas.

—Debería matarte —dijo de pronto, con una calma gélida—. Pero no quiero que mueras.

Parpadeé y lo miré de soslayo. Él me observaba con fijeza, con la boca apretada y las pupilas muy dilatadas, como si quisieran devorarme de un bocado.

—¡¿Y qué significa eso?! —grité, con la voz hecha pedazos.

Me cubrió la boca con una mano áspera.

—No grites. Este castillo tiene oídos.

Le mordí la mano con rabia. Retrocedió un instante, sorprendido.

—Florecilla, sabes bien que no fui yo quien ideó quemar tu puto castillo.

—Podrías haberte negado —le escupí—. Podrías habernos salvado. Me miraste a la cara sabiendo que después me ibas a matar.

—Esa noche me mandaron asegurarme de que todos los Daaé permaneciesen bien dormiditos en sus habitaciones. Y, sin embargo, no te obligué a volver a la tuya cuando me topé contigo. —Sonrió con malicia y sentí cómo mis mejillas enrojecían—. Recuerdo tu cara aquel día y sé que me hubieses obedecido sin rechistar.

—Eres un asesino —jadeé.

—Tú también lo eres.

—¡Es diferente! —repliqué, golpeando el suelo con el puño—. ¡Solo intentaba defenderme! —Quise abofetearle, pero logró esquivarme sin dificultad—. ¡Ellos… los Verlac… sin embargo…!

—Atacaron a tu noble familia sin motivo, ¿no? —De pronto, su sonrisa burlona se tiñó de amargura—. *Pobre florecilla*.

Me sujetó los hombros con fuerza y me acercó a él en un movimiento violento. Le clavé la barbilla en el pecho y me obligó a

mirar hacia arriba, a sus ojos.

Sentí cómo el corazón se me paralizaba cuando pegó su frente a la mía. Sus manos reptaban hacia arriba, en dirección a mi cuello. De repente, no sabía si tenía intención de besarme, o de estrangularme.

—¿Alguna vez me has visto? —susurró cerca, demasiado cerca—. *De verdad.*

—¿Qué? —musité, sin fuerzas, mientras mi aliento se enroscaba con el suyo.

Se separó de mí con la misma brusquedad con la que se había acercado. Sin decir palabra, pasó junto a mí y corrió el cerrojo de la puerta de su dormitorio.

El corazón se me detuvo.

Después, se volvió en mi dirección y avanzó hasta quedarse a unos pasos de distancia. Poco más de un metro. No separó los labios. Arrojó su mandoble a un lado. Alzó la barbilla y, sin despegar su mirada negra de la mía, comenzó a desatarse los cordeles de la camisa.

Retrocedí un paso.

Un calor denso, líquido, me saturó las venas. Me mareó.

—¿Qué… qué estás…? —Pero mi voz desapareció cuando el Fantasma deshizo la última lazada del cordel.

De un simple tirón, la camisa cayó al suelo.

Las llamas que me mordían y me acariciaban con uñas por dentro se apagaron de golpe. Y un hálito gélido luchó contra el calor que había comenzado a llenarme.

Mis pupilas se clavaron en sus hombros, sus brazos, su torso, su estómago. Su piel era una cordillera de cicatrices y tajos profundos que habían curado mal hacía demasiados años. No había un fragmento sin que trazas rosadas, violáceas y pardas lo marcaran. Algunas eran superficiales, otras demasiado profundas. Le deformaban la cintura, le hundían parte del pecho. Casi parecía que le habían arrancado algún hueso a zarpazos.

Continuó desvistiéndose en silencio. No parpadeaba. Su mirada estaba fija en mi rostro. Podía ver el pulso latir en su garganta, profundo, descontrolado.

Lentamente, se volvió y me ofreció su espalda. Remiendos gruesos

cruzaban sus omóplatos, convertían su columna en una serpiente abultada, informe. Sus músculos se marcaban entre aquellas viejas heridas, demasiado numerosas para que pudiera contarlas sin vomitar.

Las manos del Fantasma no se detuvieron. Sus dedos volaron hasta el cierre de sus pantalones. De un tirón, se deshizo de ellos y de su ropa interior.

Y el mundo explotó.

Ya no había calor en mí. Un muro de hielo lo sepultaba todo.

Jamás había visto a un varón desnudo, fae o humano. Siempre había creído que sería a Raen a quien vería así por primera vez. Que me mostraría tímida, que apartaría la vista con rapidez, pero mis ojos devoraron aquel cuerpo con algo parecido a la avidez.

Mis pupilas recorrieron cada centímetro de su piel maltratada, recosida, agrietada. Un mapa de terror que ocultaba hábilmente su armadura. Un segundo traje que lo acompañaría toda la vida y que quien se lo había confeccionado había tenido el frío cuidado de que siempre quedara oculto tras la ropa. Ni una fina cicatriz asomaría nunca tras las mangas. El horror siempre quedaría escondido.

Su cuerpo, a pesar de ser alto, esbelto y musculoso, resultaba atroz. Como si una bestia lo hubiese mordido y masticado, y luego hubiese vomitado los despojos.

No entendía cómo había sobrevivido a aquellas heridas.

Cuando se volvió de nuevo hacia mí, sus ojos brillaban. Las lágrimas ardían en el borde de sus ojos, embebidos en una rabia venenosa.

Avanzó hacia mí, pero yo no retrocedí. Me quedé muy quieta, sin parpadear, sin volver el rostro, ni siquiera cuando se detuvo demasiado cerca. Solo tenía que extender un dedo para acariciar su piel.

Entre tanta mentira, su cuerpo desnudo era la verdad más pura que me podía ofrecer.

—¿Me ves bien? —susurró, acariciando mi oído con su voz—. ¿Te gusta lo que observan tus ojos?

—No lo sé —murmuré, casi sin voz.

—¿Quién crees que me talló estas cicatrices? —continuó. Ladeó la

cabeza, se inclinó sobre mí, y su cabello blanco me rozó la mejilla—. ¿Tu doncella se enteró de algo, te lo contó mientras te vestía y te cubría de joyas?

—Fern nunca ha dicho nada —repuse, intentando controlar el escalofrío que luchaba por atravesarme.

Sus ojos no parpadeaban; me miraba como si examinara a un animal herido, sin saber si curarlo o abrirlo en canal.

—Es una historia bonita —murmuró—. No lo sabes, pero nací en tus tierras, en la provincia de Sombramar, muy cerca de la frontera. Una maldita casualidad, ¿no crees? Soy tu súbdito.

Negué varias veces, sin querer creerlo.

—El Valle de los Cuatro Ríos está lejos de mis tierras —musité, sin aliento.

—Mi familia nunca quiso marcharse. Vivíamos… bien. Al menos, todo lo bien que pueden hacerlo los humanos bajo el mando de los faes. Mi padre vendía lana y trigo en el mercado, y, a veces, algo que cultivábamos en nuestro huerto. Mi madre cocinaba y vendía hogazas. Mi hermano mayor los ayudaba. Sabíamos que nunca podríamos prosperar, pero nos conformábamos.

Mis manos se cerraron en un puño. El frío me empapó.

—Había descontento en la frontera. Cada tanto algunas disputas regresaban, y muchos no comprendían por qué los faes gobernaban e impedían que los humanos ocuparan puestos de poder. Puestos que previamente nos pertenecían, antes de que los faes arribaran a nuestras tierras proclamando ser descendientes de los Inmortales.

Asentí, aunque sentía el cuello rígido. Pocas veces había oído algo de aquella parte de la historia de Elysia, de cómo mis antepasados habían llegado, habían arrasado con las diversas religiones que existían en las distintas provincias y, aprovechándose de la profunda admiración que les habían profesado los humanos a los recién llegados, de sus similitudes con los Inmortales, con sus orejas picudas y sus largos cabellos, se instalaron en los puestos de poder y les impusieron aquella creencia que no tuvieron más remedio que aceptar. Éramos menos numerosos, pero más fuertes, con mejores armaduras. Nuestras vidas duraban más que las suyas.

Cuando los humanos empezaron a percatarse de aquella invasión

silenciosa, ya solo quedaban los nietos de aquellos que habían visto llegar los barcos a sus costas por primera vez. Los primeros colonizados habían muerto, pero los faes que habían iniciado la conquista seguían siendo los mismos. Ancianos, pero todavía vivos.

—Era algo a lo que todos estábamos acostumbrados. Cada cierto tiempo, las rebeliones estallaban. Morían humanos, las condiciones mejoraban durante un tiempo, y cuando el fuego se calmaba, todo volvía a empeorar. Un ciclo eterno que se repetía en cada generación.

Sonrió sin moverse. Su aliento frío me acariciaba los labios con cada palabra. Yo notaba una sensación gélida atenazarme los huesos, pero su piel estaba en llamas. Podía percibir la tibieza emanando de ella y llegando hasta mí.

—Mis padres no desearon involucrarse. Tampoco mi hermano. Pero se produjo… un malentendido. Un rumor colocó a mi padre como uno de los principales cabecillas de la rebelión, así que lo apresaron. No solo a él, por supuesto —añadió, con las pupilas dilatadas por los recuerdos—. Cada vez que pienso en ello, recuerdo cuánto me sorprendió descubrir que la sangre huele. *Apesta*. —Me estremecí cuando su mano apretó el cuello de mi vestido. La tela crujió. Sus dedos subieron por mi mandíbula—. Tiene un hedor… metálico. Pegajoso. Todo mi hogar olía a sangre después de que lord Dain lo visitara.

Un gemido entrecortado chocó contra mis dientes apretados.

—Primero empezaron con mi padre. Lo ataron a una silla y lo golpearon hasta dejarlo sin conciencia. Después, lo despertaban con agua helada y volvían a empezar. Mientras tanto, a nosotros, amordazados, nos obligaban a mirar.

—¿Qué querían? —murmuré, con un hilo tembloroso de voz.

—Que mi padre confesara quién formaba parte de la cúpula de la rebelión. Que se delatara a sí mismo. Como no dio ningún nombre, pasaron a mi madre.

Quería retroceder. Cubrirme los oídos, cerrar los ojos y esconderme en esa habitación que me habían proporcionado los Verlac y que tanto odiaba. Pero mi cuerpo siguió paralizado. El pecho, cada vez más rígido, me hacía imposible respirar.

—¿Quieres que te relate con todo lujo de detalles lo que le hicieron? —Negué y un par de lágrimas resbalaron por mis mejillas —. Fueron diez. *Diez*. Uno detrás de otro, mientras nos obligaban a mirar. Ella no dejó de chillar, de suplicarle a mi padre que no mintiera. Cuando todos terminaron, se limitaron a cortarle la cabeza de un tajo.

Una arcada me dobló en dos, pero las manos de Erik continuaron sosteniéndome. Cada palabra suya era una piedra que caía contra mis muros. Las paredes de mi infancia se desmoronaban en silencio.

—Con mi hermano mayor fueron más compasivos. O quizá solo trataron de recordarle a mi padre la velocidad con la que podían segar una vida. Ni siquiera se molestaron en desatarlo. Lord Dain le acuchilló el estómago. ¿Sabes por qué? —Me llevé las manos a mi propio abdomen, como si fuera a mí a quien el acero había atravesado—. Es una herida dolorosa. La bilis y los jugos gástricos resbalan por los tejidos, los hacen hervir. Y la muerte es lenta. *Muy* lenta.

Recordé el rostro de mi padre, de mi bondadoso padre. El que tantas veces me había sentado sobre sus rodillas, el que me había sujetado de la mano mientras caminábamos por el acantilado, el que se reía de mis travesuras y me guiñaba un ojo cuando mi madre me regañaba.

Mi padre.

—Cuando me quitaron la mordaza, la tenía empapada en sangre. Tenía la garganta en carne viva de tanto gritar. —Erik retrocedió un paso, y sus ojos negros se pasearon por su cuerpo desnudo como si perteneciera a otro—. Supongo que no es necesario que te narre qué fue lo que me hicieron, ¿verdad? Lord Dain se esmeró. Fue muy concienzudo.

El sabor metálico de mi sangre me llenó la boca; me había mordido el labio hasta notar la calidez pegajosa. Todo tenía que ser una mentira, una pesadilla.

Los pequeños fragmentos de mi mundo que aún quedaban en pie se derrumbaron frente a mis ojos, desapareciendo en un mar de escoria y tumbas.

—Estuvieron a punto de matarme. Pero entonces, uno de sus

caballeros acudió para comunicarle que la información que le habían proporcionado era errónea. Recuerdo la forma en la que me miró. En la que observó aquella sala llena de muerte y dolor. —Erik contempló su entorno, como si todavía estuviera entre aquellas paredes de su memoria—. De la misma forma en que alguien mira a un gusano al que ha pisado por error.

El Fantasma se inclinó para recoger el pañuelo que me había ofrecido. Con una delicadeza que no parecía hecha para alguien como él, me limpió la sangre que escapaba de las comisuras de mis labios.

—Mi padre me sacó a rastras de allí y huimos hacia el Valle de los Cuatro Ríos. Malvivimos, pero me recuperé de mis heridas, aunque su cabello y el mío adquirieron el color de la nieve. Después, llamé la atención de sair Mikail cuando él solo era un soldado. Me recomendó, y logré formar parte de los guardias al servicio de los Verlac. Después, ascendí por mérito propio. Es fácil matar bien cuando a quien tienes en la cabeza nunca muere. Fin de la historia.

Ladeó la cabeza. Cada cicatriz, cada deformidad, parecía palpitar, resplandecer como la luz en las velas.

—¿Sabes por qué no te obligué a regresar a tu dormitorio aquella noche? —añadió, con la tela blanca apretada entre sus dedos—. ¿Sabes por qué no permití que murieras?

No pude hacer otra cosa que seguir respirando.

—Porque había visto cómo te inclinabas sobre aquel guardia borracho. Vi cómo apoyaste la mano en su pecho, cómo te preocupaste por él, a pesar de que eso podía poner en riesgo tu huida —dijo, con voz grave—. Vienna, has tenido la suerte o la desgracia de abrir los ojos antes de tiempo. —El Fantasma entornó la mirada y me pareció ver en ella algo parecido a la compasión—. No existen los villanos ni los héroes. Solo hay buenas y malas acciones, y aquellos que las ejecutan. —Se alejó de mí y, con lentitud, comenzó a vestirse—. Está en tu mano decidir si quieres vengarte, pero no hables de justicia o de injusticia. Antes de abrir la boca, *mírame* y piensa.

Transcurrió demasiado tiempo antes de que encontrase mi voz, perdida en algún lugar de mi garganta.

—Los mataré —susurré. La frase salió rota, llena de rabia—. Mataré a los Verlac por lo que hicieron.

—Si es lo que deseas, será mejor que sigas fingiendo ser la dulce doncella que no eres.

—In… intentaron asesinarnos. —Tenía la mandíbula tan tensa, que incluso me costaba hablar—. No pienso hacerles creer que…

—Entonces, despídete de tu hermanita y de tu cabeza —replicó Erik con brusquedad.

Aparté la mirada, dolida, a sabiendas de que hablaba con razón. No poseía nada, no poseía a nadie. Sabía que mi hermano Kallias debía tener hombres a su disposición, pero se encontraba lejos, completamente fuera de mi alcance. No podía hacer nada. Al menos… por el momento.

—¿Odias a mi padre? —susurré de pronto, observando de soslayo cómo el Fantasma terminaba de atar las últimas lazadas de su camisa.

—Lo odiaba, tanto como odiaba a toda tu familia.

—¿Ya no?

—Odiar a unos huesos quemados no sirve de nada.

Durante un instante, no dije nada. La lluvia había cesado, y el silencio del exterior se extendía hacia nosotros con tentáculos oscuros.

—¿Lo asesinaste?

Erik volvió la cabeza hacia mí y me examinó con atención durante unos momentos que me resultaron eternos. Con suma lentitud, sonrió. Pero solo con la boca, no con los ojos.

—Entré en su despacho después del incendio —añadí, con un susurro tembloroso—. Había marcas en el respaldo de su sillón. Sé que lo apuñalaron.

—Si yo hubiese sido el asesino, él habría muerto con una espada en la mano, no ebrio después de la Ceremonia de Mayoría de Edad de su hija.

—Entonces, ¿lo hizo otro soldado de los Verlac?

—Quizá. O un mercenario al que contrataron. Quizá alguien del mismo servicio.

—¡Eso no es posible! —repliqué—. Todos consideraban a mi

padre…

La voz se me extinguió al recordar el cuerpo desnudo de Erik. Retrocedí, con las rodillas temblando. Jamás sabría quién había matado a mi padre. A ese fae que ahora era un desconocido para mí. El mismo que me había mecido con las manos empapadas de sangre humana.

Jadeé cuando un nuevo sollozo me ahogó.

Caí de rodillas. Todo lo que llenaba mi cabeza pesaba demasiado. Era insoportable.

Erik me lanzó una mirada torva desde su imponente altura. Sin apartar sus pupilas de las mías, me tendió una mano y ladeó ligeramente la cabeza, examinándome con más atención.

—Sigue tirada ahí, empapada, y morirás en la cama antes de que puedas ver a cualquiera de los Verlac muertos.

Alcé la mano y, con la palma abierta, golpeé la suya con todas mis fuerzas. El impacto sonó fuerte y sentí un hormigueo súbito que adormeció todos mis dedos.

Me levanté con dificultad. Aún seguía mojada por la lluvia y el helor de las piedras del suelo había trepado hasta mí.

—No me toques —le advertí con voz sibilante—. Tú lo sabías y aun así lo permitiste. Me da igual lo que te hizo mi padre, ¿oyes? —La mentira se hundió en mi estómago de la misma forma en que la espada de mi padre se clavó en el hermano asesinado del Fantasma —. ¡Me da igual! ¡Debería haberte matado!

Las lágrimas se agolparon tras mis ojos, pero fui capaz de controlarlas. Algo dentro de mí chillaba de dolor con cada palabra que profería.

—Vaya, vaya. —Erik ni siquiera parpadeó—. ¿Y por qué no me matas ahora?

—No tengo ninguna posibilidad —farfullé con frialdad—. No soy tan idiota como crees.

—Eso no es ningún problema.

El Fantasma echó mano a su cinto y extrajo algo de él. Cuando me lo arrojó, lo sostuve con las dos manos. Casi me sentí morir; era el mismo puñal que había utilizado para acuchillar a lord Erroll en el corazón. Cuando logré desenvainarlo, las manos me temblaron con

violencia.

—Vamos, adelante. Sabes cómo se hace. Te juro que no me moveré.

—Sé que es una trampa. —Mi voz sonó aguda, suplicante.

—Florecilla, me conoces lo suficientemente bien para saber que nunca te he mentido. —Alargó el brazo y tiró de mí con brusquedad para acercarme a él—. Vamos, estoy esperando.

Coloqué la punta del puñal contra su cuello, rozando la piel con el filo. Tenía los dientes tan apretados y el brazo tan rígido, que sentía un dolor lancinante extenderse desde mi tensa mandíbula hasta las yemas de los dedos. Escuchaba el latir de un corazón, pero no sabía si era el suyo, o el mío.

Hazlo, me azuzó una voz en la cabeza.

Cerré los ojos y enterré un poco el filo en su cuello. El humano no se movió, ni emitió un solo sonido. Cuando aparté los párpados, observé un largo hilo rojo manando de la pequeña herida que acababa de abrir.

Lancé un grito y retrocedí tambaleante, arrojando el cuchillo a una esquina de la habitación. ¿A quién quería engañar? No podía herirle, no podía hacerle daño. Por más que mi cabeza lo deseara, algo en mi pecho lo impedía. Ese mismo algo que no me había permitido besar a Raen horas atrás.

Hundí la cara entre mis manos y esperé encogida sobre mí misma, intentando controlar los jadeos ahogados que luchaban por salir.

De pronto, el fuerte sonido de un portazo me hizo levantar la cabeza. Cuando miré alrededor, no vi al Fantasma por ninguna parte. Su enorme mandoble había desaparecido, pero el puñal seguía en el mismo lugar donde había caído. Lo recogí, estremecida, y lo dejé sobre la cama.

Sabía que debía salir de aquella habitación cuanto antes, pero seguía mojada por la lluvia y el frío cada vez iba a peor. Dubitativa, boqueando, me acerqué a la chimenea y extendí los brazos cerca del fuego, dejando que el calor me acariciara.

Cuando sentí las mangas secas por fin, la puerta del dormitorio volvió a abrirse. Tras ella, apareció Erik portando una copa humeante.

Sin miramientos, la acercó y la empujó entre mis manos.

—Bebe —gruñó.

—¿Qué es?

—Ni veneno ni alcohol, así que trágatelo.

Acepté la copa con dudas, pero le di dos largos sorbos. El sabor era dulce e intenso, y produjo un calor en mi estómago que se extendió con una rapidez alarmante por todo mi cuerpo. Debía tratarse de algún tipo de droga, porque percibí de súbito una somnolencia casi insoportable.

Mis piernas se doblaron de pronto y tuve que sostenerme en el marco de la chimenea. Hice amago de arrojar el contenido, pero Erik se acercó a mí y me hizo beber hasta la última gota.

—Como intentes… —Me detuve, mareada, y tuve que hacer uso de toda mi concentración para no caer al suelo allí mismo.

—¿Matarte? —Escuché su carcajada lejana—. De haber querido, podría haber atravesado tu pequeño corazón antes de que llegaras a gritar. Lo que te has tomado te hará descansar, quieras o no.

Levanté la barbilla a duras penas. La estancia daba vueltas de campana en torno a mí, sin incluirme en su danza delirante. Di dos pasos adelante y me topé con el pecho del Fantasma, que detuvo mi tambaleo de golpe.

—No… no voy a ser capaz de volver a mi habitación —confesé, con voz débil.

Sentí cómo mis pies se elevaban del suelo de pronto, oscilando como péndulos, flotando en el aire.

—Conozco el camino a tu dormitorio.

26

Cuando abrí los ojos, el mundo estaba plagado de oscuridad. Una oscuridad que cantaba.

La luna resplandecía de forma extraña al otro lado de mi ventana, proyectaba sombras que se movían despacio por las paredes, como lenguas de luz cansadas. Me costó recordar dónde estaba. Sentía el cuerpo pesado, lleno de algodón, y la almohada me sujetaba la cabeza como si no quisiera dejarla escapar.

La luz plateada no llegaba a iluminar por completo la figura que se encontraba junto a mi cama.

Entorné los ojos, pero el sopor me impedía ver con claridad.

—¿Raen? —pregunté, en un murmullo casi inexistente. Tenía que ser él. Había regresado a por mí. *A por el beso que no quise entregarle*, pensé, derrotada.

Me intenté incorporar, pero los brazos apenas respondieron y caí de nuevo entre los amplios almohadones. Todo era demasiado confuso. Una voz suave en mi cabeza me susurraba que seguía durmiendo, que todo aquello no era más que parte de un sueño.

—¿Ra…? —Callé cuando vi cómo la sombra oscura ladeaba la cabeza y se llevaba los dedos a los labios para pedirme silencio.

Avanzó hacia mí, sin levantar ni un susurro. Como un espíritu.

Lo observé, inmóvil. No me aparté cuando se sentó en la cama, a una distancia peligrosamente cercana.

Tenía los ojos entrecerrados y no era capaz de abrirlos más. A través de la rendija solo podía ver la silueta que se recortaba contra la luz de plata.

Una mano se alzó trémula, casi temblorosa, como si temiese romperme en pedazos cuando me tocara. Acabó por detenerse a tan solo un suspiro de mi rostro, sin ser capaz de establecer el contacto.

La mano de Raen no era tan grande, pero, aun así, la sostuve entre las mías. La piel era dura y en las palmas noté pequeñas ampollas endurecidas. Su caricia era tierna y áspera. Llena de placer

y dolor.

Sus dedos se cerraron con fuerza, encarcelando los míos, sin hacerme daño. Levanté la vista. La distancia que nos separaba se acortaba a cada momento que transcurría.

Podría haberme apartado, podría haber vuelto el rostro, podría haber dicho «no» y, sin embargo, no hice nada. Permanecí sujetando aquella mano grande y ulcerada, cada vez con más fuerza. No sabía quién se inclinaba sobre quién. Pero no me importaba. Aquel espacio mínimo debía desaparecer. Quería que lo hiciera.

—No sabes lo que haces, florecilla.

Raen nunca me ha llamado así. Fue lo último que me susurró mi raciocinio antes de que se hiciera pedazos.

Sentí algo muy parecido al fuego deslizarse por mi garganta cuando sus labios encontraron los míos. Un beso cruel por su lentitud, por su cuidado. Una caricia consciente, calculada, que convirtió los instantes en eternos. Aquella boca, cálida, se apoyó en la mía con una intimidad que me desarmó, hundiéndose apenas lo suficiente como para prometer más. Sus labios se abrieron un instante antes de retirarse y dejarme expuesta al vacío que había creado.

Me quedé inmóvil, suspendida en un aturdimiento denso, incapaz de recordar cómo se respiraba. El latido que resonaba en mis oídos era violento, desordenado, y durante un momento no supe si nacía en mi pecho o en el cuerpo que se cernía sobre el mío, demasiado cerca, demasiado real.

La sombra se movió con brusquedad, retrocediendo. Y, de pronto, la vela de mi mesa de noche se encendió, deslumbrándome durante un corto instante.

Pestañeé antes de abrir los ojos por completo.

—*Tú* —susurré, con la voz ronca.

El Fantasma entornó la mirada; la llama de la vela titilaba en sus pupilas. Las tintaba de rojo.

—Estoy esperando a que empieces a gritar —dijo, en un murmullo ronco—. Si lo haces, los guardias llegarán pronto y me conducirán preso. Es lo que deberías hacer.

Entreabrí los labios, pero no fui capaz de articular ni una sola palabra. La parte de mí que todavía estaba enraizada en mi tierra, en mis recuerdos, me instaba a apartar las manos que apresaban la de Erik. Me recordaba sin cesar que él era un humano, que servía a la familia que había condenado a la mía. Pero otra más honda, mucho más primitiva, *más real*, me obligaba a dejar caer los párpados, la cabeza, y a ofrecerle mi cuello como una presa rendida ante el depredador.

Pero no cerré los ojos. Respiré hondo y enfrenté aquellas pupilas de brea y brasas ardiendo.

A quién quería engañar. Aquella noche había cruzado un umbral en el que no existía posibilidad de retorno. Había rechazado a Raen por un solo motivo.

Y ese motivo se encontraba en aquel instante frente a mí.

Al fin y al cabo, estaba soñando. Y en los sueños se podían cometer los pecados que la vigilia prohibía.

Me impulsé con un brazo tembloroso y, sin apartar la mirada, apoyé la mano en su rostro. Su cabello blanco, que caía desordenado sobre sus mejillas, acarició mi extremidad.

No podía detenerme. Era como si unas sogas se hubiesen enredado en mi cuerpo y tirasen de mí sin compasión, sin darme la oportunidad de resistirme.

—Acércate —murmuré.

—Ya estoy cerca —contestó él. Su mirada tenía dientes, me devoraba.

—No lo suficiente.

Lo último que vi antes de cerrar los ojos fue la expresión consumida de sus pupilas, a medio camino entre la locura y el dolor.

Aquel contacto ya no tuvo nada de suave ni de contenido. Sentí cómo abría la boca sobre la mía con una urgencia que no podía ser reprimida durante más tiempo. De su garganta escapó un sonido bajo, triste, roto, y la vibración me atravesó como un latigazo.

Su lengua rozó la mía con una cautela que apenas duró, antes de volverse insoportable. El contacto fue húmedo, profundo, deliberado. El calor de su boca me abrasaba mientras su respiración se volvía errática contra mis labios. O quizá fuera la mía. No estaba segura. La

oscuridad se llenaba de jadeos atragantados, de susurros y caricias apretadas.

Su cuerpo se clavó en el mío de tal forma que sentí cada hueso, cada cicatriz. Y, aun así, lo noté demasiado lejos.

Con su boca hundida sobre la mía, me sostuvo la cintura con una mano firme y la otra subió por mi espalda, arrugando la tela de mi camisón como si necesitara comprobar que yo seguía allí, que no era una alucinación nacida del deseo.

Un gemido se me escapó sin permiso, ahogado entre su boca y la mía. Él respondió con otro sonido áspero, casi desesperado, y la presión de sus manos aumentó. Sentí cómo tiraba de mí hacia su cuerpo, cómo el contacto se volvía más estrecho, más exigente. La espalda se me arqueó contra el lecho. Los cordeles del camisón se aflojaron, y la tela blanca resbaló por mis hombros, por mi pecho, hasta la cintura.

El aire frío me recorrió la piel antes de ser reemplazado por su calor.

Como fae, hija de una familia noble como los Daaé, jamás había estado así frente a un varón. La pureza era algo que se guardaba hasta la noche de bodas. Una imagen que había imaginado mientras caminaba por el Palacio de los Vientos y miraba a Raen de soslayo. Siempre acompañada de timidez, de torpeza.

Pero solo sentí ansia cuando los ojos negros del Fantasma bajaron por el camino que la ropa había descubierto. Hambre. Y un dolor que solo podía calmar él.

Una de sus manos se deslizó bajo la falda del camisón, rozó el borde de la ropa interior, y subió por el costado. Lenta, demasiado lenta, llena de duda, hasta apoyar la palma en mis costillas.

Mi cuerpo reaccionó inconscientemente; me arqueé hacia su caricia, buscando más, como una planta desesperada que busca la luz. Él lo notó. Su pulgar se movió, apenas un centímetro, apenas un círculo, y esa mínima caricia me arrancó un sonido que no había oído jamás salir de mí.

Se tensó. Y su mano ascendió un poco más.

Me dejé llevar. Me ahogué en aquella sensación palpitante que me atravesaba de arriba abajo, en ese placer denso que parecía

arrastrarme hacia un abismo ardiente del que no quería escapar.

Cada roce, cada presión de su boca, cada embestida contenida de su cuerpo contra el mío me hacía perder un poco más el control.

Entonces, de repente, se separó. Lo hizo con un jadeo brusco, como si el aire le quemara los pulmones.

Sacudí la cabeza, aturdida, y me incorporé con brazos temblorosos. Me cubrí con manos torpes, aunque el placer todavía me cegaba.

Erik me contemplaba desde muy cerca, con las pupilas dilatadas y brillantes, casi húmedas, como si estuviera sosteniendo a la fuerza algo que amenazaba con romperlo desde dentro. Tenía los labios entreabiertos, enrojecidos, y su pecho subía y bajaba con violencia.

Había placer en su rostro, sí, pero también culpa. Y miedo. Y una especie de dolor feroz que parecía a punto de partirlo por la mitad.

Se inclinó sobre mí, apoyando ambos brazos a los lados de mi cabeza, atrapándome bajo él sin tocarme más de lo necesario. Su cuerpo temblaba. Se contenía. Cada músculo parecía librar batallas distintas.

—No debería… —comenzó, antes de que la frase se deshiciera.

Su frente descendió hasta quedar a un palmo de la mía. Podía sentir su respiración acariciando mis labios, cálida, irregular. Sus manos, que habían bajado hasta mi cintura, se aferraron con fuerza un segundo más, como si temiera soltarse y perderlo todo.

Su mirada gritaba ansia. Ansia y misericordia al mismo tiempo. Deseo y una piedad desesperada que lo golpeaba. Parecía estar muriéndose por dentro, desgarrado entre lo que su cuerpo reclamaba con desesperación y lo que su conciencia le exigía a gritos.

—No sabes lo que estás haciendo —susurró, con la voz rota—. Debemos parar.

—¿Por qué? —murmuré.

Sin sus manos deslizándose por mi cuerpo, sin su lengua reclamando la mía, la bruma empezó a espesarse de nuevo en mi cabeza. Sentí el cansancio llegar poco a poco, perezoso, arrastrando los pies. Me pesaron los párpados. Mi cuerpo seguía encendido, pero la mente comenzó a apagarse.

El Fantasma percibió mi lucha por mantener los ojos abiertos. Lo vi

cuando frunció el ceño, en la forma en que sus labios se apretaron en una fina línea.

Se sentó en la cama mientras su pulgar acariciaba mi muñeca, en un gesto tranquilizador que dolió más que cualquier beso.

—Quiero que recuerdes esto como algo real, no como un sueño —murmuró.

Sentí un pinchazo en la garganta.

—Pero no quiero despertar —repliqué, y noté la quemazón de las lágrimas en mis ojos.

Deseaba confesarle demasiadas cosas. No me importaba que aquello no fuera real. No me importaba que él fuera humano. No me importaba todo lo que había hecho antes de conocerme. Prefería arrepentirme de seguir adelante, que permanecer intacta.

Pero el sueño tenía manos invisibles, que se enroscaron en mí y me arrastraron lentamente hacia la oscuridad.

—No… no te vayas —murmuré.

Él me sostuvo la cara con la mano libre.

—Tengo que hacerlo —respondió—. Para poder volver cuando seas tú la que toque a mi puerta. Porque esa vez no me marcharé.

Había algo ferozmente tierno en esas palabras que me rompió por dentro.

Su peso se separó del mío con cuidado. Sentí el jergón subir un poco, protestar. Me aferré a él un instante, pero mis dedos perdieron fuerza. Se deslizaron por la tela y cayeron sobre las sábanas revueltas, todavía calientes.

Lo vi de pie junto a la cama, borroso, alto. Con el cabello blanco resplandeciendo. Como un fantasma.

—Duerme, Vienna.

Se inclinó hacia la mesilla de noche, recortado contra el fulgor dorado de la vela encendida. Sus pupilas, cuando me miraron una última vez, brillaron rojas.

Sopló.

La llama vaciló, se estiró y se apagó, dejándome rodeada de una oscuridad que no tardó en tragarme.

27

Me incorporé sobresaltada. Fern estaba allí, inmóvil, con el rostro descompuesto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con un hilo de voz.

Tardé en responder. El sudor me corría por la espalda.

—No lo sé —murmuré, apartándome los mechones pegados a la frente—. ¿Qué hora es?

—Casi mediodía. He intentado despertarte, pero no reaccionabas. —Sus manos temblaban sobre el regazo—. Parecías muerta.

Me llevé las manos a los labios. El contacto de mis propios dedos me estremeció, como si tocaran una herida invisible.

—He tenido un sueño… *extraño* —farfullé, bajando la mano de golpe.

—Debe de ser por lo que tomaste anoche.

La imagen de la copa humeante entre las manos del Fantasma regresó con un estremecimiento.

—Sair Erik te trajo dormida. En brazos —explicó ella, con cautela—. Me dijo que no te despertara. —Sus ojos me sondearon, pero yo aparté la vista—. Conseguí cambiarte de ropa, pero estabas helada. Parecías sin vida.

Me hundí en las sábanas. *En brazos*, resonó una y otra vez, hasta que las palabras se convirtieron en fuego. Fern esperaba, tensa, mirándome de soslayo.

—No sabes cuánto lo siento —susurró de golpe. Se llevó las manos al estómago, como si vomitara las palabras—: No sabía que los Verlac habían sido la causa del fuego. Si… si hubiese sospechado… nunca habría… —Enrojeció y sus dedos crujieron, retorcidos entre sí —. No podía haber imaginado que Percy…

—Lo sé —la interrumpí, con una sonrisa débil.

—Él… me buscó después de que le arrebataras la espada. Me pareció… *distinto*. Desde entonces, empezamos a vernos a escondidas. Él nunca quiso ser soldado, ¿sabes? Pero no tuvo más

remedio —añadió con una expresión avergonzada, tímida—. Me dijo que trabajaría para los Verlac unas semanas más para conseguir algo de dinero y marcharnos juntos.

Yo apreté los labios, incómoda.

—Lo siento, Fern.

—Créeme, Vienna. Yo lo siento más. Jamás hubiese pensado que me ocultaría algo así. —Apartó la vista de golpe, para que no pudiera ver las lágrimas que comenzaban a asomar en sus ojos—. Y perdóname por no habértelo contado. Debería haberlo hecho.

—Todos tenemos nuestros secretos —murmuré.

Me pregunté si los Verlac también estarían ocultando sus problemas a la corona. Sus falsas rebeliones humanas. No había acudido ninguna familia noble a apoyarlos, más allá de las que solo acudían al castillo de Brumaverde para las noches infinitas de bailes y Sangre de Aurora. Tampoco el rey ni sus tropas habían hecho acto de presencia. Dudaba que el rey Oberón fuera a permitir que unos humanos atacasen las tierras de su familia.

Eché un vistazo al escritorio. Enviar una carta estaba descartado. Después de lo que había descubierto el día anterior, debían revisarme el correo antes de entregármelo o mandarlo. No había duda.

Pude contarle a Fern la historia del Fantasma y de sus cicatrices. El recuerdo de lo que me había relatado me mordía la garganta. Pero no pronuncié ni una palabra sobre ella. El amor que aún conservaba por mi padre me ataba la lengua.

Quizá, después de todo, yo no fuera tan distinta a los Verlac.

—Debe haber algo que podamos hacer —dijo Fern, alzando de pronto la voz—. Deberíamos poder denunciar este… este… asesinato. Existen leyes.

—Las leyes dejaron de existir para ellos cuando decidieron incendiar mi hogar —contesté, con una sonrisa amarga—. Soy una dama, Fern. Mis palabras no bastarán para reclamar lo que es mío, se haya cometido un crimen o no.

—Entonces, ¿qué harás?

Un golpeteo seco en la puerta nos interrumpió.

Fern palideció hasta tornarse de cera y retrocedió acercándose a

mí. El pulso se me descontroló mientras la garganta se me cerraba.

El Fantasma no me había prometido nada. Tal vez, después de haberme dejado en la cama, se había marchado para hablar con lord Kyros. Su lealtad era con él, no con una fae huérfana que soñaba cosas prohibidas.

Saqué de debajo del lecho la espada que escondía y la desenvainé. Miré a Fern y señalé la puerta.

—Abre —susurré—. Y apártate.

Fern obedeció con pasos temblorosos.

No esperé a ver de quién se trataba, aunque una parte morbosa y oscura de mí rezaba por que fuese alguno de los Verlac, para poder rasgar su delicada y perfumada piel con el metal que aferraba.

Solo vi un destello turquesa y, de un fuerte tirón, hice entrar a la figura a la habitación, empujándola con violencia contra el muro. Antes de que pudiese respirar, la recién llegada se encontró acorralada, con la punta del arma señalando a su pecho.

—La Dama Roja ha mejorado. Me alegra comprobarlo.

—Nissa —murmuré, bajando la espada.

—Venía a preguntaros cómo habíais dormido —continuó, ignorando el filo que aún sostenía. Hablaba con una serenidad que me desconcertaba—. Sair Erik me pidió que hirviera el preparado con prisa. Parecía… *impaciente*.

—¿Vos preparasteis esa pócima? —pregunté, incrédula.

—No lo llaméis «pócima» —repuso con una sonrisa apacible—. Suena a magia y superstición. Era solo una infusión.

—¡Me drogasteis! —escupí.

—Sair Erik me pidió algo que os ayudara a descansar, y se lo proporcioné. —Se sentó con elegancia en el sillón—. Sabéis que os aprecio, Dama Roja. Nunca os haría daño.

No respondí. Nissa no ocultaba ningún tipo de arma entre sus sedas coloridas y me ofrecía las manos en son de paz. Unas manos repletas de anillos dorados con forma de insectos y serpientes. Si suplicaba ayuda a gritos, ¿quién vendría? ¿Los guardias? ¿Los caballeros que obedecían a los Verlac? Todos eran mis enemigos.

Estaba sola.

—Quiero hablar con vos —dijo.

—Ya lo estáis haciendo —respondí, sin soltar la espada.

—No me he explicado bien —reconoció ella, inclinando la cabeza—. Me gustaría hablar con vos… *en privado*.

Dudé un instante, antes de susurrar:

—Fern, sal, por favor. Pero no te alejes mucho.

Mi doncella obedeció a regañadientes. Lanzó una última mirada de desconfianza antes de cerrar la puerta.

Mis dedos seguían cerrados en torno a la empuñadura.

—No parecéis cómoda en mi presencia —dijo Nissa con suavidad —. Y esta no es una de vuestras lecciones de esgrima.

Su sonrisa me heló y le arrancó una pequeña carcajada.

—Sair Mikail partió al amanecer —añadió ella, leyendo mi mente—. Lord Kyros lo envió a cazar a los culpables del ataque.

Tragué saliva, con una punzada atravesándome el pecho. Durante un instante, me imaginé a mi hermano Kallias frente a sair Mikail, enterrando la espada en sus intestinos. Era una visión degradante y dolorosa. Y confusa. Ni siquiera sabía si deseaba su muerte.

—¿Qué es lo que queréis, lady Nissa? —pregunté, exasperada—. Decídmelo y marchaos.

A pesar de mis palabras bruscas, la humana continuó sonriendo.

—Os encuentro de muy mal humor, ¿mi infusión no os hizo descansar?

—Vuestra infusión me hizo soñar cosas extrañas —repliqué, apartando la vista, incómoda.

—¿Cosas extrañas? —repitió ella, sorprendida—. Mi brebaje anula los sueños, Dama Roja.

—Quizá hervisteis entonces las hierbas equivocadas.

Ella esbozó una media sonrisa.

—Es posible. —Se inclinó hacia adelante y añadió en voz baja—: No se lo digáis a sair Erik, ayer parecía muy preocupado cuando acudió a mí. Me pregunto… qué pudo ocurrir para que necesitase mis servicios tan urgentemente.

Su sonrisa se ensanchó, y el silencio que siguió pesó tanto como la espada en mi mano.

Arrugué el ceño y avancé hacia ella, con los nudillos blancos sobre la empuñadura. Nissa no se movió; parecía divertirse con cada paso

que daba en su dirección. Su calma era insoportable.

—¿Por qué me dijisteis aquello el día que nos conocimos? —pregunté, temblando.

—Os dije muchas cosas, Dama Roja. Si pudierais ser más específica…

—Dijisteis que el incendio del Palacio de los Vientos fue lo mejor que me pudo suceder —susurré. Recordaba sus palabras a la perfección y su mirada ambigua clavada en la mía mientras las pronunciaba—. ¿Por qué?

—No lo entendisteis entonces. Pero hoy sí lo hacéis.

Palidecí abruptamente y caminé hacia los pies de la cama deshecha, en donde me derrumbé. Noté un peso en mi estómago que tiraba de mí hacia adentro, hacia las entrañas.

—Lo sabíais —murmuré. No era una pregunta—. Sabíais que parte de mi familia estaba viva.

Ella no asintió, pero el silencio fue respuesta suficiente.

—Como os he dicho antes —replicó con su voz de seda—, sé muchas cosas. Más de las que desearíais que supiera.

—Y aun así…

—Y aun así me limité a mirar —asintió con una sonrisa amarga—. Si hubiese intervenido, mi cabeza habría acabado adornando una pica del castillo.

—¿Qué más sabéis?

—Sé todo lo que se puede otear a través de un color tan denso como el rojo.

—No juguéis conmigo, os lo advierto —gruñí, alzando la espada un poco más.

—No lo hago. —Su sonrisa se torció—. Si fuera vuestra enemiga, ¿creéis que no habría corrido a contarles lo que sospechaba? No puedo actuar, lady Vienna. Solo observar. Y *esperar*.

Suspiré, intentando calmar el galope de la sangre en mis venas.

—Entonces hablad —dije al fin—. Decidme lo que habéis observado.

Nissa me sostuvo la mirada. La suya era tan penetrante que tuve que apartar los ojos antes de sentirme engullida por ella.

—Habrá una gran batalla, Dama Roja —dijo al fin, con voz serena

—. Una batalla tan grande que manchará cada piedra del Valle de los Cuatro Ríos. Muchos morirán, pero no los que deseáis. Encontraréis ayuda donde menos lo imagináis, y traicionaréis a quien no lo merece. Y cuando llegue el final, entregaréis vuestra vida a alguien que jamás os merecerá. De vuestras manos pende un gran cambio. De vos dependerá impedir el banquete… o ser parte de un gran festín.

El silencio que se extendió entre nosotras pareció cobrar forma y apretarme el pecho sin piedad.

—Habláis como si hubieseis tenido una premonición —musité, con voz ahogada—. Lo que decís parece salido de un sueño extraño.

—A veces, observar y soñar es lo mismo que predecir.

Mi respiración se entrecortó.

—¿Soñar? —repetí, tragando saliva.

La palabra me ardió en los labios. La mirada del Fantasma brilló en los recuerdos nebulosos que me quedaban de la otra noche.

Un brillo malicioso se encendió en los ojos de Nissa.

—Me dijisteis que habíais soñado cosas extrañas —susurró, inclinándose hacia mí—. ¿Queréis contarme cuáles? —Ella pareció disfrutar con mi violento sonrojo—. O quizá sea mejor que os las guardéis para vos. Parecéis alterada, Dama Roja. —Su voz era un ronroneo—. Un paseo por las galerías podría ayudaros. En los pisos inferiores corre una brisa deliciosa. Si lo deseáis, os acompañaré hasta las escaleras.

Asentí. Deseaba terminar con aquella conversación infernal lo antes posible, a pesar de que estaba segura de que aquel ofrecimiento era premeditado.

Fern aguardaba junto a la puerta, tal como le había pedido. Al pasar junto a ella, me lanzó una mirada inquieta que no supe devolver. Nissa me guio con su andar etéreo hasta el inicio de la escalera principal, donde se inclinó en una reverencia demasiado prolongada.

Esperé a que su silueta se disolviera al doblar la esquina antes de atreverme a respirar de nuevo. Sentía el aire espeso a mi alrededor. Iba a regresar de inmediato a mis aposentos, pero un ruido, tenue al principio, llegó desde los pisos inferiores. Dudé durante unos

instantes, antes de dejarme arrastrar por el sonido.

A medida que descendía, el murmullo se iba convirtiendo en un hervidero de voces y pasos. Al llegar al gran vestíbulo, vi una multitud que se amontonaba junto a las puertas principales: faes que todavía no habían abandonado el castillo, doncellas, criados, algún que otro guardia. Se empujaban unos a otros, intentando ver por encima del mar de cabezas.

Yo me mantuve a distancia, oculta tras una columna.

Más allá de todos los que allí se agolpaban, vi las banderas con lirios del valle, los caballos inquietos y las armaduras relucientes. Cientos de ellas.

Tragué saliva.

Nadie me había informado de aquella partida tan súbita. Si salían con tanta prisa, era porque algo había cambiado. Quizá mi hermano había movido sus tropas, quizá había vuelto a acercarse demasiado.

Una punzada me atravesó el pecho. ¿Qué hacía yo allí, espiando? ¿A quién trataba de encontrar entre los soldados?

Intenté convencerme de que no lo sabía, de que no me importaba, pero mis ojos se movían solos, buscando una figura alta, de hombros anchos y cabello blanco.

No lo busques, siseó una voz en mi interior.

Pero lo hacía.

Él debe morir.

Aquel pensamiento me mareó. Me aferré a la pared, respirando con dificultad, y di media vuelta. *Sí*, me respondí a mí misma. Sentí como si unas uñas invisibles me desgarraran por dentro. *Que muera. Que mueran todos.*

Avancé por una galería lateral, intentando huir de la visión de los estandartes ondeando. Pero incluso mientras caminaba mi mirada se alzó, inconsciente, buscando una última vez por encima del hombro.

Aquello me hizo tropezar.

—Perdonad… —comencé, pero la palabra se evaporó cuando levanté la vista.

El humano plantado frente a mí no se apartó. Dio un paso, luego otro, hasta llenar todo el espacio.

—Siempre tropiezas cuando me ves —dijo, con una sonrisa apenas

perceptible—. ¿Te pongo nerviosa?

Todo mi cuerpo se tensó. El aire se me heló en los pulmones.

Di un paso atrás, intentando alargar toda la distancia posible entre él y yo. Procuré controlar a duras penas el calor que amenazaba con quemarme la cara, pero resultó imposible. El recuerdo del sueño, de su aliento, de sus manos, de su boca, me abrasó desde dentro.

—Sair Erik —murmuré, helada.

Su sonrisa torcida se pronunció.

—Lady Vienna —respondió él, despacio, como si saboreara cada sílaba de mi nombre.

Le devolví la mirada y mi estómago se retorció. *No lo mires*, me ordené. Pero sus labios se clavaron en mi vista como un hierro encendido. Bajé los ojos hasta el borde de mi falda y me obligué a respirar. *No lo mires.*

—Me marcho, florecilla.

Asentí sin añadir palabra. Sabía que podía morir en la batalla y una pequeña parte de mí lo deseaba. Él no había iniciado el fuego en el Palacio de los Vientos, pero había dado la orden. Era tan culpable como todo aquel sobre el que posara los ojos.

No le deseé suerte ni le pedí que tuviera cuidado, aunque una gran parte de mí deseaba suplicárselo a gritos. Me limité a permanecer envarada y gélida, sin mostrar ni una sola expresión en mi cara rígida.

Él se me acercó, recortando la distancia que nos separaba en un suspiro. Se quitó el guantelete y su mano osciló frente a mí. Durante un momento pensé que iba a acariciarme la mejilla, pero sus dedos se mantuvieron lejos de mi piel, quizás esperando a que yo se los estrechara.

Pero aquello no era un sueño.

Un instante, dos, y de pronto lanzó una maldición por lo bajo antes de darme la espalda con brusquedad. Solo cuando se alejó unos pasos de mí, se detuvo para girarse con una larga mirada taciturna.

—Será un placer ver a tu hermano otra vez.

Me dedicó una sonrisa horrible y se llevó las manos a la empuñadura de su mandoble.

28

Los instantes se alargaban hasta hacerse insoportables.

El tiempo transcurría con una lentitud soporífera. Sentada en uno de los sillones de mi dormitorio, observaba aburrida el cielo deseando que brillase la luna cuando lo hacía el sol, y el sol cuando lo hacía la luna. Desde que la gran mayoría de los caballeros y soldados de los Verlac habían abandonado el castillo de Brumaverde, apenas había salido de mi habitación.

En aquellos cinco días que llevaban transcurridos desde que había visto por última vez al Fantasma, no había tenido fuerzas para acudir al Comedor Real y había intentado excusarme por medio de Fern de todas las formas posibles. Sin embargo, aquella tarde no fui capaz de elaborar una nueva disculpa y no tuve más remedio que vestirme y dejar que mi amiga me cepillara el cabello, antes de dirigirme caminando como una víctima hacia su verdugo.

Era la primera vez que me enfrentaba a los Verlac después de haberme enterado de toda la verdad. Había pensado que me arrojaría contra ellos para arañar sus bonitas pieles blancas hasta hacerlas sangrar; sin embargo, no hice otra cosa que no fuera inclinarme con sumisión y ocupar mi sitio habitual, junto a Odile.

No abrí la boca durante todo el almuerzo, aunque por suerte ninguno de los Verlac se molestó en animarme a hablar. Mantuvieron sus rostros sombríos y solo se preocuparon en estirar un poco los labios cuando alguno de los pocos invitados que quedaban les dirigía la palabra.

Después del ataque durante el funeral de lord Erroll, el castillo había quedado súbitamente desierto.

Parecían inquietos, pero tanto ellos como yo sabíamos que lo que temían no era aquella supuesta rebelión humana, sino a unos fantasmas que no deberían seguir presentes en sus vidas.

Apenas probé bocado y ni siquiera esperé a los postres. Cuando escuché la risa forzada de lord Kyros aplaudiendo de mala gana uno

de los comentarios soeces de sus invitados, me levanté con brusquedad de la silla y me despedí de los Verlac con una corta reverencia que no llegó a durar más que un suspiro.

Al llegar a mi cuarto, jadeaba y temblaba de pies a cabeza.

Me imaginé que la columna de aire invisible que se hallaba frente a mí era lord Veyl y descargué toda mi ira contra ella, deshaciéndola una y otra vez a golpes de espada.

Cuando Fern entró en el dormitorio, me vio agotada y sin resuello, sudorosa, lanzando gruñidos a medida que el arma subía y descendía frente a la chimenea encendida.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que te vuelvas loca —susurró—. Si sigues así, acabarás colándote en la habitación de lord Kyros y rebanándole la cabeza.

Solté un bufido y dejé caer la espada.

—No tengo ni la fuerza ni la destreza para cortar un cuello de un solo golpe… ni siquiera uno tan enclenque como el suyo —repliqué —. Aunque me encantaría poder hacerlo.

—Te matarían antes de que pudieras salir de aquí —murmuró—. O harían cosas peores.

—Esperaré hasta que Giry regrese, y entonces… me marcharé y no miraré atrás. —Mi mirada se posó en Fern durante un instante—. No tienes que venir conmigo si no quieres, pero no puedes quedarte aquí.

Ella frunció el ceño y se acercó un paso a mí, renuente.

—Sabes que iría contigo hasta el fin del mundo… pero ¿por qué no debería quedarme? —Apreté los labios, recordando las palabras que Raen había susurrado antes de marcharse—. ¿Vienna?

Yo no respondí y ella palideció.

—Van a hacer arder este castillo, ¿verdad? Tu hermano, Raen…

—Puedes avisar a Percy —la interrumpí—. Si realmente sientes algo por él, marchaos antes de que…

—¿Y qué ocurrirá con *él*?

—¿Él? —repetí, aunque sabía bien a quién se refería.

—El Fantasma. Sair Erik. —Dio otro paso hacia mí—. Él también seguía órdenes. —Su voz temblaba, pero sus ojos no se apartaban de los míos—. Es un caballero de los Verlac. Tendría que haberte

entregado a lord Kyros o a lady Nohr. Pero no lo hizo.

—Creí que no te gustaba la forma en la que me miraba. Pensé que te aterraba.

—Así es, pero ahora son los Verlac los que me provocan escalofríos.

—No es más que un mercenario —repliqué. Cada palabra era una puñalada—. Si ha decidido guardar silencio, es porque le conviene a su propio interés.

—Antes no opinabas así —murmuró Fern, casi para sí misma—. Vienna. Sé… sé que es una locura, que él es un humano y tú eres una fae, pero veo la forma en que tu mirada cambia cuando él se cruza en el camino. Si hubieses estado consciente ayer, si hubieras visto cómo te sujetaba, cómo te observaba…

—¡Cállate!

El grito me desgarró la garganta y la hizo retroceder de golpe. Sentí cómo la rabia me subía desde el estómago, densa, abrasadora. Era demasiado. Mi padre. El pasado. El cuerpo del Fantasma. El beso que no pude entregarle a Raen. Kallias. Giry. Los Verlac.

Jadeé. Sentí como si todas las flores que decoraban los jarrones que había en la estancia se inclinaran hacia mí, me rodearan, me abrazaran con sus tallos hasta asfixiarme.

—¡Vienna! ¡Espera! ¿A dónde vas? ¡Vienna!

No la escuché. Arrojé la espada sobre la cama y salí del dormitorio dando un portazo que hizo vibrar las paredes. Su voz se apagó tras la madera.

A pocos pasos de distancia varios guardias volvieron la mirada hacia mí, sorprendidos. Sin embargo, se apresuraron a apartarla cuando se la devolví, iracunda.

Anduve sin rumbo. La rabia me ahogaba, se mezclaba con un cansancio que me dejaba vacía. Era como si cada emoción se empujara contra la siguiente, en un remolino que me arrastraba y me hacía arder por dentro.

Debería haberme marchado con Raen. *Tendría que haber dejado que me besara*, pensé, atormentada. Debería haberlo seguido cuando me lo pidió. Debería haber permitido que mi hermano atacara el convento de la Orden Gris, que rescatara a Giry, que todo

terminara.

Aquello habría sido lo correcto. De haber sucedido, estaría en los brazos de mi madre y no vagabundeando sola por el hogar de aquellos que deseaban haberme encontrado muerta, envuelta en las llamas.

Pero al intentar imaginar los labios de Raen sobre los míos, su rostro se transformó.

La dulzura se volvió fuego. La piel cambió de tono, el cabello adquirió un blanco fantasmal, la boca se endureció y los iris pardos se colorearon de azabache.

Y supe, con una claridad atroz, que, aunque mi mente invocara a Raen, mi cuerpo siempre recordaría a otro.

Estaba perdida. Una parte de mí lo sabía. Y la culpa la tenía el Fantasma. Como en aquella canción que canturreaba de vez en cuando, yo era la dama que siempre regresaba a él. La que caía hipnotizada por su música una y otra, y otra vez.

Y ahora estaba aquí. Vagabundeando de un lugar a otro. Sin saber qué hacer, sin saber qué creer. Confusa y dolida.

Apreté con tanta fuerza los dientes, que los escuché crujir en el interior de mi boca. Me sentía igual que el día del incendio, mientras contemplaba las llamas y veía morir frente a mí todo lo que me importaba.

—¡Esto es el fin! Nos matará, Nohr. ¡Nos matará a ti y a mí!

Me detuve en seco al escuchar la desgarrada voz de lord Kyros llegar hasta mis oídos. Tragué saliva. Una extraña tensión corrió por mi cuerpo y agarrotó cada uno de mis músculos.

Miré a mi alrededor, confusa. Ni siquiera había sido consciente de que mis pasos me habían llevado a la otra ala del castillo, de camino a los aposentos de lord Kyros. Los suelos cubiertos de hierba convertían mis pasos en susurros apagados.

Avancé con cuidado. No había llegado a recorrer más de un par de metros, cuando me topé con una figura inclinada, escuchando a escondidas tras la esquina de la galería.

Reconocí al instante la melena repleta de bucles sedosos.

—¿Lady Odile? —susurré.

Ella se volvió con brusquedad. Tenía los ojos muy abiertos y la piel

teñida de un color enfermizo. Gotas de sudor brillaban en sus sienes y tenía el labio inferior rojo e hinchado de mordérselo con tanta fuerza.

Tras ella, la voz de su tío incrementó.

—¿Qué haces aquí? —me siseó, olvidando el falso respeto con el que me solía hablar—. Deberías marcharte.

—¿Eres la única con poder para espiar? —le pregunté en voz baja, acercándome a ella.

—No… no creo que debas escuchar esto —insistió. Parecía a punto de vomitar.

No hice caso y me aposté junto a ella, pegando mis hombros a los suyos. Asomé la cabeza y pude ver a lo lejos la figura empequeñecida y doblada de lord Kyros, flanqueada por otra espigada y esbelta, cubierta con un largo vestido plateado. Era lady Nohr.

Estaban completamente solos, ni siquiera se hallaban presentes los habituales guardias que se apostaban en las galerías de la familia.

A pesar de la distancia, podía escuchar a la perfección la respiración jadeante de lord Kyros. Tenía los dedos hundidos en su pecho, como si quisiera arrancarse el corazón.

—Pe… pero… sabe que hemos conspirado a sus espaldas, que fuimos nosotros los culpables. Lo sabe, Nohr, ¡lo sabe!

—Deja de repetirlo, te he oído la primera vez. —La fae se acercó tanto a él, que pensé durante un momento absurdo que se echaría a sus brazos—. Veyl no podrá volverse contra nosotros. Le hemos entregado en bandeja una de las provincias más importantes de Elysia.

—Él cree que lo que hemos hecho ha…

—… sido horrible, lo sé. Pero para conseguir grandes recompensas hay que cargar con grandes responsabilidades, ¿no estás de acuerdo, Kyros? —Un sudor frío me recorrió cuando vi cómo la mujer inclinaba la cabeza y apoyaba la boca en la del hombre durante un momento—. Gritará, e incluso puede que trate de golpearte. Pero eso será todo lo que hará. ¿Crees que mi marido es estúpido? Él también es ambicioso. No entregará el gobierno de Sombramar a una joven fae estúpida y a su hermana marcada. —Se separó

violentamente de él y lord Kyros renqueó—. Por los Inmortales, debí pedir a ese maldito mercenario que no solo se ocupara de lord Dain. Debimos asegurarnos de que sus hijos murieran también esa noche. Habría sido más rápido que el maldito incendio. Y más seguro.

Estuve a punto de dejar escapar un gemido, pero la primogénita de los Verlac fue rápida y me cubrió la boca con los dedos. Sobre mis labios, los sentí temblar, convulsos y helados.

—Ha… habría sido una matanza, Nohr. Y algo difícil de explicar. —Lord Kyros carraspeó y su tosecilla desagradable hizo eco en las paredes de la galería—. No fue sencillo contratar a un hombre que se comprometiera a matar a Dain Daaé. —Levantó una de sus manos trémulas hacia la mujer, como esperando que se la estrechase—. Muchos se habrían negado a apuñalar a una familia entera. Giry Daaé es una niña, todavía.

—Entonces deberían utilizar una aguja para coser y no una espada —replicó lady Nohr, fría como el hielo. Caminó unos pasos sin rumbo y se detuvo en mitad de la galería, golpeando el aire con su fino puño cerrado—. Maldita sea.

Las palabras se deslizaron por mis venas y pensé en Giry, en esas manos que habían prometido protegernos. Pensé en cuánto había aprendido a mentir la nobleza fae, en cómo perfumaban la traición. Un olor dulzón, nauseabundo, terrible.

—En la misiva decía que se pondría en camino de inmediato. Viaja a caballo. Veyl no tardará más que un par de días en llegar. ¿Qué le diremos cuando llegue al castillo?

—La verdad. Le contaremos que la caída de los Daaé fue obra nuestra, comenzando con el querido patriarca y terminando por el resto de esa familia que debería estar incinerada. —Odile apretó con más fuerza sus dedos contra mis labios, pero yo no pensaba gritar. Había olvidado de pronto cómo hacerlo—. Lo sabrá todo. Y nos apoyará, porque si se lo confiesa a su hermano, el rey Oberón no tendrá más remedio que exponer a su propia familia y rebanar unas cuantas cabezas. Entre ellas, la tuya y la mía. Y eso es algo que Veyl no permitirá. No porque nos tenga en tanta estima. Si caemos los dos, lo arrastraremos a él.

—¿La verdad? —Lord Kyros se estremeció con violencia. Caminó

hasta que la distancia que lo separaba de la fae se volvió insignificante—. ¿Le confesarás también…?

La carcajada súbita de lady Nohr nos sobresaltó.

—Mi querido Kyros —ronroneó, antes de apartarle un cabello de la frente con delicadeza—. A veces eres tan tonto como dicen.

Colocó una de sus manos en la pechera del hombre y lo empujó hacia ella con cierta rudeza. Esta vez fue lady Odile la que dejó escapar un gemido entrecortado. Sus pupilas dilatadas y horrorizadas contemplaban el cuerpo de su madre pegado al de su tío, mientras sus bocas chocaban una y otra vez, sin descanso alguno.

Cuando el fae alzó la falda del vestido e introdujo la mano bajo los volantes, Odile me sujetó del brazo y me arrastró a toda prisa. No fui capaz de reaccionar hasta que nos detuvimos. Cuando miré a mi alrededor, todavía embotada de aquello que había visto y oído, me percaté de que no me encontraba en mi dormitorio ni en ningún otro lugar en el que hubiese estado antes. Aquella estancia era más grande que la mía y estaba decorada con mayor cantidad de seda y terciopelo. Tuve ganas de vomitar al ver los lirios del valle decorando todos los jarrones de cristal.

No comprendí que aquel era el dormitorio de Odile Verlac hasta que ella se dejó caer sobre la cama, hundida y derrotada.

—No deberías haber estado presente —musitó, mirándome de soslayo.

—Fueron ellos —farfullé para mis adentros, haciendo caso omiso a su voz—. Pensé que había sido idea de lord Veyl y, sin embargo…

Me volví hacia Odile Verlac, rígida por la ira que me dominaba. No sabía qué hacía yo ahí, en pie, quieta y envarada, cuando mis manos deseaban rodear su cuello y apretarlo sin compasión alguna. Sin embargo, algo me sujetaba los brazos como cuerdas invisibles, quizá los restos del poco raciocinio que me había quedado tras escuchar a escondidas aquella conversación, o la advertencia del Fantasma que, quisiera o no, aún se mantenía latiendo en mi cabeza.

—¿Qué más? —barboteé, con voz ronca—. Cuando llegué estabas escuchando. Sé que sabes algo más.

—No creo que…

—¡HABLA!

Odile fijó la mirada en las inocentes flores blancas que se encontraban cerca de ella. Su mirada se volvió vidriosa.

—La intención de ambos era mantener la farsa hasta que te unieran en matrimonio con uno de nuestros aliados, pero… los ataques que se estaban produciendo en la frontera, en las ciudades y las aldeas, llegaron a oídos de mi padre. —Frunció el ceño, de pronto pensativa, y su mirada se desvió de las flores para clavarse en la chimenea ardiente—. Su intención es dejar la mínima parte de sus hombres en Sombramar, y acudir él junto a todos los humanos que pueda reunir para combatir a tu hermano.

Cerré los ojos durante un instante. Mi corazón chillaba, pero nadie escuchaba mis gritos.

—Yo… yo no sabía nada de esto. —Su voz trémula me hizo volverme hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas parcheadas en verde y amarillo.

No contesté. Me mantuve inmóvil y en silencio. Parecía calmada, pero por dentro mi cuerpo rugía sin cesar.

—No… no soy como mi madre. No tanto como crees —murmuró, sin despegar su mirada verde de la mía—. Soy manipuladora, a veces me gustaría hacerte daño con mis propias manos y me encantaría presenciar alguna escena en la que quedases en ridículo. Pero… —Sacudió la cabeza y respiró hondo antes de poder continuar —. Pero nunca podría haber participado en algo tan horrible.

—Haz lo que te plazca —le espeté—. Habla, deja que tu tío me azote hasta dejarme inválida. Mi hermano vendrá y me servirá tu cabeza en una bandeja de oro.

Odile palideció. De soslayo pude observar cómo sus manos se encrespaban sobre la delicada colcha que cubría su cama.

—No contaré nada de lo que he oído a nadie. Lo juro.

—Jura todo lo que quieras —repliqué. Cada palabra escapaba de mí como una pedrada.

—Te lo demostraré.

Enrosqué los dedos en torno al picaporte de la puerta, pero me detuve, sin tirar de él para abrirla. El contacto frío del metal con mi piel me tranquilizaba, era como si estuviese sujetando la gélida

empuñadura de una espada.

—¿Por qué? —susurré, sin poder contenerme—. ¿Para qué? Sé que no me soportas. —Tenía los ojos clavados en la gruesa puerta de madera, pero podía escuchar su respiración agitada detrás de mí—. La gente como tú habla, traiciona y consigue lo que quiere. A estas alturas, lo he aprendido bien.

—Quiero ser más que tú. —Aquella respuesta logró que me separara un paso y diera media vuelta para encararla—. Quiero demostrar que yo también soy capaz de quedarme quieta y soportar los golpes, como tú hiciste el día en que mi tío Kyros te azotó.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Tú gritas y amenazas con una espada, yo sonrío y manipulo. —Sus labios gruesos se curvaron en su habitual sonrisa despectiva—. Si ganas, no serás la única que lo haga. Y si pierdes, serás la única en caer.

La contemplé durante un instante, con los ojos abiertos de par en par.

—Eres horrible.

—Lo sé. —Un brillo viperino acentuó su expresión—. Pero soy una de las pocas personas que puede ayudarte.

No supe cuánto tiempo nos mantuvimos en aquel tenso silencio, midiéndonos a través de la mirada. Pero, de pronto, el sonido lejano de unos gritos me hizo pestañear y desviar la atención de los maliciosos ojos verdes de Odile Verlac.

Ella también escuchó los alaridos. Con el ceño fruncido, me dio la espalda y se encaminó hacia la amplia ventana, por la que se asomó. No supe por qué, pero una fuerte sensación de horrible reminiscencia me empapó de pies a cabeza.

—Parece que algo ocurre fuera. Veo… soldados, caballeros —murmuró ella, antes de volverse en mi dirección—. Estás muy pálida… ¿Qué…?

Farfullé algo ininteligible y salí de la habitación con un sonoro portazo a mis espaldas. Dejé atrás el recato y alcé la falda de mi vestido por encima de los tobillos para poder correr. Pronto, no fui la única que lo hice. Cuando comencé a bajar la escalera principal, se unieron a mí criados y doncellas, guardias de los Verlac y algunos de

los pocos invitados que quedaban en la fortaleza.

Cuando alcancé los últimos escalones, sin resuello, me enfrenté al panorama caótico que encaraban mis ojos. Manoteé, desesperada, aferrándome con manos convulsas a uno de los pasamanos de piedra.

El vestíbulo del castillo de Brumaverde se encontraba como un animal destripado. Caballeros apoyados en camillas, vendas empapadas, armaduras abolladas, lamentos que se repetían en olas. Eran los hombres de los Verlac, los mismos que se habían marchado hacía cinco días para enfrentarse a mi hermano. De la arrogancia y el orgullo que los había caracterizado no quedaba ni huella.

Resultaba absurdo, casi ridículo; mi conciencia no había fluctuado ni un instante a lo largo de toda aquella tarde de extrañas y espantosas revelaciones y, sin embargo, mientras mis ojos enfebrecidos se deslizaban por aquel mar de armaduras melladas y humanos heridos, me sentía al borde del desmayo.

En una de las esquinas, vi la figura encorvada de lord Kyros. Se apoyaba disimuladamente en una de las paredes, mientras que un caballero al que yo no conocía, sucio, con la armadura salpicada de sangre, le hablaba al oído. Fuera lo que fuere, no eran buenas noticias.

Mis pupilas continuaron su examen exhaustivo, incontroladas, mientras mi boca murmuraba atropelladamente una oración silenciosa y mi cabeza rogaba a gritos que volviese a la habitación.

Bajé el último peldaño que me faltaba, pero entonces unas manos de hierro me sujetaron. Volví el rostro, sonriendo estúpidamente, esperándome encontrar un fantasma de ojos negros. No obstante, la cara que me enfrentó era más madura, de cabello oscuro y ojos castaños. Necesité más tiempo del necesario para percatarme de que se trataba de sair Mikail. No parecía herido, aunque gotas de sangre decoraban su armadura plateada como una constelación de colores invertida.

—No deberíais estar aquí, lady Vienna —dijo—. Cuanto menos salgáis de vuestros aposentos, mejor.

Hundí la mirada en la suya y negué una sola vez.

—No pienso esconderme —repliqué, fiera.

Ni siquiera sé si me escuchó. Giró la cabeza y pareció buscar algo entre la multitud. Levantó la mano con la que no me sujetaba.

—Acompáñala a su dormitorio —ordenó—. Que no salga de ahí hasta que todo esto se despeje.

—Sí, señor —contestó una voz que me resultó dolorosamente conocida.

Percy se acercó a mí con pasos cautos, resaltando entre las armaduras sucias y ensangrentadas con su uniforme negro y plateado. Él no debía haber participado en la batalla. Me pregunté si Fern lo sabría, si aquello le traería algo de calma, de tranquilidad.

—No me toques —le advertí, cuando sair Mikail se alejó de nosotros.

Alrededor, los gritos continuaban; alguien rogaba por las hermanas de la Orden Gris, otros juraban venganza. Las sombras de los heridos eran recortes de un mundo que se deshacía.

—Sé que no me queréis cerca de vos, pero sair Mikail tiene razón. No deberíais estar aquí —insistió, mientras señalaba con un dedo pálido la escalera que ascendía—. Por favor, lady Vienna. Fern también os lo suplicaría. Si queréis… responder a lo que os hicieron los Verlac, cruzaros ahora mismo en su camino no os ayudará. De verdad.

Cerré los ojos durante un instante. Clavé las uñas en la ancha baranda de mármol antes de dejar caer el brazo y darle la espalda a aquel caos lleno de sangre y gritos.

—Quiero saber dónde está —susurré—. Sair Erik. El Fantasma. No está entre estos heridos.

Percy apretó los labios y los convirtió en una fina línea.

—Todavía no se conoce el número total…

Mi mano se movió como un relámpago y aferré con fuerza la empuñadura de su espada, sin extraerla todavía de su vaina. Él me observó, pálido y sobresaltado, como aquella primera vez en la que le había arrebatado su arma.

—Me lo debes —siseé, con los dientes tan apretados que no sabía cómo no los hacía trizas—. Por mi familia. —Percy cerró los ojos durante un instante y no pude evitar suplicar—: Por mi hogar.

—Solo han trasladado a los que han sobrevivido —dijo por fin, tras

unos instantes que parecieron eternos—. Lo siento, lady Vienna. Si no está aquí, es porque ha muerto.

El mundo se tambaleó. La barandilla se clavó en mis palmas. Todo se volvió frío y estrecho. Los gritos de dolor, las mantas que cubrían las heridas, la sangre. Aquella última palabra colgó entre nosotros durante un momento, antes de desgarrar lo último que todavía me sostenía.

29

Fern abrió la puerta con una expresión que mezclaba miedo y desconfianza. Al ver a Percy sosteniéndome por el brazo, su mirada se endureció como el hielo.

—¿Qué haces aquí? —le espetó.

El guardia retrocedió un paso, turbado.

—Yo… solo quería asegurarme de que lady… —murmuró, sin levantar los ojos.

Fern me apartó de él con dos tirones secos.

—Ya lo has hecho. Márchate.

Percy bajó la cabeza y obedeció. Su sombra se alargó un instante bajo el marco antes de desaparecer tras la puerta.

Las manos de Fern se volvieron suaves sobre mis brazos y me condujo hasta la chimenea. Nos arrodillamos junto al fuego, pero el aire que me rodeaba me cortaba como el hielo.

—Vienna, ¿qué ha ocurrido?

—Fueron lord Kyros y lady Nohr los que planearon todo —pronunciaron mis labios, con una voz que no sonaba como la mía—. Lord Veyl no estaba enterado de nada… hasta que las falsas revueltas llegaron a sus oídos.

—¿Qué? —jadeó ella; se llevó una mano a los labios.

—Necesitan más hombres, mi familia está ganando terreno —continué, distante, perdida en mis propias palabras—. Abajo, en el vestíbulo…, está lleno de heridos. Apesta… a sangre. Ha habido muchos muertos.

Fern asintió y apoyó la mano en mi hombro con delicadeza.

—¿El Fantasma?

—Ha muerto —susurré, antes de añadir—: Debería alegrarme. Debería gritar de felicidad. Y, sin embargo, solo quiero llorar. —Unas lágrimas pesadas, que ardían como el veneno, comenzaron a nublarme la vista.

—Lo siento mucho, Vienna.

Sus palabras fueron la grieta que quebró el muro. Sollocé con fuerza, sin poder detenerme. Ella me rodeó con los brazos y me apretó contra su pecho. Sentí su corazón latir rápido junto al mío.

—Lo siento, lo siento… —murmuró contra mi oído.

De súbito, la puerta de mi dormitorio se abrió con violencia. Fern se colocó frente a mí, con los brazos extendidos. Esperé ver a algún soldado de los Verlac, armado, listo para arrastrarme hacia los calabozos del castillo.

Quizá, lord Kyros se había hartado de fingir. Quizá, por fin iba a terminar este maldito baile de apariencias.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Fern, cuando el rostro enrojecido de Percy volvió a asomar por el marco—. ¡Lárgate! Te he dicho…

—Ha regresado, lady Vienna —la interrumpió él, con los ojos fijos en mí—. No está muerto.

El mundo se detuvo. Las lágrimas se cortaron en seco. El aire desapareció de mis pulmones. Sentí cómo el suelo se desvanecía bajo mis rodillas temblorosas.

—¿Qué? —musité.

—Sair Erik. Acaba de cruzar el puente levadizo —explicó Percy. Sus ojos brillaban—. Montado en su propio caballo.

Antes de que terminase la frase, yo me había incorporado. Las manos de Fern resbalaron por mis costados. Intentó atraparme la muñeca, pero yo retrocedí hasta la puerta. Ni siquiera volví a mirarla cuando la atravesé.

—Acompáñala —oí que le decía a Percy—. No podrás detenerla.

El pasillo parecía más largo que nunca. Cada paso hacía eco en las paredes, y el aire frío me pegaba el vestido al cuerpo empapado de sudor. Sentía una náusea crecer en mi interior, un hervor que subía desde el estómago hasta la garganta. Aun así, seguí bajando.

A unos pasos, sentía a Percy, unido a mí como una sombra.

El vestíbulo del castillo de Brumaverde estaba más despejado. Todavía quedaban heridos sobre sus suelos, aunque a los más graves los habían trasladado. Lord Kyros tampoco se encontraba presente. Las inmensas puertas de entrada estaban abiertas, con los Inmortales tallados en ella. Sus ojos de madera me observaron sin piedad cuando las atravesé.

Hacía un frío que mordía. La primera nevada de aquel año había comenzado a caer, y la piedra blanca se iba cubriendo poco a poco de copos. Todo era níveo, puro, excepto por la figura que se alzaba en mitad del patio.

Era como si el Fantasma se hubiese bañado en sangre. El color de su cabello se había vuelto escarlata. Sus ojos, más negros que nunca, eran dos pozos sin fondo en aquella cortina rojiza que resbalaba por sus mejillas. La armadura, la capa negra, todo estaba cubierto de restos de sangre, seca y fresca. Rubíes nuevos y antiguos que lo adornaban como joyas.

El hombre que os espera también es rojo, retumbó la voz de Nissa en mis oídos.

Percy y yo no habíamos sido los únicos en salir. Algunos criados masculllaron algo inteligible cuando vieron al caballero.

No era capaz de desentrañar la expresión de Erik. La sangre había transformado su rostro en una máscara terrible. Parpadeó y, de pronto, sus ojos me descubrieron entre la servidumbre.

Separó una de las manos de las riendas y la alzó en mi dirección. Tenía los dedos cerrados en un puño. Guardaba algo en él.

Ladeó la cabeza y, entonces, cayó del caballo.

Los criados se precipitaron hacia delante. Yo los seguí, pero entonces una mano se enredó en la manga de mi vestido y tiró de mí hacia atrás.

—¡Otra vez vos! —Los ojos de sair Mikail me fulminaron, coléricos —. Os he dicho que…

—No me vais a separar de él —lo interrumpí, antes de propinarle un manotazo que lo hizo apartarse—. Así que no gastéis saliva.

Su mirada me sondeó un instante, antes de claudicar con un bufido.

—Lo condenaréis —masculló, casi para sí mismo, antes de echar a correr hacia el caballero caído—. A él, a mí, y a todo.

No le respondí. Lo seguí y me mezclé con los criados que habían comenzado a incorporarlo.

Estaba inconsciente, pero no había ninguna herida abierta que pudiese ver. Sin embargo, podía ver abolladuras por toda la armadura. En algún punto, incluso, el metal se había partido.

—Llevadlo a su habitación, en los barracones —ordenó sair Mikail.

Cuatro humanos y Percy atravesaron el patio con el cuerpo inmóvil del Fantasma entre los brazos. El capitán de la guardia los siguió, al igual que yo, que caminé justo a su lado. Muchos se miraron, sorprendidos, pero sair Mikail solo necesitó un gruñido para que la servidumbre dejase de prestarme atención.

—Las hermanas de la Orden Gris llegarán al anochecer —dijo el capitán de la guardia mientras nos acercábamos al dormitorio en el que yo había irrumpido días atrás—. Percy y yo nos ocuparemos de él. Después…

—No —lo corté, sin mirarlo—. Os ayudaré.

Sair Mikail intercambió una mirada derrotada con el guardia, que se limitó a encogerse de hombros.

—En la cama. Con cuidado —indicó cuando llegamos al umbral del dormitorio. Empujó la puerta con el hombro e hizo un gesto seco a los criados—. Y dejadnos.

Depositaron el cuerpo sobre el lecho. El Fantasma no reaccionó. Tenía el rostro pálido, marcado por sombras violáceas que empezaban a dibujarse bajo la piel. Su respiración era pesada, irregular, como si cada costilla protestara.

—No hay cortes a simple vista —murmuró Percy, inclinándose, cuando la puerta se cerró tras nosotros.

Respiré, temblorosa, antes de acercarme. En el cuello pude ver su pulso latir, obstinado, oculto entre las costras de sangre seca.

En una vieja repisa había una palangana con agua y un trapo seco.

—Hay que quitarle la armadura —dijo sair Mikail—. Antes de que se enfríe.

Él mismo se encargó de los cierres del pecho, mientras que Percy apartaba los de los antebrazos. Yo me arrodillé a un lado para ayudar con las grebas. Jamás había hecho algo así. Sentí los dedos torpes al principio, resbalaban sobre el metal abollado.

Cada pieza caía al suelo con un golpe sordo, pesado.

La armadura estaba destrozada, repleta de arañazos, aplastamientos, tajos violentos. No había heridas abiertas, pero la piel desnuda que apareció bajo aquel traje de metal contaba otra historia. Hematomas oscuros se extendían por los brazos, por el

costado, por el cuello. Parecía abultar más los cientos de cicatrices que deformaban su torso.

Sair Mikail tenía la mandíbula apretada cuando retiró el último cierre del torso. Entre Percy y él levantaron el peto y lo dejaron a un lado.

Erik soltó un gemido bajo y yo me estremecí.

—Necesita reposo —dijo sair Mikail—. Y silencio.

Su mirada se dirigió hacia mí, pero yo ya había separado los labios.

—Gracias por vuestra ayuda. Ahora… —Mis ojos se clavaron en el rostro ensangrentado del Fantasma—. Dejadnos solos.

—Lord Kyros acudirá de inmediato en cuanto se entere de que sair Erik ha sobrevivido. Si os ve aquí… —Sair Mikail dejó que las palabras se desvanecieran en el aire, antes de sacudir la cabeza—. Deberéis marcharos cuando Percy os avise. Yo… trataré de daros algo de tiempo. Y que me ayuden los Inmortales —gruñó, por último, antes de desaparecer tras la puerta.

Percy lo siguió en silencio y cerró tras de sí con más cuidado que el capitán de la guardia.

El dormitorio olía a hierro. Me acerqué a la cama y, con un gesto casi imperceptible, aparté un mechón de pelo de la frente del Fantasma. Seguía inconsciente, respirando, vivo. Todavía empapado en sangre.

Me acerqué a la repisa para tomar la palangana y el trapo. Acerqué todo y lo apoyé en el borde de la cama. Sumergí parte de la tela en el agua y, con delicadeza, limpié las manchas de sangre seca que marcaban el rostro del humano.

Las borré con todo el cuidado que pude. Las manos me seguían temblando, pero no le arranqué ni un estremecimiento. Cuando terminé, mis ojos vagaron de nuevo por su cuerpo. Quería acariciarlo, quería besar cada una de sus cicatrices y borrarlas. No podía verlas durante más tiempo. No lo soportaba.

Una manta arrugada yacía a los pies. Era andrajosa, vieja, pero la usé para cubrirlo.

Me incliné para tocar sus mejillas. Estaba helado.

—No te mueras —susurré, apenas consciente de mi propia voz. Mis dedos bajaron por su cuello, por su torso, y se enredaron en su

mano fría—. Por favor, no te mueras.

Nada. Ni un movimiento. Ni un gesto. Solo el sonido de mi respiración alterada llenando el silencio.

—Aunque deberías haber muerto en la batalla, así todo sería más sencillo —continué. Las lágrimas me mordieron el borde de los ojos —. Así podría haber llorado en mi dormitorio, a escondidas, y no junto a ti. Así podría escapar por la noche, regresar con mi familia, y dejar que arrasaran con este maldito castillo. Así… —Respiré hondo y cerré los ojos—. Así dejaría de soñar contigo por las noches para poder hacer todo lo que deseo cuando estoy despierta.

De pronto, los dedos que yo envolvía se cerraron sobre los míos.

—¿Todavía crees que aquello fue un sueño?

Estuve a punto de gritar. Bajé la vista hasta su mano, que se agarraba con fuerza a la mía, para después alzarla y fijarla en sus ojos abiertos, grandes y tan negros como el aceite oscuro.

—¡Erik! —exclamé. Intenté incorporarme, pero él no separó su mano de la mía—. No… no te muevas. Llamaré a Percy. Está fuera. Puedo traerte agua, o lo que nece…

—*Erik* —repitió, paladeando el nombre entre sus dientes—. Ahora me llamas por mi nombre.

No era una pregunta. Me senté de nuevo a su lado; de pronto sentía las piernas débiles, incapaces de sostenerme. El corazón latió errático, descontrolado, en mis oídos.

—Tú te has referido a mí muchas veces por el mío —repliqué, con suavidad.

—Pero yo soy un caballero humano que no conoce su lugar.

—Y yo, una noble fae que juega con espadas.

Soltó una risa ronca que se convirtió en un gemido. El dolor lo sacudió, y tuvo que apretar los dientes.

—Debería avisar a alguien —murmuré débilmente, mirando la puerta cerrada por encima del hombro—. Tienes un aspecto… horrible.

—Siempre tengo un aspecto horrible. Estoy acostumbrado —contestó, con una sonrisa adolorida—. Mikail ha dicho que retendría a lord Kyros, pero eso no será por mucho tiempo.

—¿Estabas despierto? —pregunté, sobresaltada.

—Ya te lo dije una vez, las paredes tienen oídos, y en estos barracones hay mucho eco —contestó con lentitud—. El tiempo se agota, florecilla.

Tragué saliva, con la garganta seca. Había mil cosas que decir, pero todas se mezclaban, sin orden.

Entonces, su voz bajó un tono.

—¿Has estado llorando? —Palidecí, pero me mantuve en silencio—. ¿Por quién? ¿Por ese fae con el que planeabas huir?

Aparté la vista. Su mano aferraba la mía con una fuerza demoledora, pero ninguno hizo amago de apartarla.

—Sabe pelear. Le enseñaron bien. Aunque suelta palabras muy sucias cuando lo provocan.

—Cállate —mascullé.

—No le gustó cuando me vio con esto.

Alzó la mano que mantenía cerrada en un puño, apoyada sobre la cama. Cuando separó los dedos, vi una flor aplastada, marchita, medio podrida. Aun así, pude reconocer que esos pétalos antes habían sido rojos, que los estambres eran amarillo oro. Conocía bien esa flor, aunque estuviese destrozada. Era la que ondeaba en el escudo de mi familia.

—Cuando encontré esta camelia en mitad de tantos putos lirios del valle… lo tomé como un regalo de los Inmortales. O como una mala broma. Te llevé conmigo a la batalla, florecilla.

El comentario me atravesó como un latigazo. Me quedé inmóvil, sin atreverme a respirar, mientras el eco de sus palabras se perdía entre las piedras frías de la habitación.

—Pues no deberías —dije, con voz trémula—. Lord Kyros y lady Nohr te ordenaron matarme. Y debiste haberlo hecho esa noche, cuando yo descubrí la verdad.

—Debí haberlo hecho —repitió él, con lentitud—. Pero te llevé a tu bonito dormitorio de doncella.

—Para regresar después —murmuré, en un susurro casi ininteligible.

No había olvidado sus palabras cuando había recuperado el conocimiento. *¿Todavía crees que aquello fue un sueño?*

—Eso tampoco debí haberlo hecho —contestó, con voz ronca,

después de un momento que me supo a eternidad.

El calor subió de golpe por mi cuello hasta las mejillas. Aparté la mirada, intentando disimular la oleada de rubor que me consumía. Sentía el corazón encajonado entre las costillas, latiendo con fuerza dentro del pecho.

—Entonces, ¿por qué volviste?

Unos nudillos golpearon la puerta. Me sobresalté y dejé escapar una palabra malsonante entre dientes. Desde el otro lado, me pareció oír la voz de Percy.

El Fantasma arqueó una ceja.

—A cada día que pasa, te vuelves más salvaje, florecilla —murmuró, con una sonrisa ladeada.

—No me llames así. —Fruncí los labios. Mis ojos se hundieron en los suyos—. No me has contestado. ¿Por qué regresaste a mi dormitorio?

Él bajó la vista a nuestras manos aún entrelazadas. Una sonrisa ambigua se dibujó en su boca.

—¿Por qué? —insistí con un susurro áspero.

Yo conocía la respuesta. La verdad era simple, pero dolía demasiado para decirla. Las palabras se deshacían en la garganta.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—Acércate —susurró, ronco.

Obedecí, sin fuerzas para resistirme.

Su mano soltó la camelia rota y la apoyó en mi nuca. Los dedos se hundieron en mi cabello suelto y me acercó a él. El contacto fue un rayo que me recorrió entera.

No fue un beso aprendido ni correcto. Fue hambre. Un choque directo que me obligó a retroceder medio paso, no por rechazo, sino porque mi cuerpo no respondió a tiempo. Sentí el calor de sus labios, la presión firme, casi violenta, como si hubiera estado conteniéndose durante demasiado tiempo y ahora ya no supiera, o *no quisiera*, hacerlo más.

Me atrapó el rostro con sus dos manos, grandes y firmes, como si temiera que me fuera a deshacer si no me sujetaba bien. Sus dedos sujetaron mi pelo y tiraron de él hacia atrás lo justo para obligarme a alzar la cabeza. Un sonido bajo se escapó de mi garganta y murió

entre nuestras bocas cuando volvieron a encontrarse.

Abrí los labios sin pensarlo.

El beso se profundizó con una ferocidad que me hizo perder el equilibrio. Caí sobre él, y aunque era Erik el que estaba atrapado entre mi cuerpo y el colchón, fui yo la que me sentí asfixiada. Notaba el calor de su pecho, la presión de sus caderas, la forma en que su respiración se volvía irregular contra mi piel.

Nuestros labios se movían sin ritmo ni orden, explorándose con una necesidad casi salvaje. No había paciencia. No había intención de ir despacio. Cada contacto era una exigencia, una pregunta, una respuesta inmediata. Alcé las manos y me aferré a la delgada camisa, medio abierta, que lo cubría. La arrugué entre mis dedos, tiré de ella. Clavé las uñas en sus hombros, como si necesitase anclarme en él, como si fuese la única forma de no perderme.

Él respondió con un sonido ronco, profundo, que vibró contra mi boca y me recorrió el cuerpo con un estremecimiento violento. Sus dedos descendieron por mi costado, de manera lenta y posesiva, marcando el camino, memorizando cada hueso que sobresalía, cada curva. Me arqueé contra sus manos.

El beso se volvió más oscuro, más desordenado. Sentí cómo el mundo se reducía a ese punto de contacto, a la presión insistente, al vaivén desesperado que no me daba respiro.

El aire que latía entre ambos se volvió denso, cargado. Cada respiración era un jadeo. Cada roce, una chispa. Sentía cómo algo dentro de mí vibraba sin control, crecía, me arrasaba sin encontrar salida.

Las yemas de sus dedos acariciaron el borde de la falda y, durante un momento, sus pupilas se hundieron en las mías. Yo asentí, y un camino de fuego empezó a trazarse desde mis tobillos hasta mi vientre.

Un pulso denso, insoportable, desdibujó durante un instante su rostro.

Abrí la boca, pero las palabras murieron antes de nacer. Su mirada me tenía atrapada, clavada a la suya. Podía sentir el tacto delicado de sus dedos, mientras unos hilos invisibles tiraban de mí, arrastrándome de nuevo hacia su fuego, hacia su condena.

Y de pronto, la puerta se abrió.

—¡Lady Vienna!

Me puse de pie, tambaleante, con el cabello desordenado y la falda arrugada. Pude ver el perfil de Percy, aunque sus ojos estaban fijos en una esquina del dormitorio. Sus mejillas se habían convertido en dos amapolas.

—Lo… lo siento —se apresuró a decir—. Pero, lord Kyros…

—Me marcharé enseguida —lo interrumpí, con el corazón retumbando todavía en cada centímetro de mi piel.

Percy sacudió la cabeza, pero, antes de que llegase a cerrar la puerta, el Fantasma habló:

—Si escucho un solo rumor sobre esto… te cortaré la lengua y te la haré tragar.

El rubor del rostro del guardia dio paso a un blanco cadavérico.

—Lo sé, sair —contestó, con un murmullo.

Mantuvo la puerta abierta, impaciente, mientras deslizaba la mirada del Fantasma a mí.

—Márchate —dijo Erik, con suavidad, antes de que yo separara los labios—. No deben verte aquí.

Asentí y me alejé de él a paso rápido, aunque sus ojos me persiguieron durante mucho tiempo, incluso cuando dejé a Percy atrás y me perdí en los jardines exteriores para dar un rodeo y regresar a mis dependencias.

Comenzaba a atardecer, y un sol sanguinolento moría lentamente en el horizonte, regalando sus últimos rayos antes de esconderse tras los árboles y los macizos de lirios del valle, que persistían a pesar del frío.

Pasé junto a uno de ellos, pero de pronto me detuve. Retrocedí para observar aquellas flores delicadas, puras, inclinadas hacia abajo en una reverencia permanente. Inofensivas, aunque un puñado de más podía convertir un té curativo en un veneno.

Mis dedos envolvieron los pequeños pétalos, los tallos flexionados.

Y después, de un solo tirón, arranqué las flores y las arrojé al suelo.

Cuando eché a andar de nuevo, las pisoteé, y de ellas no quedó nada más que unos pétalos rotos, aplastados y llenos de barro.



QUINTA PARTE

Cuerpos en llamas

Se aman allí donde amar es condena,
bajo raíces que oyen juramentos.
El deseo no pide permiso al reino,
ni al acero ni a la eternidad.

Y el bosque recuerda.
Siempre recuerda.
Cada beso robado,
cada traición envuelta en promesas,
cada amor que ardió
demasiado cerca del fuego.

Canción popular humana

30

No volví a visitar al Fantasma. No porque no lo deseara, sino porque sabía que un solo paso en falso bastaría para condenarme.

Aun así, cada vez que Fern traía alguna noticia suya, la escuchaba con una atención desesperada, mientras el corazón me golpeaba las costillas sin piedad. Ella hablaba mucho, pero no preguntaba. Si sospechaba sobre lo que había ocurrido entre el humano y yo, guardaba silencio. Al igual que hacía yo cuando ella acudía por las noches a cepillarme el cabello con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados.

Parecía que Percy, a pesar de todo, había obtenido su perdón.

Dos días después, la promesa de lord Kyros se cumplió. Su hermano llegó al Valle de los Cuatro Ríos con un ejército que parecía no tener fin. Las filas de soldados se extendían hasta perderse en el horizonte.

Como invitada, no tuve elección y tuve que acudir a las puertas del castillo a recibirlo.

No obstante, aquella comitiva de bienvenida no tuvo nada que ver con la que recordaba de hacía varias lunas, cuando había sido yo la que había cruzado el puente levadizo y había llegado a aquella jaula de oro y flores. La mayoría de los que allí se congregaban eran soldados y criados. De los invitados perennes que siempre parecían danzar por los pasillos, apenas quedaban ya algunos. Después del revés que habían sufrido en el último enfrentamiento con los supuestos rebeldes humanos, la mayoría habían huido. No pude evitar preguntarme qué le habrían ofrecido los Verlac a todos ellos para que guardaran silencio y la información sobre aquellas batallas no llegase a oídos del rey.

No me situé cerca de lady Nohr ni junto a Odile. Me coloqué tras las espaldas de lady Ima y lady Sylin, que no dejaron de lanzarme miradas furtivas. Cuando les dediqué una sonrisilla, ellas se

apresuraron a alejarse un par de pasos.

A pesar de la comitiva que se había reunido, el fae, que encabezaba la marcha subido en un inmenso caballo blanco, apenas hizo algún gesto hacia la multitud. Su aspecto era tan impecable como aquella noche en que lo había conocido, pero me pareció ver algo más. La palidez bajo su piel dorada, la tensión de los labios, la forma en que su mirada se deslizaba sin ver a nadie.

Parecía contener un grito. Y yo tuve que bajar la cabeza para esconder mi pequeña sonrisa.

Aquel día no solicitó mi presencia. Tampoco apareció durante la cena. Lord Kyros se encargó de excusarlo con su habitual torpeza, ocupando el lugar de honor en la mesa principal. Los pocos invitados que todavía quedaban suspiraron, decepcionados.

Pero a la mañana siguiente, muy temprano, un guardia llamó a la puerta de mi dormitorio.

Lord Veyl deseaba verme.

No tuve más remedio que obedecer de inmediato. Asentí y seguí al joven humano que marcaba el camino. No pude evitar mirar atrás, hacia el lugar donde mi espada robada descansaba, fría y letal.

Aunque el correo había sido regular desde Sombramar al castillo de Brumaverde, y de que todas las misivas estaban firmadas por lord Veyl, no sabía qué ocurriría cuando me encontrase frente a él, cara a cara. Cómo reaccionaría. Quizá me confesaría la verdad, quizá me suplicaría perdón, o quizá me encerraría en las mazmorras y buscaría alguna excusa para ocultar mi muerte.

No sería difícil.

El guardia no me llevó por aquel camino que ya conocía y que conducía a los aposentos de los Verlac. Por el contrario, me llevó por el ala oeste del castillo hasta un pequeño salón abierto al exterior, sin puerta, pero resguardado de las miradas. A pesar de su tamaño, el lugar emanaba una quietud incómoda, como si las piedras mismas escucharan.

—Lady Vienna Daaé, señora de Sombramar —anunció el guardia, golpeando la lanza contra el suelo.

—Pasad, por favor. Os estaba esperando —respondió una voz grave desde el interior.

Avancé despacio, observando cada rincón. Parecía un pequeño despacho, a juzgar por las estanterías y el escritorio revuelto, en el que pude atisbar varios mapas, unos sobre otros, de forma desordenada. Había tinta derramada a su alrededor. No había adornos innecesarios. La chimenea encendida arrojaba una luz cálida sobre la estancia. Frente a ella, con el peso de todo su cuerpo recostado sobre el mármol, se encontraba Veyl Verlac.

La elegancia de sus ropas contrastaba con el cansancio que emanaba de su figura.

—Lady Vienna —dijo, en voz baja, al volverse hacia mí.

—Mi señor —respondí, inclinando la cabeza mientras le tendía la mano.

Sus labios rozaron mis dedos y un escalofrío me recorrió la espalda. Tuve que hacer un esfuerzo para no apartarlos.

Él se separó, examinándome con detenimiento.

—Estáis preciosa —murmuró, con una sonrisa que no llegaba a acariciar sus ojos—. Aunque os noto algo pálida.

Mis pupilas resbalaron, nerviosas, hasta su cinto. Durante un instante me pregunté si podría arrebatarle su espada antes de que él me detuviera.

—No he dormido bien esta noche —contesté, tratando de que mi voz sonase firme.

—Entiendo.

Lord Veyl se apartó un poco más, como si el mero hecho de compartir el mismo aire conmigo le incomodara. Con un gesto lento señaló su escritorio, frente al que tomé asiento. Él ocupó la butaca principal y me observó durante un instante antes de separar los labios.

Me pregunté qué pesaría más, si los remordimientos por lo que me había hecho su familia o la vergüenza de no haber estado enterado de una conspiración de tal calibre. El resplandor tras sus pupilas no lo dejaba claro.

—Ante todo, debo disculparme por no haberos recibido ayer —comenzó con una sonrisa de disculpa que apenas llegaba a ser una mueca—. Imagino que comprenderéis que la situación actual… no ha sido fácil. —Sus ojos, claros y tensos, se clavaron en los míos

como si buscaran algo más que una respuesta.

Asentí en silencio. Tuve cuidado de que mi expresión fuese como la que él recordaba, la de una fae triste, rota y crédula.

—Lamento profundamente todo lo que vuestra familia está sufriendo —dije, tras un momento. Tuve que apartar la mirada a mis manos unidas—. No sabéis cuánto significan los Verlac para mí.

El fae hizo un leve ademán con la cabeza, distraído. Sus pensamientos parecían estar muy alejados de aquel despacho. Aproveché su silencio para continuar:

—También quería agradeceros las cartas y los informes que habéis enviado puntualmente desde Sombramar. Cumplisteis la palabra que me disteis después del incendio, mi señor, y eso habla muy bien de vos. Me alegra saber que mis tierras están en tan buenas manos.

Una carcajada amarga quiso escapar de mis labios, pero me la tragué y me dejó en carne viva la garganta.

Él esbozó una mueca vacía.

—Para mí es un honor serviros, lady Vienna.

Por supuesto, bastardo, pensé, conteniendo el impulso de escupir las palabras.

El silencio se espesó unos instantes. A pesar del frío que envolvía el castillo, de que las llamas de la chimenea apenas lograban apartar el helor que flotaba en aquel despacho abierto, yo sentía cómo me envolvía un calor insoportable. Notaba las pulseras de acero ardiendo bajo las mangas y una gota de sudor resbalando por la espalda.

—He sabido que vuestra hermana pequeña se ha recuperado por completo —dijo entonces lord Veyl—. Hablé con la responsable de la Orden Gris. Dentro de un par de días, lady Giry abandonará el convento.

El aire se me atascó en la garganta.

Me quedé paralizada, con los ojos fijos en él. Ni una palabra salió de mi boca. Ni una sonrisa.

Giry iba a regresar.

Y eso lo cambiaba todo.

Recordé la promesa que le hice a Raen. Tendría que escapar. Huir del castillo con ella, antes de que los Verlac sospecharan algo. Antes

de que me cerraran todas las salidas.

Antes de tener que dejar atrás al Fantasma.

—Pensé que la noticia os alegraría —comentó lord Veyl, con el ceño ligeramente fruncido.

—Me alegra, claro —contesté, forzando una sonrisa temblorosa—. Pero me preocupa su seguridad. No querría que el carruaje fuese atacado por esos humanos que tantos problemas os están causando.

Durante un momento, algo se quebró en su expresión. La sombra del miedo cruzó su mirada, rápida pero perceptible.

—No debéis temer nada. —Un matiz ronco resonó en su voz—. Pediré que mis mejores caballeros la escolten.

—Quiero ir —dije de pronto, sin pensar.

El silencio cayó como un golpe.

Lord Veyl parpadeó, sorprendido, con la boca entreabierta, pero no dijo nada. Después, cerró los labios con un chasquido seco, y sus ojos, demasiado verdes, demasiado duros, atravesaron los míos.

Bajé la cabeza de inmediato, recordando quién era yo, cuál debía ser mi posición.

—No creo que sea prudente —murmuró tras unos momentos, grave—. Si algo ocurriese, vos también correríais peligro.

—Confío en vuestros caballeros, mi señor. Y en *vos* —repuse, alzando la vista un instante, antes de bajarla de nuevo—. Estoy segura de que no permitiríais que nos ocurriera nada. —Los labios me dolieron cuando los forcé a estirarse.

Lord Veyl no contestó y su silencio hizo que mi respiración sonase como un huracán. Su expresión cortés se desmoronó poco a poco y solo quedó rigidez y cautela. Los ojos verdes estaban clavados en mí, pero estaba segura de que no me veía. Yo era la representación de la traición de su familia. Dejarme vivir o matarme lo suponía todo para él.

Vi cómo las posibilidades se reflejaban en sus pupilas. En cómo la duda carcomía la máscara y la derrumbaba poco a poco.

Pero de pronto, parpadeó y apartó la vista con brusquedad.

Había elegido.

—Lo entiendo, mi señora —dijo, por fin—. Sé que hace mucho que no veis a vuestra hermana y de que sentís muchos deseos de

abrazarla. Si así lo queréis, podréis ir al encuentro de lady Giry.

—No tengo palabras para agradecéroslo —respondí, con la voz enronquecida.

—Bien.

El fae carraspeó y se incorporó con cierta hosquedad. Tras él, la butaca se tambaleó. Interpreté aquel signo como una señal de despedida y me puse también en pie. Creía que la reunión duraría más tiempo, que me hablaría de la gestión de mis tierras, del resultado de la reconstrucción del palacio, pero sus labios apretados, pálidos, no daban pie a nada más.

—Ahora debéis disculparme, lady Vienna, pero hay muchos asuntos que requieren mi atención. Esta noche, cuando se celebre el baile que darán en mi honor, podré brindaros la atención que merecéis.

Tensé de nuevo otra sonrisa e hice una pronunciada reverencia que él me devolvió a medias. Le di la espalda y caminé hasta la galería. No obstante, cuando no había traspasado todavía la arcada de la puerta, su voz me hizo detenerme.

—*Vienna.*

El sonido de mi nombre en sus labios me produjo un escalofrío de desagrado. Me volví, sintiendo cómo el veneno luchaba por asomarse a mis pupilas.

—Sé que ya os lo dije en Sombramar, pero… siento mucho lo que le ocurrió a vuestra familia. Lo siento de verdad.

Sostuve su mirada, sin pestañear.

—Yo también, lord Veyl —murmuré, antes de girarme por completo para encararlo una última vez—. Pero os juro por los Inmortales que estaría dispuesta a perdonar al causante del incendio si eso me devolviese las vidas de mi madre y de mi hermano.

Una sombra destelló con fuerza en sus ojos. Entreabrió los labios y durante un instante pareció sumamente trastornado, paralizado al inicio de una palabra.

Decid la verdad, supliqué, sin apartar la vista. *No continuéis con este teatro. Arreglemos esto antes de que sea demasiado tarde.*

Podía verlo reflejado en su rostro. Él detestaba lo que estaba ocurriendo, detestaba todo lo que habían provocado su esposa y su

hermano. Todo lo que podría conllevar.

Esperé, impaciente, sin dejar de rogar en silencio. No obstante, lord Veyl volvió a cerrar la boca y desvió los ojos hacia una de las ventanas, la única decorada con un jarrón de lirios del valle, blancos y puros, que sobrevivían a pesar de la llegada del invierno. Perfectos.

—Lástima que no pueda ser así —susurró—. Os deseo un buen día, lady Vienna.

Permanecí callada, quieta, antes de darle la espalda y alejarme por la galería.

Lord Veyl había tomado su decisión. Con una sola palabra, podría haber evitado más mentiras, batallas, sangre y muertos.

Sí, había elegido.

Y en esa elección yo no podía seguir con vida.



—¿Otra vez ese vestido?

La voz de Fern me sacó del ensueño. Giré ligeramente el rostro para mirarla por encima del hombro. Sostenía entre sus manos un puñado de joyas que yo había escogido previamente: la tiara de rubíes y oro trenzado, el collar de granates que pesaba tanto como una cadena. Regalos de los Verlac del mismo día de mi llegada al Valle de los Cuatro Ríos y que solo me había puesto en el baile que se había celebrado en mi honor.

—¿No te gusta? —le pregunté.

—Parece que quieres provocarlos, Vienna —replicó, apretando las joyas entre los dedos—. Ese es el color de tu familia.

—No pretendo hacerlo —respondí con calma—. Solo es un vestido, y me gusta cómo me sienta el rojo. Es una lástima que haya tardado tanto en darme cuenta.

Fern frunció el ceño y se acercó a mí para colocar la tiara sobre mi largo cabello suelto.

—Sonríes, pero pocas veces he visto tus ojos tan tristes.

Extendí la mano con impaciencia, y ella depositó el collar de granates sobre mi palma. Luego suspiró, mientras yo me inclinaba hacia el tocador. El reflejo del metal bruñido me devolvió la imagen de una fae que apenas reconocía. Con la diadema sobre el cabello y el collar rojo y dorado ciñendo mi cuello, parecía una reina. Una desconocida.

—No quieres que esta sea tu última noche aquí —susurró Fern de pronto.

—¿A qué te refieres? —pregunté, en un siseo ahogado.

—Dile que te acompañe, Vienna. Estoy segura de que lo hará si se lo pides.

—¿Acompañarme? Maldita sea, Fern, no sé qué…

—Sair Erik huirá contigo. ¡Olvídate de todo esto! —exclamó, interrumpiéndome con impaciencia—. Cuando tu hermana se encuentre en un lugar seguro, ¡márchate! ¡Márchate con él, muy lejos! Donde nadie os pueda encontrar.

Entreabrí los labios, pálida y temblorosa. De súbito, la diadema de rubíes que llevaba sobre la cabeza me pesaba demasiado.

—No sabes lo que dices —le respondí, sin apartar la vista de mi reflejo.

—Puede que sea tu doncella, pero sé que me consideras una amiga. Tu única amiga, y me quieres tanto como yo te quiero a ti —continuó ella, casi sin respirar—, porque digo en voz alta lo que tú solo te atreves a pensar. Puedes mentirme si quieres, pero te conozco.

—Deberías callarte —murmuré, apretando la mandíbula.

—Quieres escapar, Vienna. Odias a los Verlac, pero no tanto como para renunciar a él. —Su voz se suavizó, pero no perdió firmeza—. Quieres venganza, pero la cambiarías por una vida junto al Fantasma. —Alzó la barbilla, desafiante—. ¿Me equivoco?

No respondí. Giré el rostro lo bastante rápido como para que no viera el brillo húmedo en mis ojos. La garganta me ardía. Sabía que, si daba otro paso hacia mí, si me tocaba siquiera, me rompería. Estaba llena de grietas.

—Por completo —susurré. Pero mi voz se quebró en la última palabra.

—Vienna, no cumplas con tu papel de dama noble —suspiró Fern. Sus manos se apoyaron en mis hombros y los estrechó con suavidad —. Puedes ser mucho más.

Me incorporé con tanta brusquedad que la silla que había junto al tocador cayó al suelo. Me aparté de las manos de Fern, de su cariño y su verdad, y no miré atrás cuando salí con premura del dormitorio, dejando la puerta abierta de par en par.

Avancé con tanta prisa, que cuando llegué junto a la escalera principal tuve que detenerme a recobrar el aliento. Hasta que mi pecho no se tranquilizó, no fui capaz de volver a colocarme la máscara de lady Vienna Daaé, hermosa, frágil y obediente. Aunque vestida con el traje equivocado.

Ya cerca de las puertas del comedor, una sombra familiar se deslizó en mi campo de visión. Lady Nissa. Su figura etérea parecía flotar bajo la luz de las antorchas. Hice amago de caminar hacia ella, pero me pareció que negaba levemente con la cabeza antes de dedicarme un guiño. Luego desapareció, como si el aire mismo la hubiera devorado.

El Custodio del Nombre anunció mi título con voz potente, aunque ya quedaban pocos a quienes le interesara.

De las decenas de invitados que solían poblar el castillo de Brumaverde, que incluso solían superar el centenar, apenas permanecía nadie. Con la llegada del lord Veyl, algunos se habían atrevido a regresar para honrarlo, pero no había más de diez faes en el Comedor Real. Todos, vestidos de negro y blanco, los colores de la familia Verlac. Yo, vestida como una gota de sangre, destacaba entre todos ellos.

Lord Veyl ya ocupaba el lugar en el que se había sentado su hermano Kyros durante las lunas que yo llevaba allí. Se encontraba deslumbrante con su jubón verde esmeralda y una sonrisa impecable que lograba esconder las sombras que lo llenaban por dentro. A su lado, lady Nohr irradiaba dulzura. Reía, lo acariciaba y se inclinaba hacia él, con una gracia que ahora me parecía tan ensayada que hasta dolía mirarla.

En cambio, lord Kyros, relegado a un lugar secundario, no se molestaba en ocultar su rostro sombrío. Cada vez que su hermano

cruzaba una palabra con lady Nohr, su gesto se crispaba.

Al ser tan pocos, todos los invitados se sentaron en la misma larga mesa de la familia. Yo ocupé mi lugar junto a Odile, que no me brindó más que una inclinación cortés antes de concentrarse sin muchas ganas en su comida. Agradecí su silencio, pero no tuve la misma suerte con lord Veyl. Fiel a su palabra, me dedicó toda su atención durante las dos eternas horas que duró la cena. Apenas probó bocado mientras me hablaba de cosechas, arrendamientos y reconstrucciones, adornando cada frase con halagos. Sus ojos, sin embargo, no se apartaban de mi vestido, de las camelias carmesíes bordadas en él.

Yo fingía escuchar.

Fingía sonreír.

Fingía respirar.

Esperaba con cierta desesperación que el sonido de las cuerdas marcara el inicio del baile, para poder excusarme y escapar de su compañía. Pero en cuanto hizo eco el primer acorde, el fae se puso en pie y se volvió hacia mí con una inclinación perfecta.

—Me sentiría muy afortunado si me concedieseis este baile, lady Vienna. Todos los que han bailado con vos dicen que sois una excelente compañera.

Mi estómago se encogió. No podía rechazarlo.

—Será un honor, mi señor —contesté, desplegando la sonrisa más dulce de todo mi repertorio.

Apoyé mis dedos en los suyos. Sentí el contacto de su piel fría mientras me conducía hasta la pista. Con cada paso, la música parecía hundirme un poco más en mi propio infierno.

La melodía era alegre, pero en mis oídos sonaba como una canción desgarrada.

No fui capaz de concentrarme. Mis pasos fueron torpes, descuidados, y más de una vez pisé el pie de lord Veyl. Él no protestó. Se limitó a sonreír, galante, fingiendo no darse cuenta.

Aquella danza me resultó eterna. Cuando el último compás hizo eco en los techos abovedados, retrocedí, a pesar de que las manos de lord Veyl todavía estaban prendidas en las mías.

Separé los labios, lista para excusarme, pero entonces, vi cómo su

expresión cambiaba, sorprendida, mientras miraba hacia algo, o alguien, que se encontraba justo detrás de mí.

—Lord Veyl, si me permitís…

El sonido de aquella voz rasgó el aire como una cuchillada.

Reconocería ese tono en cualquier parte.

Me giré con brusquedad y mis labios temblaron antes de articular palabra.

El Fantasma.

Había pasado días de agonía pensando en él, pero parecía completamente recuperado. Llevaba su cabello blanco apartado del rostro gracias a un cordel que se lo sostenía en la nuca y, por primera vez en mucho tiempo, no vestía con armadura. Ni siquiera llevaba su inmensa espada en el cinto. De no haber sido por sus orejas redondeadas, el brillo oscuro de sus ojos y sus rasgos demasiado afilados para ser hermosos, podría haberlo confundido con otro invitado de los Verlac.

Él también vestía de rojo. Como yo.

—¡Sair Erik! —exclamó lord Veyl, con una mezcla de alivio y sorpresa—. No sabéis cuánto me alegra veros recuperado. Había oído noticias terribles sobre vos.

—Soy duro de roer, mi señor —replicó el Fantasma con una mueca casi imperceptible.

—Sair Mikail me comunicó vuestra petición para capitanear la escolta de lady Vienna y lady Giry Daaé —continuó lord Veyl—. Pensé que era una equivocación, dada vuestra condición. Pero viendo vuestro aspecto… me temo que no lo era.

Mi corazón golpeó sin piedad contra las costillas. Me obligué a mantener la compostura.

—Esos caminos son peligrosos para las damas —continuó él con voz firme—. Consideré que sería apropiado ofrecer mi espada y mis servicios. Ya lo hice durante el viaje a Sombramar.

Un destello resplandeció un instante en las pupilas de lord Veyl.

—Lo sé, lo sé… —Lord Veyl sonrió. El Fantasma amagó con retirarse, pero entonces, aquellos ojos verdes me lanzaron una breve mirada de soslayo—. Sin duda, nuestra bella invitada sabrá agradecer vuestra gentileza con un baile, ¿no es así, lady Vienna?

Me quedé paralizada. Y Erik, frente a mí, se envaró.

Que una fae sin prometer, mayor de edad, bailara con un humano no estaba prohibido, pero sin duda era… *cuestionable*. Me colocaría en un lugar comprometido. Haría hablar al resto de invitados y la noticia se extendería no solo por este castillo.

Aquella era una forma de infravalorarme. De castigarme. De prepararme para lo que caería sobre mí. De mi final.

Alcé la mirada hacia el cabeza de familia de los Verlac y le dediqué la primera sonrisa sincera. Él me la devolvió, aunque en sus ojos, su expresión se tambaleaba, confusa.

—Será un verdadero placer.

Él carraspeó y dio un paso atrás. Sus manos se separaron por fin de mí y contuve el deseo de sacudir las mías.

—Cuidad de ella, sair Erik.

El Fantasma asintió con una mueca retorcida.

—Siempre lo hago.

Lord Veyl se alejó sin mirar atrás. Pero casi todas las miradas de la sala permanecieron sobre nosotros. Curiosas, confusas, condenatorias. Podía sentirlas ardiendo en mi nuca.

Su mano flotó en el aire y se inclinó hacia mí, en una réplica perfecta de lo que hacían los varones faes cuando pedían un baile.

—¿Qué estás haciendo? —le susurré entre dientes. El calor, de súbito, se agolpó en mis mejillas.

—Bailar, florecilla. O al menos, intentarlo. —Su voz estaba cargada de burla—. Pero necesitaré que te acerques un poco más.

Lo hice, aunque mi mente aún estaba atrapada en el recuerdo de su beso, del calor de su cuerpo en la penumbra de su habitación. Las palabras se me atragantaban al salir de mis labios.

—Todos nos miran… ¿y si notan que…?

—Que *¿qué?* —preguntó con suavidad. Lo fulminé con la mirada, pero él dejó escapar una carcajada baja—. Es simple. Pon cara de asustada y déjate llevar.

—No hace falta fingir —dije, clavando mis ojos en los suyos—. Ya estoy asustada.

Cuando la nueva melodía comenzó a llenar el Comedor Real, dejé que sus manos me rodearan. Era triste, lenta, pero en algunos de

sus acordes palpitaban una violencia y una oscuridad que conocía demasiado bien y me recordaban a aquella canción que el Fantasma entonaba tantas veces en la oscuridad.

Noté su contacto. Áspero. Fuerte. Vivo. Y sus manos posándose más abajo de mi cintura. Tuve que obligarme a respirar.

Él no conocía aquella danza. Era imposible que lo supiera. Era humano. Un soldado. Los bailes y la música no estaban permitidos para ellos, pero aun así me guio entre sus brazos y me hizo girar en círculos lentos en una de las esquinas de la pista de baile, demasiado cerca de mí de lo que permitía el protocolo.

El aire se volvió más denso y, entonces, los ojos que nos observaban, tanto de los faes como de la servidumbre humana, los cuchicheos, aquel inmenso salón lleno de luz y plata, todo desapareció. Y solo existieron sus ojos negros, mi pulso desbocado y la certeza insoportable de que, por mucho que quisiera negarlo, ya no podría huir de él.

—No deberías acompañarme mañana —siseé contra su oído—. Vi tus heridas. Es imposible que estés recuperado. No intentes engañarme.

Él soltó un gruñido bajo y, con un movimiento firme, me acercó todavía más. Sus labios rozaron mi pelo cuando murmuró:

—Es la única manera de que salgas con vida de esto.

No respondí. El Fantasma me hizo dar otro giro entre sus manos, su mirada era más oscura que nunca.

—Sabes muy bien lo que podría ocurrir. —Su voz era ronca, casi un gruñido contenido—. Seguramente tu hermano conocerá los planes para mañana. Enviará a sus hombres, y estos se enfrentarán a los míos. Matarán a todo soldado Verlac que encuentren… y si consigues reunirte con tu hermana, intentarán llevaros con ellos. Los Verlac no permitirán que os marchéis. Prefieren veros muertas que libres.

—Pero… —alcancé a decir, antes de que él me interrumpiera de nuevo.

—Hubo una ocasión en la que quisiste bailar conmigo, y no acudí —dijo, sin dejar de moverse al compás de la música. Sus ojos me atraparon, implacables—. Pero ahora estoy aquí. Y este será nuestro primer y último baile. —Yo solo podía mirarlo, inmóvil, con el corazón

desbocado—. Tengo el cuerpo destrozado y maldigo más que hablo —continuó él, casi con amargura—, pero no soy estúpido. Quizás no vuelva a estar tan cerca de ti. Dentro de poco podrás dormir junto a tu familia, próxima a ese joven fae al que tanto pareces importarle. Así que no hables ahora, florecilla. Solo baila. Baila conmigo. Baila con el Fantasma. Y déjate arrastrar hasta la oscuridad.

Sonrió, y la cicatriz que le cruzaba la boca transformó su gesto en una mueca cruel y hermosa a la vez.

—Mañana —añadió, casi en un susurro— podrás volver a la luz. Si eso es lo que realmente deseas.

31

—¿La has traído?

Fern asintió en silencio, depositando la capa de viaje doblada sobre mis brazos. Pesaba más de lo habitual. Aparté los pliegues azul marino, y un brillo plateado me confirmó lo que sospechaba.

—¿Dónde la has conseguido? —pregunté, sin poder evitar una sonrisa.

—De los aposentos de lord… *nosecuánto* —respondió, encogiéndose de hombros—. Ayudé a una criada a ordenar la habitación y encontré una docena de puñales como este. —Suspiró y miró de reojo el fardo—. Espero que no lo eche en falta.

—Y yo —suspiré.

Me hubiese llevado la espada que me había acompañado durante varias lunas, pero era demasiado grande como para ocultarla entre mis ropas.

Hice amago de esconder el cuchillo de nuevo, pero Fern me sujetó de las manos. Levanté la vista.

—Deberías pedirme que te acompañase.

—Estarás mejor aquí… con Percy. No sé bien qué ocurrirá cuando… —Vacilé, antes de añadir con un hilo de voz—: Sabrás si atacan el castillo. En el momento en que lo sospeches, marchaos de aquí y no miréis atrás.

Ella apartó la vista, incómoda, con las mejillas arreboladas.

—Eres una traidora.

—Y una amiga.

No le permití decir nada más. Alcé los brazos y la estreché con fuerza, con tanta, que sentí cómo su aliento se interrumpía. Antes de que Fern me pudiera corresponder, me aparté de ella con la misma brusquedad con la que me había acercado, y me marché sin mirar atrás.

El amanecer teñía de gris las galerías del castillo. El calzado estropeado de los criados lo llenaba todo. Los observé cuando pasé

a su lado, con el corazón oprimido, recordando la promesa de Raen.

—Lady Vienna.

La voz de lord Veyl me hizo detenerme. Me esperaba en el vestíbulo del edificio, junto a su hermano Kyros. Llevaba un atuendo impecable, pero en sus ojos brillaba algo que no supe descifrar. De lady Nohr no había ni rastro. Tampoco de Odile.

—Buenos días, mis señores —dije con la sonrisa más dulce que pude fingir. Me incliné hasta sentir cómo las rodillas crujían bajo la tela de mi falda—. Siento haber interrumpido vuestro descanso. No era necesario que madrugarais tanto solo para verme partir.

—Es un placer desvelarse por vos —replicó lord Kyros, con su sonrisa débil.

Incliné la cabeza, esbozando una sonrisa educada que se desvaneció en cuanto los dos hombres intercambiaron una mirada dubitativa. Un relámpago de miedo me golpeó. Recé a La Plateada para que no cambiaran de opinión.

Apreté con fuerza la capa doblada sobre mis brazos, sintiendo el relieve de la vaina del puñal oculta bajo el tejido.

Lord Veyl abrió la boca, con sus ojos verdes fijos en mí, pero antes de que pudiera pronunciar palabra una voz áspera rompió el silencio desde detrás de nosotros.

—Estamos listos, mi señor.

El tono era inconfundible.

Volví el rostro y me encontré con la armadura mellada del Fantasma a menos de un palmo de distancia.

—Excelente, sair Erik —respondió Lord Veyl. Su voz sonó crispada —. Dad las órdenes pertinentes. Yo acompañaré personalmente a lady Vienna hasta su carruaje.

—Como ordenéis.

El fae me ofreció el brazo. Coloqué la mano sobre la suya, fría y firme, dejando que me guiara.

Me volví para inclinar la cabeza hacia lord Kyros. Por primera vez, no respondió al gesto. Me observó en silencio, con los labios apretados, y luego desvió la mirada.

Seguí a lord Veyl a través del vestíbulo hasta que la puerta del castillo apareció ante nosotros, abierta de par en par. En el exterior

aguardaba un pequeño carruaje engalanado con los colores de los Verlac.

Un guardia se apresuró a colocar un escalón de madera y a abrir la puerta con una reverencia. Al mirarlo, el corazón me dio un vuelco. Era Percy. Nuestros ojos se encontraron por un instante.

No oí las palabras que lord Veyl me dirigía hasta que su tono de impaciencia me obligó a volver a la realidad.

—Disculpad, mi señor —murmuré—, ¿qué decíais?

—Os deseaba mucha suerte en vuestro viaje, lady Vienna —repitió, articulando bien cada palabra—. Espero que el reencuentro con vuestra hermana os proporcione toda la felicidad que merecéis.

—Lo hará, sin duda —respondí, tensando una sonrisa que me dolía en las mejillas.

Intenté subir al escalón, pero su mano sujetó la mía. No con violencia, pero sí con una firmeza que me impidió avanzar.

Sus ojos, tan verdes como el veneno, se clavaron en los míos.

—Espero que seáis consciente de los peligros que conlleva este viaje —susurró, inclinándose ligeramente hacia mí—. Los caminos están infestados de humanos rebeldes. Ya os lo advertí.

—No tenéis por qué preocuparos —repliqué, en el mismo tono bajo —. Esta noche mi hermana y yo estaremos de regreso, cenando junto a vuestra familia.

Lord Veyl me sostuvo la mirada durante un instante que resultó eterno. Sus pupilas parecían buscar desesperadas algo en mi rostro. Un temblor, una fisura. Pero no le di el placer.

—Os pedí que permanecierais en el Valle de los Cuatro Ríos —dijo finalmente—. Mis consejos terminan aquí.

Ladeé la cabeza, fingiendo confusión.

—Disculpad, mi señor, no os comprendo. —Pestañeé despacio, imitando a la perfección el gesto coqueto de lady Nohr que tantas veces le había visto usar—. Sabéis que siempre he aceptado vuestros consejos con gratitud. Sería una pena que dejarais de dármelos hoy, precisamente.

Una sombra cruzó su rostro. Luego, con una sonrisa amarga, aflojó su mano y me ayudó a subir al carruaje.

—Tened un buen viaje, lady Vienna —dijo, sin dejar de sonreír.

Yo incliné la cabeza, devolviéndole el gesto.

Pero cuando la puerta se cerró y el carruaje comenzó a moverse, su sonrisa cambió. Se volvió delgada, tensa, como una grieta a punto de abrirse.

Enseguida escuché la voz grave del Fantasma dando órdenes y, un instante después, dos sombras cruzaron como relámpagos frente a la ventana del carruaje. El chasquido del látigo resonó en el patio, y los caballos se alzaron sobre las patas traseras antes de arrancar con un salto violento. Las ruedas golpearon la piedra y el vehículo comenzó a avanzar con sacudidas irregulares.

Me incliné sobre la ventanilla, dejando que el aire helado del amanecer me golpeara el rostro. El sol apenas despuntaba sobre los tejados del castillo de Brumaverde, tiñendo de oro pálido las torres y los muros.

A lo lejos, las figuras de lord Veyl y lord Kyros se empequeñecían con rapidez. Desde aquella distancia parecían estatuas inmóviles, inofensivas.

Volví la vista al camino cuando el puente levadizo permitió que el carruaje cruzara el foso. El sendero pedregoso se perdía entre colinas cubiertas de bruma. Delante, una decena de soldados marchaban en formación. Sus armaduras tintineaban al compás de los cascos de los caballos. Otros tantos cerraban la retaguardia, levantando nubes de polvo que ocultaban el castillo del que nos alejábamos cada vez más.

La capa que llevaba sobre las rodillas resbaló y cayó al suelo del carruaje con un sonido metálico.

Bajé la mirada. Entre los pliegues oscuros del tejido, un brillo plateado me cegó por un segundo.

El puñal.

Lo recogí con cuidado, acariciando el filo con la yema del dedo. El metal estaba tan frío que me cortó la piel. Apreté el mango con fuerza, sintiendo cómo mi pulso se aceleraba en mis muñecas.

Antes de que cayera la noche, la hoja se teñiría de rojo.



El carruaje se detuvo tan bruscamente que tuve que aferrarme al manillar de la portezuela para no caer de rodillas.

El traqueteo cesó y un silencio denso se apoderó del interior.

Con la capa sobre los hombros y el puñal oculto en el doble forro que Fern había cosido en mi falda, intenté convencerme de que estaba preparada.

Empujé la puerta y asomé la cabeza.

Reconocí dónde me encontraba al instante. No solo porque ya había cruzado ese lugar lunas atrás, cuando había atravesado el Valle de los Cuatro Ríos tras el incendio de mi hogar, sino también por aquellas veces en las que me había sentado en las rodillas de mi padre y había observado los mapas del reino. Aquel sitio siempre había llamado mi atención. Estaba situado en la mitad perfecta de Elysia, y convertía al reino en una suerte de estrella. La intersección de los ríos Cendaluz, Esval, Liris y Nimbel recibía el nombre del Cruce Celestial, aunque el agua de los cuatro ríos más caudalosos rugía como el Abismo de los Inmortales bajo las ruedas del carruaje.

El cruce se extendía ante nosotros en forma de un puente de mármol blanco con cuatro brazos. Era magnífico. Lo suficientemente elevado como para que una caída desde su centro, donde las estatuas de El Radiante y La Plateada se abrazaban, fuese mortal tanto para un fae como para un humano. Los cuatro brazos del puente que convergían allí eran tan anchos como para que pudieran cruzarlo varios carruajes a la vez y, a pesar de la distancia que los separaba del suelo, estaban salpicados de agua dulce y turbulenta.

Dos de ellos se internaban en un bosque cercano del que no recordaba el nombre, pero parecía oscuro y espeso; otro llegaba hasta nosotros, y el último se perdía en una llanura húmeda, donde el viento levantaba jirones de niebla.

Había varios puestos de guardia en el inicio de cada brazo del puente, cada uno vigilado por guardias de la familia Verlac, pero solo vimos cómo se asomaba el humano que vigilaba nuestro lado del

camino.

Aquel lugar olía a desolación.

A emboscada.

—Sería mejor que esperases dentro.

La voz, áspera, sonó tan cerca que me estremecí. El Fantasma se encontraba junto a la ventanilla de mi carruaje, subido en su inmenso caballo blanco. Sus ojos negros estaban clavados en el horizonte, y la pechera de su armadura, salpicada de gotas heladas.

Asentí con un leve cabeceo, aunque mis ojos se clavaron en el resto de soldados que rodeaban mi vehículo. Muchos se apresuraron a apartar la mirada cuando nuestras miradas se cruzaron.

—¿Cuáles son las órdenes que habéis recibido de lord Veyl? —susurré.

El Fantasma frunció el ceño.

—No te preocupes por ellos —dijo, en voz baja—. No te tocarán. Al menos, mientras yo siga con vida.

No llegué a responder.

Picó espuelas y se alejó al galope, su capa negra ondeaba tras él como una sombra.

El peso del miedo me cayó encima con toda su crudeza. Si los hombres de mi hermano Kallias nos atacaban y yo no lograba escapar, sabía lo que ocurriría.

Los Verlac no me dejarían viva.

Desenvainé el puñal y lo observé a la luz mortecina de la mañana. Era más ligero que una espada, más traicionero. Brillaba con un filo tan limpio que me devolvía mi propio rostro desfigurado por la angustia.

Su tacto no me reconfortó. Aquel trozo de metal no bastaría contra una decena de hombres armados.

Ni siquiera el Fantasma podría detenerlos a todos.

El sonido de un relincho lejano me hizo levantar la cabeza con brusquedad.

Giry.

Olvidé de golpe la advertencia de Erik. Abrí la puerta y descendí del carruaje de un salto, con el arma de nuevo oculta en el doble forro de mi falda.

Observé a mi alrededor. Los soldados de los Verlac estaban tensos. Ninguno había desenvainado, pero varios tenían la mano apoyada en la empuñadura de sus espadas. Sus ojos estaban clavados en el cruce.

Por el puente que se perdía en la llanura, un carromato emergía lentamente de la niebla. Era pequeño, tosco, y estaba tirado por un solo caballo. Lo conducía un lacayo con ropas humildes. Lo rodeaban apenas cuatro soldados con aspecto de mercenarios, por sus armas sin blasón y su aspecto demacrado.

Sentí una mano helada posarse en mi hombro.

Me volví. En los oscuros ojos de Erik me pareció atisbar algo parecido a la ternura.

—Es ella —susurró.

Volví la vista hacia el carromato, que se aproximaba con lentitud.

Mi pecho se encogió.

Intenté avanzar, pero su mano, todavía aferrada a mí, me lo impidió. Apreté los dientes, con la frustración ardiendo en mis venas, pero me mantuve a su lado. Bajo nuestros pies, los ríos rugían sin piedad, empapando los bajos de mi vestido y de la capa de viaje. Sentía la humedad traspasar la piel de mis botas.

El carromato se detuvo a unas pocas varas de distancia. Los humanos que lo acompañaban no se movieron. No hablaron.

Silencio.

El mundo entero parecía contener el aliento. Escuché el siseo de alguna espada cercana al desenvainarse. No podía distinguir nada del interior tras las cortinas, tan solo una sombra quieta.

Un mal presentimiento me hizo retroceder. Mi espalda golpeó la armadura de Erik.

Él también se tensó. Sus dedos dejaron mi hombro y se enroscaron en torno a la empuñadura de su espada.

Entonces, uno de los mercenarios desmontó con visible fastidio y avanzó hacia la puerta del vehículo. Levantó la mano para abrirla, pero no llegó a tocarla.

La portezuela se abrió de golpe y una figura salió disparada.

Vi un destello azul y una cascada de cabello rojo.

El impacto me tumbó sobre el suelo helado. El aire escapó de mis

pulmones.

—¡Giry! —logré articular, sin aliento.

Mi hermana pequeña me sonreía por encima de mí, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Sus brazos me apretaban con toda la fuerza que podían proporcionarle sus músculos.

Durante un instante su sonrisa hizo desaparecer el frío y la angustia, y solo quedaron los buenos recuerdos, las carreras por los pasillos del Palacio de los Vientos, los guiños a escondidas tras la espalda de nuestra madre, las veces en que dormía en mi cama cuando una pesadilla la atacaba.

Quise decirle algo, lo que fuese, pero las palabras se me atragantaron.

Solo pude aspirar aire y apretar a mi hermana con fuerza contra mi pecho. Giry me envolvía la cintura con tal ímpetu que me hacía daño, pero no tuve corazón para apartarla.

Durante unos instantes, nada existió aparte de ese abrazo. Ni los soldados de los Verlac ni esas espadas que aullaban por salir ni esos ríos que rugían.

Solo ella.

El Fantasma se alejó unos pasos para reunirse con los mercenarios, que esperaban con algo que parecía impaciencia. Pero yo apenas lo miré.

El cabello escarlata de Giry, tan largo y revuelto como siempre, olía a hierbas y jabón. El vestido que llevaba debía habérselo prestado alguna hermana de la Orden Gris. De un celeste sucio, era demasiado grande para un cuerpo que había quedado reducido a huesos y a músculos finos tras la convalecencia.

Y entonces la vi.

La quemadura.

Mis brazos perdieron la fuerza, y la sonrisa que me había iluminado el rostro se deshizo en un suspiro. Con manos firmes, la sujeté por los hombros y la hice incorporarse, para que pudiera verla mejor. Ella no parecía reparar en la expresión rota que me afanaba por no mostrar.

La cicatriz comenzaba en la sien izquierda y bajaba por la mitad de su rostro, alcanzando la nariz, devorando la piel hasta perderse bajo

el cuello del vestido. Allí donde antes había pestañas, ahora solo quedaba una superficie lisa y rosácea. La mitad de su cara se había convertido en un mapa de fuego.

—Estás muy guapa, Vienna —me dijo ella, sin dejar de sonreír.

Sentí el mundo tambalearse bajo mis pies.

—Tú estás preciosa, Giry.

Ella se encogió de hombros y sus ojos recorrieron a los hombres de los Verlac que nos rodeaban con aire curioso.

Yo, en cambio, apenas podía sostener su mirada. Mi labio inferior temblaba. Sabía que las hermanas de la Orden Gris le habían dado la noticia de lo que había ocurrido en el Palacio de los Vientos y estaba segura de que tenía muchas preguntas que hacerme.

Apreté los dientes y di un paso hacia ella. Quería contarle que nuestra madre, Kallias y Raen se encontraban vivos y a salvo. Que estaban esperando nuestro regreso. Por desgracia, no era el momento ni el lugar. A pesar de que aquello no me gustase, sabía que lo mejor era esperar al instante preciso de nuestra huida. Si Giry se mostraba demasiado emocionada, si decía una sola palabra de más, los Verlac lo sabrían.

—¿Dónde está el hombre que cantaba?

Parpadeé, sin entender.

—¿Qué…?

Ella no repitió la pregunta. Señaló con su pequeña mano al Fantasma que regresaba, con sus grebas tintineando con cada paso que daba sobre el suelo húmedo.

Tras él, los mercenarios parecían discutir y el cochero del carruaje maniobraba para girar el vehículo.

—Sube al carruaje —me dijo, señalando con la barbilla hacia el interior—. Cuanto antes nos marchemos, mejor.

Dio media vuelta, dispuesto a alejarse, pero Giry se adelantó, interponiéndose en su camino. Interrogante, bajó sus monstruosos ojos negros hasta ella, y ella le dedicó la mejor de sus reverencias, tal y como mi madre le había enseñado y tal y como nunca ejecutaba en nuestro palacio.

—Quería agradeceros vuestra ayuda en el incendio, sair —dijo, con una dulzura casi desconocida—. Estaré en deuda con vos toda la

vida.

El Fantasma arqueó las cejas, sorprendido, y una sonrisa torcida curvó sus labios. Pero la expresión se desvaneció cuando Giry, sin previo aviso, se abalanzó sobre él y rodeó sus piernas con los brazos. A su lado era tan diminuta, que su cabeza apenas llegaba a alcanzarle la cintura.

El gesto fue tan súbito, tan tierno, que hasta los soldados contuvieron una risa incrédula.

Erik se quedó rígido, incómodo, mirando a la pequeña pegada a sus rodillas.

—Toda una damita —gruñó con un carraspeo, antes de apartarla con torpeza. Se volvió para mirarme de nuevo. Sus ojos negros destellaron—. Bien. Ahora subid al carruaje.

Giry aún sonreía. El Fantasma, no.

Asentí y, sujetando a mi hermana por los hombros, le ayudé a subir al vehículo. Un soldado de los Verlac nos sostuvo la puerta.

—Al principio puede dar miedo —murmuró Giry, mirando a Erik mientras él se alejaba hacia sus hombres—. Pero cuando lo miras bien no es tan feo, ¿verdad, Vienna?

Sonreí y entreabrí los labios. Pero no contesté.

Al volver la mirada hacia el joven que se había adelantado a abrir la puerta del carruaje, descubrí algo extraño en él.

Hasta que no escuché el agudo chillido de mi hermana pequeña, no me percaté de que lo que atravesaba el pecho del muchacho era una flecha.

32

El mundo se deshizo en un segundo. Empujé a Giry detrás de mí y saqué el puñal oculto en la falda. A mi alrededor la confusión aullaba: gritos, voces que se llamaban con desesperación, una tormenta de hierro.

De reojo, vi cómo un par de soldados de los Verlac me señalaban y, sin pensarlo, agarré con fuerza la muñeca de mi hermana y la obligué a moverse.

—¡CORRE!

Obedeció, aunque sus piernas, aún débiles, apenas pudieron seguirme el ritmo. Salté por encima del cuerpo del guardia caído y obligué a Giry a hacer lo mismo. Sentí un sollozo detrás de mí, pero no podía detenerme. Mis botas resbalaron sobre el terreno húmedo, pero yo la arrastré como pude hacia el otro extremo del cruce, hacia el bosque que se alzaba. Era lo suficientemente espeso y agreste como para despistar a quien fuera, los caballos no podrían ir al galope y los soldados a pie serían lentos por las armaduras.

Oí pasos que corrían y, de soslayo, vi sombras que se acercaban. No podía esperar a comprobar nada. Los hombres de mi hermano debían estar aquí, en alguna parte, escondidos. Los Verlac no tendrían piedad. No les dejaría llevarse a Giry de nuevo. No permitiría que me pusieran un solo dedo encima.

Atravesamos el Cruce Celestial a toda velocidad, con nuestras capas agitándose como alas a nuestra espalda. Bajo nuestros pies, los ríos seguían bramando. La espuma, el agua, saltaban por encima de las barandas y salpicaban nuestro pelo, nuestra cara.

El carruaje que había traído a Giry ya había comenzado su camino de regreso y, a pesar de que hice señas, me ignoró y siguió adelante. Lo mismo hicieron los mercenarios, que sacudieron la cabeza cuando les supliqué que esperaran.

Dejamos el puente atrás y nos arrojamos al linde del bosque. Pero cuando estábamos a punto de saltar sobre los primeros matorrales,

los árboles se agitaron y de pronto, tras los troncos y las hojas, surgieron decenas de soldados a pie y a caballo, que corrieron hacia el cruce, donde se encontraban los hombres de los Verlac.

Una enorme sombra se abatió sobre nosotras. Tiré de Giry y la empujé a un lado para que no nos aplastara. Un relincho ensordecedor resonó tan cerca que casi me dejó sorda. El suelo vibraba con el golpeteo de los cascos.

—¡Giry!

Mi hermana se incorporó, perdida, rodeada por gigantes de hierro. Un caballo se alzó sobre las patas traseras con un relincho y las pezuñas estuvieron a punto de golpear su rostro. Reconocí el blasón que llevaba dibujado en su pecho, la camelia roja de mi familia, pero eso no me detuvo cuando alcé el puñal y lo hundí con todas mis fuerzas entre los pliegues de protección del jinete, buscando la carne en una rendija.

El humano aulló. Apartó el pie y me golpeó el costado con violencia. Grité y me doblé de dolor, con el arma todavía asida entre mis dedos.

Giry gritaba a mi lado, aterrada. El mundo se llenó de alaridos y acero. Todo temblaba, todo rugía.

—¡Atrapadlas, maldita sea! ¡Atrapadlas!

Me lancé hacia Giry, aún aturdida por el golpe y el estruendo, pero una mano enguantada se cerró sobre el cuello de su vestido y la alzó del suelo como si fuera un muñeco.

—¡NO! —grité, extendiendo los brazos.

El soldado al que había herido la subió a la silla, asegurándola contra su pecho. Ella pataleaba y se revolvía, soltando chillidos que me atravesaban los huesos.

Entonces él me miró y se subió la visera del casco. Sus ojos se me atravesaron, y lo reconocí de golpe. Lord Wynn. El amigo de mi padre. El mismo que me ofreció refugio en su hogar después del incendio.

No necesitó hablar. Supe al instante que me estaba pidiendo que lo siguiera.

No esperó a que yo echara a correr de nuevo. Espoleó su caballo y se alejó entre el fragor del combate.

—¡VIENNA! —oí gritar a mi hermana, con su voz perdiéndose en el estrépito.

Traté de responderle, de correr hacia ellos, pero una ráfaga helada me rozó la espalda. Me volví, y un soldado de los Verlac, sin casco, se cernió sobre mí, con el rostro desencajado de furia. Sus ojos eran dos carbones encendidos y la punta de su espada me señalaba el corazón. Los lirios del valle pintados en su armadura estaban empapados en sangre.

Di un paso atrás y miré a mi alrededor. Pero no vi al Fantasma.

El humano cargó contra mí. Retrocedí a trompicones y eché a correr, sin pensar, con el puñal apretado en la mano. No podía enfrentarme a nadie solo con él.

Me vi sumergida de lleno en la batalla. Los soldados de los Verlac habían alcanzado el linde, y el bosque se había convertido en un infierno de hierro y barro. Los caballos chocaban entre sí con tanta fuerza como las espadas, y los relinchos, las coces, el canto frío y metálico de las armas, y los gritos de los hombres se confundían conformando una melodía mortal. El zumbido de las flechas caía desde los árboles como una lluvia negra. Esquivaba a duras penas las estocadas perdidas de los hombres. No distinguía muy bien a qué bando pertenecían. En aquel momento, todos me parecían iguales: sudorosos, tensos, violentos, y cubiertos de barro, acero y sangre.

De pronto, alguien me sujetó con firmeza de la muñeca, deteniéndome. Intenté zafarme, desesperada.

—¿Qué hacéis?

Era Percy, el guardia. Tenía la cara abierta por un arañazo y la sangre le manchaba el cuello.

—Deberías estar en el castillo, con Fern —jadeé.

—¡Y vos tenéis que dirigiros al interior del bosque! —replicó—. ¡Si vencemos, os matarán! ¡Lord Veyl ha dado la orden!

Lo miré, con los ojos desorbitados.

—¡Marchaos! —insistió. Se inclinó, arrancó una espada del cuerpo de un hombre caído y me la tendió con las manos temblorosas—. ¡Lleváosla y corred!

Me empujó con fuerza. Tropecé, casi cayendo sobre el cadáver, y salí tambaleándome.

A mi alrededor todo era confusión. Corría a ciegas, jadeante entre cuerpos y árboles. Los gritos se mezclaban en un murmullo ensordecedor.

Entonces lo vi, y me detuve en seco. Un poco más adelante, en un pequeño claro del bosque, se encontraba el Fantasma. Había desmontado de su caballo, que estaba a un par de metros, resollando y dando coces. Sus riendas se habían enredado con las ramas de uno de los árboles.

Erik estaba cercado por tres hombres con sus armaduras pintadas con camelias rojas. Se movía con la ferocidad de una bestia acorralada. Su espada describía arcos luminosos, rajando el aire, desviando golpes, abriendo grietas. Pero su cuerpo no resistía bien. Cada movimiento lo hacía encogerse de dolor. Las heridas mal curadas de la batalla anterior le estaban pasando factura.

Eran tres contra uno. Y ninguno de los tres pensaba dejarlo respirar.

Miré hacia la otra dirección, hacia donde había desaparecido Giry, hacia la promesa de mi familia esperándome.

Y luego miré de nuevo hacia él.

El corazón me golpeaba el pecho con tanta fuerza que me costaba respirar.

Debía tomar una decisión, pero mis pies ya se habían movido.

El Fantasma me vio aparecer tras uno de sus enemigos. Sus ojos, abiertos como heridas, se clavaron en los míos, desorbitados. Lo vi mover los labios, pero no escuché nada.

El hombre que tenía frente a mí siguió la dirección de su mirada, y se giró de golpe. Alzó el arma. La punta de su espada destelló bajo el sol frío de la mañana. Antes de que llegase a tocarme, el filo plano de mi hoja chocó contra su cabeza desnuda. El sonido metálico me sacudió los huesos, la vibración subió por mis brazos como un trueno.

El hombre cayó de lado, aturdido.

Los otros dos soldados se quedaron paralizados.

Eran jóvenes, apenas mayores que Kallias. Me miraban con horror, como si estuviesen viendo a un espectro.

—¡Nos envía vuestro hermano! —exclamó uno, mientras el otro

desviaba una estocada del Fantasma—. ¡No somos vuestros enemigos! ¡Queremos poneros a salvo!

Yo lo sabía. Lo sabía y, aun así, no podía moverme. Las manos me temblaban, pero no bajé la espada. Sentía los pies incrustados en el suelo, como si una estaca estuviese atravesándolos.

No pudieron insistirme más. Erik se movió rápido, arrebatándome la espada de las manos. Dio un giro brusco y hundió la hoja hasta el puño del arma, atravesando el cuello de los hombres a la vez.

Los dos cuerpos cayeron al barro.

Un grito escapó de mi garganta, tan agudo que me desgarró. Retrocedí un paso, pero algo se aferró a mis tobillos.

El hombre al que había golpeado antes me sujetaba con ambas manos. Su rostro era una máscara de sangre.

—Trai…dora —escupió—. Tu… hermano… sabrá de esto.

—Me parece que no —gruñó el Fantasma.

Antes de que me soltara, Erik arrancó su espada del cadáver de uno de los jóvenes y la enterró en la cabeza del soldado. El golpe provocó un crujido húmedo, mortal.

Yo seguía paralizada.

El Fantasma se volvió hacia mí, me sujetó del brazo y me arrastró hacia la espesura del bosque, donde los matorrales frondosos apagaban un poco el eco de la batalla.

—¿Qué estás haciendo? —siseó. Un punto rojo brillaba en sus pupilas—. A estas alturas, deberías estar cabalgando junto a tu hermana, a lomos de un caballo y en brazos de un valiente caballero, fuera de los terrenos de los Verlac. Por qué no has huido, ¿eh?

No supe qué responder. O tal vez sí, pero no tenía valor para decirlo.

Lo miré, muda, con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes qué hay aquí? —continuó, la voz quebrada. No sabía si se refería al Valle de los Cuatro Ríos, a los Verlac, a ese bosque, o a él mismo—. Muerte, Vienna. Solo muerte.

—No puedo irme —murmuré, apenas un hilo de voz.

Corté de una cuchillada aquel zarandeo triste y desesperado. Su expresión cambió. Sus pupilas se dilataron, negras y hondas.

No podía marcharme porque lo amaba.

Era así de absurdo, de cruel, de irremediable.

Lo amaba con todo lo que tenía de monstruo, de fantasma y de humano; con sus cicatrices deformando su cuerpo y sus canciones retorcidas, con la aspereza que lo acompañaba como si fuera su sombra, con su deseo y su mirada inescrutable, que lograba engullirte de un solo mordisco y no dejaba más que las entrañas, con la violencia que lo sostenía y la ternura que se negaba a mostrar.

Lo quería entero. Lo necesitaba tal y como era.

Y sí, tenía razón. Debía decidir. Pero no era capaz de hacerlo. No quería renunciar a ninguna de las dos opciones. No podía darle la espalda a mi familia, sangre de mi sangre; pero tampoco podía darle la espalda a él, quien me había sostenido desde que la primera llama se prendió en el Palacio de los Vientos.

—Lo sé.

Su voz me llegó áspera, ronca, demasiado cerca de mi oído y, al mismo tiempo, lejana. Se acercó a su caballo, tiró de las riendas y se subió de un salto. Guardó su mandoble y mi espada en el cinto. Después, se inclinó y sus dedos envolvieron mi brazo para hacerme subir.

—Vamos a buscar a tu maldita familia.

Habría dejado escapar una exclamación de sorpresa de estar menos aturdida. Me sujetó con fuerza de la cintura y clavó los talones en el lomo del animal.

—¿Y la batalla?

—Terminará tarde o temprano. Pero daremos un rodeo. No pienso toparme con ningún hombre, amigo o enemigo.

Asentí sin pensar. Una sonrisa torpe me cruzó los labios. El movimiento del caballo, el brazo del Fantasma rodeándome, el rumor de su respiración contra mi cuello… Por un instante, solo sentí tibieza y rendición.

—Gracias… —susurré.

—Las malas personas no merecemos gratitud —masculló él—. Y yo soy de las peores.

Su aliento, caliente y húmedo, me acarició la nuca. Me pareció que

soltaba una carcajada amarga.

—Pero, maldita seas… me obligas a no serlo.

Y después de eso, solo quedaron el trote del caballo, el bosque y la oscuridad.

33

El dolor que latía dentro de mi cabeza me obligó a abrir los ojos. Durante unos segundos permanecí quieta, respirando con cautela, dejando que mis pupilas tantearan el mundo que me rodeaba. A través del velo gris que cubría mi vista vi ramas altas, trenzadas, y troncos blancos tan juntos que parecían las columnas de un templo erigido a La Plateada. No caminaba, pero me movía en un balanceo lento, acompasado. El aire era frío, y el viento jugaba con mi cabello, seco y áspero.

—Buenos días, florecilla —susurró una voz grave a centímetros de mi oído.

El Fantasma me observaba de reojo, con los labios curvados en una sonrisa leve. De pronto, como una ola, regresaron los recuerdos: el Cruce Celestial, el abrazo de Giry, la batalla, el bosque, la sangre. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Horas? ¿Días?

—¿Dónde estamos? —mi voz sonó rota, como si me hubiesen lijado la garganta.

—A unas horas de Zéfiros, las tierras de lord Wynn —contestó sin mirarme—. En condiciones normales tardaríamos menos, pero he tenido que evitar los caminos. No quiero sorpresas. Los bosques son más seguros.

—Pero hay lobos… y osos.

—Los prefiero antes que a una horda de soldados —bufó, con ironía.

—Lord Wynn siempre ha sido fiel a mi familia —musité, casi para mí misma—. De no haber sido por la orden del rey, me habría alojado en su castillo después del incendio.

—Sí. El perro fiel del señor de Sombramar —gruñó el Fantasma—. Es allí donde tu hermano tiene a sus tropas escondidas.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté, con el ceño fruncido—. Ni siquiera yo…

—Hay muchas cosas que los humanos conocen y los faes no,

florecilla. Te sorprendería —contestó, con una media sonrisa, como si estuviera disfrutando de una broma privada.

—Dame un ejemplo, entonces.

—No puedo. Te matarían, y después acabarían conmigo.

Aunque sus palabras se extinguieron, sus ojos oscuros continuaron clavados en los míos. Le devolví la mirada, confusa, pero él terminó apartando la vista con un gruñido de frustración.

El camino era una herida entre raíces y maleza, apenas se distinguía bajo la sombra. Las ramas nos golpeaban al pasar, y el Fantasma las apartaba a sablazos, sin perder el paso. El caballo trotaba con dificultad sobre el terreno húmedo.

—Anochecerá dentro de poco —murmuré, mirando el cielo. Entre el enredo de las copas, el atardecer transformaba las nubes en brasas apagadas.

—No vamos a pasar la noche al raso. El caballo tiene su límite y necesitamos ropa nueva. Debemos pasar desapercibidos hasta encontrar el campamento de tu hermano —contestó él, mirando de soslayo el vestido ornamentado que asomaba bajo la capa de viaje —. Hay una taberna no muy lejos. Alquilan habitaciones.

—Yo… —carraspeé, avergonzada—. No tengo dinero.

—Lo sé. Pero yo sí.

—Te lo devolveré —le interrumpí antes de que él dijera nada más —. Cuando todo esto acabe.

—No digas tonterías.

Después de eso, el silencio se instaló entre nosotros. Largo, espeso, casi cómodo. No había nada más que decir. Su brazo seguía firme alrededor de mi cuerpo, sin apretar ni dejarme ir. A veces, cuando el camino se volvía traicionero y mi espalda se quejaba, me empujaba suavemente contra él.

Cuando el sol terminó por desaparecer y el aire empezó a arañarme la piel, el Fantasma azuzó al caballo hasta hacerlo galopar.

El bosque era una maraña de sombras, pero de pronto, tras un recodo, emergió un edificio pequeño, sucio y luminoso. Una taberna. Dos pisos de piedra y madera húmeda, techo de paja y ventanas diminutas. A un lado, había un pequeño establo en cuya puerta dormitaba un niño.

—Espera.

El Fantasma detuvo su caballo, bajó de un salto, y me ofreció su mano para que hiciera lo mismo. Cuando descendí, mi pecho quedó a un suspiro del suyo.

—Cúbrete las orejas. Que una fae viaje solo con un caballero llamaría la atención —dijo, en voz baja—. Y deberías recogerte el pelo. Las humanas…

Asentí. Ninguna humana llevaba el cabello tan largo como las faes y, ni mucho menos, suelto. Ellas lo tenían siempre bien sujeto, para que no les molestara en los quehaceres, en todo aquello que nosotros no hacíamos.

Él se arrancó el cordel que usaba para atar el cabello a su nuca y me lo ofreció. Y yo sentí cómo mis mejillas estallaban en llamas.

—No… no sé —mascullé. Él frunció el ceño y ladeó la cabeza—. No sé peinarme. Nunca lo he hecho.

—Entonces déjame a mí.

Me senté sobre un tronco caído con la espalda recta y el pulso inquieto, consciente de cada sonido del bosque que nos rodeaba. Las ventanas encendidas de la taberna asomaban entre los troncos, como llamas a punto de extinguirse.

Cuando sus manos se apoyaron en mis hombros, el contraste fue inmediato. Eran manos hechas para la guerra. Grandes, duras, encallecidas por la empuñadura de la espada, manchadas todavía de sangre y barro. Manos que sabían de golpes, de cuerpos caídos, de violencia. Y, sin embargo, el contacto fue tan cuidadoso que se me cerró la garganta.

Separó mi cabello con una lentitud casi reverente. Sus dedos se movían con una precisión inesperada, como si aquel gesto exigiera más atención que cualquier maniobra en combate. Cada vez que sus nudillos rozaban mi cuello, una corriente caliente me atravesaba de arriba abajo. Sentí cómo recogía todo mi pelo hacia atrás, dejando la nuca completamente expuesta, vulnerable al aire nocturno… y a él.

Empezó a tararear entre dientes aquella melodía hipnótica, la misma que me había conducido hasta él otras veces.

Noté el peso de su cuerpo más cerca, sin llegar a tocarme del todo. Su respiración rozó mi piel y me estremecí. Había sangre seca

bajo sus uñas y, sin embargo, cuando sus dedos volvieron a deslizarse entre los mechones, lo hicieron con una delicadeza casi insoportable. Como si temiera romperme. Como si supiera que, de alguna forma, ya lo estaba haciendo.

Comenzó a trenzar.

El cruce de cada mechón era lento, deliberado. Sus manos, acostumbradas a apretar, a herir, se movían ahora con una suavidad que me desarmaba. El cuidado con el que trabajaba mi pelo me dolía más que cualquier caricia. Cada roce accidental, cada presión mínima de sus dedos en mi cuello, era una promesa muda, una contención feroz.

Cuando terminó la trenza, me recogió el cabello en la nuca. Sus manos descendieron despacio, marcando el camino, y se detuvieron allí. Sentí su pulgar presionar justo bajo el nacimiento del cabello e inspiré el aire con un jadeo.

Durante un instante interminable, permaneció así. Sus manos quietas alrededor de mi cuello.

Mi cuerpo ardía.

Pero se apartó.

El frío regresó de golpe, y con él, una sensación de pérdida tan intensa que cerré mis manos en puños antes de ponerme en pie. Él me miraba, pero la noche había caído ya y las sombras habían engullido su rostro. Sin embargo, de golpe, se giró, recogió las riendas del caballo y echó a andar hacia el edificio que se avistaba a lo lejos.

Me apresuré a seguirle.

—¿Ocurre algo?

—Siempre me haces bajar la mirada, florecilla. *Siempre*. —Echó la vista hacia atrás y sus dientes blancos destellaron cuando me sonrió —. Pero no me hagas explicártelo.

El niño que dormitaba en la puerta de los establos salió corriendo en cuanto nos oyó. Tomó las riendas tras una reverencia torpe.

—Que esté listo al amanecer —le dijo el Fantasma, mientras le entregaba unas pocas monedas.

El muchacho se inclinó de nuevo y se llevó al caballo al interior del edificio.

La luz ardía tras las ventanas de la taberna, pero cuando Erik abrió la puerta, el bullicio que llegó fue suave. Alguna risa, el tintineo de jarras golpeando la madera, conversaciones.

—No te separes de mí —murmuró.

Yo asentí, aunque no podía hacerlo. Su mano seguía aferrada a mi brazo con la firmeza de un grillete.

Me cercioré de que el cabello oscuro me cubriera las orejas por completo y lo seguí hacia dentro.

Era un lugar pequeño, sucio y húmedo, con suelos abultados y medio podridos por tanta cerveza derramada. Olía dulce y agrio a la vez. Pero el color dorado que lo inundaba, la chimenea que ardía en un rincón, el poco interés que mostraron los humanos que ocupaban las mesas, todo aquello borró el frío que recorría mi cuerpo.

Nos abrimos paso hasta la barra, un tablón de madera empapado de alcohol y años. Tras ella, un humano enorme y sudoroso observaba con el ceño fruncido cómo una joven se alejaba temblorosa, con una bandeja repleta de comida humeante.

El estómago me rugió.

Se volvió hacia nosotros. Si vio algo en nuestro aspecto que llamó su atención, no le importó.

—¿Desean algo?

—Comer y dormir —contestó Erik, antes de colocar una bolsa de cuero en la mesa. El humano hizo amago de atraparla, pero el Fantasma la levantó, fuera de su alcance—. Quiero algo decente, no un nido de ratas. Cena abundante y ropa limpia para ambos.

El tabernero extendió los dedos hacia el dinero, aunque Erik lo mantuvo fuera de su alcance.

—Por supuesto, la habitación estará lista en…

—¿No tienes ojos en la cara? Somos dos.

—Oh, disculpad, disculpad. Pensé… —El humano balanceó la mirada entre ambos, mientras yo sentía un calor que me devoraba el estómago—. Sí, por supuesto. Dos habitaciones. ¿Algo más?

—Rapidez.

No supe si lo convenció el tintineo de las monedas o la forma en que la mano del Fantasma descansaba sobre la empuñadura de su espada, pero se movió de inmediato. Él mismo nos sirvió una

bandeja de carne sangrienta, patatas toscas y un brebaje que preferí no mirar demasiado.

Comí sin pensar. La carne estaba dura, casi cruda, pero mi cuerpo la engullía como si fuera lo primero que ingería en días.

El Fantasma, en cambio, comía despacio. Me observaba de entre bocado y bocado, con una calma inquietante. Fingí ignorarlo, aunque sus ojos me arañaban la piel.

El tabernero nos dedicaba vistazos de vez en cuando. Cuando le sostuve la mirada, simuló inspeccionar el techo. Al cabo de unos minutos, se acercó a nosotros, con una sonrisa tensa adornando sus labios.

—Las habitaciones está listas. Cuando terminéis…

—Ya hemos terminado —lo interrumpió el Fantasma, apartando el plato. Yo había arrasado con todo, pero él apenas había tocado nada.

El posadero asintió y nos hizo un gesto con la cabeza. Le seguimos por un pasillo estrecho, que olía a madera vieja y a vino rancio. Subimos por una escalera que crujía con cada paso, como si fuera a rendirse bajo nuestro peso.

—Esta es la de la dama. Es la mejor de la taberna. Puede que no esté muy caliente —añadió, empujando la puerta que crujió—. Pero es acogedora. —Se rio por lo bajo, señalando la cama con las sábanas mal puestas—. Ahí tenéis ropa limpia. La vuestra se encuentra al final del pasillo —añadió, observando a Erik de soslayo.

—Será suficiente —dijo el Fantasma, entrando sin mirar atrás.

—Bien. Os deseo entonces una noche tranquila. —El tabernero nos dedicó una última mirada, demasiado larga, antes de marcharse.

El sarcasmo flotó en el aire como un humo espeso y la puerta se cerró tras él con un golpe seco.

El silencio nos envolvió. Ni el fuego de la pequeña chimenea parecía atreverse a crepitar demasiado, solo el susurro de las brasas rompía el ambiente.

Me quedé inmóvil. Sentía el peso de la noche y el olor a hierro en mi ropa, sucia de barro, húmeda. El reflejo anaranjado del fuego bailaba sobre las paredes, sobre mis manos, sobre la armadura del humano que tenía junto a mí.

Entonces lo sentí.

La mano del Fantasma, áspera y firme, se posó sobre mi hombro. Sus dedos retorcieron la capa de viaje que me cubría y el aire se me atragantó de camino a los pulmones.

Me obligué a girarme. La garganta me ardía. Al mirarle, los ojos del Fantasma parecían dos pozos negros donde morían las palabras. Detrás de él, como una sombra que formase parte de sí, estaba la cama. Sólida. Real. Cargada de algo a lo que no podía ponerle palabras.

Tragué saliva. No había nada más que el fuego que ardía en el hogar, el latido en mi cuello y su respiración tan cerca que casi la podía sentir bajo la piel.

—Estamos solos —susurró, como una amenaza y una promesa al mismo tiempo.

El mundo se inclinó bajo mis pies. El corazón me golpeaba las costillas sin piedad, como si tuviera intención de astillarlas.

—Deberías quitarte ese vestido —añadió, sin separar los ojos de los míos. Aquellos pozos negros me hacían querer saltar—. Está húmedo.

Retrocedí un paso. Su mano quedó suspendida en el aire, entre los dos, sin decidirse a avanzar o a retirarse. Los brillos rojizos de las llamas se reflejaban en las pupilas y en su cuello, donde podía ver latir la yugular, lenta y profundamente.

—No hace falta… puedo dormir así —murmuré, arrastrando las palabras. Me escocía la garganta—. Te lo agradezco, sair, pero…

—¿*Sair*? —repitió, y la palabra sonó en su boca como un insulto—. No me hables así. Ya sabes lo que pienso de esas formas.

—Lo siento —balbuceé.

Las frases se escapaban antes de que pudiera filtrarlas. No podía pensar, casi no podía respirar. Había tenido que apartar la vista. Aquel maldito lecho vacío se burlaba de mí, me volvía demente.

—*Mírame*.

Intenté hacerlo, pero mis ojos se quedaron fijos en el suelo.

—¿Por qué no me miras? —insistió en voz baja, cansada—. ¿Tienes miedo?

No era miedo. Era algo distinto. Algo que ardía por dentro, una

mezcla imposible de vergüenza y curiosidad, de deseo y rechazo. Algo que no tenía nombre pero que lo envolvía todo, como el viento caliente antes de que estallase la tormenta.

—Joder —susurró, y la voz me recorrió la piel como una ráfaga—. No voy a tocarte, Vienna.

Su puño se cerró, duro, y pasó a mi lado sin rozarme. Abrió la puerta de golpe y salió, dejándola temblar tras él.

El portazo resonó en mi pecho como una campana rota.

34

Sabía que no lograría dormir, a pesar de que la nieve que había empezado a caer al otro lado de la ventana me empujaba hacia la cama.

Había necesitado que transcurriera una eternidad para rendirme a la evidencia.

La posada estaba en silencio, quizá demasiado, como si incluso la madera respirara. La chimenea ardía ya con llamas bajas, constantes, proyectando sombras que se estiraban y encogían por las paredes.

Ni siquiera me había cambiado de ropa. Seguía con el mismo vestido de terciopelo gris, lleno de pedrería, que Fern me había ayudado a ponerme unas horas atrás. De pronto, me apretaba demasiado.

Tragué saliva y miré de soslayo la puerta. Quería tocarla, empujarla, abrirla.

Quería abandonar mi dormitorio.

Me mordí los labios con demasiada fuerza y sacudí la cabeza. ¿A quién quería engañar? Había suplicado en silencio que solo quedase una habitación, que solo hubiese una cama para compartir. Pero no había recibido ninguna excusa, y ahora solo quedaba la cruda verdad flotando frente a mí, al alcance de mi mano.

De mí dependía tomarla o no.

Las madres faes no instruían a sus hijas sobre lo que ocurría entre las sábanas. Aquello era considerado un tema soez, propio de los humanos. Muchas recién casadas se paralizaban después de la boda, tumbadas sobre el lecho nupcial, sin saber qué hacer. Extrañamente, los varones nunca tenían dudas.

De no haber sido por Fern, que me contaba a escondidas con lujo de detalles sobre la vida nocturna de algunos de los criados y criadas de mi familia, ni siquiera habría sido capaz de identificar esa hambre que me devoraba hasta los huesos.

El aire escapó abruptamente de mis labios cuando me incorporé con lentitud de la cama. Hacía frío. El vaho escapaba de mi boca entreabierta y, aunque mi cuerpo se estremeció por un súbito escalofrío, era el calor el que me mordía.

El corazón me palpitaba en la cabeza, como si estuviese ebria de Sangre de Aurora.

Cuando abrí la puerta con suavidad, arrancando un ligero crujido, el suelo tembló bajo mis pies.

Recorrí la galería con calma, con solo mis pisadas haciendo eco en aquellas paredes húmedas. Nada más se oía. Era como si la propia taberna estuviese atenta al camino que estaba pisando. A su destino.

La mano no parecía pertenecerme cuando la levanté y golpeé con los nudillos la madera astillada.

No hizo falta llamar una segunda vez. La puerta se abrió y tras ella apareció el Fantasma.

Aún llevaba la armadura puesta, aunque por el resquicio pude ver sus armas apoyadas junto a la pequeña chimenea.

Sentía el pulso en la garganta, en el vientre, en las manos. Él se hizo a un lado y yo cerré la puerta a mi espalda. Después, me acerqué despacio, como si temiera que un movimiento brusco lo hiciera desaparecer.

Apoyé la palma en su pecho, sobre el metal frío.

La armadura estaba helada. El contraste con el calor de mi piel me provocó un estremecimiento.

Él no se movió. Sus ojos ni siquiera parpadeaban, apuñalando los míos.

—Deberías estar en la cama hace mucho —masculló, con la voz extrañamente ronca.

—No puedo dormir —contesté, con un hilo de voz. Las manos se me cerraron en puños, todavía apoyadas sobre el peto—. *No quiero* dormir.

Sentí cómo Erik tragaba saliva con dificultad. Vi cómo parte de su cuerpo quería alejarse, cómo en sus pupilas comenzaba a librarse una batalla a muerte. Sin embargo, no se movió.

—Sabes muy bien lo que ocurriría si te quedas aquí, florecilla. —

Sus labios se torcieron en una mueca casi burlona, pero la voz que escapó de su garganta sonó dolorida, amarga, casi triste.

Yo tampoco me aparté.

—No soy una flor —susurré.

El Fantasma separó los labios y, durante un instante, no dijo nada.

—*No* —dijo entonces con lentitud, paladeando aquella única sílaba, con una voz que parecía salida del mismo Abismo—. Eres la Dama Roja.

Empecé con los broches del cuello.

El metal cedió con un sonido bajo que me hizo estremecer. Retiré la primera pieza con cuidado y la dejé en el suelo. El aire pareció colarse entre nosotros de otra manera, más cálido, más denso.

Deslicé los dedos por cota de malla, mordida en algunos puntos por algún arma, y sentí cómo se tensaba bajo mi mano.

Continué con las hombreras. Una, después la otra. El peso desaparecía poco a poco y él daba la impresión de crecer en presencia cuanto más lo desvestía. Cada pieza que retiraba caía al suelo con un golpe sordo que marcaba el ritmo de algo lento, inevitable. Cada hebilla que se soltaba sonaba como una palabra no dicha.

Pasé a los brazales y a los antebrazos. Desaté las correas despacio, disfrutando de aquellos instantes que parecían eternos. La piel quedó al descubierto poco a poco. Marcada de cicatrices, pero fuerte, viva. Cuando mis dedos acariciaron su muñeca, noté cómo se le entrecortaba el aliento, un leve movimiento que me recorrió el cuerpo como una chispa.

Retiré el pesado peto y él exhaló con fuerza. El sonido me atravesó. Dejé el metal a un lado y le quité con cuidado la cota de malla. Apoyé las manos en su torso, sobre la camisa, sintiendo el latido firme bajo la palma.

Después, bajé.

Me arrodillé ante él sin apartar la mirada de su rostro. Sus ojos eran dos pozos oscuros que escondían demasiado, algo bueno y terrible.

La armadura de la cadera y los muslos estaba sujeta con correas firmes. Las desabroché con cuidado, una a una. Las piezas cayeron y

el aire frío rozó su piel.

Tenía los labios entreabiertos, las pupilas destellaban. Había visto muchas miradas así en las cacerías en las que había celebrado mi familia, durante el estío. La forma en la que los depredadores se deleitaban con sus presas antes de caer sobre ellas.

Temblaba con violencia, pero mis manos siguieron su camino. Más abajo.

Liberé las grebas despacio, recorriendo con los dedos la línea de sus piernas antes de retirar el metal. Cada pieza que caía dejaba más piel al descubierto, más cicatrices, más hematomas.

La fuerza de sus piernas, acostumbradas al combate, contrastaba con la quietud absoluta con la que se dejaba hacer.

Cuando terminé con la última greba, me mantuve un instante, paralizada, con las manos apoyadas en sus rodillas. Sentía la tensión contenida bajo la piel. La sangre hormigueando bajo mis palmas. Me incorporé despacio, volviendo a ponerme en pie frente a él.

Ya no quedaba armadura entre nosotros.

Solo su cuerpo, desnudo de protección, y mi respiración, más rápida de lo que estaba dispuesta a admitir. Solo la camisa y la ropa interior lo separaban ahora de mis manos, de mis dedos, de mi mirada.

Me acerqué hasta sentir el calor que desprendía, hasta que el espacio se volvió inexistente. Apoyé la frente contra y cerré los ojos un instante.

Él exhaló, y su aliento me golpeó en una bocanada dulce y caliente.

Sus labios me buscaron, pero yo me aparté.

No había terminado.

Esta vez él me ayudó alzando los brazos para que pudiera quitarle con cuidado la camisa.

Me quedé inmóvil, con la piel ardiendo y los ojos húmedos, mientras mis pupilas recorrían cada rincón de su cuerpo.

Sus cicatrices seguían allí, tal y como las recordaba. Profundas, deformando el torso, engullendo parte de la cadera. Se mezclaban con golpes nuevos, coloreados de un púrpura intenso.

Cuando lo había visto desnudo, habían sido dos los sentimientos

que me habían desollado por dentro. Sin embargo, en este caso, no hubo lugar para el horror, tampoco para la vergüenza.

El deseo, ese deseo insoportable que no había conocido hasta él, me mordió el vientre, el pecho. Casi me hizo gemir.

—No es la primera vez que me ves así —murmuró, casi divertido—. ¿A qué viene esa expresión?

Mis dedos, temblorosos, se deslizaron por su pecho desnudo y le acariciaron el costado, donde un par de cicatrices se hundían en las costillas.

—Pero es la primera vez que te veo, y puedo tocarte —musité, con una voz que no parecía mía.

Levanté la mano y, con lentitud, recorrí el borde de su clavícula con las yemas de los dedos, por sus hombros. Su piel se erizó, y sentí cómo algo ardiente me clavaba los dientes en el estómago.

No podía detenerme.

No quería hacerlo.

Necesitaba más.

Mis dedos recorrieron su pecho y, bajo su piel horadada, pude sentir su corazón, que latía casi tan descontrolado como el mío. Continué, aunque el temblor que me sacudía los brazos se extendió por el resto de mi cuerpo.

Oí cómo respiraba con esfuerzo cuando mis manos continuaron el camino, que se volvió de pronto sinuoso al acercarse a su abdomen. Su pecho se contrajo de repente y algo parecido a un jadeo escapó entre sus dientes. Todo su cuerpo estaba tirante bajo el roce de mis manos.

Un estremecimiento violento lo sacudió cuando mis dedos trémulos, inseguros, anhelantes, rozaron su pelvis.

El Fantasma atrapó mis manos de pronto.

—*No* —pronunció, en un susurro ahogado.

Sin añadir nada más, apoyó sus manos en mis hombros y me hizo girar. Y después, con una lentitud calculada, fue tirando poco a poco de aquellos cordones que parecían apresarme hasta el alma.

Con cada siseo del terciopelo al deslizarse por el ojal, con cada porción de piel que asomaba entre la tela, sentí que aquel incendio pulsátil crecía, me arañaba, trataba de colarse por mis poros.

El vestido quedó colgando de mis hombros estremecidos. El Fantasma se inclinó sobre mí y, con la caricia de sus labios, lo hizo resbalar.

La tela cayó a mis pies como un grito de liberación.

Solo me cubría una ligera camisola, tan fina, que el fuego de la chimenea dejaba entrever mi cuerpo trémulo a través de ella.

Los ojos de Erik resbalaron por mí, y me observaron de la misma forma en la que yo lo había hecho con él. Algo oscuro, pesado, que quemaba, devoraba poco a poco su mirada.

Acercó su rostro al mío y sus brazos me envolvieron por completo. Me unieron a él de forma que no quedó más que la tela blanca entre su cuerpo y el mío. Era ligera, pero parecía lija sobre mi piel.

Con cuidado, posó su mano en mi mejilla y recorrió con el pulgar la línea de mis labios, entreabriéndolos.

Había demasiado anhelo en aquel gesto, demasiado dolor.

No fue delicado cuando su boca cayó sobre la mía. Fue profundo y lento, como si necesitara comprobarlo todo con los labios. Mi respiración, la forma en que respondía, la manera en que el mundo parecía reducirse a ese punto exacto donde nos tocábamos. Sentí el beso descender por mi barbilla, por mi garganta, asentarse contra el borde de la tela, volverse más oscuro.

—Jamás he… —comencé, entre resuellos.

—Lo sé —me interrumpió, antes de separarse un instante de mí para hundirse en mis ojos—. Lo sé.

Los labios del Fantasma volvieron a buscar los míos, apenas un momento, antes de que sus manos se enredasen en torno a la tela de la camisola y comenzasen a alzarla.

Lo hizo despacio, y lo odié y lo amé por ello.

Una vergüenza violenta me encendió el rostro y aparté la vista, incapaz de devolverle la mirada. Pero él tomó mi barbilla con sus dedos y me obligó a girarme con suavidad para que lo encarara de nuevo.

El calor que me mareaba me dejó sin respiración cuando Erik me abrazó otra vez, con tanta fuerza que sentí cada esquirla de sus huesos contra los míos, cada hueco de sus cicatrices, cada palpitación de su ser.

Retrocedí, y la pared fría contra la que nos estrellamos se sacudió.

Me besó como si tratara de alcanzar mi propia alma, como si quisiera engullirme y no dejar ni un fragmento, como si yo fuera lo único que existía en el mundo.

No cerré los ojos. Necesitaba mirarlo, ver las sombras del deseo y del placer enroscarse en su expresión, volver sus mejillas más sonrojadas y su piel más estremecida.

Aun atrapada entre su boca, su cuerpo y la pared, deslicé una de mis manos por su costado, por la curva mordida de cicatrices de su muslo, por aquella fuerza palpitante que sentía sobre mi propia piel.

Sus dientes apresaron mi pecho cuando lo acaricié, insegura.

—No… —La voz brotó de mi garganta desgañitada, sin fuerzas—. No sé…

—No, Vienna —jadeó él, en algo parecido en un ruego—. *Sí sabes*.

Continué, trémula, sintiendo un poder que nunca había experimentado. Los ojos del Fantasma escupieron una súplica atroz, violenta como el deseo que me consumía, antes de que sus dedos volvieran a apresar mi muñeca y la levantaran sobre mi cabeza.

Me dejé guiar hasta la cama a pasos rápidos, casi torpes. El cuerpo me ardía, tenso, despierto de una forma que no conocía. Sentía miedo, sí. Pero no me detuvo. Era un miedo vivo, diferente.

Cuando el colchón me rozó la parte posterior de las rodillas, Erik me hizo sentarme en el borde mientras él se arrodillaba en el suelo, como si yo fuera su reina y él, mi más leal súbdito. Lo miré un instante, jadeante y confusa, antes de que su rostro se enterrara entre mis piernas.

Cerré los ojos y permití que las sensaciones me atravesaran. El roce de su lengua contra mi piel, la respiración compartida, el latido que se concentró en mi vientre y empezó a crecer.

No sabía qué hacer. No necesitaba saberlo.

Solo sentía.

En mitad de aquellas caricias delirantes, nuestras miradas se cruzaban. Apenas era consciente de si me ruborizaba, de si él sonreía. Todo estaba envuelto en una nube gris en la que yo solo podía retorcerme y suspirar.

El Fantasma me quemaba, me hacía arder por dentro y por fuera.

Gemí sin poder controlarlo, con los dedos aferrando con demasiada fuerza sus cabellos blancos.

El placer crecía, descontrolado, como una marea oscura que no pedía permiso. Cada vez que él me tocaba, algo en mi interior respondía con más intensidad, con más hambre. Mis piernas se aferraron a él, al calor de su cuerpo, a la solidez que me ofrecía.

Una ola de temblores me sepultó.

Me quedé sin aire, todavía sujeta a él con la sensación de haber cruzado algo irreversible.

Caí hacia atrás, y arrastré al Fantasma conmigo. Tenía el cabello pegado a las sienes por el sudor. Yo sentía decenas de gotas recorrer mi cuerpo, de la misma forma en que antes lo habían hecho las yemas de sus dedos.

Él trepó sobre mí y se inclinó sin aplastarme. Sus brazos me sostenían con una contención feroz. El mareo que me mecía con dulzura desapareció cuando sus manos volvieron a recorrer mi cuerpo. Con suavidad, como si estuvieran aprendiendo un idioma nuevo. Cada caricia era lenta, consciente, casi grave.

El hambre regresó a mí. Suplicante, dolorosa. Mis piernas envolvieron sus caderas mientras musitaba palabras sin sentido.

—Vienna… —lo oí jadear contra mi oído, dubitativo.

—Sí —lo interrumpí, antes de que pudiera decir nada más—. *Sí.*

Sus dedos, temblorosos, acariciaron un instante la parte interna de mi pierna antes de apartarla con suavidad. Su rostro se inclinó sobre el mío. Las puntas blancas de sus cabellos me acariciaron las mejillas. Las pupilas dilatadas, tan llenas de necesidad, de voracidad, de anhelo, no se separaron de las mías mientras se abría camino en mi interior.

Un rayo de dolor me atravesó el vientre y me tensé entre sus brazos. Erik lo sintió y se detuvo al instante. Sus labios trémulos se movieron para preguntar, pero no permití que escapase ni una palabra de ellos.

Me alcé sobre los codos y uní de nuevo mi boca a la suya. La acaricié, la mordí con ternura, antes de que nuestras lenguas se enzarzaran en otra batalla que jamás tendría final.

Cuando me arqueé contra él, Erik dejó escapar un gemido, bajo, y

se balanceó con suavidad.

Mis músculos volvieron a tensarse, pero el dolor fue más sordo, más lejano, y una sensación nueva empezó a empaparme poco a poco, mientras aquellos balanceos crecían, me sepultaban, me arrastraban hacia una oscuridad de la que nunca podría regresar.

Cada movimiento era una pregunta y una respuesta al mismo tiempo, un aprender compartido. Me sentí abierta, vulnerable, y extrañamente a salvo.

Los suspiros, los jadeos, se mezclaron con el fuego que resoplaba en la chimenea.

No había palabras para aquella canción extraña que comenzaban a entonar nuestras gargantas. Cada vez más rota, más urgente, más elevada.

Me aferré a Erik, con la misma fuerza que si estuviera pendiendo sobre un abismo y sus manos fueran lo único que podía sostenerme. Tenía las uñas enterradas en su espalda, en sus cicatrices.

Cada balanceo parecía acercarme un poco más a un borde que no sabía nombrar, pero que reconocí cuando lo sentí bajo la piel.

Su voz se rompió cuando pronunció mi nombre. Un gemido alto, entrecortado, ronco, que me aferró con manos invisibles y me sumergió en aquella marea viva que me ahogó durante demasiado tiempo, que me llevó a un mundo donde solo existíamos él y yo, y canciones compuestas a base de suspiros.

Apenas fui consciente de lo que sucedió después, más allá del sudor que pegaba nuestros cabellos a la frente del otro, de los vaivenes violentos de nuestros pechos, del aire que entraba en los pulmones y no parecía suficiente.

El tiempo dejó de tener sentido mientras permanecimos abrazados, piel contra piel. Los brazos del Fantasma me envolvieron entre caricias, firmes y suaves, como el tacto de la seda y el acero. Yo no me moví. Me quedé apoyada en su pecho, respirando contra su cuello y con el pulso aún desordenado.

—Cierra los ojos —susurró. Su voz me acarició como sus dedos—. Necesitas dormir.

Tragué saliva. Su corazón empezaba a calmarse, pero el mío seguía desbocado. Todavía sentía demasiado sus manos sobre mi espalda,

la respiración cálida en mi nuca, sus piernas enredadas con las mías.

—No creo que pueda —alcancé a decir.

—Por favor.

Levanté ligeramente la barbilla para mirarle a los ojos. Me observaba con el ceño ligeramente fruncido, aunque sus labios estaban torcidos en aquella media sonrisa que conocía tan bien.

—Jamás pensé que escucharía al Fantasma suplicar.

Su sonrisa se pronunció.

—Tú eres un buen motivo por el que hacerlo.

Mis labios se separaron, pero él no me dio la oportunidad de responder. Sus brazos me estrecharon con más fuerza y clavó su boca junto a mi oído. De pronto, comenzó a tararear.

La melodía me atravesó. Era la misma que Giry murmuraba entre sus delirios. Aquella canción sin palabras, dulce y rota, que parecía venir de otro mundo.

Sonaba a pérdida, a mares oscuros, a promesa incumplida.

Hay quien cree que se trata de la historia de amor de una fae y un humano que murió, el recuerdo de la voz de Nissa sonó como un eco oscuro en mi cabeza. «Parece una historia triste», le había contestado yo.

Ella me había sonreído.

«Las más bellas siempre lo son».

No me moví. Me quedé abrazada a él, dejando que el sonido me envolviera.

Lo último que sentí fueron sus labios rozando mi piel, apenas un susurro, mientras seguía tarareando aquella canción que parecía no tener final.

«Y están destinadas al fracaso».

35

Un escalofrío me despertó, cortante como una hoja. Me moví sobre la cama, buscando sin éxito un rincón tibio. Pero, de pronto, unas manos me cubrieron con una manta áspera.

—Buenos días, florecilla.

Abrí los ojos. La habitación aún estaba sumida en la penumbra. En la chimenea quedaban solo brasas moribundas, un resplandor anaranjado que respiraba a intervalos. El Fantasma era una sombra frente al fuego. Ya se había vestido con la ropa que le había proporcionado el tabernero el día anterior. Era un atuendo de campesino, pero él no lo parecía con aquella monstruosa espada colgando de su cinturón y su cabello blanco y suelto, salvaje, tocando sus mejillas.

Con un estremecimiento, recordé cómo mis dedos lo habían acariciado de madrugada.

—Aún no ha amanecido —dijo en voz baja—, pero tenemos que salir antes de que lo haga. —Miró hacia la ventana. Entre las rendijas de madera podrida se filtraba una claridad casi fantasmal. La nieve de la noche anterior había cuajado—. Vístete mientras bajo a encargar algo de comer.

Asentí. Él hizo amago de volverse, pero sus pupilas se quedaron atascadas en mis hombros desnudos, que asomaban por la manta andrajosa. Cerró los ojos un instante y tragó saliva, antes de dirigirse hacia la puerta y cerrarla tras de sí con un golpe seco.

Me quedé sola. La habitación olía a fuego y a sueño. La cama, revuelta, aún conservaba el calor de su cuerpo. Me quedé mirándola durante un instante demasiado largo. No quería marcharme. No todavía.

Erik había traído el vestido que el tabernero me había dejado la noche anterior. Una de las mangas estaba deshilachada, el borde de la falda debía haberse rasgado hacía mucho y el color bermellón se había borrado hasta volverse un rosa muerto. Pero servía. Me vestí

rápido y me puse la capa de viaje. Estaba endurecida por el barro y manchada de sangre seca, pero al menos era gruesa y me protegería del frío.

Me pasé los dedos por el cabello. Las manos de Erik habían deshecho de madrugada todos los nudos de mi cuerpo, pero mi pelo seguía trenzado. No deshice el peinado, acaricié los mechones firmemente entrelazados hasta que vi la espada. La misma que Percy me había entregado el día anterior. El Fantasma no se la había llevado. Se encontraba apoyada junto a la puerta, limpia, envainada, sujeta a un cinto de cuero que él había debido conseguir para mí.

Parecía que me esperaba.

Sonreí sin querer.

Me la sujeté a la cintura, teniendo cuidado en ocultarla bajo la capa.

Cuando bajé las escaleras, la taberna seguía sumida en penumbras y en silencio. Solo estaban el Fantasma y el tabernero, cada uno en su mundo. El hombre canturreaba entre dientes tras el mostrador; Erik, sentado, parecía una estatua con los dedos crispados alrededor de una jarra.

Sus ojos perdieron parte de su oscuridad cuando me vieron acercarme.

El desayuno humeaba sobre la mesa. Pan recién horneado, caldo tibio y carne reseca. Comimos en silencio, bajo la mirada del tabernero, que de vez en cuando iba acompañada de una risita que ambos ignoramos. Ninguno de los dos hablamos. El Fantasma mantenía la vista fija en la pared, sin apenas parpadear. Parecía encontrarse muy lejos de allí.

Cuando terminamos, nos despedimos del humano con una mínima inclinación que él nos devolvió a medias. Sus ojos nos siguieron hasta que la puerta de aquel edificio húmedo y decrépito se cerró a nuestra espalda.

El amanecer nos recibió con una luz frágil. El aire dolía al atravesar la garganta y la nieve crujía bajo nuestras botas. No me gustó verme rodeada de tanto blanco. Me recordó a la pureza de los lirios del valle, y todo lo que significaban.

Junto a un árbol esperaba su caballo blanco, ya ensillado,

resoplando. El niño que lo sostenía parecía un espectro medio dormido, con los ojos hinchados y las manos heladas. El Fantasma le dio una moneda que relució un instante antes de desaparecer entre sus dedos.

Subió al caballo con facilidad y me tendió la mano para ayudarme a montar.

—Agárrate —me susurró, volviendo el rostro. Sus labios se movieron a una caricia de los míos, mientras tomaba mis manos y las llevaba a su cintura.

El caballo partió con un golpe seco de talones. Al poco, el trote se volvió galope, y el paisaje se transformó en un borrón níveo. Seguimos avanzando por el bosque nevado, sin camino, mientras los árboles empezaban a clarear con la luz.

Después de horas, cuando nos encontrábamos cerca del mediodía, el Fantasma redujo el paso. El caballo protestó, inquieto, al internarse aún más en la espesura. El bosque se cerró sobre nosotros con su hálito húmedo, en un laberinto de ramas y troncos.

—Florecilla —dijo de pronto, mientras el aire se volvía más denso —. A menos de cuatro kilómetros hay una posada. La conocen como El Buen Caballero.

Erik calló durante unos instantes. Apretó las riendas y el caballo siguió avanzando entre los árboles. Se detuvo en un pequeño claro y, sin separar los labios, desenvainó su espada. El acero, enorme y gastado, reflejó un destello pálido antes de clavarse en el tronco más cercano. Con un solo golpe, dibujó una cruz profunda sobre la corteza.

—Desde aquí, sigue hacia el oeste. No te desvíes. Si mantienes el paso, no tardarás demasiado en llegar.

—¿Por qué me dices eso? —pregunté, frunciendo el ceño de pronto.

—Porque se encuentra en el límite de Zéfiros, las tierras de lord Wynn —respondió, sin mirarme—. El Valle de los Cuatro Ríos comienza en apenas unos kilómetros, pero creo que allí estarás a salvo.

—¿A salvo? —repetí, cada vez más confundida.

Erik me miró por encima del hombro. Sus ojos negros me

parecieron tan opacos como una noche sin estrellas. No había emoción en su rostro.

—Estamos cerca del campamento de tu hermano —dijo—. Si algo sale mal, si aparecen soldados de los Verlac, si me pierdes de vista… *huye*. Busca la posada. Mi padre es el dueño. Dile que vas de mi parte. Si duda, tararéale esa canción que siempre me oyes cantar. Lo entenderá.

—¿Qué estás diciendo? —susurré, con un nudo en el estómago. Mis dedos le apretaron los costados—. No ocurrirá nada. Me has traído hasta aquí. Soy la hermana de Kallias. Nadie se atreverá a tocarnos.

Él no contestó. Tiró de las riendas y detuvo el caballo. La tensión en su espalda era un hilo a punto de romperse. Alzó la cabeza, oteando entre los árboles, con los músculos de su cuello marcados bajo la piel, y bajó de un salto.

—Ven.

Podía hacerlo sola, pero dejé que sus manos me sujetaran la cintura y me bajaran suavemente del caballo. Cuando mis pies tocaron el suelo, lo hice a un suspiro de su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —pregunté, con un murmullo.

No respondió. Avanzó un paso más. Mi pecho acarició su torso. Su expresión seguía siendo indescifrable. Tenía los labios apretados y sus ojos ardían.

Me estremecí.

Se cernió sobre mí. Sus manos me aferraron los brazos y me empujaron contra el tronco más cercano. El golpe me arrancó el aire. Separé los labios y su boca cayó sobre la mía.

El beso no fue una caricia. Fue un asalto, una batalla. La fuerza de su cuerpo me inmovilizó, su aliento se mezcló con el mío hasta robármelo. Me besó como si le fuera la vida en ello, como si quisiera marcarse a fuego mis labios, mis dientes, mi lengua, en su piel. Como si su hambre no se hubiera saciado la noche anterior. Como si fuera imposible que llegara a hacerlo.

Sus manos treparon hasta mi nuca. Los dedos se introdujeron entre los mechones trenzados, temblando, deshaciéndolos con el mismo cuidado con el que los había peinado. Con cada cabello que

caía libre por mi espalda, yo sentía que me desnudaba una y otra vez, a pesar de que el vestido seguía sobre mi piel.

Una voz rugió en mi interior. Deseaba que me lo arrancara a dentelladas.

Respondí entre jadeos. Su boca no buscaba ternura, buscaba olvido. Abrí los labios con un gemido bajo que se perdió entre ambos. El contacto se volvió húmedo, insistente. Sentí el sabor de su boca, el calor espeso de su aliento, la forma en que su respiración se volvía irregular contra mis labios.

Las manos del Fantasma treparon por mi vestido. Sus dedos se cerraron con firmeza sobre la tela, anclándome a él hasta que no quedó espacio entre nuestros cuerpos.

Erik ladeó la cabeza, profundizando el contacto. Nuestras lenguas se encontraron de nuevo, rozándose una y otra vez en un vaivén lento y devastador.

Deslicé una mano por su cuello. Noté la tensión bajo la piel, la dureza de los músculos. Mis dedos se enredaron en su cabello y tiré de ellos con suavidad. Él inhaló con fuerza y me apretó más entre su cuerpo y el tronco que se enterraba en mis huesos.

Por un instante, el mundo se redujo a labios, manos y respiraciones desordenadas. Cada roce dejaba una estela caliente que tardaba en desaparecer.

Cuando el Fantasma se apartó, lo hizo bruscamente, como si el contacto de pronto lo quemara.

Retrocedió dos pasos. Su pecho subía y bajaba, descontrolado. El cabello caía salvaje sobre su rostro, cubriendo a medias sus labios hinchados.

Lo miré. Él me devolvió la mirada. No entendía nada. El silencio del bosque era insoportable.

Erik volvió a acercarse, pero esta vez fue distinto.

Sus dedos rozaron mi mejilla y el beso que siguió fue otro. Lento, hondo, casi frágil.

Sus labios se movieron despacio, con una dulzura que desarmaba, con una entrega que hacía daño.

Jamás podría haber imaginado que una boca pudiera acariciar así. Ni que el mismo humano que me había arrancado el aire fuera

capaz, un instante después, de devolvérmelo tan despacio.

—Eres la protagonista de mi canción —susurró de pronto. Su voz sonaba rota, como si le doliera hablar—. Siempre lo fuiste. Incluso antes de que me diera cuenta.

No fui capaz de responder, el temblor que me recorría me lo impidió.

Un mechón se deslizó sobre mis ojos y él lo apartó con delicadeza.

Entonces sonrió. No con aquella mueca de siempre, sarcástica y cruel. No. Sonrió de verdad, con un gesto que le suavizó el rostro, que le devolvió algo humano, casi puro.

Apenas duró un momento.

Las sombras regresaron. Su mirada se endureció, la mandíbula se le tensó. Se giró de golpe y me empujó con violencia hacia atrás.

Un siseo rasgó el aire helado.

Y, un instante después, hizo eco en mis oídos un grito.

El tiempo se contrajo. Vi cómo se desplomaba. Hundió las rodillas en la nieve, con el cuerpo encogido. Una flecha brotaba de su espalda, entre el hombro y el cuello. La sangre, roja y espesa, manchó sus ropas de campesino.

—¡Erik! —aullé, abalanzándome sobre él.

El bosque pareció estallar a mi alrededor. Ramas que se sacudían, voces, cascos. Desenvainé la espada, temblando, y di un paso al frente, lista para cubrirlo. Pero no llegué a dar otro.

Un tirón brutal me arrancó del suelo. La tela de mi vestido se me clavó en el cuello, impidiéndome respirar. Tosí, pataleando, hasta que comprendí que me estaban levantando.

—Mi señora, ¡tranquilizaos! —rugió una voz detrás de mí. Sentí un brazo de hierro rodearme la cintura—. Soy lord Wynn. ¿Me recordáis? No os resistáis. No os haré daño.

Mentira.

De nada servía revolverme. Apreté los dientes con una ira descontrolada y me volví todo lo que pude, intentando otear por encima del fae que me sujetaba. Tras él, pude ver al Fantasma sobre la nieve embarrada, de rodillas. Rodeándolo, había una decena de hombres a caballo que lo apuntaban con sus armas. Uno de ellos le golpeó la cabeza con la empuñadura de la espada.

—¡Alto! ¡No lo matéis! ¡Por favor! —supliqué, aferrando la muñeca de lord Wynn—. ¡Él me ha traído hasta aquí! ¡Me ha salvado la vida!

El fae me observó desde dentro del yelmo. No le veía el rostro, solo los ojos, fríos como el acero. Dudó. Un instante. Dos. Una eternidad.

Después alzó la voz.

—¡Quietos! —ordenó—. Lo quiero vivo. Atadlo a un caballo. Si es capaz de llegar en pie al campamento, se ganará un día más de vida y un interrogatorio.

El Fantasma no se resistió. No pronunció ni una palabra. Tras los mechones blancos de su cabello podía ver la sangre resbalando por su rostro.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos. Vi cómo lo arrastraban, cómo le ataban las manos con una cuerda gruesa, cómo la fijaban al estribo de lord Wynn.

Cuando nos pusimos en movimiento, levantó su rostro ensangrentado y sonrió. Una sonrisa rota, amarga.

Movió los labios, sin pronunciar sonido. Sin embargo, entendí lo que decían.

No llores, florecilla.

—Sabías que esto iba a ocurrir —murmuré, con un hilo de voz.

Jamás su sonrisa me había hecho tanto daño.



SEXTA PARTE

Ascuas

Por eso lo quemaron.
Por eso lo prohibieron.
Por eso solo sobrevive incompleto.

Porque si alguien leyera este poema entero,
los faes recordarían
que no nacieron para obedecer,
los Inmortales descubrirían
que no son invencibles,
y los humanos dejarían de arrodillarse.

Fragmento de una canción popular humana, hallada tras la conquista fae.
No se ha conservado completa

36

Lord Wynn me hablaba con suavidad, como si intentase apaciguar a un animal herido.

Su voz era medida, educada, pero no lograba atravesar la costra de hielo que se me había formado por dentro. Yo respondía con monosílabos vacíos, con la mirada fija en el sendero nevado que se abría ante nosotros.

Cada piedra, cada curva, cada raíz. Lo memorizaba todo. Instintivamente sabía que el camino sería importante, que lo volvería a recorrer, viva o muerta.

Cuando él se distraía, desviaba los ojos hacia atrás. El Fantasma avanzaba entre los caballos, atado, tambaleante. El sudor y la sangre le pegaban el cabello a la frente, ocultándole la mitad del rostro. No podía hablarle, no podía hacer nada salvo mirar. Cada vez que lord Wynn giraba un poco la cabeza yo fingía observar el horizonte, tragándome la rabia y el miedo. No me escucharía. Nadie lo haría hasta que me encontrase frente a mi hermano Kallias.

Yo no podía enfrentarme sola a una decena de soldados y a un lord fae.

Tardamos una eternidad en llegar.

El campamento se alzaba al fondo del bosque como una fortaleza improvisada. Una empalizada de troncos afilados y metal oxidado, que conformaba un muro tosco pero imponente. Más allá, un enjambre de tiendas ondeaba bajo el viento. Hombres y antorchas, gritos y acero. Un ejército que parecía respirar.

No había visto tantos soldados desde la última revuelta humana, cuando los estandartes repletos de camelias y mares embravecidos habían cubierto los patios y los muros del Palacio de los Vientos. La misma revuelta en la que Erik había perdido a parte de su familia y mi padre le había destrozado el cuerpo.

Al traspasar la entrada, los guardias se acercaron a nosotros. Eran muchos, todos con las insignias de mi casa bordadas en las capas.

Lord Wynn desmontó con elegancia. Me ofreció la mano para ayudarme a bajar, pero yo descendí de un salto. Me dedicó una mirada ceñuda antes de volverse hacia el humano más cercano.

Cojeaba, seguramente por culpa de la herida que yo le había infligido el día anterior.

—Avisa a lord Kallias de que su hermana ha regresado —ordenó con un gesto de la cabeza. Luego, señalando hacia atrás, añadió—: Y decidle que traemos a un prisionero.

El soldado observó al Fantasma con desdén.

—¿Y qué hacemos mientras con él? —preguntó.

Erik apenas se movió. Su cuerpo osciló, pero consiguió mantenerse en pie.

—Apartadlo de mi vista —dijo lord Wynn, sin alterar el tono—. Pero no lo encerréis con los demás. Lord Kallias querrá interrogarlo personalmente.

—A la Tienda Negra, entonces —respondió el soldado.

Lo arrastraron entre varios. Las risas de algunos parecían flotar sobre la nieve. El Fantasma no me miró, y aquello me dolió más que cualquier golpe.

—Lady Vienna. —Lord Wynn se había quitado el casco. El cabello gris, pulcro, le enmarcaba un rostro severo; sus orejas puntiagudas resaltaban en él. Los ojos, de un azul helado, parecían medir cada uno de mis gestos—. No sabéis cuánto he lamentado todo este tiempo no haber insistido en la invitación que os ofrecí aquel día, en vuestro hogar, en cómo debí perseverar ante el rey para que comprendiera que conmigo estaríais más segura. Por El Radiante, no podéis imaginar cuánto hemos luchado por traeros de vuelta.

Se inclinó y besó mi mano. Yo seguía inmóvil. Su cortesía me resultaba más insoportable que la crueldad con la que había tratado al Fantasma.

—Estoy seguro de que deseáis ver a vuestro hermano —prosiguió, con un deje casi paternal—. Vuestra madre está en mi castillo, junto a mi esposa y a vuestra hermana pequeña. Pero pasa las jornadas aquí, ayudando en lo que puede mientras las doncellas cuidan de lady Giry.

El recuerdo de mi hermana me desgarró un poco la garganta.

—¿Giry? —susurré—. ¿Cómo está?

Mi voz se quebró antes de terminar la frase.

Lord Wynn echó a andar con pasos lentos.

—Pasó unos momentos… *difíciles* —contestó sin mirarme—, pero se calmó al ver a vuestra madre.

Asentí. Me dolía imaginar las lágrimas corriendo por el rostro destrozado de Giry, la expresión de mi madre al descubrir lo que el fuego y los Verlac habían hecho con su hija pequeña.

—Esa es la tienda, lady Vienna—me indicó lord Wynn, señalando con la barbilla hacia delante.

Una enorme carpa roja se alzaba entre las demás, reluciente bajo el frío sol de invierno, flanqueada por los estandartes y blasones de dos familias: la nuestra y la suya, con un clavel gris bocabajo sobre el fondo verde.

Me detuve unos pasos antes de llegar, con el corazón golpeándome en la garganta.

Lord Wynn me tomó del brazo y me condujo hasta el umbral.

En cuanto crucé el velo de la entrada, dos humanos con armadura se interpusieron ante mí, erguidos y silenciosos. Sus manos no alcanzaban las empuñaduras, pero la tensión en sus brazos bastaba para advertirlo.

—Dejadla pasar —ordenó una voz familiar—. Y marchaos.

La reconocí antes de ver a quién pertenecía.

—¿Vienna?

Los guardias se apartaron, y al otro lado, entre la penumbra, vi tres siluetas.

Mi madre fue la primera en moverse.

Corrí hacia ella, torpe, sin pensar. Me estrechó con fuerza contra su pecho, aunque yo era casi tan alta como ella. Bajo mis brazos, me pareció que temblaba.

—Vienna, Vienna… —susurró contra mi cuello—. Mi Vienna.

—Dejad que respire, madre.

Escuché la risa sonora de Kallias antes de que me arrancara de los brazos de ella y me envolviese en los suyos, levantándome los pies del suelo y haciéndome girar junto a él. Su cuerpo me pareció más robusto, la barba había poblado su mandíbula y su mirada se había

endurecido. Había envejecido en lunas lo que otros en años. No llevaba la armadura puesta, aunque sí el peto bruñido y la gorguera.

Alguien carraspeó a mi izquierda. Me volví, enfrentando con mirada vacilante los ojos de Raen. Vestía como mi hermano y, en el metal pálido, relucía mi reflejo, el de alguien que apenas se reconocía.

—Vienna. —Se adelantó, y antes de que pudiese reaccionar, me besó la mano, apretándomela con demasiada fuerza, quizá—. No puedo creer que estés aquí.

No había rencor en su expresión. Puede que sus ojos no brillaran tanto como lo hacían en Sombramar cuando nos cruzábamos en sus galerías; su sonrisa tampoco era tan amplia, pero no había mentira en la forma en que me miraba. Todavía me apreciaba. Aún me quería.

—Yo tampoco —respondí con una sonrisa trémula.

Mi madre volvió a colocarme de frente. Sus manos, firmes, me recorrieron los hombros y el rostro con un gesto entre ternura y furia contenida.

—¿Estás bien? —preguntó, buscando con los ojos cada herida, cada rasguño—. ¿Te han hecho daño esos bastardos?

Negué con la cabeza.

—Salí del incendio antes de que llegaran las llamas. Estoy bien, de verdad.

Ella suspiró, un sonido entre alivio y agotamiento, y por un momento pareció una anciana.

Yo, sin embargo, solo podía pensar en lo que había dejado fuera de aquella tienda.

En el humano encadenado, herido, arrastrado como una bestia. Y en el eco de su voz, todavía resonando en mi cabeza: *No llores, florecilla.*

Mi madre y mi hermano me contemplaban como si yo fuera un prodigio absurdo: la fae que había vuelto de entre las llamas. *La Dama Roja*, murmuró la voz de Nissa en mi mente. Sus ojos buscaban con avidez en mi rostro algo que no parecían encontrar.

—Necesitas descansar —dijo mi madre, tocándome la mejilla como si pudiera remendar lo que los Verlac habían roto—. Ordenaré una escolta al castillo de lord Wynn. Allí nos reuniremos con tu hermana

y nos olvidaremos de esta espantosa pesadilla.

No pude evitar dar un paso atrás, alejándome de sus dedos anhelantes. No podía marcharme sin más del campamento, dejando al Fantasma en sus manos. Para ellos, era el enemigo, y estaba segura de que, sin mi intervención, lo matarían tarde o temprano.

—Estoy muy cansada para cabalgar de nuevo. Me gustaría pasar la noche aquí —dije, con un tono débil e inocente—. Y disfrutar de vuestra compañía antes… antes de que esta situación empeore.

Mi madre intercambió una mirada con mi hermano y él asintió, esbozando una amplia sonrisa. Ella, por el contrario, solo elevó las comisuras de su boca mínimamente.

Raen se mantuvo un paso por detrás, observándome con el ceño fruncido.

—Nos encantará tenerte con nosotros —afirmó mi hermano, colocando sus manos sobre mis hombros—. Te sentirás como en casa, rodeada de tantos caballeros.

—¿Por qué lo dices?

—Nos han llegado unos extraños rumores sobre una Daaé que maneja la espada tan bien como un soldado —contestó con burla, antes de soltar una larga carcajada.

Sonreí a medias, aunque sus risas me astillaron las costillas.

—Una tontería, sin duda alguna —añadió de inmediato mi madre, sacudiendo la cabeza con hastío—. Rumores de esos malditos Verlac para difamarte.

Me apresuré a asentir, aunque mi cuerpo se volvió de piedra al notar la mirada de Raen puesta en mí. Me pregunté qué otras habladurías habrían llegado hasta el campamento y qué cosas no les habría contado mi amigo.

Si es que podía seguir llamándolo así. Todavía no estaba segura.

—Sea cierto o no, portas una buena espada en el cinto —observó Kallias, arqueando una ceja.

Me llevé las manos a la vaina del arma; traer conmigo una espada había sido algo tan habitual últimamente, que me había olvidado por completo de ella. Sin embargo, y a juzgar por la forma en la que me miraban, parecían encontrarme, cuanto menos, ridícula y fuera de lugar.

—No sabía si tendría que utilizarla —me disculpé, antes de que mi madre entreabriese los labios—. Ha sido un viaje peligroso.

—Sería mejor que no tocases objetos como ese. Una espada es peligrosa para las damas faes —dijo ella, observando la empuñadura con el ceño fruncido.

Asentí y me desabroché el cinto. Raen se acercó a mí y lo sostuvo entre sus manos, mirándome con una ambigüedad que no pude descifrar.

Antes de que pudiera desentrañar la verdad de aquellas pupilas que conocía tan bien, la tela de la tienda se abrió y apareció lord Wynn, arrastrando la pierna herida. Clavó sus ojos en los de mi hermano, sin reparar en los demás.

—Sé que no es buen momento, pero deberíais venir conmigo, mi señor.

—¿Qué ocurre?

—Se trata del humano que la acompañaba. Es uno de los caballeros de los Verlac.

—¿Y por qué sigue con vida? —bufó Kallias, sacudiendo la cabeza con enfado—. Si no queréis matarlo, metedlo en una jaula y dejará de estorbar.

Lord Wynn me lanzó una mirada de soslayo y carraspeó levemente.

—Vuestra hermana dijo que la había ayudado a escapar. Prometí que si seguía en pie cuando llegase al campamento, tendría un día de vida más y un interrogatorio.

Mi hermano se paseó por la tienda, con los brazos cruzados y el ceño fieramente fruncido. Raen lo seguía con la mirada, mientras mi madre no despegaba los ojos de mí. No pude evitar removerme, incómoda.

—¿De quién diablos se trata? —preguntó por fin, deteniéndose con brusquedad—. ¿A qué muchacho lo suficientemente tonto como para rebelarse contra sus señores convenciste para que te ayudara, Vienna?

—Temo decir que no se trata de ningún chico —contestó lord Wynn —. Su nombre es sair Erik. Estuvo presente aquel día en el Palacio de los Vientos, cuando el incendio estalló.

Raen se volvió con brusquedad hacia mí, con los ojos muy abiertos y los labios apretados. Mi hermano, a su lado, esbozó una mueca y lo miró de medio lado.

—¿Sair Erik? ¿El humano que tenía pelo de anciano? —musitó, sorprendido—. Tenía entendido que era uno de los mejores caballeros de los Verlac.

—Y lo es —afirmó lord Wynn con rotundidad—. Podría ser un rehén útil.

—Arriesgó su vida para traerme aquí, sana y salva —intervine. La atención de todos me apuñaló—. No tendría por qué ser tratado como un prisionero.

—Vienna, no sabes lo que dices —dijo mi hermano, con falsa suavidad—. Él estuvo aquel día en nuestro hogar. Actuó bajo las órdenes de los Verlac. Es tan culpable como el resto.

—Antes de que lo atrapáramos, vimos cómo os forzaba, mi señora. Solo por eso deberíamos arrancarle las manos —intervino de pronto lord Wynn.

Cerré los ojos. La oscuridad que me envolvió fue más amable que todas las miradas que me acuchillaban sin piedad.

Mi madre soltó un gemido entrecortado.

—¿Te tocó? —preguntó Kallias, rabioso. Sus dedos se cerraron en torno a mi brazo con demasiada fuerza—. ¿Te hizo algo, Vienna?

Entreabrí los labios, sintiendo las venas arder por la furia, pero una mano férrea se enredó en la falda de mi vestido y tiró con fuerza de ella. Volví la mirada y me encontré con los ojos de Raen, que negaba imperceptiblemente con la cabeza.

Con la sangre latiendo turbulenta en mis oídos, apreté los dientes y no dije nada.

—Deberíamos hablar de este delicado asunto con el humano. *A solas* —intervino lord Wynn, volviendo sus ojos hacia mi hermano—. Lady Vienna podría sentirse afectada.

Mi madre se volvió hacia Kallias y le pidió con voz gélida y temblorosa estar presente durante el interrogatorio del prisionero. Estaba iracunda, podía notarlo en sus puños apretados y temblorosos.

Aprovechando el instante de discusión, me acerqué

disimuladamente a Raen.

—Tienes que ayudarme —le susurré, arrancándole una expresión consternada—. Sé que te hice daño. Sé que puede que ahora me odies. Pero eres el único que es capaz de hacerlo. *Ayúdame* —supliqué, sujetando sus manos—. Por favor. Hazlo por nuestra amistad. Por lo que sea. Pero ayúdame.

37

—Maldita sea, Vienna —suspiró, mirando de soslayo a mi hermano, que le respondía algo a mi madre que no alcancé a oír—. ¿Qué es lo que quieres?

—Solo dos cosas. Dime cómo puedo entrar en esa tienda donde lo interrogarán —continué, sin darle tiempo para hablar—. Y prométeme que harás todo lo posible para mantenerlo con vida.

Raen se quedó helado. Su incredulidad se transformó en rabia pura, visible en el temblor de sus manos.

—¿Mantenerlo con vida? —repitió, con un gruñido—. ¡Es un maldito caballero de los Verlac! Un soldado al servicio de unos bastardos que estuvieron a punto de asesinarte. ¿Por qué quieres que…? —Se le trabó la lengua y calló durante un instante. Bastó una mirada, un segundo de silencio para que la verdad se filtrase entre los dos—. Por los Inmortales… *No*. No me digas que…

Retrocedió un paso, mirándome como si estuviese viendo a un extraño.

—¿Era él? —siseó, entre el asco y el desconcierto—. ¿Él fue la causa por la que no me dejaste que te besara?

Asentí despacio. No intenté defenderme. Ni siquiera lo negué.

—Sé que no tiene sentido. Sé lo que hizo, lo que representa. Sé que puede parecerte incomprensible. —La voz que brotaba de mis labios estaba tan rota como yo—. Te juro que he intentado odiarlo, pero no he podido, Raen. No he podido.

Detrás de mí, escuché el movimiento de mi hermano, el sonido seco de su espada al ceñirse la vaina, el tono grave con que ordenó dar por terminada la conversación. Antes de que pudiera reaccionar, sujeté a Raen por la gorguera y lo arrastré hacia mí.

—*Por favor* —insistí, con los ojos quietos en los suyos.

Me sostuvo la mirada unos instantes eternos antes de apartarse con brusquedad. No vi su rostro cuando levantó la mano para detener a Kallias, que ya se dirigía a la salida.

—Acompañaré a tu hermana hasta la tienda de lady Vaelis —dijo, con voz neutra—. Luego me reuniré con vosotros en la Tienda Negra.

Kallias asintió.

—No tardaré mucho, Vienna —me prometió mi madre, tocándome durante un momento la cara—. Después podrás descansar y hablaremos tranquilamente. Estoy segura de que tienes muchas cosas que contar.

Asentí con una sonrisa quebradiza mientras los tres salían al exterior. No los vi alejarse, ya que antes de que la tela que cubría la entrada cayera Raen me sujetó con fuerza del brazo y me arrastró hasta la parte trasera de la tienda. Tenso y en silencio, manoteó, intentando encontrar algo.

—¿Dónde está…? —gruñó, apartando una caja de madera.

Entonces sonó un leve crujido. La lona se abrió en dos, dejando al descubierto una rendija apenas visible.

—Por aquí —murmuró, empujándome sin delicadeza—. Es una salida secreta. Si tu hermano descubre que la he usado sin permiso, me colgará de las murallas.

—Lo siento —alcancé a decir, mientras echaba a correr tras él.

—Ya. Yo también —masculló, sin girarse.

Atravesamos un laberinto de tiendas y hombres medio dormidos, herreros que aún trabajaban, escuderos cargando armas. En los márgenes del campamento, el aire era más frío y los rostros más jóvenes. Por el rabillo del ojo vi más de un rostro femenino, con el carmín desdibujando sus labios, asomarse disimuladamente tras la puerta de alguna tienda.

—Ahí está —señaló Raen.

La Tienda Negra se erguía al final del sendero, grande, opaca, impenetrable. Cuatro guardias la custodiaban, uno por cada costado. Las telas parecían absorber la luz de aquel sol frío de invierno.

Raen se detuvo junto a mí.

—Quédate aquí —ordenó, con la voz baja pero firme—. Y reza para que esta locura funcione.

Lo atrapé, sujetándolo por el borde del peto.

—Gracias —susurré.

Por un instante, su gesto se quebró. Luego asintió brevemente, y se dirigió hacia el soldado más cercano. Este se volvió hacia él, después de la reverencia de rigor. Intercambiaron un par de palabras, rápidas y de aspecto urgente. En menos de un minuto, el guardia corría como un poseso hacia el extremo norte del campamento.

Raen me hizo un gesto impaciente para que me acercara.

—¿Qué es lo que le has dicho? —pregunté, intrigada.

—Que su adorada Mary está siendo rondada por sair Fred —respondió distraídamente mientras echaba la mano al cinto. Al ver mi expresión interrogante, suspiró—. Una prostituta de la que está enamorado y un hombre con el que se lleva realmente mal. —Desenvainó su larga espada y miró a un lado y a otro, cauteloso—. Le he dicho que guardaría su puesto mientras él arreglaba las cuentas.

Con un movimiento rápido y conciso, abrió una larga herida en la tela.

—Entra —ordenó, antes de propinarme un ligero empujón—. Y ruega por que ese zoquete no se dé cuenta de la abertura.

A simple vista, la tela parecía intacta. El color oscuro y los numerosos pliegues conseguían esconder el agujero que había creado Raen. Con la respiración contenida, me introduje en aquella boca larga y negra, que me zambulló de inmediato en una profunda oscuridad.

Me quedé inmóvil. No podía ver nada. Me encontraba sumergida en una negrura absoluta. Moví los brazos, intentando hallar algo sobre lo que asirme y orientarme, pero no hallé nada.

Controlé los agitados latidos del corazón y agucé el oído. Entonces lo oí. Una respiración lenta y jadeante, no muy lejos de mí.

Entreabrí los labios, pero en aquel momento las puertas de la tienda se abrieron y un haz de luz me deslumbró, obligándome a esconderme.

Fue solo un instante, pero vi el perfil del Fantasma a poca distancia de mí. Estaba sentado, con los brazos atados a la espalda. No llegué a ver si tenía los ojos abiertos o no. Lo que sí fui capaz de vislumbrar fue la figura de mi hermano, antes de agazaparme tras

un enorme estandarte, en la parte posterior de la tienda. Habían dejado la tela que cubría la entrada medio abierta, lo suficiente para que un haz de luz fría iluminara el interior.

Tras él, entraron lord Wynn y mi madre.

Contuve el aliento.

—Siento decir que no es un placer volver a veros —comenzó mi hermano, con acidez—. Habéis sido un hueso duro de roer, sin duda.

—No hables en pasado, niñito —respondió el Fantasma, secamente. Su voz sonaba desafinada, parecía lijarle la garganta—. Aún no estoy muerto.

—Trátalo con respeto, humano —intervino lord Wynn. Escuché sus pasos renqueantes, acercándose al prisionero y a mí—. No eres más que una alimaña que por un inesperado milagro sigue con vida.

—Respeto —rio el Fantasma, con una carcajada amarga—. Solo eres un crío al que le gusta jugar con espadas. Cuando mates al mismo número de personas que yo, podré considerarte digno de mi respeto, *mi señor*.

El súbito golpe que escuché casi me hizo gritar. Me apreté las manos contra la boca, horrorizada. El latido errático de mi corazón contra las costillas me dolía.

Erik no pronunció ni un solo sonido.

—Contrólate —siseó lord Wynn—. O este interrogatorio terminará antes de tiempo.

Un nuevo haz de luz inundó la tienda momentáneamente. Me asomé con cuidado y descubrí aliviada que se trataba de Raen.

—¿Ha confesado algo interesante? —preguntó con falso interés.

—No, ni creo que lo haga —respondió Kallias, sin ocultar su hastío —. Es solo un maldito humano. Qué más da. Aunque sea un guerrero importante para los Verlac, lo soportaré mejor muerto que vivo.

—Entonces, ¿cómo es que aún sigo respirando? —preguntó el Fantasma, burlón.

—Lady Vienna nos comunicó que la ayudaste a escapar. Si no fuera porque es algo imposible, casi parecía que estaba preocupada por vuestra integridad —contestó lord Wynn, con evidente desagrado.

—Ah, la florecilla.

—No llames así a mi hija. —Aquella era la voz de mi madre. Sonó tan fría como la nieve cortante que cubría el suelo embarrado del campamento.

—La llamo así desde el momento en que la conocí, mi señora. Y así continuaré haciéndolo.

Hubo un silencio tenso, en el que solo se oyó la respiración agitada del Fantasma.

—Vi lo que le hiciste en el bosque —masculló lord Wynn, despectivo—. Un acto sucio y rastrero, propio de los humanos. Puede que la hayas ayudado a escapar de los Verlac, pero sé que tus intenciones no eran puras. Querías aprovecharte de ella, de una fae.

—¿La forzaste? —siseó mi madre, el veneno goteaba en aquella pregunta. Casi podía imaginar la yugular latiendo en su cuello, con el pulso descontrolado y rabioso—. ¿Forzaste a mi hija?

—*Jamás* —contestó de inmediato el Fantasma, con una certeza que los dejó durante unos instantes sin palabras.

—Eres un humano despiadado. Hemos escuchado rumores sobre ti. Dime, ¿todo esto se trata de una venganza personal contra los Verlac? —preguntó lord Wynn, dejando escapar una risa seca—. Discúlpame si dudo de tu inocencia —añadió, socarrón—, pero no creo que hayas ayudado a lady Vienna por simple altruismo.

—No tengo ninguna queja contra los Verlac. No más que la que podría tener un humano sobre el trato que le dispensa una familia fae.

—Entonces, ¿por qué? —Aquella vez fue Raen el que habló. Me estremecí cuando noté la ansiedad y la desesperación en la forma en que había preguntado.

—¿De verdad me lo preguntas? —La carcajada del Fantasma sonó atormentada—. ¿Qué clase de sentimiento puede arrastrar a alguien con una fama como la mía, violento, sin corazón, huraño y cruel? Es una adivinanza fácil, joder. ¿Vuestras nobles cabezas no son capaces de adivinar la solución? Por todos los Inmortales… *La quiero*.

La sangre se detuvo en mis venas, congelada. Olvidé por completo cómo respirar.

Casi pude imaginar cómo todos ellos palidecían.

—Retirad esas malditas palabras sin sentido —farfulló mi madre. El tono brotó roto de sus labios.

—Cuando la conocí, me pareció divertido hacerla asustar. Me gustaba la forma en la que temblaba su pobre carita cuando me miraba a los ojos. —Erik respiró hondo y apoyó la nuca en el mástil en el que estaba atado. Jamás había escuchado una voz tan cargada de ternura. La lija se había transformado en terciopelo—. Pero después vino el incendio y eso la cambió. Yo la sujetaba mientras luchaba como una fierecilla para encaminarse a las llamas. Vi en sus ojos la transformación. Vi cómo se convertía en una Dama Roja. Y me resultó una visión conocida y fascinante. Desde aquel día la observé sin descanso. Por mucho que vuestras putas orejas puntiagudas me escuchen, jamás comprenderéis cuánto traicioné por ella, cuánto me odié por ello. Hasta que me rendí a la verdad.

Escuché la exclamación de rabia de Kallias y el jadeo que dejaba escapar antes de extraer su espada envainada y descargar su súbita furia con ella. Jamás lo había visto golpear nada de una forma tan descarnada, tan sanguinaria.

Aquella vez sí escuché gritar a Erik.

—Estás loco —siseó mi madre, por encima de aquel ruido violento —. Solo eres un monstruo trastornado. Como la mayoría de los humanos.

—Podéis llamarme como queráis, mi señora. Pero se lo avisé. Y no se dio cuenta de que aceptarme de la forma en la que lo hacía conllevaba que no pudiese separarme de ella. Nunca.

—¿Aceptaros? —La voz de mi hermano destilaba una cólera lancinante—. Mi hermana jamás podría sentirse atraída por alguien como tú.

—Lo sé. Y eso es lo más extraño.

—Esto no nos lleva a ningún lado, humano —bufó lord Wynn, cansado de tanta conversación—. Si piensas decir algo de utilidad que pueda salvarte de a lo que te ha condenado tu lengua, comunícanoslo. No malgastaremos más tiempo.

Un nuevo golpe; esta vez sonó como una bofetada violenta. Por dentro, sentí como si me retorcieran las entrañas.

—Sabemos que lord Veyl ha reunido a sus tropas y que planea un

ataque próximo. Queremos conocer el número de soldados con los que cuenta y la forma en la que piensa presentar batalla. Eres uno de sus caballeros de confianza. Debes conocer esa información.

Hubo un instante de silencio que nadie se atrevió a romper.

—Ya estoy condenado, ¿no es cierto? —murmuró el Fantasma.

No dio tiempo a que nadie respondiese a aquella pregunta. En aquel instante aparecieron dos guardias tras las puertas de la Tienda Negra, los mismos que había visto antes en los aposentos de mi hermano. Mantuvieron las puertas abiertas por completo.

—Lord Kallias, siento molestaros, pero hemos hallado un destacamento de los Verlac a menos de dos horas de camino —dijo uno de ellos en tono apremiante—. Según nuestros exploradores, son al menos dos decenas.

—Maldita sea. —Mi hermano dio una vuelta sobre sí mismo, con las manos aferradas a la empuñadura de la espada—. Reunid a vuestros hombres, lord Wynn.

—Partiré enseguida, mi señor. —El hombre se inclinó brevemente antes de seguir, cojeando, a los dos soldados que habían acudido a dar la noticia.

Cuando abandonó la tienda, el silencio volvió el aire casi irrespirable.

—¿Qué hacemos con ese monstruo? —murmuró mi madre, observando el perfil del Fantasma.

—Dejaré el resto del interrogatorio para más tarde —resolvió Kallias, sacando su espada del cinto, sin desenvainarla—. Ahora necesito hablar con Vienna.

—Te ayudaré a buscarla.

Asomada tras el estandarte, vi cómo mi hermano se volvía de pronto hacia el prisionero y descargaba un golpe brutal sobre su nuca, utilizando la empuñadura del arma. Ni un solo sonido escapó de los labios de Erik. Se tambaleó y cayó de lado como un fardo, inconsciente. Las sogas que lo mantenían contra el mástil fueron las únicas que impidieron que se golpeara el rostro.

Las piernas me fallaron y caí de rodillas. No pude soportarlo más. Me arrastré hacia ellos.

Los ojos de Raen me descubrieron y se abalanzó contra el

estandarte, cortándome bruscamente el paso. Movió la mano y consiguió atraparme el brazo con ella. Luché por revolverme, pero me retorció la extremidad con tanta fuerza que me dejó inmovilizada, paralizada por el dolor.

—Esperaré a que despierte e intentaré sonsacarle cuanto pueda —dijo, observando al prisionero inconsciente.

—Haz lo que quieras. Destrózale la cara, si lo deseas. —Mis manos se cerraron en un puño y no pude evitar que el deseo de acometer contra mi hermano y golpearle arrasase cada hueco de mi cuerpo—. Lo único que me interesa es su lengua.

Raen asintió, y observó con el gesto demudado cómo mi hermano y mi madre salían de la tienda, serios y envarados, con las capas bordadas con camelias rojas ondeando con furia a sus espaldas.

Cuando sus pasos se perdieron en el rumor del campamento, tiró de mí, sacándome de mi escondite.

—Qué crees que haces, ¿eh? —siseó, zarandeándome—. ¡Podrían haberte visto!

—¡Deberían haberlo hecho! —repliqué, intentando escapar de su agarre sin éxito—. ¡Tienen que escucharme!

—Escucharte decir… ¿*qué*?

Raen me miró un momento más antes de suspirar y dejarme libre. Observó consternado cómo me arrojaba sobre el Fantasma.

Los golpes que había recibido de Kallias y de lord Wynn habían transformado su rostro en un mapa de grietas y dolor. No había fragmento que no sangrara, que no estuviera inflamado.

Alcé la mano y rocé con las yemas de los dedos una de las marcas que cruzaba su mejilla. Estaba tibia. Estaba vivo.

Pero él no reaccionó.

—Vienna, todo esto es una locura.

—¿Por qué es una locura, maldita sea? —rugí de pronto, volviéndome hacia él—. ¿Porque tiene el cuerpo destrozado por unas cicatrices que le causó mi propia familia?, ¿porque no es fae?, ¿porque no es lo suficientemente gentil?, ¿porque es un asesino? —Sacudí la cabeza hasta marearme y señalé su rostro maltrecho con una mano trémula—. ¿Qué caballero no es un asesino? ¿Cuántos faes hay que son brutales? ¿Cuántos soldados tienen marcas en su

cuerpo? Él me protegió, Raen. A su manera. Sé que no es lo correcto y sé que no es lo que se espera de mí. Pero es lo que necesito.

—Tu hermano va a matarlo. Lo sabes. Los dos lo sabemos.

—Lo haré entrar en razón. Le contaré todo lo que…

—¡Vienna! ¡Piensa! —exclamó Raen, exasperado—. Es uno de los implicados en el incendio del Palacio de los Vientos y ha colaborado con los Verlac. Puede recitar nombre a nombre a todos los que van a participar en la batalla, pero está perdido. Conozco a tu hermano y sé que no tendrá clemencia. Lo matará.

—No, no lo hará. Lo sacaré de aquí antes de que lo haga —musité, casi para mí misma.

Raen me observaba con una mezcla de pena y desconcierto.

—Vienna… —dijo al fin, con la voz convertida en un hilo—. ¿Qué es lo que ves en él? ¿Qué demonios encuentras que nosotros no podemos?

Sus palabras se deshicieron en el aire, cargadas de cansancio y desdén. No contesté de inmediato. El silencio pesaba más que cualquier argumento. Giré el rostro hacia el Fantasma, hacia aquellas cicatrices ocultas que contaban más verdades que todas las bocas del campamento juntas.

—Todo han sido mentiras desde el incendio —susurré, apenas consciente de que estaba hablando—. Mentiras, mentiras y más mentiras. Y él… —Inspiré hondo—. Él ha sido el único honesto. El único verdadero. El único que no me ha hecho sentir sucia ni usada.

Raen bajó la cabeza, cerrando los puños. Tenía los dientes marcados en sus labios apretados. No lo comprendía, pero yo sí.

El Fantasma no me había prometido nada ni había disfrazado el dolor con gestos nobles. Me había mirado con desprecio, con deseo, con verdad. Y eso, en un mundo podrido de juramentos vacíos, era lo más puro que había conocido.

38

Raen me había echado de la Tienda Negra a empellones. Desde entonces vagaba como un ánima por el campamento, con la sangre llena de rabia y frustración. Solo quería una espada en la mano y algo contra lo que golpearla hasta quedarme sin aliento. Necesitaba arrancarme de la cabeza la imagen del Fantasma inconsciente, con el rostro abultado y sanguinolento.

De pronto, una mano me cayó en el hombro. Me revolví y alcé la mano inconscientemente, lista para golpear.

—¿Vienna?

Parpadeé y di un paso atrás cuando contemplé la expresión perpleja de Kallias.

—Lo siento —murmuré—. Me has sorprendido.

—Y tú a mí —respondió, escrutándome—. ¿Dónde está Raen? Juraría que estaba contigo.

—No lo he visto desde que me acompañó hasta la tienda de madre —mentí.

Kallias suspiró y toqueteó distraídamente la empuñadura de su espada con los dedos.

—¿Te gustaría dar un paseo? Hay muchas cosas de las que deberíamos hablar.

Asentí, mientras las miradas de los soldados que nos rodeaban nos perseguían disimuladamente. Dejamos surcos sobre la nieve grisácea y me condujo hacia el este, a un recodo de la empalizada donde apenas llegaba el rumor del campamento.

—Nuestra madre está preocupada —comenzó, cuando nos detuvimos—. Cree que deberías dirigirte esta misma tarde a la fortaleza de lord Wynn para reunirte con Giry.

Esperó durante unos instantes a que hablara, pero yo me mantuve en silencio, con los labios apretados y mi mirada enterrada en la de él.

—Hemos interrogado al caballero que te acompañaba.

—Lo sé.

—¿Qué clase de relación te une a ese humano? —me preguntó, en apenas un susurro—. Lord Wynn me ha confesado lo que presenció en el bosque. Vio que ese hombre te empujaba contra un árbol, casi… sobre ti. —Los ojos de mi hermano mayor se zambulleron en los míos, intentando encontrar algo que parecía estar buscando. No apartó la mirada cuando volvió a hablar—. A solas, me comentó también que no te había visto debatirte, ni revolverte para que ese hombre dejase de tocarte; aunque alegó que debías estar lo suficientemente aterrorizada como para no ser capaz de reaccionar ni de defenderte.

Cerré los ojos y respiré hondo con suma lentitud. La antigua Vienna me habría observado con ojos horrorizados y habría negado con la cabeza, suplicándome que mintiera.

Pero esa Vienna había muerto hacía mucho.

—No estaba aterrada —contesté.

Y ojalá hubiese dispuesto de más tiempo para que fueran mis manos las que lo tocaran a él.

Los dedos de Kallias dejaron de juguetear con la empuñadura. Se cerraron en torno a ella.

—Dime que bromeas. Dime que no le permitiste que te tocara… —Esperó, pero ni una sola palabra más escapó de mis labios apretados. El silencio le encendió la cara—. ¡Es un asqueroso humano! ¡Intentó matarnos! ¡Lo sabes tan bien como yo! ¿Debo recordarte que nuestro padre fue asesinado? ¿Los Verlac te han convertido en… *una zorra*? ¿Eres como esas prostitutas que merodean por estos campamentos? ¿O es que quieres engrosar las filas de la Orden Gris? Por desobediencias menores les han cortado las orejas a muchas faes.

Aquellas palabras me dolieron más que los azotes de las ramas de espino, pero me obligué a no bajar la mirada, a no fingir una vergüenza que no sentía.

—No es tan simple —repliqué, con una calma helada—. Sair Erik obedecía órdenes. Y aun así… me dejó marchar. En el incendio se jugó la vida por Giry.

Alargué la mano, pero él se apartó como si quemara.

—Yo también los odio —seguí—. Quiero justicia. Pero él…

—¡Es uno de los suyos!

—¡Es solo un caballero, maldita sea! —grité, dejándolo pálido y mudo. Me miró como si fuese la primera vez que me veía—. ¿Crees que fue una orden cruel? Yo también lo creo, pero ¿cuántos soldados se ven obligados a acatar órdenes crueles? —Respiré hondo para no perderme en mi propia furia—. Y cambia esa expresión, Kallias. Raen me dijo que planeabas atacar un convento. El lugar donde tu hermana más pequeña fue cuidada, donde le salvaron la vida. ¿Las hermanas de la Orden Gris también son tus enemigas?

Kallias se dio la vuelta con gesto torvo. Balanceó la espada arriba y abajo, arañando con la punta las briznas de hierba quemada que asomaban a duras penas en la nieve. Se mantuvo un instante en silencio antes de observarme por encima del hombro.

—No entiendes de asuntos de guerra. Eres una dama fae.

Me eché hacia atrás. La cara me ardía como si me hubiese propinado una bofetada violenta.

—Lo dices como si no valiera nada.

—Sabes que no es así, pero yo soy lord Kallias Daaé. *Tu señor*. Aquel a quien le debes obediencia —replicó, entrecerrando los párpados.

Apreté los dientes, volviendo a hacer esfuerzos para contener la furia. No sabía cómo atravesar ese muro infranqueable que se había formado en torno a mi hermano. No era capaz de adivinar cómo llegar hasta él. La traición de los Verlac lo había consumido, podía verlo en sus pupilas. Al fin y al cabo, Giry y yo habíamos vivido en el castillo de Brumaverde entre sedas, noches de baile y joyas. Él, sin embargo…, se había visto obligado a huir a escondidas. Sin apenas caballeros. Solo. Sin provisiones. Sin dinero. Rogando alcanzar las tierras de Zéfiros para lograr asilo y conseguir un colaborador para su deseada venganza.

Entendía su dolor y sus deseos de arrasar con todo aquello que tuviera que ver con la familia Verlac. Era la misma sensación que me había poseído la noche en que me había enterado de la verdad.

—Kallias, no ganarás nada matando a sair Erik —comencé de nuevo. Con suavidad, con ternura. Me acerqué a él y lo sujeté del

brazo. Aquella vez no se apartó, aunque contempló mi mano con recelo—. Escribe al rey Oberón. Hará lo que sea por evitar una guerra entre su hermano y tú. No querrá que se produzca un enfrentamiento entre su familia y la que fue la familia de su esposa. Desestabilizaría el reino y la corona.

—No quiero justicia, Vienna. Quiero *cabezas* —espetó él, cansado —. Vamos a entrar en batalla muy pronto. Puede que esta noche, mañana, o pasado. Y puede que perdamos y que todo esto no haya servido para nada. Pero si pierdo y muero, pienso arrasar con todo lo que tenga que ver con ese maldito apellido. —Se apartó—. Empezando por ese condenado caballero.

—Entonces, no eres mejor que ellos.

—¡Basta! —tronó—. Esta conversación ha terminado. Mañana mismo te marcharás quieras o no al castillo de lord Wynn y allí permanecerás hasta que esta pesadilla termine.

Me lanzó una última mirada fulminante y se alejó de mí a paso rápido, con los puños apretados y sacudiendo la cabeza. Me dejó allí, sola, temblando de enojo e impotencia.

Maldita sea.

Me dejé caer sobre la nieve y escondí la cara entre las rodillas.

Había sido una estúpida. La bienvenida que me había esperado era totalmente distinta a la que había tenido. Quizá, porque había vuelto a ser la que era. Lady Vienna Daaé. Esa lady Vienna que odiaba las espadas, soñaba con un beso dulce en los labios, se censuraba gravemente cuando juraba o maldecía y tenía miedo de la mirada del Fantasma. Esa era la lady Vienna que habían conocido Raen y mi familia. La de ahora no era más que una desconocida.

Y todo eso lo había sabido Erik desde el primer momento. Cada vez que recordaba su última mirada antes de que lo ataran, sentía un ahogo asfixiante en la garganta. Quizá siempre había sabido que el final estaba cerca.

En ese momento entendía por qué se había abalanzado contra mí de aquella forma en el bosque. Era nuestra última vez. Su despedida.

—¡Vienna! —Abrí los ojos, alzando la cabeza. Mi madre se acercaba a rápidas zancadas, pálida y rígida—. No deberías estar

sola. Ni sentada de esa forma.

Las faes no se sentaban en el suelo ni dejaban que la falda subiese más allá de sus delicados tobillos. Por supuesto, aquello era algo inapropiado para una dama de alta cuna. Me incorporé, con la falda ahora húmeda por la nieve, y con un bufido que le hizo arquear una ceja. Aun así, murmuré:

—Lo siento, madre.

Ella me tomó del brazo y me acercó a su cuerpo. Apretó los labios cuando descubrió con sus dedos un par de ampollas que decoraban la palma de mi mano.

Me condujo hasta su tienda personal. Entre las paredes de tela esperaba Giry con una criada que debía servir a lord Wynn. Al verme, corrió hacia mí. Yo la aferré entre mis brazos. Sabía por qué habían ordenado que la trajeran hasta aquí. Era un arma disuasoria. Para controlarme, para apagarme, para volverme dócil. También habían acarreado una enorme bañera de madera, de la que brotaba una calidez atrayente. Cerca de ella, junto a un pequeño jergón, había un par de sillas y una mesa repleta de comida. Nada más verla, sentí al estómago rugir de placer.

Mientras mi hermana me hablaba de sus juegos en el castillo de lord Wynn, la criada me ayudó a desvestirme y a lavarme el pelo cuando me introduje en la honda tinaja. Mi madre me observaba en silencio, con las manos unidas sobre el regazo y los nudillos blancos. No hizo ningún comentario sobre los rizos que ahora poblaban mi cabello, después de haberlo llevado trenzado durante tanto tiempo, pero apretó los labios con tanto disgusto que se le pusieron blancos.

Pude quitarme el polvo del camino y colocarme un nuevo vestido que no estaba raído, pero que resultó bastante más incómodo. Las vestimentas de los humanos estaban creadas para el trabajo; las de los faes, para mostrar su riqueza. Me sentí ridícula con aquellas mangas largas y abullonadas, el terciopelo rojo y la amplia falda que, aun así, no llegaba a cubrirme del todo las botas de viaje.

—Has crecido durante este tiempo —observó mi madre con voz queda—. Puede que demasiado.

Se alejó de mí y se dejó caer sobre una de las sillas. Ella también parecía haber crecido. Había arrugas en su rostro que nunca había

visto.

Giry regresó a mi lado, envolviéndome la cintura con sus pequeños brazos.

—He temido mucho por ti, Vienna —continuó mi madre, enterrando sus ojos celestes en mí.

—No fue tan… horrible. Al menos, al principio, cuando no sabía nada sobre lo que realmente había sucedido en el incendio —respondí, con cautela.

—¿Te… maltrataron? ¿En algún momento te obligaron a hacer algo que no desearas? ¿Se aprovecharon de ti?

Recordé la rama de espino de lord Kyros golpeándome la espalda una y otra vez y la sonrisa lasciva de lord Erroll mientras me hacía jirones la ropa.

Tragué saliva y aparté la mirada, incómoda.

—Oh, por La Plateada…

—Pero no me encontraba sola —me apresuré a decir—. Fern siempre estuvo a mi lado y sair Erik…

—No pronuncies ese nombre —me cortó ella, gélida—. No quiero oír hablar de él en todo lo que me resta de vida.

—¡El Fantasma es bueno! —protestó Giry, pero mi madre le hizo un ademán tan brusco, que ella se pegó todavía más a mi falda.

—¡Estoy aquí gracias a él! —siseé con lentitud, marcando bien todas las sílabas. Avancé, temblando. Mi madre se echó hacia atrás, como si hubiese estado a punto de golpearla—. ¡Si sigo con vida, es porque él ha arriesgado la suya!

—No alces la voz —musitó, todavía atónita—. Una dama fae nunca…

—¿Nunca arde, nunca sangra, nunca sujeta una espada? —Golpeé la mesa y las copas cayeron de lado, derramando agua y Sangre de Aurora. Esta vez, Giry retrocedió y balanceó su mirada entre mi madre y yo, con los ojos húmedos—. Si me hubiese comportado como la dama fae que debía ser, estaría muerta.

Los ojos de mi madre se habían convertido en dos pozos helados.

—Ese hombre va a morir por orden de tu hermano.

Giry dejó escapar una exclamación que fue ahogada por mi grito.

—¡No pienso permitirlo!

—Tienes que hacerlo. Perteneces a esta familia, Vienna. Y eso conlleva un deber. Acéptalo —siseó, con los ojos entrecerrados de enojo—. Es lo único que puedes hacer.

—No, te equivocas —repliqué, antes de darle la espalda—. Es lo que debo hacer. No lo que *puedo* hacer.

—¿A dónde vas? Pedí que trajeran a tu hermana porque sabía que querrías verla. Y el almuerzo está esperando. Hace horas que no comes.

—No seas hipócrita —mascullé. Los ojos de mi madre parecieron a punto de saltar de sus órbitas. Giry, por otro lado, se llevó las manos a la boca, aunque una media sonrisilla rebelde asomó entre sus dedos—. Además, he perdido el apetito. Si tomase algo, lo vomitaría. —Le lancé una mirada por encima del hombro antes de salir al exterior—. Y una dama fae no debe vomitar, ¿cierto?

Me alejé de la tienda a paso vivo, sintiendo la mirada de mi madre clavada en la nuca. Una parte de mí se sentía culpable, aunque otra rugía de cólera e impotencia. Sabía que había rezado por mí a los Inmortales cada día que habíamos estado separadas y que sus ojos gélidos debían haber dejado escapar muchas lágrimas de preocupación, pero la simple idea de imaginar el cuerpo caído del Fantasma, sin vida, arrasaba con todo.

Unas fuertes carcajadas me hicieron detenerme y volver la vista. Me encontraba junto a la Tienda Negra y, de ella, medio a rastras, estaban sacando a Erik. Había recuperado la conciencia, pero andaba con las rodillas dobladas, balanceándose de un lado a otro, sin soportar el embiste del ligero viento.

Los ojos me ardieron cuando la luz helada del sol cayó sobre su rostro rojo y violeta, lleno de arañazos y golpes.

Una llama de rabia me devoró por dentro. Mis pies me dirigieron hasta él. No soportaba verlo así. Tenía que liberarlo ya.

Sin embargo, unos dedos se enredaron en la amplia manga de mi vestido y tiraron de mí. Me revolví con violencia, pero me detuve en seco al ver que solo se trataba de Raen.

—¿A dónde lo llevan?

—A las jaulas. Es donde conducen a los prisioneros penados con la muerte —contestó, mirándome con fijeza—. Está lejos de nuestro

alcance, Vienna. No podemos hacer nada.

Aferré su brazo, apretándolo entre mis manos. Él se alejó un tanto, nervioso por mi súbita cercanía. Echó un vistazo alrededor, alterado, y tardó demasiado en desplazar la mirada de mis labios hasta los ojos.

—Tu madre se enojará como te vea tan cerca de mí —masculló, haciendo una mueca casi de dolor.

—Me prometiste que lo mantendrías con vida —dije, sin soltarlo, clavando las uñas en la cota de malla.

—¿Qué puedo hacer yo? Es tu hermano el que dicta las órdenes —contestó, incómodo—. Yo no tengo poder alguno para detener una ejecución. Lo sabes muy bien.

—No tendrías que detener ninguna ejecución si no hubiera prisionero al que matar.

Las pupilas de Raen empequeñecieron. Se deshizo de mi agarre y me contempló como si hubiese perdido la cabeza.

—¿Qué estás insinuando? —musitó, casi asustado.

—Ayúdame a liberarlo.

—¡Vienna! —exclamó, boquiabierto. Esta vez fue él quien recortó la distancia. Bajó la voz hasta transformarla en un murmullo—. Estás… pidiéndome algo imposible. ¿Quieres que traicione a tu hermano, a tu madre, a todos? ¡No puedo! Ellos… tú… sois mi familia, la única que tengo desde que mis padres murieron. He crecido junto a Kallias. No puedo abrir esa jaula y ayudar a escapar a ese malnacido.

—No te estoy pidiendo que la abras —contesté, avanzando un paso más. Los mechones de mi cabello suelto acariciaron su frente. Pude ver cómo se estremecía—. Solo necesito que consigas un caballo y una espada. Yo me encargaré de lo demás.

—Te has vuelto demente. ¡No sabes de lo que hablas! —exclamó, negando frenéticamente—. Las jaulas están vigiladas día y noche. Las llaves de los cerrojos las tienen los guardias que velan a los prisioneros. ¿Cómo piensas conseguirlas?

—Lo haré —murmuré, apartando la mirada hacia el grupo de soldados que se alejaban, arrastrando al Fantasma—. Si tú me proporcionas un caballo rápido y algún objeto puntiagudo.

—Yo… yo no…

Raen tragó saliva y me contempló con los ojos dilatados, sin poder creer lo que le estaba pidiendo.

En sus pupilas pude ver una mezcla de sentimientos encontrados.

—Por favor —supliqué, hundiendo los ojos en él—. Haré lo que sea. Pídeme lo que quieras… y lo tendrás.

39

El ulular del búho partió la noche: dos notas largas.

La señal.

Me vestí a tientas, capa sobre capa, y con la respiración de mi madre y mi hermana como compañía. Caminé hasta llegar al umbral de la tienda, en donde me detuve. Volviéndome de medio lado, eché un vistazo a sus cuerpos quietos. Mi madre no había intercambiado palabra conmigo durante la tensa cena que habíamos compartido con Kallias y, cuando lo había hecho, había sido para recordarme la hora exacta en la que debería partir al día siguiente en dirección a la fortaleza de lord Wynn. Yo había asentido, dócil y sin añadir nada.

Aquel era mi destino. Esperar en un castillo a que la batalla terminase, rezando y cosiendo, cuidando de Giry, como una dama fae debía hacer. Asomándome a la torre más alta como la princesa de alguna canción antigua. Sí, mi destino era el precio que pagaría por la ayuda de Raen. Esa había sido mi promesa. Obedecer a mi madre y a mi hermano, permanecer siempre junto a ellos.

Respiré hondo, retrocedí sobre mis pasos y besé con suavidad el cabello de mi hermana pequeña antes de abandonar la tienda.

Caminé con lentitud por el campamento. Era noche cerrada y no había muchas antorchas encendidas. El frío cortaba la piel, pero no había vuelto a nevar.

La mayoría de los caballeros dormían, aunque alguno caminaba de un lado a otro, intentando mantenerse despierto para las horas de guardia. Por mucho que intenté ocultarme bajo la capa, sentí más de un par de ojos sobre mí. Sin embargo, nadie osó detenerme. Por la capucha solo escapaban los mechones de mi pelo suelto y las botas que asomaban bajo el vestido rojo eran bastas y estaban llenas de barro. Era fácil confundirme con alguna de las prostitutas que correteaban a veces entre las tiendas.

De pronto, Raen surgió como si lo hubieran descosido de la oscuridad. Estaba pálido a la luz de las antorchas y sus pupilas se

movían nerviosas de un lado a otro.

—El caballo está listo. Lo he atado a un árbol en la zona más débil de la muralla. Fue parcialmente arrasada en el último ataque de los Verlac y aún no ha podido ser reconstruida. —Bajó los ojos hasta mí, preocupado—. ¿Cómo piensas sacar al humano de la jaula? Hay un guardia vigilando.

—Distráelo. —Apoyé la palma en su boca cuando empezó a protestar—. Solo hablar. Nada más.

—Los Inmortales nos condenarán por esto —gruñó, antes de echar a andar.

Pronto, la zona en donde se concentraban las antorchas quedó atrás y la noche nos devoró de un solo mordisco.

—¿Has conseguido el arma?

—Robé una de la armería. No es gran cosa, pero recuperar la espada que le arrebataron a ese humano era demasiado arriesgado. —Del cinturón que colgaba de su cadera extrajo una espada larga y delgada, simple y ligera, que nada tenía que ver con el mandoble del Fantasma—. Ten cuidado. No te hagas daño.

—No es la primera que sostengo.

Raen me dedicó una mueca y apretó el paso.

Las jaulas aparecieron en el borde del campamento, sombras dentro de la sombra. Apenas dos antorchas, hierro y silencio.

—¿Cuántos prisioneros? —susurré.

—Solo él. Cuando Kallias o lord Wynn consiguen la información que necesitan, suelen ahorcarlos o decapitarlos.

Tragué saliva con dificultad.

Avanzamos unos pasos más hasta que él se detuvo, parapetándose tras uno de los grandes estandartes que poblaban el vivac. Respiró hondo y se volvió hacia mí, encarándome.

—Hablaré con él. Nada más —me advirtió, arqueando las cejas—. No pienso hacerle daño. —Asentí y, cuando me puse en movimiento, me sujetó del brazo. Me aproximó a él—. Ni tú tampoco se lo harás.

—Raen, no voy a matarlo.

Él mantuvo sus ojos en mí unos segundos más antes de alejarse de mí a zancadas rápidas. Se acercó al guardia e intercambió saludos.

Di un rodeo, caminando en la oscuridad más absoluta y rezando en silencio para no tropezar con algo que produjese el suficiente ruido como para llamar la atención. Tardé unos segundos en llegar hasta la parte posterior de la jaula, aunque me parecieron más que una eternidad.

La estructura frente a la que me encontraba era un habitáculo diminuto, de techo muy bajo y paredes construidas a base de barrotes algo oxidados, gruesos, muy juntos. Me agaché, apartando la capucha de mi cara para poder ver mejor.

En el interior, el Fantasma era un bulto vencido, doblado contra el hierro, con la cabeza ladeada.

Ni siquiera se movió cuando le rocé la mejilla con la yema de los dedos.

—He oído que mañana lo decapitarán al amanecer —escuché que comentaba el soldado.

—Mejor muerto —contestó Raen—. Así molestará menos.

Desvió involuntariamente su mirada hacia mí, que me había colocado tras el humano, con los barrotes de la jaula clavados en la espalda. Siguiendo el movimiento de sus ojos, el guardia hizo amago de volver la cabeza. Sin embargo, antes de que llegase a girarla del todo, le golpeé con la vaina de la espada que me había conseguido Raen en la nuca.

Se derrumbó frente a mí.

—Me dijiste que no le harías daño.

—Te prometí que no lo mataría —le corregí, mientras me inclinaba sobre el humano—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que le pidiera las llaves después de hacerle una gentil reverencia?

—Por El Radiante, ya no sé quién eres.

Encontré unas llaves en su cinturón. La primera no encajó. La segunda giró en la cerradura y el cerrojo se abrió con un crujido.

Aparté las cadenas que aseguraban la entrada y abrí la pequeña portezuela con brusquedad, casi haciéndola saltar de las bisagras. Sin perder ni un instante, metí medio cuerpo en la jaula y sacudí al Fantasma por los hombros. Él se revolvió, gruñendo palabras sin sentido. Estaba gélido, y la ropa de campesino que había conseguido en la taberna, húmeda por llevar horas sobre la nieve.

—No puedo hacerlo sola —mascullé.

Raen maldijo por lo bajo y tiró de sus piernas, mientras yo intentaba alzarle la cabeza para que no se golpease contra el suelo. Pesaba una enormidad. Cuando por fin lo sacamos, noté el vestido pegado a mi cuerpo, húmedo de sudor.

—Vamos —susurré—. Soy yo.

Sus párpados se alzaron con esfuerzo.

—Florecilla —murmuró.

Entre los dos, logramos arrastrarlo a duras penas hasta el lugar en donde la oscuridad nos escondía de miradas curiosas. Ya sumergidos en ella, avanzamos con más lentitud. Él apenas podía caminar.

—¿Qué le han hecho? —pregunté, sin poder esconder la rabia.

—Lo raro es que respire —gruñó Raen.

Caminamos unos minutos más hasta que nos detuvimos junto a un grueso árbol.

Mis ojos se habían acostumbrado a la negrura y podía vislumbrar la sombra de la muralla a poca distancia de nosotros. Había una zona en la que apenas existía iluminación, en donde aún no había llegado a reconstruirse.

Escuché cerca el sonido de unos cascos golpeando la nieve.

—Terminemos con esto de una maldita vez —murmuró Raen, separándose de nosotros para desatar al caballo—. Despídete.

Alcé la mirada hasta Erik, con un nudo en la garganta. Casi no podía respirar. Él tenía la mirada gacha y fija en la mía. Sus manos presionaban ligeramente mis hombros. Se balanceaba con levedad y tenía la sensación de que, a pesar de tener los párpados levantados, apenas era capaz de verme. Parecía desorientado y mareado. Lo habían golpeado sin descanso aquel día y estaba segura de que no le habían dado comida ni agua. Ni siquiera estaba segura de que pudiese subir él solo al caballo.

—Te tienes que ir —balbuceé, con la voz rota—. Si te quedas aquí, te matarán.

—Florecilla —volvió a decir él.

—No nos queda mucho tiempo —insistió Raen, antes de pasarme las riendas.

No contesté. Guie las manos del Fantasma hasta ellas. El animal se

quedó quieto, pero las rodillas de él fallaron, y tuvo que aferrarse con todas sus fuerzas a la silla de montar para no caer de bruces.

Entre Raen y yo conseguimos colocarle un pie en el estribo y darle un fuerte empellón para que lograra subir. El caballo piafó, avanzó unos pasos y se detuvo a la espera de órdenes. Sin embargo, lo único que pudo hacer Erik fue volver la cabeza y derrumbarse sobre el cuello del animal, inconsciente.

—Maldita sea —escupió Raen, mientras yo corría a sujetar las riendas—. Está demasiado débil para cabalgar. Se caerá en mitad del camino y si no lo encuentran los hombres de Kallias, lo harán los lobos.

Mis manos se tensaron; la agonía me consumía. No podía dejar que se marchase en aquellas condiciones. Raen tenía razón. En el mejor de los casos podría caer de mala manera y partirse el cuello por el golpe.

—Tengo que acompañarle —dije de pronto, volviéndome hacia él —. Sé dónde puedo llevarle. Su padre tiene una posada no muy lejos de aquí. Podría volver antes de que amaneciera.

—No, no harás eso —replicó, con los ojos abiertos de par en par—. ¡Es muy peligroso! ¿Alguna vez has cabalgado en mitad de la noche? ¡Podrías toparte con soldados de los Verlac o con animales salvajes! Esta aventura termina aquí, Vienna. Has tratado de hacer todo lo posible y no voy a permitir que te arriesgues más.

—¡Raen, míralo! ¡No es capaz de sostenerse! —Alcé un dedo tembloroso y señalé al Fantasma—. ¡Morirá!

—Es un caballero. Y los caballeros mueren —contestó él, rígido.

Di un paso atrás, tirando de las riendas del caballo. El animal se desplazó a su vez.

—Montaré con él.

Raen no añadió palabra. Se llevó la mano al cinto y desenvainó su larga espada, colocándola frente a sí. A pesar de la penumbra reinante, podía percibir el brillo peligroso destellando en sus pupilas.

—No voy a dejar que te encamines hacia tu muerte.

Mis manos se movieron automáticamente. Solté las riendas y dejé que el caballo se alejase unos pasos de mí. Con el corazón palpitando en los oídos, desenvainé el arma que me había

proporcionado el propio Raen. Sin las pulseras de acero en mis muñecas, la sentía poco pesada. Casi ligera.

—¿Qué haces? —me susurró él, incrédulo—. Por favor, Vienna. Ríndete. Esta locura no llevará a ninguna parte. Por los Inmortales, ¡sabes que lo hago por tu bien!

Negué y me mantuve quieta, con el extremo de la espada señalando su pecho.

—Lo siento, Raen. Voy a ir. —Entrecerré los ojos cuando vi cómo retrocedía para arremeter contra mí—. Lo quieras o no.

40

Sus pies produjeron un crujido al arrastrarse por la nieve.

La espada brilló cuando la luna se reflejó en el metal y se encontró con la mía en un furioso choque que sacudió mis brazos con violencia. Trastabillé y di unos pasos atrás, intentando recuperar el equilibrio.

Raen no me lo permitió. Dio un giro brusco sobre la punta de sus pies y arremetió contra mí, imprimiendo todo su peso en el ataque. Las muñecas me rugieron de dolor cuando soportaron el duro golpe.

—No quiero hacerte daño, Vienna —dijo, con una voz casi suplicante.

—Entonces, déjame marchar.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Me abalancé contra él, de una forma torpe y premeditada que supo ver. Solo necesitó dar dos pasos a la derecha para alejarse de la trayectoria del arma y dejar que esta acabara sobre el húmedo terreno. Lancé un quejido exasperado y levanté la espada, despidiendo virutas de barro, nieve y hierba, que fueron a cubrir la cara de mi amigo. Él soltó una maldición entre dientes y se llevó la manga a los ojos, intentando limpiárselos.

Aproveché la ocasión y lo golpeé con la parte plana de la espada. Raen gritó, pero no dejó caer su arma. Cargué de nuevo contra él, pero logró apartarse la suciedad que le cubría la mirada antes de que nuestras espadas volvieran a encontrarse.

Aquella estocada fue más brutal y a punto estuvo de hacerme caer de espaldas. No obstante, conseguí mantenerme en pie y moví la espada en horizontal, dirigiéndola hacia Raen. Él la detuvo sin apenas dificultad. Resolló por lo bajo, furioso, y con los dientes apretados descargó un nuevo golpe. El impacto fue brutal y el arma salió despedida de mis manos. Cayó al suelo, completamente fuera de mi alcance.

Tragué saliva cuando vi el extremo plateado ondear demasiado

cerca de mi barbilla.

—Empecé el adiestramiento cuando era solo un niño, ¿pensabas que tendrías alguna oportunidad contra mí? —me espetó Raen, fulminándome con la mirada—. Si me vencías, ¿qué me hubieses llegado a hacer? ¿Me habrías herido? ¿Me habrías matado? Las espadas no son agujas para coser, Vienna.

—Sé perfectamente para qué se utilizan —siseé.

De pronto, la vista se me nubló y su figura se convirtió en una nube oscura por culpa de las lágrimas de cólera que se agolparon en mis ojos.

Un sollozo ahogado se me escapó de la garganta. No podía creerlo. Todo había terminado. Él tenía la espada y la fuerza para impedirme huir. No salvaría al Fantasma. Tendría que verlo morir a manos de los soldados de Kallias o entre los dientes de animales salvajes. Tendría que limitarme a observar, tal y como siempre debía hacer una dama.

Raen suspiró y se acuclilló hasta quedar a mi altura. Con la misma ternura con la que aquella vez se colocó una corona de flores destrozada sobre la cabeza, me apartó un par de lágrimas que corrían por mi mejilla.

—Has hecho todo lo que has podido —me susurró—. Lo siento.

Asentí, mirando de soslayo la empuñadura de su espada.

De pronto, como si hubiesen estado esperando el momento adecuado, unas palabras hicieron eco en mi cabeza. Lady Nohr. Su voz, susurrante en mis oídos, me provocó un largo escalofrío repulsivo.

Me giré. El Fantasma tenía la cabeza ladeada, apoyada contra el cuello de la bestia. Su mano se balanceaba de adelante atrás, como un péndulo, y los dedos rozaban de vez en cuando las riendas, pero no hacían amago de aferrarse a ellas.

El aliento se me atragantó en la garganta y levanté la mirada hacia Raen, que aún no había apartado la suya de mí.

Por La Plateada. Por El Radiante. No podía hacerlo. No a él. Sería rastrero, sería sucio, sería cruel. Sería peor que mancharse las manos con su sangre. Pero era la única salida. La última oportunidad para salvarlo. Y yo había demostrado que podía empaparme las manos. Que podía mentir. Y que se me daba bien hacerlo.

La elección era sencilla, hacerlo o no. Elegir su vida o su muerte.

Elegí su vida.

Raen no predijo mi reacción. Entreabrió los labios con sorpresa cuando me abracé a él, pero no llegó a decir nada. Mi boca, firmemente apretada contra la suya, se lo impidió. Lo besé con rabia, con anhelo, con una necesidad descontrolada, casi como me había besado Erik la última vez. No le di la posibilidad de respirar, de deshacerse de mis manos.

Al principio intentó apartarse, pero su lucha apenas duró unos instantes, y claudicó con un suspiro que sentí sobre mis labios. Como había esperado, dejó caer la espada junto a mí y llevó la mano que hasta entonces había sujetado el arma hasta mi pelo, enredándola en los mechones.

Lo presioné aún más, empujándolo con todas mis fuerzas hacia atrás, dejándome caer sobre él. Su espalda se enterró en la nieve sucia. Sus suspiros se convirtieron en jadeos ahogados. En uno de ellos, me pareció escuchar mi nombre estrangulado.

—Lo siento mucho, Raen —susurré contra su boca, mientras mis dedos se cerraban con firmeza en torno al puño de su arma.

Sus pupilas se dilataron al comprender de pronto, pero no fue lo suficientemente rápido como para esquivar el fuerte impacto de la empuñadura contra su sien.

Parpadeó, mareado, y sus manos cayeron a ambos lados de su cuerpo, laxas. Sus ojos reflejaron el cielo encapotado, casi rojizo, que nos cubría.

Me separé de él, respirando con dificultad y con el corazón a punto de explotar. Las lágrimas se habían detenido, pero sentía deseos de llorar de nuevo. Un agujero doloroso se había formado en el centro de mi estómago, profundo y sórdido, bullente de culpabilidad.

Pero no tenía tiempo para odiarme a mí misma. Raen aún mantenía los ojos abiertos, aunque no daba muestras de estar consciente. Para cuando recuperara el sentido, yo debía encontrarme a mucha distancia del campamento.

Dejé su espada junto a él y tomé la que me había conseguido. La envainé y corrí hasta el caballo blanco, que esperaba inquieto en aquella densa oscuridad.

Lo calmé con palabras susurradas entre dientes y logré que permaneciera lo bastante quieto como para montar. Con una de las manos tiré de las riendas, mientras con la otra incorporaba al Fantasma a duras penas. Tuve que conformarme con rodear parte de su torso, intentando mantenerlo sobre la silla lo más erguido posible. Los músculos me temblaron por el esfuerzo.

Golpeé el flanco del caballo con los talones y lo hice salir al trote. Con el corazón tronando en mis oídos, miré a mi alrededor, buscando el lugar exacto en donde se alzaba la muralla a medio construir.

Lo encontré tras unos instantes. Sin embargo, el paso no me pareció tan seguro como había creído en un principio. Había una serie de troncos apilados hasta casi alcanzar el metro, lo suficientemente pesados como para que me fuera imposible apartarlos para poder pasar.

Quedaba una única opción. Saltar por encima de ellos.

Llevaba montando a caballo desde que era una niña; las damas de la nobleza fae estaban obligadas a hacerlo, pero, aun así, siempre se había tratado de paseos cortos en los que incluso el trote era más que esporádico. Eran Kallias y Raen los que siempre me adelantaban a galope tendido, perdidos en carreras absurdas que hacían reír a mi padre.

Nunca había hecho saltar a un caballo ni siquiera un pequeño matorral. Pasar por encima de aquella muralla era un auténtico suicidio.

—Maldita sea —siseé, frustrada.

Tiré con firmeza de las riendas e hice retroceder al caballo varios metros, hasta la zona donde empezaban a multiplicarse las antorchas. Había tanta luz a mi alrededor, que estaba segura de que me reconocerían. No podía permanecer más que un momento allí. No podía dudar.

Levanté los talones y, con todas mis fuerzas, los hinqué en el lomo del caballo. El animal relinchó y se colocó sobre sus dos patas traseras antes de caer sobre el suelo con una potencia demoledora. Me precipité hacia delante, casi a punto de salir despedida de la silla.

El caballo empezó a avanzar galopando.

A medida que nos acercábamos a la muralla medio destruida, más alta y peligrosa veía la maniobra. Éramos demasiado pesados para el caballo. Si un casco tropezaba con alguna piedra, el animal caería y nosotros con él. Muchos habían muerto de aquella forma. Ni siquiera un fae podía sobrevivir a un cráneo destrozado.

Cerré los ojos cuando el animal tomó impulso. Clavé la frente en la espalda del Fantasma. Esperé que una pata trastabillara, que mi cuerpo se separara de la silla para estrellarse contra los cascotes. Sin embargo, lo que sentí no fue más que el intenso tirón hacia abajo cuando el caballo volvió a clavar sus cuatro patas en la nieve, dejando el muro del campamento atrás.

Solté todo el aliento en un solo jadeo y tiré de las riendas para detener el galope. Temblando con violencia, bajé a tierra firme y avancé unos metros para tomar una de las últimas antorchas que iluminaban la muralla. No podía viajar a oscuras. Necesitaba algo de luz para seguir el camino que me había indicado el Fantasma hasta la posada de su padre.

Cuando monté de nuevo, la cercanía de la candela le hizo gruñir entre dientes, aunque no logró despertarlo.

El caballo retomó el trote con rapidez. A pesar de que era casi imposible avanzar a gran velocidad entre los árboles, lo obligué a no reducir el ritmo. Más de una vez tuve que frenar abruptamente para no golpearme de lleno con alguna rama demasiado baja.

Jamás en mi vida había seguido un rastro. Nunca me había interesado la cacería, por lo que no estaba familiarizada con las señales que dejaban los animales en el terreno. Aun así, había grabado a fuego en mi mente el camino desde el lugar en donde el Fantasma me había besado hasta el campamento de mi hermano.

Cuando di con un pequeño sendero recubierto de ramas que habían sido arrancadas de cuajo y de hondas pisadas de cascos en la nieve húmeda, supe que iba por buen camino.

Contaba los instantes en silencio, ignorando los escalofriantes alaridos que de vez en cuando hacían eco en el bosque. Era una auténtica temeridad avanzar con aquella antorcha. No solo porque las llamas lamían a veces las ramas secas por el invierno y corría el riesgo de provocar un incendio, sino por la enorme atención que

creaba sobre mí. Con aquella luz caliente, era visible a mucha distancia.

Estuve a punto de elevar una plegaria a La Plateada para suplicar su protección, pero después me pregunté cuántas veces me había respondido. Así que apreté los dientes y continué avanzando.

Al cabo de un tiempo, detuve al animal y caminé a su lado, teniendo cuidado en que Erik no resbalase del lomo.

Examiné varios de los troncos de los árboles que nos cercaban. En el pequeño claro en donde me hallaba, el terreno parecía pisoteado y había muchas ramas y matorrales destrozados a mi alrededor. Parecía el lugar en donde nos habían apresado lord Wynn y sus hombres.

El animal relinchó, asustado, cuando acerqué demasiado la llama a sus ojos. Tiró de las riendas con una brusquedad que me hizo trastabillar. Pero cuando recuperé el equilibrio y levanté la mirada, vislumbré una gran cruz dibujada a fuerza de espada en el tronco del árbol más cercano.

41

Sonreí.

No podía creerlo.

Había encontrado el camino correcto.

De súbito, un fuerte rayo relumbró en el bosque. Decenas de sombras me rodearon durante un instante, antes de que el rugido del trueno me reventara los oídos. Volví a subir al caballo, suplicando entre dientes que la tormenta tuviese piedad, al menos hasta que alcanzara la posada.

Pero el cielo no me escuchó. Cuando apenas llevaba unos minutos cabalgando, las nubes dejaron escapar otro escandaloso alarido y comenzó a caer una nieve espesa. El viento empezó a correr entre los troncos y me metió los copos en los ojos.

Tiritando por el frío y el miedo, avancé, atravesando aquella espesa cortina blanca que me golpeaba sin cesar, como agujas frías y afiladas.

El Fantasma, entre mis brazos, también comenzó a corcovear con violencia. Me pegué a él todo lo posible para proporcionarle el ínfimo calor que aún poseía mi cuerpo.

La nieve me obligó a ralentizar el paso, pero tras un tiempo que se me antojó interminable, vislumbré en mitad de la oscuridad los rectángulos iluminados de un edificio a lo lejos. No había antorchas delimitando los alrededores ni tampoco mozos de cuadra esperando en unos establos que parecían completos.

Conduje al animal hasta la mismísima puerta del edificio. Tenía mejor aspecto que el lugar donde habíamos pasado la noche anterior. Podía escuchar voces desde el interior.

Bajé del caballo de un salto e intenté abrir la puerta, pero no se movió ni un ápice. Estaba cerrada. Clavé el hombro en la madera, antes de gritar:

—¡Posadero! ¡Ayuda! ¡Abrid!

Golpeé con los puños hasta que oí el sonido de un cerrojo. La

puerta se abrió lo justo para que asomasen un par de ojos negros extrañamente familiares.

—Estamos llenos, joven —dijo con voz dura—. Busca otro techo.

Metí la punta del pie para impedir que la cerrara.

—¿Sois el dueño?

—Sí. Pero ya os he…

—¿Tenéis un hijo que se llama Erik?

El humano dejó de forcejear y frunció el ceño.

—*En los muros del deseo, donde el alma se desangra…* —comencé a cantar, con la voz desafinada.

— ... *crece una flor en silencio* —terminó el posadero por mí.

Las pupilas del hombre resbalaron por mi cuerpo, y se detuvieron durante demasiado tiempo en el terciopelo rojo de mi vestido, en las piedras preciosas que decoraban el borde del cuello. Cuando descubrió la empuñadura que asomaba entre los pliegues de la capa, su ceño se frunció.

Me retiré la capucha con brusquedad para que pudiera ver mis orejas puntiagudas.

—Una noble fae —murmuró, con el ceño fruncido—. ¿Qué hacéis aquí?

—Es vuestro hijo, está malherido —susurré atropelladamente—. Erik. Hemos huido esta misma noche y necesita…

La puerta se abrió de golpe. Un humano enorme, tosco, más ancho que el Fantasma, abandonó la posada y se internó en la ventisca. El cabello era tan blanco como la nieve que caía sin piedad, aunque las arrugas no eran tan numerosas en su rostro.

—Por los Inmortales… —musitó, al clavar sus ojos en el único jinete del caballo—. Erik.

Pasó a mi lado sin verme, con los brazos ya en la cintura de su hijo. Lo bajó a pulso. El Fantasma trastabilló, alzó un instante la cara y me miró sin verme.

—¡Kam! ¡Kam! —rugió el posadero, volviendo la cabeza hacia la puerta abierta—. ¡Mueve el culo hasta aquí, maldita sea! ¡Necesito tu ayuda!

Un chiquillo apareció junto a la entrada, jadeando por la carrera. Abrió los ojos de par en par cuando vio a su jefe cargando con el

cuerpo descomunal del caballero.

—¡Lleva el caballo al establo y vuelve enseguida para atender la barra! Yo estaré ocupado. —El aludido asintió y se apresuró a tomar las riendas del animal. El tabernero se volvió hacia mí y me atravesó con la mirada—. Y vos, seguidme.

Me apresuré a perseguir aquella espalda ancha que se balanceaba adelante y atrás por culpa de la enorme carga que soportaba. Atravesamos el cálido vestíbulo, revestido de madera y piedra. El hombre hizo amago de dirigirse hacia la inmensa estancia que se abría a un lado. Un comedor extenso en el que llegué a avistar el resplandor de una armadura.

Lo sujeté del chaleco antes de que diera un paso más.

—No podemos entrar ahí —mascullé.

El hombre me dedicó una mirada oscura.

—¿De quién huíais?

—De todos.

—Maldita sea.

El hombre retrocedió y me condujo por una estrecha escalera de madera que ascendía hasta el primer piso. Abrió de una patada una de las puertas que había a ambos lados del pasillo. Era un dormitorio sencillo que ardía por el calor de la chimenea.

—Ayudadme —gruñó, señalando la cama que se hallaba en un rincón.

Lo obedecí sin replicar, aunque apenas pude sostener las piernas del Fantasma. Estaba agotada. Sentía que me derrumbaría de un momento a otro.

El colchón se hundió bajo su peso.

—Sentaos cerca de la chimenea y secaos —me dijo bruscamente el posadero, sin dedicarme siquiera una mirada. Toda su atención estaba centrada en su hijo—. Aunque los faes no enferman, ¿cierto? Al menos, eso es lo que nos hacen creer a los humanos.

Busqué alguna silla, pero no había ninguna, así que no tuve más remedio que dejarme caer sobre el suelo. Mantuve la mirada quieta en las llamas, obligándome a poner la mente en blanco, mientras el hombre se apresuraba a desnudar a Erik, arrojando sus ropas empapadas a un lado.

—Me gustaría proporcionaros algún vestido, pero solo tengo camisas sucias y pantalones ajados que no son propios de una fae. —La voz que escapaba de aquellos labios gruesos era tosca, un gruñido eterno, pero sus manos se movían con delicadeza mientras arropaba el torso desnudo de su hijo, marcado por cicatrices y sucio de sangre seca.

—No os preocupéis. Estaré bien en cuanto entre en calor —mentí.

Lo oí suspirar, mientras sus ojos recorrían cada centímetro de piel expuesta. Se inclinó sobre Erik y, con una ternura que parecía impropia en aquellas manos gigantescas, le acarició el cabello.

—Ya no queda ni una traza. —Sus ojos se cruzaron con los míos, y bufó, antes de añadir—: La última vez que lo vi, hace un par de años, las canas todavía no habían devorado todo el color de su cabello.

—Lo siento —murmuré, sin saber qué decir.

—Parecía fuego. —Mis ojos se abrieron de par en par. El latido contra mis costillas fue tan doloroso como una cuchillada—. Era un tono extraño. Escarlata. Como los rubíes. Como la sangre.

El eco lejano de la voz de Nissa resonó en mi cabeza. *El hombre que os espera también es rojo.*

El humano observó mi rostro durante un instante, antes de balancear su mirada de mis manos temblorosas a los ojos cerrados de su hijo.

—¿Cuál es vuestro nombre? El verdadero, si es posible.

—Me llamo Vienna. Vienna Daaé.

Una sombra oscureció aún más esos ojos tan negros.

—*Daaé* —escupió—. Oí que los señores de Sombramar habían muerto en un incendio hace lunas y que las únicas supervivientes habían sido acogidas como pupilas por la familia Verlac.

—Es una historia muy larga.

—Y yo tengo poco tiempo. El comedor ruge. Resumid, *lady Vienna.*

—Vuestro hijo me salvó traicionando a su señor; yo le he salvado traicionando a mi sangre. —Alcé la vista hacia el hombre, que me contemplaba con el rostro ladeado—. Si me encuentran los Verlac, me matarán. Si lo hallan a él, también lo matarán. Si es mi hermano quien nos ve, le cortarán la cabeza y yo engrosaré las filas de la

Orden Gris.

—Una situación idílica, sin duda —rezongó—. Aun así, estoy en deuda. Hacía mucho que no veía a mi hijo. Si arriesgó la vida por alguien como vos, con ese apellido…, es por algo. —Soltó todo el aire que había estado conteniendo con un resoplido—. Bajaré y os traeré algo de comer y beber.

—No es necesario, yo…

—No seáis remilgada. Un buen estofado os hará entrar en calor. —Vaciló, antes de mascullar entre dientes—: Mi nombre es Codrin.

No permitió que le contestara, la puerta se cerró tras él con un estrépito que hizo estremecer las paredes de la habitación.

Arrastrando mis piernas doloridas, me acerqué a la cama. El Fantasma respiraba roto, con los labios hinchados y morados todavía por el frío, marcas nuevas sobre un cuerpo que tenía ya demasiadas heridas antiguas.

No sabía qué hacer. Había seguido todas las indicaciones. Había llegado hasta la posada El Buen Caballero, pero no me había detenido a pensar qué haríamos después. No podíamos permanecer allí eternamente. La posada se encontraba en la provincia de Zéfiros, demasiado cerca del campamento de mi hermano y del Valle de los Cuatro Ríos.

¿A dónde podríamos marcharnos? Quizá podría acudir al rey Oberón, pero no estaba segura de cómo me recibiría mi tío. No temía el castigo que podría imponerme si averiguaba la relación que me unía a Erik, pero a él le arrancaría la cabeza. No podía acudir tampoco a otro señor fae del reino. Nadie me abriría sus puertas. Podría haber buscado refugio en las tierras de Raen, Sylvaris, pero con él apoyando a Kallias y el gobierno de su hogar bajo el control de la corona, no era ninguna opción.

Dejé caer los párpados, que pesaban como el plomo.

—Estamos perdidos —murmuré.

De pronto, oí un estruendo. El suelo vibró bajo mi cuerpo empapado. Unas voces comenzaron a ascender, como arañas trepando por las paredes. La madera crepitó.

Jadeé, con la vista clavada en la puerta cerrada, antes de abalanzarme sobre Erik. Tiré de su brazo con todas mis fuerzas y de

un violento empellón lo arrastré al suelo. Después, arranqué las mantas y lo cubrí por completo con ellas.

Estaba rodeando la cama cuando la puerta reventó contra la pared.

Di un paso atrás. Tres soldados, vestidos con armaduras, atravesaron el umbral. Sus ojos me devoraban. Todos llevaban los delicados lirios del valle dibujados en el peto de sus armaduras. El último sujetaba a Codrin, el posadero, por un brazo, amenazándolo a punta de espada.

—Sabía que era ella —dijo uno, con una sonrisa de perro—. Vi su rostro en la puerta del comedor.

—Maldita suerte —rio otro, dando un paso adelante—. Lord Veyl nos ascenderá a caballeros.

—Vaya, vaya —entonó el que quedaba, paseando su mirada por mí —. Cuando dijeron que habían visto a la pequeña zorra desagradecida, dudé. Soy escéptico por naturaleza.

El padre del Fantasma forcejeó, sin armas.

—¡Esta posada me pertenece! ¡Lady Vienna es mi huésped!

—*Era* tu huésped —corrigió el hombre que lo sujetaba—. Ahora es nuestra protegida. Estoy segura de que lord Veyl se sentirá encantado de verla de nuevo.

Desenvainé la espada. Al unísono, los soldados estallaron en carcajadas.

—La dama tiene una aguja para coser.

—Dejadla. Me gustan más cuando se resisten. —Un escalofrío de asco me recorrió cuando escuché aquellas palabras, idénticas a las que me había susurrado lord Erroll contra un muro en el Claustro de las Rosas—. Aunque estoy seguro de que desistirá cuando aprenda a jugar con nosotros. —Estrechó la mirada y palidecí al observar su expresión hambrienta—. Con *todos* nosotros.

—Lady Vienna es una dama fae de alta cuna y, como tal, será tratada con el respeto que merece —prorrumpió de pronto una voz a las espaldas de los soldados.

Al inclinarme, descubrí la figura espigada de sair Mikail. Mi antiguo maestro de esgrima. La esperanza me royó el estómago, pero su mirada era impenetrable.

—No tenéis poder en estos terrenos —dije, con la espada

temblando entre las manos—. No os encontráis en el Valle de los Cuatro Ríos.

—Sé tan bien como vos que ahora eso carece de importancia. Cuando esto llegue a oídos de lord Wynn, ya estaréis muy lejos de aquí. —Avanzó un paso mientras yo sentía cómo mi sangre se helaba—. Por favor, mi señora, bajad esa arma. No podéis hacer nada contra nosotros. Ni siquiera un caballero experimentado podría.

Lo miré durante unos segundos, sintiendo el brazo acalambrado y el aliento perdido de camino a mis pulmones. Tenía razón. No podía hacer nada, y tampoco intentar huir por la única ventana con la que contaba la habitación. Era tan pequeña que no cabía por ella.

Sacudí los dedos y la espada cayó. Al momento, los soldados se abalanzaron sobre mí. Uno de ellos arrojó a Codrin al suelo.

Con una cuerda gruesa y áspera me ataron las muñecas tras la espalda, apretándolas sin compasión y haciéndome soltar un quejido de dolor.

De un empellón, me obligaron a andar.

—Tenéis suerte de que tenga prisa, posadero —comentó uno de ellos, al pasar por su lado—. Quemaría hasta los cimientos de este maldito estercolero si dispusiese de más tiempo.

El hombre no lo miró a él; sus ojos azabaches se clavaron en los míos. Uno de los soldados tiró de la cuerda que me apresaba, y tan solo pude hacerle un gesto en dirección a la cama antes de verme empujada hacia el estrecho pasillo.

Fui conducida entre risas y tirones hasta el exterior, donde la ventisca había cobrado una fuerza demoledora. El niño que había visto antes, Kam, aguardaba con los caballos, procurando sujetarlos mientras estos se revolvían, asustados por la nieve y los truenos.

Me lanzó una mirada desorbitada al descubrirme flanqueada por aquellos hombres.

—Lady Vienna montará conmigo —dijo sair Mikail con firmeza.

El caballero que tiraba de mí gruñó algo entre dientes, pero me dejó ir con el capitán de la guardia, no sin antes obsequiarme con un nuevo empellón que me hizo perder el equilibrio y estrellarme de lleno contra la nieve apelmazada.

Rodé sobre mí misma y logré ponerme en pie antes de que sair

Mikail llegase a ayudarme.

—No sabéis cuánto lo siento —me susurró al oído.

Después de apartarme la nieve que me nublaba la mirada, me ayudó a subir a su caballo. Tenía las manos atadas, así que cuando el animal comenzó a moverse, tuve que apretar las piernas en torno al lomo para no caer.

Volví la cabeza durante un momento y contemplé por última vez una de las ventanas de la posada. Había luz, pero ninguna figura se recortaba en ella.

Intenté no apartar los ojos de esa visión, pero la figura de uno de los soldados que me habían apresado se interpuso en mi camino, convirtiendo aquel rectángulo iluminado en sombras.



SÉPTIMA PARTE

Jardín en llamas

Ahora cantan tu nombre con sus lenguas doradas,
con respeto y con rabia,
porque enseñaste a los Inmortales
que lo efímero también puede vencer.

Porque hay amores
que no buscan sobrevivir,
solo existir una vez
con la intensidad de una llama
destinada a morir.

Canción anónima creada por una hermana de la Orden Gris.
No hay registro escrito

42

Al igual que ocurrió la noche del incendio, mi memoria se convirtió en un tornado de recuerdos y angustia. En aquella ocasión no fue fuego, pérdida y lágrimas, sino frío, miedo y soledad.

Los soldados estaban acostumbrados a cabalgar jornadas completas, incluso durante un día entero si había necesidad de ello. Sin embargo, yo no, y no podía dormir para intentar evadirme del dolor constante que sentía en las piernas y del tormento que me desollaba la mente sin piedad. Ninguno de ellos pensó en mi incomodidad, así que no hicimos ni una sola parada en todo el camino. Dio igual la nieve, el viento, los rayos y los truenos. Hasta que los imponentes muros del castillo de Brumaverde no aparecieron en la lejanía, no aminoraron la marcha.

Llegamos cuando comenzaba a amanecer. Algunos criados pululaban de un lado a otro del patio de armas, con leña para la chimenea o agua para las habitaciones de los señores. Al vernos pasar, más de uno se detuvo en seco, contemplándonos con la boca abierta.

Uno de los soldados gritó de malas maneras a uno de ellos que corriera a avisar a lord Veyl.

No obstante, parecía que el señor fae esperaba mi llegada. Al acercarnos a las puertas principales, apenas unos minutos después, vi el resplandor rubio de su cabello y los ojos verdes entornados en una expresión ambigua. Cuando fijó su mirada en mí, tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para reprimir el escalofrío que trepó por mi columna vertebral.

Asintió cuando uno de los soldados se colocó frente a él, todavía subido al caballo, mientras sair Mikail desmontaba.

—Os hemos traído un regalo, mi señor. —Colocó el pie en mi costado, dándome un violento empujón. De no haber sido por el capitán de la guardia, que me atrapó mientras caía, me habría dado

de cara contra el suelo—. Estaba escondida en una posada y llevaba esto con ella. —Arrojó la espada que Raen me había conseguido a los pies del fae.

Lord Veyl pestañeó, incrédulo, balanceando la mirada del arma a mí. Había rabia en sus ojos, pero también algo parecido a la frustración.

—Habéis cometido un gran error —me susurró, antes de que sus pupilas relampaguearan—. Ya no puedo hacer nada. Os dije que mis consejos habían llegado a su fin.

—No quiero ningún consejo de vos —escupí, sin poder contenerme. Ya estaba condenada y el veneno corría descontrolado por mis venas—. Sois escoria.

—¿Queréis que la golpee? —preguntó uno de los soldados—. Una bofetada con el guantelete le romperá lo suficiente la boca como para acallarla durante un rato.

—No será necesario —repuso lord Veyl, con los labios apretados—. Sair Mikail, conducidla a las mazmorras y encerradla bajo llave.

El capitán de la guardia asintió, pero rehuyó mi mirada cuando me volví hacia él. Sujetó la cuerda que me amarraba y tiró con delicadeza de mí. Cuando empecé a caminar, las piernas gritaron de dolor tras tantas horas cabalgando. No obstante, apreté los dientes y me dejé conducir por el humano.

Hasta que los muros repletos de sobrerrelieves y hiedra se interpusieron en mi camino, mi mirada permaneció enterrada en la figura de lord Veyl.

—¿Mazmorras? —repetí, elevando la voz para que pudiera oírme—. ¿Por qué ya no me tratáis como vuestra invitada? ¿Qué ha cambiado, *mi señor*?

—Guarda silencio, por favor —me pidió sair Mikail entre dientes. Su voz me llevó a las clases de esgrima, cuando me corregía—. No lo empeores.

—No tengo miedo —repliqué con ira.

—No eres lo suficientemente estúpida como para no tenerlo.

Atravesamos el vestíbulo que tantas veces había pisado con un vestido más hermoso, sin rastro de barro, agua y sangre. Ya no quedaban invitados de los Verlac que caminasen por allí. Aparte de

la servidumbre, no había más que caballeros y algún que otro soldado que volvía de su guardia nocturna. Muchos me observaron sin poder ocultar la sorpresa cuando vieron cómo el hombre tiraba de mí para conducirme a las celdas bajo tierra.

La escalera que descendía hasta estas era fría y lúgubre. Los peldaños estaban mojados y resbaladizos. Tuve que bajar con mucho cuidado para no trastabillar y perder el equilibrio.

Apenas había antorchas encendidas, por lo que el hombre se vio obligado a tantear el pasillo con las manos cuando dejamos de descender.

Jamás había estado en esa zona del castillo, aunque sabía que existía. Todos tenían una.

Apestaba a humedad, orina y vómito. Las puertas de las celdas, barrotes entrecruzados, eran heridas contra las paredes. En el interior no había ni un mísero banco ni una simple palangana.

Aunque la mayoría de las celdas estaban vacías, un par de ellas estaban ocupadas por humanos que parecían pertenecer a la servidumbre. Ninguno se molestó en mirarme. O dormían, o estaban inconscientes.

O muertos.

—Esta es la mejor celda de la que disponemos —dijo sair Mikail cuando nos detuvimos—. Es lo único… que puedo hacer ahora por ti.

Me limité a observarle en silencio, mientras él parecía luchar sin palabras. Pero, fuera cual fuere ese sentimiento que relucía en sus ojos, no lo reconocí.

Giré la cabeza, con los dientes apretados. Me pareció oírlo resollar con impotencia.

—¡Rogger! —gritó de pronto, sobresaltándome—. ¡Ven aquí!

Una sonora maldición llegó hasta mis oídos, seguida poco después por unos pasos que, más que pisar, pateaban el suelo.

—*Joder*, ¿qué pasa? Maldita sea, ¿es que un *jodido* caballero no sabe abrir una *jodida* celda? ¿Es tan *jodidamente* difícil?

A pesar de la escasa luz que reinaba, pude percibir la figura gruesa que se acercaba a nosotros con rapidez. Era inmensa, mayor incluso que la del Fantasma, y despedía un hedor digno de un porquero.

—Eres el único que tienes las llaves —contestó el hombre con

paciencia.

—*Jodidas* llaves. —Escuché un tintineo, seguido del crujido de una cerradura al abrirse—. ¿Y quién es nuestro invitado? Veo una falda. ¿Alguna ramera que se ha quejado demasiado de algún servicio?

Sair Mikail me apartó con brusquedad cuando el carcelero intentó tocarme.

—Es una prisionera importante —advirtió, con la voz de acero—. Nada de acercarte y mucho menos de propasarte. Lord Veyl la quiere a salvo.

—Lord Veyl quiere muchas cosas. Venga, caballero. No tengo todo el día.

Mikail me dio un ligero empujón hasta la estancia diminuta de paredes y suelo frío, que despedía un olor a huevos podridos. Tenía un pequeño ventanuco junto al techo. No era mayor que mi mano, pero a través de él podía ver el suelo arenoso del patio de armas del castillo.

—No cometáis ninguna locura —me susurró el caballero antes de cerrar la puerta.

Arremetí contra ella, pero solo logré que él negase, apesadumbrado, y que el carcelero soltase una risotada. El hombro me ardió de dolor.

—*Jodidas* damas de alta cuna —le oí quejarse, mientras se alejaba.



La ventana era pequeña, pero suficiente para cumplir su función. A través de ella pude ver en numerosas ocasiones los zapatos rotos de los criados deslizarse por el patio, o los escarpes de los soldados. Por desgracia, no pude escuchar ninguna conversación. En una ocasión me pareció que decían mi nombre, pero el susurro se vio silenciado de inmediato con un severo siseo y unos pasos nerviosos que alejaron a los humanos de mi celda.

El sol cruzó el cielo, llegando a su punto más alto para después descender con una lentitud inaguantable. Para comer, no me

ofrecieron más que un mendrugo duro de pan con verdura medio podrida y una copa de un agua que sabía amarga y estaba turbia. Cuando no lo soporté más, no tuve más remedio que acuclillarme en una de las esquinas de la mazmorra y aliviarme, mientras la cara me dolía por la vergüenza.

La noche cayó y, con ella, una nueva ración de comida tan ínfima como su predecesora. No dormí apenas, el suelo helado y los rugidos de mi estómago me lo impidieron. Al amanecer, cuando los primeros rayos del sol se colaron por la pequeña ventana, escuché unos pasos arrastrados dirigirse hasta la puerta de la celda.

—*Jodidas* órdenes. Siempre tan oportunas.

El cerrojo chirrió y la puerta temblequeó por un súbito golpe antes de abrirse por completo.

—Os requieren allá arriba.

La luz de las antorchas que poblaban la galería era débil, pero lo suficiente como para ver a las dos figuras que se recortaban en el umbral del calabozo. Una de ellas pertenecía al carcelero; la otra, a juzgar por el uniforme, a un guardia.

Entrecerré los ojos, medio cegada, cuando el hombre acercó la candela a mi cara.

—Tenéis que levantaros, lady Vienna. Os están esperando.

Al menos, aún seguía refiriéndose a mí con mi título. Quizá fuera una simple concesión ante mi ejecución, porque estaba segura de que era aquello lo que me esperaba después de que alguien requiriese mi presencia tan a primera hora de la mañana. Era el momento en el que se ajusticiaba a los prisioneros. No tenía duda de que los Verlac querrían convertir mi muerte en un acto privado, íntimo y silencioso.

Mareada por el cansancio, el dolor y el hambre, me dejé guiar por el humano mientras el carcelero no dejaba de gruñir a nuestras espaldas. Avanzaba muy despacio, así que el guardia, impaciente, maldijo por lo bajo y me agarró del brazo para arrastrarme.

No me condujo por los pasillos que habitualmente había recorrido durante mi estancia en el castillo de Brumaverde. Me llevó por galerías estrechas y secundarias, por las que apenas correteaban los criados, que casi no tenían tiempo para dedicarme una mirada. No

obstante, adiviné hacia dónde se dirigía. Nunca podría olvidar el camino a los aposentos de lord Kyros después de aquel castigo que había recibido semanas atrás.

Casi sentí lástima por aquella hierba viva que decoraba las galerías del ala familiar de los Verlac. Dejé huellas húmedas y embarradas en ella.

El guardia dio unos pequeños golpes cuando estuvo frente a la puerta. Tras asegurarse de que no hubiera nadie a nuestro alrededor, la abrió y me hizo entrar de un empellón.

—Debería haber ordenado que os diesen un baño. Apestáis.

Alcé la mirada hacia la dueña de aquella voz, que me contemplaba apoyada en la chimenea, con los brazos cruzados y el lánguido rostro ladeado. Sus ojos atigrados relumbraban con un brillo extraño, que contrastaba en demasía con la amplia melena que resbalaba libre hasta alcanzar el borde de su vestido.

—Lady Nohr —siseé, como si lo que acabase de pronunciar fuese una maldición.

Pero no solo ella se hallaba en la estancia. Muy cerca, con aspecto nervioso y preocupado, vi a lord Kyros. Tenía las manos fuertemente unidas y taconeaba ligeramente sobre la alfombra que cubría el suelo. De vez en cuando, sus ojos se desviaban hacia la izquierda, en donde lord Veyl, con aspecto mucho más relajado, me observaba desde un alto sillón aterciopelado.

Levanté la barbilla, desafiándolos con la mirada.

—En vuestra situación, una fae inteligente se postraría ante nosotros y pediría misericordia —habló de nuevo lady Nohr, dando un paso hacia mí.

—¿Eso cambiaría mi destino? —pregunté, con voz ronca—. Sé muy bien que no lo haría. Si fuera así, no me habríais llamado a estas horas de la mañana.

—¿Tantas ganas tenéis de morir, lady Vienna? —murmuró lord Veyl, chascando la lengua con fastidio—. Si os quisiera muerta, habría mandado un verdugo a la celda. Os habría separado la cabeza del cuerpo antes de que os diese tiempo a gritar.

Apreté los labios, confundida, y di un paso atrás. No podía retroceder más, notaba los omóplatos clavados en la puerta de la

estancia.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

Lord Kyros dejó escapar un pequeño gemido y se removió en su posición, enervado. Miraba de soslayo un pequeño caldero suspendido sobre las llamas de la chimenea, humeante. Desprendía un olor dulzón que llegaba hasta mí.

—Se ha producido mucho derramamiento de sangre. Pero, siendo sinceros, no del tipo de sangre que lleva a los señores a replantearse detener las contiendas. —Lord Veyl suspiró y se incorporó con elegancia de su asiento—. Quiero que escribáis una carta a vuestro hermano. Decidle que haga cesar esta locura, porque, de no hacerlo, vuestra sangre se unirá a la ya derramada.

Entorné la mirada, sin entreabrir los labios. Sabía que aquella petición era imposible. No tenía futuro ninguno. Al fin y al cabo, tras mi huida, todo el campamento de mi hermano estaría al tanto de mi traición. Una carta de súplica no cambiaría nada. No cederían. Conocía la naturaleza fría de mi madre y el instinto belicoso de Kallias. Y después de lo que le había hecho a Raen, nunca podría contar con su ayuda. Ninguno de ellos hincaría la rodilla para salvarme. No después de lo que les había hecho.

—¿No decís nada? —siseó lady Nohr.

—Vos quemasteis nuestro hogar —murmuré, clavando mis ojos en ella—. Kallias no detendrá su ataque hasta que no le ofrezcáis algo más que mi insignificante vida.

—Podréis quedaros con vuestras malditas tierras costeras —ladró lord Veyl con voz brusca—. No me interesan.

—Oh, ¿ya no? —Dejé escapar una risa fiera—. Kallias necesita un castigo severo para los culpables. En el incendio no solo fue mi hermana la perjudicada. Él sabe que asesinasteis a mi padre antes de que el fuego se propagara. Sabe que culpasteis a uno de nuestros soldados. Vuestro incendio asesinó a decenas de guardias, doncellas y criados.

—No oséis comparar la vida de una sirvienta con la de lady Nohr —intervino lord Kyros, con la voz más temblorosa que de costumbre.

—Es cierto. Las criadas limpian letrinas. —Con las manos convertidas en puños tensos, avancé hacia la fae, sin parpadear—.

Vos sois mucho peor.

—Cuida tu lengua, niña —me advirtió, esbozando una sonrisa dulce—. A no ser que quieras perderla.

Me volví hacia lord Veyl, que, pálido de ira y tensión, balanceaba la mirada de su esposa a mi patética figura. Tenía las manos entrelazadas sobre su estómago, con los nudillos blancos como la leche.

—Sois un señor poderoso y tenéis la oportunidad de recibir mi perdón si os rendís y postráis las armas ante mi hermano. Vos y solo vos sois el culpable de todo lo sucedido. Averiguasteis lo que habían causado lady Nohr y lord Kyros, y no hicisteis nada por remediarlo. —Tomé aire y obligué a mi voz a sonar serena, firme—. Tenéis la oportunidad de actuar como debéis. Dejadme libre y escribid a vuestro hermano el rey. Puede que él os conceda un indulto real, os perdone la vida y os permita mantener parte de vuestras tierras.

Lady Nohr colocó su mano pálida en el hombro de su esposo, que se había envarado súbitamente. Sus dedos se tensaron sobre el terciopelo negro y blanco.

—Sé que no sois como ellos. Sabéis que lo que han hecho es algo horrible, algo que debe ser castigado. Por favor. Tenéis la oportunidad de arreglarlo. Os lo suplico… *Hacedlo*.

Los dedos de la fae se crisparon, las uñas se enterraron en aquella tela cara. Su sonrisa empalagosa había desaparecido y algo similar al peligro brillaba en sus ojos casi dorados. Parecía asustada.

De pronto, en el preciso instante en que lord Veyl entreabría los labios, la puerta de la estancia se sacudió con violencia.

Tras ella, jadeando, apareció sair Mikail. Tenía el rostro pálido y arrugado en una mueca descompuesta.

—Mi señor, siento la interrupción, pero… —Tragó saliva y me dedicó una mirada fugaz—. Según nuestros exploradores, las tropas de lord Kallias Daaé han comenzado a moverse en dirección al castillo. Avanzan lentamente, pero los tendremos aquí en unas horas.

—Avanzan lentamente porque ha levantado a todo su maldito campamento —masculló el aludido, desviando la mirada de nuevo hacia mí—. Tenéis un hermano impaciente, lady Vienna. Y estúpido.

Pocos se atreverían a asediarnos.

—Mi señor, por favor… —insistí—. Aún estáis a tiempo. Veldara no se encuentra muy lejos, si avisáis al rey…

—No habrá aviso ninguno —replicó lord Veyl, antes de apartar la vista—. Sair Mikail, dad la orden a los caballeros. Quiero a todos los guardias en sus posiciones. Arqueros en las almenas y soldados de a pie frente a las puertas. Ningún maldito bastardo cruzará mis murallas. —Mientras sair Mikail desaparecía como una exhalación por la puerta, lord Veyl me lanzó una mirada por encima de su hombro—. Lo siento, lady Vienna. Solo sois una dama. No podéis hacer nada más en este asunto. La decisión está tomada y vos nunca podréis influir en ella.

Me quedé inmóvil, fría y con la piel erizada mientras el fae desaparecía tras la ornamentada puerta de la habitación, siguiendo el camino del capitán de su guardia.

43

El silencio que se apoderó de mí me hizo jadear. Con el corazón latiendo desesperado contra mis costillas, me volví. La sonrisa de la señora del Valle de los Cuatro Ríos me pareció más peligrosa que cualquier arma.

—Nohr, la infusión —farfulló lord Kyros mientras se dejaba caer en el asiento que anteriormente había ocupado su hermano—. *Por favor.* La necesito.

—Por supuesto, querido.

La fae tomó una copa que reposaba sobre el escritorio y la sumergió en la infusión burbujeante. Las gotas resbalaron por el borde y sus dedos afilados, dejándolos pegajosos.

—Estáis pálida como la cera, lady Vienna —comentó, observándome por encima de su hombro—. ¿Queréis vos también una taza?

Quise escupirle.

—No sé cómo podéis mirarme a la cara.

—Yo tampoco, querida. Tenéis un aspecto verdaderamente deplorable. —Se acercó a lord Kyros y le tendió la bebida. El fae se aferró a ella con desesperación—. Aunque vuestra mirada es verdaderamente fiera. Parecéis enojada. ¿Qué ocurre? ¿Deseáis abalanzaros sobre mí para destrozarme con vuestras propias manos?

—Preferiría hacerlo con una espada —repuse, gélida—. Así sería más rápido.

—Vuestra lengua os pierde —suspiró, mientras observaba de soslayo cómo el fae bebía con demasiada rapidez la infusión, que debía estar ardiendo—. Decidme, tengo curiosidad. ¿Cuándo averiguasteis el engaño? Debió ser duro para vos seguir inclinándoos ante nosotros después de saber todo lo que os habíamos hecho.

—Vuestros guardias no fueron lo suficientemente eficientes como para interceptar a Raen.

—¿Raen? Ah, ese irritable joven. El heredero de Sylvaris. —Lady

Nohr frunció los labios y la arruga estropeó su precioso rostro—. Espero que no cometieseis ninguna locura cuando os encontrasteis a solas con él. Una dama fae que no llega virgen al matrimonio es considerada una puta.

—Me imagino que por ello elegisteis a lord Erroll como mi futuro esposo —siseé con ira.

—Es una lástima que tengáis que morir, sois más lista que la mayoría de las damas que tengo que soportar —suspiró. Sus dedos acariciaron distraídamente el hombro de lord Kyros.

Sacudí la cabeza y avancé un par de pasos. Hundí mis pupilas en el hermano de lord Veyl. Sus ojos verdes se movieron de un lado a otro, ansiosos, incapaces de sostenerme la mirada.

—Sois una mera marioneta, ¿no os dais cuenta? —exclamé, señalando con el índice la expresión risueña, casi aburrida, de lady Nohr—. Os habéis dejado manejar por ella. Sospecho que fue su idea, no la vuestra.

Lord Kyros pegó su espalda enclenque al respaldo de la silla, incómodo y sudoroso. La nuez se movió arriba y abajo cuando tragó saliva. El blanco de sus ojos se había teñido de rosado por culpa de las venas que lo recorrían, como cientos de patas de araña.

—Los sermones y las súplicas no valen ahora, lady Vienna. Deberíais haberos percatado —comentó lady Nohr con calma—. Ya no hay vuelta atrás.

—¿¡Es que no os dais cuenta de lo que habéis hecho por un simple puñado de tierras!? —grité, sin poder contenerme. Lord Kyros, sobre su asiento, dio un violento respingo que a punto estuvo de hacerle resbalar—. Sois rica. Tenéis todo. ¿¡Para qué necesitáis más!?

—No son solo un puñado de tierras —siseó lady Nohr, clavándome una mirada honda y abismal—. Es prestigio, fama, respeto y un seguro para el futuro de mi hija. Habéis vivido toda vuestra vida rodeada de nobles, así que tendríais que conocer ya sus ambiciones. Lo vuestro fue únicamente mala suerte. De no haber sido elegida como futura esposa del príncipe heredero, de haber existido una familia más poderosa que la vuestra, habría depositado mis atenciones en ella.

—¿Lo sabíais? —musité—. ¿Sabíais que tenían intención de

prometerme con el príncipe heredero?

Lord Kyros asintió, alterado, con el sudor resbalando por su rostro pálido. Sus dedos tiraron con cierta insistencia del cuello alzado de su jubón negro y plateado.

—Por supuesto que sí. —Lady Nohr apretó los labios en un gesto de hastío—. Casi tuve deseos de matar a Oberón con mis propias manos cuando se dejó llevar por el sentimentalismo y el recuerdo de su esposa muerta. Por un deseo absurdo que no tenía por qué recordar.

Lord Kyros ya no solo parecía angustiado, daba la sensación de encontrarse al borde del colapso. Me miró y se llevó una de las manos al pecho, arrugando la ropa entre sus dedos.

Lady Nohr se separó un paso de él para dedicarle una breve mirada ceñuda.

—Me… duele…

El fae emitió un jadeo ahogado y se aferró convulsionando a los reposabrazos del sillón. Tenía los ojos muy abiertos, muy blancos, y los labios le temblaban tanto como sus extremidades. Se le habían puesto azules.

— … *tanto*.

Un último estertor lo arrojó de su asiento. Intenté alcanzarle, pero cuando extendí las manos, él ya se había dado de bruces contra el suelo.

Lord Kyros rodó sobre sí mismo, con el pecho ascendiendo y descendiendo a una velocidad vertiginosa. Sus pupilas, en las cuencas, no cesaban de balancearse de lady Nohr hasta mí, sin descanso, cada vez a más velocidad. Y de pronto, como si un súbito sueño lo poseyera, cerró los ojos y dejó de temblar.

Su pecho se mantuvo inmóvil.

Me llevé las manos a la boca y retrocedí, horrorizada. Lady Nohr se inclinó con calma sobre su cuñado y tocó con delicadeza su cuello, todavía húmedo de sudor. Mantuvo los dedos presionados sobre la piel blanca. Tras unos instantes, volvió a erguirse y me contempló con una expresión extraña.

Di un paso atrás, comprendiendo de pronto.

—Vos… vos… —Retrocedí hasta sentir los huesos clavarse en la

dura pared de piedra—. Vos le habéis preparado la infusión. Vos se la habéis servido.

—Los lirios del valle son flores peligrosas. Pueden mantener con vida a un corazón enfermo durante muchos años, pero unas hojas de más logran empeorar su estado. *Muchas* hojas de más consiguen una muerte pronta y casi inmediata. Incluso en un fae —canturreó ella, observando asqueada los ojos cerrados del hombre—. Últimamente decía muchas sandeces relacionadas con la culpa y el amor; incluso llegó a insinuar que le confesaría lo nuestro a Veyl. No podía permitirlo. Me arrancarían las orejas y me encerrarían de por vida en algún convento de la Orden Gris. Una dama fae como yo no está hecha para oraciones, curas y trabajos de campo.

—Pero… yo os vi besarlo… —murmuré, sintiendo el rugido turbulento de la sangre tronar en mis oídos—. Pensé que…

—Sois más chismosa que las doncellas —comentó ella, sin parecer en absoluto sorprendida—. ¿Qué pensasteis? ¿Que un simple y maldito beso lo mantendría a salvo? ¿Que mi cuerpo era una promesa para toda la eternidad? ¿Que lo que le susurraba al oído eran canciones de amor? Bien, eso creía él… y se equivocaba.

—Pe… pero os ayudó… —tartamudeé, con las palabras tropezándose con mis pensamientos—. Deberíais…

—¿Estarle agradecida? Creedme, se lo agradecí con creces en mi dormitorio. Quizás en demasiadas ocasiones. —Torció el gesto y se dejó caer con majestuosidad en la silla que anteriormente habían ocupado los dos hombres—. Es sencillo de entender, lady Vienna. Kyros quería confesar nuestros juegos sucios de cama a mi marido y yo no podía consentirlo. Era su vida, o la de Veyl. Y la existencia de Kyros ya me había proporcionado todo lo que escasamente podía.

Entreabrí los labios intentando decir algo, aunque ni una palabra llegó a alcanzarlos. Estaba demasiado espantada como para mover siquiera la lengua.

—Oh, no me miréis de esa forma. Podéis jugar con espadas y desear las responsabilidades de un varón, pero habéis utilizado unos métodos parecidos a los míos. Lo sé. —Alzó una de sus comisuras con burla, entornando la mirada con suspicacia—. Contadme cómo lograsteis escapar de la batalla que se libró en el Cruce Celestial.

Estoy intrigada por ello. ¿Cómo, una joven como vos, consigue huir de decenas de hombres que han recibido la orden de matarla?

Palidecí, manteniendo los labios unidos con firmeza. Tenía los puños cerrados pegados a mi espalda.

—¿Dónde está el Fantasma? —insistió.

Algo en mi mirada debió cambiar, porque mi expresión le arrancó una nueva sonrisa, más artera incluso que la anterior.

—Miraos, tan pequeña y tan hipócrita. Me imagino que fue fácil manosear con falsas promesas a un pobre humano que está destrozado, tanto por dentro como por fuera. Habéis tenido un gusto horrible, pero he de reconocer que sois inteligente. Elegisteis al mejor caballero para que os protegiera.

—No tenéis ni idea de lo que habláis —siseé, con la ponzoña palpitando en la voz—. Y algún día os haré tragar esas palabras a golpes.

Su sonrisa se estiró un momento antes de que volviera de improviso su rostro marmóreo hacia la puerta cerrada.

—¡AYUDA! ¡Por favor, ayuda! —aulló de pronto, sobresaltándome —. ¡NECESITO AYUDA!

Al instante, en la estancia prorrumpieron un trío de guardias vestidos con sus armaduras y con las espadas desenvainadas destellando en sus manos. Sus ojos se desviaron de mi figura al cuerpo inánime de lord Kyros.

—¡Mi señora! ¿Qué…?

—Se ha derrumbado de súbito. Llamad de inmediato a las hermanas de la Orden Gris para que lo atiendan. —Al instante, los tres humanos se pusieron en movimiento—. Vos no, quieto. Acercaos a mí. —Uno de ellos, confundido, se aproximó lo suficiente como para que la dama fae le hablase al oído en un tono de voz inaudible para sus compañeros, pero no para mí—. ¿Os gustaría un título de caballero? ¿Una habitación propia donde dormir? —El aludido asintió aturdido, frunciendo levemente el ceño—. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Agust, mi señora.

—*Sair* Agust —corrigió ella con suavidad, observándome de soslayo —. Os quiero transmitir una orden. Como sabréis, en apenas unas

horas puede que entremos en batalla…

—Toda la guardia está lista para ello, lady Nohr.

—Vos no estaréis en los muros del castillo. —Su dedo pálido se alzó, señalándome—. La acompañaréis y la vigilaréis en las mazmorras. Si por alguna eventualidad os llegara la noticia de que un caballero… de que un solo caballero enemigo ha logrado traspasar las barreras de esta fortaleza, cortadle las orejas, y después, ejecutadla. —El hombre parpadeó, observando de soslayo mi expresión destrozada—. Hacedlo como gustéis. Pero si perdemos esta batalla, quiero ver su cadáver antes de que las puertas caigan. ¿Entendéis lo que os digo, sair Agust?

—Sí, mi señora… Así se hará.

44

No se molestaron en traerme comida. Lo único que se deslizó por mi garganta fue la saliva y una pequeña jarra de agua turbia que me proporcionó el carcelero tras muchas peticiones.

A diferencia del día anterior, que había permanecido sumergida en un silencio casi absoluto, roto únicamente por alguno de los quejidos de mi vigilante, la jornada se vio acompañada en todo momento por pisadas continuas y voces que provenían del pasillo colindante y del patio de armas, cuyo suelo podía ver a través del ventanuco de la celda.

En más de una ocasión escuché siseos acelerados y furiosos al otro lado de la puerta, en donde esperaba el guardia que se convertiría en caballero si ejecutaba mi sentencia de muerte.

Daba igual cuánto rezase a los Inmortales. El destino estaba escrito. Sabía que todo aquel revuelo era provocado por los hombres que se estaban preparando para la batalla.

No me equivoqué. Cuando el sol declinaba y estaba a punto de dejar a mi calabozo desprovisto de luz, logré ver por la pequeña ventana cómo cientos de hombres se reunían en el patio, pegados entre sí por la falta de espacio, antes de atravesar en riguroso orden el puente levadizo del castillo de Brumaverde.

Observé aquello con las uñas clavadas en las paredes de la celda y el corazón latiendo con desenfreno.

Todo podía acabar en unas horas. Si los Verlac vencían, mi familia estaría condenada, y si Kallias y sus hombres lograban no perder, yo moriría.

No sabía cuál de los dos finales me resultaba más siniestro y desgarrador.

Estaba tan concentrada, mirando de puntillas por el diminuto ventanuco, que no percibí el sonido de las llaves hasta que la puerta comenzó a abrirse a mi espalda. Me volví con violencia, temiendo ver el soldado al que lady Nohr había ordenado vigilarme. Y

matarme.

Sin embargo, la figura que se adentró en la pequeña estancia no llevaba armadura. Durante un absurdo momento pensé que se trataba de Fern, pero cuando la joven alzó la antorcha que portaba hasta su rostro, descubrí unas orejas puntiagudas asomar entre un largo cabello rubio, que llegaba libre hasta más allá de la cadera.

—¿Qué hacéis aquí? —musité, contemplando boquiabierta a Odile Verlac.

Me lanzó una mirada inescrutable mientras el guardia se inclinaba en su dirección y gruñía entre dientes algo que solo pudo escuchar ella. Pareció conforme, porque sacudió la cabeza y el soldado cerró la puerta a su espalda.

—Los hombres a los que compra mi madre son muy caros. He tenido que darle algunas de mis mejores joyas para que me proporcionase un instante a solas con vos —dijo, en un hilo de voz casi inaudible—. Espero que valgáis la pena.

Tragué saliva, sin poder dejar de mirarla. Me sentía tan confusa por aquella intempestiva visita, que durante un momento olvidé cómo mover la lengua. Ella rio con suavidad al ver mi expresión y paseó la mirada por la celda, arrugando los labios con asco al descubrir el charco oscuro en una de las esquinas.

—Esto es verdaderamente repugnante.

—Habéis dicho que solo disponéis de un instante —logré articular por fin—. Así que hablad, porque dudo de que hayáis sacrificado vuestras joyas para reíros de mí.

La sonrisa de Odile Verlac se afianzó en sus gruesos labios. Entornó la mirada, como si quisiera sumergirse aún más en mis ojos, y, sin apartarla ni por un momento de mí, deslizó las manos bajo la túnica que la cubría. Cuando desvié la vista hasta ellas, descubrí sus dedos cerrados en torno a la fría empuñadura de una espada.

—Os dije que era la única que podía ayudaros —murmuró, alzando el arma en mi dirección—. Y esta es mi ayuda. A mis oídos ha llegado que habéis recibido clases de esgrima, así que espero que hagáis un buen uso de ella.

Parpadeé, paralizada ante aquel inesperado gesto. Odile, impaciente, avanzó hasta mí y apretó la vaina contra mi estómago.

—Tu doncella tiene buena mano para robar —observó, arqueando una de sus finas cejas—. Es lo único que puedo proporcionarte. Eres una rehén importante y ningún soldado intentaría liberarte ni por todo el oro del mundo. Solo obedecerán las órdenes de mis padres.

—No puedo hacer nada contra un centenar de guardias —mascullé, mirando en dirección a la puerta.

—Entonces, tendréis que correr muy deprisa.

—No lograré huir muy lejos, lo sabéis. La batalla…

—La batalla puede que ni siquiera se inicie —me interrumpió ella, observando nerviosa la pequeña ventana—. No soy ninguna estúpida. El rey Oberón se dirige en estos momentos hacia nuestras tierras, con intención de detener la lucha.

—¿El rey? —repetí. De pronto, la garganta se me llenó de fuego.

—Os lo dije, no tratáis con una idiota. La única manera de detener todo esto era escribir a la Corte relatando todo lo sucedido. Y yo era la única que podía hacerlo. —Apretó los labios y bajó considerablemente el tono de su voz—. Vuestro hermano está tan sediento de venganza que un castigo real nunca habría sido suficiente para él, y mi padre habría perdido a su esposa y parte de sus tierras de haber confesado la traición en la que había participado su familia. Si vos hubieseis enviado alguna misiva, la habrían interceptado y la habrían leído, y llevaríais más de dos días encerrada en las mazmorras.

Pestañeé, sobrecogida, contemplando a Odile Verlac como si fuese la primera vez que lo hacía.

—Podéis quedaros aquí, con el arma bien escondida entre los pliegues de vuestro vestido mugriento, y esperar a que la batalla finalice con la llegada del rey. O podéis armar el escándalo al que estamos acostumbrados en esta fortaleza, llamar la atención del guardia que os custodia y escapar de las mazmorras.

Unos golpes secos estremecieron la puerta y la joven fae se acercó un par de pasos a mí, bajando aún más el tono de su voz hasta casi hacerlo desaparecer por completo.

—Si queréis ayudar a vuestro hermano a ganar esta batalla, tenéis que impedir que mate a mi padre.

—¿Qué? —jadeé, con una risa amarga atrapada entre los labios—.

Kallias lo odia. Lo buscará en campo abierto, y si no intenta asesinarlo con sus propias manos, ordenará a sus hombres que lo masacren.

—Entonces, esta historia no tendrá un final feliz para vuestra familia.

Leí en sus ojos algo que me hizo comprender.

—El rey… —comencé, con los dientes apretados por la impotencia.

—Exacto. Vuestro hermano actúa desobedeciendo al rey. Tendría que haberle comunicado lo que realmente ocurrió, en lugar de esperar, entre las sombras, el momento para vengarse.

—¡Vuestra maldita familia mató a mi padre, masacró mi hogar! —grité.

—¿Cómo encontraréis al caballero que lo hizo? Conociendo a mi madre, quizá solo quedan de él los huesos. No se arriesgaría a dejar con vida a un humano que podría delatarla en algo así. —Dejó escapar una carcajada hueca—. Y si tenéis suerte y ese caballero sigue con vida, ¿creéis que hablará, que admitirá que asesinó a uno de los grandes nobles del reino? No podréis demostrar lo sucedido sin pruebas. Lo único con lo que contáis es con el incendio en el que el propio rey Oberón estuvo presente. Un ataque horrible, pero a sus ojos no justificará la muerte de mi padre.

No fui capaz de hablar. Me quedé paralizada, escuchando cómo mi sangre aullaba al correr por mis venas.

Los golpes en la puerta se repitieron. Esta vez, con más urgencia y brusquedad.

—¡Mi señora! —exclamaron, desde la galería—. Vuestro tiempo…

—Debo marcharme —susurró Odile, ahogando con sus palabras las del hombre—. Rezad con todo vuestro fervor si decidís quedaros aquí y no utilizar esa espada que os he dado. Rezad para que vuestro hermano no mate a mi padre. Porque si él o alguno de sus hombres lo asesina, esto tendrá un mal final.

Hizo amago de marcharse, pero mi mano se volvió rápida. Enredé los dedos con fuerza en torno a su muñeca.

Odile sacudió la extremidad y levantó la mirada hasta mí.

—No sé cómo…

—Guardaos vuestros agradecimientos —repuso ella, separándose

unos pasos—. No os habría ayudado si no tuviera la posibilidad de ganar algo. Puede que no sea como mi madre, pero mi sangre pertenece a los Verlac. Recordadlo.

Me dedicó una media sonrisa antes de murmurar algo al soldado que aguardaba al otro lado de la puerta y desaparecer tras ella. No dijo nada más, ni siquiera miró una vez por encima de su hombro. Desapareció tras la recia puerta del calabozo.



Cuando la noche cayó, empecé a oír los primeros gritos. Chillidos, alaridos y maldiciones escupidas por soldados. La batalla había llegado a los muros del castillo de Brumaverde. Lo sabía, a pesar de que no podía verlo con mis propios ojos.

Me mantenía de pie, con las manos clavadas en las piedras y el corazón sin posibilidad de aminorar su ritmo desenfrenado.

Al otro lado de la puerta, Agust, o sair Agust próximamente, también parecía nervioso. No cesaba de escucharlo caminar arriba y abajo, paseando junto a mi puerta. Llevaba así horas. Pero, de pronto, su caminar se detuvo y oí su voz llamar al carcelero.

Momentos después, hizo eco el crujido de la llave al revolverse dentro de la cerradura.

Me abalancé sobre la espada que había dejado en el rincón, en un ángulo muerto, tras la visita de Odile. La desenvainé y la escondí bajo mi capa de viaje destrozada. Me cubrí todo lo que pude con ella.

El humano abrió la puerta de mi celda con violencia y la hizo estallar contra la pared de piedra. El silencio que siguió fue peor.

Solo necesité dedicarle un vistazo a sus ojos para comprender.

—Vais a matarme —murmuré, dando un paso atrás. La empuñadura parecía arder entre mis manos—. Ni siquiera vais a esperar a que los hombres de mi hermano se adentren en la fortaleza.

—Lo siento mucho, mi señora —contestó él, sin parpadear—. Pero

según lo que he oído, no tardarán en invadir el castillo. Solo sería retrasar lo inevitable. ¡Carcelero, ven aquí!

Se llevó una de sus manos al cinto que colgaba de su cadera y desenvainó un largo puñal.

Di un paso atrás, pálida, y el filo de mi arma me arañó los talones.

El carcelero cerró la puerta a su espalda con un golpe seco. Me dedicó una sonrisa huraña cuando me vio pálida, acorralada contra la pared.

—Sujétala bien —ordenó el guardia.

El cuerpo del aludido era inmenso, pero sus extremidades eran demasiado largas y su andar, torpe. Sin embargo, se movió con tanta rapidez que, cuando quise apartarme, sus manos me aferraron los brazos con fuerza. Con tanta, que un calambre de dolor me recorrió y mis manos se abrieron con un espasmo.

La espada resbaló de mis dedos, pero no cayó al suelo. Quedó de pie, inclinada sobre su punta, entre mi cuerpo y la pared, en un precario equilibrio que se rompería si me movía con brusquedad.

Estiré los dedos hacia la empuñadura, desesperada, pero el carcelero me sujetaba con manos de hierro.

El aire se me escapó de los pulmones en un resuello cuando vi acercarse al guardia, con el puñal a la altura de mis mejillas.

Aquello no sería solo mi ejecución. Sería una mutilación ritual.

Un despojo.

El carcelero me obligó a inclinar la cabeza, a permanecer inmóvil, como si mi cuerpo ya no me perteneciera.

Mis dedos se movieron y, con las yemas, logré acariciar la empuñadura. Estaba tan, tan cerca…

Unos dedos se enterraron en mi mejilla y me inmovilizaron la cabeza. Sentí el metal frío acercarse a mi oreja izquierda.

El mundo se estrechó hasta convertirse en ese punto exacto donde la respiración se me atascó en la garganta.

—¡No…! —susurré, sin saber a quién me dirigía.

El dolor llegó como una ola.

Me sepultó.

No fue solo físico. Fue un estallido blanco que me llenó la cabeza, un latigazo que me arrancó un grito involuntario, crudo, animal. La

sensación no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Incendiaba. Pulsaba. Era un dolor que no terminaba en el borde de la herida, sino que se expandía.

Sentí cómo me arrebataban algo. No solo un fragmento de carne, sino algo más profundo, más antiguo, ligado a lo que yo era. El fuego se extendió por mi rostro, por mi cuello, por mi pecho, dejándome sin fuerzas.

Noté el calor húmedo deslizándose por mi piel y se me escapó un sollozo antes de que pudiera contenerlo.

Cuando la presión cesó, el mundo se retorcía a mi alrededor.

Temblaba entre los brazos del carcelero. Sentía el lado izquierdo de la cabeza arder y latir con una violencia que me mareaba.

—Sujétala bien —oí decir a Agust. Estaba cerca, pero su voz sonó muy lejana—. Falta la otra.

Esa última palabra me atravesó el pecho.

Me revolví con una fuerza que no sabía que me quedaba. Eché el codo hacia atrás, golpeé a ciegas y mis dedos lograron alcanzar por fin la empuñadura de la espada. El dolor seguía ahí, pero ya no me paralizaba; me incendiaba.

Vi de reojo la figura tambaleante del carcelero intentando retroceder. Las lágrimas me cegaban.

—¡Atrás! —oí que rugía.

Yo no obedecí. Tomé impulso y, con una maniobra limpia, casi con sencillez, hundí el filo en el abdomen del humano, y lo atravesé de lado a lado. No aparté la mirada, supe el momento exacto en que su vida era arrancada de su cuerpo. Las pupilas le brillaron de terror antes de apagarse por completo.

Me volví hacia el guardia, paralizado a solo un brazo de distancia.

Me llevé la mano a la cabeza, sintiendo la sangre caliente, la ausencia imposible, y levanté el rostro con una furia nueva, desnuda, terrible.

Mi oreja puntiaguda se encontraba presa entre sus dedos, húmeda y todavía caliente.

No quedaba dignidad que preservar. Él, lady Nohr, me la habían arrancado.

—No —pronuncié, con lentitud—. *La otra, no.*

45

Permitirle reaccionar era algo a lo que no podía arriesgarme. Así que no lo hice. El guardia alzó el puñal y, con su otra mano, buscó la espada que colgaba de su cinturón, pero yo ya había levantado la mía.

Le atravesé la garganta. Con tanta rabia, que arrastré el cuerpo y lo empalé contra la pared. El filo se clavó en las grietas de las piedras mientras, poco a poco, una cascada sangrienta las empapaba.

El humano no había muerto todavía. Manoteó, intentando apartar aquella hoja plateada. Pero no llegó a tocarla, la arranqué y retrocedí, mientras él se derrumbaba a mis pies. Mi oreja cayó al suelo, junto a su mano que se abría y cerraba entre espasmos.

Durante un momento, solo mi respiración jadeante hizo eco en aquella celda salpicada de rojo. Parecía que cientos, miles de rubíes me cubrían las manos, el rostro, pero mi mente se había quedado en blanco.

El dolor de mi oreja perdida se había vuelto una molestia extraña. Un zumbido intenso me llenaba los oídos. Como el zumbido constante de las abejas, o los gritos de los moribundos.

—Adiós, *sair* Agust.

Cuando recuperé el sentido, me encontré corriendo velozmente por las galerías estrechas de las mazmorras, en dirección a las escaleras que me llevarían hacia las plantas superiores. Veía a duras penas, con la mirada empapada en lágrimas y en sangre.

—¡Eh! ¡Parad!

—¡Deteneos!

Las figuras robustas de unos humanos se recortaron de pronto contra la luz de las antorchas, a escasa distancia de las escaleras que podían conducirme a la libertad.

Derrapé sobre el suelo húmedo y mugriento. No los miré a la cara. Les di la espalda y retomé mi carrera desenfrenada, desandando el

camino recorrido.

Pasé de nuevo junto a mi celda, cuya puerta entreabierta dejaba ver los cuerpos ensangrentados de los dos humanos. Apenas les dediqué un vistazo. Volví la mirada al frente, buscando desesperada alguna salida lateral, alguna escalera angosta que me condujera a pisos superiores que conociera y por los que pudiera moverme con la suficiente libertad como para despistar a mis perseguidores.

Pasé junto a otras celdas ocupadas. Podía escuchar los lamentos y las palabras desesperadas atravesando las paredes de piedra, rodeándome, acompañándome en aquella carrera suicida que me iba adentrando cada vez más en las profundidades de la fortaleza de Brumaverde.

Con la vaina de la espada, golpeé alguna de las cerraduras, que cayeron destrozadas al suelo.

Doblé una esquina y, de soslayo, hallé una pequeña puerta de hierro medio abierta y a un guardia apostado junto ella. Tras aquella verja, unos peldaños ascendían, perdiéndose entre las tinieblas de un estrecho pasadizo.

Aumenté el ritmo con brusquedad y me interné en aquel pequeño pasillo. No me detuve para tomar impulso. Arrasé. El humano logró detener mi arremetida y alzó la espada que había desenvainado antes de que yo cayera sobre él. Desvié por poco su hoja, que rasgó y se enredó con la amplia falda de mi vestido. Antes de que tuviese la oportunidad de levantarla de nuevo, vi la mano del soldado cerca de mi rostro, sin guantelete. Hundí los dientes en la carne. Y no aparté la boca hasta que el sabor metálico empapó mi lengua y los huesos crujieron entre mis colmillos.

El soldado gritó y consiguió alzar su espada.

Un dolor agudo me atravesó la pierna, dejándome de pronto sin fuerzas. Me doblé hacia delante y caí al suelo. Un instante después, la hoja cortó el espacio en donde había estado mi cuello.

Rechinando los dientes por el dolor, di un brusco quiebro con la hoja y la enterré en la pantorrilla del guardia, haciéndole perder el equilibrio.

De una patada, conseguí que rodase por las escaleras, lejos de mí.

—¡Deteneos! —gritaron las voces que se acercaban por la galería

—. ¡Maldita seáis…! ¡DETENEOS! ¡Es una orden!

—No sois nadie para darme órdenes —siseé, antes de cerrar la puerta a mi espalda.

Eché a correr de nuevo, cojeando por culpa de la pierna herida.

El camino fue más largo de lo que había esperado. No comunicaba con la planta baja, ni siquiera con el primer piso, casi estaba segura de que conducía a la galería donde desembocaban los dormitorios de los Verlac. Pasadizos como aquellos era muy comunes en los castillos; sobre todo, cuando alguno de sus señores deseaba visitar a un prisionero de forma discreta.

No me equivoqué. El final de la escalera enroscada y estrecha terminaba frente a una puerta de metal abierta, casi idéntica a la que me había encontrado al pie de esta. Estaba sumergida en una oscuridad absoluta, pero cuando la propasé y alcé los brazos frente a mí, buscando una salida, mis dedos acariciaron sin querer parte de los bordados de un tapiz. No necesité más que un mero empujón para hacerlo a un lado e internarme en un pasillo amplio.

No podía permanecer quieta durante demasiado tiempo. Si los soldados no lograban sobrepasar la puerta que había cerrado a mis espaldas, buscarían otra salida para dar la voz de alarma. Y aunque la mayoría estaban inmersos en la batalla que se libraba frente a los muros del castillo de Brumaverde, solo hacía falta un puñado para atraparme.

Debía descender de nuevo, llegar a la planta baja, cruzar a las dependencias de la servidumbre y, desde allí, quizá podría escapar por alguna puerta trasera. No sabía si los criados o los mozos de cuadra intentarían detenerme, pero prefería enfrentarme a ellos que a una horda de guardias.

Miré un instante a mi alrededor. Reconocía aquella galería ancha, recubierta de los mejores tapices y enredaderas llenas de flores de mil colores, con aquella hierba real y aterciopelada bajo mis botas manchadas de sangre. La había cruzado hacía solo unas horas, cuando había abandonado por última vez los aposentos de lord Kyros.

El césped amortiguaba el sonido de mis pies, pero aun así levantaba un susurro a cada paso. Las manos me temblaban por la

tensión.

Doblé la esquina y una súbita figura tuvo que echarse a un lado para no impactar conmigo. A pesar de que solo vi un destello atigrado y unos cabellos largos de color castaño, adiviné al instante quién era.

—¡Vos…!

Lady Nohr no pudo añadir nada más. Me abalancé sobre ella y le cubrí la boca con los dedos anquilosados. No dudé en clavarle las uñas en las mejillas.

Ella se resistió al principio, pero cuando sus ojos dorados se detuvieron en el agujero ensangrentado que nacía a un lado de mi cabeza, cuando se alzaron para enfrentarse a mi mirada, enmarcada en trazos de lágrimas y sangre, se quedó inmóvil.

Cargué todo mi peso contra su torso y la obligué a retroceder. Era más alta, pero yo estaba llena de fuerza y desesperación.

La arrojé al primer aposento que encontré. Tenía la puerta entreabierta y, en el centro, una cama de matrimonio inmensa. Durante un instante, pensé que se trataba de su propio dormitorio.

La chimenea, los candelabros con las velas encendidas, regalaban una tonalidad sanguinolenta a la estancia.

—Alzad la voz y apuñalaré vuestra maldita boca —le advertí.

—No hará falta, lady Vienna —susurró ella, esbozando una sonrisa a algo o a alguien que se hallaba tras de mí.

Me volví. Franqueando el umbral de entrada, con la armadura abollada y sin casco, se encontraba sair Mikail. No estaba herido, aunque manchas rojizas cubrían la espada que sostenía en alto.

Sus ojos se balancearon entre las dos.

Retrocedí y levanté un poco más el arma.

—Sair Mikail, matadla —ordenó lady Nohr, con una expresión casi dulce en sus ojos atigrados.

Di otro paso atrás. Atacar por sorpresa a unos guardias me había dado ventaja. Ninguno habría podido averiguar que una dama fae tuviese el atrevimiento de tocar un arma, de haber incluso aprendido a usarla, pero aquel hombre era el capitán de la guardia. Había sido mi maestro, y me conocía.

No había logrado vencerlo ni una sola vez.

Aun sin la herida palpitante de la cabeza, de mi pierna apuñalada, sobre la que apenas podía sostenerme, estaba completamente perdida.

—Lady Nohr. —Sair Mikail se dirigió a ella con una tranquilidad extraña. Sus ojos pasaron sobre mí, como si no me viera—. Venía a comunicaros que no podemos ganar esta batalla. Os iba a recomendar que abandonaseis la fortaleza cuanto antes.

—¡No me importa la maldita batalla! —bramó ella. Sacudió el brazo con violencia y me señaló—. ¡MATADLA!

Sair Mikail no la obedeció, pero tampoco bajó el arma.

—Estoy seguro de que lord Veyl la considera una rehén importante.

—¡Por los Inmortales! —La voz de lady Nohr se rompió con aquel aullido—. ¡Córtale el cuello de una maldita vez!

Pero el caballero no se movió. Parecía muy lejos de aquella habitación, incluso del conflicto que se desarrollaba tras los muros del castillo. Pero entonces parpadeó y, con un movimiento limpio, guardó su arma.

La mirada de lady Nohr cambió. Mis brazos vacilaron.

—Me temo que no voy a obedecer esa orden, mi señora —dijo sair Mikail—. Buena suerte, lady Vienna. Espero que nos volvamos a ver. Y que, si lo hacemos, decidáis bien.

Fruncí el ceño, confusa, pero cuando llegué a separar mis labios, el hombre ya había abandonado la estancia.

Se produjo un instante de parálisis, hasta que lady Nohr hizo amago de correr hacia la salida. No hubo nada de esa elegancia que siempre la acompañaba. Fue una maniobra torpe, ruidosa, que corté con un par de zancadas.

Sus pupilas se dilataron cuando avancé hacia ella a paso lento pero seguro, dejando gotas de sangre tras de mí, oscilando la espada de la forma en que lo hace un verdugo con su hacha antes de la ejecución.

—Si me matáis, os convertiréis en una asesina —masculló.

Le dediqué una de esas sonrisas que llevaba ensayando toda mi vida.

—Sois muy ingenua si creéis que aún no lo soy.

Ella contuvo el aliento. Su piel delicada, siempre impregnada de un

brillo rosado, se había vuelto del color de la cera. La mirada vidriosa oscilaba de mi rostro a la empuñadura que apretaba con firmeza.

—¿Vais a matarme como un sucio humano? —farfulló, con un coraje falso que se deshacía entre sus dientes—. ¿Vais a manchar vuestras manos con mi sangre?

Me detuve, con los ojos clavados en un candelabro que reposaba a su lado. Mi sonrisa se acentuó.

—No —respondí, con calma—. Voy a hacerlo como una fae de noble cuna.

Me dirigí al gran armario que había en un extremo del dormitorio y lo abrí con violencia. Decenas de vestidos negros, plateados y blancos aparecieron tras las puertas lacadas. No sabía si pertenecían a Odile o a ella, pero me traía sin cuidado.

Elegí varios y, de un tirón, arranqué los cinturones y los cordones de los corsés. Después, me volví hacia ella.

Lady Nohr parecía a punto de vomitar.

—Os suplico que no os mováis, *por favor* —le pedí.

Su cuerpo permaneció paralizado mientras yo tiraba de sus brazos y los colocaba a su espalda. Anudé sus muñecas con fuerza y, acto seguido, hice lo mismo con sus tobillos. Ella me observaba en silencio, con la confusión batiéndose contra el miedo.

Cuando terminé, alcé la punta de la espada y la apoyé en su pecho. La rabia y el horror transformaron su hermoso rostro, mientras retrocedía con dificultad, torpe y ridícula.

Sus piernas tropezaron con el borde de la enorme cama y cayó hacia atrás, tras soltar un grito ahogado.

Yo no me acerqué más.

—Vuestro plan fue que los Daaé ardiéramos mientras dormíamos, ¿verdad? —dije, mientras sus pupilas devoraban aquel iris dorado de un mordisco. Intentó incorporarse, pero las sogas que la envolvían se lo impidieron—. Espero que no os importe que copie vuestra idea. Habéis sido una gran inspiración para mí.

Y, de un golpe, tiré uno de los candelabros con las velas encendidas sobre los doseles del lecho.

Estos prendieron al instante, pero no me detuve ahí. Sostuve otro de los candelabros y apoyé las llamas con calma sobre la madera.

Solo las retiré cuando esta comenzó a arder.

Lady Nohr gritaba, bajaba de la cama, pero yo la obligaba a subir con paciencia, y retomaba mi trabajo. Cuando no quedaron candelabros que usar, recurrí al atizador de la chimenea para sacar los troncos ardientes y repartirlos por todo el dormitorio.

Cuando el humo hizo que me lagrimearan los ojos, abandoné la estancia.

Lady Nohr chilló. Bajó de la cama rodando sobre sí misma y se golpeó de lleno contra el suelo de piedra. La nariz le estalló en una burbuja de sangre. Me llamó una y otra vez, me suplicó clemencia, intentó arrastrarse, pero estaba muy lejos de mí cuando cerré la puerta y apoyé la frente, mi pecho, las manos, contra ella.

Dejé caer los párpados. Oía gritos tras la madera. El sonido de un cuerpo al deslizarse a duras penas por el suelo. Sentía el calor escapar de las rendijas, pero no me moví. Dejé que me acariciaran el rostro, el cuerpo, con sus dedos invisibles.

Entonces, empezaron los golpes. Una vez, y otra, y otra. Y otra.

Pero no me moví. Mi cuerpo se estremecía con cada sacudida, el corazón rugía contra mis costillas, los párpados parecían palpitarme.

Oí pasos que cruzaban frente a mí, pero ninguno se detuvo. La mayoría de los guardias trataba de proteger los muros del castillo, y los que no, debían encontrarse guardando todas las entradas y salidas del edificio. Si algún criado adivinó lo que estaba haciendo, ninguno se molestó en apartarme.

Pero, de pronto, unos brazos férreos me envolvieron desde atrás en un abrazo firme, pero suave.

—Ya basta, florecilla.

Mis dedos dejaron resbalar entre ellos la empuñadura del arma. Abrí los ojos de golpe y me giré. Clavé la espalda en la puerta que no dejaba de temblar.

—*Tú* —susurré.

46

El Fantasma esbozó una media sonrisa, aunque parecía a punto de romperse en pedazos.

No tenía buen aspecto. Los arañazos que surcaban su cara seguían siendo recientes y los moratones coloreaban su piel de un violeta intenso. No había recuperado su inmenso mandoble, pero iba armado de nuevo. La empuñadura de una espada larga asomaba tras sus cabellos blancos, y de su cinturón colgaba otra más corta, acompañada de un par de puñales.

No llevaba armadura, aunque había conseguido un peto y una cota de malla que cubría a medias una ropa oscura que debía haberle dejado su padre.

—Estás… —La voz se extinguió en algún lugar de mi garganta.

Sus dedos dejaron de apretar mi brazo con tanta fuerza, pero no llegaron a soltarlo. Sus dedos se movieron hasta mi barbilla, en una corta caricia que me hizo estremecer entera.

—Me aferro a la vida con uñas y dientes. No quiero arder tan pronto en el Abismo al que estoy condenado.

Su ceño se fruncía en un gesto de dolor que no podía contener. Podía notar el ligero temblor de sus hombros, los dientes apretados tras esos labios que había besado con desesperación.

—Ya es suficiente, Vienna —volvió a hablar, dando un paso más hacia mí—. Sepárate de esa puerta.

—Quien está tras ella es…

—Sé de sobra quién es —me interrumpió. Sus ojos negros se enterraban poco a poco en mí, como el dolor de un puñal abriéndose paso en el pecho—. Y sé que quieres cobrarte tu venganza. Pero los Verlac ya han perdido. El castillo caerá.

Si queréis ayudar a vuestro hermano a ganar esta batalla, tenéis que impedir que mate a mi padre, la voz sinuosa de Odile Verlac hizo eco en un rincón lejano de mi mente. Sin embargo, la oscuridad que me inundaba, la sangre que ardía en mis venas, el dolor que

latía en mis heridas, la sepultó.

—Entonces, ¿a quién le importa una muerte más? —susurré.

La puerta seguía estremeciéndose a mi espalda. Los golpes eran más desesperados; los chillidos, más desgarrados.

El humo empezó a colarse entre las bisagras.

—*A mí* —susurró el Fantasma. Sus manos envolvieron mis mejillas y me hicieron alzar la mirada. Me vi rodeada de una negrura diferente. Cálida. Conocida. En la que podía oír una melodía escondida—. Tú no eres como ellos, Vienna. ¿Sabes qué fue lo que vi en ti en el Palacio de los Vientos?

—¿Qué? —murmuré.

Erik inclinó el rostro sobre el mío. Sus labios acariciaron mi boca.

—*Esperanza*.

Esa oscuridad que cantaba me envolvió y acabó con esas sombras que me sujetaban. Sacudí la cabeza, como si despertara de un sueño profundo, y me separé de la puerta.

Esta volvió a estremecerse, y cedió un poco.

—Vamos —dijo, tirando de mi brazo con firmeza—. Debemos marcharnos de aquí.

Recogí la espada que había dejado caer y eché a correr a su lado. A nuestra espalda, oí el ruido que hizo la puerta al abrirse por fin, pero no miré hacia atrás. Seguí adelante, a su lado.

—Debemos salir por la puerta trasera de las cocinas; es la más alejada de los muros atacados —masculló—. Tengo dos caballos preparados para…

—Debo ir al campo de batalla.

El Fantasma se detuvo en seco y me contempló con los ojos muy rojos, devorándome con ellos. Puso sus manos sobre mis hombros y me zarandeó, como si quisiera hacerme despertar de un sueño absurdo.

—No es el momento para gastar bromas, florecilla.

—No estoy bromeando —repuse, sosteniendo el linchamiento de su mirada, que me acuchillaba sin piedad—. Tengo que ir.

—Son cientos de humanos. Te matarán y después te violarán. O te violarán primero y después te matarán.

—Sé el riesgo que corro.

El Fantasma se apartó de mí negando sin parar. Sus nudillos se habían vuelto blancos al envolver la empuñadura de uno de sus puñales.

—El rey Oberón se está dirigiendo hacia aquí. Llegará de un momento a otro y paralizará la batalla. —Lo encaré y tomé su barbilla entre los dedos. Esta vez fui yo quien clavó los ojos en los de él—. Si… si mi hermano mata a lord Veyl…

—Sé lo que podría ocurrir. Esta historia no tendrá un buen final para nadie, por eso debemos marcharnos de aquí.

—*No* —insistí. Mis uñas se clavaron en su piel—. Tengo que detenerlos.

Él separó los labios, pero de pronto sus ojos se movieron y pude ver cómo las pupilas se le dilataban. Antes de que pudiera apartarme, alzó mi cabello suelto y descubrió el agujero sanguinolento que ocupaba el lugar donde antes había estado mi oreja. Palideció y en su mirada estalló un fuego demencial.

Se deshizo de mis manos y me sujetó de los hombros, mientras sus ojos recorrían bien mi rostro, mi cuerpo, hasta detenerse de nuevo en mi falda rasgada, bajo la que asomaba mi pierna herida. Me apresuré a cubrirla con la tela ensangrentada.

—Estás… estás herida. —Respiró hondo. Le costaba hablar—. No voy a permitir que pierdas la vida por alguien que no la merece.

—¿Y qué vas a hacer para evitarlo? —siseé, encarándolo—. ¿Atarme? ¿Arrastrarme? ¿Golpearme y dejarme inconsciente?

Su mirada cambió, tragándose la ira que la había quemado por momentos. De pronto, solo había derrota y dolor. Apartó las manos de golpe, como si mi cuerpo ardiera.

—Jamás te tocaría contra tu voluntad —susurró.

—Entonces no podrás impedirme que vaya.

Él volvió a resollar, esta vez con más fiereza. Dio unas zancadas, golpeando el suelo con los talones. Sus dedos se abrían y se cerraban espasmódicamente sobre la empuñadura de la espada.

De pronto, unos gritos nos sobresaltaron. Nos volvimos a la vez, encarando las figuras que acababan de aparecer por el otro extremo de la galería. A pesar de la oscuridad que había reinado en las mazmorras, reconocí a aquellos soldados. Eran los mismos que me

habían perseguido en mi huida de la prisión.

Uno de ellos me señaló con el dedo antes de abalanzarse contra nosotros.

—Me has convertido en un puto sentimental.

El brazo del Fantasma me rodeó la cintura y tiró de mí, haciéndome avanzar casi en volandas.

Recorrimos a toda velocidad las galerías superiores del castillo de Brumaverde. Él lo hacía frente a mí, enarbolando con una única mano su inmensa espada, lanzando estocadas a todo soldado o guardia que intentaba cortarnos el paso. Más de una vez, salpicaduras de sangre cayeron sobre la poca piel que quedaba sin marchar de mi rostro.

Ahora, más que nunca, era la Dama Roja.

A nuestro paso dejábamos un rastro de cuerpos exangües, y expresiones blancas y descompuestas de algún sirviente. Todos palidecían y se pegaban a la pared, temblando de arriba abajo y mirando de soslayo el cuerpo desmadejado del soldado que acababa de caer.

Bajamos las escaleras a trompicones, saltando de dos en dos, tropezándonos vez sí y vez también con los malditos peldaños. En más de una ocasión, el Fantasma tuvo que sostenerme con un solo brazo para impedir que rodara por ellas, levantando mi cuerpo para que mis pies apenas llegasen a rozar el suelo. Su rostro era una máscara de dolor, pero no se quejó, no se detuvo.

Un guardia logró alcanzarme.

Yo alcé mi espada y la moví, desesperada, pero él logró arañar la pierna que ya me habían herido en las mazmorras, mientras intentaba huir. Cuando sentí de nuevo la dentellada del metal lancé un grito de dolor que detuvo al Fantasma en seco.

El pobre infeliz no pudo realizar un movimiento más. Con las pupilas despidiendo llamas, Erik lanzó una estocada hacia atrás. Le atravesó la garganta y cortó en pedazos su lengua y su último grito.

—¿Dónde te ha dado? —me preguntó, una vez retomado nuestro descenso.

—La pierna… —jadeé, cerrando los ojos a causa del dolor sordo y continuo.

—Maldita sea.

Llegamos a la planta baja, exhaustos, empapados en sudor, en nuestra sangre y en la de los que se habían cruzado en nuestro camino. Desde allí, los sonidos de la batalla eran mucho más perceptibles y resonaban con eco entre las grandes paredes.

—Están a las puertas —musitó Erik, ronco—. Unas horas más y la fortaleza será invadida. Parece que tu hermano tiene buenos hombres.

Escuchamos gritos cercanos provenientes de las escaleras y, antes de que pudiera reaccionar, me empujó hacia la estancia más cercana.

Alguien aulló cuando pisamos el interior. El Fantasma se volvió con violencia, alzando el arma, listo para descargarla. No obstante, mi exclamación lo detuvo justo a tiempo.

—¡Fern!

Mi amiga se hallaba escondida, parapetada tras uno de los sillones de terciopelo que decoraban la habitación. Se trataba de un salón pequeño, una suerte de biblioteca. Fern temblaba de arriba abajo, abrazándose el cuerpo. No llevaba el vestido que debían portar las doncellas, sino el atuendo áspero y de colores apagados que usaban las criadas destinadas a las peores tareas. El tocado en su cabeza lo confirmaba.

—No… puede ser.

Se abalanzó sobre mí para hundir el rostro en mi regazo. A pesar de que nos conocíamos desde niñas, jamás se había atrevido a tocarme con tanta confianza. No obstante, el gesto no me pareció extraño ni incómodo. Le devolví el abrazo con toda la fuerza que fui capaz de reunir.

—Estás viva —farfulló atropelladamente, mirando la expresión torcida del Fantasma por encima de mi hombro—. ¡Oí… oí decir que te habían apresado! Intenté bajar a las mazmorras, pero…

—Lo sé, cálmate —le dije, separándome un poco para verla mejor —. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Cuando te marchaste, los Verlac me relegaron de mi posición y me llevaron a las letrinas. Ahora soy una criada, Vienna —dijo, bajando las manos hasta su delantal blanco—. Somos las primeras

en caer cuando los soldados del bando enemigo invaden la fortaleza. No quería que me encontrasen tan fácilmente.

Asentí, sujetando sus manos entre las mías. Tenía las palmas frías y húmedas de sudor. Se estremecía incluso más que yo.

—¿Qué va a ser de nosotros? Percy dijo que regresaría a por mí, pero sé que no se lo pondrán fácil —murmuró, paseando su mirada destrozada por el suelo—. Tengo mucho miedo, Vienna. Por él, por mí… —Sus pupilas se hundieron durante un instante en Erik—. Por todos.

—Terminará pronto —le aseguré, con una sonrisa rota—. El rey cabalga hacia aquí con intención de detener la batalla.

—¿El rey? —repitió Fern, abriendo mucho los ojos—. Pero ¿cómo…?

—Una historia larga y poco tiempo para contarla. Debemos salir cuanto antes del castillo.

Me incorporé, utilizando la pierna herida. Un restallido de dolor me sacudió. Grité y perdí el equilibrio. De no haber sido por las rápidas manos del Fantasma, habría caído de lleno sobre ella. Erik, sin pronunciar palabra, tiró del borde de la falda y la alzó por encima de las rodillas. Tras la tela, apareció un largo tajo sangrante.

Fern se llevó las manos a la boca, al borde de las náuseas.

—Necesito tu delantal —dijo el Fantasma, tenso, observándola de soslayo—. Rápido.

Ella obedeció de inmediato. Se arrancó la larga tela blanca y se la tendió. Él se inclinó junto a mí.

—Tengo que vendar la herida, Vienna. Te dolerá —me advirtió, antes de echarle un vistazo a Fern—. Sujétala.

Ella lo hizo, y no cesó su agarre cuando el dolor me recorrió, tan intenso, que me sentí mareada durante unos instantes.

—No podemos quedarnos aquí —jadeé con esfuerzo, mientras el Fantasma afianzaba con un último tirón el improvisado vendaje—. Debemos irnos ya. Ni siquiera sé si lord Veyl y Kallias siguen con vida, o si alguno de ellos ha logrado… —La voz se me quebró al imaginar el rostro de mi hermano ensangrentado.

—No seréis capaces de llegar a ningún lado —susurró Fern—. Todo el castillo sabe que ahora eres una enemiga de los Verlac, Vienna. Si

te ven… —Se interrumpió, entreabriendo los labios con sorpresa—. Por La Plateada, desnúdate.

La miré con los ojos en blanco, boquiabierta.

—¿Qué?

—¡Rápido, desnúdate! —insistió ella, antes de arrancarse el tocado de la cabeza—. Todos están buscando a una dama fae. Nadie se fijará en una criada.

—Pero…

—La muchacha tiene razón —me interrumpió el Fantasma—. Es la mejor forma de pasar desapercibida entre estos malditos bastardos.

—¿Y qué harás tú?

—Solo necesito esto para pasar desapercibido —contestó, acariciando con los dedos la empuñadura de su mandoble.

Los dedos ágiles de Fern se deslizaron por los cordeles que ajustaban mi vestido, tal y como lo habían hecho antaño. En tan solo unos segundos, consiguió quitarme el traje, arrugado y sucio de barro seco y sangre. Únicamente cubierta por la ropa interior, esperé temblorosa a que mi propia amiga se desnudase a toda prisa y me dejase el sencillo vestido de criada.

—Preciosa —murmuró el Fantasma—. Como siempre.

Me hizo un gesto brusco en dirección a la puerta. Me acerqué y él tiró de mi brazo, pegando mi pecho a su espalda.

Con cuidado, entreabrió la puerta de la estancia, únicamente lo justo para poder vislumbrar algo a través de ella.

—Deberíamos despedirnos —murmuró Fern, contemplando pálida la espada que llevaba en la mano—. Puede… puede que…

—No necesitamos hacer algo así. No vamos a morir. Ni tú ni yo —repliqué, negándome a aceptar lo huecas que sonaban aquellas palabras—. Todo saldrá bien.

—¿Cómo puedes estar segura?

Su pregunta no recibió respuesta. El Fantasma tiró de mí y me adentró en la galería.

De golpe, la mirada demudada de Fern fue sustituida por los ricos y altos tapices de los Verlac y por una horda de guardias que miraron de soslayo al Fantasma con el ceño fruncido, pero que ni siquiera me miraron más de un instante tras contemplar las

vestiduras bastas y mi tocado, que cubría por completo mi cabello y la única oreja que me quedaba.

Echamos a andar con rapidez. Pero al doblar una esquina, sorteamos con brusquedad un cuerpo que se interpuso en nuestro camino. Una disculpa se alzó entre el siseo de unas telas vaporosas al rozarse.

Levanté la mirada en el momento equivocado. Mis ojos se toparon con unos iris turquesas, tan brillantes que hasta resultaban desagradables.

Nissa me reconoció. Pude verlo en el gesto de su cara, en cómo curvaba los labios. Yo misma los entreabrí, lista para dar la voz de alarma al Fantasma, pero ni una sola palabra llegó a salir de mi garganta cuando vi cómo su boca se movía, articulando una sola palabra.

«Suerte».

Fue una visión tan fugaz, que cuando nos alejamos de ella, no supe con certeza si realmente había movido los labios, o si tan solo había sido fruto de mi imaginación.

—Florecilla, la vista al frente —me susurró el Fantasma cuando tropecé con una alfombra—. Estamos cerca de las cocinas.

Yo no conocía el camino, pero él se movía con seguridad, sorteando a todo aquel que se cruzaba con nosotros, sin separar sus manos de mí y de su mandoble. El castillo había entrado en caos. Vi a algún invitado de los Verlac que no se había marchado a tiempo correr despavorido de un lado a otro. Su mirada desesperada se cruzó con la nuestra, pero seguimos adelante.

Nos internamos en un pasillo secundario poco antes de llegar al vestíbulo, en donde pude avistar de soslayo una multitud de guardias apostados contra las grandes puertas, armados con picas y espadas.

—Por aquí. Rápido.

De un fuerte puñetazo, abrió una pequeña puerta de madera que se hallaba junto a nosotros. Arrancó un grito asustado de los pocos cocineros y pinches que se hallaban en el interior. La mayoría se había escondido en las alacenas, aunque alguno alzó un cuchillo para cortar carne.

Apenas les dedicamos un vistazo mientras atravesábamos la estancia y nos adentrábamos en un pequeño patio trasero que jamás había pisado. En él, muy cerca de donde nos encontrábamos, atados a un árbol, dos caballos ensillados esperaban con impaciencia, piafando y golpeando la piedra con los cascos.

—Vamos —susurró Erik, observando de soslayo a un pequeño grupo de caballeros apostados cerca de los muros que cercaban el patio.

Me sujetó con firmeza de la cintura y de un solo impulso me subió al caballo. Él, sin embargo, no llegó a montarse en el otro. Una voz que reconocí y erizó cada uno de los vellos de mi cuerpo se lo impidió.

—¿Sair Erik?

Bajé la mirada cuando un humano se acercó a nosotros. Era uno de los soldados que se había separado del grupo. Lo reconocí. Había estado en la posada El Buen Caballero. El estómago se me contrajo, pero el Fantasma no dio muestra alguna de enervarse. Al contrario, por el rabillo del ojo pude ver cómo esbozaba una media sonrisa.

—Qué sorpresa veros aquí. Creía que habíais desertado.

—La gente dice muchas cosas.

—Sin duda.

El soldado posó su mano sobre los estribos del caballo, acariciando con la punta de sus dedos la piel tosca de mis botas.

—La gente dirá también muchas cosas si os ve sacar a esta criada de la fortaleza en plena trifulca. Deberíais estar en el campo de batalla.

—Como vos, imagino.

Estuve a punto de dejar escapar un suspiro de alivio. No me había reconocido.

Todavía.

—Alguien debe guardar los muros traseros del castillo. Son de menor altitud, y algunos soldados de ese Daaé podrían intentar penetrar por ellos.

El Fantasma entornó la mirada y la posó en la mano del soldado, que no cesaba de acariciar mi calzado.

—Y en caso de que el castillo de Brumaverde caiga, son una puerta

futura y a salvo para los caballeros cobardes que desean huir —comentó.

El aludido dejó escapar una risa larga y fría, e hizo amago de separarse de mí. No obstante, y antes de que el Fantasma o yo pudiésemos reaccionar, levantó la mano y hundió los dedos en mi pierna, en el muslo herido, haciéndome soltar un grito entrecortado.

—Decidme, sair Erik, ¿quién es la encantadora criada que os…?

Terminó la frase con un largo alarido. En el momento en que había visto un centelleo resplandeciente, una salpicadura roja había manchado los bajos de mi falda.

Tuve que desviar la mirada hacia el humano que se retorcía a los pies de mi caballo para comprender qué había sucedido. Lo adiviné cuando vi la desesperación con la que contemplaba la mano que había caído al suelo, como un simple fardo viejo.

Lancé una mirada desorbitada al Fantasma. Él se limitó a envainar su espada y a montar en el animal.

Golpeé el lomo del caballo con los talones, pero antes de que llegase a trotar, la mano que le quedaba al soldado se aferró a mi pierna herida, arrancándome un nuevo gemido de dolor. Aquella vez, sin embargo, no fue Erik quién separó su mano de mi piel. Desenvainé mi espada, lista para descargar el golpe.

Durante un instante, nuestras miradas se cruzaron.

—¡Vos! —exclamó, con voz quebrada, antes de volverse en dirección al resto de soldados que guardaban el muro—. ¡Atrapadles! ¡Es Vienna Daaé! ¡ATRAPADLES!

47

—¡Sígueme! —rugió el Fantasma.

Lo obedecí. Clavé de nuevo los talones en el lomo del caballo. Este se puso a dos patas y arrojó al suelo al humano que me sujetaba, junto a su mano cortada.

Cuando cayó hacia delante, los gritos de sus compañeros resonaron como hachazos a mi espalda.

—¡Por aquí!

Sair Erik entró de nuevo en las cocinas del castillo, derrumbando todo a su paso y atropellando a más de un cocinero. Los dos caballos arrasaron con todo lo que les rodeaba mientras avanzaban entre las alacenas, los calderos y los cuchillos.

Salimos dejando un rastro de caos, sangre y acero a nuestras espaldas, y nos internamos de nuevo en el pasillo que habíamos abandonado hacía tan solo unos momentos.

A simple vista, parecía desierto, pero podíamos escuchar las voces de los guardias y de los caballeros a pocos metros de nosotros, reunidos en el vestíbulo de la fortaleza.

El Fantasma miró hacia atrás, clavando sus grandes ojos negros en mí.

Me dejó sin respiración. Había visto aquella misma expresión turbulenta no hacía mucho, un instante antes de que los hombres de lord Wynn se arrojasen sobre él para apresarlo. Sabía lo que significaba. Era una mirada de despedida. Nos estábamos lanzando con los brazos abiertos al campo de batalla y en aquella ocasión yo no podría hacer nada por salvar su vida ni él por salvar la mía.

Movió los labios, pronunciando un par de palabras que no logré desentrañar antes de volver la cabeza para enfrentarse al vestíbulo, que hervía de caballeros y guardias.

El caos se desató de súbito.

Mi caballo pisoteó a algunos hombres. Otros se empujaron para alcanzarme. Chillaban y maldecían. Agitaban sus armas en alto.

Uno de ellos acertó en el lomo del caballo. Este relinchó y coceó, desesperado, y un par de caballeros que trataban de sujetarme cayeron bajo los cascos.

Apenas era consciente de lo que hacía. Era el instinto el que gobernaba los movimientos. Las lecciones de sair Mikail habían quedado olvidadas. De nada servía tener los brazos relajados o las piernas flexionadas. En mi mente solo cabía una oración. Golpear y herir, golpear y herir, una y otra vez, sin descanso, antes de que una de aquellas espadas me atravesara.

De pronto, un potente golpe estremeció los muros del castillo.

El Fantasma, rodeado por una horda de hombres armados que rugían, levantó sus ojos hacia mí, intentando captar mi mirada. Tenía la espada alzada, y la enorme y gruesa cuerda de las poleas que mantenían las puertas cerradas yacía en un cabo roto a su lado. Los portones crujían y se movían sin que los soldados apostados contra los retablos de madera pudiesen evitarlo.

Con un último gruñido gutural, las puertas principales del castillo de Brumaverde quedaron completamente abiertas, dando la bienvenida a los enemigos que se hallaban al otro lado de los muros.

Azucé al animal contra los caballeros que bloqueaban mi camino, obligándolos a apartarse o a caer bajo los cascos. Muchos intentaron alcanzarnos sin conseguirlo. La mayoría de los caballos vagaban perdidos por el campo de batalla y los guardias a pie no conseguían mantener la velocidad vertiginosa del galope.

El patio de armas nos recibió con una bocanada helada, tapizado de una nieve tan sucia y negra como el cielo que nos cubría. Aquella noche no brillaba ninguna estrella.

Frente a mí, el Fantasma dio un quiebro abrupto y se dirigió hacia una de las antorchas clavadas en la pared exterior. De un simple estacazo, decapitó a un guardia a su paso y arrancó la candela.

Azuzó a su animal y se dirigió hacia el arco que guardaba el puente levadizo.

La mayoría de los soldados se percataron de lo que pretendía hacer. Se lanzaron contra él. Las hojas de sus armas se clavaron en el cuello, en el lomo, en las patas del caballo, que se sacudía y coceaba. Más de un hombre fue lanzado por los aires.

Miré a mi alrededor, sintiendo el corazón palpitar en la garganta. Apenas podía ver el resplandor moribundo de la antorcha que portaba Erik y que se afanaba por acercar a las cuerdas ancladas en las esquinas del puente, sujetas a su vez por una polea giratoria.

A cada instante que transcurría, eran más los que lo rodeaban. El caballo parecía a punto de derrumbarse, demasiado herido como para mantener las patas rectas.

El aliento se me atragantó en la garganta. Si eso llegaba a suceder, sería devastado por aquella turba de espadas. No podría resistirlo. Nadie podría.

Espoleé a mi animal contra ellos. Me coloqué de pie sobre los estribos con el fin de evitar alguno de los estoques. A pesar de mi arremetida, muchos se mantuvieron inmóviles en el sitio, sin cesar en su afán por arrebatar la antorcha de las manos del Fantasma.

La hoja de uno de los soldados pasó de pronto demasiado cerca de su cara y me arrancó un grito.

El Fantasma me lanzó un vistazo, esbozó una pequeña sonrisa y dejó caer la antorcha, que se apagó al tocar el suelo nevado.

Durante un momento, la penumbra me envolvió. Pero entonces, en mitad de aquel pozo sin fondo en el que solo se escuchaba el siseo de las armas, un traqueteo más potente, más ensordecedor, se impuso a todo lo demás, haciendo gemir a todos cuantos me rodeaban.

Era el sonido de las ruedas dentadas al correr, dejando caer el puente levadizo a ras de suelo. El Fantasma había logrado cortar la soga antes de que lo atrapasen.

A pesar de que apenas veía, sentí unos ojos clavarse en mí. Y unos labios moverse.

—Hora de volar, Dama Roja.

Negué, con la mirada nublada, aunque no estaba segura de si podía verme. No quería abandonarlo.. Otra vez no.

Sin embargo, antes de que llegara a alcanzarlo, una fuerte palmada impactó en el anca de mi caballo. Este se sobresaltó y comenzó a galopar, despavorido, atravesando por fin el puente levadizo del castillo de Brumaverde.

Miré hacia atrás, con los dedos enredados en las crines y los ojos

arrasados por unas lágrimas que no terminaban de salir. No podía distinguir ningún rostro en esa marea de hombres que había dejado atrás. No podía saber qué le había ocurrido al Fantasma. En ese momento, solo podía mirar hacia adelante.

Así que giré la cabeza y clavé los ojos en el campo de batalla que se extendía frente a mí. Tiré de las riendas de mi corcel y me detuve con brusquedad.

Fue como si el Abismo de los Inmortales se desatara de pronto frente a mis ojos.

La explanada que había recorrido hacía apenas unos días estaba cubierta de hombres sin vida, fogatas descontroladas, gritos, armas, sangre, sangre y más sangre. Había estandartes caídos por doquier, hechos pedazos. Las armaduras de los caballeros que aún seguían en pie estaban lo suficientemente sucias como para desechar el intento de adivinar a qué bando pertenecían. Los lirios del valle, las camelias, todas las flores estaban embarradas o cortadas en dos.

¿Cuántos caballeros podían encontrarse frente a mí? ¿Cientos? ¿Mil? Era imposible encontrar a mi hermano en mitad de aquella marea humana y sangrienta.

—¡Ahí está!

—¡Atrapadla! ¡A por ella, maldita sea!

Volví la cabeza atrás. Una marea de soldados atravesaba el puente levadizo que acababa de abandonar.

Los contemplé, aún embotada por el desorden caótico y la muerte que me rodeaba. Hice retroceder al caballo, sintiendo como poco a poco el mundo se derrumbaba a mi alrededor. Si ellos venían tras de mí, era porque Erik no había podido contenerlos. Y si no había podido hacerlo, era porque habían pasado por encima de él.

Tiré de las riendas y, sin mirar de nuevo atrás, golpeé los lomos del caballo, obligándolo a retomar el galope. Tomé aire y me zambullí en el mar de armaduras que se extendía frente a mí.

Pronto dejé atrás a los caballeros que me perseguían.

Aquella era mi única ventaja, pasar junto a los soldados como una centella, impidiéndoles reaccionar a tiempo. No podía darles la oportunidad de atraparme; si lo hacían y caía al suelo, junto a ellos, estaría perdida. Más de lo que lo estaba en aquel momento.

—Por favor… por favor… —murmuraba sin cesar, comiéndome el terreno con los ojos—. ¿Dónde estás, Kallias? ¿Dónde estás?

A veces me detenía durante tan solo un instante para otear el horizonte, esperando ver en mitad de la agonía las antorchas que acompañarían a la comitiva del rey. Pero ninguna otra luz aparecía. La penumbra continuaba presente, y solo candelas y fuegos perdidos iluminaban los cadáveres y la sangre.

Un anhelo infernal me desmenuzaba por dentro. Tenía la sensación de que mi tío no llegaría a tiempo, de que cuando por fin posase sus reales pies sobre el suelo empapado de sangre, sería demasiado tarde.

El caballo comenzó a resollar, cansado por el ritmo frenético que le obligaba a mantener, y débil por la herida que uno de los guardias le había infligido en el lomo. Relinchó cuando volví a tirar de las riendas, corrigiendo el rumbo para esquivar a un par de hombres que yacían en el suelo, uno sobre otro, lanzando gemidos y jadeos moribundos, y exigiendo piedad a alguien que no podía escucharlos.

—Solo un poco más —farfullé, con lágrimas en los ojos—. Solo un poco…

—¡Retirada! ¡RETIRADA!

—¡Órdenes de lord Veyl!

—¡Regresemos al castillo!

—¡Rápido! ¡RÁPIDO!

Detuve al animal al escuchar aquellos gritos y me alcé todo lo posible. Frente a mí, decenas de soldados, a pie y montados a caballo, se deshacían de todo enemigo que aún les atacaba e intentaban apartarse a toda prisa para poder huir en dirección al castillo de Brumaverde.

Escudriñé aquella masa humana, que corría despavorida para guarecerse entre los muros y las puertas que el Fantasma había dejado abiertas. Entre ellos me pareció ver a un grupo más denso, que galopaba en torno a un único jinete.

Las pupilas se me dilataron de súbito al comprender.

El caballo, con un último resuello agónico, obedeció mis órdenes y emprendió una desesperada carrera a contracorriente. Los humanos que se interpusieron en mi camino se lanzaron sobre el terreno

embarrado o perecieron bajo los cascos. Nadie intentó atacarme. Muchos se limitaron a lanzarme una mirada desorbitada antes de retomar su huida.

Estreché los ojos al vislumbrar a unos cuantos jinetes, con dos caballos blancos a la cabeza, que perseguían muy de cerca a la muchedumbre que corría junto a lord Veyl. Algunos de ellos portaban varios estandartes. A pesar de la débil iluminación, pude reconocer la camelia de mi familia y los lirios del valle de los Verlac.

Aterrorizada, comprobé cómo los hombres de mi hermano ganaban terreno, envolviendo al grupo que acompañaba a lord Veyl como si se tratase de un lazo de terciopelo.

No… ¡No! ¡NO!

Galopé hacia ellos, desesperada. No respiraba, no parpadeaba. Tenía miedo de que, si dejaba caer los párpados un solo instante, los perdería para siempre. Ni siquiera sentía la humedad de mi falda ensangrentada. El dolor de mis heridas se había convertido en un eco lejano.

Estaba tan cerca… Tan, tan cerca…

Podía vislumbrar sus rasgos recortados contra la luz de las antorchas. Me pareció reconocer el perfil frío y anguloso de lord Veyl, la dura mandíbula de lord Wynn y… chillé cuando vi los ojos de mi hermano cernirse sobre los míos.

No supe si me reconoció, porque su mirada se desvió, colérica, hasta clavarse en la espalda del fae al que perseguía.

La colisión entre los dos grupos de hombres a caballo fue brutal.

Varios salieron despedidos de los animales para acabar tendidos sobre el suelo con posturas imposibles para un ser vivo, fae o humano. Hubo alaridos que fueron cortados por el tajo de las armas. Maldiciones y últimos estertores ahogados por el relincho de los caballos y el golpeteo de los fuertes cascos contra el terreno. Lord Veyl desapareció de mi vista. Fue engullido por las placas metálicas de los escudos y por la piel ruda y áspera de las bestias.

Mi caballo tropezó de pronto con un par de cuerpos y cayó, arrojándome por encima de su cabeza antes de que pudiera sujetarme.

El impacto contra la nieve embarrada me dejó paralizada. Intenté

incorporarme, pero el mundo no permitió que me pusiera en pie y caí de nuevo. Me arañé la cara contra el suelo. Respiré hondo, intentando controlar el poderoso mareo que me impedía erguirme. Usando la espada como bastón, logré alzarme de rodillas.

Levanté el rostro y conseguí otear por entre los cuerpos de los caballeros alguna señal de mi hermano o de lord Veyl.

Habían formado un extenso círculo a tan solo unos metros de donde me encontraba. En el centro, pude ver dos pares de piernas.

El aliento se me atragantó cuando vi al señor del Valle de los Cuatro Ríos medio caído sobre el terreno, con una herida abierta en el costado, y a Kallias frente a él, sin yelmo, sonriente, balanceando la espada de un lado a otro.

Hice acopio de las últimas fuerzas que me quedaban y me puse en pie. Avancé a trompicones, arrastrando la pierna herida, que traqueteaba de forma extraña, mientras el mundo se azotaba en torno a mí, víctima de un terremoto que solo estaba en mi mente.

Logré escurrirme entre los cuerpos de los caballeros que formaban aquel muro humano y repté por el barro, escapando por poco de unas manos que intentaron asirme.

Mis dedos encontraron algo frío y se cerraron en torno a su superficie.

La empuñadura de la espada de algún hombre caído.

Mi hermano no llegó a verme, aunque me pareció oír la voz de Raen pronunciando mi nombre, la advertencia de lord Wynn.

Kallias dio un paso atrás y dejó inmóvil el extremo del arma. Apuntaba al cuello de lord Veyl. Ya no sonreía.

Movió los labios al emitir una palabra que nadie llegó a escuchar y, tras un brusco movimiento, descargó toda su ira en un único golpe.

Pero, en aquel preciso instante, mi espada se interpuso y cortó en seco la estocada de mi hermano.

Aquel contacto sonó como el grito de un moribundo.

Y después, solo hubo silencio.

—¿Vienna? —susurró Kallias, en un murmullo que sonó suplicante.

Lord Veyl pestañeó y me observó con los labios entreabiertos en alguna palabra perdida, como si acabara de salir de un sueño.

Alcé ambas manos con lentitud, casi sin fuerzas. En cada una de

ellas, sujetaba una espada. La que el Fantasma me había entregado y la que le había robado a un cadáver. Cada una de ellas apuntaba sin dudar al corazón de los dos faes que me cercaban.

Balanceé la mirada de uno a otro, mientras el cielo se cubría todavía más, y una ligera nevada comenzaba a caer.

Nadie se movía. Solo me observaban a mí y a las dos armas que sostenía.

Los primeros copos cubrieron la sangre del suelo.

Entreabrí los labios, pero en aquel preciso instante el potente restallido de unas trompetas me hizo olvidar las palabras que iba a articular.

Todos en torno a mí se removieron, nerviosos. Otearon a su alrededor, sin bajar las armas, listos para utilizarlas si fuera necesario. Sin embargo, nadie se atrevió a moverse en el momento en que la primera bandera señaló el horizonte.

Con los ojos húmedos, reconocí el escudo. Una rosa atravesando una corona dorada.

—El rey —balbuceó lord Veyl. Se derrumbó y cayó hacia atrás, sin fuerzas.

Pronto, no fue el único en mencionar aquel título.

Las trompetas, los gritos que aclamaban a su majestad y los estandartes de rosas y coronas que se adentraban inexorablemente entre el gris acero de los soldados, como agua deslizándose entre las grietas, nos rodearon, convirtiendo la batalla en un sueño confuso en el que los soldados de uno y otro bando se inclinaban a la vez, apartando las armas a un lado.

Todo había acabado. Podía leerlo en las pupilas dilatadas de lord Veyl y en la mirada turbulenta de mi hermano. Todavía aferraba su espada, con tanta fuerza, que esta oscilaba temblorosa, arañando con su extremo la hierba ensangrentada que asomaba sobre la nieve.

Un caballo blanco como la leche se dirigía a nosotros. Un fae montaba en él y todos los que aún seguían vivos se postraban a su paso.

Intenté mirar el rostro de mi tío, pero mi vista se desenfocó súbitamente. Una nube gris y densa me cubrió como un velo

funerario.

Bajé la mirada, entre jadeos, y aparté la falda húmeda. La herida de la pierna palpitaba con furia, ya no había vendaje que la pudiera cubrir. De la abertura manaba sangre, y asomaban las esquirlas blancas de un hueso.

Un gemido escapó de mi garganta, y atrajo la atención de lord Veyl y de mi hermano. Ambos se volvieron a la vez.

Intenté decir algo, pero mi lengua no respondió y, como un simple fardo, me precipité hacia adelante.

Lo último que vi antes de desvanecerme fueron unas manos alzándose ante mí, tratando de alcanzarme.

No sé si lo consiguieron. Antes de averiguarlo, me enterré en la más honda de las oscuridades donde no había canciones para mí.

48

Sentía sed. Una sed más que horrible. La garganta estaba en llamas y la lengua demasiado áspera me arrancaba de la mente todo intento de moverla. Los ojos me escocían, pero no me sentía con fuerzas para alzar las manos y frotarme los párpados.

Entreabrí los labios y me removí sobre una superficie cálida y suave, pero cuyo simple roce me hizo gemir de dolor. Mi conciencia se nubló durante un instante.

—Necesita más infusión —oí decir a una voz que parecía provenir desde el otro extremo del mundo.

Alguien lanzó un juramento ronco, lleno de cólera. Me encontraba demasiado aletargada como para hacer el intento de reconocer aquel timbre oscuro y marchito.

Unas manos pequeñas y arrugadas me obligaron a levantar la cabeza, mientras los dedos cuidadosos de alguien se anclaban en las comisuras de mi boca, obligándome a abrirla. Un líquido denso y caliente se deslizó por mi lengua, resbalando hasta la garganta. Tomé aire, ahogada, y un tormento de toses me estremeció, impidiéndome recobrar el aliento.

—¡Colocadla de lado! ¡Deprisa!

Perdí la conciencia antes de comprobar si alguien cumplía aquellas órdenes.

No supe cuántas horas o cuántos días me mantuve sumida en un profundo estado de duermevela. Las únicas veces en las que recobraba a medias el sentido era cuando la voz repetía constantemente que necesitaba más infusión y cuando me obligaban a erguirme para introducirme a la fuerza aquel brebaje dulzón y pastoso. En más de una ocasión, este se deslizaba hasta mi tráquea y las toses y el ahogo me hacían temblar, haciéndome perder el conocimiento.

Sin embargo, hubo un día en que la sed que sentía era tan terrible,

tan honda, que hice acopio de todas mis fuerzas y logré hablar.

—A… agua…

—¡Vienna!

Aquella vez sí reconocí el timbre de la voz que se inclinaba sobre mí, muy próxima a mi oído. Fern.

—¿A qué esperas? ¡Trae el agua rápido!

—Enseguida, lady Vaelis.

Reconocí también la frialdad en el tono de mi madre. La sentía moverse nerviosa junto a la cama, de un extremo a otro, sin cesar.

—¿Ma… má?

Ella nunca nos había permitido, ni a mis hermanos ni a mí, referirnos a ella de esa manera. No obstante, en aquella ocasión no me corrigió. Se abalanzó sobre mi mano y la estrujó con fuerza, transmitiéndome su temblor.

—Hija… Vienna, ¿me escuchas? ¿Puedes abrir los ojos?

Levanté los párpados con mucho trabajo, agitándolos para acostumbrarme a la luz que bañaba el ambiente. Miré a mi alrededor, confundida. Tardé más de lo necesario en percatarme de dónde me hallaba. Reconocía el tocador en la pared de enfrente y los doseles blancos que caían a ambos lados de la cama, acariciando con los bordes el suelo.

—Estamos en… el castillo de Brumaverde —murmuré, incorporándome levemente.

No pude hablar de nuevo hasta que no me bebí hasta la última gota de la jarra de agua que me había traído Fern. Tragué demasiado rápido y, durante unos minutos, tuve que reposar con los ojos cerrados para controlar las náuseas.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté, cuando logré controlar el nudo que me atenazaba la boca del estómago—. ¿Cuánto tiempo…?

—Te hirieron. Perdiste mucha sangre. Habrías muerto si fueras humana —farfulló mi madre. Me tocó el rostro recorriendo cada uno de mis rasgos con las yemas de sus dedos—. Cuando puedas levantarte, podrás reconocer quién te atacó y tendremos su cabeza.

—No recuerdo su cara —dije, suspirando.

—Igualmente obtendremos justicia, hija mía —contestó ella, en un murmullo que pretendía ser tranquilizador—. Todos y cada uno de

los soldados bajo el mando de los Verlac han sido apresados y están siendo vigilados estrechamente por los hombres del rey.

Asentí vagamente, intentando recordar el rostro que se había inclinado sobre mí antes de que perdiera la conciencia en el campo de batalla, pero no logré rememorar sus rasgos. Mi memoria estaba impregnada de una niebla demasiado opaca como para otear a través de ella.

—Soldados. *El Fantasma* —repetí de pronto, incorporándome con brusquedad—. ¿Dónde está el Fantasma? Me ayudó a escapar, y entonces… —Apreté los dientes al recordar su última mirada de despedida y negué frenéticamente, incapaz de aceptarlo—. ¿Dónde está?

Mi madre y Fern intercambiaron una larga mirada. Esta última intentó decir algo, pero la fae hizo un gesto negativo y le ordenó silencio sin necesidad de abrir los labios.

—Vienna, querida, ese humano…

—¿¡Dónde está!? —grité, apartando las sábanas que me cubrían de un manotazo.

—Lleva junto a la puerta desde que te trajeron herida —intervino Fern, bajando los ojos ante la mirada fulminante de mi madre—. Lo siento mucho, lady Vaelis.

—¡Está vivo…!

—Vienna, no puedes verlo. —Mi madre se sentó en la cama, junto a mi pierna herida. No había apartado sus manos de las mías—. Y no importará cuánto patalees o chilles. No entrará en la habitación. No estará frente a ti a solas. No lo permitiré ni tu hermano tampoco.

—¡Pero…!

—Ese humano volvió a secuestrarte, consiguió escapar de las jaulas de tu hermano, e hirió al guardia que lo custodiaba y a Raen. Fue por su culpa que…

—Sabes muy bien que no ocurrió eso —la interrumpí, con un siseo rabioso.

Fern apretó los labios y miró de reojo a mi madre, que había palidecido de golpe.

—Fui yo quien lo liberó y quien lo alejó del campamento de Kallias. Fui yo quien golpeó a ese maldito guardia y a Raen para lograr

escapar junto a él. Lo sabes. Y sabes también que, si Kallias sigue libre y sin ser apresado por el rey, es gracias a Erik, que me protegió para permitirme llegar hasta él y detener el asesinato que estaba a punto de cometer.

Los labios de mi madre se habían transformado en una línea alba. Tenía las pupilas muy húmedas, aunque no había lágrimas brillando en ellas.

Lenta, muy lentamente, retiró sus manos de mí.

—Sí, lo sabía —dijo, con voz helada—. Sé que Raen mintió aquella noche cuando lo encontraron inconsciente junto a la muralla. Pobre muchacho. No mereces todo el amor que siente por ti. —Lanzó una mirada de soslayo hacia la puerta cerrada y sus ojos se estrecharon con ira—. Puede que le deba mucho a ese humano. Salvó a mis hijos. A todos y a cada uno de ellos, de una forma u otra. Por eso sigue ahí de pie, con vida y sin grilletes en sus extremidades. —Intenté sonreír, pero la expresión que vi en su rostro me hizo cortar la mueca de golpe—. Pero mi deuda está saldada. Y cuando el rey dicte su sentencia, si decide que todo regrese a como debería ser, volverás a vivir bajo mi techo y bajo las normas de tu hermano. No habrá cabida para relaciones con caballeros. Eres la hermana del señor de Sombramar y las damas faes no se relacionan con simples humanos.

Enmudecí y mi cuerpo se derrumbó de nuevo. Notaba un hueco hondo en el pecho, en donde debía latirme un corazón que no llegaba a escuchar.

Jamás me había detenido a pensar qué podría ocurrir después de toda aquella locura. Quizá había considerado que llegar a un final sería demasiado utópico, demasiado inalcanzable, como para pensar en los sucesos que se desarrollarían tras él. Pero, sin embargo, ahí estaba. El final. Un final sordo y duro, un final que se asemejaba demasiado al inicio de aquella horrible historia, en donde yo no era más que una dama fae, y el Fantasma, un caballero humano con el cuerpo destrozado.

—Tu tío ordenó una audiencia privada contigo cuando despertaras. —Mi madre se puso en pie con brusquedad—. Y dado que has sido capaz de sacudirte y gritar como una aldeana, me imagino que

tendrás las fuerzas suficientes para afrontar una conversación con su majestad. —Su ceño se frunció—. Parece que no desea emitir sentencia alguna hasta haber conversado contigo. —Mi madre se dirigió hacia la puerta con paso solemne, sin mirar atrás—. Fern, arregla su cabello y cuida de que esté medianamente presentable.

—Así lo haré, mi señora.

—Vienna, soy tu madre y jamás podría decir algo que te condenase. Traicionaste a tu familia y me traicionaste a mí, pero te he perdonado. —No se había vuelto en mi dirección, pero veía la mano que tenía posada sobre el picaporte retemblar con angustia—. Y te perdonaré en cada una de las traiciones que cometas. Pero tu hermano, no. Él creyó en la mentira de Raen, así que no intentes sacarlo de su error.

Salió del dormitorio, abriendo la puerta lo justo para que se escurriese por ella su figura esbelta. Me incorporé para ver algo a través de la pequeña abertura, pero solo pude vislumbrar un retazo de las paredes de piedra de la galería. Tampoco oí sonido alguno, ni una palabra ronca que me advirtiera de la presencia del Fantasma.

Me cubrí el rostro con las manos, derrotada. Entre los dedos, vi cómo Fern me observaba desde una de las esquinas de la estancia, balanceándose nerviosa sobre la punta de sus pies.

—Por favor —le supliqué mientras me enderezaba, con las yemas quietas sobre el vendaje que me cubría el hueco en el que había estado mi oreja—. Cuéntame todo lo que ha ocurrido.

Mientras me aseaba y me peinaba la larga melena negra, me relató la forma en la que todos los hombres habían postrado sus armas ante la presencia del rey Oberón y sus caballeros. Habían sido ellos mismos los que habían encontrado a lady Nohr, herida, con quemaduras repartidas por todo su cuerpo, tratando de huir de la fortaleza. La habían apresado, junto a lord Veyl. Lady Odile, al ser la responsable de la carta que había desencadenado la venida del rey desde Veldara, seguía libre y, según se decía, gozaba del favor real y de las miradas del primogénito de su majestad, que había acompañado a su padre en aquel viaje y se había rendido ante la belleza de la única inocente de la familia Verlac.

Mi familia en su totalidad, incluida Giry, había sido trasladada al

Valle de los Cuatro Ríos. El castillo se había salvado por poco del asalto de los hombres de mi hermano y de la desolación de la batalla que había arrasado sus alrededores. Solo una de las habitaciones había sido destruida por un inusitado incendio, cuyo origen se desconocía.

Muchos rumores corrían por las galerías, e iban de boca en boca. Se decía que ahorcarían a lord Veyl y a lady Nohr por el incendio en el Palacio de los Vientos, así como a los soldados que habían participado directamente en el hecho. Otros juraban que los decapitarían, o que serían desterrados del reino y vendidos como esclavos a las Islas Grises.

Sair Mikail, sin embargo, había sido condecorado y ascendido, después de haberse negado a continuar en aquella batalla sin sentido.

Algunas citas de la carta que Odile Verlac había escrito al rey y la intervención de mi madre habían servido para salvar al Fantasma del mismo destino que parte de los soldados del Valle de los Cuatro Ríos había sufrido.

Desde el final del conflicto, él había velado día y noche junto a la puerta de mi dormitorio, sin pedir entrar en ningún momento, pero sin amedrentarse ante las amenazas que mi hermano le había siseado para que se alejase de una vez por todas de mí.

Todo parecía suspenderse en el aire, sujetado tan solo por un simple hilo. Los habitantes del castillo habían estado pendientes de mis heridas, esperando mi despertar. Al parecer, mi testimonio sería el que definitivamente pondría el punto final a la historia.

—Hay… algo más, Vienna —susurró Fern, tras unos instantes en silencio.

Asentí, aunque no pude evitar que un escalofrío me recorriera cuando se inclinó hacia mí y tomó mi mano entre las suyas. La apretó con demasiada fuerza.

—¿Qué…?

—Me marcho —me interrumpió. Tragó saliva con dificultad—. Cuando Percy me encontró en mitad de la batalla, me dijo que debíamos escapar, pero yo le pedí que esperásemos. Necesitaba saber que… estuvieras bien.

Mis dedos envolvieron los suyos y esbocé una pequeña sonrisa.

—Gracias, Fern.

—He sido feliz bajo tu servicio. Conozco a muchas humanas como yo que… que no han tenido tanta suerte. —Su mirada se oscureció.

—Eres mi amiga. La que siempre ha estado a mi lado —repliqué—. Pero tardé demasiado en ponerle un nombre adecuado a la relación que siempre nos ha unido. *Perdóname*.

Ella sacudió la cabeza con una mueca contrita, y se puso en pie. Sus manos se demoraron en soltar las mías.

—No sé si nos volveremos a ver. Percy y yo queremos abandonar el reino.

—¿Qué? —mascullé, rota por la sorpresa.

—Después de todo lo que ha pasado… creo que Elysia no es seguro para nosotros. Para nadie, en realidad —añadió, con un hilo de voz—. Siento habértelo dicho así.

—No, no. Lo comprendo —musité, tratando de esbozar una sonrisa que no alcanzó mis labios—. Entonces… os deseo muy buen viaje adondequiera que sea vuestro destino. Tened mucho cuidado.

Fern apretó los labios y apartó la vista. Había palidecido de pronto.

—Tú también, Vienna. —Sus ojos atravesaron los míos. Había muchas palabras ocultas en aquellos iris grises—. *Tú también.*

De súbito, unos golpes potentes en la puerta nos sobresaltaron y Fern se alejó de mi cama, observando con inquietud el tablero de madera.

El picaporte se movió y, con pasos secos y ágiles, un humano vestido de rojo y dorado entró en la habitación. Un Custodio del Nombre que, sin mirarnos siquiera, alzó la barbilla y proclamó:

—¡Nuestra majestad, el rey Oberón!

Fern se postró al instante. Mis ojos se detuvieron unos segundos más en ella antes de imitarla lo mejor que pude.

Escuché el susurro de unos zapatos de piel al deslizarse por el suelo de la estancia y un ligero murmullo que instaba a Fern a incorporarse y a abandonar el dormitorio. No pude despedirme una última vez, ni siquiera dedicarle una última sonrisa a aquel rostro que me había acompañado durante tantos años. Solo atisbé su cabello, recogido en un moño prieto, y la falda de su vestido, antes

de que la puerta se cerrara tras ella.

—Puedes erguirte, querida sobrina.

Levanté la mirada con lentitud. El rostro del rey Oberón me sonrió. Quizá demasiado. Mis pupilas buscaron en su cara algo de lo que no estaba segura. Un rastro de decepción, de culpabilidad, de vergüenza, de disculpa. Pero solo hallé la misma expresión con la que era retratado en cuadros y esculturas. Calmada, paciente, autoritaria.

Jamás me había detenido a pensar en lo mucho que se parecían los tres hermanos.

—Mi rey —musité, en un hilo de voz.

—Levanta la barbilla, Vienna. Sé que estás herida y no nos encontramos en un acto de la corte. Te disculpo de hacer uso del protocolo exigido.

Asentí, mientras sus ojos se entrecerraban para recorrer el vendaje que me rodeaba la cabeza, que cubría gran parte de mi rostro. Sus pupilas se clavaron en el lugar donde debería estar mi oreja izquierda. Una sombra oscureció su expresión.

Me obligué a no apartar la mirada.

—He oído muchas historias acerca de lo ocurrido —susurró. Hablaba con lentitud, cuidando cada una de las palabras. Me observó durante un instante, esperando una respuesta, pero yo mantuve los labios unidos en una mueca apretada—. ¿Sabes por qué he acudido a hablar contigo en privado, antes de dictar una sentencia pública?

Volví a cabecear.

—¿Juras contarme la verdad?

—Juro contar todo lo que sé —respondí, arrugando las sábanas entre mis dedos—. Es una historia larga.

Mi tío se echó a reír con una fuerza que sonó extraña entre aquellas paredes que tanto habían visto.

—Querida sobrina, soy el rey. Esperarán.

49

Cerré los ojos cuando escuché los golpes quedos contra la puerta.

Sabía que no se trataba de Fern. Se había marchado, como me había prometido. Así que la única que me dedicó una sonrisa de aliento fue Giry, que jugaba con una doncella en un rincón del dormitorio.

—Vienna. Es la hora.

Mi hermano Kallias entró en la habitación con gesto solemne. Se acercó hasta el sillón sobre el que reposaba y me ayudó a incorporarme. A pesar de los constantes cuidados, la herida de la pierna había sido profunda y había cortado más músculo y tendón de lo que habían creído en un principio las hermanas de la Orden Gris. Si bien consideraban que no acabaría tullida de por vida, necesitaría ayuda para poder caminar durante un largo periodo de tiempo.

Giry abandonó sus muñecas de madera durante un instante y me abrazó con delicadeza antes de dejarme ir.

Me sostuve del brazo que Kallias me ofreció y, renqueante, me interné como tantas otras veces en las galerías del castillo de Brumaverde. Estaban completamente desiertas, como si fueran los pasillos de una fortaleza abandonada. Ni siquiera se oían los pasos o los jadeos de algún criado apresurado. Nada. Ni un suspiro ni una risa. Silencio. Únicamente era mi andar lento e inseguro el que producía un susurrante eco en las paredes de piedra.

—¿Cómo estás? —me susurró Kallias, con el ceño fruncido—. Pareces fatigada.

—Me encuentro bien —mentí.

—Hoy todo acabará. Habrá justicia para nosotros, Vienna —murmuró, con una sonrisa segura cincelada en sus labios.

No contesté y me limité a seguir su paso, paseando la mirada por cada arco que atravesábamos, como si quisiera grabarlo todo a

fuego en mi memoria, como si supiera que no volvería a desplazarme bajo ellos.

El rey Oberón nos había convocado en el Comedor Real. A medida que nos aproximábamos, el silencio se iba desvaneciendo, arrastrado por los siseos que escapaban de la gran sala.

Cuando por fin nos hallamos frente a sus puertas, muchos de los presentes se volvieron hacia nosotros, expectantes, curiosos. La mayoría fijaron sus pupilas en el lugar donde debía estar mi oreja izquierda.

Aunque un Custodio del Nombre aguardaba a un lado, no separó los labios cuando nos vio entrar.

Había una gran cantidad de caballeros bajo el mando del rey Oberón allí congregados. Todos vestían con armaduras, en las que se podían ver la rosa y la corona. La mayoría formaba filas, recluyendo a los presentes en grupos ordenados. Cada uno de ellos estaba armado con un espada y una lanza. Aunque la primera se mantenía envainada, la segunda estaba firmemente esgrimida, con la punta inclinada apenas en dirección a las personas que custodiaban.

Logré avistar a lord Veyl y a lady Nohr a unos metros de distancia de mí. Permanecían apelotonados, muy juntos. Ninguno de los dos estaba atado, pero se mantenían inmóviles como estacas, con la vista puesta en la mesa vacía que tantas veces habían presidido. A sus espaldas, las picas de los caballeros los señalaban.

El aspecto de lady Nohr era deplorable, aunque su marido no le ofrecía un brazo en el que sostenerse. La fae había perdido gran parte de su cabellera por culpa del fuego que yo había encendido en su dormitorio, y ahora, su rostro, su cuello y parte de sus brazos estaban cubiertos por quemaduras aún mayores que las que habían marcado a mi hermana.

Lady Odile no se hallaba junto a ellos. Ocupaba un segundo plano, de pie junto a los pocos nobles faes que habían quedado en calidad de invitados. Captó mi mirada, pero no tardó en desviarla hacia un lado.

—Dama Roja.

Entre los mástiles de dos lanzas, pude ver los ojos turquesas de

Nissa, que se inclinó profundamente a mi paso. Me dedicó una media sonrisa que me hizo sentir tan confusa como solo ella sabía.

No pude detenerme, el brazo del que tiraba mi hermano me obligó a continuar.

—Madre, Raen… —Me incliné cuando llegué junto a ellos, desplazando rápidamente la vista de la dama fae al joven que se hallaba a su izquierda, serio y taciturno.

A pesar de que Raen me había visitado durante mi convalecencia, apenas habíamos cruzado palabra. Ni siquiera me había respondido cuando le había dado las gracias por no haber delatado mi traición. Sabía que estaba dolido y que guardaba rencor hacia mí, pero no podía reprochárselo. Le había infligido un daño que no sanaba con infusiones o con cataplasmas.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó, mirando de soslayo la venda que cubría mi rostro.

—Dolorida —contesté, mientras Kallias se separaba de mí para ocupar su lugar junto a mi madre—. Pero estoy bien.

Él sacudió la cabeza con cierta indiferencia. No obstante, tras un momento, alzó la mano y me sujetó, proporcionándome la estabilidad que me faltaba.

—Gracias.

De nuevo, no recibí respuesta, aunque los músculos de su mandíbula se relajaron ligeramente.

Un golpe súbito nos sobresaltó a todos, logrando que más de una persona soltase una exclamación. Sabíamos qué significaba aquel aviso. El rey Oberón se acercaba y los pocos murmullos que habían estado flotando en el aire comenzaron a extinguirse.

En aquella ocasión no hubo trompetas. El Custodio del Nombre anunció a grandes voces la presencia de su majestad y todos los presentes se arrodillaron a una, inclinando la mirada hacia el suelo. Muchos, no obstante, volvieron lo suficiente el rostro para ver al fae entrar con paso majestuoso en el comedor abarrotado. Yo fui una de ellos. Aunque mis pupilas no tardaron en desviarse de mi tío a mi primo Ciro, el príncipe heredero, que caminaba a su lado.

Hacía mucho que no lo veía. Se parecía a mi tío, en una versión más pálida y quebradiza. Sus ojos, sin embargo, eran como los de

mi madre, como los de mi tía Saskia, de un celeste débil, casi incoloro.

Su mirada se encontró con la mía, pero, si me reconoció, no lo demostró. Siguió adelante, junto a su padre.

Mientras mantenía las pupilas fijas en quien había sido mi prometido, una figura situada cerca de la retaguardia, más alta y fornida que el resto, atrajo mi atención.

—Nunca nos libraremos de ese maldito bastardo —farfulló mi hermano con desagrado.

No había visto al Fantasma desde el día de la batalla, cuando me había despedido con la mirada mientras una horda de soldados caía sobre él. Fern me había dicho que estaba bien y que apenas se había separado de la puerta de mi dormitorio, sempiternamente cerrada para él; pero no había sido sincera. Al menos, no del todo.

Con los ojos desorbitados, observé la venda blanca que cubría parte de su cara, ocultando el hemisferio derecho.

—¿Qué le ha ocurrido? —murmuré, sin poder contenerme.

—Al parecer, sufrió una herida grave en el rostro. Le quedará una gran cicatriz —contestó Raen con voz queda, antes de añadir, entre dientes—: Quizá quede desfigurado.

Me clavé las uñas en la cara, pero no sentí dolor en mi piel, solo en mi pecho.

—¡Salve al rey Oberón!

—¡Salve! —gritaron todos, en un alarido al que no fui capaz de unirme.

El monarca hizo un gesto con la mano, instándonos con impaciencia a erguirnos. A medida que las rodillas flexionadas volvían a estirarse, el fae barrió con sus ojos la totalidad de la sala, centrándose en mí y en el matrimonio Verlac.

Se produjo un silencio en el que el propio castillo pareció respirar hondo.

—Un rey tiene el deber de impartir justicia. Una tarea nada agradable, sobre todo cuando ciertos asuntos atañen a tu propia familia —comenzó, produciendo un eco amenazador en las paredes de la estancia—. Fui convocado al castillo de Brumaverde por medio de una misiva que me alertaba de las conspiraciones ejecutadas por

la familia gobernante de una de mis provincias. En ella, se relataban con exactitud todos y cada uno de los actos ideados y realizados por varios de los aquí presentes. —Calló durante un momento, endureciendo el brillo de su mirada clara.

Mi hermano Kallias empezó a balancearse sobre las plantas de sus pies. Tanto él como mi madre habían palidecido.

Yo no pude evitar apretar el brazo de Raen con fuerza.

—Conozco las traiciones que se trajinan en la corte. Es el castigo de nacer noble. Las maquinaciones y los asesinatos cometidos a traición nos perseguirán hasta el día de la muerte. Y es un hecho que se debe aceptar, se desee o no. —Desvió sus pupilas hasta mí, clavándolas en mi expresión demudada, antes de continuar—. He oído muchas versiones de lo ocurrido. Y en todas ellas he encontrado motivos para castigar a ambas familias involucradas.

Contemplé de soslayo el perfil de mi madre, que se había aferrado al brazo crispado de mi hermano mayor, clavando en él sus uñas.

—Ha habido mucha sangre derramada. Demasiada. Por ese motivo, no habrá nuevas ejecuciones. —Hubo un ligero revuelo al otro extremo de la sala, donde se congregaban lord Veyl y lady Nohr. Casi escuché cómo Kallias hacía chirriar los dientes—. No obstante, los delitos cometidos han sido muchos y graves, y deben ser debidamente reprendidos.

Uno de los guardias que se hallaba junto al monarca dio un paso al frente, atrayendo toda la atención.

—A continuación, el príncipe heredero Ciro leerá las sentencias de todos y cada uno de los imputados. Aquel que sea nombrado deberá dar un paso al frente.

El aludido avanzó un paso. En sus manos, sostenía un largo pergamino en el que podía entreverse la tinta negra con la que estaban escritas una decena de frases.

—Lord Veyl Verlac.

Volví la mirada para descubrir al fae, que fue obligado a avanzar entre empujones y protestas. Ya no quedaba majestuosidad en su aspecto o en su porte. Había perdido gran cantidad de pelo, y sin su ropa cara y brillante no parecía más que un campesino humano asustado. Sus orejas puntiagudas eran el último vestigio que lo

identificaba como fae.

—Habéis sido acusado de complicidad y encubrimiento de los actos planeados por vuestra esposa, lady Nohr Verlac. Siendo culpable, se os condena a la pérdida de vuestro título, así como de todos los honores relacionados con este. De ahora en adelante deberéis servir entre la guardia del rey, estándoos vedada toda posibilidad de ascenso.

Lord Veyl, o simplemente Veyl, como debía ser llamado de ahora en adelante, asintió penosamente con la cabeza y se retiró en silencio, arrastrando demasiado los pies. Tenía la cabeza vuelta hacia un extremo de la sala, evitando por todos los medios que sus ojos se cruzasen con los de cualquiera. Parecía a punto de vomitar.

Kallias y yo intercambiamos una mirada. Jamás había existido el precedente de que un fae formase parte de un regimiento tan bajo entre los humanos. Sin embargo, ambos sabíamos que aquel castigo no era suficiente.

El pecho de mi hermano subía demasiado y bajaba con violencia, pero mi madre tiró de él, como si temiese que fuera a abalanzarse contra el rey.

Lady Nohr dio un paso al frente antes de que el príncipe heredero pronunciara su nombre. A pesar de su cabello graso, de las quemaduras terribles que ahora la decoraban como antes lo habían hecho las joyas, permanecía altiva y severa, taladrando con la mirada al hijo del rey Oberón.

Él hizo todo lo posible por no mirarla.

—Sois culpable de alta traición, asesinato, coacción y adulterio. Siendo vuestros delitos los peores entre los cometidos y habiendo aclarado anteriormente que no habrá ninguna ejecución, se os condena a un internamiento de por vida en las mazmorras del castillo real. Mañana, al alba, se os cortarán las orejas.

Una ola de murmullos se extendió por la sala, acallando las últimas palabras dichas por el joven fae. El agujero que ahora ocupaba el lugar de mi oreja izquierda me escoció, y mis dedos acariciaron inconscientemente la venda que todavía lo cubría. Aquel era, sin duda, el peor castigo que podían imponerle. La mejor manera de arrancarle su estatus, su identidad. Tal y como ella había intentado

hacer conmigo.

Su castigo, sin duda, era mucho mayor que el de su marido. Eran más que conocidas las leyendas terribles que corrían sobre las celdas que se hallaban bajo los suelos del hogar del rey Oberón. Se decía que los calabozos apenas tenían unos dos metros de largo por un metro y medio de alto, por lo que los internos debían arrastrarse de rodillas y dormir encogidos para que sus extremidades no tocasen unas paredes que siempre estaban frías y húmedas.

Los guardias al servicio de su majestad se dirigieron hacia ella, pero antes de que la apresaran, lady Nohr siseó:

—Si esa es mi pena, ¿cuál es la vuestra, *mi rey*? —Pronunció aquel título con una sonrisa horrible, retorcida.

Mi tío se envaró sobre el asiento, pero se limitó a contestar:

—Guardad silencio, prisionera.

Hizo un gesto a sus hombres, que se colocaron a ambos lados de la fae y la aferraron de los brazos. Intentaron tirar de ella, pero lady Nohr clavó los talones en el suelo y se debatió. Una ola de murmullos escandalizados se elevó. Sus ojos dorados no se separaron de la corona posada sobre los cabellos castaños de mi tío.

—¿Vais a simular que no conocíais lo que estaba ocurriendo en el Valle de los Cuatro Ríos? ¿Vais a fingir que no descubristeis lo que realmente sucedió?

Se me entrecortó la respiración. A mi lado, mi madre dejó de sujetar a Kallias, aunque dio igual. Él se había quedado paralizado.

Los labios del rey Oberón se apretaron hasta convertirse en un línea pálida en su barbilla. Hizo un gesto seco a los guardias, que comenzaron a arrastrar a lady Nohr por el pasillo custodiado por los hombres de mi tío.

La alfombra verde, llena de lirios del valle bordados, se arrugaba bajo los pies que ella hundía en el suelo.

Cuando pasó frente a nosotros, sus ojos se clavaron en mi rostro demudado. Seguía sonriendo, pero tenía el semblante empapado en lágrimas. Su quemadura, tan parecida a la de Giry, supuraba.

—¿Creíais que habíais vencido? ¿Pensabais que habíais cambiado algo? —Escupió a mis pies—. No, estúpida necia. Habéis perdido tanto como yo.

Lady Nohr no dejó de resistirse. Incluso cuando abandonó el Comedor Real, siguieron haciendo eco sus gritos.

Tardaron demasiado en apagarse.

Un silencio denso, incómodo, se extendió por toda la estancia.

Al rostro del rey Oberón, sin embargo, había regresado la calma. Lanzó una mirada de impaciencia a su hijo, que volvió a prestar atención al pergamino que sujetaba entre las manos.

—Lord Wynn Aere. —El mayor aliado de mi hermano avanzó, con los labios firmemente apretados y las mejillas salpicadas por la bilis y el miedo—. Comprendemos que vuestra intervención en este conflicto respondió a vuestra lealtad al antiguo señor de la provincia de Sombramar y a lord Kallias Daaé. Sin embargo, os recuerdo que vuestra fidelidad está, por encima de todo, con vuestro rey.

El aludido apenas cabeceó mientras el príncipe heredero carraspeaba antes de continuar.

—Por ello, para que no volváis a olvidarlo, se os aumentarán un tercio los impuestos recaudados cada luna.

Mi madre le susurró una palabra a mi hermano cuando vio cómo sus manos se cerraban en puños agitados.

Lord Wynn no pronunció palabra, aunque sus labios se estrujaron todavía más, hasta el punto de casi hacerlos sangrar. Se retiró con los ojos acuchillando el suelo alfombrado.

—Lord Kallias Daaé. Dad un paso al frente.

Mi hermano intercambió una rápida mirada con mi madre antes de adelantarse y desviar la atención hacia el primogénito real. Toda la cólera, toda la fuerza, parecía haberse derretido como la nieve de los tejados del castillo. Estaba tan pálido como la cera que goteaba de los candelabros.

—Sufristeis la pérdida de vuestro padre y de vuestra fortaleza a manos de una familia que os traicionó. Buscasteis venganza, pero no por el camino adecuado. Ser señor implica algo más que batallar y defender vuestras tierras. Implica sensatez y sangre fría para reaccionar de un modo acorde a la situación. —Los labios de mi hermano se torcieron en una mueca, pero permaneció en silencio—. Vos no la tuvisteis y actuasteis por vuestra cuenta. De haber escrito una misiva a vuestro tío, se habría evitado que mucha sangre se

derramara. Por ello, se dictamina que la justicia ya ha sido dada y que no recibiréis más recompensa que el mantenimiento de vuestras tierras y vuestro título honorífico. —Kallias asintió, tensando un poco los músculos de su mandíbula cuadrada—. Tendréis ayuda de la guardia real, así como de los caballeros, los guardias y el personal que sirvió a las órdenes de la familia Verlac, para finalizar la reconstrucción de vuestro castillo.

Las mejillas de mi hermano se cubrieron de un púrpura encendido. Mantenía las manos pegadas a los costados, como si así pudiese impedir que volasen hasta la espada que colgaba de su cinto. Cuando se inclinó, pude sentir la tirantez de su cuello.

Regresó junto a nosotros en el momento en que el príncipe Ciro volvía a alzar la voz:

—Lord Raen Zenir.

A mi lado, el aludido se sobresaltó, aunque se apresuró a dar un paso al frente y ocupar el lugar donde instantes antes había estado mi hermano mayor.

—Ya que habéis cumplido vuestra mayoría de edad, os serán devueltas vuestras tierras. Desde ahora, sois el señor de Sylvaris. Tanto el rey como yo os recomendamos buscar a una dama pronto, para aseguraros un futuro heredero.

Raen cabeceó, algo aturdido, aunque su mirada estaba llena de miseria cuando regresó junto a nosotros. Kallias maldijo entre dientes y yo me estremecí. Mi madre fue la que permaneció impávida. Que nombrasen oficialmente a Raen como señor fae significaba que tendríamos que separarnos. La provincia de Sylvaris se encontraba al norte, haciendo frontera con Veldara, la capital, y el Valle de los Cuatro Ríos. Sombramar estaba situada en el otro extremo del reino.

El príncipe Ciro carraspeó; todavía no había terminado:

—Sair Erik, acercaos.

El revuelo escandalizado que se había levantado hacía apenas unos segundos no tuvo nada que ver con las exclamaciones que se sucedieron de pronto en toda la sala. Muchas cabezas se giraron de un lado a otro.

Sentí un dolor agudo en el brazo cuando los dedos de mi madre se

cerraron en torno a él. De un brusco empellón, me aproximó más a ella.

—¿Por qué llama a ese bastardo? ¿Qué es lo que quiere de él? —masculló, contemplándome como si yo fuera la culpable de aquello.

El sonido de unos pasos logró que todas las miradas se incrustaran en el rostro herido del Fantasma. Avanzaba con lentitud, cojeando tal y como lo hacía yo, aunque a diferencia de mí, no había nadie en el que pudiese sostenerse.

Con brusquedad, me deshice de la mano de mi madre y escapé de ella antes de que pudiese reaccionar. Sorteé con dificultad el cuerpo de algunos de los guardias y, frente a los ojos atónitos de faes y humanos, me acerqué a él y le ofrecí mi mano.

Los susurros nos rodearon como el zumbar de mil avispas furiosas mientras el Fantasma me dirigía una de sus largas miradas oscuras y estiraba los labios en una mueca que retorcía esa herida profunda que ahora le cruzaba el rostro.

—Nos volvemos a encontrar, florecilla —dijo, antes de posar sus dedos de hierro sobre los míos.

Lo miré con los ojos húmedos, sintiendo un nudo imposible de desatar en mi garganta.

—Sair Erik, acercaos —ordenó Ciro, haciendo un gesto impaciente con la mano.

Ambos lo hicimos, con lentitud, con cientos de pupilas enterradas en nuestra piel herida.

Mi tío se había erguido sobre su asiento y me observaba con una expresión crispada. Tenía las manos demasiado apretadas sobre el reposabrazos.

Su hijo nos dedicó una mirada más, confuso, antes de volver a separar los labios:

—Sair Erik, colaborasteis en el incendio que destruyó el Palacio de los Vientos, en Sombramar. Sabemos que actuabais según las órdenes recibidas, como tantos otros soldados, pero vos decidisteis traicionar a la familia a la que servís. No solo eso —añadió, mientras yo fruncía el ceño, asustada y confusa, y daba un paso atrás. A pesar de que el Fantasma seguía aferrado a mi mano, él no se movió —. También atacasteis a vuestros propios compañeros, y no hay

nada peor para un caballero que fingir lealtad a una familia y después participar en su masacre.

—Eso no… —comencé, pero el príncipe me interrumpió.

—Sair Erik, os relego de vuestro puesto de caballero. Y se os prohíbe recibir ese título de nuevo. —Se me escapó una exclamación ahogada. Miré a mi tío, pero él tenía los ojos clavados en la multitud, sin ver realmente nada—. Vuestra cabeza permanecerá sobre vuestros hombros solo gracias a que protegisteis a lady Vienna durante el ataque.

—¡Eso no es jus…!

La mano del Fantasma tiró de la mía. Negó ligeramente, antes de que su cuerpo herido se irguiera, desafiando con su altura a todos los que le rodeaban, incluyendo al propio rey.

—Retiraos.

Obedecí, con la mente en blanco y un rugido llenando mis oídos. Mi madre me hizo una seña para que me acercara a ella, pero me mantuve con Erik a un costado, al otro lado del pasillo, tras el escudo de los soldados, cada vez más perdida, cada vez más humillada.

No, no, no, no… así no era como debía terminar aquella historia.

Aquel no podía ser el final.

—Lady Odile.

Alcé la mirada al escuchar la forma en la que el príncipe Ciro había pronunciado su nombre. Sus labios sonrieron cuando posó su mirada sobre ella.

La aludida miró un instante hacia atrás, intercambiando un vistazo conmigo, antes de esbozar una ligera sonrisa.

—A lady Odile, dada la naturaleza de su colaboración con la corona, y como recompensa a esta, le será permitida la estancia en la capital en calidad de pupila real… durante el tiempo que desee.

El príncipe heredero parecía encantado con ello, a juzgar por cómo ardían sus pupilas mientras la contemplaba.

Gracias a ella, Kallias había conservado su título y sus tierras, pero Odile había vendido a su propia familia. La había entregado a cambio del favor real y de una estancia en la corte llena de vestidos, joyas, y un príncipe con el que flirtear.

Odile Verlac me había utilizado como una marioneta más para lograr su único fin de ascender en la escala social. La única verdad que habían escupido sus labios había sido cuando me había jurado que ella no era como su madre.

No, no era como lady Nohr.

Era mucho peor.

Los murmullos se habían alzado desde la última intervención del príncipe Ciro y oscilaban de un extremo a otro de la sala como una ola sin final. Los principales implicados en el asunto ya habían sido nombrados y sentenciados.

El rey Oberón se puso entonces en pie y, con una sola mirada, los susurros murieron.

—La justicia ha sido impartida —sentenció, en voz alta—. El Valle de los Cuatro Ríos quedará bajo mi gobierno hasta el momento en que encuentre a un nuevo señor digno de tal cargo. —Sus ojos se clavaron por última vez en la muchedumbre—. Doy el juicio por finalizado.

—¿Qué…? —musité—. No, no puede…

—¡Salve al rey Oberón! —gritaron sus guardias, alzando las armas y acallando mi voz.

—¡SALVE!

—¡No! ¡Alto! ¡ALTO! —grité.

Extendí las manos hacia mi tío, pero él no me miró. Junto a su hijo, se escurrió por un lateral de la estancia, fuertemente custodiado.

—¡Tío, por favor! ¡TÍO!

Recibí miradas desorbitadas, indignadas, mientras los soldados nos empujaban de mala manera. Abrieron a toda prisa un pasillo por el que pudiera salir el monarca sin necesidad de que manos no deseadas intentaran tocarle.

—¡Una audiencia! —seguí gritando, por encima de las salvas que todavía hacían eco en el Comedor Real—. ¡Solicito una audiencia real!

Si el rey Oberón me escuchó, ni siquiera giró la cabeza en mi dirección cuando cruzó frente a mí.

—¡Me debéis una audiencia! —insistí, desgañitándome la garganta.

No sirvió de nada, mi tío siguió caminando hacia la salida—. ¡ME LA DEBÉIS!

Con el rostro incendiado por la rabia, me volví hacia el Fantasma. Apoyé mis manos temblorosas sobre el jubón oscuro que lo cubría.

Él me sonrió con amargura.

—Ahora estás a salvo —dijo—. Todo ha terminado.

Lo miré con las pupilas dilatadas y negué una, dos, tres veces.

—No, no. Yo… —Alguien me retuvo por la falda y, cuando miré por encima del hombro, la mirada iracunda de mi hermano me taladró. Di un paso al frente, tirando del vestido, sintiendo cómo la tela se pegaba a mis piernas y me hacía trastabillar—. ¡No! ¡NO! ¡Este juicio ha sido una farsa!

Erik me miró con los ojos entornados, de una forma en la que jamás lo había hecho. Había tanta ternura, tanta calidez mezclada en su mirada, que hasta dolía contemplarlo.

—Por favor…

Lancé una maldición entrecortada cuando las manos de Kallias se enredaron en mi cintura y tiraron de ella sin compasión. Me alejó del Fantasma sin que él intentase retenerme. Me revolví con rabia, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con ahogarme.

Su mano se alzó, trémula. Y durante solo un instante, las yemas de sus dedos se apoyaron en mis mejillas, acariciándolas, antes de que un nuevo tirón me separara finalmente de él.

Trastabillando, me sujeté sin remedio a las manos de mi madre, que de inmediato me empujaron hacia la marea que salía del comedor, siguiendo la estela que había dejado el rey Oberón.

El Fantasma sonrió, retorciendo todas esas heridas que había terminado por amar.

—No llores, florecilla —me susurró, antes de que el clamor de las demás voces ahogase la suya.

50

Giry me limpiaba con sus manos las lágrimas que caían por mis mejillas.

Sabía que llorar no servía de nada, era algo que había aprendido en el castillo de Brumaverde, pero tanto mi familia como los guardias que nos rodeaban se cuidaban de poner cualquier arma a mi alcance. Ni siquiera un cuchillo para cortar la carne. En mi plato siempre aparecía la comida troceada. Incluso habían escondido los atizadores de la chimenea.

—Tu actitud es tan absurda como decepcionante —comentó mi madre, cuando volvió a mirarme.

Habían traído la cena a nuestras dependencias. Desde el día del juicio, tres noches atrás, no se habían celebrado banquetes oficiales. Tampoco el rey nos había invitado a compartir ni un simple refrigerio con él, y ni siquiera nos había hecho una visita privada.

«Es lógico», había comentado Raen, el día antes. «Sabe que no estáis de acuerdo con la sentencia que ha recibido vuestra familia. No quiere enfrentarse a vosotros, ni tampoco alentar una rebelión. Sabe que los Daaé son fuertes; si no hubiera llegado a tiempo, ahora mismo no existiría en el castillo de Brumaverde».

Quizá por ello, la guardia que nos acompañaba siempre se había redoblado. No había forma de que ninguno caminase a solas por las galerías de la fortaleza, a pesar de que había poco que hacer o lugares adonde ir. Se había convertido en un edificio fantasmal.

Los pocos invitados de los Verlac se habían marchado después del juicio. Lord Wynn había partido a Zéfiros el día anterior y Raen se había marchado aquella misma mañana.

Todos lo habíamos despedido a los pies del puente levadizo. Verlo perderse en la niebla del amanecer fue peor que recibir una puñalada. Giry lloró a gritos y mi madre se apartó una lágrima con disimulada frialdad. Yo lo había abrazado durante demasiado tiempo antes de dejarlo ir, recordando las coronas de flores que solía

colocarle sobre el pelo.

«Siempre tendrás un lugar en Sylvaris», me murmuró, antes de separarse de mí. «Y quien te acompañe».

El malhumor de mi hermano había empeorado desde entonces. Deseaba regresar a Sombramar cuanto antes, pero habíamos tenido que esperar a que nuestro tío se cerciorarse de que los documentos y los trámites de traspaso de la provincia estuvieran en regla, y de que el palacio estuviese listo a nuestra llegada. Aunque al día siguiente estaba prevista nuestra partida, no cesaba de quejarse entre dientes.

Yo no sabía qué deseaba. Quería marcharme de una maldita vez, abandonar aquel valle con sus flores y sus jardines interminables, pero hacerlo sería despedirme para siempre de Erik, de nuestra historia.

Sabía que mi familia haría todo lo posible para que él no pusiera ni un solo pie en nuestras tierras.

De pronto, la puerta se sacudió con dos golpes recios.

Cuando mi hermano acudió a abrir, sair Mikail entró en la estancia. No lo había visto desde que me había dejado a solas con lady Nohr en su dormitorio. Parecía encontrarse bien y vestía con armadura, aunque en su pecho estaban dibujadas la rosa y la corona, y no el emblema de los Verlac.

—El rey ha decidido concederos la audiencia que le solicitasteis, lady Vienna —informó, sin mirarme.

Me puse en pie de golpe, mientras mi madre y mi hermano intercambiaban una mirada de alerta.

Me apresuré a borrarme el rastro de las lágrimas a manotazos.

—La acompañaré —dijo Kallias, dando un paso al frente.

—No será necesario, mi señor —contestó sair Mikail, sin parpadear —. El rey me ha pedido que la escolte.

El bufido que escapó de los labios de mi hermano fue más que audible, pero el humano no añadió nada más. Giry corrió hacia mí y enterró su pequeña carita en mi falda, mientras yo me inclinaba para besar su cabello, rojo como el fuego. Permanecí un instante así, con sus bracitos alrededor de mi cintura, mientras las llamas de la chimenea le arrancaban destellos a su cabellera.

Quizá tú también seas una Dama Roja, pensé, antes de separarme de ella y dedicarle la primera sonrisa verdadera en días.

Cuando abandoné el dormitorio, no miré atrás.

Caminé tras la capa del caballero, que se sacudía con la fuerza de sus pasos. La corona bordada en ella despedía reflejos dorados cuando la luz de las antorchas se reflejaba en sus hilos.

—Creo que debería felicitaros por vuestro ascenso —comenté, en voz baja.

—Solo hacedlo si lo creéis conveniente, mi señora —contestó él, sin girar la cabeza.

No nos cruzamos con nadie de camino al Comedor Real. Pensaba que mi tío me recibiría en sus aposentos, pero me había equivocado por completo.

Aquello no resultaba alentador. Me recibiría como un monarca lo haría con una súbdita, no como un tío lo haría con su sobrina.

Los guardias apostados a ambos lados de la entrada no anunciaron mi nombre. Se limitaron a dejarme paso.

—Buena suerte, lady Vienna —me susurró sair Mikail, antes de alejarse de mí.

Me obligué a no vacilar cuando atravesé el umbral de aquella estancia gigantesca. El Comedor Real siempre había estado repleto de candelabros con velas encendidas, música, risas, bailes y ríos de Sangre de Aurora. Pero ahora estaba desierto y sumido en la penumbra que precedía al anochecer.

Solo había un par de velas sobre la mesa principal, ante la que se hallaba mi tío, en el mismo lugar que había ocupado hacía tres días.

A pesar de la distancia, sus ojos se posaron sobre los míos, pero no bajé la mirada. Tenía la sensación de que había preparado aquel escenario a propósito. Quería hacerme sentir incómoda. Pequeña. Sola.

No sabía que yo había aprendido a amar la oscuridad y las sombras que se movían en ella.

Recorrí el camino que me llevaba hasta él con la barbilla alzada. No la bajé, aunque hice la reverencia protocolaria cuando me detuve a un par de metros de distancia.

—Mi rey —saludé.

—Álzate, querida sobrina —dijo, con su voz cálida, paciente—. Me han dicho que querías hablar conmigo en privado.

Rechiné los dientes cuando recordé cómo me había abalanzado hacia él, como le había suplicado una audiencia privada días atrás, y cómo mi tío ni siquiera había girado la cabeza para mirarme.

—Quería hablar sobre las sentencias que dictaminasteis. Sobre los Verlac y sobre cierto caballero humano.

—Entiendo —fue lo único que me dijo. Su ceño se frunció levemente—. He tratado de ser justo y de actuar conforme a la ley.

—¿Qué ley? —susurré—. Nunca, desde la invasión de los faes al reino humano, se había producido algo así. Jamás nos habíamos traicionado entre nosotros. Si fuéramos humanos…

—Pero no lo somos, querida —me interrumpió él, con una paciencia aburrida—. Y permíteme que te corrija. Se trató de una *colonización*, no de una invasión.

—Lord Veyl… —empecé de nuevo.

—Mi hermano no tenía idea de la conspiración que habían trazado lady Nohr y Kyros. Él nunca deseó que el Palacio de los Vientos ardiera y, mucho menos, que lord Dain Daaé perdiera la vida.

—No perdió la vida —siseé—. Lo asesinaron.

—Vienna, sabes bien qué quiero decir —replicó él, con un suspiro. Tuve ganas de gritarle que no, que no tenía ni idea de a lo que se refería—. Kyros siempre fue… el más débil de los tres. Quizá fue por culpa de esa enfermedad que padecía, solo los Inmortales lo saben… pero no puedo cargarle a Veyl los pecados que cometió su hermano menor.

—Lord Veyl pudo haber detenido todo esto cuando lo descubrió —dije. Avancé un paso, los puños me temblaban contra los costados —. Pudo haberos escrito. No habría habido batallas. No habría habido derramamiento de sangre.

—Como bien has dicho, querida sobrina —quise arrancarme la otra oreja cuando me llamó así—, era la primera vez en nuestra historia que se registraba un hecho de esas características. Entiendo que se pudiera sentir… *confuso*.

—Como lord Kallias, entonces —refuté. Los ojos me ardían por no parpadear.

—Sabes muy bien que a tu hermano solo le movió el deseo de venganza. —El rey Oberón aleteó con la mano arriba y abajo con cierto hastío—. Y eso es algo que no debo consentir.

—Fue lord Veyl quien ordenó que me encerraran en las mazmorras. En las mismas mazmorras donde uno de sus hombres me cortó la oreja —atajé, antes de que él pudiera soltar otro suspiro—. ¿También os parece una decisión… *confusa*?

—*Cuidado*.

La voz de mi tío se afiló. Toda la calidez, toda esa paciencia que parecía infinita, pareció terminar de pronto. Sus ojos me recordaron de repente a los de sus hermanos.

—Estáis hablando con vuestro rey.

De pronto, yo ya no era su sobrina. El protocolo regresaba como un abismo más que sortear, como una cicatriz que había olvidado que seguía marcando mi piel.

Sentí cómo las piernas me flaqueaban. No por miedo, sino por agotamiento. Era como si tratase de escalar un muro imposible, y no hiciese más que resbalar y resbalar, con la piel desollada y en carne viva.

—Mi padre me dijo que me casaría con Ciro —susurré de pronto. Él se envaró sobre el asiento—. Si lo hizo, fue porque contaba con vuestra aprobación, porque se trataba de un matrimonio pactado. ¿Por qué retirasteis su mano sin explicarme un motivo siquiera?

El suspiro que escapó de sus labios gruesos sonó más a un bufido impaciente.

—Lady Vienna —No «Vienna». No «querida sobrina»—. No podía casar a mi único hijo con una huérfana cuyas tierras corrían peligro. Sin un gobernante fae capaz, podían ser atacadas por los humanos.

—Y, sin embargo, fueron los faes quienes las atacaron —siseé—. ¿Qué sentido tiene entonces que queráis prometerlo con lady Odile, con la hija de quienes han conspirado contra mis tierras y contra mi familia?

¡No sois justo!, quería gritarle. ¿Cómo no podía darse cuenta? ¿Cómo no podía verlo?

—Mi sobrina Odile fue la única que actuó bien —replicó el rey, con los labios apretados en una mueca—. Si vos hubieseis escrito…

—Controlaban todo lo que escribía —lo interrumpí—. Mi carta nunca habría llegado a Veldara.

—Sea como fuere, no tenía pies ni cabeza mantener ese compromiso que ni siquiera se había hecho público. —Su ceño se frunció aún más—. Y si lo decís porque queréis uniros a mi hijo, debo pediros que olvidéis esa idea. He oído los rumores.

El mundo se tambaleó bajo mis pies. Entorné la mirada mientras mi corazón vibraba contra mis costillas.

—¿Rumores?

—Sobre ese humano al que llaman «el Fantasma». Sobre la relación que os une —pronunció aquellas frases como si escupiese una sarta de palabras malsonantes—. No os castigaré, lady Vienna, pero solo porque sois muy querida para mí.

¡MENTIROSO!, quise aullarle. Pero permanecí en silencio unos instantes más, mientras el fuego se iba haciendo dueño de mi cuerpo.

—Entiendo que estéis enfadada. Sé que necesitaréis tiempo para digerir todo lo que ha ocurrido desde el incendio en el Palacio de los Vientos. —Su voz volvió a calmarse, a llenarse de esa paciencia infinita que empezaba a golpearme como bofetadas—. Pero creo que he sido magnánimo con vos.

—¿Es que creéis que debo ser castigada? —Ladeé la cabeza. Se me escapó una carcajada entre los labios que me supo a vómito—. ¿Yo?

Aquella risa súbita oscureció su mirada. Sus manos se aferraron a los reposabrazos de su asiento y se inclinó hacia delante, devorándome con sus ojos verdes. Pero yo no retrocedí. Me había enfrentado a miradas mucho peores.

—Dejadme enumeraros los motivos. Os habéis relacionado hasta extremos que no quiero conocer con un humano, con un *deplorable* humano. Habéis estado jugando con espadas, cuando sabéis que es algo que no se os permite. Encerrasteis a lady Nohr para que se asara viva, en vez de esperar a mi juicio justo.

Me clavé las uñas en la cara para no echarme a reír de nuevo.

—¿Justo? —repetí, sin poder evitar que otra carcajada hiciera eco en los techos altos—. No he recibido justicia ni un solo día desde

que llegué aquí.

Y ni siquiera antes, añadió otra voz cavernosa en mi interior.

El rey Oberón se incorporó con tanta violencia, que estuvo a punto de arrojar el butacón que ocupaba al suelo. Golpeó con los puños aquella mesa que siempre se había llenado de los mejores manjares, y se inclinó sobre mí, con sus pupilas acuchillando la distancia que nos separaba.

—Por todo lo que he mencionado anteriormente, podría degradarte. Pero ni siquiera tendría que dar un motivo. Si fuésemos *justos* —recalcó esa palabra con la lengua apretada entre los dientes —, ya formarías parte de la Orden Gris.

Sus ojos se movieron un poco, solo lo necesario para posarse sobre el hueco que ocultaba mi largo cabello. Retrocedí, como si el propio aire me empujara.

Las llamas invisibles que me envolvían casi me impidieron articular palabra cuando susurré:

—¿Por… *esto*?

El rey apartó la vista cuando mostré sin dudar el grotesco agujero que hundía mi rostro y le confería, de frente, cierta deformidad.

—¿Es que una pequeña parte de mi cuerpo es lo que me permite formar parte de esta sociedad? ¿Es lo que me define? ¿Es lo que me convierte en fae? —mascullé.

El rey Oberón ni siquiera parpadeó.

—Creo que conoces de sobra la respuesta, querida sobrina.

Algo dentro de mí se quebró. Y fue esa fractura lo que hizo que el fae se sentara de nuevo sobre el butacón, seguro, más calmado.

—Deberías retirarte. Esta audiencia está durando demasiado y, por lo que tengo entendido, mañana partirás de regreso a la provincia de Sombramar. Las damas faes debéis descansar.

Asentí, algo perdida, pero no me moví. El fuego que ardía dentro de mí no se había apagado, pero no terminaba de crecer, de devorarme, aunque una parte de mí lo ansiaba con desesperación. Era como si necesitase otra chispa, una bocanada más.

Observé a quien había considerado mi tío. Al que había respetado, al que había abrazado de pequeña en las escasas ocasiones en las que lo había visto, al que había considerado mi familia y al que había

apreciado como tal, a pesar de su posición. Recordé sus sonrisas, sus regalos y sus miradas risueñas. Cómo aquella aura de paciencia y calma lo había envuelto siempre. Eso había sentido siempre. Pero me había equivocado. No era paciencia lo que le hacía observarme como si fuera una niña que necesitase demasiadas explicaciones. Era altanería. Era superioridad. No era tranquilidad el manto que lo había cubierto siempre, era una sensación de impunidad que nunca desaparecería.

De pronto, la voz sinuosa y dulce de lady Nohr hizo eco en mis oídos.

«¿Vais a simular que no conocíais lo que estaba ocurriendo en el Valle de los Cuatro Ríos? ¿Vais a fingir que no descubristeis lo que realmente ocurrió?».

Sus ojos dorados pestañearon dentro de mi cabeza y me dedicaron un guiño juguetón.

«¿Creíais que habíais vencido? ¿Pensabais que habíais cambiado algo?».

El fuego creció. Y la última barrera que lo sujetaba acabó convertida en cenizas.

«No, estúpida necia. Habéis perdido tanto como yo».

Mi cuerpo ya había empezado a girarse. El camino que me conducía hasta la puerta fue desandado cuando corregí el rumbo de súbito. Avancé hacia la mesa, y no me detuve hasta que subí los peldaños y apoyé las manos sobre la madera pulida con un golpe seco.

Mis ojos se clavaron en los del rey de Elysia.

No sé qué vio en ellos, pero me provocó un estremecimiento de placer cuando percibí cómo se inclinaba hacia atrás.

—Sair Mikail también desobedeció a sus señores —murmuré—. Sin embargo, a él lo habéis recompensado al colocarlo como capitán de vuestra guardia. Al Fantasma lo desterrasteis de su rango. ¿Por qué?

El silencio que nos envolvió fue ensordecedor.

—La audiencia ha llegado a su fin, lady Vienna —susurró, con voz grave, amenazante. Sus nudillos estaban blancos.

—Era vuestro espía, ¿no es así? En el momento en que supo lo que ocurría, os lo comunicó —continué, en un murmullo ronco solo para

sus oídos.

—Lady Vie…

—Lo sabíais. Lo sabíais y no hicisteis nada. *Lo permitisteis.*

¿Por qué?, quise preguntarle. Pero conocía la respuesta. Por cobardía, por ambición, porque algo así podría haber puesto su reinado en jaque. Porque si todo hubiese terminado como los Verlac lo habían preparado, los territorios de su familia habrían crecido, y las riquezas del reino, con el comercio marítimo que gestionaba mi provincia, se habría duplicado.

Porque, en el fondo, estaba tan podrido como todos ellos.

Las mejillas se le habían salpicado de rojo. No sabía si por culpa de la ira, o de la vergüenza. Pero su voz no vaciló cuando se inclinó hacia mí y se detuvo a solo unos centímetros de mi rostro.

—*Marchaos*.

Tomé aire de golpe, porque hacía mucho que me había olvidado de cómo respirar, y le di la espalda. Me alejé a trompicones, mientras sus ojos verdes me perseguían, me hablaban, me retaban. En mi mundo, daba igual que él hubiese permitido todas aquellas atrocidades. Jamás se le cuestionaría. Jamás me creerían.

Porque él era un rey fae.

Y yo, una dama que creyó una vez que era un incendio. Pero solo era una chispa.

Cerré las puertas del Comedor Real a mi espalda con violencia, pero los guardias que las custodiaban ni siquiera me dedicaron un vistazo.

Avancé, con las uñas clavadas en mis brazos trémulos, en un intento de abrazo que nunca me reconfortaría. Renqueaba por culpa de la pierna herida, con los ojos acuchillando el suelo, hasta que me tropecé con alguien.

—Dis… disculpadme —tartamudeé.

—No hay por qué pedir perdón, Dama Roja.

Levanté la mirada de golpe.

—Lady Nissa —musité.

Ella me dedicó una amplia sonrisa. Vestía con un traje vaporoso del color del océano, que hacía juego con sus ojos. Entre las manos llevaba una bandeja de oro y, sobre ella, una única copa que

humeaba.

—Siempre habéis sido la única fae que os habéis referido a mí con un título —comentó, con los labios todavía estirados.

Asentí, traté de devolverle el gesto, pero sentía la boca temblorosa, y en mi garganta se escondía un grito que jamás terminaría de proferir.

—Me alegro de haberos visto antes de marcharme —musité, a punto de darle la espalda—. Gracias por… por todo.

Ella asintió y yo, por algún motivo que no acerté a comprender, permanecí a su lado. Inmóvil. Mis pupilas cayeron hasta el contenido del recipiente que sostenía. Era de un tono rosado, y desprendía una fragancia dulce, embriagadora. Parecía un perfume.

—¿Qué es?

—Una infusión de flores de adelfa, Dama Roja —contestó Nissa, con la mirada entornada—. ¿No conocéis sus propiedades?

—Me temo que no.

—Las adelfas no son muy comunes en Elysia, pero sí en mi hogar, en las Islas Grises. Son preciosas. Puedes encontrarlas de tonos rosados y blancos, y su fragancia atrae a insectos y a otros animales. —Su sonrisa se torció un instante—. Su efecto es muy parecido al que producen los lirios del valle.

Parpadeé y columpié la mirada entre aquella infusión y esos ojos turquesas que mareaban.

—¿Y quién la necesita? —pregunté, con un susurro.

Los labios de Nissa se retiraron y, tras ellos, aparecieron unos dientes blancos. Solo giró el rostro hacia las puertas del Comedor Real.

En el preciso instante en que sus pupilas se clavaron en la puerta, los dos guardias que la custodiaban recogieron sus lanzas y se marcharon sin esperar relevo o pronunciar alguna palabra.

Fruncí el ceño, cada vez más confusa.

—Oh, creí que, al ser de vuestra familia, conocíais el pequeño secreto de nuestro *amado* rey —comentó.

Abrí los ojos de par en par y el aire se atascó en mi garganta. Miré a la humana como si fuera la primera vez que reparaba en ella. De verdad.

—Es una afección extraña la que asola a los varones de la familia Verlac. Lord Veyl también la padece, aunque también guarda su condición en secreto. —Se encogió de hombros y echó un vistazo a los altos techos que nos rodeaban—. Si el reino hubiera conocido que el fae que nos gobierna está enfermo, y puede morir por culpa de su corazón, al igual que cualquier humano…, estallaría la guerra, ¿no creéis?

No podía asentir, ni siquiera respirar. Solo nos encontrábamos ella y yo en aquel vestíbulo, pero tenía la sensación de que muchos ojos invisibles nos observaban.

—Imaginaos la cara de esos pobres humanos al saber que unos pétalos de más en una infusión podrían acabar con la tiranía del responsable de una especie que prácticamente nos ha esclavizado.

No dejaba de sonreír. Y de enseñar los dientes.

Mis pupilas se balanceaban de sus labios al contenido de la copa.

—¿Desde cuándo conocéis esa información? —murmuré.

—Desde hace mucho, Dama Roja. Llevo demasiado tiempo en el castillo de Brumaverde. ¿Recordáis mis palabras? Yo he sido también una invitada como vos, en circunstancias… *especiales*. —Un relámpago atravesó su mirada—. Aunque, en mi caso, mi visita se alargó muchos años por orden de lord Veyl.

Incliné la cabeza, perpleja, hasta que la expresión burlona de Nissa me sobresaltó.

—Un amante confiesa demasiado a sus putas entre las sábanas. Eso es algo que los faes y los humanos tenemos en común.

La imagen me atravesó como un relámpago. Di un paso adelante y mis manos quisieron tocarla, pero mis dedos se detuvieron en el aire, paralizados.

—Lo siento mucho —susurré.

—Yo también. Al menos, al principio. Cuando lord Veyl decidió que no podía prescindir de mí ni dejarme tener descendencia. Para eso, no necesitó de mi formación en hierbas. Supo qué obligarme a beber para dejarme estéril de por vida, para que sus caprichos con mi cuerpo no tuvieran consecuencias. —No comprendía cómo podía sonreír; yo notaba una náusea atenazando mi estómago, apretándolo sin compasión—. Hay muchas creaciones no deseadas

entre faes y humanos, creedme, y muchos especializados en interrumpirlas. O en asesinarlas, una vez que nacen.

Una ola de frío me recorrió entera. Mis ojos deseaban llorar, pero hacerlo hubiera sido egoísta. Quería decir algo, lo que fuera, pero mi lengua parecía enredada y, si emitía un solo sonido, la garganta me empezaría a sangrar.

—Oh, no me miréis así, Dama Roja. —La humana alargó la mano y me acarició la mejilla con suavidad—. Ahora mismo me encuentro donde quiero estar. Frente a las puertas de mi mayor enemigo, con su muerte entre mis manos.

—¿Qué? —jadeé. Miré por encima del hombro, pero la entrada al Comedor Real permanecía sin custodia alguna.

Su sonrisa se había extendido tanto, que podía ver todos y cada uno de sus dientes.

—Como os he comentado, llevo mucho tiempo bajo estos techos. El suficiente como para poder preparar mi venganza. Solo necesitaba un cambio. Algo que hiciese girar la rueda. Y entonces, aparecisteis vos.

—¿Yo? —jadeé, perdida.

—Vos. Una superviviente de un plan que debía haber sido perfecto. Una Dama Roja, que por fuera parece una bonita camelia escarlata, y en su interior esconde un incendio que puede arrasar con todo.

—Yo no soy ningún incendio. No he arrasado con nada —mascullé, sin fuerzas—. Todo sigue como era.

—Os equivocáis. Fuisteis la chispa que necesité. Que necesitamos todos. La luz para crear un teatro de sombras que mantuviera entretenidos a los Verlac, a vuestra familia y al propio rey para que yo pudiera llevar a cabo esta revolución.

El siguiente latido hizo eco en aquellos techos altos.

—¿Revolución? —balbuceé.

—Ya os lo he dicho. Las adelfas son unas flores muy peligrosas. Por eso las madres de las Islas Grises nos enseñan muy bien de pequeños por qué no debemos acercarnos a ellas.

Tragué saliva. El sonido vibrante de mi corazón me mareaba. El mundo se tambaleaba bajo mis pies.

—Entonces lo que le lleváis al rey Oberón no es un remedio. Es un

veneno.

Ella asintió y dio un paso al frente. Mi cuerpo se movió inconscientemente y me coloqué en su camino, con los brazos ligeramente alzados y las rodillas flexionadas, como me había enseñado sair Mikail.

—No entiendo nada —murmuré, casi sin fuerzas.

—Por supuesto que lo entendéis, pero no queréis pronunciarlo en voz alta. —Nissa me miró con amabilidad, con sus dedos todavía rozando mi mejilla. Yo no me aparté—. Esta revolución se lleva gestando mucho tiempo. Las revueltas esporádicas que se sucedían de vez en cuando solo eran los pródromos de una guerra que se desatará pronto en Elysia. Mientras vos volvíais dementes a los Verlac, a vuestra familia y al propio rey, nosotros, los humanos, elaboramos un plan, nos camuflamos entre los mejores soldados, entre los criados. Extendimos nuestro mensaje de supervivencia mientras los faes se centraban en luchas absurdas por tierras y títulos.

Sacudí la cabeza y me aparté por fin de ella. Las manos se me clavaron en el pecho. Me costaba respirar.

De pronto, recordé las palabras ambiguas de sair Mikail, aquel mapa del reino que vi en los barracones de los soldados, cuando fui a visitar al Fantasma. «¿Qué es lo que has visto?», me había preguntado el capitán de la guardia. La noticia de que Fern abandonaba el reino junto a Percy, su última mirada… cómo me había respondido cuando le había suplicado que tuviera cuidado.

«Tú también, Vienna. Tú también».

—He sido vuestro títere —siseé.

—No, habéis sido nuestro fuego. Creasteis, sin saberlo, unas sombras sobre un muro que les hizo olvidar a los vuestros que existe algo más allá. —Su sonrisa desapareció cuando me observó, sin resuello, con los ojos llenos de lágrimas rabiosas—. No me miréis así. También quemasteis mucho por el camino.

—¿De qué estáis hablando? —siseé. Mis manos se sacudieron, deseando tener una espada cerca que sostener.

—El Fantasma, Erik, siempre fue uno de mis mejores hombres. El más leal. Hasta que vos os cruzasteis en su camino. —Dejó escapar

un largo suspiro y meneó la cabeza—: Me hizo prometer que no os tocaría. Que os dejaría vivir. Por vos abandonó esta revolución. Por vos dejó de ser ese fantasma que canturreaba en las sombras y prefirió escapar a la luz.

Callé, sin saber qué pensar, sin saber qué decir. Solo podía observarla, mientras todo lo que había ocurrido en aquellos muros, lo bueno y lo terrible, me golpeaba sin piedad. Me arañaba, me desollaba hasta dejarme sin piel, sin huesos y sin músculos.

—La infusión se enfría, Dama Roja. —Nissa dio un paso adelante y yo la imité. Mis pies se movieron solos y me interpuse de nuevo en su camino—. Ahora la pregunta es: ¿qué vais a hacer?

—Lo dices como si pudiera elegir —siseé.

—Porque así será. Por primera vez podréis hacerlo libremente.

Nissa dio otro paso al frente y se detuvo a apenas unos centímetros de mi rostro. Esta vez, la sonrisa alcanzó sus ojos.

—Si me impedís pasar, si avisáis a vuestro tío y dais la voz de alarma, los soldados acudirán. No todos los humanos creen en nuestra causa, no todos piensan que vale la pena levantarse. Hay quienes prefieren ser pisoteados. —A pesar de su voz susurrante, me pareció que hacía eco en todo el castillo—. Seréis felicitada por vuestro tío y regresaréis al Palacio de los Vientos con vuestra familia, donde residiréis hasta el fin de vuestros días… a menos que vuestro hermano encuentre a un fae digno con quien poder casaros.

Mi corazón se detuvo. Me estremecí.

Era lo que tenía que hacer. Lo que todos los faes harían. No debía dudar. El rey Oberón era mi tío. Mi familia.

Pero dudé.

No me moví.

No di la voz de alarma.

No grité.

—Si me dejáis pasar, por otro lado, seréis la culpable de que se desate una guerra terrible en Elysia. Perdonaremos a las familias faes que se rindan, que colaboren, que admitan sus errores. A los que no, los trataremos tal y como ellos han hecho con nosotros durante tantos siglos. Vos seréis la chispa que por fin empiece este incendio que debió extenderse hace mucho.

Nissa extendió la copa humeante frente a mí. Vi un rostro reflejado en aquel brebaje rosáceo, dulce, fragante, como las camelias que me habían rodeado toda mi vida. Era el rostro de la Vienna que paseaba junto a su padre por los acantilados, de la joven fae que se estremecía cuando su madre la escaldaba, la que rabiaba cuando su hermano mayor la hacía enfadar y la que se sonrojaba cuando, como acto de valentía, se atrevía a rozar sus manos con las de Raen cuando se cruzaban por las galerías.

Me pareció que aquellos ojos que antes habían sido míos se elevaban y me miraban. Y los labios que siempre habían sonreído con dulzura, con obediencia, se movían a la par de los de Nissa, para preguntarme:

—Así que, decidme, ¿qué preferís? ¿Convertiros en una flor más, o reducir este maldito jardín a cenizas?

Epílogo

Al fin, la nieve había enterrado las putas flores.

Había perdido la noción del tiempo, pero la noche estaba a punto de caer. Ya comenzaban a encender las luces en las almenas del castillo, aunque la amenaza ahora no estuviera fuera. Sino *dentro*.

Mikail me había ofrecido unirme a la rebelión una última vez, pero había desistido cuando mi mirada había caído sobre él. Después, había sacudido la cabeza y había mascullado: «Entonces no podré ayudaros. Ni a ti ni a ella ni a su familia». Pero sabía que aquello era mentira. Lo conocía demasiado bien. Haría lo imposible por echarnos una mano. Lo haría incluso aunque le faltase una. Mikail era un condenado sentimental.

Como yo.

Las puertas del castillo de Brumaverde seguían abiertas, pero ninguna figura asomaba tras ellas. En las ventanas, podía ver cómo la servidumbre encendía poco a poco velas, candelabros y antorchas. Vi algunas caras, pero no la que yo ansiaba.

Había intentado acercarme a ella por todos los medios tras la batalla, pero había sido imposible.

La maldita Vaelis Daaé y su orgulloso primogénito, hinchado de *honor* hasta las pelotas, se habían ocupado de que no cruzara el umbral del dormitorio donde descansaba Vienna. Ni siquiera cuando les expliqué que no sería la primera vez que pisaría aquella habitación. De día… o de noche.

Si no hubiese sido por Raen Zenir, lord Kallias habría intentado ensartarme con su bonita espada de fae. Intentado, porque no lo hubiera conseguido.

Lady Vaelis había hecho todo lo posible por mantenerla encerrada. Cuando nos cruzábamos por las galerías y le preguntaba por Vienna, apenas me respondía. A pesar de sus maneras elegantes, dignas de una dama fae, podía ver el odio titilando en sus ojos celestes. Los Daaé me detestaban casi tanto como yo los odiaba a ellos, a

excepción de la pequeña Giry, que siempre lograba escabullirse de esas manos que la sujetaban para regalarme un abrazo rápido.

Después de un par de ocasiones, su familia la recluyó en sus aposentos, junto a su hermana mayor.

Una parte de mí lo comprendía: si yo fuera un fae como ellos y un monstruo con el cuerpo y la cara rota intentase acercarse demasiado a mi hija, habría hecho lo indecible por mantenerlo alejado de ella.

Una súbita brisa gélida me estremeció.

Estaba helado. Bajé de un salto del caballo y caminé a un lado y a otro, ante su mirada burlona. «No va a venir, imbécil», parecía decirme.

Nadie lo haría, añadió una voz en mi cabeza. ¿Quién, en su sano juicio, dejaría una vida repleta de riquezas, de bailes en palacios, de paz? Siendo sincero, yo no sabría qué elegiría si me encontrase en su mismo lugar. Yo era más egoísta. Que la revolución de los humanos cayera en el puto Abismo de los Inmortales, si yo podía impedirla con solo una palabra ante el rey, si con ello podía vivir a salvo hasta el fin de mis días.

Al fin y al cabo, había dado la espalda a los míos, a mi especie, a cientos de años de maltrato, por Vienna. El mundo podía explotar en llamas si así lo quería… mientras ella quisiera permanecer a mi lado. Eso mostraba la calaña de la que estaba hecho.

Casi sin darme cuenta, sus ojos azules, llenos de tormentas, aparecieron en mi mente, y mis labios empezaron a moverse.

En los muros del deseo, donde el alma se desangra,

crece una flor en silencio. Ella tiembla, él la llama.

Nunca dejaría de cantar. Mi madre, antes de morir, me había dicho que algún día sería juglar. Yo siempre cerraba la boca, avergonzado, pero aquella maldita canción me recordaba demasiado a Vienna. Por mucho que quisiera, la letra se colaba entre mis dientes, se me enroscaba en la lengua. Me hacía recordar la primera vez que la

había visto, en mitad de todos aquellos faes, durante la Ceremonia de su Mayoría de Edad. Tarareaba esa misma melodía, aunque solo los más cercanos a mí la habían oído. Muchos habían fruncido el ceño y habían ladeado sus malditas orejas picudas hacia mí.

Vienna nunca podría haberme escuchado, se encontraba demasiado lejos. Aun así, volvió la cabeza y, en mitad de la muchedumbre, *me vio*.

No nació para el olvido ni para la luz total;

abre pétalos de sombra cuando el fantasma la vuelve a llamar.

Su mirar es fuego antiguo; su caricia, tempestad.

Él la nombra y ella arde; él es niebla, ella sangre.

Recordaba muy bien el día que había decidido abandonar la rebelión. El fino ceño de Nissa se había fruncido mientras sus ojos se me clavaban en la piel.

«Llevamos años en esto», me había siseado. Lo había intentado, pero hasta ella había sido incapaz de odiar a Vienna. La fascinaba de una forma distinta a mí, le hacía tener algo de esperanza, de misericordia, para esos faes a los que deseaba masacrar. «¿Lo vas a dejar todo por amor?».

Me había estremecido al escuchar aquella pregunta. Yo era el Fantasma, un caballero que había matado a muchos, un espía para los humanos, un actor que ejecutaba a la perfección su papel de perro fiel para los faes.

«Fue un amor maldito el que comenzó tu venganza», le respondí. «Supongo que es un buen motivo para abandonarla».

Todavía recordaba aquella vez que la había encontrado en las dependencias de lord Veyl, desnuda, enredada en unas sábanas que

le daban asco, llorando hasta quedarse sin lágrimas. Yo ni siquiera era caballero; ella apenas era una niña humana, recién llegada de las Islas Grises.

Le había limpiado los ojos con el borde de mi capa y le había susurrado: «Ahórrate esas lágrimas. En este tiempo que malgastas en sollozar, piensa en cómo hacerles llorar a ellos».

Y al alba, entre la bruma, cuando el mundo amaneció,

el fantasma quedó en ceniza, el fuego se hizo recuerdo,
pero en los muros del deseo algo sigue vivo…

— … y hambriento.

Me volví con brusquedad cuando oí aquel susurro, con la mano enredada en la empuñadura de la espada. No llegué a desenvainarla cuando unos ojos llenos de tormentas me devolvieron la mirada.

—Hola, Fantasma —me saludó Vienna.

Parecía una gota de sangre en mitad de la nieve. El vestido que la cubría era de un tono escarlata, repleto de hilos dorados que creaban flores y enredaderas que nacían en el borde de la falda y ascendían hasta los puños y el escote. Sin embargo, cuando el viento movía la tela, los hilos cambiaban de forma y destellaban bajo la luz de las almenas y, durante instantes, se convertían en llamas que la acariciaban.

Ni siquiera llevaba puesta una capa que la cubriera.

Los copos de nieve cayeron sobre su largo cabello negro.

—¿Qué haces aquí?

Miró al suelo, nerviosa.

—No podía volver a mis dependencias. Mi madre está allí —murmuró, frunciendo un poco el ceño—. Ni siquiera me habría permitido abrir el armario para buscar algo de abrigo; me habría preguntado a dónde iba.

Sentía un maldito terremoto sacudirme por dentro, pero mis labios lograron retorcerse en una sonrisa. Recorté la distancia que me

separaba de ella con una sola zancada.

—Ya te escapaste una vez, florecilla. Tiene miedo de que vuelvas a hacerlo.

Suspiré, apartando la mirada. En ocasiones dolía mirarla. Sabía que debía girar la cabeza y apartar los ojos, pero era incapaz y me despreciaba a mí mismo por ello. Ansiaba tocarla tanto como temía hacerlo.

Volverme para darle la espalda me resultó tan complicado como contener la respiración hasta morir. Cuando ella no entraba en mi campo de visión, el tormento y la ira sempiterna regresaban a mí, más amargos que nunca.

Vienna tragó saliva; casi podía percibir su pulso acelerarse.

—He tomado una decisión, Erik.

Cerré los ojos y respiré hondo.

El silencio que se derramó entre nosotros fue tan denso y opaco, que incluso me costó respirar. Ella, al contrario, resolló, y sus pies se deslizaron por la tierra, acercándose a mí. No me tocó, pero pude sentir su cuerpo reclinarse contra mi espalda, su aliento acariciarme el cabello que rozaba mi nuca, su calidez envolverme de la misma forma en que sus brazos lo habían hecho en aquella taberna de mala muerte, entre jadeos y suspiros.

—No creo en la puta ley de los Inmortales, tampoco en los consentimientos de los monarcas faes. Yo no necesito el maldito permiso de nadie —dije, antes de que se atreviera a agregar nada más—. Pero no mereces pagar por ello.

Me di la vuelta y la contemplé.

Hermosa, terrible, valiente, libre.

—Sé exactamente lo que te estoy ofreciendo —dije, y la voz me salió áspera, como si llevara demasiado tiempo guardándola—. Nada de lo que se pueda presumir. Nada que pueda heredarse. Nunca tendré un título noble ni tierras ni un apellido que se pronuncie con orgullo en ningún salón. No habrá castillos o palacios para mí. No habrá canciones. No habrá nada que pueda protegerte del juicio ajeno.

Inspiré hondo, pero el aire no me bastó.

—Lo que puedo darte es un lugar pequeño, incómodo, impropio

para alguien que ha crecido rodeada de mármol y sedas. Un lugar donde siempre hace frío y donde nadie se molesta en fingir cortesía. Y estaré a tu lado el tiempo que mi vida humana me lo permita. Cuando sea un maldito anciano, tú apenas habrás alcanzado la madurez.

Apreté los labios con fuerza. Sentía el pulso desbocado; las palabras me estallaban contra los labios.

—Un hombre honorable se habría marchado en cuanto el rey Oberón lo hubiese ordenado, tres días atrás. Un hombre con algo de honor se habría limitado a observarte de lejos una última vez antes de desaparecer de tu vida para siempre. Yo no lo he hecho.

Levanté la mirada hacia Vienna.

—Me he quedado sabiendo que cada paso que daba hacia ti me alejaba de cualquier maldita redención —continué, con la voz rota—. Te ofrezco una vida a mi lado. Una vida que muchos considerarán mediocre, indigna, incluso vergonzosa. Una vida en la que serás señalada por amar a un bastardo medio deforme como yo. En la que los faes no te respetarán, no te escucharán, y mencionarán tu nombre como si fuera una advertencia.

Tragué saliva. Me ardía la garganta.

—Te despreciarán. Te sentirás sola.

Apreté los labios en una mueca torcida, intentando enmascarar lo difícil que me estaba resultando controlar el aliento.

—Y yo te ofreceré todo lo que tengo. Libertad. Para quedarte o marcharte. Para elegirme cada día o abandonarme sin que yo te lo impida. —La voz me falló, pero no me detuve—. Porque amarte así es lo único honorable que me queda.

El corazón me arañaba las costillas. Se golpeaba contra ellas, desesperado, una y otra vez, como si quisiera buscar resguardo en las manos de Vienna, que temblaban violentamente, apretadas entre sí.

—Esto es lo que soy —susurré, ronco. Cada palabra que había escapado de mi garganta la había desollado—. Esto es lo que tengo. No es suficiente. Nunca lo será. Pero es real. Y te lo entrego sabiendo que, al hacerlo, pongo el alma de este maldito fantasma en tus manos… para que la salves o la destruyas.

Nos quedamos un instante en silencio. La nieve caía a nuestro alrededor con más fuerza. Pronto, se desataría una tormenta.

Y entonces, sin separar sus ojos de los míos, y lenta, muy lentamente, lady Vienna Daaé, mi florecilla, la Dama Roja, sonrió.

—No quiero títulos ni salones donde no pueda respirar. No quiero un amor que me salve si para tenerlo tengo que abandonarte. No deseo vivir tantos años si no eres tú el que me acompaña, con arrugas o sin ellas. No me estás pidiendo que renuncie a nada —añadió, con un murmullo—. Me estás dando la verdad.

Ella recortó la distancia que nos separaba con calma, como si, después de un largo viaje, hubiera llegado por fin a su destino.

—No quiero un mundo que me acepte si para hacerlo tengo que negarte.

No vaciló. No bajó la mirada.

—Si amarte es cruzar el umbral final, lo cruzaré. Si quedarme es perderlo todo, entonces no quiero conservar nada.

Se detuvo a un suspiro de mis labios y, con las yemas de los dedos, me acarició la herida que me atravesaba ahora el rostro, que me lo deformaría para siempre. La tocó como si rozara las aristas de una corona. Como si un fragmento de porcelana se hubiera roto y hubieran soldado la grieta con oro.

—No me ofreces una existencia mediocre —susurré—. Me ofreces el hogar que llevo buscando toda mi vida.

La miré y perdí las pocas fuerzas que me quedaban para contenerme.

La estreché contra mí y deseé que se fundiese con mis propios huesos, sintiéndome débil y patético cuando sus ojos se asomaron a mi alma. A lo que yo era cuando nadie miraba.

Porque no era un caballero salvando a nadie.

Era fuego acercándose a lo que aún no había ardido.

Era una canción prohibida colándose en labios que nunca debieron aprenderla.

Era el Fantasma reclamando lo único que no tenía derecho a tocar.

La atraje más, con urgencia, con desesperación, consciente de que cada momento así era una falta que no tendría absolución. Yo no estaba hecho para la luz que había en ella. Yo pertenecía al Abismo,

a lo que se oculta, a lo que no se nombra en voz alta.

—Te quiero —musité, derrotado.

Yo era ceniza y herida, algo que quema incluso cuando ya se ha apagado.

Y ella… ella era la única canción capaz de hacerme olvidar, por un instante, que el fuego siempre terminaba consumiéndolo todo.

Nota de la autora

Al final de cada libro, siempre me gusta hablar un poco con vosotros. Contaros de dónde viene esta historia, por qué llegó hasta mí, y por qué la necesité.

Donde canta la oscuridad era una idea difusa que apareció muchos años atrás. Sin embargo, quedó enterrada en un archivo de mi ordenador durante mucho tiempo.

Cuando regresé a ella llevaba varios meses (casi un año) sin poder terminar ningún proyecto, aunque había empezado varios. Había publicado la última parte de la trilogía de *El vals de la bruja*, y entre lo que había supuesto para mí y lo mal que me encontraba por el embarazo y otros temas personales, era incapaz de enhebrar más de dos frases seguidas. Tenía por seguro que en el 2026 no publicaría nada.

Pero entonces la canción *Golden Brown*, de The Stranglers, se cruzó en mi camino. La melodía se me clavó en la cabeza, y no pude olvidarla por mucho que quise. Después, me topé en redes sociales con vídeos cortos con títulos como *Medieval Core*, en los que podía ver imágenes de corte medieval mezcladas con esa canción que estaba a punto de volverme loca. Y entonces recordé aquella idea olvidada.

Y todo se precipitó.

La necesidad de escribir volvió. Se hizo casi insoportable. El Fantasma surgió de entre las sombras y, en la luz, vislumbré a Vienna. Tan correcta, tan obediente, y tan rota por dentro sin que ella misma lo supiera.

Después de *Una sonata de verano*, esta ha sido la novela que he tardado menos tiempo en escribir. Cuatro meses intensos de dedos que parecían quemarme, del corazón latiendo en la boca, mientras me inclinaba sobre una pantalla que daba la impresión de absorberme.

Ha sido culpa de ellos, supongo. Necesitaban que su historia fuera

contada, y no sabéis cuánto he disfrutado con ello.

Como os habréis dado cuenta, tiene muchos guiños a otra de mis obsesiones: *El fantasma de la ópera.* De ahí la importancia de las canciones, la oscuridad y las cicatrices que deforman más por fuera que por dentro. También incluye detalles relacionados con otras obras importantes, así como alusiones a mis libros anteriores. Espero que los encontréis.

Siempre escribo con música, pero cuando termino un proyecto borro las canciones y las olvido. Sí, soy un desastre, lo sé. Esta vez, sin embargo, guardé algunas para la parte final que os quiero recomendar, por si os apetece escucharlas: *The Point of No Return*, de la película *El fantasma de la ópera*; *The Death of Peace of Mind*, de Bad Omens; *Thunders*, de Joel Sunny, y, por supuesto, *Golden Brown*, de The Stranglers, en todas sus versiones posibles.

Agradecimientos

Sin duda, esta novela JAMÁS podría haber visto la luz sin la ayuda de mi madre. Era ella quien velaba las siestas de la mañana de mi hija, para que así pudiera escribir en esos pocos ratos libres. Si os ha gustado esta historia, de verdad, dadle las gracias a ella. La abuela Concha es la mejor. Te quiero mucho.

Gracias también al resto de mi familia, que me acompaña en toda esta locura que es la escritura, la publicación y el mundo editorial en general.

Gracias también a ese grupo de escritoras y escritores que la literatura me ha regalado y a los que puedo considerar grandes amigos. Nos entendemos con una sola mirada (aunque sea a kilómetros de distancia).

No puedo olvidar al superequipo que lleva a mi lado ya algunos años. Leo, qué gran editor eres, qué suerte tengo de tenerte y de que sigas queriendo leer mis delirios y escuchar mis manías. Ya sabes todo lo que significas para mí. Gracias también a Vera Drmanovski por esa portada maravillosa, y a Luis Tinoco por la cubierta especial que se hizo en exclusiva para Amabook. Millones de gracias por la paciencia y el entusiasmo a Andrés Aguirre y a Sandra Moya; hacéis obras de arte. Mariola, Patri, ya sabéis que os adoro. Qué ganas de que volvamos a coincidir en eventos. Mil gracias por todo Mercedes. Fran, gracias por hacer y solucionar todo con una sonrisa. Qué afortunada soy. Facu, te quiero mucho.

Envío también mi más sincero agradecimiento a las correctoras y los correctores que han tenido que enfrentarse a mi texto. Os pido perdón por adelantado. Gracias por mejorar mi historia.

Y, por último, porque siempre se deja el mejor bocado para el final, gracias a ti, que estás leyendo hasta la última línea. Gracias por dedicarme tu tiempo en un mundo que nos lo roba sin que nos demos cuenta, gracias por creer en esta historia e imaginar a estos personajes que me han robado una parte de mi alma.

Espero que las canciones que ocultan revoluciones te acompañen durante mucho tiempo y que, como lo hizo Vienna, ilumines el mundo con incendios cuando las normas dejen de tener sentido.